«Compañeros, sed hombres, mostrad corazones sin miedo y afrentaos si sentís cobardía en el duro combate.»

La *Ilíada* es el poema más antiguo de la literatura occidental y está considerada una de las grandes obras universales. Esta epopeya griega, que, como la *Odisea*, ha sido atribuida a Homero, es un canto al glorioso y trágico desenlace de la guerra de Troya. Los acontecimientos que narra tienen lugar en el transcurso de los últimos cincuenta y un días de un conflicto que duró diez largos años, y se desarrollan en torno a la figura de Aquiles, el héroe aqueo de los pies ligeros». A lo largo de los más de quince mil versos de la obra, Homero evoca conceptos tan centrales en la cultura helénica como la gloria, el respeto, la ira y el destino.

Esta edición recupera la célebre versión en hexámetros que realizó Fernando Gutiérrez. Asimismo, incorpora un estudio preliminar y un aparato de notas elaborados por el traductor y docente Pere Güell.

Versión de FERNANDO GUTIÉRREZ
Introducción y notas de PERE GÜELL

PENGUIN CLÁSICOS

PVP 11,95 €

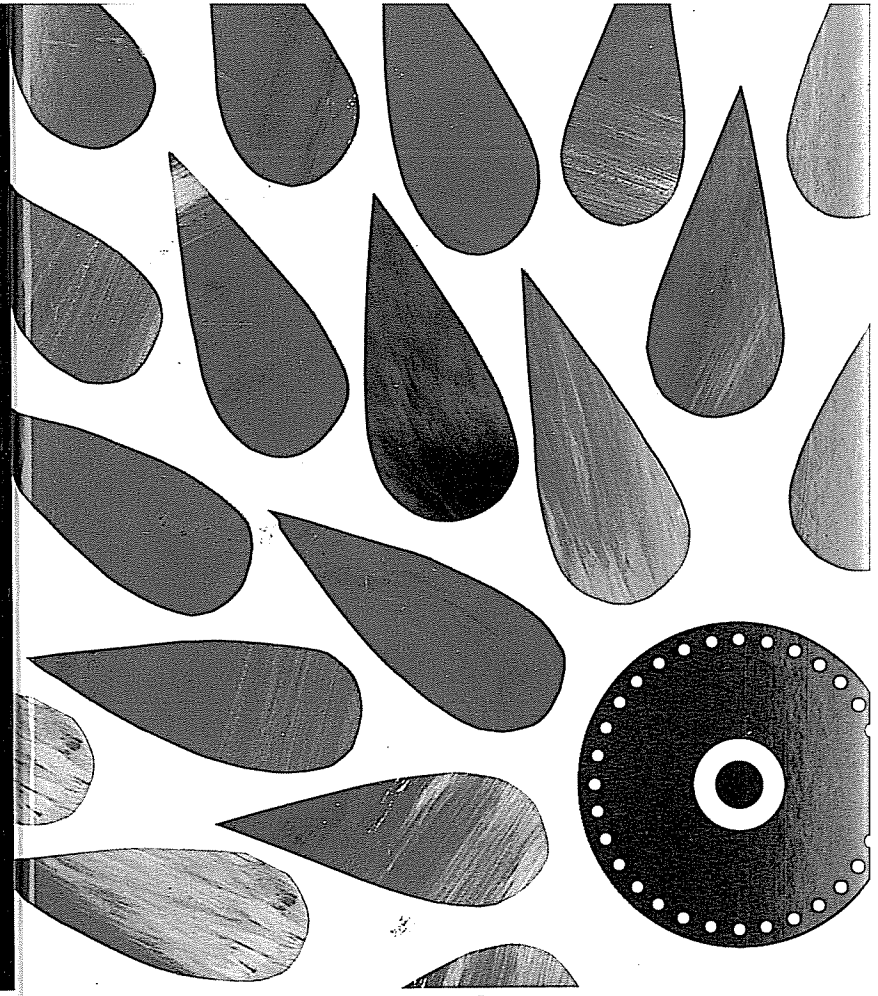
ISBN 978-84-9105-045-2

Diseño: Penguin Random House Grupo Editorial / Yolanda Artola
Ilustración: © Hannah Naughton

www.penguinclasicos.com

HOMERO *Ilíada*

PENGUIN CLÁSICOS



PENGUIN CLÁSICOS

HOMERO

Ilíada

Versión de FERNANDO GUTIÉRREZ

Homero (siglo VIII a.C.) es el nombre por el que se conoce al poeta griego a quien se atribuye la autoría de la *Ilíada* y la *Odisea*. Junto a estas dos grandes epopeyas de la Antigüedad, que narran hechos legendarios supuestamente ocurridos muchos siglos antes de la época en que fueron escritas, figuran también los llamados himnos homéricos, que fueron una influencia fundamental en la tradición de la poesía oral. Existen numerosas hipótesis sobre la identidad de Homero y sobre el hecho de si su obra fue escrita por uno o varios poetas, pero todos los expertos coinciden en que la tradición tiene un peso crucial en su imaginario. En el siglo XIX, el célebre arqueólogo prusiano Heinrich Schliemann demostró que gran parte de la civilización descrita por Homero no era ficticia y que, hasta cierto punto, los poemas se podrían considerar documentos históricos. Este hallazgo abrió un debate todavía vigente.

Pere Güell Camprubí (Vilafranca del Penedès, Barcelona, 1965) es licenciado en filologías clásica y germánica por la Universitat de Barcelona. Ha traducido diversos clásicos grecolatinos, así como autores de las literaturas alemana y griega contemporáneas, como Borchert, Rinser o Kariotakis. Asimismo, ha colaborado en la teatralización de una antología poética de Kavafis. Compagina estas actividades humanísticas con la enseñanza en la educación secundaria.

Fernando Gutiérrez (Barcelona, 1911-1984) fue un importante escritor, traductor y crítico de arte. Suyas son las traducciones al castellano de obras de la talla de *El Gatopardo* o la *Divina Comedia*.

HOMERO

Ilíada

Introducción y notas de
PERE GÜELL

Versión en hexámetros de
FERNANDO GUTIÉRREZ

PENGUIN CLÁSICOS

Papel certificado por el Forest Stewardship Council®

MIXTO
Papel procedente de fuentes responsables
FSC® C117695

Título original: Ἰλιας
Primera edición: mayo de 2015
Segunda reimpresión: enero de 2018

PENGUIN, el logo de Penguin y la imagen comercial asociada son marcas registradas de Penguin Books Limited y se utilizan bajo licencia

© Fernando Gutiérrez, por la versión en hexámetros
© 2015, Pere Güell, por la introducción y las notas
© 2015, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*.
El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva.
Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso.
Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Printed in Spain – Impreso en España

ISBN: 978-84-9105-045-2
Depósito legal: B. 9.550-2015

Compuesto en M. I. maqueta S. C. P.
Impreso en Liberdúplex,
Sant Llorenç d'Hortons (Barcelona)

PG 26214

Penguin
Random House
Grupo Editorial

ESTUDIO PRELIMINAR

A mi padre, que con especial maestría supo transmitirme su gran pasión por la literatura.

P. G. C.

1. Nuestra edición

Es más que evidente que la *Ilíada* está considerada como una de las grandes obras de la literatura universal, pero no por ello se trata de un texto que aparece exento de diversos e importantes problemas, los cuales van desde su transmisión hasta su contenido y significado, pasando por su intencionalidad y por su autoría. De hecho, hablar de Homero significa entrar en el controvertido debate de la llamada *cuestión homérica*, la retahíla de estudios que engloba las principales teorías sobre si este personaje realmente existió y, en caso afirmativo, sobre si realmente fue el verdadero autor de la *Ilíada*, y por extensión, de la *Odisea*, también atribuida al ciego de Quíos.

El humilde propósito de esta edición de la *Ilíada* no es otro que el de ofrecer al lector posibles claves de interpretación de la obra a partir de unas coordenadas espacio-temporales, abordando el tema tanto desde su forma como desde su fondo, pero a la vez asumiendo la importancia de este mito en su vertiente más *romántica*; es decir, desde la consciencia de que dedicar más páginas a la cuestión no significa necesariamente aproximarse a

la veracidad de unos hechos de los que nos separan más de tres milenios. También, pues, para las humanidades existen límites que resultan infranqueables, y de todo ello pretendemos hacer partícipe a nuestro amable lector.

Si bien es cierto que el estudioso o el investigador sobre el tema tiene al alcance numerosas monografías sobre épica homérica en la mayoría de las lenguas europeas, hemos creído que puede ser de tremenda utilidad para el gran público proporcionar en esta edición las líneas maestras por las que se regía la poesía griega antigua. Así, se justifican plenamente en esta introducción a la *Ilíada* las consideraciones de literatura, mitología, arqueología e historia antigua que se desarrollarán a continuación. Ejemplificaremos además varios de los pasajes comentados, con citas extraídas del mismo poema, con el objeto de aproximarnos más a la interpretación de la obra, y concluiremos con una bibliografía complementaria básica en lengua castellana. Deseamos de corazón haber conseguido nuestro noble propósito.

2. La tradición oral

Mientras que la filología moderna se ha hecho eco del redescubrimiento de algunos poemas antiguos en diversos puntos de Asia y del Mediterráneo oriental, como son algunos textos egipcios, asirios o babilonios, en el caso de la épica[1] homérica podemos afirmar con rotundidad que estos jamás se han perdido, esto es, se ha tratado aquí de una tradición literaria ininterrumpida.

Diversas causas apuntarían a este hecho, tales como en primer lugar la importancia de la temática que trataban estos poemas para sus gentes; temas como la lucha por el poder, la lealtad, las luchas fratricidas o la gloria de un héroe justificarían la *necesidad* de un liderazgo en una comunidad para poder hacer frente

1. El término *épica* procede del griego ἔπος (epos) con el significado de «palabra», por consiguiente *épica* vendría a ser *aquello que se narra con la palabra* o *de palabra*. Obsérvese el significado del término en el sentido de «magno» o «relevante», por ser algo digno de ser contado.

a las adversidades y así garantizar la supervivencia de esta como pueblo en el devenir de los tiempos. Sería una razón de corte antropológico, del mismo rango que la *obligación* que cualquier comunidad tiene aún a día de hoy, de celebrar y de ritualizar sus tradiciones, como pueda ser el hecho de conmemorar una efeméride tan significativa como la de su propia fundación.

Se trataba, pues, de una tradición épica antiquísima que se remontaba a los pueblos indoeuropeos de Asia Menor y de Oriente Próximo pasando por el mar Egeo, de los cuales procedían los mismos griegos, y cuya producción literaria habría sido de gran influencia sobre ellos, sin duda alguna. Las grandes gestas de época micénica que nosotros situamos entre el 1200 y el 1400 a.C., es decir, en la Edad de Bronce, constituirían el *no tiempo* y adquirirían sentido para los griegos en la medida en que ellos formaban parte de esos grandes mitos.

En segundo lugar, precisamente el **mito** sería el hilo conductor, el aglutinante de este inmenso corpus de historias que relacionaba, e incluso emparentaba, a dioses y a hombres en otros tiempos, y que permitiría comprender el origen de las comunidades y la complejidad de las relaciones humanas. La visión judeocristiana de la Creación en tanto en cuanto el *hombre fue hecho a imagen y semejanza de Dios* cobraría aquí cierto sentido, habida cuenta que los dioses homéricos son antropomorfos, esto es, física y psíquicamente parecidos a los humanos, con sus defectos y con sus virtudes. Se produciría, pues, una identificación absoluta del ciudadano de a pie para con sus *modelos* del mito, ya que estos constituirían un determinado ejemplo de conducta —ya fuera en positivo, ya fuera en negativo—, del mismo modo pongamos por caso que un adolescente de hoy en día pretende verse reflejado en su actor o en su deportista favorito. La mitología, pues, tendría un clarísimo valor pedagógico en la medida en que ofrecería pautas de actuación del individuo ante sus semejantes, y consecuentemente en el hecho de fortalecer las propias relaciones humanas, a saber, como elemento de cohesión social.

La característica básica de un poema épico es su **transmisión oral**, es decir, la recitación o la interpretación cantada ante un público de unos hechos altamente relevantes para una comunidad humana, toda vez que su temática constituiría la razón de ser de la misma desde una óptica puramente antropológica. Podría tratarse de la transmisión de estos textos a modo de poemas o canciones de padres a hijos a lo largo de varias generaciones, del mismo modo que en las comunidades rurales de otro tiempo fue muy común la narración de historias, cuentos y fábulas, precioso material compilado en muchos casos por folcloristas y estudiosos que han comprendido que se trataba de un patrimonio humano de gran valor histórico.

Podría añadir al respecto lo que desvelaron las investigaciones llevadas a cabo en varias zonas rurales de los Balcanes,[2] donde se localizó a diversos ancianos capaces de recitar o de cantar *de memoria* largos poemas sobre la vida cotidiana en su comunidad, en una extensión variable de algunos centenares de versos, según el punto por el que iniciaban la recitación. A petición de los estudiosos, contaron que los habían aprendido de sus padres y estos a su vez de los suyos, y así sucesivamente. Se trataba de un conjunto de fábulas, canciones y poemillas que muy a menudo se recitaban o se cantaban, tanto mientras la familia compartía sus ratos de ocio, como durante los quehaceres del campo o del hogar. Ni que decir tiene que diversas técnicas *ayudaron* a la fijación mental de las historias a estos *bardos* —a veces acompañándose de una guzla[3]—, en un momento en que las nuevas tecnologías de almacenaje y tratamiento de textos no solo brillaban por su ausencia, sino que de haber existido, habrían acabado con

2. Las realizó en la región de Sumadija (Serbia central) sobre la década de 1980 el equipo estadounidense formado por el lingüista John Miles Foley y los antropólogos Joel Halpern y Barbara Kerewsky Halpern.

3. Instrumento musical de una única cuerda parecido al rabel, originario de los pueblos eslavos de los Balcanes. De ahí que los instrumentistas se denominen *guzlari*.

la vitalidad de esta riquísima tradición oral. De hecho así ha ocurrido posteriormente, además de lo que ha supuesto el paulatino y progresivo abandono de las zonas rurales y el desplazamiento a las grandes ciudades en busca de una *mejor* calidad de vida.

3. La épica homérica

Del mismo modo que en la Edad Media era el juglar el personaje que, gracias al manejo de la lengua oral con notable destreza, componía y recitaba versos para el deleite de su auditorio, en la Grecia arcaica esta labor correspondía al **bardo** o **aedo**, quien recorría los pueblos y ciudades, se instalaba en el ágora de estas y cumplía con su cometido, tañendo una cítara o un instrumento de cuerda semejante. Citaba a las gentes como un pregonero y las invitaba a escuchar los famosos hechos que precedieron a la guerra de Troya, o las hazañas de Aquiles en la misma, o la fortuna que corrieron los miembros de la casa de Atreo, o las aventuras de Ulises en su retorno a su patria Ítaca, o...

Podemos afirmar que un aedo antiguo actuaría de esta suerte al iniciar su recitación:

> —¡Buenas tardes, gentes de Pilos! A vuestra ciudad ya ha llegado el gran Homero de la lejana Quíos, que de inmediato y sin trabas va a hablaros de la bella Helena, de la esposa de Menelao de Esparta que partió junto al príncipe Paris hacia la inexpugnable Troya, y que perseguida por su agraviado esposo junto al ejército griego más numeroso que jamás hayáis visto, causante fue del peor desastre que la humanidad conocer pudo; mas si preferís saber qué dioses del Olimpo tomaron partido para con argucias resolver el grave conflicto entre griegos y troyanos, acercaos y abrid bien vuestros oídos, porque es esta una historia sin parangón.

Los temas abordarían el vasto complejo de historias míticas de los pueblos, desde la formación del cosmos hasta la guerra de Troya, hechos todos ellos que sin duda conmovían la conciencia

del auditorio dada su trascendencia, ya sea porque versaban sobre el origen de la vida en la Tierra —en la entonces Tierra conocida—, bien porque implicaban a las divinidades —verdaderos artífices del devenir humano—, bien porque se trataba de hechos de notable magnitud o de consecuencias incalculables para aquellas gentes, como por ejemplo lo fue la guerra de Troya. Estos sucesos debían de ser la *comidilla* en la mayor parte de las conversaciones en el ágora griega; por lo tanto, contar con un aedo, con un personaje que los conocía «de primera mano» y que los ofrecía públicamente, era la mayor de las suertes para cualquiera. Eran eventos comparables de algún modo con los cientos de miles de familias que cada día se reúnen frente al televisor para seguir el telediario y tomarle el pulso a la actualidad, y más cuando en esta hay información relevante, como puedan ser partes de guerra o datos sobre la evolución de zonas en conflicto.

Según su propio interés, o bien a petición del público, el bardo acudía mentalmente a una de las muchas historias donde aparecían los míticos héroes de los que cualquier persona del auditorio había oído hablar, y con gran maestría la recitaba apoyándose en una serie de técnicas que paralelamente le permitían ir recordando los hechos sucesivos, conduciendo el relato con frecuencia a partir de la reacción del público. Estas pequeñas narraciones estaban entrelazadas temáticamente en ciclos —los más famosos de los cuales eran los que giraban en torno a la guerra de Troya y a la dinastía de los Atridas o de los Labdácidas, esto es, los llamados ciclos troyano y tebano— y constituían un *todo*, que permitía al recitador no solo mutar o invertir el orden de las historias a conveniencia, sino también salir airoso de la situación cuando los oyentes, cautivados por las palabras del bardo, se atrevían a ponerlo a prueba con peticiones vehementes. La situación tendría su símil moderno en el llamado *teatro de improvisación*, y ese ir y venir del bardo por los vericuetos de las historietas trabadas en un corpus también se aproximaría al «crea tu propia historia» que plantean algunos cuentos infantiles o algunos videojuegos. Por todo ello es más que evidente que el poeta jamás recitaría el pasaje o pasajes escogidos (o peticionados) en el mismo orden,

sino que iría engarzando «sobre la marcha» los diversos núcleos temáticos de la trama argumental, a partir de ciertos recursos (los comentaremos más adelante) que ponían en juego los poderosos mecanismos de interrelación conceptual del ordenador más perfecto que jamás ha conocido el ser humano: su cerebro.

La conexión de esos núcleos temáticos a los que nos referíamos venía dada por la relación de consanguinidad de los personajes (dinastías) y por la **validez universal del mito**, cuestión de indudable vigencia en la época y de una precisión casi científica, si consideramos que los consejos que daban o las amenazas que proferían los grandes héroes de la *Ilíada* estaban avalados por todo aquello que realizaron ellos mismos o bien sus antepasados en época mítica. Lo podemos observar bien en esta cita, en la que Agamenón arengando a sus tropas interpela al bravo Diomedes:

—¡Hijo del domador de caballos, del bravo Tideo!
¿Por qué tiemblas? ¿Por qué te acobarda el lugar de la lucha?
No solía Tideo temblar como tú estás temblando,
pues luchaba con el enemigo delante de todos.
Y lo dicen así los que vieron cómo era luchando;
yo no lo presencié ni lo vi, mas rival no tenía.
[En Micenas estuvo, no para luchar, sino como
huésped con Polinice divino, formando un ejército
para ir a luchar contra los sacros muros de Tebas
y auxiliares ilustres rogaron que les entregaran.
Y, atendiendo su ruego, quisieron aquellos prestárselos,
pero Zeus, con funestas señales, cambió sus propósitos.
Mas aquéllos se fueron y luego de andar un buen trecho,
al Asopo y sus densos juncales y prados llegaron,
y a Tideo en misión los aqueos mandaron a Tebas.

Ilíada, IV, 370-384

La cohesión de las microhistorias a las que aludíamos, pues, aseguraría un discurso *congruente, creíble y modélico* de la voz del aedo, del mismo modo que para un niño lo es el cuento o la

fábula que le cuentan sus padres, aunque pueda contener grandes dosis de fantasía. Por consiguiente, el recitador, ese personaje peculiar y enigmático que se dejaba caer de vez en cuando por las calles y plazas de una comunidad, y que rodeado de niños curiosos y de mayores embelesados por su arte, conseguía captar el interés y la atención de todos a cambio de una hogaza de pan y de un puñado de aceitunas, se erigía a la vez en un sabio experto y en poco menos que en un profeta, en cuya mente se encontraban infinidad de conocimientos, patrimonio de muchos pero cuya transmisión parecía reservada a unos pocos. Si consideramos además —como dice la leyenda— que el gran Homero de Quíos fue un poeta ciego, contaría entonces con esa mirada interior que le permitiría escudriñar en el futuro, exactamente como hacía el adivino Calcas en la *Ilíada*.

> *Así dijo, y sentose después. Levantose entre ellos*
> *Calcas, hijo de Téstor, el más importante adivino*
> *que muy bien conocía el presente, futuro y pasado*
> *y a las naves aqueas había hasta Ilión conducido*
> *con sus artes adivinatorias que supo de Apolo,*
> [...]
>
> *Ilíada*, I, 68-72

De hecho, era algo relativamente común que los bardos fueran ciegos —como era el caso de Demódoco en la *Odisea*, bardo de la corte del rey Alcínoo en el país de los feacios—, si coincidimos en que este oficio les permitía ganarse la vida antes que tener que mendigar. Poseían además el calificativo de *divinos* o de *inspirados por los dioses*, porque se consideraban «tocados» por las divinidades, como las Musas, y por eso su discurso era considerado poco menos que «palabra divina».

A partir del siglo VII a.C. aproximadamente se da un cambio importante en la antigua Grecia en la transmisión de la poesía épica,

en la medida en que los poemas que hasta ese momento eran cantados por el aedo —término derivado de *ἀείδω* (aeído), esto es, «cantar»— pasan a ser recitados por el llamado «rapsoda», que lo hace acompañado del ritmo de un bastón que va golpeando a la par contra el suelo, para así ir marcando la cadencia del verso. Interesante sería añadir a eso, que «rapsoda» es un término griego compuesto por el verbo *ῥάπτω* (rápto), es decir, «coser» y por el sustantivo *ᾠδή* (odé), que significa «canto», luego un rapsoda sería algo así como un «zurcidor de cantos», lo cual justificaría plenamente esa posibilidad del aedo a la que apuntábamos: estaba en sus manos conectar diferentes núcleos temáticos en su totalidad o en parte, y por consiguiente, alterar la estructura del relato.

Desde el punto de vista más formal, el poema épico contaba con una métrica más o menos compleja, de número extenso aunque indeterminado de versos de entre doce y diecisiete sílabas cada uno, formados por combinaciones rítmicas de sílabas largas y breves, siendo las largas de doble extensión que las breves, como ocurre con las figuras musicales cuando decimos que la redonda tiene doble valor que la blanca, por ejemplo. El resultado era un ritmo y una cadencia a los que el oído humano era altamente sensible, algo así como nuestra rima, en tanto en cuanto esta nos da una musicalidad netamente perceptible que nos permite fijar con más facilidad un texto poético en nuestra mente, si queremos aprenderlo de memoria. Veamos un ejemplo de la literatura española del siglo XV en una conocida octava castellana de Juan de Mena. Además de la rima, cada verso se divide en dos mitades (hemistiquios) y contiene cuatro ejes acentuales separados por dos sílabas átonas; todo eso configura una repetición de la estructura rítmica y le confiere al metro en cuestión una melodía acompasada:

> *Al muy prepotente don Juan el segundo*
> *aquel con quien Júpiter tuvo tal zelo*
> *que tanta de parte le fizo del mundo*
> *quanta a sí mesmo se fizo del çielo,*
> *al gran rey de España, al Çésar novelo;*

al que con Fortuna es bien fortunado,
aquel en quien caben virtud e reinado;
a él, la rodilla fincada por suelo.

Juan de Mena, *Laberinto de Fortuna*, §1

Una vez alcanzado este punto, podríamos preguntarnos por los mecanismos y **recursos poéticos** que posibilitarían esta técnica recitatoria; hallaríamos la respuesta en el intrínseco vínculo que en poesía antigua se daba entre el contenido y la forma de un texto, es decir, entre lo que se dice y el cómo se dice.

Si por ejemplo admitimos que a cada personaje que aparece, el poeta le atribuía un adjetivo, las más de las veces puramente ornamental, llamado también **epíteto**, constataremos que esta estructura posee una medida métrica fija, la cual el aedo explotaba magistralmente cuando recitaba. Es decir, al cerrar un verso o completar una parte del mismo, creaba el texto oral al que nos referimos. En otras ocasiones empleaba un *patronímico*, a saber, un término referido al nombre del padre del personaje en cuestión.

Aquiles era caracterizado como *divino*, como *el Pelida*, como *implacable* o como *deiforme*; Zeus era *el Crónida* o *el Olímpico*; Afrodita, *dorada*; Héctor, *Priámida*; Agamenón, *Atrida*; las naves, *negras* o *cóncavas*; el mar, *anchuroso* o *vinoso*, y así sucesivamente.

Un recurso similar, aunque de estructura más compleja, lo constituían las llamadas **dicciones formulares**, con el mismo propósito y resultado que el de los epítetos, o sea, breves parafrasis referidas de forma casi exclusiva a una divinidad, a un héroe o a una ciudad. Su extensión era variable, desde un hemistiquio hasta un par de versos, pero siempre empleados a modo de comodín para poder completar el pasaje según necesidad.

Veamos algunos ejemplos: Aquiles era normalmente *el de pies alados*; Atenea, *la de ojos de lechuza*; Zeus, *el altitonante* o *el que amontona las nubes*; Apolo, *el que hiere de lejos* o *el del arco de plata*; Néstor era *anciano* o *caballero gerenio*; Troya, *la bien amurallada*; Argos, *la criadora de caballos*; etc.

El aedo se servía también de los símiles, de las **comparaciones**, de las metáforas y de los circunloquios (descripciones de objetos concretos mediante un rodeo) para referirse a elementos de la naturaleza o a objetos cotidianos, todos ellos muy próximos al público, lo cual lo implicaría cada vez más en el relato. Este recurso supondría asimismo un breve excurso a modo de paréntesis en la narración, que el poeta emplearía para darse un tiempo y localizar en su mente el pasaje que más adelante desarrollaría, con tal de dar así continuidad y no interrumpir la marcha del poema. Observemos algunas citas de diferente extensión:

Como el Véspero acude a la noche rodeado de estrellas,
que es el astro más bello de todos los que hay en el cielo,
tal brillaba la pica que Aquiles llevaba en la mano
diestra, con la intención de hacer daño al divino Héctor,
[...]

Ilíada, XXII, 317-320

Se acercó Ayax; su escudo de bronce era igual que una torre;
era de siete pieles de buey, construido por Tiquio
el mejor curtidor y más hábil que en Hila vivía.
El escudo hizo con siete pieles de bueyes fornidos
y en octavo lugar puso encima una chapa de bronce.

Ilíada, VII, 219-223

Como un tiro de lanza el Pelida salvó dando un salto
como el águila negra y rapaz, con el ímpetu suyo
—que es el ave más fuerte y veloz entre todas las aves—,
y como ella saltó, echó a correr y en su pecho con ruido
espantoso sonaba a golpazos el bronce, evitando
sus ataques, y el río corría tras él a oleadas.
Igual que el jardinero desde un manantial muy profundo

lleva el agua por entre las plantas y flores de un huerto
y, llevando la azada en la mano, el regato despeja,
y al correr de las aguas las piedras pequeñas se mueven
y al llegar a un declive murmura y su paso acelera
y termina pasando delante de aquel que la guía,
de igual modo las aguas del río llegaban a Aquiles
porque son mucho más poderosos los dioses que el hombre.

Ilíada, XXI, 251-264

Según Parry,[4] además de las técnicas que hemos comentado, en un poema de tradición oral de la magnitud de la *Ilíada* —las ediciones escritas nos transmiten 15.693 versos distribuidos en veinticuatro cantos o rapsodias—, la combinación perfecta de **memoria e improvisación** de parte del recitador era altamente necesaria para conseguir un resultado aceptable. Pese a ello, existen poquísimas discrepancias en el texto si consideramos su extensión y la peculiaridad de su argumento: no se plantea ni el principio ni el final de la guerra de Troya, sino un episodio intermedio, que arranca en el noveno año del conflicto bélico y que nos lleva hasta la muerte de Héctor, la recuperación de su cadáver y los funerales del héroe troyano. Si durante la actuación el aedo incurría en contradicciones, probablemente jamás eran percibidas por el público, considerando el carácter oral del poema. Es decir, en caso de error en el canto o en la recitación, el bardo no podía volver atrás y enmendar aquellos versos «mal colocados» o de contenido «falaz».[5]

4. Milman Parry (1902-1935), investigador norteamericano sobre la tradición oral y la épica homérica; sus estudios fueron publicados póstumamente en 1987 por Oxford University Press bajo el título de *The Making of Homeric Verse: The Collected Papers of Milman Parry*.

5. Incluso el poeta latino Horacio (65-8 a.C.) pidió indulgencia para el buen Homero, ya que sería justo admitir que en ocasiones también los grandes poetas podían llegar a confundirse: «Quandoque bonus dormitat Homerus» (*Ars poetica*, 359).

4. La cuestión homérica

Es este un arduo debate que plantea directamente la existencia de un mismo poeta para los dos grandes poemas épicos, la *Ilíada* y la *Odisea*, si bien es cierto que notables diferencias de lengua y estilo en el original griego, así como aspectos de contenido de los mismos, conducirían a pensar que fueron dos «autores» distintos los artífices, incluso pertenecientes a generaciones distintas en torno al siglo VIII a. C. Ni el propio Homero habló siquiera de sí mismo en su supuesta obra.

Sea como fuere, es muy importante tener presente que esos grandes poemas épicos tenían por objeto su recitación en las plazas públicas y también en las fiestas y en las celebraciones de los palacios nobles, ya que exponían claramente los ideales guerreros y la relación de los humanos con los dioses. Pero no es menos cierto que se debía de generar un importante debate sobre sus orígenes porque —como ocurre con las famosas sagas épicas—, cuando este tipo de poesía llegaba al público, lo hacía sin el amparo de interpretaciones cultas que pudieran considerarse válidas. Simplemente, no era necesario al tratarse de un inmenso bagaje de transmisión oral.

En nuestro análisis procederemos abordando el tema desde una perspectiva cronológico-histórica, partiendo de los argumentos más lejanos a nosotros hasta llegar a los más modernos. Según consta pues, los más relevantes antiguos editores de Homero —los alejandrinos[6]—, no hicieron sino seleccionar las mejores copias de los dos grandes poemas que había en circulación, «depurándolas» a partir de los ideales de la época: Homero no podía caer en el mal gusto, en contradicciones o en incongruencias —según ellos—, y por eso era necesario marcar los versos en cuestión como impropios de nuestro autor.[7] En otras ocasiones

6. Zenódoto, Aristófanes y Aristarco cotejaron diversos manuscritos de la obra homérica en la biblioteca de Alejandría y se erigieron en críticos de sus textos ya en época helenística, entre los siglos III y II a. C.

7. En crítica textual a esta operación la denominamos *atetizar*, por cuanto supone considerar un fragmento como erróneo, apócrifo o espurio.

algunos versos fueron directamente eliminados de las ediciones, lo cual significaba que el crítico evaluaba y juzgaba la obra en vez de estuadiarla en su marco histórico. En cualquier caso, en la Antigüedad los dos grandes poemas homéricos fueron considerados ampliamente como obras del mismo autor.

Con más o menos fortuna las ediciones de Homero sobrevivieron a los avatares y al oscurantismo de la Edad Media, y ya en época renacentista la *Ilíada* y la *Odisea* fueron comparadas con la *Eneida* de Virgilio, con el resultado de un mayor reconocimiento para esta última, apelando a su perfección y a su «modernidad».

El debate se reabrió hacia mediados del siglo XVII cuando el abad de Aubignac[8] abogó por los cánones clasicistas: Homero no existió jamás porque las contradicciones y la falta de moralidad que contenían esas obras eran impropias de un poeta «perfecto». Se trataría, por tanto, de un conjunto de poemas menores compilados por autores anónimos en la Grecia del siglo VI antes de Cristo, toda vez que supuestamente todavía no existía la escritura en época de Homero. Posteriormente, la arqueología ha demostrado que antes del siglo VIII ya existía un alfabeto en Grecia, y que con anterioridad a esa época había un silabario micénico; luego sería plausible, a todas luces, la recitación «de memoria» de poemas tan extensos.

A lo largo del siglo XIX cristaliza la llamada **teoría analítica**, la cual defendía que o bien los poemas fueron compuestos a partir de varios núcleos temáticos (que los recitadores habrían ido ampliando por separado desde los albores del primer milenio a.C.), o bien gracias a la compilación de varios poemas de cierta extensión, razón por la cual parecería inverosímil que un solo individuo fuera el único autor de todos ellos. Las pruebas que sacaron a colación los analistas se fundamentaban en incongruencias o contradicciones diversas en el contenido de la obra, en

8. François Hédelin, abbé d'Aubignac (1604-1676), fue el primer estudioso moderno en negar la figura del poeta Homero como autor de la *Ilíada* y la *Odisea*, basándose en argumentos probatorios de un cierto calado.

repeticiones frecuentes de determinadas escenas muy comunes —lo que supondría poder llegar a pensar en posibles interpolaciones[9]—, y en el uso simultáneo de diferentes formas dialectales, además de la falta de unidad estilística en algunos pasajes.

Como respuesta a los analistas, a lo largo del siglo XX se impone progresivamente la **teoría unitaria**, la que pretende demostrar que ambas obras son del mismo autor —aunque ahí no hay una posición unánime—, puesto que los personajes poseen rasgos comunes muy relevantes, la uniformidad lingüística está probada y, en cambio, a menudo se verifican como falsas las posibles contradicciones. El filólogo alemán Wolfgang Schadewaldt situaría en 1941 a Homero en el siglo VIII antes de Cristo, y lo consideraría la culminación de un *corpus* poético de tradición oral en toda Grecia, basándose precisamente en la distinción de lo genuinamente homérico de la producción épica antigua respecto de aquello puramente tradicional. En esta misma línea de investigación prosiguió Parry (cfr. nota 4) aludiendo a las técnicas de la composición oral y de las dicciones formulares, tesis que según otros terminarían por diluir la personalidad del poeta, es decir, su autoría: las fórmulas constituirían una especie de «máquina de hacer poesía», apta para cualquier personaje que la supiera más o menos manejar, con lo cual cobraría sentido la idea de autor anónimo o colectivo (tradición poética oral).

Si acudimos a la arqueología, podemos constatar que a partir de 1870, con las excavaciones de Schliemann en Micenas y en Troya, fue apareciendo un escenario comparable al descrito en los poemas homéricos (aunque no exento de elementos discordantes por una parte de la crítica). A partir de los restos arqueológicos micénicos hallados en Micenas, Tirinto, Tebas y otros luga-

9. Reciben este nombre los pasajes, frases o términos de una obra atribuidos a un autor o autores ajenos a la misma, que debido a un problema de transcripción o de edición del texto acaban formando parte de esa obra.

res, el arqueólogo sueco Nilsson situó en 1933 los grandes ciclos épicos precisamente en estas ciudades, vista la coincidencia de muchos de estos hallazgos con las descripciones homéricas, y concluyó que la religión y la leyenda heroica griegas tenían su origen en la cultura micénica.

Pero la prueba definitiva la aportó el arquitecto inglés Michael Ventris, quien a raíz del descubrimiento de unas tabillas de arcilla en restos palaciegos situados en diferentes puntos de Grecia, procedió a su desciframiento: se trataba de textos en griego con un valor relativo en cuanto a su contenido (inventarios, registros y catálogos de tropas y demás personal), pero de caudal importancia para certificar que la destrucción de esos palacios la protagonizaron diversas oleadas de pueblos dorios hacia el siglo XIII a.C. Si admitimos que los dorios —que también eran griegos— acabaron con la cultura micénica, estaríamos dando crédito a que el mundo homérico se ubicaría en esas coordenadas espaciotemporales, con lo cual la información que nos transmitió el ciego de Quíos habría partido de una riquísima tradición épica de origen micénico.

Con estos datos en la mano, la mayor parte de los estudiosos sobre el tema en la segunda mitad del siglo XX coincidiría en que hubo un gran poeta hacia el siglo VIII a.C. que cantó las grandes gestas de los héroes, enmarcados en unos míticos hechos que le permitieron crear una gran epopeya, eso sí, no exenta de originalidad al reflejar en ella una acción repleta de sentimientos humanos encajados en un ámbito dramático

Las conclusiones de la escuela unitaria arrojan, pues, los siguientes resultados: Homero debió de escribir o dictar sus poemas a finales del siglo VIII en algún lugar de la Jonia, a partir de abundantes materiales legendarios transmitidos por los aedos de forma oral. El problema de la recitación debido a su extensión bascularía entre la posibilidad de cantarlos en episodios breves —como ocurriría en época micénica— y la de ser recitados íntegramente en el marco de importantes festivales religiosos por parte de varios aedos, que se irían relevando a lo largo de los tres días que podrían llegar a durar estas celebraciones.

5. Los personajes: de dioses, héroes y hombres

La épica, la tragedia y la lírica griegas planteaban el papel del hombre en el cosmos y su interrelación con los dioses, los cuales determinaban y condicionaban su vida de una forma decisiva. Podríamos decir que tenemos ante nosotros una estructura jerárquica en forma de pirámide, en la cúspide de la cual se situaban los todopoderosos e inmortales dioses del Olimpo, cuyas decisiones y acciones eran indiscutibles e inapelables. En la base estaban los humanos —mortales—, que debían granjearse constantemente los favores divinos para garantizar la supervivencia de su especie, normalmente a través de sus plegarias, ofrendas y sacrificios, escena muy recurrente en la *Ilíada*:

> *Así dijo rogando, y oyó su oración Febo Apolo.*
> *Hecha ya la oración y vertida la mola, a las víctimas,*
> *el testuz hacia atrás, degollaron y descuartizaron;*
> *y cortaron los muslos, con grasa ambos lados cubrieron*
> *y, además, con pedazos de carne; el anciano en la leña*
> *encendida los puso rociados con vino muy negro;*
> *quíntuples asadores pusieron muy cerca los jóvenes;*
> *las entrañas comieron después de quemados los muslos*
> *y cortaron el resto en pedazos y los espetaron,*
> *con cuidado lo asaron y lo retiraron del fuego.*
>
> *Ilíada*, I, 457-466

Como si de un teatrillo de marionetas se tratara, los dioses desde su hogar en el monte sagrado observaban a los hombres y los manejaban a su antojo como si fueran muñecos, y, por tanto, determinaban la recompensa o el castigo que les correspondía a tenor de sus actos en la Tierra. Cuando un humano sobrepasaba el límite que tenía asignado por su propia condición de mortal y pretendía emular o equipararse a una divinidad, de inmediato era fulminado por esta, precisamente para restablecerse la jerarquía a la que aludíamos, hecho que garantizaría el **orden cósmico** in-

dispensable para la paz y el bienestar. Del mismo modo en caso de que un mortal cometiera un pecado de *hybris*, esto es, un acto de insolencia contra una divinidad —ya fuera por acción o bien por omisión—, era necesario que el dios o la diosa aplicara la consiguiente medida. Este tipo de acciones eran claramente propedéuticas, pues tenían auténtica validez de normas de comportamiento en sociedad, y además eran ejemplificadoras para cualquiera que se atreviera a realizarlas. Atrás quedaban las guerras y disputas entre divinidades de las que hablaría Hesíodo.[10] Los dioses debían erigirse en garantes de la paz en el cosmos, pese a que en otro tiempo se hubieran dado casos de involución: Zeus depuso a su padre Cronos y lo suplantó.

De haber fallado estas premisas el *chaos* se habría instalado en las vidas de los griegos y el hombre no habría avanzado al estadio de civilización que se le suponía, el que le permitiría tener un determinado estatus de bienestar porque había aprendido a dominar la naturaleza en diversas formas (agricultura, caza y ganadería), a organizarse política y socialmente, etc. Era por tanto condición indispensable conseguir la convivencia con los dioses y evitar en la medida de lo posible la confrontación con ellos. Sería a través del mito que el hombre pudo hallar la respuesta, otrora incomprensible, a los fenómenos exacerbados de la naturaleza como las tempestades y las catástrofes naturales, y también a los actos humanos contrarios a la paz o a la convivencia. La reacción lógica sería: «Eso ocurre porque algo parecido también les ocurrió en otros tiempos a los dioses del Olimpo», y esta sentencia lo explicaría todo o casi todo entre los humanos, desde una disputa hasta un caso de infidelidad conyugal. En la siguiente cita, el dios Ares, herido por Diomedes gracias a la intervención de Atenea, se queja enérgicamente ante Zeus:

10. Poeta del siglo VII a.C. autor de la *Teogonía*, donde relata la lucha por el poder entre diversas generaciones de inmortales. La victoria condujo a Zeus a gobernar el Olimpo y a convertirse en padre de dioses y hombres.

—¡Padre Zeus! ¿No te indigna ver tan espantosos horrores?
Sin cesar soportamos los dioses los peores tormentos,
unos contra los otros, a fin de agradar a los hombres.
Pero todos estamos airados contigo, por cuanto
engendraste a una loca funesta que sueña maldades.
Todas cuantas deidades se encuentran aquí en el Olimpo
te obedecen, y todos cumplimos las leyes que dictas.
Pero ni con palabras ni acciones a ella sujetas;
antes bien, aun la instigas pues tú has engendrado a tal furia
[...]

Ilíada, V, 876-884

La *Ilíada* presenta una historia y describe unos hechos que no se valoran en el poema en sí; solo asistimos a las consecuencias del *conflicto trágico*,[11] como por ejemplo a las evidentes disputas y reyertas entre dioses, y observamos cómo estos acaban tomando partido por una de las dos causas —la aquea o la troyana—, pero esta cuestión ya viene de lejos. Sería el principal motivo de la guerra de Troya: el rapto de Helena, el cual desencadenaría una gran alianza entre pueblos griegos, para así poder reparar el ultraje que había recibido su esposo Menelao de Esparta. Se movilizaron cantidades ingentes de los mejores guerreros de todo el mundo helénico, alistados en poderosísimos ejércitos,[12] con el objeto de hacer caer a la inexpugnable Troya, otro de los grandes mitos de la Antigüedad, bajo el pretexto de recuperar a la mujer más bella de todas. En primera instancia el conflicto debía dirimirse a través de un singular combate entre Paris y Menelao, pero a la postre no fue así por la cobardía del primero. Así reclamaba Agamenón a Helena a sus enemigos:

11. «Trágico» porque para los dioses el sufrimiento es el destino básico del hombre.

12. El canto II o *Catálogo de las naves* enumera y describe los contingentes de ambos bandos.

—Escuchadme, troyanos y dárdanos y aliados
pues es de Menelao la victoria, el amado por Ares,
entregadnos a Helena la argiva con todos sus bienes
y pagadnos el justo y debido tributo, de modo
que no ignoren los hombres futuros ultraje como este.

Ilíada, III, 456-460

La arqueología moderna[13] no deja dudas de la existencia, desde el tercer milenio, de una importante ciudad amurallada cercana al actual estrecho de Dardanelos —hoy Turquía—, entre los ríos Simois y Escamandro, que fue destruida y reconstruida sobre sus cimientos varias veces, situada estratégicamente en un promontorio dominante sobre el acceso al mar Negro. A todas luces se trataría de un importante enclave comercial por el control de las mercancías que llegaban del norte del continente hacia el Mediterráneo, y esa sería la auténtica razón de su caída: el mito del rapto de Helena, como todos los mitos, serviría para tener una «explicación» plausible a los hechos en aquellos tiempos. Hechos que sin ningún tipo de duda socavaron profundamente la conciencia del mundo griego, y por esa razón fueron tematizados de forma recurrente en la tradición oral de la época. En cambio, para aquellas gentes hablar de causas económicas, políticas o geoestratégicas, resultaría algo vano en la medida en que su vida estaba organizada en torno a unos solidísimos valores de religiosidad y se hallaba profundamente anclada en el mito: las diosas Hera y Atenea odiaban la ciudad de Troya. La elección de Paris en el juicio por «la más bella» fue absolutamente desacertada, ya que pretender vivir rodeado de placeres antes que convertirse en un gran rey o en un famoso guerrero ponía en franca evidencia la debilidad humana, y eso *merecía* ser castigado.

13. John Chadwick (1920-1998), estudiando la morfología de la cerámica hallada en el lugar y en otros puntos del mundo micénico, concluye que el poema homérico se referiría al estadio de Troya VII a.

En el marco mitológico es fundamental el papel que juegan los héroes o semidioses, seres nacidos de la unión de una divinidad y de un o una mortal. En la *Ilíada* el caso más relevante lo representa **Aquiles**, quien al retirarse del combate encolerizado por haber sufrido un acto de deshonor —pues fue desposeído de su esclava Briseida por el jefe de los aqueos, Agamenón—, causó grandes sufrimientos a sus compañeros, que caían derrotados ante Héctor y el ejército troyano. Aquiles acudió a su madre, la diosa Tetis, para que intercediera ante Zeus y consiguiera la derrota de los griegos, así estos se verían obligados a aplacar su ira con cuantiosos regalos, que el héroe nuevamente rechazó:

Sus presentes odiosos me son y me importan muy poco.
Y aunque fuera capaz de entregarme diez veces o veinte
más de cuanto posee o de las cosas que un día posea,
o las cosas que llegan a Orcómeno o Tebas de Egipto,
[villa en que cada casa un tesoro magnífico encierra
y ciudad de cien puertas que pueden cruzar cada una
con sus carros y con sus caballos doscientos guerreros,]
o entregarme a mí tantos presentes cual granos de arena
o de polvo, aun así Agamenón no aplacara mi enojo
si antes no me pagaba la afrenta que mi ánimo sufre.

Ilíada, IX, 382-391

La situación se salda con la muerte de Patroclo, amigo y escudero de Aquiles, a manos de Héctor, ya que fue autorizado a ir al combate en lugar de su mentor. A partir de ese momento el héroe ya solamente vivirá para vengar su muerte hasta el final, y así sucede. Es más, el ultraje al cadáver de Héctor formará parte de la venganza, de manera que el anciano rey Príamo deberá humillarse ante el verdugo de su hijo para recuperar su cuerpo sin vida, y después poder tributarle las honras fúnebres que merecía.

La evolución psicológica de Aquiles se manifiesta por su actitud: al principio, de puro enojo al perder a su esclava; después, de indiferencia ante las derrotas aqueas; y finalmente, de rabia

extrema al jurar venganza por la muerte de Patroclo y convertirse luego en un asesino sin piedad ante las filas troyanas. Pero pese a todo, nada mitigará el dolor del héroe ante la pérdida: ni su posición de privilegio ante Zeus, padre de dioses y hombres; ni el consuelo que le ofrece su madre Tetis, cuando abandona las profundidades marinas para estar junto a su hijo afligido; ni el recuerdo de su padre Peleo, a quien también recordará Príamo en su negociación con él. Todas estas consideraciones nos conducen a un prototipo concreto de héroe: grandísimo combatiente y merecedor de honores por sus actos, pero incapaz de contribuir a la resolución del conflicto y de proyectarse hacia el futuro como garante de la paz, fundamentalmente porque asume su sacrificio (cuando se profetiza su muerte temprana). El final de Aquiles constituye un episodio que no aparece en la *Ilíada*.

También el rey **Príamo**, en el bando troyano, hijo de Laomedonte y de la ninfa Estrimón, muestra su heroicidad en la bondad, en el respeto y en la humildad que desprende un anciano que, valiéndose de la experiencia y de los buenos consejos, ha intentado persuadir sin éxito a su hijo Héctor para que abandone la lucha y la afrenta que le exige su rival. Como buen estratega y después de una tensa conversación con Aquiles, consigue devolver a Troya a su hijo muerto, en uno de los pasajes líricos más bellos del poema, que culmina con la reconciliación entre sollozos de los dos mandatarios afligidos por sus respectivas pérdidas humanas:

> *Recordando los dos, él lloraba sin tregua por Héctor*
> *homicida, postrado a las plantas de Aquiles divino;*
> *por su padre unas veces Aquiles lloraba, y las otras*
> *por Patroclo, y llenose la tienda de entrambos gemidos.*
> *Cuando estuvo ya Aquiles divino saciado de llanto,*
> *[de sus miembros y su corazón se alejó este deseo].*
>
> *Ilíada*, XXIV, 508-513

Los mortales, hombres y mujeres, completan el elenco de actores del poema épico: los primeros, dotados de valentía, de fuerza y de antepasados famosos, se inscribirían en el grupo de personajes sobresalientes por su heroicidad. Ahí situaríamos nombres como los de Héctor, Ayax, Odiseo,[14] Agamenón, Menelao, Diomedes, Patroclo, Pándaro y un largo etcétera. Entre los segundos destacan de una forma especial **Hécuba** y **Andrómaca**, por sus papeles de madre y esposa, respectivamente, con valores como la belleza, la castidad y la habilidad en la economía doméstica, aspectos de gran importancia en las sociedades primitivas. Helena y Paris serían, sin lugar a dudas, un caso aparte al que más adelante volveremos.

En relación al **guerrero**, hay que destacar que su condición de mortal tiende a la de héroe cada vez que presenta batalla, ya sea como uno más en el fragor del combate, ya sea en el marco de un duelo singular ante un semejante. Es como si, observando un código deontológico particular, pretendiera acercarse a los valores divinos,[15] precisamente porque en aquello que es su profesión, normalmente la guerra, hace gala de una nobleza que el espectador desde fuera —en nuestro caso el lector— le va a reconocer sin discusión. He aquí la escena que protagonizan Héctor y Ayax.

> *Así dijo, y blandió la larguísima lanza sombría,*
> *la arrojó y la clavó en el escudo de las siete pieles,*
> *mas no pudo horadarle la capa de bronce de encima,*
> *pues el bronce inflexible rasgó solamente seis pieles*
> *y en la séptima piel se detuvo. Y Ayax el divino*
> *arrojole a su vez la larguísima lanza sombría*

14. Más conocido quizá por Ulises, derivado del dialecto siciliano *Vlixes*, es el protagonista de la *Odisea*.

15. Así, los guerreros reciben a menudo calificativos como *divino*, *semejante a los dioses*, *deiforme*..., o bien incluso son comparados con las divinidades: *alumno de Zeus*, *servidor de Ares*, *del linaje de Zeus*, etc.

que dio sobre el escudo redondo del hijo de Príamo
y, a través del escudo brillante, la lanza durísima
penetró muy veloz y se hundió en la labrada coraza;
en el flanco la punta logró desgarrarle la túnica,
mas el héroe inclinose, evitando la muerte sombría.
Arrancaron entonces los dos las larguísimas lanzas
y avanzaron al punto lo mismo que fieros leones
o cual perros monteses dotados de fuerzas muy grandes.
Le dio el hijo de Príamo a Ayax en mitad del escudo
al que el bronce no pudo romper pues torciose la punta.
Luego Ayax lo atacó y en su escudo le dio con tal fuerza
que detuvo al guerrero en su avance. Y la punta de bronce
rasguñó el cuello de Héctor y entonces brotó negra sangre.

Ilíada, VII, 244-262

Mientras los aqueos aparecen como prudentes, precavidos y cautelosos en el combate, los troyanos generalmente se muestran indisciplinados, altaneros y ruidosos en su avance hacia la lucha. Estudiados individualmente, concluimos que **Agamenón**, el rey de Micenas, es arrogante y prepotente, y que se sirve de su jerarquía para humillar a Aquiles cuando se niega a devolverle a Briseida, incluso a sabiendas de que esta decisión perjudica a su propio pueblo. Más tarde, al verse forzado a intentar recuperar al héroe mediante cuantiosos regalos, demostrará su bajeza y su falta real de liderazgo.

Héctor se erige como el chivo expiatorio del conflicto; asumiendo un papel de héroe trágico, debe afrontar con valentía el destino que le han asignado los hados: la muerte. Se despedirá de su esposa y de su hijo, todavía pequeño, en una de las escenas más patéticas de la obra, puesto que todos presienten que el héroe caerá a manos de Aquiles. En cambio, por su mente solo pasa la firme voluntad de intentar salvar Troya del embate aqueo y en consecuencia adopta la actitud heroica que le corresponde al personaje.

Merecen también nuestra atención los verdaderos causantes de la guerra: **Paris** o **Alejandro**, príncipe troyano, y **Helena**, esposa del rey Menelao de Esparta. El primero respondería a la figura del antihéroe: seductor de una mujer extranjera, sin hijos, imprudente en sus actos y cobarde al rehusar la lucha contra el esposo ultrajado, además de odiado por sus conciudadanos por haberles acarreado la desgracia.

Helena es descrita como muy bella, pero con un carácter tremendamente voluble, sin personalidad para tomar decisiones, aunque en un determinado momento es consciente de su parte de culpa. Ni ella ni su amante desempeñan un papel relevante en la obra a modo de protagonistas, sino más bien como desencadenantes de la acción, de los hechos que ya conocemos.

Para concluir, y volver así a nuestro humilde propósito, alejado de la altisonancia de los litigios entre dioses, reyes, héroes e insignes estudiosos, nos podemos referir a los otros muchos personajes secundarios y anónimos que configuran esta compleja y original trabazón de elementos homéricos. En efecto, aparte de las escenas bélicas asistimos también a situaciones diarias como son las labores del campo, algunas tareas relativas a oficios artesanales, momentos de la vida en familia o en el ámbito privado, etc. Observemos la escena cotidiana de una madre que vela por el sueño tranquilo de su hijo, y la de un pastor que carga con la piel de un carnero:

[...] *y desvió la saeta,*
la apartó de tu cuerpo lo mismo que aparta una madre
una mosca del hijo que duerme con plácido sueño.

Ilíada, IV, 129-131

De la misma manera que lleva un pastor en la mano
el vellón de un carnero sin que lo fatigue su peso,

Ilíada, XXII, 451-452

La grandeza de una poema como la *Ilíada* reside también en la inclusión de estos temas de una forma tan natural como plausible, lo cual posibilitaba la identificación del público con los versos del aedo: por una parte, el valor del mito se hacía patente por resultar algo *intangible* y propio de los dioses inmortales; por otra, la cotidianidad acercaba a los humanos a las cumbres del Olimpo, para hacerles partícipes de una sociedad de todos y para que así ellos constataran que todo eso seguía dando pleno sentido a su vida.

6. Bibliografía

Chadwick, John, *El mundo micénico*, Madrid, Alianza Editorial, 1998.

Dodds, Eric Robertson, *Los griegos y lo irracional*, Madrid, Alianza Editorial, 2006.

Finley, Moses, *La Grecia primitiva*, Barcelona, Crítica, 1987.

Gil, Luis (et alteri), *Introducción a Homero*, Barcelona, Labor, 1984.

Griffin, Jasper, *Homero*, Madrid, Alianza Editorial, 2008.

Jaeger, Werner, *Paideia: Los ideales de la cultura griega*, Madrid, FCE, 2004.

Lesky, Albin, *Historia de la literatura griega*, Madrid, Gredos, 2009.

Luce, John Victor, *Homero y la edad heroica*, Barcelona, Destino, 1984.

Toynbee, Arnold, *Los griegos: Herencias y raíces*, México, FCE, 1988.

Vernant, Jean-Pierre, *Mito y sociedad en la Grecia Antigua*, Madrid, Siglo XXI, 1987.

CARTA A ALFONSO REYES

Mi querido maestro:

Tropezar dos veces en el mismo sitio no suele ser un defecto humano, sino una condición que nos diferencia de los demás seres creados porque ellos solo tropiezan una. Esta es la causa que me hace disculpable el haber emprendido mi traslación de la Ilíada *cuando ya había sido impresa la* Odisea. *Con todo, no me disculpo.*

Seguí con esta el mismo camino que emprendí para aquella. Por lo tanto, habré incurrido en los mismos errores e indudablemente en otros nuevos, y en los mismos aciertos y en otros nuevos acaso, sí es que los hubo y los hay. Dije ya entonces que no era helenista y que nada estaba más lejos de mí que realizar una traslación erudita o científica del poema homérico. También en este caso me he inclinado más por la poesía que por la ciencia, a todas luces porque no soy un científico. Homero hombre y Homero poeta han sido mis dos únicas premisas a lo largo de este trabajo que, como usted sabe bien, proporciona, como si fuera un hijo, grandes alegrías, pero asimismo terribles preocupaciones.

Hoy también, mi mayor esfuerzo ha sido el de conseguir la literalidad más rigurosa, con lo que mi parte de lucimiento personal quedó relegada a un término muy secundario. Esta sería ocasión de salir al paso de quien me censuró —¡todas las censuras fueran como esta!— la incorrecta medida de algunos versos por no haber usado de sinalefa y sí de hiato, al salvar esta literalidad. Pero no lo hago porque la censura fue muy cordial, y si no lo hubiera sido tampoco lo hubiese hecho, precisamente por la falta de cordialidad.

Asimismo, utilicé la versión de don Manuel Segalá Estalella, y me fue de gran utilidad el texto establecido por el profesor Paul Mazon para su excelente versión francesa. También he señalado en mi texto con los correspondientes corchetes lo que se consideran interpolaciones más importantes, lo sean o no, y sin que esto, por mi parte, signifique aceptarlas o rechazarlas. No creo demasiado en ellas, sobre todo en algunas como la llamada «descripción del escudo de Aquiles», uno de los más bellos fragmentos del poema.

Soy el primero en ver los defectos y el último en conocer los aciertos que a mi traslación corresponden. Mi trabajo sobre la Odisea *anda por ahí sin crítica. Los amigos y críticos que me pidieron ejemplares para ocuparse de ella, olvidaron hacerlo, circunstancia que no sé si debo agradecer. A ello se debería, en todo caso, mi ratificación, llamémosla involuntaria, en los mismos errores que cometí antes. Pero tengo el suficiente sentido crítico para no hacer de esto una pueril disculpa.*

Esto, mi querido maestro, es todo cuanto puedo decir de esta traslación mía de la Ilíada, *que quiero honrar ofreciéndola a usted. De manos de mi editor recibí el primer volumen de la suya en el momento en que yo le hacía entrega de mi original. Esto tuvo para mí el valor de un símbolo y me considero en el afectuoso deber de dedicarle este modesto trabajo. Usted al otro lado del mar y yo a este hemos compartido la poesía de Homero en uno de los más grandes poemas que conoce el mundo. ¿Quiere usted compartir conmigo lo que de poesía homérica pude salvar en mi traslación? Poco es, sin duda, pero en amistad y admiración se lo ofrezco.*

Devotamente,

FERNANDO GUTIÉRREZ
Barcelona, Sitges, 1952

Ilíada

CANTO I

[Invocación]

Canta, diosa, la cólera aciaga de Aquiles Pelida,[1]
que a los hombres de Acaya causó innumerables desgracias
y dio al Hades innúmeras almas de intrépidos héroes
cuyos cuerpos de presa sirvieron a perros y pájaros
de los cielos; que así los designios de Zeus se cumplieron[2]
desde que separáronse un día, tras una disputa,
el Atrida,[3] señor de los hombres, y Aquiles divino.

[La peste]

¿Qué dios fue el que movió la discordia y la lucha entre ellos?
Fue este el hijo de Leto y de Zeus.[4] Contra el rey irritado,
una peste maligna a sus huestes mandó, y sus guerreros
perecían, porque ultrajó a Crises, a su sacerdote,
el Atrida. Y aquel fue a las rápidas naves aqueas
a obtener a su hija por un gran rescate y las ínfulas
del que hiere de lejos,[5] Apolo, que en mano llevaba

1. Hijo de Peleo.
2. La voluntad de Zeus, padre de dioses y hombres, es implacable.
3. Se trata de Agamenón, hijo de Atreo.
4. Es el dios Apolo.
5. Calificativo ornamental (epíteto) propio del dios Apolo. El uso de este tipo de atribuciones propias de un personaje obedecía a razones de métrica, que facilitaban la recitación al aedo.

y pendientes de un cetro de oro. Y rogó a los aqueos,
sobre todo a los hijos de Atreo, caudillos del pueblo:

—¡Oh vosotros, Atridas y aqueos de grebas hermosas!
Que os concedan los dioses que habitan mansiones olímpicas
destruir la ciudad del rey Príamo y grato regreso
a la patria; mas dadme a mi hija y tomad el rescate
grave al hijo de Zeus, el que hiere de lejos, Apolo.

Los aqueos unánimemente pidieron respeto
para aquel sacerdote y que el rico rescate aceptaran;
pero le disgustó a Agamenón el Atrida el acuerdo,
lo mandó noramala y le dijo estas duras palabras:

—No te acerques, anciano, otra vez a mis cóncavas naves,
ni porque permanezcas aquí ni porque aquí retornes;
no podrían valerte ni el cetro del dios ni sus ínfulas.

No la quiero entregar. La tendré en mi palacio de Argos
hasta que, de su patria alejada, en mi casa envejezca
manejando el telar y, además, compartiendo mi lecho.
Vete ya; no me irrites, si quieres partir sano y salvo.

Dijo así, y tuvo miedo el anciano y cumplió su mandato.
Silencioso se fue por la orilla del mar estruendoso,
y, alejándose, innúmeros ruegos hacíale a Apolo
soberano, a quien Leto parió, la de hermosos cabellos:[6]

—¡Óyeme, dios del arco de plata, que a Crisa y a Cila
la divina proteges, señor poderoso de Ténedos!
¡Oh Esminteo!, si un día, elevando algún templo precioso
y quemando en tu honor gruesos muslos de toros o cabras

6. Cfr. nota 5.

agradable te fui, que se cumpla este voto que te hago:
¡que en los dánaos[7] me paguen tus flechas el llanto vertido!

Así dijo rogando, y oyó su oración Febo Apolo,
e, irritado en su pecho, bajó de las cumbres olímpicas
con el arco y la aljaba cerrada pendientes del hombro.
A la espalda del dios enojado sonaban las flechas
al andar. Y, avanzando, era como una noche sombría.
Se sentó cerca de los navíos, lanzó una saeta
y sonó el espantoso chasquido del arco de plata.
Al principio a los mulos tiró y a los ágiles perros,
pero luego a los hombres lanzó las amargas saetas,
y en las piras, sin tregua, empezaron a arder los cadáveres.

[La querella]

Nueve días las flechas del dios por las huestes volaron,
y, en el décimo, Aquiles llamó a la asamblea a los hombres,
inspirado por Hera, la diosa de brazos nevados,[8]
que sintió compasión de ver cómo los dánaos morían.
Una vez encontráronse todos los dánaos reunidos,
levantose el de los pies ligeros,[9] Aquiles, y dijo:

—Creo que desandar el camino debemos, ¡oh Atrida!,
y volvernos atrás, si podemos huir de la muerte,
pues, unidas, la peste y la guerra nos hieren a todos.
Consultemos, no obstante, a un augur, sacerdote o a alguno
que interprete los sueños —también de Zeus vienen los sueños—,
que nos pueda decir por qué tanto se airó Febo Apolo:
si motiva su ira algún voto o hecatombe olvidados,

7. Los aqueos o argivos, pobladores de buena parte del Peloponeso; Dánaos procede de Dánao, el nombre del héroe que refundó la ciudad de Argos, y de ahí argivos.

8. Cfr. nota 5.

9. Cfr. nota 5.

y si acaso quemando escogidos corderos y cabras
en su honor, tendrá a bien liberarnos de peste tan dura.

Así dijo, y sentose después. Levantose entre ellos
Calcas, hijo de Téstor, el más importante adivino
que muy bien conocía el presente, futuro y pasado
y a las naves aqueas había hasta Ilión conducido
con sus artes adivinatorias que supo de Apolo,
y benévolamente habló a todos con estas palabras:

—¡Oh tú, Aquiles, amado de Zeus! Me has mandado que {explique
el porqué de la ira de Apolo, el que hiere de lejos.
Está bien; voy a hacerlo, mas antes declárame y jura
que dispuesto a valerme estarás de palabra y de obra,
porque temo irritar a un varón que de gran poder goza
entre todos los de Argos y a quien los aqueos acatan.
Poderoso es un rey ante aquel inferior que lo enoja,
pues si bien en el mismo momento apacigua su ira,
guarda en su corazón el rencor hasta que ha satisfecho
su venganza en aquel. Dime, pues, si es que quieres valerme.

Y el de los pies ligeros, Aquiles, repuso diciendo:

—Manifiesta sin miedo ninguno el augurio que sabes,
puesto que, ¡por Apolo, el amado de Zeus, al que invocas,[10]
Calcas, cuando a los dánaos revelas augurios del cielo!,
yo te digo que ni uno siquiera pondrá en ti las manos,
mientras viva y mis ojos contemplen la lumbre del día,
ni aunque tú a Agamenón me nombrases, que tanto se jacta
de ser entre los hombres aqueos el más poderoso.

10. En las culturas antiguas el adivino se erige en intérprete de la voluntad divina.

Y, animado con estas palabras, habló el adivino:

—No por votos o por hecatombres el dios se ha enojado,
que se enoja porque Agamenón ultrajó al sacerdote
[a quien no le ha devuelto la hija y tomado el rescate,]
y por esto el que hiere de lejos el mal os envía
y enviará, y a los dánaos jamás librará de la peste,
hasta que, sin rescate, a la virgen de vivas pupilas
devolvamos al padre y hagamos en Crisa una sacra
hecatombe; y, calmado, tal vez de nosotros se apiade.

Así dijo, y después se sentó. Agamenón el Atrida,
héroe y muy poderoso señor, levantose al momento.
Afligido, con el corazón rebosante de cólera
y los ojos igual que si fueran de fuego brillante,
con torcida mirada exclamó, dirigiéndose a Calcas:

—¡Adivino de males! Jamás me anunciaste venturas.
Se diría que te satisface augurar la desgracia;
no auguraste jamás ni cumpliste un oráculo bueno,
y ahora aquí, prediciendo delante de todos los dánaos,
dices que nos envía esta peste el que hiere de lejos,
porque yo por Criseida no quise admitir un rescate
puesto que la deseo tener para siempre en mi casa,
ya que la preferí a Clitemnestra, mi esposa legítima,
pues en nada es a ella inferior, ni en belleza ni en gracia,
ni siquiera por su inteligencia ni por su destreza.
Mas, con todo, si fuera por bien me dispongo a entregarla
porque quiero salvar a los hombres y no que perezcan.
Pero al punto otra retribución deberéis prepararme
para que no sea el único argivo que quede sin ella.
No sería correcto; es la parte que a mí me ha tocado.[11]

Y el de los pies ligeros, Aquiles divino, repuso:

11. Se trata de la esclava Criseida, botín de guerra.

—Gloriosísimo Atrida, de todos el más codicioso.
¿Qué otra retribución te han de dar los aqueos magnánimos?
No sé que haya tesoro común que podamos partirnos,
pues ya está repartido lo que en las ciudades pillamos
y no es justo obligar a los hombres a un nuevo reparto.
Da esa joven al dios, y nosotros te lo pagaremos
por tres veces o cuatro, si Zeus nos permite algún día
el poder conquistar la ciudad bien murada de Troya.

Y repúsole entonces así Agamenón soberano:

—No por bravo, ¡oh Aquiles deiforme!, me ocultes qué piensas,
porque no has de poder engañarme ni aun persuadirme.
¿Debo, para que guardes tu premio, quedar sin el mío
y por esto me das el consejo de que lo devuelva?
Si llegaran a darme quizá los aqueas magnánimos
otra cosa conforme a mi gusto y que valga por ella...
Y si no me la entregan iré a apoderarme yo mismo
de la tuya, o tomarme quizá la de Ayax o de Ulises
[y verás como aquel a quien yo me dirija se aíra].
Pero de todo esto hablaremos en día oportuno.
Mas botemos un negro navío a las ondas divinas,
elijamos remeros y en él embarcad a las víctimas
para una hecatombe, y que embarque la propia Criseida,
la de bellas mejillas, y que lo gobierne algún jefe:
bien Ayax, o quizá Idomeneo, o Ulises divino,
o tú mismo, Pelida, entre todos el más portentoso,
para, con sacrificios, calmar al que hiere de lejos.

Y con torvo mirar dijo Aquiles, el de pies ligeros:

—¿Cómo tú, corazón sin vergüenza, varón codicioso,
quieres que un solo aqueo obedezca gustoso tus órdenes,
sea para emprender una marcha o entrar en combate?
Obligado por los belicosos guerreros de Troya
yo no vine a luchar, porque no me infirieron agravios.

No han robado mis vacas y no me robaron corceles,
ni en la fértil Ptía jamás mi cosecha arrasaron,
pues levántanse muchas montañas frondosas entre ellos
y nosotros, y entre ambos se extienden las ondas sonoras.
Solo a ti hemos seguido, insolente grandísimo, para
darte el gusto de que de los teucros tomaseis venganza
Menelao y tú,[12] cara de perro. Mas no quieres verlo
ni sentir gratitud y, además, amenazas quitarme
lo que por mis fatigas me dieron los hombres de Acaya.
Sin embargo, jamás a la mía se iguala tu parte
cuando aquellos saquean alguna ciudad populosa.
Aunque el peso mayor de la lucha impetuosa sostengo
con mis brazos, llegada la hora de hacerse el reparto,
tú te llevas la parte mejor, y yo vuelvo a mis naves
con la parte pequeña, aunque grata, y cansado de lucha.
Así, pues, vuelvo a Ptía; es mejor regresar a la patria
en las cóncavas naves, pues yo no deseo sin honra
continuar procurándote aquí mayor lucro y riquezas.

Y a su vez respondió Agamenón, el señor de los hombres:

—Huye, pues, si es que tu corazón a la huida te incita;
para que me complazcas no te he de pedir que te quedes,
puesto que otros, y el próvido Zeus, sobre todo, han de honrarme.
De los reyes, alumnos de Zeus, me eres tú el más odioso
[porque siempre has andado entre riñas, peleas y luchas].
Y si es grande tu fuerza es porque solo a un dios se la debes.[13]
Ve a tu patria llevándote naves y amigos, y reina
entre los mirmidones. Que ya ni me inquietas ni asusta
tu rencor; sin embargo, óyeme la amenaza que te hago:
puesto que Febo Apolo consigue quitarme a Criseida,

12. Los aqueos crearon una confederación de pueblos griegos para conquistar Troya y así obtener reparo por el agravio que supuso el rapto de Helena de Esparta, legítima esposa del rey Menelao.

13. Aquiles es hijo del mortal Peleo y de la ninfa Tetis, esto es, un héroe o semidiós.

junto con mis amigos haré que la lleve una nave,
mas yo mismo a Briseida, la joven de suaves mejillas,
premio tuyo, te arrebataré de tu tienda, de modo
que sabrás que soy mucho más fuerte que tú, y que otro tema
proclamar que es mi igual o pretenda igualarse conmigo.

Dijo así, y el Pelida sintió una infinita congoja
y dos cosas pensó el corazón en su pecho vellido:
desnudar la agudísima espada que al muslo pendía
y, entre todos, abrirse allí paso y matar al Atrida
o calmar su coraje y hacer que cesara su cólera.
Mientras tales ideas en su corazón y su mente
revolvía y sacaba la espada, llegó a él Atenea.
[Hera, la de los brazos nevados, la había enviado,
porque amaba a los dos e igualmente a los dos protegía].
Y, detrás del Pelida, a él tiró de los rubios cabellos,
solamente mostrándose a él, sin ser vista por nadie.[14]
Sorprendido, volviose y Aquiles vio a Palas Atena
y un terrible fulgor alumbraba las claras pupilas.
Y, volviéndose a ella, le habló con aladas palabras:

—¿Por qué vienes aquí, hija de Zeus portador de la égida?
¿Para ver cómo a mí Agamenón el Atrida me ultraja?
Pues bien, yo te diré lo que habrá de ocurrir, me figuro:
su arrogancia le habrá de costar prontamente la vida.

Y Atenea, la diosa de claras pupilas,[15] le dijo:

—He venido del cielo a calmar tu furor. Obedéceme.
Hera, la de los brazos nevados,[16] a ti me ha enviado
porque os ama a los dos y a los dos igualmente os protege.
Cese, pues, la disputa, y mantén envainada la espada.

14. Los dioses homéricos a menudo solo se muestran a su protegido.
15. Cfr. nota 5.
16. Cfr. nota 5.

Si lo quieres, injúrialo, pero con solo palabras.
Mas te voy a decir una cosa y habrá de cumplirse:
como premio a este ultraje tendrás triples dones espléndidos.
Así, pues, cálmate y cumple todo lo que te ordenamos.

Y el de los pies ligeros, Aquiles, repuso diciendo:

—Necesario es, ¡oh diosa!, acatar vuestras órdenes todas.
Pues sin duda es mejor, aunque mi corazón esté airado;
que benignos se muestran los dioses a quien los acata.

Así dijo, y su mano robusta soltó el puño argénteo,
y de nuevo envainose la espada grandísima, dócil
a la voz de Atenea, y la diosa partió hacia el Olimpo,
donde Zeus, portador de la égida, mora entre dioses.

Y, no obstante, el Pelida, encendido de ira, al Atrida
denostó, pronunciando de nuevo injuriosas palabras:

—¡Ebrio; tienes los ojos de can, corazón de venado!
Nunca osaste partir a la guerra con solo tu gente
ni siquiera partir con los más valerosos aqueos
para alguna emboscada, tan grande es tu miedo a la muerte;
mucho más ventajoso es, sin duda, quedarse en el vasto
campo aqueo y robarle los dones a quien se te oponga.[17]
¡Rey sin honra, ladrón de tu pueblo! Si tú no mandaras
a hombres vanos, sería este tu último ultraje, ¡oh Atrida!
Y te digo, y sobre ello te presto mi gran juramento:
por el cetro que empuño y que ya no dará hojas ni ramas,
ni reverdecerá, pues el tronco ha dejado en el monte,
porque lo despojó de cortezas y de hojas el bronce,
y que ahora en sus manos empuñan los hombres aqueos
que administran justicia y las leyes de Zeus nos observan

17. La imprecación de Aquiles está muy clara: Agamenón preferiría el pillaje a la batalla.

—y será para ti el juramento más grande de todos—,
día habrá en que echarán los aqueos de menos a Aquiles
y tú, aun cuando te aflijas, no habrás de poder socorrerlos
cuando muchos sucumban y mueran a manos de Héctor,
matador de los hombres. Y tu corazón en el pecho
romperás, porque con el aqueo mejor fuiste injusto.

Así dijo el Pelida, y tiró sobre el suelo su cetro
tachonado con clavos de oro y sentose en su escaño.
Montó en cólera el hijo de Atreo. Y, suave en el habla,
Néstor se levantó, el elocuente orador de los pilios,
cuya boca fluía palabras más dulces que mieles.
Pues dos generaciones de hombres de voces precisas
vio morir, que nacieron y en Pilos divina criáronse
junto a él, y reinaba él ahora sobre la tercera.
Y tomó la palabra y les dijo benévolamente:

—¡Dioses, qué gran dolor para el pueblo de Acaya se acerca!
¡Qué alegría será la de Príamo y la de de sus hijos,
y qué gran regocijo el de todos los otros troyanos
si oyen con qué palabras estáis disputando vosotros,
los dos dánaos mejores de todo el consejo y la guerra!
Atended mis palabras pues yo soy más viejo que ambos.
Yo traté en otro tiempo a otros hombres aun más valerosos
que vosotros, y no rechazaron jamás mi consejo.[18]
[Perō yo todavía no he visto ni habré de ver nunca
hombres como Piritoo y Driante, pastor de los pueblos,
o Ceneo o Exadio y también Polifemo divino,
[o el Egida Teseo que en todo era igual a los dioses].
Fueron los más valientes de todos los hombres del mundo;
eran fuertes y con los más fuertes lucharon: centauros
montaraces, a quienes horrible exterminio les dieron.
Para unirme yo a ellos entonces llegué desde Pilos,
de esa tierra lejana, pues ellos me habían llamado.

18. Se impone la prudencia del anciano Néstor.

Yo también combatí por mi cuenta. Contra hombres como ellos
no hay mortal en la tierra capaz de entablar un combate];
mas venían a oír mi consejo y mi voz escuchaban.
Escuchadla vosotros también, que ella os da el buen camino.
Por valiente que seas, la joven no debes quitarle,
déjala; en recompensa la dieron a él los aqueos;
ni tú quieras, Pelida, altercar con un rey frente a frente,
pues jamás honra como la suya logró un soberano
de los que empuñan cetro, y a quien Zeus ha dado la gloria.
Y si tú eres más bravo porque fue una diosa tu madre,
él es más poderoso pues manda a gran número de hombres.
Y tú, Atrida, apacigua tu cólera; yo te suplico
deponer tu furor contra Aquiles, que en él los aqueos
en la lucha terrible poseen una firme muralla.

Y repúsole entonces así Agamenón soberano:

—Has tenido, ¡oh anciano!, razón en las cosas que has dicho.
Pero sobreponerme a los otros este hombre pretende;
dominar quiere a todos y ser el que a todos gobierne
y también el que a todos ordene, mas yo sé de uno
que no ha de obedecer. Si los dioses eternos lo han hecho
esforzado, ¿por esto le dejan que así nos injurie?

Pero entonces Aquiles divino exclamó, interrumpiéndole:

—En verdad, hombre vil y cobarde podría llamárseme
si yo en todas las cosas que dices llegara a arredrarme.
Manda de esta manera a los otros, mas no a mí me ordenes,
puesto que desde hoy yo no deseo seguir tu mandato.
Y algo más te diré y fíjalo en tu memoria fielmente:
con mis manos no habré de batirme por esa doncella,
ni contigo o con otro, que al fin me quitáis los que dísteisme,
mas de cuanto en mi rápido y negro navío poseo,
nada habrás de llevarte, tomándolo contra mi gusto.

Y, si no, inténtalo, para que estos se enteren, y al punto
brotará, rodeando mi lanza, tu sangre negruzca.

Luego de este altercar, levantáronse y fue así disuelta
la asamblea que junto a las naves aqueas reuníase.
El Pelida se fue hacia su tienda y armónicas naves,
escoltado por el Menetiada y por sus compañeros.
Botó al mar el Atrida una muy velocísima nave,
tomó veinte remeros, mandó que embarcaran las víctimas
para una hecatombe, embarcó a la de bellas mejillas,
a Criseida, y a Ulises astuto dio el mando del buque.

Una vez embarcados, surcaron las húmedas sendas.
El Atrida mandó que se purificaran sus hombres.
Lustraciones hicieron, y las impurezas echaron
a la mar, y en la orilla del mar infinito intachables
sacrificios de toros y ovejas hicieron a Apolo.[19]
Y hasta el cielo llegaba la grasa en espiras de humo.

[Aquiles ofendido]

Ocupáronse todos así. Agamenón, sin embargo,
no olvidó la amenaza que a Aquiles le había lanzado.
Así, pues, dirigiose a Taltibio y a Euríbates, ambos
sus heraldos y sus servidores activos, y dijo:

—Id al punto a la tienda de Aquiles Pelida y, tomando
de la mano a Briseida de hermosas mejillas, traédmela.
Y si no quiere dárosla iré a recogerla yo mismo
con más hombres, y mucho más caro tendrá que costarle.

19. Las hecatombes eran sacrificios de cien bueyes —número ficticio— para obtener los favores de los dioses. El término acaba desplazando su significado para designar a la postre una desgracia o un desastre mayúsculos.

Dijo así, y a los dos despidió con altivas palabras.
Contra su voluntad los heraldos siguieron la orilla
y a las tiendas y naves de los mirmidones llegaron.
Al rey junto a su tienda y su negro navío encontraron,
pero Aquiles, al verlos, no tuvo ninguna alegría.
Y ante el rey se pararon turbados y respetuosos,
pero no se atrevieron a hablarle ni a hacerle preguntas.
Mas en su ánimo el héroe alcanzó a comprenderlos y dijo:

—¡Oh, heraldos, salud, mensajeros de Zeus y los hombres!
Acercaos porque es de Agamenón toda culpa, y no vuestra,
que él aquí os ha enviado a buscar a la joven Briseida.
Tú, Patroclo, linaje de Zeus, trae acá a la doncella;
dala y que se la lleven. Y que ellos me sean testigos
ante todos los hombres mortales y dioses dichosos,
y ante un rey tan brutal, cuando más adelante precisen
de mí para librarse de alguna funesta desdicha,
porque él tiene su cruel corazón de furor poseído
y no piensa ni en el porvenir o el pasado, ni cómo
junto a sus naos podrán los aqueos salvarse luchando.

Así dijo, y su amigo Patroclo, cumpliendo su orden,
de la tienda sacó a la de bellas mejillas, Briseida,
la entregó, y los heraldos por entre las naves aqueas
se marcharon, y contra su gusto detrás fue la joven.

Rompió Aquiles al punto a llorar,[20] se alejó de los suyos,
se sentó junto al mar blanquecino, y clavados los ojos
en el agua, tendiendo las manos rogole a su madre:

—Madre mía, ya que me alumbraste a una vida tan breve,
Zeus Olímpico, el altitonante, debió concederme,
cuando menos, honor. Y yo de él gloria alguna no obtengo.

20. Los héroes homéricos presentan una vertiente totalmente humana junto al inmenso coraje propio de todo guerrero.

Me injurió Agamenón el Atrida, el señor de los hombres,
pues él tiene mi premio, que él mismo ha logrado quitármelo.

Así dijo llorando, y le oyó su augustísima madre
desde el fondo del mar, donde junto a su padre sentábase.
Al momento del mar blanquecino emergió como niebla,
y, sentándose junto a su hijo, entregado a su llanto,
con la mano caricias le hizo y le habló de este modo:

—¿Por qué lloras, ¡oh, hijo!, qué pena ha llegado a tu alma?
Habla, no me la ocultes, pues quiero sentirla contigo.[21]

Y el de los pies ligeros, Aquiles, habló sollozando:

—Si lo sabes, ¿por qué referirte lo que ya conoces?
[A la villa sagrada de Etión nos marchamos, a Tebas;
saqueámosla, y todo el botín que llevamos al campo
se lo distribuyeron entre ellos los hijos de Acaya,
destinando al Atrida Criseida de bellas mejillas.
Crises, el sacerdote de Apolo, el que hiere de lejos,
presentose después en las rápidas naves aqueas
a obtener a su hija por un gran rescate y las ínfulas
del que hiere de lejos, Apolo, que en mano llevaba
y pendientes de un cetro de oro, y rogó a los aqueos,
sobre todo a un Atrida y a otro, caudillos de pueblos.
Los aqueos a una aprobaron pidiendo respeto
para aquel sacerdote y que el bello rescate aceptárase;
pero le disgustó a Agamenón el Atrida el acuerdo,
lo mandó noramala y le habló con un tono altanero.
Se fue airado el anciano, y Apolo, atendiendo a su ruego,
porque muy tiernamente lo amaba, sus flechas funestas
a lanzar empezó a los argivos; los hombres murieron
unos tras de los otros, pues por todas partes volaban
las saetas del dios por la gran hueste aquea. Y un sabio

21. Del mismo modo los dioses sienten como los humanos.

adivino el augurio contó del que hiere de lejos,
y primero les aconsejó que a este dios aplacaran.
Levantándose al punto, encendido de ira, el Atrida
profirió contra mí una amenaza que ya se ha cumplido.
A ella en rápida nao los aqueos de fúlgidos ojos
la conducen a Crisa y le llevan al dios los presentes;
y ahora aquí unos heraldos lleváronseme de la tienda
a la hija de Brises, a quien los aqueos me dieron.]
Ve si puedes, ¡oh madre!, valer a tu hijo esforzado.
Ve al Olimpo y suplícale a Zeus, si algún día atendiste
los deseos de su corazón con palabras o acciones.
[Muchas veces te oí en la mansión de mi padre gloriarte
por haber evitado tú sola entre todos los dioses
un desastre afrentoso al Cronión, el que nubes sombrías
amontona,[22] una vez en que todos los dioses eternos,
Posidón, Hera y Palas Atena quisieron atarlo.
Mas tú, ¡oh diosa!, acudiste a librarlo de sus ataduras,
enviando al momento al Olimpo anchuroso al gigante
de cien brazos,[23] a quien llaman todos los dioses Briareo
y los hombres Egeón y es más fuerte aún que su padre;
y él al lado de Zeus se sentó, de su gloria orgulloso;
y los dioses dichosos temieron y no lo aherrojaron.]
Hoy recuérdaselo; siéntate junto a él, abrazando
sus rodillas;[24] quizá favorezca a los teucros y logre
que hasta el mar y sus naos los aqueos, diezmados, retírense
para que, de este modo, a su rey todos ellos desprecien,
para que comprender pueda así Agamenón el Atrida
el error cometido al no honrar al aqueo más bravo.

Y al momento repúsole Tetis con llanto en los ojos:[25]

22. Cfr. nota 5.

23. Esto es, un hecatónquiro, un gigante de cien brazos y de cincuenta cabezas.

24. Actitud propia del que implora, a menudo piedad o clemencia, a aquel de quien se reconoce la autoridad.

25. Cfr. nota 21.

—¡Hijo mío! ¿Por qué te ha parido tu madre cuitada?
Si en tus naves, al menos, te hallaras sin pena y sin llanto,
pues te otorga el destino una vida muy corta, y no larga.[26]
Y a este breve vivir unes hoy ser el más desdichado.
Con un hado funesto te di en mi palacio la vida.
Pues bien, yo, para hablar de ti a Zeus que en el rayo se goza
al Olimpo nevado he de ir y quizá lo convenza.
Permanece sentado aquí, junto a las naves veloces,
y tu furia contra los aqueos mantén, y no luches.
Al Océano, ayer, al país de los probos etíopes,
Zeus fue para asistir a un banquete y los dioses siguiéronlo.
Doce días habrá de tardar en volver al Olimpo.
Al palacio de umbrales de bronce de Zeus iré entonces
y allí me abrazaré a sus rodillas y espero me atienda.

[Criseida en Crisa]

Dijo y fuese, y quedose él con el corazón irritado
por la joven de bella cintura, a quien violentamente,
contra su voluntad, le quitaron. Y Ulises en tanto
con las víctimas para la gran litación llegó a Crisa.

Cuando hubieron entrado en las aguas profundas del puerto
amainaron las velas y en la negra nao[27] las guardaron,
abatieron con cuerdas el mástil sobre la crujía
y llevaron a fuerza de remos la nave hasta el abra.
Arrojaron el áncora allí y las amarras ataron,
a la playa bajaron y desembarcaron las víctimas
de la gran hecatombe de Apolo el que hiere de lejos,
y Criseida salió de la nao surcadora del agua.

26. Las premoniciones advertían el destino de los personajes al público y lo mantenían en vilo mientras el aedo recitaba el poema épico.

27. Las naves eran negras probablemente por el calafateado con brea del casco y de la quilla.

Luego Ulises astuto condujo al altar la doncella,
la llevó hasta su padre, la puso en sus manos y dijo:

—¡Crises! Agamenón, protector de su pueblo, me envía
a entregarte tu hija, y a Febo ofrecer una sacra
hecatombe en favor de los dánaos por ver si aplacamos
a este dios que unos males tan tristes causó a los argivos.

Dijo así, y en sus manos dejó a su amadísima hija,
que gozoso tomó. Y para el dios dispusieron al punto
la sagrada hecatombe, rodeando un altar bien obrado.
Se lavaron las manos y luego tomaron la mola,
y en voz alta, elevando las manos, así rogó Crises:

—¡Óyeme, dios del arco de plata, que a Crisa y a Cila
la divina proteges, señor poderoso de Ténedos![28]
Tú, que en otra ocasión, cuando yo te rogué, me escuchaste
y en mi honor duramente oprimiste al ejército aqueo,
cúmpleme ahora también este voto que te solicito:
¡ahora ya de los dánaos aparta el azote terrible!

Así dijo rogando, y oyó su oración Febo Apolo.
Hecha ya la oración y vertida la mola, a las víctimas,
el testuz hacia atrás, degollaron y descuartizaron;
y cortaron los muslos, con grasa ambos lados cubrieron
y, además, con pedazos de carne; el anciano en la leña
encendida los puso rociados con vino muy negro;
quíntuples asadores pusieron muy cerca los jóvenes;
las entrañas comieron después de quemados los muslos
y cortaron el resto en pedazos y los espetaron,
con cuidado lo asaron y lo retiraron del fuego.
Terminado el trabajo y dispuesto, por fin, el banquete,
de él comieron y a nadie faltó su porción respectiva.

28. Es el nombre de la isla tras la que se esconderían los aqueos antes de proceder al ataque definitivo a Troya.

Cuando ya de comer y beber estuvieron saciados
los mancebos llenaron de vino hasta el borde las cráteras
y, después de ofrecer las primicias en copas, sirviéronlo.

Todo el día estuvieron cantando los hombres aqueos
un hermoso peán[29] para que el dios calmase su ira
[y al que hiere de lejos honrar, que gustoso escuchaba].

Cuando el sol se ocultó en el ocaso y se vino la noche,
cerca de las amarras del buque a dormir se pusieron.
Al mostrarse en el día la aurora de dedos de rosa,
se lanzaron al mar rumbo al gran campamento de Acaya,
y el que hiere de lejos, Apolo, les dio un viento próspero.
Levantaron el mástil e izaron las velas nevadas
cuyo seno hinchó el viento, y la nave emprendió su camino
y las olas purpúreas sonaban en torno a la quilla
mientras iba la rápida nave siguiendo su rumbo.
Una vez regresaron al gran campamento de Acaya,
en la playa y la arena vararon el negro navío
y una vez afianzado por medio de negros rodillos,
dispersáronse todos al punto por tiendas y naves.

[En el Olimpo]

[Poseído de cólera y junto a sus naves ligeras,
el divino Pelida, el de los pies ligeros, Aquiles,
no acudía ni al ágora donde un varón cobra fama,
ni asistía a la guerra, pues su corazón consumía,
y en sus naves echaba de menos la lucha y los gritos.]

Cuando, ya ido aquel día, llegó la duodécima aurora,
al Olimpo reunidos volvieron los dioses eternos
y delante, en cabeza, iba Zeus. No olvidó entonces Tetis

29. Canto a modo de plegaria dirigido a Apolo y a otros dioses protectores.

el encargo del hijo y surgió de las ondas marinas
y, temprano, subió por el cielo anchuroso al Olimpo.
Halló al longividente Cronión que en la más alta cumbre
de las muchas del monte, apartado de todos, sentábase.
Y la diosa postrose a sus pies, abrazó sus rodillas
con la mano siniestra y tocó con la diestra su barba,
y así a Zeus soberano, al Cronión, suplicante, le dijo:

—Padre Zeus, si algún día atendí con palabras o acciones
los deseos de tu corazón, cúmpleme hoy este voto:
dale honor a mi hijo, a ese héroe de efímera vida,[30]
puesto que lo ultrajó Agamenón, el señor de los hombres,
al quitarle y guardar para sí todavía su premio.
Mas tú, olímpico y próvido Zeus, véngalo[31] concediendo
la victoria a los teucros en tanto a mi hijo no rindan
los aqueos el justo homenaje y su fama acrecienten.

Dijo, y nada repúsole Zeus, el que nubes reúne,
y guardaba silencio. Mas Tetis seguía abrazando
sus rodillas y le suplicó nuevamente, insistiendo:

—Claramente te ruego que des tu promesa, y afiánzala
asintiendo o negando —no tienes por qué tener miedo—
y sabré qué desprecio merezco entre todos los dioses.

Y, afligido, le dijo así Zeus, el que nubes reúne:

—Es asunto enojoso que va a indisponerme con Hera,
pues vendrá a enfurecerme con sus injuriosas palabras.
Ya ante los inmortales no deja jamás de zaherirme
porque dice que yo favorezco en la lucha a los teucros.
Pero vete, que no advierta Hera esta vez tu presencia.

30. Cfr. nota 26.

31. La venganza divina o *némesis* consiste en aplicar justicia de forma retributiva, potestad de los dioses.

Solo yo he de velar para que tus deseos se cumplan.
Para que te confíes te haré una señal con la frente;
esta es la más segura señal, la más irrevocable
y veraz para los inmortales, y nunca he dejado
de cumplir lo que con la señal de mi frente confirmo.

Así dijo el Cronida y, frunciendo las cejas sombrías,
asintiendo, agitáronse en su frente eterna un momento
los divinos cabellos, y se estremeció el vasto Olimpo.

Y después de este acuerdo los dos separáronse, y ella
saltó al mar desde el fúlgido Olimpo, y Zeus fue a su palacio.
Levantáronse al punto los dioses al ver a su padre
y ninguno siquiera aguardó desde allí a que llegara,
sino que todos ellos salieron al punto a su encuentro.
Y él sentose en el trono. Mas Hera, que habíalo visto,
no ignoraba que Tetis, la de pies de plata, la hija
del Anciano del Mar había hecho con él un acuerdo,
y al instante injuriosas palabras lanzó a Zeus Cronida:

—¿Con qué diosa, embaidor, has estado charlando hace un {rato?
Sin cesar te complaces tramando secretos designios
a mi espalda, y aún por ti mismo jamás te has dignado
exponerme una sola palabra de cuanto decides.

Y repúsole el padre de dioses y de hombres, diciendo:

—¡Hera! No esperes nunca saber los designios que tomo,
pues difícil será para ti, aun cuando seas mi esposa.
De lo que me convenga decir ningún dios ni hombre alguno
lo sabrá antes que tú lo conozcas; de cuanto yo quiera
resolver, sin contar para nada con los inmortales,
nada has de preguntarme, ni aun pretender conocerlo.

Y Hera augusta, la de ojos de utrera,[32] repúsole al punto:

—¡Qué palabras profieres, terrible Cronida! Hasta ahora
nada te he preguntado ni nada saber he querido,
puesto que libremente te traes los manejos que quieres.
Pero mi corazón tiene miedo de que ahora hayas sido
seducido por Tetis,[33] la de pies de plata, la hija
del Anciano del Mar. De mañana postrose a tus plantas
y abrazó tus rodillas, y pienso que le has prometido
honra a Aquiles y gran mortandad junto a las naos aqueas.

Y repúsole Zeus, el que nubes reúne, diciendo:

—¡Ah insensata! Tú siempre sospechas y nada te oculto.
Nada, empero, podrás conseguir, de no ser solamente
alejarte de mi corazón que ha de serte más duro.
Si lo que tú sospechas es cierto, será que me es grato.
Pero siéntate y cállate ya y mis palabras acata,
no sea que no te valgan los dioses que tiene el Olimpo
si me acerco y encima te pongo mis manos invictas.

Dijo, y Hera, la augusta, la de ojos de utrera, asustose
y, con el corazón encogido, sentose en silencio,
y en la casa de Zeus se irritaron los dioses celestes.
Y habló entonces Hefesto, el artífice ilustre, queriendo
consolar a su madre, Hera, la de los brazos nevados:

—¡Cuán funesto e injusto es que ambos, por unos mortales,
disputéis de este modo y mováis semejante alboroto
entre todos los dioses! Y ya en el festín no hallaríamos
gozo alguno porque lo peor prevalece ante todo.
Yo aconsejo a mi madre, aunque ya tiene juicio sobrado,
que a Zeus padre agasaje, de modo que si se enojara,

32. Cfr. nota 5.
33. Cfr. nota 21.

no la riña de nuevo y así nos pertube el banquete.
Pues si aquel que en el rayo se goza, el Olímpico, quiere
derribarnos de nuestros asientos, lo hará; él es más fuerte.[34]
Y por esto es mejor que a él se acerque con dulces palabras
y en seguida el Olímpico habrá de mostrarse propicio.

Dijo, y se levantó. Tomó luego una copa gemela
que en las manos dejó de su madre, y habló de este modo:

—Sufre, ¡oh madre!, y sopórtalo todo aunque estés afligida,
que a ti, a quien tanto quiero, no vean zaherida mis ojos,
sin que pueda, a pesar de mi pena, prestarte mi ayuda
puesto que es muy difícil ir contra el señor del Olimpo.
Ya intenté defenderte una vez y, agarrándome entonces
por un pie, me lanzó desde nuestros umbrales divinos.
Todo el día rodé y a la puesta del sol caí en Lemnos.[35]
Poca vida quedábame ya, pero entonces los sintios
recogiéronme al cabo tan pronto como hube caído.

Dijo así, y sonrió Hera, la diosa de brazos nevados,
y tomó, sonriendo, la copa que su hijo le daba.
Luego, por la derecha, él se puso a escanciar a los dioses
el dulcísimo néctar que de una gran crátera extrajo.
Y una risa sin fin se elevó entre los dioses dichosos
al ver el gran afán con que aquel les servía en palacio.

Todo el día, hasta que hubo ya el sol descendido a su ocaso
el festín celebraron y a nadie faltole su parte,
ni faltó la bellísima lira que Apolo tañía
ni las Musas que con linda voz, alternando, cantaban.

Pero al irse las fúlgidas luces del sol a su ocaso,

34. Los propios dioses olímpicos reconocen la autoridad suprema de Zeus.
35. Al ser arrojado del Olimpo, Hefesto se dañó la pierna al caer y eso le causó la cojera que le caracteriza.

a acostarse se fueron los dioses, cada uno a la casa
respectiva, que para ellos con su preclara maestría
construyó el ilustrísimo pata galana de Hefestos.

Y el olímpico Zeus, que en el rayo se goza, fue al lecho
en que suele dormir si el dulcísimo sueño lo vence.
Subió, pues, se acostó, y a su lado Hera la de áureo trono.[36]

36. Cfr. nota 5.

CANTO II

[El sueño]

Los demás dioses y hombres que en carros de guerra luchaban
todos la noche entera durmieron, mas Zeus las dulzuras
no gozó de su sueño: en su mente pensó cómo a Aquiles
honrar, y exterminar junto a sus naos a muchos aqueos.
Y por último le pareció mucho más conveniente
dormir a Agamenón el Atrida con Sueño Engañoso,
y, después de llamarlo, le habló con aladas palabras:

—Ve a las rápidas naves aqueas, ¡oh Sueño Engañoso!,
a la tienda en la que Agamenón el Atrida se encuentra,
y fielmente trasmítele cuanto yo voy a decirte;[37]
mándale que al momento arme a los melenudos aqueos,
porque ahora podría tomar la ciudad de anchas calles,
Troya, pues cuantos dioses habitan mansiones olímpicas
ya no están desunidos, pues Hera los ha persuadido
con sus ruegos, y un gran infortunio amenaza a los teucros.

Así dijo, y el Sueño partió tras oír el mandato.
Al instante llegose a las rápidas naves aqueas
y encontró a Agamenón el Atrida en la tienda dormido,
porque en torno del héroe extendíase el sueño divino;

37. Los dioses del Olimpo toman parte a favor de la causa aquea o troyana, según los casos.

se paró a su cabeza y tomó la figura de Néstor,
a quien más distinguió Agamenón, el anciano Nelida.
Y bajo esta apariencia, así el Sueño divino le dijo:

—¿Duermes, hijo de Atreo, campeón, domador de caballos?
Noche entera no debe dormir héroe a quien se confían
tantos hombres de guerra y en quien pesan tantos cuidados.
Ahora atiende a mi voz que de Zeus vengo a ti mensajero,
[que aunque lejos está se interesa por ti y compadece.]
Manda que armes a los melenudos aqueos al punto,
porque ahora ya pueden tomar la ciudad de anchas calles,
Troya, pues cuantos dioses habitan mansiones olímpicas
ya no están desunidos, pues Hera los ha persuadido
con sus ruegos, y un gran infortunio amenaza a los teucros,
por deseo de Zeus. Grábalo en tu memoria, de modo
que al marcharse de ti el dulce sueño estas cosas no olvides.

Dijo y fuese, dejando que en el corazón del monarca
se agitaran aquellas palabras que no cumpliríanse.
Creyó que iba a tomar ese día la villa de Príamo.
¡Insensato! Ignoraba las cosas que Zeus meditaba,
pues había pensado causar muchos males y llantos
a los teucros y dánaos por medio de luchas terribles.[38]
Cuando se despertó aún las palabras divinas se oían.
Luego se incorporó y se sentó, vistió al punto una túnica
nueva, fina y hermosa, y al hombro se echó un amplio manto,
y los nítidos pies se calzó con hermosas sandalias
y colgose del hombro la espada de clavos de plata,
tomó el cetro inmortal de su padre y se fue hacia las naves
de los hombres aqueos que visten broncíneas corazas.

38. El aedo, a modo de narrador, se anticipa de nuevo a los hechos que ocurrirán por designio divino.

Al Olimpo anchuroso subía la Aurora divina
a anunciarles a Zeus y a los otros eternos el día,
cuando aquel ordenó a los heraldos de voces sonoras
convocaran al ágora a los melenudos aqueos.
Así aquellos lo hicieron y todos reuniéronse al punto.

[El consejo]

Se invitó previamente al consejo de ancianos magnánimos
a acudir junto al buque de Néstor, monarca de Pilos,
convocados por él para cierta discreta consulta.

—Oíd, amigos. Dormía en la noche inmortal, cuando un {sueño
divinal se acercó, y parecíase a Néstor ilustre
en figura, tamaño y también en la forma del cuerpo;
se posó a mi cabeza y después pronunció estas palabras:
«¿Duermes, hijo de Atreo, campeón, domador de caballos?
Noche entera no debe dormir héroe a quien se confían
tantos hombres de guerra y en quien pesan tantos cuidados.
Ahora atiende a mi voz que de Zeus vengo a ti mensajero,
[que aunque lejos está se interesa por ti y compadece.]
Manda que armes a los melenudos aqueos al punto,
porque ahora ya pueden tomar la ciudad de anchas calles,
Troya, pues cuantos dioses habitan mansiones olímpicas
ya no están desunidos, pues Hera los ha persuadido
con sus ruegos, y un gran infortunio amenaza a los teucros,
por deseo de Zeus. Grábalo en tu memoria».[39] Así dijo
y volando, partió en tanto huía de mí el dulce sueño.
A ver si a los aqueos hacemos que tomen las armas.
Como siempre, los he de probar con palabras y dándoles

39. La fiel reproducción de un pasaje ya cantado permitía al aedo ganar tiempo en la recitación y así localizar una nueva escena, que desarrollaría a continuación.

el consejo de huir en sus naves de múltiples bancos,
y vosotros, cada uno por sí, procurad detenerlos.
[Dijo así y se sentó, y levantose después entre todos,
Néstor, el soberano de Pilos, la tierra arenosa,
y con benevolencia arengolos a todos, diciendo:

—Camaradas y jefes y príncipes de los argivos,
si otro aqueo quizá nos hubiese contado este sueño,
lo creeríamos falso y al fin dudaríamos, pero
lo soñó quien de ser el aqueo mejor se envanece.
Veamos si a los aqueos hacemos que tomen las armas.

[La asamblea]

Dijo, y de todos él fue el primero en salir del consejo.
Levantáronse, tras el pastor de los pueblos, los reyes
[portadores de cetro, acatando. Acudieron los pueblos.]

Como si numerosos enjambres de abejas salieran
sin cesar por la grieta de un risco volando a racimos,
y unas yendo por un lado y yendo las otras por otro,
revoleando posáranse en las flores primaverales,[40]
afluían así los guerreros y en grupos marchaban
por la baja ribera, saliendo de naves y tiendas,
hacia el ágora. En medio la Fama, de Zeus mensajera,
con ardor a acudir los forzaba, y reuniéndose iban.
Tumultuosa era el ágora, y bajo los pies de los hombres
que buscaban asiento la tierra tembló. Nueve heraldos
daban voces mandando que todos guardaran silencio,
para oír de los reyes, alumnos de Zeus, la palabra.
Se sentaron con dificultad y tan pronto ocuparon
sus asientos, callaron. Se alzó Agamenón soberano

40. La comparación, rasgo característico de la poesía épica, del mismo modo facilita la recitación al aedo por tratarse de un recurso mnemotécnico.

de su asiento, y el cetro que Hefesto labró ahora empuñaba.
[Lo labró Hefesto para el Cronión, para Zeus soberano,
y Zeus luego se lo regaló al mensajero Argifontes,
y Hermes lo regaló al domador de caballos, a Pélope,
regalóselo Pélope a Atreo, el pastor de los hombres;
cuando Atreo murió lo legó a Tiestes, rico en ganado,
y a su vez Tiestes lo regaló a Agamenón soberano
para que en muchas islas reinara y en toda la Argólida.]
Y, apoyándose en él les habló a los argivos, diciendo:

—Héroes dánaos, ministros de Ares, queridos amigos.
En un grave infortunio me trae Zeus, el hijo de Cronos.
¡Cruel! Promesa me dio y el seguro de que no me iría
a mi patria sin haber a Ilión[41] bien murada abatido;
todo ha sido un engaño funesto; me ordena que vuelva
a Argos, mas sin honor y después de perder tantos hombres.
Así, pues, deberá esto de ser grato a Zeus poderoso
que logró destruir fortalezas de muchas ciudades
y otras más destruirá puesto que su poder es inmenso.
¡Vergonzoso será que los hombres futuros lo sepan!
¡Un ejército aqueo tan grande y espléndido hace
una guerra baldía luchando con otro pequeño,
no pudiendo saber cómo habrá de acabarse la lucha!
[Pues si aqueos y teucros, jurada la paz, deseáramos
saber qué hombres un bando posee y cuántos hay en el otro
y reunidos los teucros que aquí en sus hogares se encuentran
y agrupados nosotros en décadas, y cada una
para ser su copero eligiera a un troyano, quedáranse
muchas décadas sin escanciano. Por tanto yo os digo:
¡los aqueos superan aquí a los troyanos en Troya!
Sin embargo, han venido en su ayuda aliados potentes
de ciudades vecinas, y son excelentes lanceros,
que me apartan de mi decisión y que no me permiten,
como quiero, abatir la ciudad populosa de Troya.]

41. De ahí la *Ilíada* o la historia de Ilión, esto es, de la ciudad de Troya.

Nueve años cumpliéronse ya del gran Zeus; los maderos
de las naos se han podrido y las cuerdas están ya deshechas;[42]
nuestros hijos y nuestras esposas, allá en los hogares,
nos aguardan sentados y aún no conseguimos dar cima
a la empresa por la cual nosotros aquí hemos venido.
Así, pues, procedamos según el consejo que os digo:
escapemos en nuestros navíos con rumbo a la patria,
porque no tomaremos ya a Ilión, la ciudad de anchas calles.

Dijo, y se conmovió el corazón en el pecho de todos
[los que al otro consejo no habían prestado asistencia].
Toda el ágora se estremeció cual las olas inmensas
que levantan en el mar Icario, ya el Euro, ya el Noto,
cuando desde las nubes de Zeus caen con ímpetu fiero.
Como el Céfiro cuando se abate con soplo violento
sobre el campo de trigo y se cierne sobre las espigas,[43]
de igual modo agitábase el ágora. Y, dando alaridos,
a las naves corrieron al punto, lanzando a los cielos
una nube de polvo; exhortábanse unos a otros
a tirar de las naos y botarlas al ponto divino.
Los caminos de sirga limpiaron, quitaron soportes
y la voz de los que iban a irse llegó hasta los cielos.

Y antes de lo dispuesto los de Argos hubiesen partido,
si Hera no hubiese hablado con estas palabras a Atena:

—¡Dioses! ¡Hija de Zeus portador de la égida! ¡Indómita!
¿Así, pues, los argivos huirán a buscar sus hogares
y su tierra paterna por el ancho lomo del ponto,
y al rey Príamo y a los troyanos, igual que un trofeo,
abandonan a Helena la argiva, por quien perecieron,
lejos de su país, numerosos aqueos en Troya?

42. La imagen parafrasea el paso del tiempo.
43. Cfr. nota 40.

Ve al ejército de los aqueos de cotas de bronce
y detén con suaves palabras a cada guerrero
y no dejes que boten al agua las cóncavas naves.
Dijo, y obedeció la de claras pupilas Atena.
Y de un rápido vuelo bajó de las cumbres olímpicas
y llegó a donde estaban las rápidas naves aqueas.
Y halló a Ulises que a Zeus igualaba en prudencia, y estaba
sin moverse y tocar su sombrío navío bancado
porque su ánimo y su corazón se anegaban de pena.
Y acercose la de ojos azules, Atena, y le dijo:

—Laertíada,[44] raza de Zeus, agudísimo Ulises,
¿para huir hacia vuestros hogares y tierra paterna
os habéis embarcado en las naves de múltiples bancos,
y al rey Príamo y a los troyanos, igual que un trofeo,
entregáis ahora a Helena la argiva, por quien perecieron,
lejos de su país, numerosos aqueos en Troya?
Ve al ejército de los aqueos de cotas de bronce
y detén con suaves palabras a cada guerrero
y no dejes que boten al agua las cóncavas naves.[45]

Dijo, y él, por la voz, conoció que la diosa le hablaba.
Despojose del manto, que lo recogió prestamente
el heraldo itacense Euribates, que lo acompañaba,
y partió para que Agamenón el Atrida lo oyera.
Tomó el cetro inmortal de su padre y se fue hacia las naves
de los hombres aqueos que visten broncíneas corazas.

Cuando hallaba a algún rey o un eximio caudillo, acercábase
e intentaba con suaves palabras que se detuviera:

44. Hijo de Laertes.
45. Cfr. nota 39.

—¡Desdichado! No es digno de ti este temblor de cobarde.[46]
Párate y haz al fin que los otros también se detengan.
No conoces aún claramente qué quiere el Atrida,
pues nos prueba y dará a los aqueos, más tarde, el castigo,
que no todos supimos las cosas que dijo en el ágora.
No sea que, enfurecido, maltrate a los hombres aqueos,
pues la ira de un rey, de un alumno de Zeus, es terrible,
pues su honra procede del próvido Zeus, y él lo ama.

Cuando hallaba a algún hombre del pueblo lanzando alaridos,
con el cetro le daba y después lo increpaba, diciendo:

—¡Miserable! Detente y no grites y escucha a los hombres
que en valor te aventajan. Tú, débil y lleno de miedo,
no eres en el combate estimado y tampoco en el ágora.
Aquí todos los hombres aqueos no pueden ser reyes,
pues la soberanía de muchos no es buena; que mande
uno solo, y tengamos un rey, ese a quien cetro y leyes
para ello le dio el hijo del astucísimo Cronos.

Así, hablando cual jefe supremo, se impuso al ejército,
y de tiendas y naves volvían cuanto antes al ágora
dando voces, igual que el oleaje de un mar estruendoso
cuando brama en la playa anchurosa y el ponto resuena.[47]

Y sentáronse todos, guardando silencio, en sus sitios.
Solamente Tersites armaba alboroto charlando;
todas cuantas palabras groseras y duras sabía,
sin temor, empleábalas para atacar a los reyes
y hacer a los argivos ridículo lo que él quería.
Era el hombre más feo que había llegado hasta Troya:
bizco y cojo de un pie; los dos hombros tenía encorvados

46. La persuasión al guerrero homérico se realiza a menudo apelando a su coraje.
47. Cfr. nota 40.

contrayéndose sobre su pecho, además, puntiaguda
la cabeza, cubierta por una pelambre muy rala.[48]
De manera clarísima Ulises y Aquiles lo odiaban
pues zaheríalos siempre, mas ahora, lanzando alaridos
estridentes, cubrió a Agamenón el divino de oprobio,
y por más que los dánaos contra él se indignaran y airasen,
continuó a Agamenón insultando, diciéndole a gritos:

—¿De qué cosa te quejas, Atrida, o bien qué necesitas?
Llenas tienes tus tiendas de bronce y de muchas mujeres
[escogidas que a ti hemos llevado los hombres aqueos
antes que a otro cualquiera, después de tomar una plaza].
¿Necesitas más oro, el que traiga de Ilión algún teucro
domador de caballos, con el cual te compre a su hijo
[que hice yo prisionero o lo hizo otro aqueo cualquiera?
¿O una joven acaso con quien el amor te cautive
y que tú solo goces y guardes? No es justo que un jefe
ocasione a los hijos de Acaya tan múltiples males].
¡Oh cobardes y sin dignidad, más aqueas que aqueos![49]
A la patria en las naves volvamos; dejemos a ese
aquí en Troya, que sus privilegios disfrute y que sepa
si dispuestos estamos o no a socorrerlo, por cuanto
ofendió ayer a Aquiles, guerrero que a él aventaja,
apropiándose de su botín, que ahora tiene por suyo.
Ira no hay en el pecho de Aquiles, que es hombre indolente.
De otro modo, ¡oh Atrida!, tu ultraje sería el postrero.

Así dijo Tersites, zahiriendo al pastor de los hombres,
al rey Agamenón. Y fue entonces Ulises divino
a su lado, y con torva mirada le dijo, increpándolo:

48. Obsérvese la minuciosidad de la descripción, elemento típicamente épico.

49. La virilidad es también una característica del guerrero en una sociedad con roles de género muy marcados.

—¡Chacharero Tersites! Serás orador muy brillante,[50]
pero calla y no quieras tú solo altercar con los reyes.
Y te digo que no existe un hombre peor de lo que eres
entre los que vinieron a Ilión con los hijos de Atreo.
Por lo tanto, no tomes en boca jamás a los reyes
ni los cubras de injurias si estás en la vuelta pensando.
[No sabemos aún con certeza qué fin tendrá todo,
si vencidos o no se tendrán que marchar los aqueos.
Y denuestas así a Agamenón el Atrida, el caudillo,
solo porque recibe de todos los héroes argivos
numerosos presentes; por esto le lanzas injurias.]
Mas te voy a decir una cosa y habrá de cumplirse
si te vuelvo a encontrar delirando lo mismo que ahora,
que los hombros de Ulises jamás la cabeza conserven
y que no se me llame jamás padre, a mí, de Telémaco,
si no te echo la mano y despojo de todas tus ropas,
manto y túnica con que te cubres las partes verendas
y a las rápidas naves te envío, llorando, del ágora,
después de castigarte con los vergonzosos azotes.

Así dijo, y le dio con el cetro en la espalda y los hombros,
y él dobló el espinazo y cayéronle dos lagrimones.
En su espalda surgió un cardenal por efecto del golpe
que le dio el áureo cetro. Y entonces, turbado, sentose
dolorido, y miró como un simple, enjugándose el llanto.
Los demás se rieron con gusto, a pesar de su pena,
mas tampoco faltó quien dijera al vecino más próximo:

—¡Dioses! Si muchas cosas muy buenas Ulises ha hecho,
ya con buenos consejos o bien dirigiendo el combate,
mejor es la que ha hecho en presencia de todos los de Argos:
poner fin a las voces de tal charlatán insolente.
Ya su ánimo osado no habrá de impulsarle de nuevo
a zaherir a los reyes con tan injuriosas palabras.

50. Con una buena oratoria se podía persuadir al interlocutor o al auditorio.

Así hablaban, y Ulises, el asolador de ciudades,
con el cetro en la mano, se puso de pie, y a su lado
la de claras pupilas Atena, en figura de heraldo,
imponía silencio de modo que desde el primero
hasta el último oyeran su voz y el consejo pensaran.
Y benévolamente él tomó la palabra, arengándolos:

—Los aqueos, Atrida, hoy desean, ¡oh rey!, baldonarte
ante todos los hombres que tienen las voces sonoras,
pues no quieren cumplir la promesa que hiciéronte cuando
se partieron de Argos, la tierra que cría corceles:
no volver sin haber abatido a la Ilión bien murada.
Pero ahora lo mismo que si fuesen niños o viudas,
se lamentan entre ellos y quieren volver a sus casas.
Y, en verdad, es penoso tener que volver afligidos.
Cualquier hombre, si está por un mes de su esposa alejado,
se impacienta por ver detenida su nave bancada
entre las tempestades de invierno y el mar agitado.
Y hace ya nueve años, con este, que aquí nos hallamos,
y no puedo enojarme si ya los aqueos se cansan
de estar junto a sus cóncavas naos. Mas será vergonzoso
haber tanto esperado y volver sin lograr nuestra empresa.
Sed pacientes, amigos, y aún esperemos un poco
para ver si fue cierto o fue falso el augurio de Calcas.[51]
Bien grabado está en nuestra memoria, y testigos sois quienes
no habéis sido llevados día a día por hadas de muerte;[52]
en Aulide ocurrió al ser reunidas las naves aqueas
que a los teucros y a Príamo habían de hacer tanto daño
junto a un manantial hecatombes perfectas hicimos
a los dioses eternos en un sacro altar, bajo un plátano

51. Adivino que profetizó la conquista de Troya con la inestimable colaboración de Aquiles.

52. Las parcas o las moiras, divinidades femeninas que determinaban la vida de los hombres hasta su fin. Hilaban el hilo de la vida de cada mortal, hasta que decidían cortarlo, esto es, acabar con su vida. La palabra griega *moira* designa la parte o porción «de vida» de alguien, y también su parte de un botín, por ejemplo.

muy frondoso, al pie del que manaba una clara corriente.
Ocurrió allí el portento: un dragón con la espalda purpúrea,
espantoso, el Olímpico mismo sacó a luz del día;
de debajo del ara salió y se subió por el plátano.
En la rama más alta, escondido por entre el follaje,
encontrábase el nido de un ave con sus pequeñuelos,
y eran ocho y, con ella, la madre nutricia, eran nueve.
A pesar de piar lastimeras comiose a las crías,
y la madre volaba, quejándose, en torno a sus hijos,
y él se irguió y la cogió por un ala, y el ave chillaba.
Cuando al fin terminó de comerse a las crías y al ave,
el eterno que nos lo mostró lo ocultó a nuestros ojos.
[Lo cambió el hijo del astucísimo Cronos en piedra.]
Y nosotros lo que acontecía admiramos inmóviles.
Tan terrible prodigio acaeció en medio de la hecatombe.
Luego profetizó al punto Calcas, diciendo estas cosas:
«¿Por qué, aqueos de largas melenas, guardáis tal silencio?
Es el próvido Zeus quien nos muestra un prodigio tan grande;
tarde habrá de cumplirse, mas no ha de acabarse su fama.
Así como el dragón se ha comido a las crías y al ave
—y eran ocho y, con ella, la madre, nutricia, eran nueve—
así allí lucharemos nosotros tal número de años,
pero al décimo nuestra será la ciudad de anchas calles».
Esto fue lo que dijo, y así se va todo cumpliendo.
[Quedaos, pues, aquí todos, aqueos de grebas hermosas,
hasta haber conquistado la vasta ciudad del rey Príamo.]

Dijo así, y los argivos, lanzando una gran gritería,
que en las naves llegó a resonar de una forma espantosa,
aplaudieron las frases que Ulises divino había dicho.

Y habló Néstor, el viejo señor de los carros,[53] diciendo:

53. Cfr. nota 5.

—[¡Dioses! Todos vosotros habláis como lo hacen los niños
que en quehaceres de guerra jamás ejercicio tuvieron.]
¿Qué es de nuestros convenios y de cuantas cosas juramos?
En el fuego quedaron consejos y afanes guerreros,
pactos con libaciones y los apretones de manos.
Contendemos hablando y sin causa, y en tan largo tiempo
aún no hallamos un plan eficaz para nuestro propósito.
Muéstranos, como siempre, ¡oh Atrida! , tu firme designio
y acaudilla en el duro combate a los hombres de Argos.
Que uno o dos se consuman, los que, en discordancia con todos
los aqueos, desean —mas no han de lograr su propósito—
regresar a Argos, antes de que sepan si es o no falsa
la promesa que nos hizo Zeus el que lleva la égida.
Y yo os digo que nos fue propicio el potente Cronida
cuando relampagueó a nuestra diestra, mostrando señales
favorables el día en que en rápidas naos los aqueos
embarcáronse para llevar hado y muerte a los teucros.
[Nadie, pues, muestre prisa ninguna en volver a su casa,
mientras con la mujer de un troyano no se haya acostado
y así tome venganza del rapto y gemidos de Helena.]
Y si alguno tuviese tan grandes deseos de irse,
ponga solo la mano en su negro navío bancado
y antes que los demás cumplirá su destino y su muerte.
Piensa, ¡oh rey!, por ti mismo y acata también mi consejo,
porque no es despreciable lo que ahora deseo decirte:
por familias y tribus, ¡oh Atrida!, reúne a la gente;
que entre sí, tribu a tribu, familia a familia, se ayuden;
pues si lo haces así y te obedecen las gentes de Acaya,
sabrás pronto, entre todos, qué jefe y también qué soldado
es cobarde o valiente, pues se batirían por grupos,
y si, porque los dioses no quieren, no tomas la villa,
o por la cobardía e impericia de todos tus hombres.

Y repúsole entonces así Agamenón soberano:

—Superaste en el ágora, anciano, a los hombres aqueos.
¡Ah, Zeus padre, Atenea y Apolo! Ojalá yo tuviese
entre nuestros aqueos a diez consejeros como este.
Pronto habría de estar en mis manos la villa de Príamo,
conquistada, mas por nuestros brazos en ruinas batida.
Pero Zeus el Cronión, portador de la égida, envíame
aflicciones, y en riñas y vanas disputas me enreda.
Pues Aquiles y yo discutimos por una doncella,
duramente, y confieso que yo fui el primero en airarme.
Si otra vez actuáramos ambos, como antes, de acuerdo,
ni un instante se diferiría la ruina de Troya.
Id ahora a comer, que después trabaremos combate;
cada uno que afile su lanza y prepare su escudo,
y que el pienso le dé a los caballos de patas ligeras
e inspeccione su carro, alistándolo para la lucha
porque nos pondrá a prueba el cruel Ares[54] y por todo el día.
No habrá un breve descanso siquiera hasta en tanto la noche
haga que se separen por fuerza los bravos guerreros.
La correa que aguanta el escudo que cubre al soldado
sudará en torno al pecho; la lanza fatigará el brazo,
y el corcel sudará cuando tire del sólido carro.
Al que de la batalla alejado por gusto yo vea,
junto a nuestros curvados navíos, no habrá quien lo libre
de los perros, ni se librará de las aves rapaces.[55]

[Antes de la batalla]

Dijo así, y los argivos movieron un gran clamoreo,
como cuando las olas que el Noto[56] ha movido golpean

54. Dios de la guerra, Marte en la mitología romana.
55. La amenaza está clara: la cobardía conlleva la muerte y que el cadáver no encuentre el reposo eterno.
56. Viento del sur.

un peñasco muy alto que en medio del mar se adelanta
y no cejan en tanto los vientos contrarios persisten.
Levantáronse luego y por entre las naos dispersáronse,
encendieron el fuego en las tiendas y al cabo comieron.
Cada uno a su eterna deidad ofreció sacrificios
para ser de la muerte y trabajos de Ares librado.

E inmoló Agamenón, el señor de los hombres, un toro
cincoañal, corpulento, en honor del potente Cronida,
y a su tienda llamó a los más altos caudillos aqueos:
llamó a Néstor primero, y llamó a Idomeneo, el monarca,
luego a los dos Ayax, llamó al hijo, también, de Tideo,
y fue Ulises el sexto, el que a Zeus igualaba en prudencia,
Menelao, el de grito potente, llegó buenamente
porque ya conocía lo que preparaba su hermano.
Colocáronse en torno del buey y tomaron la mola.
Y oró así Agamenón soberano, situándose en medio:

—¡Zeus nubífero, augusto y potente que el éter habitas!
Haz que el sol no se oculte ni vengan las sombras
{nocturnas
sin que yo haya arruinado primero el palacio de Príamo,
entregándolo al fuego, y las llamas devoren las puertas,
y yo pueda romper con mi lanza, en el pecho de Héctor,
su coraza, y consiga ver muchos de sus compañeros
en el polvo, caídos de bruces, mordiendo la tierra.

Dijo así, pero Zeus el Cronión no accedió a tales ruegos,
y, aceptando la ofrenda, añadió a su dolor más trabajos.

Hecha ya la oración y vertida la mola, a la víctima,
el testuz hacia atrás, degollaron y descuartizaron;
y cortaron los muslos; con grasa ambos lados cubrieron
por un lado y por otro, añadieron pedazos encima,
a quemar los pusieron después sobre troncos sin hojas,
y pusieron después las entrañas al fuego, espetándolas.

Las entrañas comieron después de quemados los muslos[57]
y cortaron el resto en pedazos y los espetaron;
con cuidado lo asaron y lo retiraron del fuego.

Una vez terminado el trabajo y dispuesto el banquete,
a comer se pusieron y a nadie faltole su parte.

Cuando ya de comer y beber estuvieron saciados,
habló Néstor el viejo señor de los carros, diciendo:

—¡Gloriosísimo tú, Agamenón el Atrida y caudillo!
No nos entretengamos hablando, ni ya demoremos
por más tiempo la empresa que un dios colocó en nuestras manos.
Vayan, pues, los heraldos y junto a las rápidas naves
a los hombres aqueos de arneses de bronce reúnan,
y nosotros vayamos reunidos al gran campamento
para que Ares el impetuoso despierte cuanto antes.
Dijo, y obedeció Agamenón, el señor de los hombres.
Y al momento ordenó a los heraldos de voces sonoras
que a luchar convocaran a los melenudos aqueos.
El pregón se lanzó y todos ellos reuniéronse al punto.
Los alumnos de Zeus, el Atrida y los reyes hicieron
que formaran. Y Atena la diosa de claras pupilas,
se mostró con la égida joven, eterna y preciosa,
de la cual cien borlones de oro, ondulantes, pendían,
bien labrados, y cada uno de ellos valía cien bueyes.[58]
Y la diosa, con ella en la mano, moviose entre ellos
e instigábalos a la pelea, y en sus corazones,
para que sin descanso lucharan, valor infundíales.
Y al momento les fue pelear mucho más agradable
que volver a la tierra paterna en las cóncavas naves.

57. En los sacrificios los humanos consumen las vísceras de la víctima, para así dejar las partes más nobles a los dioses, o sea los muslos, los cuales se queman para que el humo llegue a las cumbres del Olimpo, morada de los dioses.

58. Cfr. nota 48.

Como el fuego voraz se propaga por un bosque extenso
a la cumbre de un monte y de lejos se ven sus fulgores,[59]
así el brillo de las armaduras de bronce de aquellos
que iban a combatir, por el éter al cielo llegaba.

Como innúmeras bandas de aves de rápido vuelo,
como gansos o grullas o cisnes de cuello muy largo,
que, chillando, en los prados de Asio se posan, a orillas
del Caístro y, de aquí para allá, de sus alas se muestran
ufanosas y bajo sus gritos resuenan los campos,[60]
de las naves y tiendas, así, las innúmeras huestes
a la vega escamandria afluían, y terriblemente
resonaba la tierra al pasar los guerreros y potros.
Y en la vega florida del río Escamandro reuniéronse
tantos cuantas son en primavera las hojas y flores.
Tan innúmeros como los grupos compactos de moscas
que en la verde estación vuelan por pastoriles establos,
cuando llenos de leche los tarros están hasta el borde,[61]
así los melenudos aqueos, allí, en la llanura,
se reunieron, ansiosos, por fin, de acabar con los teucros.

Cual pastores que de los más grandes rebaños separa
cada uno sus cabras que, cuando pacían, mezclábanse,
para entrar en batalla ordenábanlos muy fácilmente
los caudillos. Y allí Agamenón, el gran rey, parecíase
en la frente y los ojos a Zeus que en el rayo se goza,
en el talle a Ares, y a Posidón era igual en el pecho.[62]

Como el macho vacuno mejor en el hato es el toro,
que entre todas las vacas reunidas en él se destaca,[63]

59. Cfr. nota 40.
60. Cfr. nota 40.
61. Cfr. nota 40.
62. Los héroes homéricos poseen rasgos divinos.
63. Cfr. nota 40.

de igual modo, por obra de Zeus, aquel día el Atrida,
entre muchos millares de héroes también destacábase.

[El ejército griego]

[Decid, Musas, que estáis habitando mansiones olímpicas,
y que todo lo veis y sabéis por ser diosas eternas,
pues nosotros, que nada sabemos, oímos su fama,
cuáles eran de todos los dánaos los jefes y príncipes.
Porque ni enumerar ni nombrar tanta gente podría,
ni aun teniendo diez lenguas ni aun cuando tuviese diez bocas,
una voz incansable y un pecho potente de bronce;
solo pueden las hijas de Zeus, portador de la égida,
las olímpicas Musas decir cuántos fueron en Troya.
Pero mencionaré los caudillos y todas las naves.[64]

A los beocios mandaban, a más de Penéleo y de Leito,
Arcesílao, Protoenor y Clonio. Ellos todos vivían
en los campos de Hiria, en Aulida la pétrea, en Esqueno,
en Escolo y en la montañosa Eteono, en Tespía,
Grea y en Micaleso la vasta; los que residían
en los campos de Harma, en Ilesio y Eritras, y aquellos
que en Eleón habitaban, en Hila, Peteón y Ocalea,
los que habían vivido en Medeón, la ciudad bien labrada,
los de Copas, Etreusis y Tisbe, la rica en palomas,
quienes en Coronea y la fértil Haliarto vivían,
en Platea y Glisante, los que poseían la hermosa
bien labrada ciudad de Hipotebas, los del sacro Onquesto,
el magnífico bosque que fue a Posidón consagrado,
y los de Arne de ubérrimas vides y los de Midea,
los de Nisa divina y los de la Antedón fronteriza,

64. El canto se conoce también como «el catálogo de las naves». En él aparecen los nombres de los jefes de cada ejército aliado, la ciudad o región de origen y el número de naves con que se alistaron.

todos ellos llegaron llevando cincuenta navíos;
y llevó cada nao hasta allí a ciento veinte beocios.

De los que en Aspledón, en Mineio y Orcómeno viven,
eran jefes Ascáfalo y Yálmeno, ambos hijos de Ares
y de Astíoque que los parió en casa de Áctor Azida.
Ella, cuando era aún una virgen que se amapolaba,
subió al piso más alto y el dios se unió a ella en secreto.[65]
Treinta cóncavas naves llevaron consigo a estos jefes.

Los focenses estaban al mando de Esquedio y Epístrofo,
que eran hijos los dos del magnánimo Ifito Naubólida.
Eran de Cipariso y Pitón, la ciudad pedregosa,
y de Crisa divina, de Dáulida y de Panopeo;
y los que residían en Anemoría y en Hiámpolis,
y los de la ribera del río divino Cefiso;
y los de la ciudad de Lilea, cercana a ese río;
todos ellos en cuarenta negros navíos llegaron.
Y ordenaban entonces los jefes las filas focenses,
que a la izquierda debían luchar de las huestes beocias.

Los locrenses mandaba el ligero Ayax, hijo de Oileo,
que era mucho más bajo que Ayax, hijo de Telamonio,
[y, a pesar de ello y de su coraza de lino, no tuvo,
manejando la lanza, rival entre helenos y aqueos].
Los que en Cino moraban, Opunte, Calíaro y Besa,
los de Escarfe también y los de la amenísima Augías,
los de Tarfe y de Tronio, a la orilla del raudo Boagrio;
en cuarenta naos negras llegaron allí los locrenses,
cuya patria está frente a la sacra comarca de Eubea.

65. La unión de una divinidad y un mortal da lugar a un héroe o semidiós. Cfr. nota 13.

Los valientes abantes de Eubea también allí estaban,
los de Calcis, Eretria e Histiea, abundante en viñedos,
de Cerinto marítima, y Dío, ciudad muy excelsa,
de Caristo y Estira, a los cuales mandaba el magnánimo
hijo de Calcodonte, y aun vástago de Ares, Eléfenor.
Con tal jefe llegaron los impetuosos abantes,
que tan solo en la nuca dejaban crecer sus cabellos;
eran muy belicosos y siempre a lanzazos querían,
en el pecho de sus enemigos, romper las corazas.
Y a su mando tenía cuarenta navíos oscuros.

Quienes en la ciudad bien labrada de Atenas moraban,
pueblo del Erecteo magnánimo[66] y al que Atenea,
la hija de Zeus crió —lo dio a luz la fructífera tierra—
instaló en su magnífico templo de Atenas, en donde
sacrificios de propiciación, de corderos y toros,
los muchachos de toda la villa le ofrecen cada año,
a las órdenes de Menesteo Peteida se hallaban,
[que era un hombre que igual no tenía entre todos los hombres,
alineando los carros y gentes armadas de escudos.
Solo Néstor, por ser más anciano, con él competía].
Y a su mando tenía cincuenta navíos oscuros.

Doce naves Ayax llevó de Salamina, y muy cerca
de las huestes de los atenienses dejó los navíos.

Los que en Argos vivían, los de la murada Tirinto,
los de Asina y Hermíone, al lado del golfo profundo,
de Trecena y Eyonas y la vinariega Epidauro,
y también los muchachos aqueos de Egina y Masete,
eran por, el de grito potente, Diomedes, mandados,
y también por Esténelo, el hijo del gran Capaneo

66. Erecteo o Erictonio, nacido de la tierra fecundada por el esperma de Hefesto al intentar violar a Atenea. Según algunas fuentes fue el primer rey mítico de Atenas.

y además por Eurífalo, tan semejante a los dioses,
cuyo padre era el rey Mecisteo, hijo de Telayono.
Y era el jefe supremo el de grito potente, Diomedes.
Y seguíanle ochenta navíos de negra figura.

Los vecinos de la bien labrada ciudad de Micenas,
los de la poderosa Corinto y la hermosa Cleona,
labradores de Orneas, de la Aretirea agradable,
y Sición, donde en tiempos antiguos Adrastro reinaba;
luego los de Hiperesia y los de Gonoesa la excelsa
y los que en el Pelene vivían, en Egio y en toda
su ribera, y los alrededores de la vasta Hélice;
en cien naos a las órdenes de Agamenón el Atrida.
[Este príncipe muchos valientes condujo consigo,
y él, cubierto de bronce fulgente, se enorgullecía
de poder destacar por su audacia entre todos los héroes
y también porque estaba mandando a más hombres que nadie].

Los que labran los valles quebrados de Lacedemonia,
los de Faris, Esparta y de Mesa, la rica en palomas,
los de Brisias también y los de la amenísima Augías,
los de Amiclas y los de la villa marítima de Helos,
y los de las regiones de Laa y de Etilo, llegaron
junto con Menelao, el de grito potente, su hermano,
en sesenta navíos, formando un ejército aparte.
Instigado por su propio ardor, impulsaba a sus hombres
a luchar porque en su corazón vivamente anhelaba
en seguida vengar los sollozos y el rapto de Helena.
Los que en Pilos vivían y los de la fértil Arene,
los de Trío, del vadoso Alfeo y la villa de Epi
bien labrada, de Ciparisente, y también de Anfigenia,
de Pteleo, de Helos y Dorio, allí donde las Musas
al camino del tracio Tamiris salieron, privándolo
de cantar cuando a casa de Eurito ecaleo volvía,
pues jactose de que vencedor quedaría aún cantando
con las Musas, las hijas de Zeus, portador de la égida,

e irritadas dejáronlo ciego y del canto divino
lo privaron, e hicieron que no recordase la cítara.[67]
El anciano señor de los carros mandábalos, Néstor,
que en noventa curvados navíos habían llegado.

Los de Arcadia, que viven al pie del esbelto Cilene,
donde se halla la tumba de Epitio, lanceros valientes,
los de Fenio y Orcómeno, la de las muchas ovejas,
los de Ripe y Estratia y Enispe que azotan los vientos,
de Tegea, y los de la de valles en flor, Mantinea,
y además los de Estínfalo y los que en Parrasia vivían,
a las órdenes de Agapenor soberano, el Ancíada,
en sesenta navíos llegaron, y en cada uno de ellos
numerosos arcadios expertos en cosas de guerra.
[Naos bancadas les dio Agamenón el señor de los hombres,
para que de este modo cruzaran el ponto vinoso,[68]
puesto que de las cosas del mar no se habían cuidado].

Luego los de Buprasio y también los de la Élide sacra,
entre la Hirmina y Mírseno, villa frontera, de un lado,
y del otro la roca que llámase Olenia y Alisio,
cuatro jefes tenían, y diez ligerísimas naves
cada uno mandaba con muchos epeos a bordo.
Dos partidas tenían por jefes a Anfímaco y Talpio,
hijo aquel de Cteato, y de Eurito este, y ambos Actóridas;
la tercera mandábala Diores el Amarincida,
y mandaba la cuarta partida el deiforme Políxeno,
hijo del rey Agástenes, quien era un hijo de Augeo.

67. Vanagloriarse de cierta superioridad frente a una divinidad (*hybris*) comporta inexorablemente un castigo divino, para así poder mantener el orden cósmico que garantiza la jerarquía entre dioses y hombres.

68. Calificativo atribuido al mar (ponto), por el color oscuro de sus aguas debido a su gran profundidad.

Los que habitan Duliquio y las islas sagradas Equinas,[69]
que se encuentran al otro costado del mar, frente a la Élide,
al igual que Ares obedecían, a Meges Filida,
a quien el caro a Zeus engendró, el caballero Fileo,
cuando, contra su padre enojado, marchose a Duliquio.
A su mando tenía cuarenta navíos oscuros.

[El caudillo de los cefalenios sin tacha era Ulises],
los que Ítaca habitaban y los del selvático Nérito,
gentes de Crocilea y de Egílipe, tierra fragosa,
de Zacinto y de Samos y luego los del continente,
y también los que en la orilla opuesta vivían, a todos
los mandaba allí Ulises, que a Zeus igualaba en prudencia.
Y seguíanle doce navíos de rojas mejillas.

Y Toante el Adremónida a los de la Etolia mandaba,
a los que en el Pleurón y en Pilene vivían y en Óleno,
los de Calcis marítima y de Calidón la rocosa.
No existían ahora los hijos de Eneo el magnánimo,
ni él tampoco, y murió Meleagro el de rubios cabellos.
Y a él le dieron poder para que a los etolios rigiera.
Y a su mando tenía cuarenta navíos oscuros.

Los de Creta iban al mando de Idomeneo el lancero.
Los que en Cnosos y en la amurallada Gortina vivían,
los de Licto y Mileto y también de la blanca Licasto,
los de las populosas ciudades de Festos y Ritio,
y otros muchos de la isla de Creta, la de cien ciudades,
todos ellos al mando iban de Idomeneo el lancero
y Meriones, el igual a Enialio, aquel que hombres mataba.
Y seguíanle ochenta navíos de negra figura.

69. Según Estrabón se trataría de un pequeño archipiélago de las islas Jónicas en la parte oeste del golfo de Corinto.

El valiente y de cuerpo robusto, Tlepólemo Herádida,
desde Rodas llevó en nueve naos a los rodios violentos.
En tres grupos había ordenado a los hombres de Rodas
los de Lindo, Yaliso y también de Camiro la blanca.
Era de ellos caudillo el famoso lancero Tlepólemo,
al que Heracles el fuerte engendró en Astioquía al llevársela
del Seleente, en Efira, después de asolar numerosas
villas que defendían mancebos de estirpe divina.
Cuando, criado en su bello palacio, llegó al fin Tlepólemo
a la edad varonil, mató a un tío materno del padre,
ya en edad avanzada, era un vástago de Ares, Licimnio.
Armó al punto sus naves, reunió numerosos adictos,
y escapó por los mares huyendo, pues todos los hijos
y los nietos de Heracles el fuerte querían vengarse.
Errabundo y sufriendo trabajos llegó, al fin, a Rodas;
se quedó con los suyos allí, que formaron tres tribus.[70]
[Y de Zeus, que gobierna a los dioses y a los hombres, todos
consiguieron amor, y el Cronión les dio muchas riquezas.]

Desde Sime condujo Nireo tres bellos navíos;
Nireo, hijo de Caropo el rey y de Aglaya la hermosa,
Nireo, el más arrogante varón que partió para Troya,
si al ilustre Pelida exceptuamos de todos los dánaos.
Pero tímido era y mandaba poquísima gente.
Los que en Nísiro, Crápato y Caso su hacienda tenían,
los de Cos, la ciudad de Euripilo, y las islas Calidnas
a Fidipo y Antifo tenían por jefes supremos,
hijos ambos de Tésalo el rey soberano, el Heráclida.
Treinta cóncavas naves dispuestas en orden seguíanlos.

70. Era frecuente en época arcaica, después de un periplo por tierra o por mar, colonizar un territorio que ofreciera mejores condiciones de vida a una comunidad, hecho conocido como *synoikismós*.

Los que tienen por patria la tierra del Argos pelásgico,
los que en Alo vivían, los de Álope y los de Traquina,
los de Ptía y la Hélade, la de las bellas mujeres,
mirmidones,[71] helenos y aqueos, son todos llamados;
en cincuenta navíos vinieron al mando de Aquiles.
[Pero en el estruendoso combate no se interesaban
puesto que carecían de quien los llevara a la lucha.
En sus naos, el de los pies ligeros, Aquiles divino,
enojado quedó por la rubia doncella Briseida
que en Limeso tomó para sí tras muy grandes trabajos
una vez destruyó la ciudad y los muros de Tebas,
dando muerte a los bravos guerreros Epístrofo y Mines,
hijos del Selepíada Eveno, monarca supremo.
Y, por ello, afligido, está ocioso; mas pronto ha de alzarse.]

Los de Fílace y Píraso, tierra cubierta de flores,
consagrada a Deméter, de Itón, la criadora de ovejas,
los de Antrón la marítima y los de la verde Pteleo,
mientras vida alcanzó, los mandaba el audaz Protesílao,
mas entonces la tierra negra lo tenía en su seno.
Quedó en Fílace llena de pena su esposa, y la casa
todavía empezada; al saltar de la nave fue muerto
por un dárdano, y él fue en morir el aqueo primero.
Pero no carecían de jefe, aún echándolo menos,
pues Podarces mandábalos, que era un retoño de Ares,
y era el hijo de Ificlo Filácida, el rico en ganados,
y era hermano, por padre y por madre, del gran Protesílao,
pero mucho más joven, pues era mayor y más bravo
[el audaz Protesílao, el héroe. No obstante, a sus hombres
no faltoles un jefe por mucho que al otro añoraran.]
A su mando tenía cuarenta navíos oscuros.

71. Descendientes del rey Mirmidón, y este a su vez de Zeus y de la princesa Eurimedusa, a la cual el dios conquistó transformándose en hormiga, *myrmex* en griego.

Los de Feras, que habitan en torno del lago Bebeida,
los de Gláfiras, Beba y de Yolcos, la bien construida,
arribaron en once navíos al mando de Eumelo,
hijo amado de Admeto y de Alcestes, divina entre todas
las mujeres, y la hija más bella que Pelias tenía.

Luego los que en Metone moraban y los de Taumacia,
y los de Melibea y los que en Olizón habitaban,
por caudillo al arquero sin par, Filoctetes, tenían;
siete naos de cincuenta remeros cada una llevaba,
y eran todos expertos luchando con arco en la guerra.
Él quedó, sin embargo, con fuertes dolores en su isla,
en la Lemnos divina, que allí los aqueos dejáronlo
pues entonces lo había mordido un reptil ponzoñoso.
[Y allí estaba, afligido, tendido. Mas la hora llegaba
en que se acordarían del rey Filoctetes[72] los de Argos.]
Pero no carecían de jefe, aun echándolo menos,
porque los alineaba el bastardo de Oileo, Medonte,
el que en Rena engendró el destructor de ciudades, Oileo.

Los que en Trica y la tierra escarpada de Itome habitaban,
los de Ecalia, la villa que era de Eurito ecaleo,
eran por los dos hijos de Asclepio al combate llevados,
Podalirio y Macaón, y ambos eran magníficos médicos.[73]
Treinta cóncavas naves dispuestas en orden seguíanlos.

Iban los de la villa de Ormenio y la fuente Hiperea,
los de Asterio y Titano, la llena de cimas muy blancas,
bajo el mando del gran Evemónida, Eurípilo ilustre.
Y a su mando tenía cuarenta navíos oscuros.

72. Filoctetes dispararía con su arco, regalo de Heracles, la flecha que acabaría con la vida de Paris.

73. Como su padre, Asclepio o Esculapio, dios de la medicina y de la curación.

A los que en las ciudades de Argisa y Girtona vivían,
los de Orta y Elone y los de la Oloosón, ciudad blanca,
los mandaba el heroico varón Polipetes, el hijo
de Piritoo, de quien Zeus, el dios sempiterno, fue padre;
engendrolo Piritoo, en la ilustre Hipodamia ese día
en el que castigó a los velludos centauros, echándolos
de Pelión, y los hizo ir al sitio en que están los etices.
Compartía su mando Leonteo, el retoño de Ares,
hijo del que Ceneo engendró, el turbulento Corono.
Y a su mando tenía cuarenta navíos oscuros.

Veintidós grandes naves de Cifo condujo Guneo,
y embarcaron con él los enienes y bravos perebos
que vivían en el inclemente país de Dodona,
y a los que cultivaban las tierras a orillas del bello
Titaresio que entrega al Peneo sus nítidas aguas,
pero que no se mezclan con las del Peneo de plata,
sino que, como aceite, deslízanse encima de ellas,
que es raudal de la Estigia, la de juramentos terribles.

Prótoo, el hijo del gran Trentedón, iba con los magnetes,
los que el verde Pelión habitaban y junto al Peneo.
Era Prótoo el ligero a quien estos por jefe tenían,
y a su mando tenía cuarenta navíos oscuros.

Tales eran de todos los dánaos los jefes y príncipes.
Dime, Musa, cuál era el mejor de los hombres y cuáles
los mejores corceles que con los Atridas llegaron.[74]

Era el tronco mejor las dos yeguas del hijo de Feres,
las que Eumelo guiaba, veloces lo mismo que el viento,
y era igual su color y su edad y era igual su tamaño.

74. El poeta invoca a la musa para que le otorgue la clarividencia necesaria que le permita recordar los hechos. El inicio de la *Odisea* presenta este mismo rasgo.

Las crió el mismo Apolo, el del arco de plata, en Perea
y consigo, aún siendo hembras, llevaban el miedo de Ares.
De los hombres, Ayax Telamonio fue siempre el más bravo,
mientras la ira de Aquiles duró, pues mejor era este,
[y mejores también los caballos del noble Pelida.
Mas estaba en sus cóncavas naos surcadoras del ponto,
le indignó Agamenón el Atrida, el pastor de los hombres,
por su acción, y su gente, entre tanto, en la playa se holgaba
con la lanza, el venablo o el disco o tirando saetas.
Los caballos, en tanto, encontrábanse junto a sus carros
y comían el loto y el apio que crece en los lagos,
y enfundados estaban los carros de todos los reyes
en las tiendas. Y echando de menos al tan caro a Ares,
ellos, sin pelear, discurrían por el campamento.]

Los demás avanzaban igual que un incendio en la tierra.
Como el suelo resuena si Zeus, que en el rayo se goza,[75]
a la tierra con cólera azota en torno a Tifeo,
en Arimos, allí donde yace Tifeo en su lecho,
de igual modo a sus plantas entonces el llano gemía,
cuando lo devoraban veloces por él arrancando.

[En Troya]

La de pies como el viento a los teucros llevó la noticia,
Iris, la mensajera de Zeus, portador de la égida.
Todos, mozos y viejos, estaban entonces reunidos
en los pórticos de la mansión del rey Príamo, hablando.
Y acercose a ellos Iris, la de pies veloces, tomando
la figura y la voz de Polites el hijo de Príamo,
quien, confiando en sus rápidos pies, de vigía se hallaba
sobre el túmulo del viejo Esietes, y estaba atentísimo
viendo si los aqueos dejaban sus naos por batirse.

75. Cfr. notas 5 y 40.

La de pies como el viento, Iris, dijo, ya así transformada:

—Te entretienes, ¡oh anciano!, en discursos que nunca se {acaban,
como en tiempos de paz, y una lucha obstinada ahora surge.
Aunque muchos combates y muchas batallas he visto,
nunca vi tan magnífico ejército y tan numeroso
como el que por el llano a luchar viene sobre la villa,
y hay en él tantos hombres como hojas y granos de arena.[76]
¡Héctor! Te recomiendo que de esta manera procedas:
aliados innúmeros hay en la villa de Príamo;
cada uno un lenguaje posee pues son muchas sus tierras;
cada cual manda, pues, a los hombres de quienes es príncipe
y acaudilla a sus huestes dispuestas en orden de lucha.

Dijo, y Héctor, habiendo advenido la voz de la diosa,
disolvió la asamblea. Y tomaron las armas al punto,
y las puertas se abrieron; salieron así los infantes
y los que combatían en carros, con gran algazara.

Cerca de la ciudad, ya en el llano, se encuentra una excelsa
loma, aislada de todas, y toda de fácil acceso,
a la cual denominan Batiea los hombres, y para
los eternos es la sepultura de la ágil Mirina.
Los troyanos y sus aliados allí se alinearon.

[El ejército troyano]

[A los teucros mandaba el gran Héctor, el hijo de Príamo,
el de casco brillante. A su lado se armaban las huestes
más copiosas y bravas, ansiando luchar con las picas.

76. La exageración o hipérbole es un recurso literario de uso muy frecuente en la épica.

El caudillo dardanio era Eneas, el hijo de Anquises,[77]
el que Anquises un día engendró en la divina Afrodita,
al yacer con el hombre la diosa en un bosque del Ida.
De Antenor compartían el mando dos hijos muy diestros
que llamábanse el uno Acamante y Arquíloco el otro.

Los de Zélea, habitantes del Ida, los ricos troyanos,
los que beben las aguas del río caudal el Esepo,
a las órdenes iban de Pándaro, el hijo del noble
Licaón, a quien el propio Apolo hizo don de su arco.

Iban los de Adrastea y los de las ciudades de Apeso
y Pitea y los de la elevada montaña Terea
bajo el mando de Adrasto y de Anfio, con petos de lino,
hijos ambos de Mérope, un hábil percosio en el arte
de la adivinación, que negose a que fueran sus hijos
a la guerra mortal, mas aquellos no le obedecieron,
impelidos los dos por las parcas de la oscura muerte.

Iban los que en Percote y a orillas del Practio vivían,
los de Sesto y Abidos y los de la Arisbe divina
bajo el mando de Asio, el Hirtácida, rey de los hombres,
a quien fuertes corceles de crines tostadas llevaron
desde Atisbe, que se halla a la orilla del río Seleente.

Bajo el mando de Hipótoo encontrábanse todas las tribus
de los bravos pelasgos que habitan la fértil Larisa.
Los mandaban Hipótoo y Pileo, los vástagos de Ares,
hijos ambos de Leto Teutámida, el héroe pelasgo.

Acamante con el héroe Piroo a los tracios mandaba,
los que viven a orillas del alborotado Helesponto.

77. Eneas, que tras sobrevivir a la caída de Troya en su periplo por el mar, dará lugar al canto épico de la *Eneida*, cuya autoría debemos al poeta romano Virgilio. Cfr. nota 282.

Era el jefe de los belicosos cicones Eufemo,
que era alumno de Zeus e hijo del Ceada Treceno.

A los peonios, los de corvos arcos, condujo Pirecmes,
de Amidón, a la orilla del Axio, el de bella corriente,
Axio, el que por los campos esparce sus límpidas aguas.

Pilemenes, el de varonil corazón, llevó de Énetes,
donde críanse mulas cerriles, a los plafagones
los que habitan Citoro y cultivan los campos de Sésamo
y magníficas casas poseen junto al río Partenio,
los de Egíalo, Cromna y las cumbres de los Eritinos.

Gobernaban a los halizones Odío y Epístrofo,
que venían de lejos, de Alibe, en que hay minas de plata.

A los misios mandábalos Cromis y Enomo el vatídico,
que no pudo, a pesar del agüero, evitar negra muerte,
[porque a manos del Eácida,[78] el de raudos pies, en el río,
sucumbió, allí donde este mató a numerosos troyanos.]

A los frigios mandábalos Forcis y Ascanio deiforme,
que, llegados de Ascania remota, anhelaban la lucha.

A los meonios mandábalos Mestles y Antifo, ambos hijos
de Talémenes, que los parió la laguna Gigea,
y, nacidos al pie del Tmolo, a los meonios regían.

Nastes acaudillaba a los carios de bárbaro idioma,
que eran de la ciudad de Mileto, del Ptiro frondoso,
de la orilla del Meandro y las cumbres del alto Micale;
todos ellos estaban al mando de Nastes y Anfímaco;
de Nomión el ilustre eran Nastes y Anfímaco hijos;
lleno de oro, como una doncella, iba este al combate.

78. El hijo de Eaco, Peleo, esto es, el padre de Aquiles.

¡Insensato!, que no lo libró de tristísima muerte
[porque a manos del Eácida el de raudos pies, en el río,
sucumbió, y se quedó con el oro el intrépido Aquiles.]

Sarpedón, con el ínclito Glauco, mandaba a los licios
procedentes de Licia lejana y de orillas del Janto.]

CANTO III

[Ofrecimiento de Paris]

Ya alineados por sus respectivos caudillos, los teucros
avanzaban voceando y chillando lo mismo que aves
[de igual forma a los cielos se eleva la voz de las grullas
cuando, para escapar del invierno y sus lluvias sin tregua,
se dirigen volando y gruyendo a buscar el Océano
y a los hombres pigmeos les llevan la ruina y la muerte,
a los que, desde el alba, presentan un rudo combate.]
Respirando valor, los aqueos, en cambio, avanzaban
silenciosos, dispuestos también a ayudarse entre ellos.

Como el Noto derrama en las cumbres de un monte la niebla
nada grata al pastor, y al ladrón aún mejor que la noche
—pues le deja ver solo las cosas a un tiro de piedra—,[79]
era así la gran nube de polvo que alzábase al paso
de los hombres que en rápida marcha cruzaban el llano.

Cuando ya hubo llegado un ejército al lado del otro,
el deiforme Alejandro surgió de la línea troyana
con la piel de pantera en los hombros, el arco curvado
y la espada, y blandiendo dos lanzas de punta de bronce,[80]

79. Cfr. nota 40.
80. Cfr. nota 48.

[les lanzó un desafío a los más valerosos argivos
para que combatieran con él en terrible combate].

Menelao, el amado por Ares, al ver que llegaba
con el paso arrogante y al frente de toda su hueste
como hambriento león que ha encontrado el cadáver de un ciervo
de gran cuerna provisto, o una cabra montesa, y se alegra
y voraz lo devora, aunque estén acosándolo en torno
agilísimos perros lanzados por mozos robustos,[81]
Menelao se alegró de esta forma al mirar con sus ojos
al deiforme Alejandro, y, pensando vengarse, de un salto,
empuñando las armas, bajó de su carro de guerra.

Pero cuando el deiforme Alejandro lo vio en la primera
línea, su corazón se turbó poseído de miedo,
y, esquivando la muerte, volvió a donde estaban los suyos.
Como el hombre que advierte de pronto un dragón en el bosque,
en la densa espesura, y el miedo sus miembros invade
y se vuelve hacia atrás y su rostro se torna muy pálido,
de este modo el deiforme Alejandro, temiendo al Atrida,
se metió entre la masa de los orgullosos troyanos.

Pero Héctor lo vio y reprendió con un tono ultrajante:

—¡Paris ruin! ¡El más bello galán, seductor, mujeriego!
¡Ojalá que no hubieras nacido o soltero murieses!
En verdad lo quisiera yo ahora, y a ti te valdría
más que ser la vergüenza y oprobio de todos los otros.
Los aqueos de largos cabellos se ríen de haberte
estimado un valiente campeón por tu apuesta figura
cuando no hay en tu pecho valor ni ninguna energía.
Mas si tú eres así, ¿cómo a tus compañeros reuniste
y surcastes los mares a bordo de cóncavas naves,

81. Cfr. nota 40.

visitaste a extranjeros y a una mujer tan hermosa
te trajiste de tierras lejanas, esposa y cuñada
de guerreros, el mal de tu padre, tu villa y tu pueblo,
irrisión para los enemigos y para ti infamia?
¿Cómo tú a Menelao, el amado por Ares, no aguardas?
¡Bien sabrías de qué varón tienes la esposa florida!
No te habrán de servir de Afrodita los dones, la lira,
e! cabello y belleza, al caer sobre el polvo rodando.
¡Los troyanos son tímidos! Pues, de otra forma, te hubiesen,
por el daño que has hecho, vestido una túnica pétrea.[82]

Y el deiforme Alejandro repúsole entonces diciendo:

—¡Héctor! No sin razón me zahieres y es justo el {reproche.
Pero tu corazón es tenaz como el hacha que, en manos
del artífice, hiende un madero, cortando las tablas
de la quilla de un buque y ayuda el esfuerzo del hombre,
¡tan intrépido es el corazón que en tu pecho se encierra!
Pero no me reproches los dones amables de la áurea
Afrodita; no son despreciables los dones eximios
de los dioses, y nadie a su gusto escogerlos consigue.[83]
Mas si quieres que ahora me entregue a la lucha y combate,
haz que todos los teucros y aqueos depongan las armas,
y a mí déjame con Menelao, el amado por Ares,
para que, por Helena y sus bienes, los dos peleemos.
Y el que venza y con ello demuestre ser más valeroso,
a su casa se puede llevar la mujer y sus bienes.
Y vosotros, después de jurar amistad fidelísima,
continuad en la fértil Ilión, y ellos vuelvan a su Argos
la yegüera y a Acaya, la tierra de hermosas mujeres.

82. Es decir, lo habrían puesto en un sarcófago para enterrarlo.
83. La voluntad divina es irrefutable.

Dijo, y Héctor oyó sus palabras con gran alegría;
corrió al centro del campo y detuvo al ejército teucro
y empuñó por en medio la lanza. Y paráronse todos.

Los aqueos de largos cabellos tendieron los arcos
e intentaron lanzar sobre él flechas y dardos y piedras.
Mas gritó Agamenón, el señor de los hombres, diciendo:

—¡Deteneos, argivos! ¡Paraos, hijos de los aqueos!
El de cuco brillante, Héctor, quiere ahora hablarnos a todos.
Así dijo y, cesando la lucha, guardaron silencio.
Y, volviéndose a un bando y a otro, habló Héctor, diciendo:

—Escuchadme, troyanos, y aqueos de grebas hermosas,
lo que ofrece Alejandro, el causante de nuestra contienda.
Ha propuesto que todos los teucros y aqueos dejemos
nuestras armas magníficas sobre la fértil llanura
y dejémosle con Menelao, el amado por Ares,
para que, por Helena y sus bienes, los dos se peleen.
Y el que venza y con ello demuestre ser más valeroso
a su casa se puede llevar la mujer y sus bienes,
y nosotros podremos jurar amistad fidelísima.

Así dijo, y quedáronse todos guardando silencio.
Y repúsole así Menelao el de grito potente:

—Escuchadme ahora a mí. Tengo yo el corazón traspasado
de dolor, y supongo que ya, teucros todos y argivos,
os debéis separar, porque todos sufristeis muchísimos
males por la contienda en que nos ha enzarzado Alejandro.
Aquel para quien se hallen dispuestos el hado y la muerte,
muera, pues; los demás idos ya, terminada esta lucha.
Traed al punto una oveja muy negra y un blanco cordero
para el Sol y la Tierra; a Zeus otro daremos nosotros.

Conducid aquí a Príamo y que el juramento sancione,
[pues sus hijos son hombres soberbios y nada leales,
que no sea que el pacto de Zeus se falsee y se quebrante.
Siempre tienen los jóvenes el corazón muy voluble,
pero si los preside un anciano, observando el futuro
y el pasado, consigue para ambos lo más conveniente.]

Así dijo, y aqueos y teucros se regocijaron,
confiando en el próximo fin de una guerra tan dura.
Los corceles dejaron parados en filas, bajaron
de los carros y, cerca unos de otros, dejaron las armas
en el suelo, pues era pequeño el espacio entre ambos.

Héctor a la ciudad despachó dos heraldos que al punto
los corderos lleváranle y dieran a Príamo aviso.
Luego dio Agamenón el monarca a Taltibio la orden
de que fuera a buscar un cordero a las cóncavas naves.
Y el heraldo cumplió la orden de Agamenón el divino.

[Helena en la muralla]

Iris la mensajera fue a Helena la de níveos brazos,
y era cual su cuñada, la esposa del rey Antenórida,
a la que Helicaón Antenórida hizo su esposa,
a Laodice, la hija más bella que tuvo el rey Príamo.
La encontró en su palacio tejiendo una tela purpúrea,
doble, en la que bordaba los muchos trabajos que teucros,
domadores de potros, y aqueos de arneses de bronce
padecieron por ella en la lucha por gusto de Ares.
Y, parándose ante ella, habló Iris la de pies ligeros:

—Ven a ver, ninfa amada, las grandes hazañas de teucros,
domadores de potros, y aqueos de arneses de bronce.
Antes unos contra otros llevaban, del fúnebre Ares,
afanosos, por esta llanura, la guerra funesta.

Y ahora están silenciosos; parada la guerra, apoyados
en sus clípeos[84] y en tierra clavadas las lanzas larguísimas.
Alejandro y el rey Menelao, el amado por Ares,
lucharán por tu causa empuñando las picas tan largas
y serás proclamada la esposa del que haya vencido.

Así dijo, y en su corazón puso un dulce deseo
del marido de su juventud, su ciudad y sus padres.

Y, cubierta de velos nevados, salió velozmente
de su alcoba, y vertían sus ojos ternísimas lágrimas,
pero no salió sola, pues la acompañaban dos siervas,
[Etra, la hija de Pites y la de ojos grandes, Climena.]
Y un instante después a las Puertas Esceas llegaron.

Allí hallábanse Príamo, Pántoo, Timetes y Lampo,
Clitio e Hicetaón, descendiente este último de Ares,
y Ucalegon prudente y el sabio Antenor que sentábanse,
en Consejo de ancianos, en torno a las Puertas Esceas,
pues la edad puso fin a la guerra para ellos, y hablaban
con soltura, al igual que cigarras que en medio del bosque
nos envían su voz insistente de lo alto de un árbol.
Tales eran los jefes troyanos que había en las torres.
Cuando vieron que Helena llegaba a las torres, se hablaron
quedamente uno a otro con estas palabras aladas:

—Mucho no es que troyanos y aqueos de grebas hermosas
sufran males tan grandes por una mujer como esta
cuyo rostro es igual que el que tienen las diosas eternas.[85]
Mas, con todo, que aquí no se quede, que embarque y se vaya,
no sea plaga de todos nosotros y de nuestros hijos.[86]

84. Escudo de forma redonda y de grandes dimensiones, como para proteger a un guerrero por completo.

85. Cfr. nota 76.

86. Un castigo divino —aquí la guerra de Troya— puede alcanzar a varias generaciones de hombres.

Así hablaron. Y Príamo entonces llamó a Helena y dijo:

—Ven acá, amada hija, y muy cerca de mí toma asiento;
vas a ver a tu esposo anterior, sus parientes y amigos.
No eres tú la culpable; los dioses lo son, que movieron
esta guerra luctuosa entre aqueos y todos nosotros.
Pero quiero saber quién es ese guerrero tan alto,
ese aqueo valiente y de tan corpulenta figura.
Otros hay, en verdad, que le pueden pasar la cabeza,
mas mis ojos no vieron jamás a un varón tan hermoso,
aunque ya tengo años. Un rey por su aspecto parece.

Y repúsole Helena, mujer la más bella de todas:

—Suegro amado, me inspiras amor y a la vez reverencia.
¡Ojalá para mí hubiese sido agradable la muerte
cuando a tu hijo seguí yo hasta aquí y dejé lecho y familia
y a una hija querida y a mis compañeras amables!
Pero no sucedió de esta forma y me acabo llorando.
Pero ya que preguntas y quieres saber, te respondo:
ese es Agamenón poderoso, es el hijo de Atreo,
noble rey y esforzado guerrero que fue mi cuñado,
mío, ¡oh cara de perra!,[87] si yo no he soñado estas cosas.

Dijo así, y el anciano, admirado, le dijo, mirándolo:

—Felicísimo Atrida, mortal con fortuna nacido,
muchos son los aqueos que cumplen las órdenes tuyas.
Una vez cuando estuve yo en Frigia, el país de las vides,
vi a muchísimos frigios montando nerviosos caballos;
eran gentes de Otreo y Migdón, el igual que los dioses,
que acampaban entonces a orillas del río Sangario.
Yo encontrábame allí en calidad de aliado, entre ellos,

87. Imprecación contra sí misma: el perro, en general, era considerado un animal innoble en la antigua Grecia.

ese día en que las amazonas viriles[88] mostráronse.
Y aquí son muchos más los aqueos de vívidos ojos.

Y el anciano, mirando ahora a Ulises, volvió a preguntarle:

—Vamos, dime también, hija amada, quién es ese hombre.
Menor que Agamenón el Atrida es en una cabeza,
pero, en cambio, es más ancho de hombros y pecho que el otro.
Mientras se hallan sus armas yaciendo en la tierra fecunda
él, igual que un carnero, recorre las filas aqueas;
lo comparo al carnero provisto de lanas ceñidas
que recorre una grey numerosa de blancas ovejas.

Y repúsole Helena, la hija de Zeus, en seguida:

—Ese es el agudísimo Ulises, el hijo de Laertes,
que criose en Ítaca, la tierra de grandes breñales,
hábil en toda clase de ardides y buenos consejos.

[Y el prudente Antenor respondió de este modo, mirándola:

—¡Oh, mujer! Gran verdad hay en todas las cosas que dices.
Ya aquí Ulises divino llegó cierta vez a traerte
junto con Menelao, el de Ares amado, un mensaje.
En mi casa hospedaje les di y los llené de agasajos
y así supe de su condición y prudentes consejos.
Luego cuando estuvieron, de pie, los troyanos reunidos,
Menelao destacábase por sus espaldas tan anchas,
pero en cambio, imponíase Ulises si estaban sentados.
Pero cuando nos daban a todos consejos e ideas,
Menelao nos hablaba de prisa con pocas palabras,
pero muy claramente, pues no era prolijo y, no obstante

88. Pueblo de mujeres guerreras, conocidas por protagonizar una clara inversión de roles sexuales.

ser más joven, jamás se apartaba del tema elegido.
Pero siempre que Ulises astuto de pie se quedaba
y, bajando la vista, en el suelo fijaba los ojos,
sin que atrás o adelante moviera su cetro, e inmóvil
lo tenía en la mano, lo mismo que un hombre ignorante,
por un hombre iracundo o idiota lo hubieras tomado.
Mas en cuanto con voz muy sonora salían palabras
de su pecho, cayendo cual copos de nieve en invierno,
nunca había mortal que allí a Ulises pudiera emularlo,
y olvidábamos ya contemplar la figura de Ulises.]

Por tercera vez, cuando vio a Ayax, preguntole el anciano:

—¿Quién es ese valiente guerrero tan alto que llévales
la cabeza y los hombros a todos los otros argivos?

Y repúsole Helena divina, la del largo peplo:

—Es Ayax el enorme, muralla del pueblo de Acaya.
[Allí está Idomeneo, lo mismo que un dios, entre todos
los cretenses, y en torno se encuentran sus jefes de tropa.
Lo hospedó Menelao, el amado de Ares, en casa
muchas veces, cuando a ella llegaba de vuelta de Creta.]
Ahora veo a los otros aqueos de vívidos ojos,
a los cuales conozco y podré fácilmente nombrarlos;
sin embargo, a dos bravos caudillos no veo entre ellos:
Cástor, el domador de caballos, y Pólux el púgil
excelente, a los cuales me dio como hermana mi madre.[89]
¿No vinieron quizá de la plácida Lacedemonia?[90]
¿O en las naos surcadoras del ponto vinieron y niéganse
a luchar con los hombres por miedo de hacerse partícipes
de tan gran deshonor como el mío y de tantos oprobios?

89. Cástor y Pólux, los Dio scuros o hijos de Zeus convertido en cisne, nacieron de sendos huevos de Leda.

90. Lacedemonia o Esparta.

Así dijo; no obstante, a los dos ya la tierra fecunda
cobijaba en su seno en su patria de Lacedemonia.

[El pacto]

Los heraldos cruzaban la villa llevando las víctimas
para el pacto leal: dos corderos y el vino gozoso,
fruto de nuestra tierra, en un odre de piel de cabrito.
Una fúlgida crátera Ideo, el heraldo, llevaba
y las copas de oro, e invitó de este modo al anciano:

—Hijo de Laomedonte, levántate, los jefes teucros,
domadores de potros, y aqueos de arneses de bronce
te suplican que vayas al llano y sanciones su pacto.
Alejandro y el rey Menelao, el amado por Ares,
lucharán por la esposa blandiendo las picas tan largas
y mujer y riquezas serán de quien venza en la lucha.
Y nosotros, después de pactar amistad fidelísima,
seguiremos en Troya y se irán todos ellos a Argos
la yegüera y a Acaya, la tierra de hermosas mujeres.

Dijo así, y tuvo miedo el anciano, y mandó a sus amigos
preparar los caballos. Y todos cumplieron la orden.
Subió Príamo al carro y las riendas se echó por la espalda,
y Antenor a su lado se hallaba en el carro magnífico.
Por las Puertas Esceas salieron veloces al llano.

Cuando hubieron llegado al lugar de los teucros y aqueos
se apearon al punto del carro en la tierra fecunda
y al lugar que mediaba entre teucros y aqueos se fueron.
Al momento se alzó Agamenón, el señor de los hombres;
se alzó Ulises astuto también. Y los nobles heraldos
las ofrendas reunieron, mezclaron el vino en las cráteras
y, hecho esto, aguamanos sirvieron al punto a los reyes.
Luego el hijo de Atreo sacó con su mano la daga,

la que, junto a la espada, llevaba pendiente al costado,
y un vellón de la frente cortó a los corderos con ella,
que a los próceres teucros y aqueos les fue repartido.
Y el Atrida rogó en alta voz, levantando los brazos:

—¡Padre Zeus, gloriosísimo y magno señor desde el Ida!
Sol que todo lo ves y que todas las cosas escuchas.
Ríos, Tierra y vosotros los que castigáis en lo hondo
a los muertos que fueron perjuros de sus juramentos.
Sed vosotros testigos, velad por que el pacto se cumpla:
si Alejandro la muerte le da a Menelao, pues que él solo
sea el dueño de Helena y de cuantas riquezas disfruta,
y en las naos surcadoras del mar nos iremos nosotros;
pero si Menelao el dorado da muerte a Alejandro,
que los teucros a Helena devuelvan con todos sus dones
y un tributo a los hombres argivos les den, que repare
la ofensa, de la que se acuerden los hombres futuros.
Y si Príamo acaso y los hijos de Príamo esto
a pagar se negaran, estando vencido Alejandro,
seré yo quien se quede luchando por este tributo
y he de estar combatiendo hasta que haya la guerra acabado.

Así dijo, y el cuello de un tajo cortó a aquellas víctimas,
que en el suelo dejó palpitantes, vacías de vida,
porque la arrebató la potencia que el bronce posee.
De la crátera entonces el vino escanciaron en copas
y elevaron fervientes plegarias a los inmortales.
Y exclamaron algunos troyanos y aqueos, diciendo:

—¡ Zeus glorioso y potente, y vosotros, oh dioses eternos!
Los primeros que contra lo que se ha jurado procedan,
vean, como este vino que cae por la tierra, el cerebro
de sus padres e hijos, y gocen sus hembras con otros.

Así hablaban, mas a esta plegaria negose el Cronida.
Y el Dardánida Príamo entonces habló de este modo:

—Escuchadme, troyanos y aqueos de grebas hermosas.
Yo me voy para Ilión, la ciudad que los vientos azotan,
pues mis ojos no pueden ver cómo se bate mi hijo
contra el gran Menelao, ese hombre por Ares amado.
Zeus tan solo y las otras deidades eternas no ignoran
quién será de los dos el que está destinado a la muerte.

Dijo así, y el deiforme varón colocó los corderos
en el carro, subió a él y las riendas se echó por la espalda,
y Antenor también iba en el carro fulgente, a su lado.
Y ambos héroes volvieron la espalda camino de Troya.

[Singular combate de Paris y Menelao]

Luego el hijo de Príamo, Héctor, y Ulises divino
el palenque midieron, tomaron las suertes y echáronlas
en un casco de bronce, y queriendo saber cuál de ellos
lanzaría primero la pica de bronce, agitáronlo.
Y a los dioses, alzando las manos, oraban los hombres.
Y exclamaron algunos troyanos y aqueos, diciendo:

—Padre Zeus, gloriosísimo y magno, señor desde el Ida,
haz que aquel que causó tantos males ya a unos, ya a otros,
venza ahora y descienda a la casa profunda del Hades
y que todos nosotros gocemos de un pacto amistoso.

Así hablaron, y en tanto el gran Héctor del casco brillante
volvió el rostro, ambas suertes moviendo, y saltó la de Paris.
Los guerreros sentáronse todos guardando la línea,
cerca de sus briosos caballos y fúlgidas armas.
Y vistiose un magnífico arnés el divino Alejandro,
el esposo de Helena, la de los cabellos bellísimos.

En las piernas galanas se puso primero las grebas
que ajustábanse a ellas por medio de broches de plata;
sobre el pecho, en segundo lugar, se ciñó la coraza
que era de Licaón, de su hermano, y que a él ajustábase;
se echó al hombro una espada de bronce con clavos de plata
y embrazose un escudo muy grande de gran resistencia,
se cubrió la orgullosa cabeza con un bello casco
cuyo hermoso penacho de crines en lo alto ondeaba,
y asió al fin la magnífica lanza adaptable a su mano.[91]

Menelao el valiente vistió de igual modo sus armas,
y, ya habiéndose armado, apartados de la muchedumbre,
colocáronse en medio, entre teucros y aqueos, mirándose
ferozmente, y al verlo asustáronse entonces los teucros
domadores de potros y aqueos de grebas hermosas.
Encontráronse entonces los dos en el campo medido
y blandieron las picas mostrándose un odio recíproco.
Alejandro arrojó antes que el otro la lanza larguísima
y acertó en el escudo redondo del hijo de Atreo,
sin que el bronce rompiera, y quedó retorcida la punta
sobre el fuerte broquel; luego erguido, blandiendo la lanza,
Menelao el Atrida rogó de este modo a Zeus Padre:

—Soberano Zeus, haz que castigue al divino Alejandro
que ofendió él el primero, y que encuentre la muerte a mis manos
para que, en adelante, no ultrajen los hombres futuros
a quienquiera que les dé hospedaje y se muestre su amigo.

Así dijo, y, vibrando, arrojó la larguísima lanza
y acertó en el escudo redondo del hijo de Príamo,
y la lanza potente ensartó su broquel rutilante,
y se hincó en la coraza cubierta de muchos labrados
y la punta rasgó en la región del costado la túnica,
pero él, ladeándose, pudo evitar negra muerte.

91. Cfr. nota 48.

El Atrida sacose la espada de clavos de plata,
pero cuando golpeó en la cimera del casco al contrario,
le cayó de la mano, partida ya en cuatro pedazos.
Y el Atrida miró con sus ojos al cielo, diciendo:

—Padre Zeus, otro dios más funesto que tú no conozco.
Esperé castigar a Alejandro por su villanía
y, en vez de esto, rompiose en mi mano la espada, y la lanza
de mi puño voló vanamente, pues no pude herirlo.

Dijo así, y se lanzó sobre él y del casco trinado
lo agarró y arrastró a los aqueos de grebas hermosas,
medio ahogado por la bien labrada correa, que bajo
la barbilla le ataba, apretándole el cuello, su casco.
Y, arrastrándolo, hubiera logrado una gloria muy grande,
si Afrodita, la hija de Zeus, no lo hubiese advertido,
pues rompió la correa de cuero de buey degollado;
siguió el casco vacío detrás de la mano robusta
que arrojó a los aqueos de grebas hermosas el héroe
y que sus compañeros leales cogieron al punto.
Lo atacó nuevamente con un gran afán de matarlo
con la lanza de bronce, y, por ser una diosa, Afrodita
fácilmente se lo arrebató y, rodeado de niebla
muy oscura, a su lecho oloroso y fragante llevóselo.[92]

[Paris y Helena]

[A llamar personalmente a Helena se fue sin demora
y la halló en la alta torre, rodeada de muchos troyanos;
con la mano tiró suavemente del velo fragante;
para hablar la figura y aspecto adoptó de una anciana

92. Es frecuente la intervención de los dioses para poner fin a una situación definitiva, acción que recibe el nombre de *deus ex machina* y de uso muy común en el drama griego.

hilandera que en Lacedemonia por sierva tenía
y cardaba su lana y a quien tiernamente ella amaba,
y con esta apariencia la diosa Afrodita le dijo:

—Ven conmigo, Alejandro te invita a volver a tu casa.
En la alcoba se encuentra, en el lecho hábilmente labrado,
tan radiante en belleza y vestidos, que nadie diría
que regresa de haberse batido con un enemigo
sino que se dispone a danzar o del baile descansa.

Dijo, y se conmovió el corazón en el pecho de ella.
Pero cuando advirtió de la diosa el bellísimo cuello
y los senos graciosos y las refulgentes pupilas,
se admiró, y respondió de este modo a la diosa, diciendo:

—¡Ah insensata! ¿Qué impulso te lleva a querer seducirme?
¿Es que vas a llevarme más lejos aún, a una villa
populosa de Frigia, o tal vez a la amena Meonia,
donde tú tengas entre los hombres algún favorito
porque ya Menelao ha vencido al divino Alejandro
y desea que yo, la infeliz, a su casa regrese?
Y por esto has venido hasta aquí con perversos designios.
Ve a sentarte a su lado y olvida el camino de dioses,
que tus pies no te lleven jamás a los lares olímpicos,
y suspira a su lado y por él sin fatiga desvívete
hasta que haga de ti su mujer o por sierva te tome.
No iré allí —que sería motivo de justa vergüenza—
a tenderme en su lecho. Razón las troyanas tendrían
para vituperarme. Y ya sufro muchísimas penas.

Mas la diosa Afrodita, enojada, repuso diciendo:

—¡No me irrites así, desgraciada! Haz que, por enojarme,
no te deje y te odie lo mismo que hasta ahora te he amado
y que entre unos y otros excite los duros rencores
de troyanos y aqueos y mueras de muerte violenta.

Así dijo, y Helena la hija de Zeus tuvo miedo.
Y, cubierta con el blanco velo, sin ruido ninguno,
tras la diosa salió, y no la vieron salir las troyanas.

Y tan pronto a la hermosa mansión de Alejandro llegaron,
su labor reanudaron las siervas, y la más hermosa
mujer fue hacia la alcoba nupcial de elevada techumbre.
Y Afrodita, que en el sonreír se deleita, un asiento
colocó ante Alejandro ella misma, y al cabo sentose
en él la hija de Zeus portador de la égida, Helena,
e increpó a su marido, fijando la vista en el suelo:

—De la lucha volviste. Y debías morir a las manos
del valiente guerrero que fue mi marido primero.
Que eras más tú que el gran Menelao, el amado por Ares,
manejando la lanza y tu brazo y tus fuerzas, decías.
Ve, pues, a Menelao, el amado por Ares, e invítalo
a que luche de nuevo contigo. Mas no; te aconsejo
que desistas y evites que el gran Menelao nuevamente
se pelee contigo en combates y en escaramuzas,
no sea que caigas bajo su lanza temerariamente.

Y con estas palabras repúsole Paris, diciendo:

—No me hieras, mujer, con reproches tan duros como estos.
Si logró Menelao vencer hoy, debe el triunfo a Atenea;
venceré yo otra vez, pues también tengo dioses propicios.[93]
Y acostémonos ya y nuevamente el amor conozcamos,
porque, nunca como hoy, el deseo venció mis entrañas,
ni siquiera al raptarte de la amable Lacedemonia
y partirnos los dos en mis naos surcadoras del ponto,
y tu lecho y tu amor compartir en la isla de Cránae;
con tal ansia hoy te amo y tan dulce deseo me vence.

93. Además del coraje en la lucha, el favor de los dioses es condición para conseguir la victoria. Cfr. nota 37.

Así dijo, y al lecho se fue, y detrás de él fue su esposa,
y acostáronse luego los dos en el lecho mullido.]

[Requerimiento de los aqueos]

Mientras tanto el Atrida entre la muchedumbre corría,
cual si fuese una fiera, buscando al deiforme Alejandro,
mas ni un teucro o ilustre aliado, allí en donde encontrábase
Alejandro indicó a Menelao, el amado por Ares,
y no por amistad lo ocultaban, si hubiéranlo visto,
ya que todos lo odiaban igual que a la lóbrega muerte.

Y habló entonces así Agamenón, el señor de los hombres:

—Escuchadme, troyanos y dárdanos y aliados
pues es de Menelao la victoria, el amado por Ares,
entregadnos a Helena la argiva con todos sus bienes
y pagadnos el justo y debido tributo, de modo
que no ignoren los hombres futuros ultraje como este.

El Atrida habló así, y aprobaron los otros aqueos.

CANTO IV

[En el Olimpo]

Junto a Zeus, en la sala de oro, los dioses, sentados,
celebraban consejo, y el néctar servíales Hebe
la augustísima, y ellos alzaban sus copas de oro
y sus ojos, en tanto, miraban la villa de Troya.
Y de pronto el Cronida intentó que Hera se sulfurase
con zahirientes palabras, y dijo con tono fingido:

—Consiguió Menelao esta vez protección de dos diosas:
Hera de Argos y la alalcomenia Atenea asimismo,
mas sentada muy lejos de él, se contentan mirándolo,
mientras tanto, Afrodita, la que en sonreír se deleita,
lo acompaña y asiste y lo sabe librar de la muerte,
y ahora, cuando creyó perecer, otra vez lo ha salvado.
Pero el triunfo es ya de Menelao, el amado por Ares.
Nuevamente pensemos qué hacer de este pleito pendiente;
suscitar otra vez el combate y la lucha terrible,
o fijar para siempre la paz entre un pueblo y el otro.
Si os parece, y a todos vosotros la idea os agrada,
la ciudad del rey Príamo aún seguirá con sus gentes
y tendrá Menelao que llevarse ahora a Helena la argiva.

Dijo, y Hera y Atena que juntas estaban sentadas,
murmuraron; pensaban causar un gran daño a los teucros.
Aunque Atena guardaba silencio sentíase airada

contra su padre Zeus, poseída de rabia salvaje.
Pero Hera no pudo vencerla en su pecho y le dijo:

—¡Oh terrible Cronión! ¡Qué palabras profieres ahora!
¿Quieres que mi tarea haya sido infructuosa y en vano,
lo que en ella sudé y el afán que rindió a mis corceles
al reunir contra Príamo y todos sus hijos las huestes?
Hazlo así, pero todos los dioses no estamos de acuerdo.

Y repúsole Zeus el que nubes reúne, indignado:

—¡Desdichada! ¿Qué graves ofensas causáronte Príamo
y sus hijos, que con tanta ira te obstinas, queriendo
derruir el alcázar de Ilión, la tan bien construida?
Si cruzaras las puertas de sus elevadas murallas
y a los hijos de Príamo vivos comieras y a Príamo
y a los teucros, tal vez de este modo calmaras tu ira.
Haz lo que te parezca, no sea que de esta disputa
se origine entre todos vosotros un gran desacuerdo.
Y otra cosa te voy a decir y en tu mente consérvala:
cuando sienta el deseo de hacer destruir una villa,
de la que los que habitan en ella te sean queridos,
no demores mi cólera y déjame hacer lo que quiera,
ya que accedo a tu gusto esta vez, aunque no sea el mío.[94]
Porque de las ciudades que habitan los hombres terrestres,
cuantas se hallan debajo del sol y del cielo estrellado,
siento en mi corazón preferencia por Troya la sacra
y por Príamo y por ese pueblo lancero de Príamo.
En mi altar no faltaron jamás las debidas viandas,
libaciones, ni aun humo de grasa, que así honrarnos deben.

Y Hera augusta, la de ojos de utrera, repuso diciendo:

94. Cfr. nota 2.

—Tres ciudades en mi corazón yo prefiero a ninguna:
Argos, luego Micenas, la de calles anchas, y Esparta;
cuando tu corazón sienta odio por ellas, destrúyelas,
porque no me opondré a tu deseo ni te las disputo,
ya que si me opusiera y su ruina intentara impedirte,
nada conseguiría; mayor tu poder es que el mío.
Mas preciso es que inútil no sea esta vez mi trabajo.
Soy deidad yo también y procedo de donde procedes.
Me engendró el astucísimo Cronos, la más venerable
por linaje y el nombre que tengo al llamarme tu esposa,
la mujer de quien reina entre todos los dioses eternos.
Transijamos los dos; yo contigo, y transige conmigo,
y así habrán de seguirnos las otras deidades eternas.
Manda al punto que Atena descienda y diríjase al campo
de la lucha terrible que libran troyanos y aqueos
y haga que a los altivos aqueos los teucros ofendan,
que ellos violen así los primeros lo que se juraron.

Dijo, y obedeció Zeus, el padre de dioses y de hombres,
se volvió hacia Atenea y le habló con aladas palabras:[95]

—Al momento ve al campo en que están los troyanos
{y aqueos
y haz tú que a los altivos aqueos los teucros ofendan,
que ellos violen así los primeros lo que se juraron.[96]

[Violación del pacto]

Dijo así, y avivó el ya encendido deseo de Atena.
Y en un vuelo veloz descendió de las cumbres olímpicas.
Como fúlgida estrella que el hijo de Cronos artero

95. Las palabras «tienen alas» porque las noticias viajan a toda velocidad.
96. Los dioses, a veces con un comportamiento reprochable, se convierten así en motores de la acción.

manda como señal a marinos o a los combatientes
de un ejército grande, y despide muchísimas chispas,
así Palas Atena lanzose a la tierra, y en medio
de las líneas cayó. Y, asombrados, miráronla teucros
domadores de potros y aqueos de grebas hermosas.

Y hubo quien, al mirarla, le habló a su vecino, diciendo:

—O de nuevo el funesto combate y la horrible pelea
surgirán, o bien quiere la paz entre unos y otros
Zeus el árbitro de toda guerra que tienen los hombres.

Así hablaban entre ellos algunos troyanos y aqueos.

Se perdió entre los teucros la diosa en figura de hombre.
Era igual que Laodoco Antenórida el bravo guerrero.
Y fue en busca de Pándaro el que una deidad parecía.
Y encontró al hijo de Licaón, el eximio y el fuerte,
de pie, en medio de los escudados y bravos guerreros
que llegaron con él del Esepo y sus verdes orillas.
Y a su lado, de pie, pronunció estas aladas palabras:

—Valeroso hijo de Licaón, ¿quieres tú obedecerme?
Si lanzaras quizá a Menelao una flecha certera,
lograrías la gloria con la gratitud de los teucros,
pero la de Alejandro, su príncipe, más que ninguna.
De una mano obtendrías entonces presentes espléndidos
cuando viera que aquí Menelao, el noble hijo de Atreo,
por tus flechas vencido, subía a la fúnebre pira.
Lánzale a Menelao, el ilustre guerrero, una flecha
y prométele a Apolo, el arquero glorioso de Licia,
inmolar primerizos corderos en magna hecatombe,
cuando estés en tu patria, la sacra ciudad de Zelea.

Dijo Atena, y logró convencer a este hombre insensato.
Tomó entonces el arco pulido formado con astas
de una cabra montesa, a la cual logró herir en el pecho
al saltar de un peñasco; la estaba acechando en su cueva
y en el pecho la hirió y en la roca cayose de espaldas;
y sus cuernos de dieciséis palmos pulió con cuidado
hábilmente un artífice que trabajaba las astas,
que, una vez alisados, unió con anillos de oro.[97]
Así, pues, tendió el arco; lo puso apoyado en el suelo
y ante él los escudos pusieron sus bravos amigos
para que los valientes aqueos no entraran en lucha
[antes que a Meneleo el Atrida, el valiente, no hiriera.]
El carcaj destapó y eligió una saeta muy nueva,
voladora, y que acerbos dolores llevaba consigo,
y, adaptando a la cuerda del arco la amarga saeta,
prometió al dios Apolo, el arquero glorioso de Licia,
inmolar primerizos corderos en magna hecatombe
cuando fuera a su patria, la sacra ciudad de Zelea.
Y, tirando a la vez de las plumas y el nervio bovino,
los llevó hacia su pecho y la punta tocó el arco entonces,
y cuando hubo así el arco tomado una forma de círculo,
crujió al punto la cuerda y el nervio silbó y la saeta
acerada saltó con afán de volar y clavarse.

Pero a ti, Menelao, no olvidaron los dioses felices,
sobre todo la hija de Zeus, la que acopia trofeos,
pues se puso delante de ti y desvió la saeta,
la apartó de tu cuerpo lo mismo que aparta una madre
una mosca del hijo que duerme con plácido sueño.
Y ella la dirigió al lugar donde los áureos anillos
sujetaban el cinto y hay doble espesor de coraza.
En el cinto ajustado se hincó la amarguísima flecha
y pasó la correa labrada por un buen artífice

97. Se emplea como fórmula mnemotécnica el breve excurso que explica el origen de una persona u objeto.

y horadó la coraza de muchas labores, rompiendo
la defensa interior con la cual protegía su cuerpo
de las flechas, que en muchos momentos lo había salvado.
La saeta hirió entonces el cuerpo con un arañazo
[y al momento brotó de la herida la sangre humeante.
Igual que una meonia o una caria de púrpura tiñe
el marfil destinado a adornar el bocado de un potro,
y en su lecho lo guarda, por más que pretendan llevarlo
numerosos jinetes, pues quiere que sea ornamento
del caballo de un rey y motivo de gloria para este,
se tiñeron así, ¡oh Menelao!, con la sangre vertida
tus magníficos muslos, tus piernas y hermosos tobillos.

Gran temor asaltó a Agamenón, el señor de los pueblos,
cuando vio de la herida manar oscurísima sangre;
y también se asustó Menelao, el amado por Ares,]
pero al ver que quedaban afuera las plumas y el nervio,
en su pecho cobró el corazón una vida reciente.
Suspiró Agamenón hondamente y en tanto lloraban
sus amigos, cogió a Menelao de la mano y le dijo:

—¡Oh mi hermano querido! He pactado tu muerte
{exponiéndote,
solo, para que por los aqueos los teucros lucharan;
los troyanos te hirieron y el leal juramento han violado.
Mas no inútiles son pacto, sangre de ovejas, ni el vino
puro que hemos libado, ni el fiado apretón de las manos.
Si el Olímpico ahora no quiere infligirles castigo,
ya más tarde lo hará y pagarán duramente la culpa
con sus propias cabezas o con sus mujeres e hijos.[98]
Mi saber bien lo sabe y en mi corazón lo presiento
porque día vendrá en que perezca la Ilión sacrosanta,
como Príamo y todos los bravos lanceros de Príamo.
Zeus Cronión el excelso, el que vive en etérea morada,

98. Cfr. nota 86.

blandirá contra ellos, airado por tal felonía,
su égida pavorosa. Y habrá de ocurrir todo esto.
Mas, no obstante, ¡qué amarga será, Menelao, mi tristeza
si te mueres y llegas al cabo fatal de tu vida!
Yo tendré que volver con oprobio a la árida Argos
pues al punto en su patria vendrán a pensar los aqueos,
y aquí a Príamo, a todos los teucros y a Helena la argiva
por blasón dejaremos en tanto tus huesos se pudren
bajo tierra, yaciendo en Ilión, no acabada tu empresa.
Así algún orgulloso troyano dirá, dando saltos
por la tumba en la que Menelao el glorioso reposa:
«Cumpla así Agamenón, como esta, sus otras venganzas,
pues en vano ha traído a un ejército aqueo a esta tierra
y ahora vuelve a su hogar de camino a la tierra paterna
con las naves vacías, y aquí Menelao se ha quedado».
Dirán esto. ¡Que entonces se me abra la tierra anchurosa!

Pero lo apaciguó Menelao el de rubios cabellos:

—Nada temas; no alarmes tan pronto al ejército aqueo.
No me hirió mortalmente la aguda saeta, pues antes
dio en el cinto labrado y, después, la detuvo, debajo,
la coraza interior que forjaron broncistas muy hábiles.

Y repúsole así Agamenón soberano, diciendo:

—¡Ojalá, Menelao tan querido, haya sido así todo!
Pero un médico habrá de mirarte la herida y curarla
con remedios que calmen al punto los crueles dolores.

Dijo así, y ordenole a Taltibio, el heraldo divino:

—Ve, Taltibio, y que aquí Macaón se presente en seguida,
que es un hijo del médico Asclepio, varón intachable,
para que a Menelao reconozca, al intrépido Atrida,

que está herido por una saeta de un hábil arquero
teucro o licio, y es suya la gloria y es nuestra la pena.

Dijo así, y el heraldo cumplió prontamente el mandato.
Y pasó entre los hombres aqueos de arneses de bronce
y buscó a Macaón y por fin lo encontró entre las filas
de sus huestes de bravos guerreros, rodeado por ellos,
por los que desde Trica, la tierra yegüera, siguiéronle.
Y, acercándose a él, pronunció estas palabras aladas:

—Asclepíada, que Agamenón soberano te llama
para que a Menelao reconozcas, intrépido Atrida
que está herido por una saeta de un hábil arquero
teucro o licio, y es suya la gloria y es nuestra la pena.

Dijo, y a Macaón en el pecho turbósele el ánimo.
Y pusiéronse en marcha a través del ejército aqueo.
Al llegar donde el gran Menelao, el de rubios cabellos
encontrábase herido, rodeado de nobles caudillos
—él lo mismo que un dios destacábase en medio de todos—,
al momento la flecha arrancó de su cinto ajustado,
pero cuando tiró para atrás, se rompieron las plumas.
Soltó el cinto labrado y, después, desató prontamente
la coraza interior que forjaron broncistas muy hábiles.
Observada la herida que le hizo la amarga saeta,
chupó de ella la sangre y le puso hábilmente un calmante
que Quirón,[99] por razón de amistad, había dado a su padre.

Mientras a Menelao, el de grito potente, curaba,
avanzaron las huestes de los escudados troyanos.
Y vistieron los otros las armas, pensando en la lucha.

99. Quirón era un centauro, hijo de Cronos y de la oceánide Fílira, experto en medicina y cirugía, y tutor de Asclepio, Hércules y Ayax, entre otros ilustres personajes.

[Agamenón revista a sus huestes]

[Con pereza no vieras tú ya a Agamenón el divino,
ni temblando o rehuyendo el peligro de aquella batalla;
iba aprisa a la lid, donde el hombre la gloria consigue.
Y dejó los caballos y el carro de adornos de bronce
—los fogosos corceles a cierta distancia guardaba
Eurimedonte, el nieto de Piroo, hijo de Ptolomeo—
y le dijo que no se alejara por si la fatiga
le rendía los miembros mandando a tantísimos hombres.
Y empezó a recorrer a pie todas las filas guerreras.
A los dánaos de raudos corceles que se apercibían
para el duro combate, excitaba con bríos, diciendo:

—No desmaye, ¡oh argivos!, la fuerza de vuestra bravura
porque no prestará el padre Zeus protección a los pérfidos;
los primeros han sido en faltar a lo que hemos jurado
y así sus tiernas carnes serán alimento de buitres,
y nosotros en nuestros navíos podremos llevarnos
sus mujeres e hijos en cuanto tomemos la villa.

Y a los que vacilaban en ir al luctuoso combate,
con coléricas voces los iba increpando, diciendo:

—¡Ay, argivos, valientes de lejos, infames! ¿Qué miedo
os asalta? ¿Por qué os veo como cervatos jadeantes
que, cansados de corretear por el campo espacioso,
se detienen y en sus corazones carecen de fuerzas?
Tal os veo a vosotros pasmados, no entrando en combate.
¿Esperáis que los teucros se acerquen al mar espumoso,
a la orilla en que se hallan las naves de sólidas popas,
para ver si el Cronión os extiende la mano y os salva?

De este modo arengaba a las filas de todos sus hombres.
Y por entre la gran multitud fue al lugar donde estaban
los cretenses formados, con Idomeneo el heroico.

Igual que un jabalí, Idomeneo se hallaba en vanguardia,
y, detrás, arengaba a las últimas filas Meriones.
Se alegró Agamenón, el señor de los pueblos, al verlo.
Y le habló a Idomeneo con estas suaves palabras:

—Mas a ti, Idomeneo, te honro entre todos los dánaos
de veloces corceles, ya en guerra o en otras empresas
y en festines también, cuando mezclan los jefes argivos
en las cráteras vino de honor de reflejos oscuros.[100]
Si los otros aqueas de largos cabellos se beben
su ración, continúa, al igual que la mía, tu copa
llena para que puedas beber cuanto quiera tu vientre,
corre ahora al combate y demuestra tu fama de bravo.

Lo miró Idomeneo, el caudillo cretense, y le dijo:

—Siempre, Atrida, seré para ti tu más fiel compañero,
como te aseguré y prometí que seríalo siempre.
Ve a exhortar a los otros aqueos de largos cabellos,
para que la batalla emprendamos, que el pacto está roto
por los teucros, a quienes la muerte y muchísimos males
ahora aguardan por ser los primeros que el pacto han violado.
Dijo así, y el Atrida sintió el corazón jubiloso.
Y por entre la gran multitud fue al lugar donde estaban
los Ayax y millares de infantes armados seguíanlos.
Como cuando el pastor desde un risco ve alzarse una nube
impulsada a través de la mar por los soplos del céfiro
y a lo lejos se ve negra como la pez, avanzando
portadora de la tempestad, por las ondas purpúreas,
y él entonces se asusta y cobija a su hato en la cueva,
así los dos divinos mancebos Ayax dirigíanse

100. Los antiguos griegos mezclaban el vino con agua, por ser este demasiado fuerte, excepto en las libaciones, en que empleaban el vino puro. Solo los bárbaros dícese que lo bebían sin mezclar.

al combate funesto, y las densas y oscuras falanges
iban con sus escudos igual que un erizo de lanzas.

Se alegró Agamenón, el señor de los pueblos, al verlo,
y, volviéndose a ellos, habló con aladas palabras:

—¡Oh caudillos argivos, Ayax, bien armados de bronce!
No os arengo a vosotros, que fuera importuno arengaros,
puesto que ya instigáis a que luche sin miedo el ejército.
¡Ojalá el Padre Zeus y también Atenea y Apolo
en los pechos de todos hiciera latir tal bravura!
Porque así la ciudad del rey Príamo rápidamente
fuera por nuestras manos tomada y después destruida.

Dijo así, y los dejó para ir a enfrentarse con otros.
Y encontrose con Néstor, el gran orador de los pilios,
ordenando a los suyos y para el combate animándolos,
con el gran Pelagonte y Aláston y junto con Cromio,
con Hemón soberano y con Bías, pastor de los hombres.
Puso al frente a los carros con sus respectivos caballos
y detrás a sus hombres de a pie, numerosos y bravos,
como un muro en la lucha, y en medio dejó a los cobardes
para que, aunque luchar no quisieran, se vieran forzados.
Y a los que iban delante ordenó que tuvieran sujetos
los caballos, y no provocar confusión en la masa:

—Que ninguno, fiando en su maña y valor, se adelante
a los otros, y quiera luchar solo contra los teucros,
o se vuelva hacia atrás; fácilmente seríais vencidos.
Si de un carro podéis alcanzar al del carro contrario,
pelead con la lanza: es mejor esta forma de lucha.[101]

101. La lanza ligera o dardo era un arma arrojadiza, por esta razón el guerrero normalmente iba provisto de dos de ellas. Para la lucha cuerpo a cuerpo se empleaba la lanza pesada o pica, como en esta escena aconseja Néstor.

Los antiguos tomaron murallas y villas batiéndose
con la misma prudencia y el mismo valor esforzado.

Así, diestro de antiguo en la guerra, el anciano arengábalos.
Se alegró Agamenón, el pastor de los pueblos, al verlo,
y, volviéndose a él, pronunció estas palabras aladas:

—¡Ojalá, como tal corazón en el pecho, oh anciano,
poseyeras rodillas seguras y fuerzas enteras!
Mas te pesa la dura vejez. Ojalá otro guerrero
soportase esta carga y contaras entre nuestros jóvenes.

Y repúsole Néstor, el viejo señor de los carros:

—Yo quisiera también ser el de antes, ¡oh hijo de Atreo!,
como cuando quité a Ereutalión el divino la vida.
Mas los dioses a un tiempo no dan a los hombres las cosas.
Yo fui joven entonces, mas hoy la vejez me acompaña.
Mas, no obstante, guiaré a los guerreros que luchan en carros
con consejos y con mis palabras: es cosa de ancianos.
El luchar con las lanzas es cosa de gentes más jóvenes
porque son vigorosos y pueden fiar en sus fuerzas.

Dijo así, y el Atrida sintió el corazón jubiloso.
Y encontró a Menestreo el jinete, hijo del rey Peteo,
de pie hablando con los atenienses, expertos en guerras.
No muy lejos de este encontrábase Ulises astuto
y muy cerca las huestes de los cefalenios potentes.
Estas tropas, no habiendo aún oído los gritos de guerra
—pues poníanse entonces en marcha falanges de teucros
domadores de potros y argivos, formándose en grupos—,
aguardaban a que otras columnas de aqueos cerraran
con los teucros y diera principio por fin el combate.
Y, enojado, clamó Agamenón, el señor de los pueblos,
e increpoles diciendo con estas aladas palabras:

—¡Oh tú, alumno de Zeus, hijo del soberano Peteo,
y también tú, maestro en perversas maldades, astuto!,
¿por qué así os abstenéis y esperáis que los otros comiencen?
Deberíais estar con aquellos que luchan delante
en la línea primera afrontando la ardiente batalla,
ya que sois los primeros en cuanto os invito al banquete
que en honor de los próceres nuestros aqueos preparan.
Bien entonces os gusta comer carne asada bebiendo
cuantas copas os vienen en gana de vino dulcísimo,
y ahora aquí a diez columnas aqueas veríais con gusto
empuñando el cruel bronce y luchando delante de todos.

Y, con torvo mirar, respondió el agudísimo Ulises:

—¡Qué palabras se van del vallar de tus dientes, oh {Atrida!
¿Quién habló de rehuir el combate? Al lanzar los aqueos
al cruel Ares en contra de los caballeros troyanos,
podrás ver si lo quieres y si a tu cuidado interesa,
cómo el padre del caro Telémaco lucha mezclado
con jinetes troyanos. Dijiste bien vanas palabras.

Comprendió Agamenón que irritábase el héroe al oírle;
retractose con una sonrisa y repuso diciendo:

—Laertíada, raza de Zeus, agudísimo Ulises,
no intenté reprenderte sin tasa, ni aun darte órdenes
porque sé que en tu pecho tu gran corazón solo nutre
pensamientos sensatos, y piensas lo mismo que pienso.
Ve; y más tarde, si es que te ofendí, arreglaremos las cosas.
Y consigan los dioses que el viento se lleve el enojo.

Dijo así, y los dejó para ir a enfrentarse con otros.
Y encontró al animoso Diomedes Tidida, que estaba
de pie tras los caballos, montado en el sólido carro,
y a su lado encontrábase Esténelo, hijo de Capaneo.

Cuando vio Agamenón soberano a Diomedes, colérico
increpole, diciendo con estas aladas palabras:

—¡Hijo del domador de caballos, del bravo Tideo!
¿Por qué tiemblas? ¿Por qué te acobarda el lugar de la lucha?
No solía Tideo temblar como tú estás temblando,
pues luchaba con el enemigo delante de todos.
Y lo dicen así los que vieron cómo era luchando;
yo no lo presencié ni lo vi, mas rival no tenía.
[En Micenas estuvo, no para luchar, sino como
huésped con Polinice divino, formando un ejército
para ir a luchar contra los sacros muros de Tebas[102]
y auxiliares ilustres rogaron que les entregaran.
Y, atendiendo su ruego, quisieron aquellos prestárselos,
pero Zeus, con funestas señales, cambió sus propósitos.
Mas aquellos se fueron y luego de andar un buen trecho,
al Asopo y sus densos juncales y prados llegaron,
y a Tideo en misión los aqueos mandaron a Tebas.
Y él se puso en camino y halló numerosos cadmeos
celebrando un banquete en la casa del fuerte Eteocles.
Mas ni allí, siendo huésped, turbose el auriga Tideo,
a pesar de que hallábase solo entre muchos cadmeos,
pues a todos retó y los venció fácilmente en la lucha,
¡de tal suerte la diosa Atenea prestábale auxilio!
Los cadmeos, los aguijadores de potros, airados,
dispusieron tenderle, al marcharse, una buena emboscada
con cincuenta mancebos al mando de dos capitanes
de Meón el Hemónida que un inmortal parecía
y del hijo de Autófono, el gran luchador Polifontes.
Mas Tideo lanzó sobre ellos un fin de ignominia;
mató a todos y solo uno pudo volver a la villa:
fue Meón, a quien él perdonó por designio divino.

102. Referencia al llamado ciclo tebano: grupo de poemas de la épica arcaica entorno a Edipo y a la ciudad de Tebas, asediada por los argivos y tematizada en la tragedia de Esquilo *Los siete contra Tebas*.

Este ha sido el etolio Tideo, y en cambio ese hijo
que engendró él es peor en la guerra y mejor en el ágora.]

Así dijo, y el fuerte Diomedes quedó silencioso
acatando sumiso la riña del rey venerable,
pero el hijo del gran Capaneo repúsole entonces:

—Ya que puedes decir la verdad, no nos mientas, Atrida.
Nos gloriamos de ser mucho más valerosos que nuestros
padres, puesto que las siete puertas de Tebas tomamos,
con ejército escaso lanzado a unos muros de Ares,
confiando en la ayuda de Zeus y en señales divinas,
mientras ellos, por su insensatez, malograban sus vidas.
No han de ser para ti nuestros padres igual que nosotros.

Y el valiente Diomedes le dijo con torva mirada:

—Guarda, amigo, silencio, y aquí mi consejo obedece.
No me enfado con Agamenón el pastor de los pueblos
porque así a los aqueos de grebas hermosas anime
a luchar; será suya la gloria si nuestros aqueos
a los teucros derrotan y arruinan a Ilión la sagrada,
y si son los aqueos vencidos será suyo el duelo.
Vamos, pues, al combate a mostrar nuestro brío impetuoso.

Así dijo, y a tierra, del carro, saltó con las armas,
y sonó sobre el pecho del héroe de tal modo el bronce
que hasta hubiese sentido temor el guerrero más bravo.

[Primer combate]

Así como las olas que el Céfiro impele sucédense
en la orilla sonora y primero en la mar se levantan
y en la playa y las peñas se rompen lanzando bramidos
y, combándose, entonces ascienden así a gran altura

y las peñas se quedan después escupiendo la espuma,
las falanges de dánaos marchaban sucesivamente
y sin tregua a luchar. Cada jefe mandaba a los suyos
que guardaban silencio, y jamás nadie hubiera creído
que unos hombres con voz en el pecho siguieran a aquellos,
acatando en silencio y con miedo la voz de sus jefes.
Y brillaban las armas labradas con que se vestían.
Y avanzaban los teucros también; como muchas ovejas
sin cesar balan en el establo de un hombre opulento
cuando, al ser ordeñadas, reclaman a sus corderillos,
así en el gran ejército teucro surgían las voces.
No era en todos igual el acento e idioma; las lenguas
se mezclaban, pues eran guerreros de varios países.

A unos Ares, y Atena, la de ojos azules, a otros
impulsaban, y entrambos el Miedo, la Fuga y la Lucha
con su inmenso furor, compañera y hermana de Ares
homicida, la cual aparece pequeña al principio,
crece y da con la frente en el cielo, mas pisa la tierra.
Entre todos lanzó la Discordia que a nadie perdona,
paseó por las filas e hizo aumentar los clamores.

Una vez a encontrarse llegaron entrambos ejércitos,
los escudos, las lanzas y todo el valor de los hombres
de broncíneas corazas armados, chocaron a un tiempo,
y al chocar las convexas corazas se armó un alboroto.
Simultáneos, se oyeron gemidos y gritos de triunfo:
se moría y mataba, y la sangre cubría la tierra.
Igual que dos torrentes nacidos en altas montañas
en un valle profundo reúnen sus aguas hirvientes
despeñadas de cimas excelsas por hondos barrancos,
y, de lejos, escucha el pastor, desde el monte, el estruendo,
eran tales los gritos y afán de los que combatían.[103]

103. El fragor de la batalla describe perfectamente la violencia del choque y el griterío de los contendientes.

El primero en matar a un troyano fue Antíloco, al hijo
de Talisio, Equepolo, que con gran valor peleaba
en vanguardia; lo hirió en la cimera del casco plumado;
pasó el hueso la lanza broncínea al clavarse en su frente
y las densas tinieblas cubrieron los ojos del hombre
que cayó, como cae una torre, en el duro combate.

Al momento de un pie lo agarró Elefenor soberano,
hijo de Calcodonte, señor de los bravos abantes;
lo apartó de los dardos a rastras, queriendo quitarle
cuanto antes sus armas,[104] mas poco duró su propósito.
Agenor el magnánimo vio que arrastraba el cadáver
y lo hirió con su lanza de bronce al quedar descubierto
su costado al bajarse, y sus miembros quedaron sin fuerzas.
De este modo murió. Y una lucha enconada trabaron
los troyanos y aqueos en torno; lo mismo que lobos
pelearon, y cada guerrero mataba a otro hombre.

Luego Ayax Telamonio hirió allí a Simoísio, el hijo
de Antemión, floreciente mancebo, a quien tuvo su madre
a la orilla del río Simois, de regreso del Ida,
cuando fue con sus padres allí a vigilar sus rebaños,
y por este motivo le dio Simoísio por nombre.
Mas no pudo él pagar su crianza a sus padres;[105] su vida
breve fue, que el magnánimo Ayax lo mató con su lanza.
Al luchar, en el pecho lo hirió, en la tetilla derecha
y la punta de bronce salió por detrás, por la espalda.
En el polvo el guerrero cayó como el chopo nacido
en la orilla cubierta de frondas de un vasto pantano.
Tiene el tronco bien liso y coronan su copa las ramas,
que usa luego el carrero, cortadas con hierro luciente,
para hacer, ya curvadas, las pinas de un carro muy bello,

104. Despojar de las armas a un guerrero vencido equivalía a obtener un trofeo como premio o botín de guerra.

105. Los hijos se hacían cargo de sus padres cuando estos ya eran ancianos, para devolverles lo que antes ellos habían hecho por aquellos.

y que deja secándose junto a la orilla del río.
De este modo quedó Simoísio Antenórida, muerto
por Ayax el divino. Y Antifo, el hijo de Príamo,
de labrada coraza, a través de la turba una lanza
le arrojó y no le dio, pero hirió a un bravo amigo de Ulises,
Leuco, y diole en la ingle cuando iba arrastrando un cadáver,
y cayó sobre él y el cadáver cayó de sus manos.

Esta muerte airó a Ulises, que al punto cruzó las primeras
filas de combatientes, cubierto de bronce brillante,
y detúvose cerca de quien lo mató y, cautamente.
miró en torno y la lanza brillante arrojó, y los troyanos
escaparon al verlo; no obstante, no fue vano el tiro,
porque hirió a Democoonte, el hijo bastardo de Príamo
que de Abidos llegó, de la tierra de yeguas veloces;
irritándose Ulises al ver que su amigo moría,[106]
lo alcanzó en una sien, y la punta del dardo de bronce
le salió por la otra, y la sombra veló sus pupilas,
y cayó con estrépito allí y resonaron sus armas.

Se volvieron atrás las vanguardias y el ínclito Héctor;
los argivos con un gran clamor, retiraron sus muertos
y un buen trecho avanzaron. Y Apolo, que lo presenciaba
desde Pérgamo, airado, exhortó a los troyanos a gritos:

—¡Atacad, domadores de potros, troyanos! Luchando,
no cedáis a los hombres argivos; de piedra o de hierro
no es su carne y, si herís, no resiste a los tajos del bronce.
No combate aquí Aquiles, el hijo de Tetis la blonda;
Se ha quedado en sus naves y en ellas la cólera muerde.

Desde lo alto de la ciudadela, habló así el dios terrible.
Y entretanto, la hija de Zeus, Tritogenia gloriosa,
recorría el ejército aqueo animando a los tímidos:

106. La venganza es el mejor premio que se puede ofrecer en honor del amigo muerto por un adversario.

Lanzó a Diores el Amarincida el destino sus redes.
Una piedra muy aguda le hirió en el tobillo derecho,
que sobre él fue lanzada por el capitán de los tracios,
Piroo, el hijo de Imbraso que había llegado desde Eno.
Y la piedra insolente deshízole entrambos tendones
y los huesos, y el hombre, de espaldas, cayó sobre el polvo,
y tendía expirante los brazos a sus camaradas,
cuando a él acudió presuroso el que habíalo herido,
Piroo, y en el ombligo lo hirió con la lanza, y saltaron
por el suelo sus vísceras, y se nublaron sus ojos.

Toante, el jefe etolio, al momento lanzose sobre este[107]
y lo hirió con la lanza en el pecho, sobre una tetilla,
que se hundió en el pulmón. Acercose Toante y la ingente
lanza de él arrancó, desnudó la agudísima espada
y con ella lo hirió en pleno vientre y quitole la vida.
Mas no pudo quitarle sus armas; los tracios rodeáronlo,
sus amigos, que en lo alto del cráneo se dejan el pelo,
porque lo amenazaban con sus largas picas, y aun siendo
vigoroso, fornido y altivo, se vio rechazado.
Uno, así, junto al otro, quedaron tendidos; el jefe
de los tracios y el de los epeos de arneses de bronce.
Y a su lado perdieron la vida gran número de hombres.

Y quien, por no haber sido tocado de cerca o de lejos
por el bronce agudísimo, hubiese cruzado la liza
de la mano llevado por Palas Atena, guardado
de las flechas, no habría encontrado baldón en la lucha.
Puesto que hubo aquel día muchísimos teucros y aqueos
que, unos junto a los otros, cayeron de cara en el polvo.

107. Cfr. nota 106.

CANTO V

[Hazañas de Diomedes]

A Diomedes Tidida infundió entonces Palas Atena,
para que entre los hombres argivos brillase, bravura
y osadía, de modo que así una gran gloria alcanzara.[108]
De su casco y escudo hizo entonces salir viva llama
parecida a una estrella que luce en otoño y tilila
cuando sale del baño que toma en la mar del Océano.
La cabeza y los hombros del héroe tal fuego tenían
cuando entró en plena lucha en la gran multitud agitada.

Hubo en Troya un varón, Dares, rico y sin tacha, quien era
sacerdote de Hefesto y que tuvo dos hijos: Fegeo
e Ideo, y los dos instruidos en todo combate.
Y, dejando a los otros detrás, contra el héroe embistieron;
ellos dos en su carro, y a pie él aguardó desde tierra.
Cuando frente a él se hallaron aquellos, muy cerca unos de otro,
fue Fegeo el primero en tirar la larguísima lanza;
al Tidida sobre el hombro izquierdo pasole la punta
de la lanza, mas no lo tocó, y arrojó el arma suya
el Tidida, y no fue vano el tiro: dio a aquel en el pecho,
entre ambas tetillas y lo derribó de su carro.
Se apeó Ideo al punto, dejando su carro magnífico,

108. Canto conocido como «principalía de Diomedes» debido al protagonismo del guerrero a lo largo del mismo.

no teniendo siquiera el valor de velar junto al cuerpo
de su hermano. De un negro morir no se hubiera librado
sin Hefesto, que, envuelto en sombrías tinieblas, llevóselo
para que no afligiera al anciano un dolor excesivo.[109]

Los caballos tomó el hijo del generoso Tideo
y mandó que a las cóncavas naos los llevaran sus hombres.

Y los teucros altivos, al ver a los hijos de Dares,
uno huyendo y el otro sin vida delante del carro,
conmoviéronse todos. Y Atena, la de ojos azules,
de la mano tomó al fiero Ares y habló de este modo:

—Ares, Ares, azote sangriento y arruina murallas,
¿no podemos dejar solos a los aqueos y teucros
y que a unos o a otros Zeus padre la gloria conceda,
mientras, para evitarnos la ira de Zeus, nos marchamos?

Dijo, y cuando alejó de la liza al colérico Ares,
lo sentó junto al río Escamandro, en la herbosa ribera.
Los aqueos hicieron huir a los teucros, y cada
jefe a un hombres mató. Agamenón empezó, el rey de hombres:
de su carro lanzó al rey de los halizones, Odío,
cuando, habiéndose vuelto, quería escapar, y la pica
le clavó en plena espalda y la hizo salir por el pecho,
y cayó con estrépito allí y resonaron sus armas.

Festo, el hijo de Boro, murió a manos de Idomeneo.
El meonio allí había llegado de Tame la fértil.
Con su lanza imponente le hirió Idomeneo el ilustre
en el hombro derecho cuando iba a subir a su carro,
y del carro cayó y negra sombra veló sus pupilas.

109. La intervención de los dioses se debe a veces a sus sentimientos propios de humanos, como la piedad.

Y sus armas quitáronle los siervos de Idomeneo.[110]
A Escamandrio, tan hábil cazando, al hijo de Estrofio,
Menelao el Atrida mató con la lanza afilada.
Era un gran cazador al que Artemis había enseñado
a matar cuantas fieras se crían en selvas y montes.
Pero no le valió en ese día la flechera Artemis,
ni aún su arte tirando, en el cual descolló en otro tiempo.
Escapó, y Menelao el Atrida, el famoso lancero,
cuando huía arrojole su lanza y le hirió entre los hombros,
en la espalda, y la punta afilada salió por el pecho.
Y de bruces a tierra cayó y resonaron sus armas.

Y Meriones quitole la vida a Fereclo, hijo este
del artífice hijo de Harmón, cuyas manos crearon
grandes obras maestras, pues Palas Atena lo amaba.
Él fue quien construyó las armónicas naos de Alejandro
causa de tantos males y un mal para todos los teucros
[y para él, que ignoraba lo que decretaban los dioses].
Cuando huía, Meriones lanzó sobre él una flecha
y en la nalga derecha le dio, y por debajo del hueso,
cerca de la vejiga, la punta se hincó. Y de rodillas
cayó el hombre gimiendo y sus ojos veló negra muerte.

Meges hizo morir a Pedeo; era un hijo bastardo
de Antenor, a quien Teano divina crió con ternura
como a sus propios hijos, que así complacía a su esposo.
El Filida, el famoso lancero, atacando de cerca,
fue a clavarle en la nuca la lanza afilada, y el bronce
le cortó la raíz de la lengua y salió por los dientes.
Y mordiendo aquel bronce tan frío cayó sobre el polvo.

Al divino Hipenor le dio muerte Euripilo Evemónida;
hijo de Dolopión, sacerdote del río Escamandro,
por su pueblo, lo mismo que un dios, venerado fue siempre.

110. Cfr. nota 104.

Cuando él iba delante, Euripilo, un hijo preclaro
de Evemón, echó mano a la espada y de un tajo en el hombro
le cortó el fuerte brazo que vino a caer, chorreando
sangre, al suelo; y entonces entraron la muerte purpúrea
y el destino imperioso en los ojos nublados del hombre.

Todos ellos luchaban así en el reñido combate.
Y no hubierais sabido con quién el Tidida se hallaba,
ni si pertenecía a los teucros o bien a los dánaos.
Por el llano, lo mismo que un río salido de madre
cuyas aguas hincharon las lluvias de muchas tormentas
y en su rápido curso derriba las vallas más fuertes
pues ni vallas ni setos de campos floridos lo paran,
y de súbito, cuando de Zeus cae espesa la lluvia,
las hermosas labores de los campesinos arrasa,
tal tumulto el Tidida movía en las densas falanges,
y los teucros, con ser numerosos, no lo resistían.

Pero cuando el preclaro hijo de Licaón lo vio, airado,
recorrer la llanura y poner en desorden las huestes,
tendió el arco curvado apuntando al Tidida, y su dardo
lo alcanzó, cuando estaba corriendo, en el hombro derecho,
por detrás de la hueca coraza, y la flecha implacable
prosiguió su camino y de sangre manchó la coraza.
Y el preclaro hijo de Licaón exclamó al darse cuenta:

—¡Sus, magnánimos teucros, aguijoneadores de potros!
El aqueo más bravo está herido, y no creo que pueda
resistir mucho tiempo la fuerte saeta, si es cierto
que fue el hijo de Zeus quien aquí me envió desde Licia.

Así dijo gloriándose, pero la rauda saeta
no acabó con su vida, y volvio a sus caballos y carro
y paró al hijo de Capaneo, a Esténelo, y dijo:

—Corre, buen hijo de Capaneo, y del carro desciende;
mira a ver si del hombro me arrancas la amarga saeta.

Así dijo, y Esténelo a tierra saltó desde el carro
y, tirando hacia atrás, arrancó el veloz dardo del hombro
y la sangre empezó a chorrear a través de la túnica.
Y el de grito potente, Diomedes, rogó de este modo:

—¡Óyeme, hija de Zeus, portador de la égida! ¡Indómita!
Si amparaste benévola un día a mi padre en la guerra,
seme ahora propicia también, Atenea, y concédeme
que mi mano la muerte le dé al alcanzarlo mi lanza;
ha tirado él primero y ahora se alegra jactándose
de que pronto la fúlgida lumbre del sol se me apague.

Así dijo rogando, y oyó su plegaria Atenea
y a sus miembros les dio agilidad, a los pies y a las manos;
a su lado se puso y le habló con aladas palabras:

—Ten, Diomedes, valor y pelea otra vez con los teucros,
porque a tu corazón infundí el gran valor de tu padre,
que, al luchar, agitaba el escudo, el jinete Tideo.
Yo aparté de tus ojos la niebla en la cual se velaban
para que distinguieras a un dios de un mortal en la guerra.
Y si acaso algún dios decidiera venir a tentarte
niégate a combatir con cualquier inmortal que a ti acuda,
mas si viene la hija de Zeus a la lid, Afrodita,
con tu bronce afilado la hieres y sin miramientos.

Dijo así, y Atenea se fue, la de azules pupilas.
El Tidida mezclose otra vez con las filas primeras
y si antes ardía en afán de luchar con los teucros,
sintió entonces que se triplicaban sus bríos, y como
un león al que hiere un pastor de lanudas ovejas
cuando asalta en el campo el redil, y no muere, se excita
su vigor, y el pastor, renunciando a luchar, se refugia

en la choza y al verse indefensas aquellas ovejas
huyen para caer hacinadas encima unas de otras,
mientras, en su furor, el león salta, hacia afuera, la cerca,
así el fuerte Diomedes lanzose a las filas troyanas.

Mató a Astinoo y también a Hipeirón, el pastor de los {hombres.
Al primero lo hirió con la lanza broncínea en el pecho,
y al segundo con su gran espada partió la clavícula
y quedó separado su hombro del cuello y la espalda.
Los dejó y fuese entonces en busca de Abante y Poliido,
hijos de Euridamante el anciano adivino de sueños,
pero no interpretó para ellos los sueños al irse
y murieron los dos en las manos del fuerte Diomedes.

Y marchó contra Janto y Toón, los dos hijos de Fénope
—engendrados los dos en la triste vejez que abrumábalo,
y no pudo engendrar otro a quien sus riquezas legara—,
y a los dos los mató y arrancó la dulcísima vida
y al anciano con ello causó llanto y penas amargas
porque no los podría acoger al volver de la guerra
y más tarde sus bienes partiéronse así sus parientes.

Y después a los hijos mató del Dardánida Príamo,
que iban ambos en un mismo carro, a Equemon y a Cromio.
Como salta el león sobre una vacada y destroza
la cerviz de una vaca o becerra que pacen del soto,
así los derribó de su carro a la fuerza el Tidida;
les quitó los arneses y les entregó los caballos
a sus hombres y les ordenó que a sus naos los llevaran.

[Muerte en Pándaro]

Cuando Eneas lo vio aniquilando las filas troyanas,
a través de la lucha y por entre un estruendo de picas,
fuese al punto a buscar al igual que los dioses, a Pándaro.[111]
Cuando halló al hijo de Licaón, el potente y eximio,
se detuvo ante él, lo miró y le habló de esta manera:

—¿Dónde guardas tu arco y tus flechas aladas, oh Pándaro?
¿Qué ocurrió con tu fama? Ninguno aquí puede emularte,
y en la Licia no hay nadie que de aventajarte se precie.
¡Vamos! Alza tus manos a Zeus y dispara una flecha
a ese hombre que triunfa y que causa gran daño a los teucros,
pues a muchos valientes guerreros quebró las rodillas;
a no ser que sea un dios y a los teucros contrario se muestre
porque nada ofrendamos: la ira de un dios es terrible.

Y el preclaro hijo de Licaón le repuso diciendo:

—¡Consejero troyano de veste de bronce, oh Eneas!
Totalmente ese hombre parece el valiente Tidida.
Reconozco su escudo y su casco de larga cimera
y también los corceles. Mas no sé si es dios ciertamente.
Pero si hombre mortal es, será el belicoso Tidida
y no sin el apoyo de un dios con tal furia se mueve
con los hombros cubiertos de nubes; será el dios quien haga
desviar las veloces saetas en cuanto a él se vuelen.
Le he lanzado una flecha y le he herido en el hombro derecho,
pues la flecha logró penetrar a través de las mallas;
yo creí que lo había enviado a Aidoneo y, no obstante,
no he podido matarlo; a algún dios no he debido ser grato.
Y no tengo caballos ni carros que puedan llevarme

111. Célebre arquero troyano que rompió la tregua con los aqueos al herir con una flecha a Menelao.

y en la casa del gran Licaón once carros quedaron
muy hermosos y fuertes, recién construidos, cubiertos
con sus fundas, y al lado tenían su par de caballos
que cebada muy blanca se comen y comen espelta.
Licaón, el anciano guerrero, entre muchos consejos
que me dio cuando me iba a marchar de su espléndida casa,
dijo que me montara en un carro de buenos caballos
y en el duro combate ordenara desde él a los teucros;
pero no me dejé convencer —y debí haberlo hecho—
y rehusé por temor de que en una ciudad asediada
se encontraran sin pasto, habituados a buenas raciones.
Así, pues, los dejé y vine a Ilión como viene un infante,
confiando en un arco que, al fin, me ha valido de poco:
contra dos capitanes tan solo he lanzado mis flechas,
a Tidida y al hijo de Atreo, y de entrambas heridas
ha brotado la sangre, mas los excité doblemente.
¡Noramala tomé el arco adunco del clavo ese día
en que vine a la noble campiña de Ilión con mis teucros
para que Héctor divino contento por ello estuviera!
Pero cuando regrese y mis ojos contemplen la patria
y a mi esposa y mi casa espaciosa de techos muy altos,
la cabeza me corte cualquier enemigo si entonces
no destrozo y arrojo en el fuego brillante este arco,
ya que su compañía en la guerra me fue tan inútil.

Y repúsole entonces Eneas, caudillo troyano:

—No hables de esta manera. No habrán de cambiarse las cosas
hasta que en nuestro carro con nuestros caballos, montarles,
no probemos la suerte los dos atacando a ese hombre.
Sube, pues, a mi carro. Desde él ya verás lo que valen
los caballos de Tros, de qué modo de un lado a otro corren
por el campo veloces; o bien persiguiendo o huyendo,
porque a salvo muy pronto a los dos nos pondrían en Troya
si otra vez le da Zeus la victoria a Diomedes Tidida.
Toma el látigo ahora y las riendas lustrosas empuña,

porque yo bajaré, para entrar en combate, del carro,[112]
o bien lucha si quieres y yo cuidaré los caballos.

Y el ilustre hijo de Licaón contestó de este modo:

—Toma, Eneas, las riendas y guía también los corceles,
pues del carro mejor tirarán si la voz que conocen
los ordena, si llega a ponernos en fuga el Tidida,
no sea que por temor se desboquen y entonces no quieran,
porque echaran de menos tu voz, de la liza sacarnos
y el Tidida magnánimo acuda a luchar con nosotros
y nos mate y se lleve a los potros de cascos macizos.
Guía, pues, los corceles y el carro, y en tanto yo quedo
aguardando el ataque, empuñando la lanza afilada.

Así hablaron. Subieron al carro labrado y guiaron
animosos los raudos corceles buscando al Tidida.
Pero Esténelo, ilustre hijo de Capaneo, advirtiéndolo,
al momento al Tidida le habló con aladas palabras:

—¡Oh, Diomedes Tidida, de mi corazón tan amado!
Veo que dos robustos varones de fuerzas muy grandes
a ti acuden: es Pándaro uno, un arquero muy hábil,
y se jacta de ser hijo de Licaón, y a su lado
viene Eneas, que jáctase de que el magnánimo Anquises
lo engendró, y de tener como madre a la diosa Afrodita.
Retirémonos, pues, en el carro y no sigas batiéndote
impetuoso en vanguardia, no pierdas la vida dulcísima.

Y con torvo mirar respondiole Diomedes el fuerte:

—No me hables de huir porque tú no podrás persuadirme,
porque impropio sería de mí combatir de escapada

112. Normalmente el carro era utilizado por el guerrero para trasladarse al campo de batalla o para huir en caso de graves complicaciones en la lucha.

o asustarme. Mis fuerzas aún continúan intactas.
Y desdeño luchar desde el carro; yo iré a hacerles frente
asimismo, pues Palas Atena el temor me prohíbe.
Sus veloces corceles no habrán de llevarlos muy lejos
de nosotros, si acaso consigue escapar uno de ellos.
Otra cosa te voy a decir y en tu mente consérvala.
Si la sabia Atenea se digna otorgarme la gloria
de matar a los dos, tú sujeta a los raudos caballos,
bien atadas las riendas en el barandal, y no olvides
recoger los corceles de Eneas de las líneas teucras
y traerlos aquí a los aqueos de grebas hermosas.
Es su raza de los que dio a Tros Zeus el longividente
por rescate de su Ganimedes,[113] y son los mejores
de los que se han criado en la tierra, del alba a poniente.
De esta raza robó unos Anquises el rey de los hombres;
no lo vio Laomedonte y sus yeguas cubrió con aquellos;
en su casa nacieron entonces seis potros de aquellas.
Él quedose con cuatro a los cuales con heno alimenta,
y los otros a Eneas los dio, de derrotas maestro.
Noble gloria alcanzáramos si conseguirlos pudiéramos.
Mientras ellos estaban hablando de cosas como estas,
acercáronse aquellos, picando a los raudos corceles.
Y el preclaro hijo de Licaón habló de esta manera:

—Corazón valeroso, hijo del tan ilustre Tideo.
Si mi flecha dañosa y veloz no ha logrado abatirte,
voy a ver si esta vez con mi lanza consigo alcanzarte.

Así dijo, blandió y arrojó la larguísima lanza
y el escudo tocó del Tidida, y la punta de bronce
consiguió atravesarlo y llegó cerca de la coraza.

Y el ilustre hijo de Licaón clamó entonces diciendo:

113. Ganimedes fue un príncipe de origen troyano, que devino amante de Zeus y copero de los dioses.

—Una herida atraviesa tu ijar y no creo que vivas
mucho tiempo; es inmensa la gloria que acabas de darme.

Sin turbarse, repúsole entonces el fuerte Diomedes:

—Has fallado este golpe, pues no me acertaste. Imagino
que queréis pelear hasta que, de nosotros dos, uno
caiga y harte de sangre a Ares el luchador incansable.

Así dijo, y la lanza arrojó la cual Palas Atena
dirigió a la nariz, junto al ojo, quebró los blanquísimos
dientes y el duro bronce cortó la raíz de la lengua
y en la concavidad de la barba mostrose la punta.
De su carro cayó y resonaron sus armas lucientes
y labradas, y los dos corceles de cascos veloces
se asustaron; y allí terminó su valor y su vida.

[Afrodita herida]

Saltó Eneas del carro, llevando el escudo y la lanza.
Tuvo miedo de que los aqueos lleváranse al muerto
y se puso a su lado cual león que confía en sus fuerzas,
empuñando la lanza y el liso broquel embrazado,
y, anhelando matar a quien se le opusiera, terribles
voces dio, y una piedra muy grande cogió con las manos
el Tidida, tal que no podrían dos hombres de ahora
levantarla, y que él solo podía mover fácilmente,
y le hirió a Eneas en la cadera, allí donde la pierna
se articula en el tronco, en el sitio llamado *cotyla*;
le rompió la *cotyla*, quebráronse entrambos tendones
y aquella áspera piedra rasgole la piel; de rodillas
cayó el héroe en el suelo, apoyó en él la mano robusta
y una noche oscurísima entonces veló sus pupilas.

Y allí Eneas, el rey de los hombres, hubiérase muerto
si Afrodita, su madre, la hija de Zeus, que de Anquises
el boyero lo tuvo, no hubiese advertido su suerte;
extendió en torno al hijo querido sus brazos nevados
y después lo cubrió con un pliegue del manto fulgente
para así defenderlo de tiros; temió que los dánaos
de veloces corceles hundieran el bronce en su pecho.

Mientras ella apartaba a su hijo del campo de lucha,
no olvidó el hijo de Capaneo las órdenes dadas
por Diomedes, el héroe de grito potente en la guerra
de la turba apartó a sus caballos de cascos macizos
y las bridas de ambos ató al barandal de su carro,
se llevó a los caballos de muy bellas crines de Eneas
de los teucros hasta los aqueos de grebas hermosas
y se los confió a su leal camarada Deipilo,
a quien por su prudencia entre los de su edad más honraba,
para que los llevase a las cóncavas naves. Al punto
subió el héroe a su carro y, asiendo las riendas brillantes,
dirigió los caballos de cascos macizos, solícito,
al Tidida. Mas él perseguía con cruel bronce a Cipris,
conociendo que era una deidad débil, no una de aquellas
diosas que imperan en los combates que el hombre mantiene,
como Atena, o bien Enio, la que las ciudades arrasa.
Cuando por entre la multitud consiguió darle alcance,
avanzó el hijo del generoso Tideo y de un salto,
con la lanza afilada arañó la ternísima mano
y la punta del arma la piel penetró en un momento
a través de su peplo divino que obraron las Gracias,
y la sangre divina brotó en el final de la palma
el icor, lo que en las venas hay de los dioses felices,
porque no comen pan y no beben el vino sombrío
y por esto carecen de sangre e inmortales se llaman.

Dando un grito, a su hijo soltó de los brazos y al punto
lo tomó Febo Apolo en los suyos y, envuelto en sombría

nube, se lo llevó del combate; temió que los dánaos
de veloces corceles hundieran el bronce en su pecho.

Y el de grito potente, Diomedes, clamó a voz en cuello:

—¡Márchate, hija de Zeus! Abandona el combate y la lucha.
¿Es que a ti no te basta engañar a mujeres sin fuerzas?
Si en la lucha intervienes habrá de asustarte la guerra
aunque a mucha distancia te encuentres de donde la haya.

Dijo, y fuese la diosa turbada y su pena era grande.
La sacó de la lucha Iris, la de los pies como el viento,
presa de gran dolor cuando su fina piel negreaba.
Y encontró en el combate, a la izquierda, al colérico Ares,
con la lanza y los raudos corceles envueltos en niebla.
Y se hincó de rodillas, pidiendo, insistente, a su hermano
le entregara esa vez los corceles de riendas de oro:

—Buen hermano, socórreme y dame los raudos corceles
para irme al Olimpo, mansión de inmortales, ahora.
Me hace daño la herida que un hombre me hizo, el Tidida,
quien con el padre Zeus muy capaz de batirse sería.

Dijo, y Ares le dio los corceles de riendas de oro.
Y, con el corazón afligido, montó ella en el carro;
Iris púsose al lado, las tiendas tomó y con el látigo
fustigó a los corceles los cuales, alegres, voláronse.

Pronto al muy alto Olimpo, mansión de los dioses, llegaron.
La veloz Iris de pies ligeros paró a los corceles,
desunciolos del carro y echoles un pienso divino.

Afrodita acogiose al regazo de Dione, su madre,
que a su hija estrechó entre sus brazos y luego, cubriéndola,
con la mano, de tiernas caricias, le habló de este modo:

—¿Qué celeste deidad te trató de esta forma, hija mía,
como para infligirte un castigo por falta notoria?

Y Afrodita, la que ama la risa, repuso diciendo:

—Me ha causado una herida el Tidida, el soberbio {Diomedes,
porque yo pretendía sacar de la liza a mi hijo,
a mi Eneas, el que para mí es más amado que nadie.
Ya no es solo de teucros y aqueos la lucha enconada,
pues los dánaos se atreven incluso a luchar con los dioses.

Y repúsole Dione, la diosa divina entre todas:

—Hija mía, soporta el dolor y resígnate a ello
porque a muchos de los que habitamos mansiones olímpicas
nos ofenden los hombres y todos nos hacemos daño.
También Ares los tuvo cuando Oto y Efialtes el fuerte,
los dos hijos del Aloeo, lo ataron con duras cadenas;
trece meses tuviéronlo dentro de un jarro de bronce,
y allí Ares, el dios insaciable de guerra, muriese
de no haber su madrastra, la bella Eribea, noticia
dado a Hermes, quien pudo sacar de sus cárceles a Ares
casi exánime, pues lo agobiaban las crueles cadenas.
También Hera sufrió cuando hiriola el rudísimo hijo
de Anfitrión en el pecho derecho con flecha trisulca;
y un vehemente dolor a la diosa causó gran tormento.
También Hades, el dios gigantesco, sufrió por la causa
de una flecha del hijo de Zeus portador de la égida;
y al dolor lo entregó entre los muertos hallándose en Pilos.
A la casa de Zeus se fue luego, al Olimpo anchuroso,
afligiéndose en el corazón y sufriendo: la flecha
le hirió el hombro robusto y había abatido su ánimo.
Mas Peón le aplicó medicinas calmantes y pudo
de este modo curarlo pues no fue mortal su ascendencia.
¡Miserable y osado el que acciones nefandas comete

y con su arco molesta a los dioses señores olímpicos![114]
Contra ti excitó Atena, la de ojos azules, a ese hombre.
¡Insensato! El Tidida no sabe que quien lucha contra
las deidades no puede gozar de una vida muy larga:
no abrazados tendrá a sus rodillas, llamándole padre,
a sus hijos de vuelta del duro combate y la guerra.
Tema, pues, el Tidida, por mucho valor que sea el suyo,
que alguien más poderoso que tú en el combate lo encuentre,
no sea que la prudente Egialea, la hija de Adrasto,
de su sueño despierte a sus siervos con grandes gemidos,
lamentando al legítimo esposo, el aqueo más bravo,
bella esposa del buen domador de caballos, Diomedes.

Dijo así, y el icor restañó con sus manos; la mano
se curó y los acerbos dolores calmáronse pronto.

Pero Hera y Atena que estaban allí contemplándola,
a Zeus, hijo de Cronos, quisieron zaherir mordazmente,
y empezó la de claras pupilas, Atena, diciendo:

—¡Padre Zeus! ¿No te vas a irritar por las cosas que diga?
Habrá Cipris, sin duda, querido inducir a una aquea
a seguir a los teucros; le son muy queridos ahora.
Y quizá acariciando a una aquea de peplo muy bello
se arañó con un broche de oro la mano graciosa.

Dijo así, y sonrió el padre de las deidades y de hombres,
y llamó a la dorada Afrodita y le habló de este modo:

—Hija, a ti no te han sido asignadas acciones guerreras;
por lo tanto, conságrate a dulces tareas del lecho.
Deja aquellas para Ares el impetuoso y Atena.

114. Cuando un mortal atenta contra un dios, comete un pecado de insolencia divina (*hybris*) al cual la divinidad responde con un castigo (*némesis*), que restablecerá el orden natural de las cosas (*kósmos*).

[Apolo detiene a Diomedes]

Estas eran las cosas que estaban hablando los dioses.
El de grito potente Diomedes luchó contra Eneas,
aun sabiendo que Apolo extendía sobre él ambas manos;
pues, sin miedo ninguno al gran dios, con vehemencia quería
acabar con el héroe y quedarse sus armas magníficas.
Asaltó por tres veces a Eneas, queriendo matarlo,
y tres veces Apolo lo obvió con su fúlgido escudo.
Y cuando iba, lo mismo que un dios, por vez cuarta a atacarlo,
el que hiere de lejos, Apolo, le habló airadamente:

—¡Reflexiona, Tidida, y apártate! No quieras nunca
igualarte a los dioses; los dioses eternos son siempre
diferentes de todos los hombres que andáis por la tierra.

Dijo así, y el Tidida se echó para atrás levemente
para que no se airase el que hiere de lejos, Apolo.

Apartó Apolo entonces a Eneas de la muchedumbre
y llevóselo al punto a su templo de la sacra Pérgamo.
Mientras Leto y Artemis flechera lo estaban cuidando
en el gran santuario y tornábale fuerzas y gloria,
una imagen de Apolo, el del arco de plata, moldeaba,
en las armas y en los ademanes idéntico a Eneas;
y en torno a ella los teucros y aqueos divinos chocaban
mutuamente sus peltas de cuero de buey y los clípeos
muy ligeros con que protegíanse todos el pecho.
Y al colérico Ares entonces habló Febo Apolo:

—¡Ares, plaga mortal, sanguinario, que arruinas murallas!
¿Quieres de la batalla apartar a ese hombre, al Tidida,
que sería capaz de luchar contra Zeus, nuestro padre?
No hace mucho alcanzó e hirió a Cipris en una muñeca,
y después me siguió y, como un dios, se ha batido conmigo.

Así dijo, y sentose en lo alto de Pérgamo, mientras
el funesto Ares iba a excitar a las filas troyanas,
siendo igual en figura a Acamante, el caudillo de tracios.
Y arengó a los alumnos de Zeus, los ilustres Priamidas:

—¡Hijos de Príamo rey, alumno de Zeus! ¿Hasta cuándo
dejaréis perecer vuestro pueblo en las manos aqueas?
¿Esperáis que combatan en torno a las sólidas puertas?
Yace quien como a Héctor divino nosotros honrábamos:
es Eneas, el hijo de Anquises magnánimo. ¡Vamos
y salvemos de todo el tumulto al amigo valiente!

Dijo, y estimuló en todos ellos la audacia y la fuerza.

[Contraataque troyano]

A su vez Sarpedón[115] vivamente increpó a Héctor divino:

—¡Héctor! ¿Dónde se encuentra el valor que mostrabas {antaño?
Pretendiste salvar la ciudad sin aliados ni tropas,
solamente llevando contigo a tus yernos y hermanos.
Mas ahora no veo ni sé descubrir a ninguno;
todos, como ante el león los lebreles, están temblorosos;
somos los auxiliares los que únicamente luchamos.
Yo, que soy aliado, he venido de tierras lejanas,
de la Licia, de orillas del Janto, el de las mil vorágines;
dejé allí a mi mujer junto a un hijo de muy pocos años,
y muy grandes riquezas en las que los míseros sueñan.
Mas exhorto a mis licios y anhelo yo mismo batirme
con cualquier enemigo; y, no obstante, ya ves, nada tengo
que pudieran los hombres aqueos tomar y llevarse.

115. Sarpedón, aguerrido combatiente troyano que estuvo al mando de los licios en la guerra de Troya.

Mientras tanto aquí estás sin saber ordenar a los tuyos
que resisten y luchan y así a sus esposas defienden.
No sea que, como si en una malla de lino, que todo
lo recoge, caigáis como presa y botín enemigo.
Vuestra hermosa ciudad habrá pronto de ser saqueada.[116]
Necesario es que pienses en ello de noche y de día
y supliques a los jefes de tus aliados ilustres
que resistan con ánimo y toda censura te eviten.

Así habló Sarpedón. Y le hirieron el ánimo a Héctor
sus palabras. Y al punto saltó con las armas del carro.
Empuñando sus lanzas agudas pasoles revista
a sus huestes y las exhortó y provocó una atroz lucha.
Los troyanos plantáronles cara a los hombres aqueos,
pero, lejos de huir, los argivos batiéronse en bloque.
Como en las eras sacras el tamo los vientos se llevan
cuando bieldan los hombres y entonces la rubia Deméter
a favor de las brisas separa del grano la paja
que en montones blanquea, así estaban los hombres aqueos
blanqueados por el polvo que, al patear en la tierra
con los cascos, lanzaban al cielo de bronce los potros
al seguir la batalla y tomar los aurigas las riendas.

De sus brazos el ímpetu entre ellos llevaban las tropas.
Ares el furibundo envolvió en pronta noche la liza
socorriendo a los teucros, y por todas partes cumplía
la orden que Febo Apolo le dio, el de la espada de oro,
de infundir a los teucros valor, pues vio a Palas Atena,
la que salvaguardaba a los dánaos, salir de la liza.

Luego él mismo sacó a Eneas del santuario magnífico
y coraje infundió al corazón del pastor de los hombres.
Se mezcló entre los suyos Eneas, y gran alegría
todos ellos sintieron al verlo avanzar sano y salvo,

116. Cfr. nota 26.

lleno de noble ardor. Nadie le hizo ninguna pregunta.
Lo impidió otra tarea: el combate, el del arco de plata,
Ares, plaga mortal, y Eris, la del furor insaciable.[117]

Los Ayax, y también junto a ellos Diomedes y Ulises
exhortaban a entrar en combate a los dánaos, mas estos
no sentían temor de la fuerza o la voz de los teucros;
aguardábanlos como las nubes que deja el Cronida
en los días de calma en las cumbres de alguna montaña
y que inmóviles quedan pues duerme el impulso del Bóreas
y los de los demás vientos fuertes que si se levantan
con sus soplos sonoros disipan las nubes sombrías;
esperaban los dánaos así, sin huir, a los teucros.
Entre la multitud el Atrida exhortaba a sus hombres:

—Compañeros, sed hombres, mostrad corazones sin miedo
y afrentaos si sentís cobardía en el duro combate,
que son más los que salvan la vida que los que la pierden
entre los que son dignos; al que huye, ni ayuda ni fama.

Así dijo, y su lanza arrojó vivamente e hirió a un hombre,
al caudillo Deicoonte, el amigo de Eneas, magnánimo,
el Pergásida, a quien los troyanos, como a hijo de Príamo,
veneraban, pues era valiente y luchaba en vanguardia.
Con la lanza le dio Agamenón soberano en su escudo
y este no consiguio protegerlo y quedó atravesado,
desgarró el cinturón y la lanza clavose en el vientre.
Y Deicoonte cayó y con fragor resonaron sus armas.

A su vez les dio Eneas la muerte a dos dánaos valientes,
a los hijos de Diocles, Cretón y al intrépido Orsíloco,
cuyo padre vivía en la villa murada de Feres

117. Eris es la diosa de la Discordia, la causante del juicio de Paris por haber arrojado una manzana dorada «para la más bella» durante el banquete de Peleo y Tetis, al cual no fue invitada, entre Atenea, Afrodita y Hera.

no sin grandes riquezas, el cual a su vez descendía
del Alfeo, ancho río que riega la tierra de Pilos.
Y el señor de los hombres, Ortíloco, le dio la vida,
y fue Ortíloco padre a su vez del magnánimo Diocles.
Y de Diocles nacieron después dos hermanos gemelos,
muy expertos en guerras, Cretón y el magnánimo Orsíloco.
Embarcaron muy jóvenes ambos en negros navíos;
con los dánaos se fueron a Ilión la de hermosos corceles,
para, allí, a Agamenón, Menelao, los dos hijos de Atreo,
defender, pero los envolvió con sus velos la muerte.
Como leones que hubieran dejado las cumbres del monte
a los cuales hubiese criado su madre en la selva,
y robando los bueyes y gruesas ovejas devastan
los establos del hombre hasta hallar dentro de ellos la muerte,
a los golpes que el hombre les da con el bronce afilado,
de la misma manera, vencidos por mano de Eneas,
se aterraron aquellos que fueron como altos abetos.

Cuando vio Menelao, el amado por Ares, su muerte,
revestido de bronce luciente y blandiendo su lanza,
a las filas primeras lanzose, impulsado por Ares
para que entre las manos de Eneas dejara la vida.
Pero Antíloco, el hijo de Néstor magnánimo, pudo
advertirlo, y se fue en pos del rey de los hombres, temiendo
que algo le aconteciera y pudiese frustrarle la empresa.
Con las manos alzadas, blandiendo las picas agudas,
se enfrentaban, queriendo los dos entablar un combate;
y se puso, cercano al pastor de los hombres, Antíloco.
Al ver que los dos héroes a él se enfrentaban, Eneas,
aunque buen luchador, decidió abandonarles la plaza,
y los muertos pudieron llevarse a las líneas aqueas;
a los dos desdichados dejaron así entre los suyos,
y partieron de nuevo a luchar en las filas primeras.

A Pilémenes, un nuevo Ares, mataron entonces,
al gran jefe de los plafagones, guerreros magnánimos;

Menelao el Atrida, el ilustre guerrero, al hallarlo
frente a sí con la lanza lo hirió y le alcanzó la clavícula.
A Midón Amtimníada, su fiel auriga, hirió Antíloco
cuando hacía girar sus corceles de cascos macizos;
le dio con una piedra en el codo y sus manos soltaron
sobre el suelo, en el polvo, las riendas brillantes y ebúrneas.
Saltó Antíloco entonces, blandiendo la espada, y un golpe
en la sien le asestó y desde el carro labrado, anhelante,
se cayó, y su cabeza, su cuello y sus hombros se hundieron
en la arena abundante y quedó en ella hincado el cadáver,
hasta que los caballos lo hicieron caer sobre el suelo.
Al ejército aqueo llevó los caballos Antíloco.

Los vio Héctor por entre las filas y fue sobre ellos;
los troyanos marcharon tras él en espesas falanges
bajo el mando de Ares y de la magnífica Enio,
que llevaba consigo el tumulto feroz de la lucha,
mientras Ares, blandiendo su lanza tremenda en la mano,
o bien iba delante de Héctor, o bien a su espalda.

El de grito potente, Diomedes, tembló al advertirlos.
Como el hombre que, habiendo cruzado una vasta llanura,
ante un río veloz que en la mar desemboca, se encuentra,
y al oír el rumor de la espuma del mar, retrocede,
así echose el Tidida hacia atrás y gritó a sus guerreros:

—En verdad, admiramos a Héctor divino, ¡oh amigos!,
cual si fuera un lancero muy hábil y un bravo guerrero;
pero siempre va un dios a su lado y la muerte le aparta;
hoy es Ares el que está a su lado en figura de hombre.[118]
Retirémonos, pero mostrando la cara a los teucros
y evitemos así presentarles batalla a los dioses.

118. La sagacidad del héroe homérico le permite percatarse de la metamorfosis de un dios y de su protección al adversario.

Dijo así, y los troyanos llegaron muy cerca de ellos.
Mató Héctor ahora a dos hombres, expertos guerreros,
a Menestes y Anquíalo; estaban los dos en el carro.
A piedad se movió el gran Ayax Telamonio al mirarlos;
acercose a los muertos, lanzó la brillante azagaya
e hirió a Anfíos, el hijo de Sélago, que era de Peso
y muy rico en dinero y en trigo. Mas quiso el destino
que partiera en ayuda de Príamo y de sus hijos.
Sobre su ceñidor acertó a darle Ayax Telamonio,
y la larga azagaya hondamente se hincó en el empeine.
Y el guerrero cayó con gran ruido. Y Ayax el ilustre
corrió a él a quitarle las armas, y al punto los teucros
erizaron su escudo de lanzas brillantes y agudas;
mas la lanza broncínea, poniendo el pie encima del muerto,
arrancó, pero no de sus hombros la bella armadura,
porque estaba abrumado aguantando la lluvia de tiros.
Temió que los altivos troyanos pudieran rodearlo
porque muy numerosos y bravos hacíanle frente
con la lanza, y aunque era aguerrido y potente e ilustre,
fue por fin rechazado y luchó sin cesar retirándose.

[Sarpedón y Tlepólemo]

De este modo en el duro combate estos hombres lucharon.
Pero el hijo de Heracles, Tlepólemo, el noble e ilustre,
el destino imperioso enfrentó a Sarpedón el divino.
Cuando, yendo a luchar, frente a frente, se hallaron los héroes,
de los dos, hijo y nieto de Zeus el que nubes reúne,
el primero en hablar fue Tlepólemo, y dijo estas cosas:

—Sarpedón, consejero de Licia, ¿quién pudo obligarte
a venir a temblar como quien desconoce la guerra?[119]

119. La provocación de un guerrero a otro se da al poner en duda su valentía y al cuestionar su noble origen.

Miente el que descendiente de Zeus, el que lleva la égida,
se supone; pues veo lo que desmereces de cuantos
hombres en las pasadas edades de Zeus descendieron,
como dicen que ha sido mi padre el magnífico Heracles
que tenía el valor de un león y audazmente luchaba.
Él fue quien fue a buscar los caballos del gran Laomedonte
con seis naves tan solo y un grupo escasísimo de hombres,
y así a Ilión saqueó y despobladas quedaron sus calles.
Pero tu corazón es cobarde y tu mundo perece.
No imagino qué ayuda les puedes prestar a los teucros
con haberte venido de Licia y por fuerte que seas,
pues, vencido por mí, se te abren las puertas del Hades.

Sarpedón, el caudillo de Licia, repuso diciendo:

—En efecto, Tlepólemo, aquel destruyó a Ilión la {sacra,
pero fue por locuras de un hombre, del gran Laomedonte,
que hizo a su bienhechor miserables reproches, negándose
a entregar los caballos por los que acudió de tan lejos.
Mas te digo que la perdición y el destino sombrío
de mi mano obtendrás por mi lanza vencido, y la gloria
me darás, como al Hades de buenos corceles el alma.

Así habló Sarpedón. Y la lanza de fresno Tlepólemo
levantó. Y a la vez las larguísimas picas partieron
de las manos de ambos. E hirió Sarpedón en el cuello
al rival, y la punta dañosa logró atravesarlo,
y una noche sombría cubrió de tinieblas sus ojos.
Y Tlepólemo en el muslo izquierdo a él hirió con su lanza
afilada, y la punta furiosa le dio sobre el hueso.
Mas su padre también esta vez lo libró de la muerte.

De la lid al idéntico a un dios, Sarpedón, sus ilustres
camaradas sacaron, prendida aún la lanza pesada
que arrastraba, pues nadie pensó en arrancar de su muslo

la azagaya de fresno, de modo que echara pie a tierra,
tanta prisa tenían; por tales fatigas pasaron.

A su vez los aqueos de grebas hermosas lleváronse
de la lucha a Tlepólemo, mas lo vio Ulises divino
y paciente, y se le enardeció el corazón al mirarlo,
y en su ánimo y mente pensó si debía lanzarse
tras el hijo de Zeus el tonante o privar de la vida
en las huestes de Licia a gran número de sus guerreros.
Pero el hado no quiso que Ulises magnánimo diera
muerte al hijo de Zeus con la lanza de bronce afilado.
Y por esto Atenea lo hizo volverse a los licios.
Mató entonces entre ellos a Céraso, Alástor y a Cromio,
y mató a Alcandro, Halios, Noemón y mató luego a
{Prítanis.
Y aun hubiese matado a otros muchos Ulises divino
si no lo hubiese visto el gran Héctor del casco brillante.
Revestido de bronce luciente pasó a la vanguardia
e infundió un gran temor a los dánaos y gran alegría
sintió el hijo de Zeus, Sarpedón, que le habló tristemente:

—¡Oh Príamida, no hagas que yo sobre el suelo tendido
sea presa ofrecida a los dánaos, acude en mi ayuda.
Muera yo en tu ciudad, puesto que sé que no es mi destino
alegrar, al volver a mi casa en mi tierra paterna,
ni a mi esposa querida ni al hijo que de ella he tenido.

Dijo, y, sin contestarle, Héctor, el del airoso penacho,
corrió a él, pues en su vivo afán de luchar pretendía
rechazar a los hombres argivos y dar muerte a muchos.

Sarpedón el divino fue por sus amigos llevado
al pie del bello roble de Zeus el que lleva la égida;
de su muslo le extrajo la larga azagaya de fresno
el audaz Pelagonte, uno de sus leales amigos.
Se nublaron sus ojos, quedó adormecido su aliento,

pero pronto respiro cobró, porque el soplo del Bóreas
cobró vida en el justo momento en que él iba a morirse.

Los argivos, ante Ares y ante Héctor armado de bronce
no se echaron atrás y a sus negros navíos corrieron,
ni avanzaron, mas en retirada siguieron la lucha
al saber que aquel dios con los teucros estaba luchando.
¿Quién fue el hombre primero y el último a quienes mataron
Héctor, hijo de Príamo, junto con Ares broncíneo?[120]
El divino Teutrante y Orestes el gran caballero,
luego Treco, el lancero de Etolia, Enomaos y Heleno
el Enópida y el de la mitra lucífera Oresbios,
el que en Hila vivía ocupado en cuidar de sus bienes,
junto al lago Cefiso, y allí por vecinos tenía
a otros pueblos beocios que en tales lugares moraban.

[Intervención de Hera y Atenea]

Pero cuando vio Hera, la diosa de brazos nevados,
que en reñido combate a los hombres argivos mataban,
a la diosa Atenea le habló con aladas palabras:

—¡Dioses! ¡Hija de Zeus portador de la égida, Indómita!
Será vana para Menelao la promesa que hicimos
de no irse sin que derribase esta Ilión bien murada,
si dejamos que ejerza su furia el maléfico Ares.
Vamos, pues, y pensemos las dos en prestar nuestra ayuda.

Dijo, y obedeció la de azules pupilas Atena.
Con sus bridas de oro al momento equipó los caballos
Hera, diosa augustísima, hija del ínclito Cronos.
Hebe puso a ambos lados del carro las ruedas curvadas

120. El aedo formula una pregunta al público y así prosigue el interés de este en la narración de los hechos.

que ocho rayos de bronce en el eje de hierro tenían.
Eran de oro las sólidas pinas, de bronce las llantas,
admirables de ver, y de plata los cubos torneados.
El asiento apoyábase en tiras de oro y de plata
y una doble baranda rodeaba la base del carro,
y salía de ella un timón muy hermoso, de plata,
y la diosa a su extremo ató un yugo muy bello, de oro,
que tenía unas bridas de cuero con oro adornadas.[121]
Hera unció bajo el yugo a los potros de pies muy ligeros.
Anhelaba en lo vivo lanzarse al combate y la grita.

Atenea, la hija de Zeus el que lleva la égida,
en la casa paterna dejó que cayera en el suelo
el bellísimo peplo bordado y tejido por ella.
Y de Zeus, el que nubes reúne, vistiose la túnica
y se armó con las armas que llevan el llanto al combate.
Suspendió de sus hombros la égida horrible y floqueada,
que corona el Terror y corona también la Discordia
y la Fuerza también y la Persecución espantosa,
y también la cabeza de la horripilante Gorgona,
monstruo cruel, el portento de Zeus el que lleva la égida.
Se caló un casco de oro de doble cimera y de cuatro
anteojeras, que ornaban soldados de a pie de cien villas.
Subió al carro flamante y asió la azagaya potente,
muy pesada y muy larga con la cual aterra a las filas
de héroes cuando se aíra la hija del Omnipotente.
Con el látigo Hera al momento azotó a los caballos.
Por sí solas se abrieron crujiendo las puertas guardadas
por las Horas que velan la entrada del cielo anchuroso
y el Olimpo y lo abren y cierran con muy espesa nube.
Los caballos por ellas pasaron, al látigo dóciles.
En lugar apartado encontraron sentado al Cronida,
en la más alta cumbre de las que hay en todo el Olimpo.

121. Cfr. nota 48.

Hera, diosa de brazos nevados, paró a los corceles
para hacer al magnífico Zeus, el Cronida, esta súplica:

—Padre Zeus, ¿no te aíra ver tantos horrores de Ares?
¡Cuántos, ay, y qué hombres mató de las huestes aqueas,
tan injusto y sin causa! Yo sufro de verlo y, no obstante,
mucho Cipris y Apolo el del arco de plata se alegran
por haber incitado a ese loco que ley no conoce.
Padre Zeus, ¿contra mí te airarías si yo a Ares ahuyento
del combate, causándole algunas funestas heridas?

Y repúsole Zeus, el que nubes reúne, diciendo:

—Sea, lanza contra él a Atenea que impera en la lucha,[122]
pues es ella quien suele causarle más crueles dolores.

Dijo, y obedeció Hera, la diosa de brazos nevados,
y aguijó a los corceles que raudos volaron cruzando
la extensión que separa la tierra del cielo estrellado.
Cuanto espacio brumoso ve quien, en las nubes sentado,
mira al ponto vinoso, un espacio como ese saltaban
los divinos corceles de los resonantes relinchos.
Pronto halláronse en Troya, en la vega que cruzan dos ríos,
donde mezclan sus aguas los ríos Simois y Escamandro.
Los caballos detuvo Hera, diosa de brazos nevados,
desunciolos del carro y en torno extendió espesa niebla
e hizo que del Simois, como pasto, brotara ambrosía.[123]

122. Atenea nació vistiendo la armadura, de la cabeza de Zeus, aquejado de una fuerte jaqueca. Por esta razón es hábil en el uso de las armas, actividad reservada a los hombres, aunque más corrientemente patrocine la sabiduría, la estrategia y la civilización.

123. Mítico alimento de los dioses, que significa «inmortalidad» y que al parecer justifica esta condición. La bebida divina es el néctar.

Caminando lo mismo que dos temerosas palomas
dirigiéronse a darles ayuda a los hombres argivos.
Cuando hubieron llegado al lugar en que estaba Diomedes,
domador de caballos, rodeado de los más valientes,
que eran como leones voraces de carne, o bien como
jabalíes de indómita fuerza, las diosas paráronse.
Y Hera, diosa de brazos nevados, gritó así, adoptando
la apariencia de Esténtor magnánimo, aquel que tenía
voz de bronce y él solo gritaba por otros cincuenta:

—¡Qué vergüenza, oh aqueos indignos, figura tan solo!
Mientras de la batalla ocupábase Aquiles divino
no pasaron los teucros jamás de las puertas dardáneas
por temor a su lanza potente, y ahora pelean
lejos de la ciudad, pero no de las cóncavas naves.

Dijo, y estimuló en todos el entusiasmo y la fuerza.
Y al Tidida, la diosa Atenea, de claras pupilas,
fue a buscar, y lo halló junto al carro y ante sus caballos,
refrescando la herida que el dardo de Pándaro le hizo;
el sudor le angustiaba debajo de la abrazadera
del escudo redondo y al héroe agobiaba este peso;
levantando la brida secose la sangre humeante.
Apoyó ella la diestra en el yugo del carro y le dijo:

—¡Qué hijo tan diferente del padre ha engendrado Tideo!
Fue Tideo de baja estatura, pero era un guerrero.
Y aunque no le dejé combatir ni que se destacara,
como cuando partió sin que lo acompañaran aqueos
de embajada hacia Tebas, rodeado de muchos cadmeos,
y le di la orden de que comiera tranquilo en palacio,
conservaba su espíritu siempre un valor denodado;
desafió a los más jóvenes hombres cadmeos y a todos
fácilmente venció, ¡de tal modo mi ayuda le daba!
Y es a ti a quien asisto y defiendo yo ahora, exhortándote
a que contra los teucros combatas con ánimo firme.

Mas ya sea que tanto luchar ha cansado tus miembros,
o bien que te domina el temor, inactivo te muestras.
No, tú no eres el hijo del bravo Tideo el Enida.

Y Diomedes el fuerte repuso a la diosa diciendo:

—Te conozco bien, ¡oh hija de Zeus, el que lleva la égida!
Te hablaré francamente pues nada deseo ocultarte.
No me abate el temor ni me vence cansancio ninguno,
mas recuerdo las órdenes que me dictaste tú misma.
Me impediste que contra los dioses felices luchara,
mas si la hija de Zeus, Afrodita, acudiera a la lucha,
debería yo entonces herirla con bronce afilado.
Y por esto me vuelvo ahora atrás, y a los otros argivos
he ordenado que se replegaran aquí todos juntos,
pues comprendo que Ares es quien ahora impera en la lucha.

Y Atenea, la diosa de claras pupilas, le dijo:

—¡Oh Diomedes Tidida, a quien mi corazón tanto ama!
No le temas a Ares ni sientas temor de otros dioses
puesto que yo he venido a ofrecerte mi ayuda más grande.
Tus caballos de cascos potentes dirige contra Ares,
hiere al cruel Ares sin demostrarle respeto y de cerca,
a ese loco voluble que para hacer daño ha nacido,
que hace poco nos prometió a Hera y a mí luchar contra
los troyanos y que ayudaría a los hombres argivos,
y ahora está con los teucros y olvida su propia palabra.[124]

Así dijo, y a Esténelo asió de la mano y le hizo
apearse del carro del cual saltó a tierra al momento.
Y la diosa, impaciente, montó y en él púsose al lado

124. La imperfección humana reside en el modelo divino, visto que los dioses homéricos tampoco son perfectos en sus actos, como se aprecia en este pasaje.

del divino Diomedes; crujió el grueso eje de encina
bajo el peso; ¡llevaba a una diosa terrible y a un héroe!

Ya cogidas las riendas y el látigo Palas Atena
los caballos de cascos potentes guió sobre Ares
que la vida le estaba quitando ahora al gran Perifantes,
hijo ilustre de Oquerios, el más bravo de los etolios.
A tal hombre Ares el homicida mataba, y Atena
púsose el casco de Hades de modo que el dios no la viese.

[Ares herido]

Cuando Ares, funesto al mortal, vio al divino Diomedes,
dejó al punto al ingente varón Perifantes tendido
en el mismo lugar en el cual le había dado la muerte
y fue en busca del gran domador de caballos Diomedes.
Cuando a corta distancia se hallaron el uno del otro,
por encima del yugo y las riendas, ansiando matarlo,
de los dos, lanzó Ares primero la lanza de bronce,
mas Atena, la diosa de claras pupilas, cogiéndola
y apartándola lejos del carro hizo vano su tiro.
A su vez inclinado, el de grito potente Diomedes,
lanzó entonces la pica de bronce y la diosa Atenea
la guió al bajo vientre, al lugar que ceñíale el cinto;
le hirió en él, desgarró el bello cutis y luego la pica
retiró. Y al momento lanzó Ares de bronce un gran grito
semejante al que hubieran lanzado en violento combate
nueve mil o diez mil hombres que se enzarzaran luchando.
Poseídos de miedo temblaron troyanos y aqueos,
de tal modo clamó Ares el que no se sacia en la guerra.

Así como un vapor tenebroso las nubes desprenden,
cuando, por el calor, un feroz huracán se levanta,
de tal modo a Diomedes Tidida mostrose el cruel Ares,
cuando envuelto en la niebla partía hacia el cielo anchuroso.

Llegó al punto al altísimo Olimpo, mansión de los dioses;
junto a Zeus el Cronión se sentó con el ánimo triste,
le mostró allí la sangre inmortal que manaba la herida
y lanzando un suspiro le habló con aladas palabras:

—¡Padre Zeus! ¿No te indigna ver tan espantosos horrores?
Sin cesar soportamos los dioses los peores tormentos,
unos contra los otros, a fin de agradar a los hombres.
Pero todos estamos airados contigo, por cuanto
engendraste a una loca funesta que sueña maldades.
Todas cuantas deidades se encuentran aquí en el Olimpo
te obedecen, y todos cumplimos las leyes que dictas.
Pero ni con palabras ni acciones a ella sujetas;
antes bien, aun la instigas pues tú has engendrado a tal furia
que en su ira movió al insolente Diomedes, el hijo
de Tideo, a luchar esta vez contra los inmortales.[125]
En la mano hirió a Cipris primero luchando de cerca
y después, cual si fuera él un dios, sobre mí se ha lanzado.
Si mis rápidos pies no me hubiesen salvado, tendría
que sufrir mucho tiempo metido entre horribles cadáveres,
o los golpes del bronce me habrían dejado impedido.

Y, ceñudo, repúsole Zeus, el que nubes reúne:

—¡Inconstante! No vengas ahora a gemir a mis plantas.
Me eres el más odioso de cuantos habitan el cielo,
tu placer siempre ha sido la riña, la guerra y la lucha.
De tu madre heredaste ese ánimo inicuo y soberbio,
de Hera, a quien con palabras no puedo meter en cintura.
Creo que a su consejo le debes lo que ahora te ocurre.
Sin embargo, no quiero que sigas sufriendo, pues eres
de mi casta, y al fin para mí te ha parido tu madre.

125. Se trata de la diosa Atenea, protectora del héroe Diomedes.

Mas si de otro dios fueras, por ser tan perverso estarías
hace tiempo en más bajo lugar que los hijos de Uranio.[126]

Dijo así, y ordenó que Peón le curase la herida.
Y Peón en la llaga unas drogas calmantes le puso
y porque era de casta inmortal lo curó de su herida.
Como el jugo de higuera la blanca y la líquida leche
cuaja cuando deprisa y corriendo con él se la bate,
así Ares sanó de su herida deprisa y corriendo.
Lo lavó Hebe y le puso después vestiduras muy bellas
y, orgulloso de sí, se sentó junto a Zeus el Cronida.

Al palacio del gran Zeus también regresaron las diosas,
Hera de Argos y la alcomenense Atenea, ya habiendo
hecho que Ares funesto cesara esta vez en sus muertes.

126. Los titanes, generación de inmortales precedente a los dioses olímpicos, que fueron derrotados por estos bajo el liderazgo del propio Zeus y encarcelados en el Tártaro, episodio conocido como la Titanomaquia.

CANTO VI

[Continuación de la batalla]

En la lucha quedáronse solos aqueos y teucros
que arrojábanse unos a otros las lanzas de bronce;
por aquí y por allá se extendía la lucha en el campo
a la orilla del río Simois y a la orilla del Janto.

Rompió Ayax Telamonio, de aqueos muralla, el primero
la falange troyana y logró que surgiera la aurora
entre todos los suyos, hiriendo de muerte al más bravo
tracio, al hijo de Eusoro, el muy noble y muy alto Acamante.
Lo acertó en la cimera del casco adornado con crines
y la punta de bronce logró atravesarle los huesos
y profundas tinieblas cubrieron los ojos del héroe.

El de grito potente Diomedes mató a Axilo, el hijo
del gran Teutras, que vive en Atisbe la bien construida;
vive allí en la opulencia y la gente lo quiere, pues tiene
muy cercana al camino la casa y a todos acoge.
Pero nadie acudió a colocarse delante y librarlo
de la lúgubre muerte; Diomedes, a él y a Calesio
su escudero y amigo, esta vez ha quitado la vida
y uno y otro, los dos, descendieron al seno terrestre.

Con su lanza la muerte dio Eurílalo a Dreso y a Ofeltio.
Y se fue tras de Esepo y de Pédaso a quienes la náyade[127]
Abarbárea del gran Bucolión concibió en otro tiempo;
Bucolión fue el primer hijo de Laomedonte el famoso,
pero a quien tuvo que dar a luz a escondidas su madre.
Cuando fue a apacentar sus ovejas durmió con la joven
que quedó embarazada y dio a luz a dos hijos mellizos;
les quebró su valor y los miembros robustos al hijo
de Mecisto, y quitó de sus hombros las armas brillantes.

El audaz Polipetes logró dar a Astíalo muerte,
y al percosio Pidites la lanza de bronce de Ulises.
Teucros a Aretaón el divino quitole la vida,
y el Nestórida Antíloco a Ablero con lanza brillante,
y mató Agamenón, protector de los hombres, a Elato
que a la orilla del Satniois de bella corriente vivía,
en la Pédaso abrupta, y mató a Fílaco el héroe Leito
cuando huía, y Eurípilo pudo matar a Melantio.

Menelao, el de grito potente, cogió vivo a Adrasto;
por el campo, asustados, corrieron sus bellos corceles,
con las ramas de un gran tamarisco chocaron de pronto
y al final del timón destrozaron el carro curvado
y a la orilla escaparon con los que espantados huían.
Desde el carro en el suelo cayó el héroe al pie de la rueda,
dio en el suelo de bruces y hasta él Menelao el Atrida
acercose blandiendo en la mano la lanza potente.
Mas Adrasto abrazó sus rodillas y dijo rogando:

—¡Tómame, hijo de Atreo, con vida y tendrás buen rescate!
Es muy rico mi padre y en casa hay muy grandes tesoros,
bronce y oro y también tiene hierro muy duro y labrado,

127. Ninfas que habitan en ámbitos de agua dulce como fuentes y manantiales. Son longevas pero mortales.

de los que te daría mi padre un rescate muy grande
si supiera que vivo me encuentro en las naves aqueas.

Dijo así, y al hablar conmovió el corazón en su pecho.
E iba ya a disponerse a dar orden de que su escudero
lo llevara en seguida a las rápidas naves aqueas,
cuando a él se lanzó Agamenón e, increpándole, dijo:

—Menelao, pobre amigo, ¿por qué de este modo te {apiadas
de estos hombres? ¡Qué cosas más bellas hicieron los teucros
en tu casa! Que ni uno de los que en las manos nos caigan
de cruel muerte se puede escapar, ni siquiera el que lleve
en su vientre la madre. Que todos al punto perezcan
los de Ilión, sin que ninguno deje ni luto ni huellas.

Así dijo, y cambió el pensamiento anterior de su hermano
ante el sabio consejo. Y así rechazó al héroe Adrasto
que, ya herido por Agamenón soberano en el vientre,
desplomose de espaldas, y entonces le puso el Atrida
el pie encima del pecho y de él pudo arrancarle la lanza.
Néstor a los argivos a voces estaba arengando:

—¡Héroes dánaos, ministros de Ares, queridos amigos!
Que ninguno ahora por el afán del botín se rezague
y se vuelva a las naves queriendo llevárselo a ellas.
Demos muerte a los hombres ahora, y más tarde, tranquilos,
en el campo podréis despojar los cadáveres todos.

Dijo así, y excitó en cada uno el valor y la fuerza.

[Héctor abandona el frente]

Los aqueos, amados por Ares, hubiesen metido
en Ilión a los teucros vencidos por su cobardía,

si a decirles a Eneas y a Héctor no hubiese acudido
el mejor agorero de todos, Heleno Priamida:

—Puesto que entre troyanos y licios, ¡oh Héctor y {Eneas!,
en vosotros gravita la lucha, pues sois los mejores,
ya se trate de entrar en combate o hablar en consejo,
deteneos aquí y a las puertas parad a los hombres,
recorriendo las filas, no caigan huyendo en los brazos
de sus cónyuges entre las risas de nuestro enemigo.
Cuando hayáis conseguido animar a los cuerpos de ejército,
quedaremos nosotros aquí combatiendo a los dánaos
aun estando acosados, pues a ello nos fuerza el peligro.
Mas tú, Héctor, te irás a la villa, entretanto, y en ella
háblale a nuestra madre; y haz que a las ancianas convoque
en la acrópolis, templo de Atena la de ojos azules;
que haga que con las llaves se le abran las puertas del templo
y que el peplo que tenga más bello, el mayor de los suyos,
de los que en el palacio atesora y que más ella estime,
deje allí en las rodillas de Atena la del blondo pelo;
y que doce terneras de un año que ignoren el yugo
le prometa ofrendarle en el templo, si es que ella socorre
la ciudad, las mujeres y los tiernos niños troyanos,
[y si quiere apartar de la Troya sagrada al Tidida,
el salvaje guerrero, maestro de nuestra derrota,
a quien tengo por el más audaz de los hombres aqueos.
Nunca a Aquiles temimos así, el conductor de guerreros,
a quien, dicen, parió una deidad. Con gran furia se mueve
el Tidida, y jamás nadie pudo igualarle en audacia.]

Dijo, y Héctor cumplió cuantas cosas le dijo su hermano.
Empuñando las armas a tierra saltó de su carro,
revistió a sus guerreros, blandiendo las lanzas agudas,
animándolos y provocando una horrible algazara;
se volvieron a plantarles cara a los hombres aqueos
y estos retrocedieron y ya en la matanza cesaron.

Supusieron que algún inmortal, desde el cielo estrellado,
descendió a socorrer a los teucros, ¡tal daban la cara!

Y Héctor, con grandes voces, así a los troyanos decía:

—¡Animosos troyanos, aliados de tierras lejanas!
Comportaos tal como hombres, amigos, y sed valerosos
mientras yo voy a Ilión para hablarles allí a los ancianos
consejeros, y a nuestras esposas y ordeno que recen
y a los dioses dichosos ofrezcan también hecatombes.

Así dijo, y entonces partió Héctor del casco brillante.
Y su cuello y talones golpeábanle el cuero negruzco
que como última franja adornaba su escudo abollado.

[Glauco y Diomedes]

[Glauco, el hijo de Hipóloco, y el de Tideo encontráronse,
deseosos de entrar en combate, entre ámbos ejércitos.
Y una vez estuvieron el uno delante del otro,
habló entonces primero el de grito potente Diomedes:

—Dime quién eres tú entre los hombres, valiente {guerrero;
no te he visto en la lucha que es donde los hombres alcanzan
toda gloria; mas ahora eres tú quien la alcanza entre todos
pues osaste salir a esperar esta lanza potente.
¡Infelices los padres de aquellos que afronten mi cólera!
Mas si fueses un dios y del cielo aquí hubieses bajado
no quisiera, por cierto, luchar [contra dioses celestes.
Vivió poco el potente Licurgo, el gran hijo de Driante
después de haber luchado una vez con los dioses celestes.
Persiguió a las nodrizas del ebrio Dionisos un día
por las sacras montañas de Nisa, y entonces tiraron
por el suelo los tirsos al ver que Licurgo homicida

atacábalas con la aguijada, e incluso Dionisos
escapó y arrojose a la mar, donde, en brazos de Tetis,
se acogió horrorizado y con voz temblorosa de miedo.
Irritáronse entonces los dioses que habitan el cielo;
el Cronión sus pupilas cerró y se murió muy temprano,
porque ya era un objeto de horror para todos los dioses.
Así, pues, no quisiera luchar] con los dioses dichosos.
Pero si eres mortal que se nutre con frutos del campo,
ven acá para que pronto llegues al fin de tu vida.

Y repúsole el hijo de Hipóloco de esta manera:

—Generoso Tidida, ¿por qué mi linaje preguntas?
Como nacen las hojas del árbol así el hombre nace.
Por el suelo los vientos esparcen las hojas, y el bosque
reverdece y produce otras hojas en la primavera.
De igual modo una generación nace y otra perece.
Sin embargo, si quieres saber algo de mi linaje
te diré que son muchos los hombres que ya lo conocen.
Por sus buenos caballos, en Argos, es célebre Efira;
vivió Sísifo allí, que era un hombre habilísimo en todo,
Sísifo, hijo de Eolo; y fue este quien dio vida a Glauco,
y, a su vez, Glauco fue el padre del noble Belerofonte,
a quien dieron los dioses belleza y valor envidiable,
pero Preto, que en su corazón grandemente lo odiaba,
de la villa lo echó, pues muy grandes poderes tenía
en la Argólida; Zeus lo había puesto allí bajo su cetro.
Pero Antea divina, la esposa de Preto, furiosa
se sintió contra él pues quería su amor clandestino
y, al no haber seducido al honrado héroe Belerofonte,
con mentiras le habló de este modo al rey Preto; le dijo:
«¡Ojalá, Preto, mueras, o bien mata a Belerofonte
que en amor quiere unirse conmigo, aunque yo no lo quiero!».
Así dijo, y el rey se sintió poseído de cólera,
mas no quiso matarlo, pues su corazón sintió escrúpulos.
Lo mandó, portador de funestas señales, a Licia.

En tablillas dobladas había unos signos mortales
y ordenó que las diera a su suegro, y él lo mataría.

Bajo el gran patrocinio divino se fue aquel a Licia.
Cuando a Licia llegó y a la vasta corriente del Janto,
el señor de la Licia anchurosa lo honró grandemente.
Nueve días lo tuvo hospedado y mató nueve toros
y a la décima vez que la Aurora de dedos de rosa
se mostró, comenzó a interrogarlo y pidiole la nota
que de parte de Preto, su yerno, llevábale el joven.
Una vez conoció las funestas señales del yerno,
le ordenó que matara primero a la invicta Quimera,
ser de raza no humana, sino de linaje divino
[—con cabeza de león, cola de sierpe y tronco de cabra—,
cuyo aliento encendido era de terroríficas llamas].
La mató, sin embargo, fiando en divinos augurios.
Luego contra los sólimos tuvo también que batirse;
fue esta, dijo, la lucha peor que entabló con los hombres.
Luego a las amazonas viriles quitoles la vida.
Pero cuando volvió, el rey le urdió una fatídica trama:
eligió a los más bravos guerreros que había en la Licia
y los puso al acecho, mas no volvió ni uno a su casa,
porque a todos dio muerte el magnánimo Belerofonte.
Comprendió el rey que el héroe era de una deidad noble hijo,
lo retuvo en su casa y allí lo casó con su hija,
y con él compartió la mitad de sus regios honores,
y los licios le dieron un campo mejor que ninguno,
bueno para frutales y bueno también para mieses.
La mujer dio tres hijos al ínclito Belerofonte:
fue uno Isandro, e Hipóloco luego y Laodamia más tarde.
Con el próvido Zeus tuvo amores un día Laodamia
y alumbró a Sarpedón el divino, el de casco de bronce.
Cuando Belerofonte se atrajo el honor de los dioses,
solitario vagaba a través de los campos de Aleo
torturando su ánimo lejos de todos los hombres.
Ares, el insaciable en la lucha, le dio muerte a Isandro

cuando estaba luchando con los celebérrimos sólimos,
y, colérica, Artemis, la de riendas áureas, a su hija.
A mí me engendró Hipóloco; de este, por tanto, soy hijo.
Me ha mandado él a Troya y con gran insistencia pedido
que tratara de sobresalir entre todos, que nunca
baldonara el linaje de mis ascendientes, que fueron
los mejores que ha habido en Efira y en la vasta Licia.
Me envanezco de pertenecer a tal casa y tal sangre.[128]

Dijo así, y alegrose el de grito potente Diomedes
y, clavando su lanza en la tierra nutricia, le dijo
al pastor de los hombres con estas amables palabras:

—Así, pues, eres tú para mí un viejo huésped paterno.
Porque Eneo divino al magnánimo Belerofonte
recibió en su mansión; veinte días lo tuvo hospedado
y cambiaron los mutuos y bellos presentes del huésped.
Le dio Eneo un tahalí que emitía purpúreos reflejos
y una copa de dos asas, de oro, dio Belerofonte
que en mi casa he dejado guardada al partirme de ella.
No recuerdo a Tideo; al salir para Tebas muy niño
me dejó, cuando en Tebas cayeron los hombres de Acaya.
Así, pues, soy tu huésped en el corazón de la Argólida;
lo serás mío en Licia, si voy una vez a ese pueblo.
Evitemos los dos lancearnos desde hoy en la lucha.
Tengo a muchos troyanos y a muchos aliados famosos
que matar, si algún dios me los pone al alcance o los cojo.
Tienes tú a otros aqueos a quienes matar, si es que puedes.
Y cambiemos ahora las armas a fin de que sepan
todos que nos gloriamos de haber sido paternos huéspedes.[129]

128. Es común que el héroe homérico apele a su origen noble o a un linaje divino.

129. La hospitalidad se percibe como un don de gratitud eterno que puede incluso llevar a dos adversarios a cerrar un pacto de no agresión, como muestra aquí la escena.

Dijo así, y descendieron los dos de sus carros brillantes
y las manos, en prueba de amigos, los dos se estrecharon.
Pero Zeus el Cronión privó entonces a Glauco de seso:
al cambiarse las armas con las de Diomedes Tidida
le dio oro por bronce, en valor de cien bueyes por nueve.][130]

[Héctor y Hécuba]

Cuando Héctor pasó por la Encina y las Puertas Esceas
acudieron corriendo los hijos y esposas troyanas,
preguntando por hijos, hermanos, esposos y amigos.
Y él entonces rogó a cada una que todas orasen
a los dioses, que a muchos un daño inminente aguardaba.

Cuando estuvo delante del bello palacio de Príamo,
[adornado con fúlgidos pórticos, donde se hallaban
las cincuenta alcobas de piedra pulida, labradas
una al lado de otra, en las cuales dormían los hijos
del monarca, [teniendo a su lado a su esposa legítima;
dentro del mismo patio también, frente, las de sus hijas,
doce alcobas de piedra pulida y provistas de techo,
una al lado de otra, en las cuales dormían los yernos
del monarca], teniendo a su lado a sus dignas esposas],
a su encuentro salió su alma madre[131] que había ido en busca
de Laódice la más hermosa de todas sus hijas.
Lo tomó de la mano, le habló por su nombre y le dijo:

—Hijo mío, ¿por qué aquí viniste y dejaste las naves?
En verdad los aqueos odiados rodean la villa
y a volver hasta aquí te impulsó el corazón, de manera
que elevaras los brazos a Zeus donde se halla la acrópolis.

130. La intervención divina es determinante para el desarrollo de la acción, y no siempre contempla actitudes honestas: aquí, el engaño de Zeus a Glauco.

131. Se trata de Hécuba, esposa de Príamo y madre de Héctor.

Pero aguarda y traeré el vino dulce lo mismo que mieles
y así liba primero a Zeus padre y después a los dioses;
y tú luego, bebiendo, sabrás encontrar tu provecho.
Al guerrero cansado las fuerzas el vino acrecienta
y tú estás muy cansado de haber defendido a los tuyos.

Y el gran Héctor del casco brillante repuso diciendo:

—No me des, madre mía, ese vino lo mismo que mieles,
no sea que debilite mi fuerza y olvide mi audacia.
Sin lavarme las manos no habré de libar por Zeus Padre
negro vino, ni orar al Cronión el que nubes reúne,
pues no es lícito hacerlo manchado de sangre y de polvo.
Mas ve al templo de Palas Atena que impera en la guerra,
lleva ofrendas allí, convocadas ya en él las ancianas,
y así el peplo que tengas más bello, el mayor de los tuyos,
de los que en el palacio atesoras y en más amor tienes,
déjalo en las rodillas de Atena la del blondo pelo,
luego doce terneras de un año que ignoren el yugo,
en el templo ofrendarle promete, si es que ella socorre
la ciudad, las mujeres y los tiernos niños troyanos,
[y si quiere apartar de la Troya sagrada al Tidida,
el salvaje guerrero maestro de nuestra derrota.]
Al Santuario de Palas Atena que impera en la guerra,
vete, pues, ahora mismo, que yo solo hablar quiero a Paris,
[si es que quiere, escucharme, en su casa. ¡Ay, así hubiese sido
por la tierra tragado! Cruel plaga mortal para teucros,
Príamo generoso y sus hijos, lo ha creado el Olimpo.
Imagino que si yo lo viera bajar hasta el Hades
mi alma se olvidaría de tantos pesares horribles.]

[Hécuba en el templo de Atenea]

Dijo, y ella, al volver al palacio, llamó a sus doncellas,
quienes a las ancianas por toda la villa reunieron.

Mientras tanto bajó ella al fragante aposento, allí donde
se guardaban los peplos bordados que hicieron las siervas
[que se trajo una vez de Sidón el deiforme Alejandro
en el mismo viaje, a través de la mar anchurosa,
en que a Helena se trajo también, la de padres muy nobles.]
De ellos Hécuba uno tomó como ofrenda a Atenea.
Era el peplo mayor y de más delicados bordados;
[como un astro brillaba y estaba en el fondo del cofre.]
Y al momento partió acompañada de muchas matronas.

Cuando hubieron llegado al santuario de Atena, en la acrópolis,
los portones le abrió la de bellas mejillas Teano,
cónyuge de Antenor, domador de caballos, la hija
de Ciseo; era sacerdotisa de Atenea en Troya.
Todas ellas las manos alzaron, gimiendo, a la diosa;
la de bellas mejillas Teano tomó el peplo y luego
lo dejó en las rodillas de Atena la del blondo pelo.
Y a la hija de Zeus oró de esta manera, diciendo:

—Protectora de nuestra ciudad, venerada Atenea,
[a Diomedes quebranta la lanza y concédenos luego
que de bruces al suelo caiga ante las Puertas Esceas];
aquí a doce terneras de un año que ignoren el yugo,
en el templo, te haremos ofrenda, si es que tú socorres
la ciudad, las mujeres y los tiernos niños troyanos.

[Dijo así, pero Palas Atena no quiso escucharla.]

[Héctor y Paris]

Mientras de esta manera a la hija de Zeus invocaban,
Héctor se dirigió a la mansión esplendente que el mismo
Alejandro se había labrado para él, ayudado
por los hombres más hábiles que se encontraban en Troya;
construyeron su alcoba, una sala y un patio en la acrópolis,

cerca de las hermosas mansiones de Príamo y Héctor.
Allí entró Héctor, amado por Zeus, y llevaba una lanza
de once codos de larga, en la cual la broncínea y brillante
punta estaba sujeta por medio de un aro de oro.

En la alcoba lo halló preparando las armas magníficas,
el escudo y coraza, y probando su arco curvado;
y encontrábase Helena la argiva rodeada de siervas
a las cuales estaba ordenando labores preciosas.
Cuando Héctor lo vio lo increpó con injurias, diciéndole:

—¡Desgraciado! No es bello guardar en tu pecho la cólera.
Mueren nuestros guerreros al pie de los ásperos muros
de la villa; el clamor de la lucha y la guerra encendiéronse
por tu causa en nosotros. Tú mismo lanzaras denuestos
contra quien un momento en la lucha espantosa cejase.
Vamos ya, no sea que la ciudad sea pasto del fuego.

Y Alejandro, el igual que los dioses, repuso diciendo:

—Héctor, puesto que son merecidas y justas tus frases,
yo te responderé a lo que dices. Atiende y escucha.
No por cólera contra los teucros o estar resentido
me he quedado, sino por afán de entregarme a mi pena.
Ahora estaba, con dulces palabras, mi esposa exhortándome
a volver al combate, y yo así preferible lo creo;
tiene el triunfo sus alternativas para unos y otros.
Ahora aguarda a que me haya vestido las armas de guerra,
o bien vete y te sigo, y espero poder darte alcance.

Dijo, y nada repuso el gran Héctor del casco brillante,
pero entonces Helena le habló con palabras dulcísimas:

—¡Oh cuñado infeliz de esta perra maléfica y dura!
¡Ojalá que ese día en el cual me dio al mundo mi madre,
una horrible borrasca a los montes me hubiera llevado

o me hubiese lanzado a las olas del mar estruendoso
para ser engullida antes que tales cosas pasaran!
Pero ya que los dioses quisieron causar estos daños,
de un marido mejor yo debiera haber sido la esposa,
que sintiera el ultraje y la ira que sienten los hombres.
Pero este ni tiene firmeza en el ánimo y nunca
la tendrá, y por lo tanto su fruto será el que merece.[132]
Pero entra, cuñado, y en este sitial acomódate
puesto que la fatiga tu gran corazón te acongoja
por mí, ¡oh perra!, y por la sinrazón que comete Alejandro,
a los que mala suerte dio Zeus para que a los que vengan
les sirvamos nosotros de tema para sus canciones.[133]

Y el gran Héctor del casco brillante repuso diciendo:

—¡No me ofrezcas asiento, oh Helena! Aunque mucho {me aprecies,
no te escucho, pues mi corazón se me va con los teucros
a ayudarlos, que todos me están esperando impacientes.
Pero tú haz levantar a ese y haz que al momento me siga
y me alcance antes de que yo pueda llegar a la villa,
que a mi casa me voy ahora a verme allí con mi familia,
voy a ver a mi esposa y también a mi hijuelo pequeño,
pues no sé si podré contemplarlos de nuevo otro día,
o los dioses harán que yo a manos aqueas sucumba.

Así dijo, y marchose el gran Héctor del casco brillante.

132. Comentario premonitorio de Helena, que aunque troyana por la fuerza, era de Esparta.

133. Helena se refiere a los graves hechos que culminarían con la guerra de Troya y de los que el aedo se sirvió como material poético para crear un magno canto épico como la *Ilíada*.

Al momento llegó a su morada repleta de gente.
Mas no estaba la de níveos brazos, Andrómaca, en ella,
pues con su hijo y la sierva de peplo precioso había ido
a la torre a gemir y a verter copiosísimas lágrimas.
Y como Héctor no halló a su mujer excelente en la alcoba,
se paró en el umbral y a las siervas habló de este modo:

—Escuchadme, ¡oh esclavas! Decid la verdad al momento.
¿Dónde la de los brazos nevados, Andrómaca, ha ido?
¿A ver a mis cuñadas o hermanas de peplos hermosos?
¿O fue al templo de Atena en el cual las troyanas de bellas
trenzas ya se han reunido a aplacar a la diosa terrible?

Y la fiel despensera repuso con estas palabras:

—Héctor, ya que nos mandas decir la verdad, no se ha ido
a ver a tus cuñadas o hermanas de peplos hermosos,
ni fue al templo de Atena en el cual las troyanas de bellas
trenzas ya se han reunido a aplacar a la diosa terrible,
sino que fue a la torre grandiosa de Ilión, porque supo
que los teucros perdían y fuerte era el ímpetu aqueo.
Como loca, anhelante, se fue a la muralla corriendo
y con ella se fue la nodriza que el niño llevaba.

Dijo así la intendenta, y salió Héctor de su palacio.

Por las calles bien hechas se fue desandando el camino.
Cruzó así la anchurosa ciudad, y cuando hubo llegado
a las Puertas Esceas, por donde al combate se iba,
corrió Andrómaca a él, la mujer por quien hubo pagado
tan preciados presentes, la hija de Etión el magnánimo,
que vivía en la falda arbolada del Placo, en la Tebas
de Hipoplamia, y reinaba entre todos los hombres cilicios;
y el gran Héctor del casco brillante casó con su hija.

A su encuentro acudió y detrás de ella marchó la nodriza
que a sus pechos llevaba a su hijo, un chiquillo, muy tierno,
el Hectórida amado, como una magnífica estrella,
a quien Héctor llamaba Escamandrio, y los otros llamaban
Astianacte, pues solo por Héctor Ilión se salvaba.

Sonreía en silencio el gran Héctor, mirando a su hijo,[134]
y con llanto muy grande a su lado detúvose Andrómaca,
lo tomó de la mano, y nombró con sus nombres y dijo:

—¡Desgraciado! Te habrá de perder tu valor. No te apiadas
de tu hijo tan tierno y tampoco de mí, ¡oh desdichada!,[135]
viuda pronto porque los aqueos te habrán de dar muerte,
porque todos caerán sobre ti y preferible sería
para mí descender a la tierra, pues si te murieras
no tendría consuelo jamás, sino solo pesares
puesto que se murieron mi padre y mi madre augustísima.
Que ya Aquiles divino ha quitado la vida a mi padre
[al tomar la ciudad populosa del pueblo cilicio,
Tebas la de altas puertas, en donde dio al rey Etión muerte,
pero sin despojarlo, pues tuvo temor en el ánimo;
su cadáver quemó y con él todas sus armas labradas;
le alzó un túmulo en torno del cual las oréades, hijas
del que lleva la égida, Zeus bellos olmos plantaron.]
Siete hermanos yo tuve en palacio también y los siete
a la casa del Hades bajaron en el mismo día;
les dio Aquiles, el de pies ligeros, a todos la muerte
entre nuestros fiexípedes bueyes y blancas ovejas.
A mi madre que al pie del selvático Placo reinaba,
trajo aquí juntamente con cuantos tesoros teníamos
y le dio libertad cuando obtuvo un inmenso rescate,

134. Pasaje considerado de gran lirismo dentro del poema épico: el marido se despide de su mujer e hijo antes de acudir al combate. Obsérvese la ternura de la escena y más adelante la inocente reacción del niño ante su padre, que lleva puesto el casco de guerra con el penacho.

135. Andrómaca prevé perfectamente cuál será la suerte de su esposo Héctor.

pero Artemis flechera la hirió en mi palacio paterno.
Héctor, tú eres ahora mi padre y mi madre augustísima
y mi hermano también; eres tú mi marido florido.
Ten piedad de nosotros y quédate aquí en esta torre;
no me dejes sin padre a tu hijo y viuda a tu esposa.
Llévate hasta la Higuera a las tropas, que es más accesible
la ciudad desde allí, y es posible escalar las murallas.
Por tres veces su asalto intentaron los hombres más bravos,
los Ayax y también lo intentó Idomeneo el famoso,
los Atridas y el hijo del muy valeroso Tideo;
alguien que los oráculos sabe lo habrá sugerido,
o quizá ha sido su corazón con su impulso y sus órdenes.

Y el gran Héctor del casco brillante repuso diciendo:

—Yo también he pensado estas cosas, mas grande vergüenza
sentiría ante teucros y teucras de peplos holgados
si me vieran huir de la lucha como hace un cobarde.
A ello no me da pie el corazón, que aprendí a ser valiente
siempre y supe luchar con los teucros delante de todos,
deseando la gloria inmortal de mi padre y la mía.
Bien mis mientes lo saben y mi corazón lo presiente;
día habrá de llegar en que Ilión la sagrada perezca,
Príamo y también el pueblo lancero de Príamo.
Mas no tanto me inquieta el futuro fatal de los teucros,
ni la vida de Príamo el rey, ni aún la vida de Hécuba,
ni la de mis hermanos que tantos y tan valerosos
en el polvo caerán a los golpes de nuestro enemigo,
como tú, cuando algún hombre aqueo vestido de bronce
se te lleve llorosa y de tu libertad se apodere.
Quizá en Argos habrás de tejer tú para otras las telas,
quizá vayas por agua a la fuente Mereida o Hiperea,
contrariada porque sobre ti pesarán estrecheces.
Y quizá si llorar te ve alguno, dirá al ver tu llanto:
«Fue mujer de Héctor, el más valiente de todos los teucros
domadores de potros, luchando delante de Troya».

De este modo hablarán y tendrás una pena profunda
por perder a quien pudo librarte de tu servidumbre.
¡Ojalá mi cadáver lo cubran montones de tierra
antes que oiga tus gritos o tu servidumbre contemple!

Así dijo, y al niño tendió el noble Héctor los brazos.
Mas volvió al punto al seno del aya de hermosa cintura,
dando gritos, porque le asustaba el aspecto del padre,
temeroso del bronce y la crin caballar del penacho
que ondeando terrible veía en lo alto del yelmo.
Sonrieron el padre y la madre augustísima al verlo.
Al momento el gran Héctor quitó de sus sienes el casco
que dejó sobre el suelo, lanzando brillantes fulgores.
A su hijo querido besó y acunó entre sus brazos,
y rogó de este modo a Zeus padre y a todos los dioses:

—Zeus y todos los dioses, hacedme que sea mi hijo
como yo, y se distinga entre todos los hombres troyanos,
e igualmente esforzado y que reine de Ilión soberano.
Que de él digan: «Es aún mucho más valeroso que el padre»,
al volver de la guerra con cruentos despojos de un héroe
abatido por él, y dé al pecho materno alegría.

Dijo, y al niño puso en los brazos de su esposa amada,
y ella aún, al llevarlo esta vez a su seno aromado,
sonreía y lloraba. Y sintió compasión el marido;
con la mano le hizo caricias nombrándola y dijo:

—¡Desdichada! Que tu corazón no se aflija en exceso
porque nadie podrá contra el hado arrojarme en el Hades
y el destino no puede evitar ningún hombre nacido
y para ello no importa que sea cobarde o valiente.
Vamos, vuelve a la casa y ocúpate de tus quehaceres,
del telar y la rueca y ordena a las siervas que sigan
sus labores, que de las batallas cuidamos los hombres,
los que en Troya nacimos y yo, sobre todo, el primero.

Dijo, y el noble Héctor se puso su casco de crines
de caballo, y su esposa querida volvió a su palacio,
mas volviendo su rostro y vertiendo muchísimas lágrimas.
Al momento llegó a la morada repleta de gente
de Héctor el matador de hombres; muchas esclavas había
en la casa y a todas movio a sollozar con su llanto.
En su propia mansión a Héctor vivo llorábanlo todas,
porque ya no esperaban que de la batalla volviese
liberándose ya de la audacia y las manos aqueas.

[Héctor y Paris vuelven de la batalla]

Paris no se quedó mucho tiempo en su excelso palacio,
pues en cuanto vistiose las armas de bronce labrado
se lanzó por la villa, corriendo con pies muy ligeros.
Cual corcel que está atado a un pesebre con mucha cebada,
destrozado el ronzal, al galope se va por el campo
hacia el río en las aguas del cual él solía bañarse
y, orgulloso de sí, yergue el cuello y ondea sus crines
y de su lozanía y su gran arrogancia se ufana,
y sus patas ligeras lo llevan hacia la yeguada,
así Paris Priamida bajaba veloz desde Pérgamo,
bajo cuya armadura lo mismo que el sol relucía,
con la risa en los labios: sus rápidos pies lo llevaban.
Alcanzó pronto a Héctor divino, su hermano, cuando este
regresaba del sitio en el cual hubo hablado a su esposa.

Y Alejandro, el igual que los dioses, habló así el primero:

—Dulce amigo. Quizá prolongué demasiado tu espera
y así te impacienté, no acudiendo a su tiempo a tus órdenes.

Y el gran Héctor del casco brillante repuso diciendo:

—¡Oh mi amigo! En verdad que ninguno menospreciaría
tus acciones de guerra, por cuanto eres hombre valiente;
pero adrede indolente te muestras y apartas. Y mi ánimo
se me aflige en el pecho cuando oigo insultarte a los teucros[136]
que por ti están sufriendo hasta ahora tan grandes trabajos.
Pero vamos, que ya arreglaremos más tarde las cosas
si un día Zeus, para honrar a los dioses eternos, nos deja
que ofrezcamos la copa de la libertad en palacio
por echar de Ilión a los aqueos de grebas hermosas.

136. Los sentimientos y emociones se localizan en puntos físicos concretos del cuerpo humano.

CANTO VII

[La oferta de Héctor]

Así dijo, y las puertas cruzó el magnánimo Héctor
y, con él, Alejandro, su hermano. Los dos en el pecho
impacientes sentían de guerra y de lucha los ánimos.

Como cuando los dioses conceden un próspero viento
a los ruegos de los navegantes cansados ya de olas
y de remos pulidos y tienen los miembros deshechos,
así, tan deseados, los dos a los teucros mostráronse.

Eligieron sus presas y aquel mató al hijo de Areitoo,
a Menestios, que en Arna vivió, célebre por su clava,
y a quien Filomedusa alumbró, la de ojos de chota.
Y Héctor con su agudísima lanza hirió a Henión en el cuello,
por debajo del casco de bronce y rompió así sus miembros.
Glauco, el hijo de Hipócolo, jefe supremo de licios,
con un dardo, en la lucha reñida, hirió a Ifinoo Dexíada,
cuando estaba subiendo a su carro de yeguas veloces,
en la espalda, y cayó sobre el suelo y sus miembros
{rompiéronse.

Así que vio Atenea, la diosa de claras pupilas,
que en el duro combate mataban a muchos argivos,
de la olímpica cumbre bajó y se fue a Ilión la sagrada.
Desde Pérgamo Apolo la vio y quiso a ella oponerse

puesto que él deseaba que solo los teucros triunfasen.
Encontráronse entrambas deidades delante del Roble
y primero habló Apolo, el hijo de Zeus, soberano:

—¿Por qué tan decidida, ¡oh hija del poderoso Zeus!, bajas
del Olimpo? ¿Qué impulso tan fuerte ha movido tu ánimo?
¿Quieres dar a los dánaos acaso este triunfo indeciso,
puesto que a compasión no te mueven los teucros que mueren?
Mas si quieres —y fuera mejor— escuchar mis consejos,
suspendamos por hoy el combate funesto y la lucha;
luego habrán de luchar nuevamente hasta haber dado término
al destino de Ilión la sagrada, que os place a vosotras,
¡oh inmortales deidades!, hacer destruir esta villa.

Y Atenea, la diosa de claras pupilas, repuso:

—Sea así, ¡oh tú que hieres de lejos! Con este propósito
del Olimpo he venido a las filas de teucros y aqueos.
Pero ¿cómo imaginas que habrán de cesar esta lucha?

Y repúsole Apolo, el hijo de Zeus, soberano:

—Consigamos que el gran Héctor, el domador de caballos,
a los dánaos provoque a luchar contra él solamente,
a cualquiera que quiera enfrentarse con él en combate
singular; así harán los aqueos de grebas hermosas
que algún héroe se quiera batir contra Héctor divino.

Dijo así, y Atenea accedió, la de claras pupilas.
Pero el hijo de Príamo, Heleno, que en su ánimo supo
descubrir lo que entrambas deidades estaban tramando,
acercándose a Héctor, le habló de este modo, diciendo:

—Héctor, hijo de Príamo, igual en prudencia a Zeus padre.
Soy tu hermano, ¿querrás hacer todo lo que yo te pida?
Manda que la batalla suspendan aqueos y teucros;

reta entonces al más valeroso guerrero de Acaya
y que salga a enfrentarse contigo en terrible combate;
tu destino no ha sido dispuesto esta vez ni tu muerte.
[Sobre esto he escuchado la voz de los dioses eternos.]

Dijo, y Héctor oyó con placer las palabras que dijo.
Y corrió hacia el lugar de la lid, levantando la lanza,
y al ver esto las huestes troyanas quedáronse quietas.
Y paró Agamenón a sus hombres de grebas hermosas.
Convertidos Atena y Apolo, el del casco de plata,
en dos buitres, volaron y se acomodaron en lo alto
de la copa del roble de Zeus portador de la égida,
para, así, deleitarse mirando a las filas de hombres
erizadas de muchos escudos, de cascos y lanzas.
Como cuando, al caer en las aguas el soplo del Céfiro,
altas olas encrespa y el mar toma un tinte negruzco,
de igual modo troyanos y aqueos en filas movíanse
en el campo. Y entre unos y otros habló Héctor, diciendo:

—Escuchadme, troyanos y aqueos de grebas hermosas,
y os diré lo que mi corazón en el pecho me dicta.
El Cronión no ha querido que los juramentos se cumplan,
sino que para daño de unos y de otros la empresa
cesará si tomáis la ciudad bien murada de Troya,
o venís a morir junto a vuestros navíos veloces.
Se hallan entre vosotros los más valerosos aqueos;
aquel a quien el ánimo incite a batirse conmigo,
adelántese y venga a luchar contra Héctor divino.
Lo que digo os propongo y que Zeus sea de ello testigo:
si él me puede la vida arrancar con el bronce aguzado,
que mis armas se quede y las lleve a las cóncavas naves,
pero dad a los míos mi cuerpo, de modo que puedan
entregar mi cadáver al fuego los teucros y teucras.
Si lo mato yo a él, por la gloria que Apolo me entregue,
quiero a Ilión la sagrada llevarme en despojo sus armas
y en el templo de Apolo, el que hiere de lejos, colgarlas,

y a las naves bancadas haré que se envíe su cuerpo
para que los aqueos de largos cabellos lo entierren
y le erijan un túmulo a orillas del gran Helesponto,
y en los días futuros los hombres que el ponto vinoso
atraviesen en naves bancadas, que puedan decirse:
«Esa es la sepultura de un hombre que fue valeroso,
a quien Héctor mató peleando con él bravamente».
Hablarán de este modo y mi gloria estará siempre viva.

Así dijo, y quedáronse todos guardando silencio,
que el honor les vedaba negarse y el miedo aceptarlo.
Levantose por fin Menelao para hablarles a todos
y, afligiéndose en su ánimo, los abrumó con injurias:

—¡Ay de mí! Bravucones; aqueas, no aqueos sois todos.
Espantosa será la ignominia, la más vergonzosa
si no sale algún dánao dispuesto a luchar contra Héctor.
¡Ojalá donde estáis os volvierais de agua y de tierra,[137]
ahí sentados y sin corazón bajo vuestra ignominia!
Y contra él yo seré quien empuñe al momento las armas
y que desde la altura los dioses dispongan el triunfo.

Dijo así, y a vestirse empezó las magníficas armas.
¡Ay! Aquí, Menelao, tu existencia se hubiese acabado
en las manos de Héctor, de fuerza mayor que la tuya,
si los reyes aqueos no hubieran frenado tu impulso.
Pero fue Agamenón el Atrida, el señor poderoso,
quien lo asió de la diestra y le habló de este modo, diciendo:

—¡Oh tú, alumno de Zeus, Menelao, insensato te has vuelto!
Cálmate aun cuando puedas sentirte afligido, y renuncia

137. Junto al aire y al fuego son los cuatro elementos de la naturaleza. Con agua y tierra, es decir, con arcilla, el dios Hefesto modeló la primera mujer, Pandora, a la cual Zeus infundió vida, y que debería acarrear los males a los hombres, plan de venganza urdido por el propio Zeus, porque previamente el titán Prometeo había robado el fuego a los dioses inmortales.

a luchar por un pique con quien es un hombre tan bravo
como es Héctor Priamida ante quien los demás tienen miedo.
Hasta Aquiles rehúsa encontrarse con él en la guerra,
que es la gloria del hombre, y él mismo en valor te aventaja.
Ve a reunirte con tus compañeros y siéntate entre ellos;
los aqueos harán levantarse a otro jefe cualquiera,
[y por muy valeroso que sea e incansable en la lucha,
creo que habrá de darle, gustoso, a sus miembros descanso
si consigue escapar del combate funesto y la lucha.]

Así dijo, y el héroe cambió la opinión de su hermano
con sus justas razones. Cedió, y luego sus escuderos
de sus hombros quitaron las armas, sintiéndose alegres.

Néstor se levantó y dijo entonces así a los argivos:

—¡Dioses! ¡Ay, qué gran pena ha llegado a las tierras de {Acaya!
¡Cómo, ay, lloraría el anciano jinete Peleo,
el ilustre orador, consejero de los mirmidones,
que en su bello palacio gozaba en hacerme preguntas
sobre la descendencia y alcurnia de todos los de Argos!
¡Si algún día supiera que tiemblan delante de Héctor
alzaría a los dioses las manos, pidiendo que el alma
le arrancara del cuerpo y bajara a la casa de Hades!
¡Ojalá, Padre Zeus, Atenea y Apolo, yo fuese
joven como ese día en que junto al veloz Celadonte
pelearon los pilios y los belicosos arcadios,
cerca del río Járdano, al pie de los muros de Fea!
Y era allí Ereutalión, el igual que los dioses, un héroe
y llevaba las armas de Areitoo el monarca en sus hombros,
de ese Areitoo divino a quien el de la maza llamaban
las mujeres de bella cintura al igual que los hombres,
porque nunca ni lanzas ni flechas usaba en la lucha,
sino que las falanges rompía con la férrea maza.
Lo mató por la astucia, que no por la fuerza, Licurgo;

se batió en un angosto camino donde él no podía
con la maza valerse, y Licurgo logró de este modo
derribarlo, clavándole en medio del cuerpo la lanza,
y después le quitó cuantas armas le dio Ares de bronce.
Desde entonces llevábalas siempre en la lucha guerrera.
Pero cuando alcanzó la vejez en su hermoso palacio,
su armadura entregó a Ereutalión, su escudero querido,
para que de ella usara, y a los más valientes vencía.
Pero todos teníanle miedo y rehuían su encuentro.
Sin embargo, a medirme con él me impulsó mi coraje,
por su gran presunción, a pesar de que yo era más joven.[138]
Y luchamos los dos y Atenea me dio a mí la gloria
pues logré derribar a aquel hombre tan alto y tan fuerte
cuyo cuerpo ocupaba en el suelo un espacio muy grande.
¡Ojalá fuese ahora tan joven y tan vigoroso,
qué pronto Héctor del casco brillante tendría combate!
Mas ninguno de los más valientes de los panaqueos
os sentís decididos a ir al encuentro de Héctor.

Así dijo el anciano. A la vez levantáronse nueve.
Pero fue Agamenón, protector de su pueblo, el primero;
luego de él levantáronse el fuerte Diomedes Tidida,
los Ayax, revestidos los dos de impetuosa bravura,
luego fue Idomeneo, y su fiel escudero Meriones
que en matar a los hombres se había igualado a Enialio,
luego Eurípilo, el hijo del gran Evemón el ilustre,
y por último Toante Andremónida y Ulises divino;
todos ellos contra Héctor divino luchar deseaban.
Y así díjoles Néstor, el viejo señor de los carros:

—Echad suertes, y aquel que de todos resulte elegido
que alegría les dé a los aqueos de grebas hermosas,

138. El paso del tiempo contempla la gran experiencia en el combate de un guerrero ya anciano, del rey Néstor, que minuciosamente relata un episodio de lucha vivido en primera persona.

y él también dentro del corazón sentirá regocijo
si consigue escapar del combate funesto y la lucha.

Así dijo, y los nueve una marca en sus suertes hicieron;
dentro del casco de Agamenón colocáronlas, y este
las echó, y los guerreros alzaron las manos orando.
Y hubo quien, levantando los ojos al cielo, así dijo:

—Padre Zeus, haz que caiga la suerte en Ayax o el Tidida,
o que caiga en el rey de Micenas, la llena de oro.

Así oraron, y Néstor el viejo señor de los carros,
saltar hizo del cóncavo yelmo la suerte pedida:
la de Ayax. Un heraldo llevola por todo el concurso,
de derecha a izquierda, a mostrar a los bravos aqueos,
los que, al no conocerla, negaban que fuera la suya.
Pero, ya recorrido el concurso de un lado a otro lado,
llegó a manos de quien la marcó y en el casco la puso,
que fue Ayax, y la mano tendió y la dejó el otro en ella;
conoció la señal al instante y sintió inmenso júbilo
dentro del corazón; la arrojó ante sus pies y así dijo:

—Es mi suerte, ¡oh amigos!, y en mi corazón siento júbilo,
pues espero vencer en la prueba al gran Héctor divino.
Ea, pues, mientras ahora me visto las armas guerreras,
rezad todos a Zeus soberano, el hijo de Cronos.
[Para que no se enteren los teucros, hacedlo en silencio,
o si no en alta voz porque a nadie ninguno tememos.
No habrá quien, apelando a la fuerza o usando de astucia
haga, en contra de mi voluntad, que rehúya el combate,
porque no me crió ni nutrió Salamina tan torpe.]

Dijo y todos rogaron a Zeus soberano el Cronida,
y hubo quien levantando los ojos al cielo, así dijo:

—Padre Zeus, gloriosísimo y magno, señor desde el Ida,
dale a Ayax la victoria y concédele un triunfo brillante,
y si amas a Héctor también y por él te interesas,
dale a entrambos idéntica fuerza e idéntica gloria.[139]

[Singular combate entre Héctor y Ayax]

Así oraron, y púsose Ayax la armadura de bronce;
cuando tuvo las armas vestidas en torno a su cuerpo,
avanzó tal como Ares terrible allí hubiera avanzado
al partir a la lucha en la cual se combaten los hombres
a los que en roedora discordia ha enzarzado el Cronida.
De este modo avanzó el fiero Ayax, muro de los aqueos,
y con torvo semblante lanzose adelante sonriendo,
dando grandes zancadas, blandiendo la lanza larguísima.

Los argivos se regocijaron en cuanto lo vieron
y un violento temor sacudió a los troyanos los miembros
y Héctor mismo sintió el corazón palpitar en su pecho,
pero ya no podía temer ni evitarse la lucha,
yéndose con sus huestes pues él provocó el desafío.
Se acercó Ayax; su escudo de bronce era igual que una torre;
era de siete pieles de buey, construido por Tiquio
el mejor curtidor y más hábil que en Hila vivía.
El escudo hizo con siete pieles de bueyes fornidos
y en octavo lugar puso encima una chapa de bronce.[140]
Y con él ante el pecho detúvose Ayax Telamonio
cerca de Héctor y lo amenazó de este modo, diciendo:

—¡Héctor! Ahora sabrás claramente luchando tú solo
qué adalides se encuentran aún entre los hombres aqueos,

139. El héroe homérico es noble, ante todo.
140. Cfr. nota 76.

además del que rompe las filas, el león bravo Aquiles.
Que si el héroe se encuentra en sus naves ligeras y corvas,
puesto que Agamenón, el pastor de los hombres, lo ha airado,
muchos somos capaces aún de batirnos contigo.
Pero ya de una vez empecemos la lid y la lucha.

Y el gran Héctor del casco brillante repuso diciendo:

—¡Oh tú, Ayax Telamonio, linaje de Zeus y caudillo!
No me tientes igual que si fuese yo un niño muy débil
o como a una mujer que las cosas de guerra no sabe.
Mas versado yo estoy en la lucha y matanzas de hombres,
y a derecha e izquierda yo sé manejar esta seca
piel de buey, que a la guerra implacable me llevo conmigo;
sé lanzarme a la lucha montado en los carros veloces
y danzar cuerpo a cuerpo la danza terrible de Ares.
Pero a ti, por ser tú, no deseo vencer con astucias,
antes bien, cara a cara lo haré, e intentaré conseguirlo.

Así dijo, y blandió la larguísima lanza sombría,
la arrojó y la clavó en el escudo de las siete pieles,
mas no pudo horadarle la capa de bronce de encima,
pues el bronce inflexible rasgó solamente seis pieles
y en la séptima piel se detuvo. Y Ayax el divino
arrojole a su vez la larguísima lanza sombría
que dio sobre el escudo redondo del hijo de Príamo
y, a través del escudo brillante, la lanza durísima
penetró muy veloz y se hundió en la labrada coraza;
en el flanco la punta logró desgarrarle la túnica,
mas el héroe inclinose, evitando la muerte sombría.
Arrancaron entonces los dos las larguísimas lanzas
y avanzaron al punto lo mismo que fieros leones
o cual perros monteses dotados de fuerzas muy grandes.
Le dio el hijo de Príamo a Ayax en mitad del escudo
al que el bronce no pudo romper pues torciose la punta.
Luego Ayax lo atacó y en su escudo le dio con tal fuerza

que detuvo al guerrero en su avance. Y la punta de bronce
rasguñó el cuello de Héctor y entonces brotó negra sangre.

Mas siguió combatiendo el gran Héctor del casco brillante,
se volvió y con la mano robusta cogió un gran pedrusco,
negro, grande y cubierto de puntas que había en el campo
y al escudo de Ayax lo lanzó, al de las siete pieles,
y en el centro le dio y resonó con gran ruido su bronce.
Pero Ayax echó mano a una piedra aún mayor que la suya,
la volteó y la lanzó sobre él con un impulso terrible,
torció el borde inferior del escudo al igual que una muela,
y al dar contra las piernas de Héctor, asido al escudo,
hizo que se cayera de espaldas. Lo alzó el dios Apolo.
Y ahora con sus espadas se hubiesen batido de cerca,
mas llegaron heraldos mandados por Zeus y los hombres
que los teucros y aqueos de cotas de bronce enviaron,
singulares los dos en prudencia, Taltibio e Ideo,
que entre los dos rivales dejaron entonces los cetros,
y, hábil en dar consejos, Ideo habló a todos, diciendo:

—No queráis, hijos míos, seguir la pelea y la lucha.
Los dos sois muy queridos de Zeus el que nubes reúne
y esto es cosa que todos nosotros sabemos de cierto.
Pero se hace de noche y debemos cumplir su mandato.[141]

Y repúsole entonces Ayax Telamonio, diciendo:

—Dale la orden a Héctor, ¡oh Ideo!, de que lo disponga
pues él fue quien el reto ha lanzado a los más valerosos.
Que sea, pues, quien desista primero, y lo haré si él lo hace.

El gran Héctor del casco brillante accedió a esta demanda:

141. La lucha siempre tiene lugar a la luz del día; con la noche los dos bandos se retiran a descansar.

—Veo, Ayax, que los dioses te han dado el vigor y la fuerza
y el valor y descuellas blandiendo la lanza entre todos,
mas, si quieres, dejemos por hoy el combate y la lucha
que otro día podremos quizá reanudar el combate
hasta que nos separe algún dios y a uno dé la victoria.
Pero se hace de noche y debemos cumplir su mandato,
y en tus naves podrás divertir a los hombres aqueos,
[sobre todo a tus buenos amigos y tus camaradas.]
Yo me voy a alegrar a la inmensa ciudad del rey Príamo,
a los teucros y teucras de peplos muy largos, que han ido
a los templos sagrados a orar por mí a todos los dioses.
Mas si ahora te place, cambiemos hermosos regalos
para que entre los hombres aqueos y teucros se diga:
«Combatieron los dos con encono terrible en la lucha,
y después separáronse como dos buenos amigos».[142]

Así dijo, y dio a Ayax una espada de clavos de plata;
se la dio con la vaina y con un ceñidor bien cortado;
y de Ayax recibió él un tahalí muy vistoso y purpúreo.
Separáronse y este volviose a las huestes aqueas
y aquel fuese a las tropas troyanas, que lo recibieron
muy contentos al ver que vivía y que incólume estaba,
libre del poderío y las manos de Ayax siempre invictas;
cuando nadie creía que se salvaría, y llevároнlo
a la villa. Y a Ayax los aqueos de grebas hermosas
al rey Agamenón el divino, feliz con su triunfo.

[Negociaciones]

Al llegar a la tienda en la que Agamenón el Atrida,
el señor de los hombres, estaba, al Cronión poderoso
inmoló al punto un toro que había cumplido cinco años.
Desolláronlo y lo prepararon; partiéronlo todo

142. Cfr. nota 139.

en pequeños pedazos que en los espetones clavaron;
con cuidado lo asaron y lo retiraron del fuego.

Una vez terminado el trabajo y dispuesto el banquete,
a comer se pusieron y a nadie faltole su parte,
pero Ayax obsequió con un lomo cumplido al potente
príncipe Agamenón, valeroso héroe, hijo de Atreo.
Cuando ya de comer y beber estuvieron saciados,
el consejo mejor que tenía expresó allí el anciano
Néstor, cuya opinión era siempre tenida por buena.
Y con sabias palabras habló de este modo, arengándolos:

—¡Oh tú, Atrida, y caudillos de todos los hombres aqueos!
Ya que tantos aqueos de largos cabellos han muerto,
cuya sangre sombría el cruel Ares vertió por la orilla
del hermoso Escamandro y bajaron sus almas al Hades,
conveniente es que al alba el combate de Acaya detengas;
sobre carros tirados por bueyes y mulos traeremos
los cadáveres para quemarlos en una gran pira
[cerca de nuestras naos, de manera que puedan sus hijos
recoger sus cenizas en cuanto partamos de vuelta].
Donde hagamos la pira después levantemos un túmulo
con la tierra del llano, erijamos al punto altas torres
como un muro que sea un reparo a las naos y a nosotros
y montemos las puertas con bien ajustados maderos,
más bien amplios, de modo que puedan cruzarlas los carros,
y cavemos delante del muro un gran hoyo profundo
que al abrigo nos pueda poner de corceles y de hombres,
si el ataque troyano algún día impedir no podemos.

Dijo así, y aprobaron los reyes las cosas que dijo.
En Ilión se reunieron los teucros también en la acrópolis,
cerca de la mansión del rey Príamo, turbulentamente.
Y el prudente Antenor comenzó de este modo a arengarlos:

—Escuchadme, troyanos y dárdanos y los aliados
y os diré lo que mi corazón en el pecho me dicta.
Devolvamos a Helena la argiva y también sus tesoros
a los hijos de Atreo. Luchamos ahora ya habiendo
quebrantado la fe que ofrecimos en los juramentos.
[Y no espero ya el éxito en tanto no hagamos lo dicho.]

Dijo así, y se sentó, y levantose el divino Alejandro,
el esposo de Helena, la argiva de hermosos cabellos,
y, volviéndose a él, pronunció estas palabras aladas:

—¡Antenor! Pronunciaste palabras que no me complacen.
Sin embargo, podrías tener más felices ideas.
Mas si tú ciertamente con tal seriedad has hablado
la prudencia te han hecho perder los mismísimos dioses.
Y a los teucros, a los domadores de potros, les digo
en respuesta que no puedo yo devolver a mi esposa,
pero sí quiero dar los tesoros que traje de Argos
y aun deseo añadir otros más que en mi casa poseo.

Dijo así, y se sentó. Levantose después el rey Príamo
el Dardánida, que era en consejos igual que los dioses
y, volviéndose a todos, habló con prudentes palabras:

—Escuchadme, troyanos y dárdanos y los aliados
y os diré lo que mi corazón en el pecho me dicta.
Como siempre hemos hecho, ahora mismo en la villa cenemos,
coloquemos vigías, que alerta en sus puestos manténgase
cada uno, y al alba a las cóncavas naos vaya Ideo
para que a Agamenón diga y a Menelao, los Atridas,
lo que dice Alejandro por quien ha empezado esta guerra
y, además, que asimismo le haga esta sabia propuesta
si ellos quieren quemar a sus muertos, el fiero combate
cesará y otro día podremos seguir la batalla
hasta que nos separe algún dios y a uno dé la victoria.

Dijo así, y escucháronlo todos y le obedecieron.
Y tomaron la cena en el campo, en su puesto cada uno.
Luego, al alba, se fue hacia las cóncavas naves Ideo
y encontró allí a los dánaos, a los servidores de Ares,
junto a la nave de Agamenón, en consejo reunidos,
y el heraldo, de pie en medio, dijo con voz muy sonora:

—¡Oh tú, Atrida y caudillo de todos los hombres aqueos!
Me han mandado aquí Príamo y los más ilustres troyanos
y ojalá grata os sea y queráis aceptar la propuesta
que presenta Alejandro, por quien ha empezado esta guerra.
Dará cuanta riqueza en sus cóncavas naos Alejandro
trajo a Ilión, y ojalá hubiese muerto muchísimo antes,
y aún desea añadir otras más que en su casa posee;
mas la esposa legítima de Menelao el glorioso
no desea entregar, aunque se lo aconsejan los teucros,
y, además, me ordenaron que os haga yo aquí esta pregunta:
si quemar deseáis a los muertos, el fiero combate
cesará y otro día podremos seguir la batalla
hasta que nos separe algún dios y a uno dé la victoria.

Así dijo, y quedáronse todos guardando silencio.
Y el de grito potente Diomedes tomó la palabra:

—No se habrán de aceptar las riquezas que ofrece Alejandro
ni aún Helena, pues es evidente, y aun para el más simple,
que la ruina se cierne ya sobre los hombres troyanos.

Dijo así, y aplaudieron a una los hombres de Acaya
las palabras del gran domador de caballos, Diomedes.
Y así habló Agamenón, dirigiéndose entonces a Ideo:

—Ya escuchaste, ¡oh Ideo!, lo que los aqueos responden,
y en verdad que me agrada la forma con que han contestado.
No me opongo, no obstante, a que sean quemados los muertos
porque toda demora debiera evitarse en las honras

entregando a las llamas al punto a los hombres que han muerto.[143]
Zeus tonante, el esposo de Hera, me sea testigo.

Dijo así, y levantó en llamamiento a los dioses su cetro,
y momentos después volvió Ideo a Ilión la sagrada.
En el ágora estaban aún los troyanos y dárdanos,
aguardando anhelantes a que regresara a ella Ideo.
Y una vez entre ellos les dio la respuesta el heraldo.

Todos ellos al punto estuvieron dispuestos, los unos
para ir por los muertos, los otros para ir por la leña.
De sus naves bancadas los de Argos salieron, los unos
para ir por los muertos, los otros para ir por la leña.

[La tregua. Construcción del muro]

Con sus rayos hería ya el sol nuevamente los campos,
mientras íbase, desde el Océano hondo y tranquilo,
elevando a los cielos, cuando unos con otros mezcláronse.
Resultaba difícil saber qué guerrero era el muerto,
mas lavaban su sangre con agua y vertiendo sobre ellos
ardentísimo llanto los iban subiendo a los carros.

No quería el rey Príamo el llanto; en silencio, afligidos
dentro del corazón, a la pira los muertos llevaron,
y una vez encendida la hoguera volvieron a Troya.
Los aqueos de grebas hermosas, también afligidos
dentro del corazón, a la pira los muertos llevaron
y, encendida la hoguera, a las cóncavas naves volvieron.

143. Las honras fúnebres por los caídos en combate son preferentes a cualquier otra actividad.

No apuntaba aún la Aurora, mas ya alboreaba en la noche,
cuando, en torno a la pira, reuniéronse algunos aqueos.
Donde hicieron la pira después levantaron un túmulo
con la tierra del llano; erigieron al punto altas torres
con un muro que fuera reparo a las naves y a ellos
y montaron las puertas con bien ajustados maderos
mas muy amplias para que pudieran cruzarlas los carros
y cavaron delante del muro un gran hoyo profundo
y unas gruesas estacas clavaron después en el borde.

Mientras los melenudos aqueos así trabajaban,
ante Zeus que en el rayo se goza, los dioses sentados,
la obra de los aqueos de cotas de bronce miraban.
Posidón que sacude la tierra habló a todos diciendo:

—Padre Zeus, ¿qué mortal de la tierra infinita algún día
querrá que sus proyectos e ideas los dioses conozcan?[144]
¿No ves que los aqueos de largos cabellos delante
de las naos construyeron un muro y ciñéronle un foso,
sin haber ofrecido a los dioses perfecta hecatombe?
Verás cómo se extiende su fama por cuanto la Aurora
ilumina, y se olvida el que yo y Febo Apolo labramos
una vez para el gran Laomedonte con mucha fatiga.

Y repúsole Zeus, el que nubes reúne, irritado:

—¡Dioses! Quebrantador de la tierra, ¿qué cosas has dicho?
A otro dios inferior a ti en fuerzas y en ánimo, acaso
le podría asustar esta idea, mas no a ti te asuste,
cuya fama se extiende al igual que la luz de la Aurora.
Pero en cuanto los hombres aqueos de largos cabellos
a su patria feliz en sus cóncavas naves regresen,

144. Sin duda el comentario anticipa el ardid de Ulises, ingeniero y constructor del caballo de Troya, inspirado por la diosa Atenea, que se le apareció en sueños.

ese muro derriba y arrójalo entero en el ponto
y enarena otra vez esta playa anchurosa de forma
que del gran muro aqueo no quede ni rastro siquiera.

Tales cosas estaban diciendo los dioses entre ellos.
Cuando el sol se ocultó los aqueos el muro acabaron;
unos bueyes mataron, cenaron después en sus tiendas.

Portadores de vino llegaron navíos de Lemnos
y eran muchos y los enviaba el pastor de los hombres
el Jasónida Euneo, hijo del rey Jasón e Hipsipila;[145]
entregó a Agamenón y le dio a Menelao, los Atridas,
mil medidas aparte, del vino más dulce el Jasónida.
A las naos los aqueos de largos cabellos llegaron
y compraban el vino con bronce o con hierro brillante,
y otros se lo compraban con pieles y algunos con vacas
o con siervas. Y se prepararon un grande banquete.
Los aqueos de largos cabellos, durante la noche,
del festín disfrutaron; lo mismo en la villa los teucros.
Por la noche pensó Zeus la forma de hacerles gran daño.
Y espantable tronó y todos ellos sintieron gran miedo.
De las copas el vino cayó por el suelo, y ninguno
a beber se atrevió ni a libar por el fuerte Cronida.
Acostáronse luego y el don recibieron del sueño.

145. Jasón fue el ínclito héroe que junto a los tripulantes de la nave Argos o argonautas, partió hacia la Cólquida en busca del vellocino de oro, prueba que le había impuesto su tío Pelias para devolverle el reino que Jasón le reclamaba.

CANTO VIII

[Se prohíbe la intervención de los dioses]

Con su velo azafrán se extendió por la tierra la Aurora
cuando Zeus que en el rayo se goza reunió a las deidades
en el ágora, sobre la cumbre mayor del Olimpo.
Y así habló mientras ellas oían atentas sus voces:
—Escuchadme ahora todos, ¡oh dioses y diosas felices!,
y os diré lo que mi corazón en el pecho me dicta.
Que ningún dios ya sea varón, ya sea hembra, se atreva
a impedir de una forma o de otra las órdenes mías,
antes bien, acatadlas de modo que al punto se cumplan.
A quien, sin que lo ordene, yo vea alejarse de todos,
y ayudar a los teucros o bien socorrer a los dánaos
volverá golpeado de forma afrentosa al Olimpo,
o bien lo agarraré y lanzaré al oscurísimo Tártaro,
lejos, en lo más hondo del báratro, bajo la tierra,
con sus puertas de bronce y sus grandes portones de hierro,
y tan hondo en el Hades cual sobre la tierra está el cielo,
y sabrá entonces que mi poder aventaja al de todos.
Y si no haced la prueba y veréis de qué modo os convenzo:
suspended de la cumbre del cielo una áurea cadena
y agarraos a ella con fuerza todos los dioses y diosas
y del cielo a la tierra jamás arrastrarme podríais
a mí, a Zeus soberano, aunque mucho os llenéis de fatiga.

Y si yo me resuelvo a tirar me traeré sin esfuerzo
a la tierra y el mar con vosotros, y luego ataría
un extremo de la áurea cadena en la olímpica nube
y todo esto esta vez quedaría flotando en el aire.
De tal modo yo soy superior a los dioses y hombres.[146]

[Así dijo, y quedáronse todos guardando silencio,
meditando las frases severas que Zeus había dicho.
Y Atenea, la diosa de claras pupilas, repuso:

—Padre mío, Cronida, el más grande de los soberanos,
bien sabemos que tu poderío no puede vencerse,
mas sentimos profunda piedad por los dánaos guerreros
que tendrán que morir si se cumple su aciago destino,
pero nos abstendremos de lucha si así nos lo mandas;
mas algún saludable consejo a los dánaos daremos
para que todos ellos no mueran a causa de tu ira.

Y, sonriendo, repúsole Zeus, el que nubes reúne:

—Tranquilízate ya, Tritogenia querida, hija mía;
no hablo muy francamente y por ti desearía ser grato.].

Así dijo, y unció los corceles de cascos de bronce
y de crines de oro, los cuales volaron ligeros.
También él sobre sus miembros puso las armas de oro,
tomó el látigo de oro labrado y montó sobre el carro,
y azotó a los caballos los cuales partieron veloces
entre el cielo y la tierra, en el aire cuajado de estrellas.
Llegó al Ida de las muchas fuentes e innúmeras fieras
ante el Gárgaro, donde había un bosque sagrado y un ara
perfumada; allí el padre de dioses y de hombres detuvo
los caballos del carro y cubriolos con nubes espesas.
Orgulloso de su gran poder se sentó en una loma
a mirar la ciudad de los teucros y la flota aquea.

146. Zeus es omnipotente y padre de dioses y hombres.

[Se reanuda el combate. Derrota de los aqueos]

Los aqueos de largos cabellos comieron aprisa
en sus tiendas, y luego después se vistieron las armas.
También en la ciudad los troyanos vistieron las suyas
y, aunque pocos, estaban dispuestos a entrar en batalla
obligados así a defender a sus hijos y esposas.

Y se abrieron las puertas; salieron las huestes de infantes
y los que peleaban en carros con un gran estruendo.

Cuando hubieron llegado a encontrarse una hueste y la otra,
entre sí los escudos, las lanzas y bríos chocaron
de los hombres armados de bronce, y entonces produjo
un estruendo terrible el chocar de abombadas rodelas.
A la vez eleváronse gritos de triunfo y gemidos;
unos matan y mueren los otros y sangra la tierra.

En la aurora, y en tanto crecía la luz del día sacro,
a unos y otros herían las flechas y muchos morían.
Y, por fin, cuando el sol recorrió la mitad de los cielos,
su balanza de oro tomó el padre Zeus y sobre ella
colocó dos destinos de muerte fatal, el de teucros,
domadores de potros, y aqueos de cotas de bronce;
la cogió por en medio, y pesó más el día fatídico
de los hombres aqueos, llegó hasta la tierra fecunda
mientras el de los teucros subía hasta el cielo anchuroso.[147]
Desde el Ida tronó entonces Zeus con un ruido terrible
y envió a los aqueos al punto su rayo encendido,
los que, al verlo, temblaron crispados de pánico verde.

No quedó Agamenón en la lid, ni quedó Idomeneo,
ni un Ayax ni otro Ayax, servidores entrambos de Ares;
solo Néstor quedó, el protector de los hombres aqueos,

147. Cfr. notas 37 y 83.

contra su voluntad por tener malherido un caballo.
El divino Alejandro, el esposo de Helena de hermosa
cabellera, lo hirió con un dardo en lo alto del cráneo
donde nacen las crines y son las heridas mortales.
El caballo saltó cuando entró en su cerebro la flecha
y espantó a los demás al querer sacudir de sí el bronce.
Mientras dábase prisa el anciano en cortar con la espada
las correas, por entre las huestes llegaron los rápidos
potros de Héctor, tirando del carro en el que iba el guerrero
Héctor; y el noble anciano allí hubiese perdido la vida
si el de grito potente Diomedes no hubiéralo visto
y gritádole a Ulises de un modo terrible, diciendo:

—¡Laertíada, raza de Zeus, agudísimo Ulises!
¿A dónde huyes igual que un cobarde, volviendo la espalda?
Mira que alguien, en ella, al huir, no te clave una pica;
pero aguarda y al viejo apartemos del duro guerrero.

[Vanos esfuerzos de Diomedes]

Así dijo, y Ulises divino y paciente, no oyéndolo,
a las cóncavas naves aqueas se fue a toda prisa.
El Tidida, aunque solo, pasó entre las filas primeras
detúvose enfrente del carro de Néstor, el hijo
de Neleo y, ante él, pronunció estas palabras aladas:

—Los más jóvenes hombres, ¡oh anciano!, te están {acosando;
tu vigor se quebró y la molesta vejez te acompaña;
tu escudero no es fuerte y ya son tus caballos muy lentos.
[Pero sube a mi carro y así podrás ver qué ligeros
los caballos de Tros atraviesan la vasta llanura,
ya atacando al contrario, o dispuestos a huir velozmente,
los que a Eneas quité y son los dos de derrotas maestros.]
De ellos que cuiden los escuderos, y en estos vayamos

contra los domadores de potros, los teucros. Y que Héctor
sepa con qué furor en mis manos se mueve la lanza.

Dijo, y le obedeció el viejo Néstor, señor de los carros.
De las yeguas de Néstor entonces cuidaron los bravos
escuderos Esténelo y Eurimedonte el intrépido.
Ya ambos héroes subidos al carro del bravo Diomedes,
con las manos asió Néstor las brillantísimas riendas,
aguijó los caballos y pronto se hallaron ante Héctor.
Y al ver a este atacarlos un dardo arrojole el Tidida,
pero el tiro falló, mas con él logró herir al auriga
Eniopeo, hijo del animoso Tebeo, en el pecho,
cerca de la tetilla, que estaba empuñando las riendas.
De su carro cayó y los veloces corceles paráronse;
de este modo acabaron la vida y valor del guerrero.

Al ver muerto al auriga Héctor tuvo una hondísima pena;
y, a pesar de dolerle el amigo, dejolo en el suelo
y se puso a buscar otro auriga que fuera valiente.
Los caballos muy poco estuvieron allí sin auriga,
porque halló al valeroso Arqueptólemo, el hijo de Ifito,
a quien hizo a su carro subir y entregole las riendas.

Ruinas e irreparables estragos se hubieran causado
y en Ilión, al igual que corderos, los teucros se hallaran,
de no haberlo advertido así el padre de dioses y de hombres,
y, tronando de forma espantosa, lanzó un rayo ardiente[148]
que en la tierra cayó frente al carro del bravo Diomedes.
Levantose una llama espantosa de azufre quemado;
los caballos, debajo del carro, asustados, metiéronse,
y escaparon las riendas purpúreas de manos de Néstor
que con pánico en el corazón dirigiose a Diomedes:

148. Aunque el dios que gobierna les fenómenos naturales es Poseidón, el rayo de Zeus resulta implacable.

—¡Oh Tidida! Dirige a la huida los fuertes caballos.
¿No conoces que Zeus te retira con esto su ayuda?
Es a otro a quien Zeus el Cronida hoy otorga la gloria;
otro día lo hará con nosotros si así le parece.
No hay un hombre mortal que el designio de Zeus contraríe,
por muy fuerte que sea, pues él es aún más poderoso.

Y el de grito potente, Diomedes, repuso diciendo:

—Cuantas cosas me has dicho, ¡oh anciano!, oportunas {han sido,
pero en mi ánimo y mi corazón siento pena infinita
que Héctor diga algún día, arengando a los hombres troyanos:
«Perseguido por mí huyó el Tidida a buscar su navío».[149]
De esto se jactará. ¡Ay, ojalá me devore la tierra!

Y repúsole Néstor, el viejo señor de los carros:

—¡Ay de mí! ¿Qué dijiste, hijo del belicoso Tideo!
Si Héctor dice algún día de ti que eres vil y cobarde,
no creerán sus palabras jamás ni troyanos ni dárdanos,
menos aún las mujeres de los excelentes guerreros,
a las que los floridos esposos tu lanza ha vencido.

Así dijo, y volvió hacia la huida los fuertes caballos,
a través de la turba. Y los teucros y Héctor, lanzando
grandes gritos, hacían llover los venablos dañosos.
Y el gran Héctor del casco brillante gritó con voz fuerte:

—¡Ah Tidida! Los dánaos de raudos corceles te daban
preferencia al sentarte, manjares y copas de vino,

149. Que el enemigo tenga conocimiento de un acto de cobardía es gran deshonor para el guerrero homérico.

y hoy te despreciarán porque en una mujer te has cambiado.[150]
[¡Vete, tímida moza! Ya no escalarás nuestras torres,
ni podrás derrotarme y llevarte así a nuestras mujeres
a tus naves, porque antes habré de quitarte la vida.]

Dijo así, y el Tidida dudó entre seguir escapando,
o girar ahora el carro y trabar con él duro combate.
Y dudó por tres veces en su corazón y en su ánimo
y tres veces el próvido Zeus tronó en lo alto del Ida,
anunciando a los teucros desquite en glorioso combate.
Y Héctor los animaba, diciendo a los teucros a gritos:

—¡Teucros, licios y dárdanos que sois en el cuerpo a cuerpo
tan expertos! Sed hombres, ¡oh amigos! Mostrad vuestra audacia.
Sé que Zeus esta vez me concede benévolo el triunfo;
y una gloria infinita, y la ruina promete a los dánaos.
[¡Necios! Han construido estos muros mezquinos y débiles
que no habrán de poder contener nuestro arrojo, y ahora
los caballos podrán franquear este foso excavado.
Cuando llegue a las cóncavas naves y esté a bordo de ellas
acordaos de entregarme las llamas que todo devoran
para que las incendie y les quite la vida junto a ellas
a los hombres argivos, a los que habrá el humo aturdido.]

Dijo así, y exhortó a los caballos con estas palabras:

—Ahora, Janto, Etón y Podargo y tú, Lampo divino,
debéis todos pagarme esta vez los cuidados tan grandes[151]
con los cuales Andrómaca, la hija de Etión el magnánimo,
os servía el dulcísimo trigo y el vino os mezclaba

150. La mujer, en una sociedad patriarcal antigua, tenía asignadas tareas relativas a la casa, al marido y a los hijos, y en cambio, al varón se le atribuía la guerra, razón que justificaría su virilidad.

151. En la antigüedad grecorromana los caballos recibían grandes cuidados por ser considerados importantes armas de guerra, además de por su utilidad para el transporte y las labores en el ámbito rural.

para que así vuestra hambre calmarais, bebiendo, y aún antes
que a mí, con ufanarme de ser su marido florido.
[¡Corred, pues, y esforzaos para ver si consigo apropiarme
del escudo de Néstor, la fama del cual llega al cielo
porque es de oro, incluyendo las barras y la abrazadera,
y arrancamos al gran domador de caballos, Diomedes,
de los hombros la cota labrada que Hefesto le hizo.[152]
Creo que si logramos hacernos con estas dos cosas
los aqueos se irán esta noche en sus cóncavas naves.

[Vana indignación de Hera]

Dijo así, y se ufanó. Y se indignó la augustísima Hera.
Agitose en su asiento y tembló el Olimpo anchuroso.
Al gran dios Posidón se volvió y comenzó de este modo:

—¡Dioses! ¡Oh poderoso señor que la tierra sacudes!
¿No hay en tu corazón compasión por los dánaos que mueren?
A tus templos de Hélice y Egas llevaron muchísimas
y valiosas ofrendas. ¿Por qué no les das la victoria?
Si los dioses, los que a los aqueos valemos, quisiéramos
contener a Zeus longividente y batir a los teucros,
este, con su tristeza, estaría en lo alto del Ida.

E, irritado, repúsole aquel que la tierra sacude:

—¿Qué palabras dijiste, Hera, la de la lengua imprudente?
No quisiera que los demás dioses lucháramos contra
Zeus Cronión porque a todos nosotros en mucho aventaja.]

152. Los héroes poseen armas de extraordinaria belleza y de gran calidad: conseguirlas es un triunfo personal y símbolo de incuestionable prestigio ante los demás.

Mientras tales palabras entre ellos estaban cambiando,
el espacio de foso que va de la torre a las naves
se llenó de caballos y de hombres provistos de escudos
a los que encerró allí Héctor, el hijo de Príamo y émulo
del ardiente Ares, cuando Zeus quiso otorgarle la gloria.
Y a las naves hubiese prendido las llamas ardientes,
pero dio a Agamenón la augustísima Hera la idea
de animar al momento y él mismo a los hombres aqueos.
Y él entonces se fue hacia las tiendas y naves aqueas
sosteniendo en el brazo robusto su manto purpúreo;
subió entonces al negro y potente navío de Ulises
que se hallaba en el centro entre todas las naves y tiendas
para que unos y otros lo oyeran, Ayax Telamonio
por un lado y Aquiles por otro, pues en los extremos,
confiando en sus fuerzas y brazos, pusieron las naves.
Y con voz penetrante gritó de este modo a los dánaos:

—¡Qué vergüenza, oh argivos indignos, figuras tan solo!
¿Dónde está la jactancia con que nos gloriábamos todos
de ser bravos el día en que en Lemnos fanfarroneábamos,
devorando tajadas de toros de frentes cornudas
y bebiendo las cráteras llenas de vino hasta el borde?:
cada uno iba a hacer frente a cien o doscientos troyanos
en la lucha, mas todos ahora no sois suficientes
contra uno tan solo, Héctor, que quemará nuestras naves.
¡Padre Zeus! ¿Diste tanta desgracia y privaste de gloria
de tal modo, a algún otro de los prepotentes monarcas?
No he pasado de largo en la nave de innúmeros bancos
por delante de tus bellas aras cuando aquí venía,
sin quemar para ti grasa y muslos de buey, deseoso
de, algún día, asolar la ciudad bien murada de Troya.
Por lo tanto, suplícote, ¡oh Zeus!, que este ruego me cumplas:
deja, pues, que escapemos y líbranos de este peligro,
y haz tú que los aqueos no mueran a manos troyanas.

Así dijo, y el Padre, sintiendo piedad de su llanto,
le otorgó que su pueblo salvárase y no pereciera.
Y al momento le envió la mejor de las aves, un águila
que un cervato tenía en las garras, y él quiso que este
se cayera en las aras en donde ofrecían los dánaos
sacrificios a Zeus, de quien todo presagio proviene.
Comprendieron que Zeus les había enviado aquella ave
y lanzáronse sobre los teucros con ímpetus nuevos.

No hubo dánao, con ser tantos, que se ufanara ese día
de cruzar con sus potros veloces el foso, primero
que el Tidida, ni haber presentado combate a los teucros.
Fue el primero que a un teucro mató, a Agelao el Fradmónida,
quien entonces, subido en su carro, emprendía la fuga;
en la espalda la pica le hundió entre un hombro y el otro
y la punta del asta salió por en medio del pecho.
Y del carro cayó y resonaron al golpe sus armas.

Luego fue Agamenón y también Menelao, los Atridas,
y tras ellos entrambos Ayax con valor impetuoso,
después fue Idomeneo, y al que a Idomeneo seguía,
rival del que a los hombres mataba, Enialio, Meriones;
luego el hijo del noble Evemón, el preclaro Euripilo,
y en noveno lugar Teucro que, con el arco flexible,
se escondía detrás del escudo de Ayax Telamonio;
el escudo apartó Ayax; tras él miró Teucro prudente,
y después a un guerrero alcanzó con su flecha certera,
entre la multitud, que cayó con herida de muerte
y corrió a refugiarse, lo mismo que un niño en su madre,
tras de Ayax que otra vez lo cubrió con su escudo brillante.

¿Qué troyanos primero y postrero abatió Teucro eximio?[153]
El primero fue Orsícolo, luego Ofelestes y Ormeno,

153. La fama de los héroes era conocida por persona de toda condición. Cfr. nota 120.

Détor, Cromio y también Licoontes igual que los dioses,
después a Amopaón Poliemónida y a Melanipo.
Uno a uno tendió a todos sobre la tierra nutricia.
Y con ello gozó Agamenón, el señor de los hombres,
al ver que a los troyanos mataba con su arco potente,
y, acercándose a él, le habló de esta manera, diciendo:

—Caro Teucro, hijo de Telamón, buen caudillo de hombres,
continúa tirando por si eres la luz de los dánaos
y honor de Telamón, de tu padre, que cuando eras niño
en su hogar te crió y educó, aun cuando fueras bastardo;
ya que lejos de aquí está, procura cubrirlo de gloria.
Mas te voy a decir una cosa y habrá de cumplirse
si concédenme Atenea y Zeus el que lleva la égida
destruir la ciudad bien murada de Troya, en la mano
te pondré como premio de honor, solo menos que el mío,
bien un trípode de oro, o un carro con sus dos caballos,
o una hermosa mujer que comparta contigo tu lecho.

Y repúsole de esta manera el magnífico Teucro:

—Gloriosísimo Atrida, ¿por qué, si soy bravo, me excitas?
Mientras fuerzas me queden no habré de cejar un momento.
Desde que los hicimos volverse hacia Troya vencidos,
no dejé de valerme del arco matando guerreros;
ocho flechas de punta afilada tiré y se clavaron
en los cuerpos de jóvenes llenos de gran valentía,
mas no logro llegar a tocar a ese perro rabioso.

Así dijo, y la cuerda vibró al disparar otra flecha
hacia Héctor con el gran deseo de herirlo, y tampoco
lo acertó, mas entonces hirió a Gorgitón el ilustre
en el centro del pecho; era un hijo valiente de Príamo,
a quien este engendró en una esposa venida de Esima,
que en el cuerpo a una diosa era igual, Castianira la bella.
Igual que en un jardín la amapola reclina su tallo

bajo el peso del fruto o la lluvia de la primavera,
así aquel, bajo el peso del casco, inclinó la cabeza.

Hizo Teucro la cuerda vibrar al lanzar otra flecha
hacia Héctor con el gran deseo de herirlo y tampoco
lo acertó, porque Apolo logró desviar la saeta,
mas hirió ella a Arqueptólemo, el bravo cochero de Héctor,
en el pecho, junto a la tetilla, al lanzarse a la lucha.
De su carro cayó y los veloces corceles paráronse;
de este modo acabaron la vida y valor del guerrero.
Al ver muerto al auriga Héctor tuvo una hondísima pena;
y, a pesar de dolerle el amigo, dejolo en el suelo.
Y a su hermano Cebriones mandó, que se hallaba allí cerca,
que empuñase las riendas del carro. Y cumplió él esta orden.

Y él entonces saltó desde el carro brillante hasta el suelo
y, gritando de un modo terrible, cogió una gran piedra
y hacia Teucro se fue con afán de acertarlo y herirlo,
y este entonces tomó de la aljaba una flecha siniestra.
Ya la cuerda tensaba cuando Héctor del casco brillante
en el hombro le dio donde el cuello del pecho sepárase,
y su nervio rompió; allí la herida no suele curarse
hecha por la agudísima piedra de quien quiso herirlo,
y quebrose la cuerda y el brazo se hinchó en la muñeca
y de hinojos cayó y escapó de sus manos el arco.
Pero Ayax no dejó abandonado al hermano en el suelo,
pues corrió a defenderlo y cubrió con su escudo su cuerpo,
bajo el cual lo sacaron dos de sus más fieles amigos,
Mecisteo, hijo de Equio, y con este Alastor el divino,
que a las cóncavas naos lo llevaron con grandes suspiros.

[Los aqueos vencidos]

El Olímpico al punto excitó de los teucros la audacia,
quienes a los aqueos hicieron cruzar el gran foso.

Héctor iba delante de todos mostrando su fuerza.
Como el perro que acosa en los bosques, con ágiles patas,
por detrás, bien a algún jabalí o un león, y lo muerde
ya en las nalgas o muslos y observa si vuelve la cara,
acosaba Héctor a los aqueos de largos cabellos
y al que se rezagaba mataba y los otros huían.
[Cuando la empalizada y el foso cruzaron huyendo,
sucumbieron muchísimos de ellos a manos troyanas;]
los demás no pararon sino cuando hallaron las naves,
y entre sí se animaban alzando los brazos al cielo
y a los dioses oraban entonces clamando en voz alta,
mientras Héctor hacía correr sus crinados corceles,
con los ojos de Ares, azote del hombre, o Gorgona.[154]

[Hera y Atenea intentan intervenir]

Y piedad sintió Hera, la diosa de brazos nevados,
y volviose a Atenea y le habló con palabras aladas:

—¡Dioses! Hija de Zeus portador de la égida, ¿acaso
dejaremos de dar nuestro apoyo a las huestes aqueas?
Porque todos habrán de sufrir una muerte terrible
por la audacia de un hombre, Héctor, hijo de Príamo, cuya
sinrazón se hace ya intolerable. Causó un gran estrago.

Y Atenea, la diosa de claras pupilas, le dijo:

—Hace tiempo que hubiera perdido la fuerza y la vida,
en su tierra paterna y a manos de los hombres de Argos,
mas mi padre en su muerte revuelve funestos propósitos,
injustísimo y siempre feroz, que mis planes deshace.

154. Divinidad femenina protectora de ámbitos sagrados como los templos: quien la miraba, quedaba petrificado. Una de las gorgonas era Medusa, monstruo con cabellera de serpientes venenosas.

No recuerda las veces que fui salvadora de su hijo[155]
abrumado por cuantos trabajos le impuso Euristeo.
A los cielos clamaba llorando y a mí Zeus entonces
desde lo alto del cielo me enviaba a prestarle mi ayuda.
¡Si mi mente avisada estas cosas hubiese sabido
cuando aquel le hizo cruzar las sólidas puertas del Hades
para que del Erebo sacara a ese can espantoso,[156]
nunca hubiera escapado a las hondas corrientes estigias!
Pero por complacer los deseos de Tetis me odia
[pues besó sus rodillas y luego tocole la barba,
suplicando que a Aquiles honrara, el que villas destruye].
Día habrá en que me llame otra vez hija de claros ojos.
Pero, vamos, prepara los potros de cascos macizos,
mientras voy al palacio de Zeus, portador de la égida
y me visto las armas de guerra y nos vamos a ella;
quiero ver si al del casco brillante, Héctor, hijo de Príamo
le complace encontrar a las dos en el campo de guerra,
o más bien si algún teucro será de los perros y pájaros
pasto de carne y grasa delante de las naos aqueas.

Dijo, y obedeció Hera, la diosa de brazos nevados.
Y marchose a equipar los caballos de jaeces de oro,
Hera, diosa augustísima, hija del magno Cronida.

Y Atenea, la hija de Zeus portador de la égida,
sobre el suelo de casa del padre dejó que cayese
el magnífico peplo que había ella misma bordado,
y de Zeus, el que nubes reúne, vistiose la túnica
y se armó con las armas de la luctuosa batalla.
Subió al carro brillante y en él empuñó la fornida
larga lanza, con la que la hija del Omnipotente,
si se aíra, destruye las filas enteras de héroes.

155. Se refiere a Heracles, a quien Euristeo impuso los doce trabajos.
156. El can Cerbero, monstruo de tres cabezas y cola de serpiente que vigilaba la entrada del Hades, y que debía ser apresado y sacado de los infiernos, según se estipulaba en uno de los doce trabajos de Heracles.

Fustigó con el látigo Hera a los raudos corceles.
Por sí mismas se abrieron crujiendo las puertas celestes
que vigilan las Horas que cuidan del cielo anchuroso
y el Olimpo, y las abren o cierran con muy espesa nube.
Y por ellas pasaron los potros al látigo dóciles.

Pero Zeus, desde el Ida, las vio y montó en cólera al punto
y con este mensaje mandó a Iris, la de alas de oro:

—Vete, rápida Iris. Haz que vuelvan y no les dejes
que se acerquen a mí; será triste que luchen conmigo.
Mas te voy a decir una cosa y habrá de cumplirse:
romperé los jarretes de sus poderosos caballos,
les haré sobre el suelo caer, romperé luego el carro
y diez años habrán de pasar uno y otro, sin que ellas
curen de las heridas que habrá de causarles mi rayo.
La de claras pupilas sabrá cuán penosa es la lucha
contra el padre. No tanto furor ni ira siento contra Hera,
puesto que hecho ya estoy a que a cuanto yo digo se oponga.

Dijo, e Iris la de pies veloces partió como el viento.
Desde lo alto del Ida llegó hasta el altísimo Olimpo;
a la primera puerta encontró, del Olimpo escarpado,
a las diosas y dioles la orden de Zeus el Cronida:

—¿Dónde vais? ¿Y por qué el corazón se os aíra en el {pecho?
El Cronida os prohíbe ayudar a los hombres argivos,
el Cronión amenaza cumplir todos estos castigos
romperá los jarretes de los poderosos caballos,
os hará sobre el suelo caer, romperá luego el carro
y diez años habrán de pasar uno y otro, y ninguna
curará las heridas que habrá de causaros su rayo.
La de claras pupilas sabrá cuán penosa es la lucha
contra el Padre. No tanto furor ni ira siente contra Hera,
puesto que hecho ya está a que se oponga a las cosas que dice.

[Pero, ¡oh impúdica perra!, tú eres terrible entre todas,
si te atreves a alzar contra Zeus la monstruosa azagaya.]

Así dijo, y se fue Iris la de ligerísimas plantas.
Y habló entonces a Atenea Hera con estas palabras:

—¡Dioses! Hija de Zeus portador de la égida, ahora
no deseo que por los mortales con Zeus combatamos.
Mueran unos y vivan los otros, quienquiera que sea.
Y que aquel sea juez de la fama que le corresponda,
y que dé a los troyanos y dánaos lo que a él le parezca.

Así dijo, y las riendas torció a los solípedos potros.
Desuncieron las Horas los raudos caballos crinados,
los ataron a unos pesebres divinos, y el carro
apoyaron después sobre el muro brillante, a la entrada.
En sus tronos de oro, mezcladas con los otros dioses,
se sentaron las diosas con el corazón afligido.

[Zeus afirma su voluntad de apoyar a los troyanos]

Los caballos y el carro de ruedas hermosas, Zeus Padre
desde el Ida al Olimpo condujo, y llegó ante los dioses.
Desunció a los corceles el dios que sacude la tierra,
puso el carro en su sitio y un lienzo le echó por encima.
Y Zeus longividente sentose en su trono de oro
y debajo de sus pies temblaba el Olimpo anchuroso.
Lejos, solas, Atenea y Hera sentábanse aparte,
alejadas de Zeus, sin hablar de la cosa más mínima.
Mas en su ánimo él supo en qué estaban pensando y les dijo:

—¿Por qué tan afligidas estáis, Atenea y tú Hera?
No os habréis fatigado en la lucha donde hallan la gloria
los varones, matando a los teucros a los que odiáis ambas.
Mas mi fuerza y mis manos invictas son tales que nunca

cuantos dioses encierra el Olimpo cambiaran mis planes.
¡Y qué pronto en vosotras temblaron los miembros hermosos
antes de que llegarais a ver el combate y sus hechos!
[Y os diré lo que hubiera ocurrido en un caso distinto.
Por el rayo abatidas, no hubieseis tornado en el carro
al Olimpo, en el cual la mansión de los dioses se encuentra.]

Dijo, y Hera y Atena, que juntas estaban sentadas
y pensaban dañar a los teucros, los labios mordiéronse.

Atenea guardaba silencio aunque estaba airadísima,
poseída por una gran cólera contra su padre,
pero a Hera la furia venció y exclamó de este modo:

—¡Oh terrible Cronión! ¿Cómo a hablar de este modo te atreves?
Bien sabemos que no hay modo de dominarte la fuerza,
mas sentimos profunda piedad por los dánaos guerreros,
que su muerte verán y cumplirse su aciago destino.
Si lo ordenas ya no intentaremos de nuevo la lucha,
mas daremos algún buen consejo a los hombres aqueos
para que, por tu saña abatidos, no todos perezcan.

Y repúsole Zeus, el que nubes reúne, diciendo:

—A la Aurora, si quieres, verás cómo el fuerte Cronida,
¡oh augustísima Hera que tienes pupilas de utrera!,
mata a los belicosos aqueos en masas ingentes.
El valiente Héctor no dejará de luchar mientras junto
a las naos no se alce el Pelida de los pies ligeros
ese día en que junto a las popas, con una terrible
pena luchen por cobrar el cuerpo del muerto Patroclo.[157]
Así está decidido y me importa muy poco tu cólera,

157. Obsérvese la premonición. Patroclo era el criado y escudero de Aquiles, quien le profesaba gran estima.

y aunque seas capaz de marcharte al confín postrimero
de la tierra y del mar donde Cronos y Japeto habitan,
que los rayos del Sol Hiperión no disfrutan siquiera,
ni las auras, y están rodeados por el hondo Tártaro,
aunque, errante, tú llegues allí no me importa tu enojo,
porque nada hay que tan perro sea como tú lo eres.

Dijo, y nada repuso Hera, diosa de brazos nevados.
Y cayó en el Océano la luz del cielo esplendente
y a la tierra nutricia le trajo la noche sombría.
Apenó a los troyanos el ver que la luz se ocultaba,
mas la noche fue por los aqueos muy bien recibida.

[La noche detiene a los troyanos ante el campo aqueo]

A los teucros reunió en asamblea el magnífico Héctor,
en la orilla del río veloz, de las naos apartados,
en lugar limpio donde, en la tierra, no había cadáveres.
De sus carros bajaron a tierra y oyeron la arenga,
que el amado de Zeus, Héctor, a ellos estaba lanzando,
arrimado a su pica, la cual once codos medía,
cuya punta de bronce se hallaba sujeta por medio
de un anillo de oro, y habló a los troyanos diciendo:

—Escuchadme, troyanos y dárdanos y mis aliados.
En el día de hoy, destruidas las naves y aqueos
esperaba volver a la villa ventosa de Troya.
Mas las sombras vinieron primero y así se han salvado
los argivos y las naos que sobre la playa han varado.
Obediencia a la noche sombría prestemos, y ahora
preparemos la cena; los potros de crines hermosas
desuncid de los carros, y el pienso ponédselo cerca.
Pronto bueyes y gruesas ovejas traed de la villa,
y traed pan y vino dulcísimo de nuestras casas,

acopiad cuanta leña podáis y encendamos hogueras
que ardan toda la noche hasta que llegue la hora del alba,
hija de la mañana, y que llegue su luz hasta el cielo,
no sea que los aqueos de largos cabellos intenten
a favor de la noche escapar por la espalda del agua.
Que no embarquen tranquilos sin ser molestados al menos;
que haya alguno que tenga que ir a curarse en su casa
por haber recibido una aguda lanzada o un flechazo
al subir a las naos, y que sirva de ejemplo a quien ose
mover guerra funesta a los teucros que doman caballos.
Los heraldos amados de Zeus partirán a la villa
a ordenar a los jóvenes y a los ancianos canosos
que reúnanse en torno a la villa en los muros divinos,
que las tiernas mujeres enciendan, cada una en su casa,
grandes fuegos y que sin descanso la guardia mantengan,
no sea que el enemigo entre allí, si no están los guerreros.
Hágase de este modo que os digo, magnánimos teucros.
[Dije ya las palabras que creo que a todos convienen.
Luego, al alba, hablaré a los troyanos que doman caballos.]
Y confío yo en que con la ayuda de Zeus y los dioses
lograré echar de aquí de una vez a esos perros rabiosos
[que, embarcados en negros navíos, trajeron las parcas].
Por la noche debemos montar una guardia segura
y mañana, a la aurora, podremos vestirnos las armas,
y la guerra luctuosa a las cóncavas naos llevaremos.
Y yo entonces sabré si el fornido Diomedes Tidida
de las naos me rechaza [hasta el muro, o bien si yo lo mato
con el bronce y me puedo llevar sus sangrientos despojos.
Probará su bravura mañana, si me aguarda cuando
con la lanza lo ataque, y confío en que, herido por ella,
caerá con los primeros y con numerosos amigos
así que salga el sol.] ¡Ojalá tan seguro tuviera
el estar eximido de toda vejez y de muerte
y gozar el honor de que goza Atenea y Apolo,
como para los hombres aqueos será triste el día!

De este modo Héctor los arengó, y lo aclamaron los teucros.
Les quitaron a los numerosos caballos el yugo,
los ataron después a sus carros con bridas de cuero;
de la villa trajeron los bueyes y gruesas ovejas,
de sus casas trajeron el pan y el dulcísimo vino,
acopiaron la leña y después encendieron hogueras
[y hecatombes perfectas hicieron a todos los dioses]
y el olor de la grasa las auras llevaron al cielo,
[mas la ofrenda no les aceptaron los dioses dichosos
pues odiaban a Ilión la sagrada, lo mismo que a Príamo
y que al pueblo de Príamo, armado con lanzas de fresno].

Así, tan alentados, pasaron entera la noche
en el campo, y ardieron entonces hogueras innúmeras.
Al igual que en el cielo los astros en torno a la luna
resplandecen radiantes los días que el viento no sopla
y altas nubes se ven y se ven promontorios muy altos
y los valles, y el éter nos muestra desnudas de velos
las estrellas, y su corazón al pastor se le alegra,
ante el Janto y las naves brillaban los fuegos que habían
encendido delante de Troya los hombres troyanos.
Mil hogueras había en el llano y en torno a cada una
se agrupaban cincuenta guerreros delante del fuego.
Los caballos, comiendo la avena y la blanca cebada
aguardaban, cerca de los carros, la Aurora de oro.

CANTO IX

[Asamblea nocturna entre los aqueos]

Así el campo guardaban los teucros, y mientras se había
señoreado la Fuga, la amiga del pálido Miedo.
de los más valerosos aqueos que estaban sufrientes.
Como al mar habitado por peces conmueven los vientos
cuando llegan de pronto de Tracia, el Bóreas y el Céfiro,
y las olas negruzcas entonces levantan muy altas
y en la playa y la orilla vomitan innúmeras algas,
en los pechos aqueos así el corazón palpitaba.

El Atrida, con el corazón poseído de pena,
daba órdenes a los heraldos de voces sonoras
para que convocaran al ágora nominalmente
en voz baja a los jefes, y él mismo los iba llamando.
Acudieron muy tristes y ante Agamenón se sentaron,
que lloraba cual fuente que vierte sus aguas sombrías
en un chorro humeante lanzado de altísima peña;
con profundos suspiros habló a los argivos, diciendo:

—¡Compañeros y jefes y príncipes de los argivos!
En terrible infortunio me envuelve a mí Zeus el Cronida.
¡Cruel! Que me prometió y asimismo me dio por seguro
no irme sin destruir la ciudad bien murada de Troya.
Todo ha sido un engaño funesto, pues ahora me ordena
regresar a Argos y sin honor y con tanto hombre muerto.

[Por lo tanto, será este el placer de Zeus Omnipotente,
que aterró de tan altos y fuertes castillos las torres
y otras muchas habrá de aterrar con su brío invencible.]
Pero todos obremos tal como yo voy a deciros.
A la tierra paterna escapemos en nuestros navíos,
pues ya no tomaremos a Troya, ciudad de anchas calles.

Así dijo, y quedáronse todos guardando silencio.
Y duró mucho tiempo el silencio de los tristes dánaos.
Y les dijo por fin el de grito potente, Diomedes:

—Tu imprudencia, ¡oh Atrida!, yo habré de empezar {combatiendo
como es justo en el ágora. Rey, no te enojes por ello.
Mi valor injuriaste delante de todos los dánaos,
me llamaste cobarde y muy débil. Pero los aqueos
bien conocen la entera verdad, ya sean mozos, o viejos.
De dos cosas te ha dado una sola el artero Cronida:
hizo que honrado fueras por todos a causa del cetro
y el valor te negó, que es, no obstante, la fuerza suprema.
¡Insensato! ¿Crees tú que los hijos del pueblo de Acaya
son tan débiles y tan cobardes quizá como has dicho?
Si es que tu corazón a la fuga te impulsa, ya puedes
ahora mismo marchar; libres tienes la senda y las naves
[en la playa, que aquí de Micenas trajiste en gran número.]
Nos quedamos los otros aqueos de largos cabellos
hasta haber conquistado ya a Ilión. Pero si ellos desean
huir también en sus naves con rumbo a la tierra paterna,
hasta haber acabado con Troya los dos, yo y Esténelo,
lucharemos, pues bajo el favor de los dioses venimos.

Dijo así, y aplaudieron los hombres aqueos lo dicho
por Diomedes, el buen domador de caballos, con plácemes.
Luego se levantó Néstor, el caballero, y les dijo:

—¡Oh Tidida! En la lucha ventajas a todos nos llevas
y en consejos a los de tu edad aventajas a todos,
tanto que no hay aqueo que te contradiga o censure
tus palabras. Empero hasta el fin aún llegar no pudiste.
Joven eres aún; por tu edad fácilmente podrías
ser tú mi hijo menor, pero ya hablas de cosas discretas
a los reyes argivos, y hablaste tal como se debe.
Pero yo que me glorio de ser el más viejo de todos
expondré lo que pienso de todo y no habrá quien desprecie
lo que diga, ya ni Agamenón soberano siquiera.
Sin familia, sin ley, sin hogar, existir debería
todo aquel que desea la lucha funesta intestina.
Obediencia a la noche sombría prestemos,[158] y ahora
preparemos la cena; elijamos a los centinelas
que ante el foso ya abierto y las naves mantengan la guardia.
Se lo digo a los jóvenes. Tú mándalo al punto, ¡oh Atrida!,
puesto que eres el rey soberano y ofrece un banquete
a los jefes, pues digno es de ti y te conviene que lo hagas,
que del vino que traen cada día de Acaya las naves
desde Tracia, a través de la mar, tienes llenas las cubas,
y dispones de lo necesario cual rey poderoso.
Una vez congregados, procura seguir el consejo
del que opine mejor; necesario nos es uno bueno
y prudente, ahora que junto a nuestros navíos encienden
tanta hoguera, mas, ¿quién estas cosas verá alegremente?
Esta noche se habrá de salvar o arruinar el ejército.

Dijo así, y escucharon atentos y lo obedecieron.
Levantáronse los centinelas llevando las armas.
Trasimedes, el hijo de Néstor, pastor de los hombres,
es, luego Ascáfalo y Yálmeno, que eran dos hijos de Ares,
y Afareo, Deipiro y Meriones y el hijo de Creonte,
Licomedes divino; eran siete los jefes vigías.
Y cada uno tenía a su mando a cien jóvenes hombres

158. Cfr. nota 141.

y cada uno tenía en la mano la larga azagaya.
Y después, entre el muro y el foso, sentáronse todos
y encendieron el fuego y después prepararon la cena.

El Atrida a su tienda llamó a los caudillos aqueos
y, reunidos, ante ellos dispuso un banquete magnífico.
Y ellos fueron tendiendo la mano a las cosas servidas.
Cuando ya de comer y beber estuvieron saciados
el consejo mejor que tenía expresó allí el anciano
Néstor, cuya opinión era siempre tenida por buena.
Y con sabias palabras habló de este modo, arengándolos:

—¡Gloriosísimo tú, Agamenón, el Atrida y caudillo!
Yo por ti acabaré y asimismo por ti empiezo ahora,
puesto que a tantos hombres gobiernas y Zeus te ha entregado
cetro y leyes para que protejas a todos tus súbditos.
Debes, pues, exponer tu opinión y escuchar la de todos,
y aun seguir la de aquel que obedezca el impulso de su ánimo
y algo bueno proponga, que a ti ejecutarlo te cumple.
Y te voy a decir lo que más conveniente yo creo;
una idea mejor que la mía jamás tendrá nadie
y hasta hoy la he tenido desde hace muchísimo tiempo,
desde el día en que, ¡oh raza de Zeus!, a la joven Briseida
te trajiste tú aquí de la tienda de Aquiles furioso,
pese a mi voluntad y a pesar de la gran insistencia
con que quise impedirlo, mas tu corazón tan soberbio
no cedió, y despreciaste a un valiente varón al que estiman
las deidades, y le arrebataste su premio y lo tienes.[159]
Más veamos aún si podemos calmarle la cólera
y aplacarlo con bellos presentes y dulces palabras.

159. Néstor reprocha a Agamenón que este enojara a Aquiles al arrebatarle su esclava Briseida.

[Ofrecimiento de Agamenón]

Y repúsole así Agamenón, el señor de los hombres:

—No has mentido, ¡oh anciano!, al hablarme de todos {mis yerros.
Procedí mal; es cierto, pues vale por muchos guerreros
el varón a quien Zeus de tal modo cordialmente ama;
y ahora el dios, para honrarlo, derrota a los hombres aqueos.
Mas si erré, por haberme inclinado a funestas pasiones,
aplacarlo deseo y le ofrezco presentes innúmeros,
y ante todos vosotros deseo nombrar mis regalos:
siete trípodes que desconocen el fuego, de oro;
diez talentos y siete calderas brillantes y doce
vigorosos caballos que gloria obtuvieron corriendo,
que jamás hombre alguno sería tenido por pobre,
ni oro le faltaría tampoco jamás si tuviera
cuantos premios ganaron mis potros de cascos potentes.
También siete mujeres muy diestras en bellas labores;
son lesbianas, que cuando él tomó la magnífica Lesbos
elegí para mí, y en belleza aventajan a todas;
estas yo le daré y, además a la que le he quitado,
a la joven de Brises y le juraré muy solemne
que jamás a su lecho subí ni me he unido con ella
tal como entre mujeres y hombres costumbre es hacerlo.
Todo esto tendrá al punto. Mas si los dioses permiten
que asolemos nosotros la inmensa ciudad del rey Príamo
que, al partirse el botín los aqueos, que en ella entre y cargue
su navío con cuanto oro y bronce desee cargarlo,
y que para sí mismo se elija las veinte troyanas
más hermosas que encuentre, mas luego de Helena la argiva.
Si a los fértiles campos de Argos de Acaya volvemos
por mi yerno lo quiero aceptar con los mismos honores
que hago a Orestes, mi hijo, que con gran regalo se cría.
De las tres hijas que yo dejé en mi magnífico alcázar,
Crisotemis, Laodice e Ifianasa, que aquella que quiera

para sí se la lleve, aunque sea sin darle una dote,
como esposa al hogar de Peleo, que dote magnífica
le daré como no dio jamás padre alguno a su hija;
además, siete bellas ciudades muradas le ofrezco:
Énope, Cardamila y a Hira la de bellos pastos,
Fera, ciudad divina, y Antea de prados magníficos,
luego a Epeia la bella y a Pédaso de grandes vides,
a la orilla del mar junto a Pilos, la tierra arenosa;
allí vive una gente muy rica en corderos y bueyes
que lo mismo que a un dios lo honrarán con preciosas ofrendas
y, regida por él, pagarán muy crecidos tributos.[160]
Estas cosas habré de cumplir si depone su cólera.
Que se aplaque, pues Hades, el más implacable e inflexible
de los dioses, es el más odiado por todos los hombres.
Y que ceda ante mí que soy el soberano más grande
y, además, lo aventajo en edad, y por ello me ufano.

Y repúsole Néstor, el viejo señor de los carros:

—Gloriosísimo tú, Agamenón el Atrida y caudillo.
Despreciables no son los regalos que a Aquiles ofreces.
Al momento elijamos a los más ilustres varones
que al instante a la tienda de Aquiles Pelida se vayan,
o yo mismo los elegiré y que obedezcan mis órdenes.
Vaya Fénix delante, el amado de Zeus, como jefe;
detrás el gran Ayax y con ellos Ulises divino;
dos heraldos llevemos de escolta, Euribates y Odíos.
Danos el aguamanos y ordena silencio y roguemos
a Zeus, hijo de Cronos, que tenga piedad de nosotros.

Dijo así, y agradaron a todos las cosas que dijo.
Los heraldos al punto vertieron el agua en las manos
y hasta el borde llenaron los mozos de vino las cráteras

160. Los regalos ofrecidos a Aquiles son cuantiosos por cuanto significa la gran valía del héroe. Cfr. nota 76.

y sirviéronlo en copas a cuantos se hallaban presentes.
Cuando todos hubieron libado y bebido a su gusto,
de la tienda de Agamenón el Atrida salieron.
Y encargábales Néstor, el viejo señor de los carros,
con un guiño expresivo, y a Ulises con más insistencia,
que lograran por fin convencer al insigne Pelida.

[La embajada de Aquiles]

Por la orilla del mar estruendoso los dos se marcharon
y rogábanle mucho al que ciñe y sacude la tierra
para que fuera fácil poder convencer al Eácida.
Al llegar a las tiendas y naves de los mirmidones
lo encontraron recreándose con una lira sonora
bien labrada y de puente de plata, que había cogido
al tomar la ciudad de Eetión, como preciado despojo
y, tañéndola, estaba cantando pasadas hazañas.
Solo ante él, y en silencio, se hallaba sentado Patroclo
y esperaba que el Eácida hubiese acabado su canto.
Por Ulises seguidos aquellos entraron entonces
y delante del héroe paráronse; Aquiles, atónito,
sin soltar de la mano la lira se alzó de su asiento;
levantose Patroclo también cuando entraron los héroes
y el de los pies ligeros, Aquiles, les dijo, acogiéndolos:

—Bienvenidos. ¡Cuán necesitados estaréis, oh amigos,
mis más caros aqueos, aun cuando me encuentro irritado![161]

Dijo Aquiles divino, y los hizo avanzar y sentarse
en sitiales que estaban cubiertos de telas purpúreas,
y en seguida le dijo a Patroclo que estaba a su lado:

161. Pese a la rivalidad acérrima entre contendientes, la hospitalidad honra a los héroes cuando la practican.

—Menetiada, ven con una crátera grande y en ella
mezcla el vino más viejo y ofréceles llenas las copas
porque bajo mi techo han venido muy amados amigos.

Así dijo, y Patroclo se fue a obedecer su mandato,
mientras en un tajón colocaba delante del fuego
grandes lomos de oveja y también de una cabra muy grande
y el tocino repleto de grasa de un cerdo cebado.
Sujetó Automedonte la carne y Aquiles divino
la partió en trozos grandes que luego ensartó en los espiches.
Un gran fuego encendió el Menetiada, el igual que los dioses.
Cuando hubieron cesado las llamas, surgieron las ascuas
y, apoyados en piedras, sobre ellas dejó los espiches,
luego la sal divina vertió sazonando la carne.
Cuando asada ya estuvo la carne y servida en la mesa,
en hermosos canastos el pan fue sirviendo Patroclo.
Y fue Aquiles, después, en la mesa sirviendo la carne
y una vez hecho esto sentose entre Ulises divino
contra el muro, encargando a Patroclo que hiciera la ofrenda
a los dioses, y al cabo este echó las primicias al fuego,
y ellos fueron tendiendo la mano a las cosas servidas.
Cuando ya de comer y beber estuvieron saciados,
Ayax hízole a Fénix un signo, y Ulises, al verlo,
llenó al punto de vino la copa y brindó por Aquiles:

[Discurso de Ulises]

—¡Salve, Aquiles! Cumplido nos fue a cada uno el banquete,
tanto el de Agamenón el Atrida, servido en su tienda,
como el tuyo ahora aquí. Hemos dispuesto de buenos manjares
pero no nos halaga el placer del festín delicioso
pues, ¡oh alumno de Zeus!, una grande desgracia tememos:
ignoramos si se salvarán nuestras naves bancadas
o serán destruidas, si no te revistes de audacia.
Cerca de nuestras naves y el muro esta noche acamparon

los troyanos soberbios y sus aliados ilustres,
encendieron hogueras y dicen que no aguantaremos
y que entonces lanzarse podrán a los negros navíos.
Zeus Cronión con sus rayos le da favorables presagios
y Héctor que enardecido se siente de su gran bravura
en Zeus fía y no tiene respeto de dioses ni de hombres,
de tal modo ahora está poseído de rabia furiosa.
Y desea que pronto aparezca la Aurora divina
para, al punto, arrancarle las popas a nuestros navíos
e incendiarlas con fuego voraz y matar cerca de ellas
a los hombres aqueos a los que habrá el humo aturdido.
Temo en mi alma que sus amenazas les cumplan los dioses
y que ya haya el destino dispuesto que todos muramos
en Ilión, lejos de Argos la tierra criadora de potros.
Aunque tarde, levántate ya, si es que acaso deseas
salvar a los aqueos a quienes los teucros acosan.
A ti mismo te habrá de pesar si no lo haces, ni puede
repararse este daño una vez haya sido causado;
piensa en cómo librar a los dánaos de un día funesto.
De tu padre Peleo recuerda, ¡oh amigo!, el consejo
ese día en el que te envió a Agamenón desde Ptía:
«Hijo mío, si así lo desean, Atenea y Hera
te darán la victoria, mas tu corazón en el pecho
calma, que es de verdad preferible la benevolencia
y huye de perniciosa disputa y serás más honrado
por los hombres de Acaya, ya sean ancianos o jóvenes».
De este modo te hablaba el anciano y tú ahora lo olvidas.
Cede, pues, y la cólera aciaga depón; dignos dones
te dará Agamenón si a la cólera aciaga renuncias.
Y si quieres escúchame, pues te diré yo ahora cuanto
refirió Agamenón en su tienda que a ti te daría.
Siete trípodes que desconocen el fuego, de oro;
diez talentos y veinte calderas brillantes y doce
vigorosos caballos que gloria obtuvieron corriendo;
que jamás hombre alguno sería tenido por pobre
ni oro le faltaría tampoco jamás si tuviera

cuantos premios ganaron sus potros de cascos potentes.
También siete mujeres muy diestras en bellas labores,
son lesbianas, que cuando tomaste tú a Lesbos magnífica
eligió para él, y en belleza aventajan a todas;
estas él te dará y, además, a la que te ha quitado,
a la joven de Brises y te jurará muy solemne
que jamás a su lecho subió ni se ha unido con ella
tal como entre mujeres y hombres costumbre es hacerlo.
Esto al punto tendrás. Y si luego los dioses permiten
que asolemos nosotros la inmensa ciudad del rey Príamo
que, al partirse el botín los aqueos, allí entres y cargues
tu navío con cuanto oro y bronce desees cargarlo,
y que para ti mismo te elijas las veinte troyanas
más hermosas que encuentres, mas luego de Helena la argiva.
Si a los fértiles campos de Argos de Acaya volvemos,
por su yerno te quiere aceptar con los mismos honores
que hace a Orestes, su hijo, que con gran regalo se cría.
De las tres hijas que se dejó en su magnífico alcázar,
Crisotemis, Laodice e Ifianasa, que aquella que quieras,
para ti te la lleves, aun cuando sin darle una dote,
como esposa al hogar de Peleo, que espléndida dote
le dará como no dio jamás padre alguno a su hija;
además, siete bellas ciudades muradas te ofrece:
Énope, Cardamila y a Hira la de bellos pastos,
Fera, ciudad divina, y Antea de prados magníficos,
luego a Epeia la bella y a Pédaso de grandes vides,
a la orilla del mar, junto a Pilos la tierra arenosa;
allí vive una gente muy rica en corderos y bueyes
que lo mismo que a un dios te honrarán con preciosas ofrendas,
y regida por ti pagará muy crecidos tributos.[162]
Estas cosas habrá de cumplir si depones tu cólera.

162. Fiel reproducción de las palabras de un jefe en boca de un emisario, en este caso de Ulises. Con el pasaje repetido el aedo se sirve nuevamente de la mnemotecnia y además, se da tiempo para localizar en su mente el siguiente tema a recitar. He aquí una vez más la estrategia de la oralidad empleada en la poesía épica.

Mas si el hijo de Atreo y sus dones te son tan odiosos,
ten, al menos, piedad de los otros, de los panaqueos,
tan cansados, que te adorarán como a un dios si lo haces
y entre quienes habrás de lograr una gloria infinita.
Ahora tú a Héctor podrías matar, pues llevado de rabia
a ti habrá de acercarse, pues dice que no hay ningún dánao
de los que con las naves vinieron que iguale su audacia.

[Respuesta de Aquiles]

Y el de los pies ligeros, Aquiles, repuso diciendo:

—Laertíada, raza de Zeus, agudísimo Ulises.
Necesario es que yo os manifieste las cosas que pienso
hacer, para que todos dejéis de una vez de enfadarme
unos por una parte y los otros viniendo por otra.
Tan odioso me es como las puertas del Hades quien piensa
unas cosas en su corazón y otras dicen sus labios.
Diré, pues, lo que a mí me parece que es más oportuno
nunca más me convencerá ya Agamenón el Atrida
ni los dánaos, pues no se agradece de ninguna forma
el luchar contra los enemigos sin darse descanso.
Igual parte consigue el que queda en su tienda o quien lucha,
y en idéntica estima es tenido el cobarde y el bravo
[y de la misma forma se muere el activo y el vago.]
No he ganado ventaja ninguna con tantas fatigas,
exponiendo a diario mi vida en el cruento combate.
Como el ave a sus hijos implumes comida les lleva,
la que pudo encontrar padeciendo penosos trabajos,
así yo me pasé sin dormir largas noches sin cuento
y entregado a la cruenta batalla los días enteros
peleando contra hombres que por sus esposas luchaban.
Conquisté doce villas por mar con mis rápidas naves
y otras once por tierra en los fértiles campos de Troya
y de todas obtuve abundantes y ricos despojos,

y después todos ellos los di a Agamenón en la mano,
al Atrida, que estaba detrás en sus rápidas naves;
los cogió, repartió algunos y se quedó con el resto.
A los jefes y reyes les dio recompensas preciosas
y cada uno conserva la suya, y soy yo el solo aqueo
que privado estoy de ella, y él duerme con mi dulce esposa;
pues que goce con ella. ¿Por qué los argivos movieron
guerra contra los teucros? ¿Por qué trajo aquí a tantas huestes
el Atrida? ¿Fue por la de hermosos cabellos, Helena?
Y entre los hombres, ¿creen los Atridas que tan solo ellos
aman a sus esposas? Todo hombre que es bueno y sensato
quiere y cuida a la suya cual yo, cordialmente a la mía,
apreciaba, a pesar de que la conseguí como esclava.
Ya que me defraudó arrebatándomela de las manos,
no me tiente, porque le conozco y ya nunca podría
persuadirme. Que piense en qué forma las naves del fuego
salvará [con tu ayuda, ¡oh Ulises!, y la de otros reyes.
Sin mi ayuda, ha podido, no obstante, hacer ya muchas cosas,
construir ese muro y abrir a su pie un ancho foso
muy profundo que con una gran palizada defiende;
mas no puedo el arrojo impedir de Héctor el homicida.
Cuando yo combatí al lado de los aqueos, no quiso
Héctor que la pelea ocurriera apartados del muro,
sino junto a las Puertas Esceas y cerca del Roble,
y un día que me aguardó allí trabajo costole salvarse.
Y ahora que] no deseo luchar contra Héctor divino,
hechas ya a Zeus y todos los dioses ofrendas mañana,
botaré al mar las naves cargadas, y si lo deseas
y la cosa te ofrece interés, ya verás mis navíos
navegando por el Helesponto que habitan los peces
y remando gustosos mis hombres en cada navío.
Si el que agita la tierra un viaje feliz me depara
llegaré al tercer día a la playa de la fértil Ptía.
Dejé allí muchas cosas el día en que en mala hora vine
y me llevo de aquí mucho oro y buen bronce rojizo
y mujeres de hermosa cintura y aun hierro brillante

que en la suerte tocáronme; aquí queda mi recompensa,
esa que me quitó Agamenón el Atrida, insultándome,
y que él mismo me dio. Y os encargo que públicamente
le digáis estas cosas que os digo, de modo que todos
los aqueos se indignen si con su impudencia de siempre
pretendiera engañar todavía a algún dánao. No creo
que se atreva a mirarme a la cara por perro que sea;
y no voy a ayudarle ni con mi consejo o mi brazo.
Una vez me engañó y ofendió; nunca más sus palabras
lo harán ya; que esto baste y que actúe del modo que quiera,
ya que el próvido Zeus le quitó todo juicio sensato.[163]
Sus presentes odiosos me son y me importan muy poco.
Y aunque fuera capaz de entregarme diez veces o veinte
más de cuanto posee o de las cosas que un día posea,
o las cosas que llegan a Orcómeno o Tebas de Egipto,
[villa en que cada casa un tesoro magnífico encierra
y ciudad de cien puertas que pueden cruzar cada una
con sus carros y con sus caballos doscientos guerreros,]
o entregarme a mí tantos presentes cual granos de arena
o de polvo, aun así Agamenón no aplacara mi enojo
si antes no me pagaba la afrenta que mi ánimo sufre.
No me casaré con la hija de Agamenón el Atrida,
aunque con la dorada Afrodita en belleza se iguale
y en labores se iguale a Atenea la de ojos azules;
ni aun así he de casarme con ella. Que elija a otro aqueo
que convenga a su clase y que sea un monarca más grande.
Si los dioses me salvan y vuelvo a mi patria paterna,
una esposa encontrar para mí sabrá el mismo Peleo.
Numerosas aqueas se encuentran en la Hélade y Ptía
hijas de nobles príncipes que las ciudades gobiernan
y podré yo tomar a la esposa que quiera entre ellas.
Mucho mi varonil corazón me aconseja que tome
por esposa legítima a quien sea cónyuge digna,

163. El engaño de Agamenón, Aquiles lo atribuye a la pérdida de la sensatez, no a la ambición o a la avaricia.

y allí goce de todo el tesoro del viejo Peleo.
Para mí nada puede jamás compararse a la vida,
ni lo que, dicen, hubo en Ilión, la ciudad populosa,
en los tiempos de paz, antes que los aqueos llegaran,
ni siquiera lo que hay en los pétreos umbrales del templo
del que hiere de lejos, Apolo, en la Pito rocosa.
Apresarse se pueden los bueyes y gruesas ovejas
y comprarse los trípodes y los caballos tostados,
mas la vida del hombre no puede jamás recobrarse
una vez ha cruzado la cerca que forman los dientes.[164]
Tetis, diosa de los pies de plata, mi madre, me ha dicho
que de dos modos pueden llevarme a la muerte las parcas:
si aquí quedo batiéndome en torno a la villa troyana,
a la patria no regresaré y será eterna mi gloria;
y si vuelvo, al contrario, a mi tierra paterna, la fama
perderé, mas la vida será, sin embargo, muy larga,
porque allí no podrá sorprenderme la muerte tan pronto.
Si he de daros consejo os diré que embarquéis de regreso
al hogar; tarde es ya y no podréis ver al fin arruinada
a la ínclita Ilión; que extendió Zeus el longividente
sobre ella su brazo, y sus hombres están confiados.
Llevad, pues, la respuesta que os doy a los jefes aqueos,
puesto que esto es la sola misión que el legado conoce
y que sus corazones conciban un medio distinto
de salvar vuestras cóncavas naos y al ejército aqueo
que hay a su alrededor, pues aquel que hasta ahora han pensado
no se puede emplear mientras tanto subsista mi enojo.
Y que Fénix aquí con nosotros se quede, y se ausente
y se vaya conmigo mañana a la tierra paterna,
si lo quiere, pues yo no deseo llevarlo a la fuerza.

164. Concepción de que al morir, el alma, esto es, la vida, escapaba por la boca.

Dijo, y todos callaron y estaban, de oírlo, asombrados,
porque entre ellos se había expresado con mucha vehemencia.
Y habló Fénix entonces, el viejo señor de los carros,
[mas llorando de inmenso temor por las naves aqueas]:

—Si es que en tu corazón quieres irte, ¡oh Aquiles ilustre!,
y te niegas del todo a salvar de las llamas voraces
nuestras cóncavas naos porque en tu corazón hay tal cólera,
¿cómo solo, sin ti, ¡oh hijo mío!, podría quedarme?
Me pidió acompañarte el anciano jinete Peleo
el día que te envió a Agamenón desde Ptía, cuando eras
niño aún, e ignorabas entonces la guerra y el ágora,
donde todo varón puede un día brillar como ilustre;
me mandó para esto contigo, y debía enseñarte
a hablar bien y llevar a buen término grandes empresas.
Y por esto, hijo mío, sin ti yo no puedo quedarme
aunque un dios en persona viniera hasta mí a prometerme
de la edad despojarme y volverme muy joven, lo mismo
que al salir de la Hélade, tierra de hermosas mujeres,
cuando huí de mi padre, de Amintos Orménida, airado
contra mí, a causa de una manceba de hermosos cabellos
a la que él adoraba, ofendiendo a su esposa, mi madre.
Sin cesar, de rodillas, rogábame esta me uniese
con la amante, de modo que la aborreciera el anciano.
Hice lo que me dijo y mi padre lo supo en seguida,
me lanzó maldiciones, pidió a las horrendas Erinies[165]
que ningún hijo mío jamás asentárase sobre
sus rodillas, y sus maldiciones cumplieron los dioses,
como Zeus subterráneo y también la terrible Perséfona.[166]

165. Divinidades femeninas —llamadas Furias en Roma— que perseguían y se vengaban de los criminales y de los autores de determinados delitos morales, como la infidelidad al padre.

166. Hija de Zeus y Deméter, raptada por Hades, gobierna el mundo de los difuntos o inframundo.

Quise entonces con bronce aguzado quitarle la vida,
mas detuvo algún dios mi coraje y me trajo a la mente
el renombre que yo alcanzaría entre todos los hombres
y no quise ser un parricida entre gentes aqueas.
Desde entonces a mi corazón nada lo retenía
a vivir en la excelsa mansión de mi padre enojado.
Mis amigos y deudos quisieron allí retenerme
y por ello eran siempre insistentes los ruegos que hacían;
degollaron carneros cebados y bueyes flexípedes
de gran cuerna e innúmeros cerdos henchidos de grasa,
los que asaron al fuego de Hefesto, sobre él extendidos
y bebiose gran parte del vino que el viejo tenía.
Junto a mí nueve noches seguidas aquellos durmieron;
me velaban por turno entre dos encendidas hogueras:
en el pórtico del bien cerrado cavedio una de ellas
y otra frente a la alcoba, a la puerta, y en pleno vestíbulo.
Pero cuando por décima vez vino la negra noche,
me salí de la alcoba después de haber roto la puerta
de muy sólidas tablas; salté luego el muro del patio,
sin que ni los guardianes ni la servidumbre me vieran.
Luego huí a través de las anchas campiñas de la Hélade
y a la fértil Ptía llegué, madre de las ovejas,
al hogar de Peleo el rey, que me acogió muy benévolo
y me amó como un padre a su hijo unigénito ama,
el amado heredero de todas sus grandes riquezas;
me hizo rico y al frente de un pueblo muy grande me puso
y en la fértil Ptía reiné sobre todos los dólopes
y hasta hacerte como eres, ¡oh Aquiles igual que los dioses!,
te crié con amor entrañable y jamás tú quisiste
ir con otro al banquete y tampoco comer en palacio
mientras que en mis rodillas sentado te hartabas de carne
en pedazos partida, y de vino también. ¡Cuántas veces
en la infancia molesta en el pecho manchaste mi túnica
vomitándome allí todo el vino que habías bebido!
Por ti mucho he sufrido y también trabajé por tu causa
y al ver qué descendencia los dioses no habíanme dado

a ti, Aquiles igual que los dioses, te tuve por hijo
para que de infortunio algún día pudieras librarme.
Mas tu ánimo ardiente refrena, ¡oh Aquiles!, no debes
tener un corazón despiadado. Hasta un dios se apacigua,[167]
y eso que su virtud, dignidad y poder son más grandes.
Con ofrendas y dulces plegarias y con libaciones
y humo de sacrificios, los hombres su ira aplacamos
cuando les imploramos a causa de faltas o errores.
Del gran Zeus las plegarias son hijas, y aun cuando van cojas
y arrugadas están y son bizcas de un ojo o del otro,
sin cesar van corriendo siguiendo los pasos de Ate,
y Ate es fuerte y camina con pies muy ligeros y avanza
más que nadie y a grandes zancadas recorre la tierra,
ofendiendo a los hombres, y así estos reparan el daño.
Quien acata a las hijas de Zeus cuando se le presentan
gran provecho consigue y por ellas es siempre atendido.
Mas si alguno atención no les presta y brutal las rechaza,
se dirigen a Zeus el Cronión y le piden que Ate
guíe a aquel para que con el daño padezca la pena.
Honra, Aquiles, también a las hijas de Zeus, como es justo,
que al honrarlas se aplaca el espíritu de otros valientes.
Pues si no te ofreciera el Atrida esos dones y aún otros
para más adelante, y mantiene el violento despecho
yo no te exhortaría a que ahora aplacases tu cólera
y a los necesitados argivos tu ayuda prestaras.
Mas te da muchas cosas y aún más te promete, y te envía,
para que por él rueguen, a muy excelentes varones
que escogió en el ejército aqueo, a los dánaos más caros
para ti. No hagas que su venida y palabras sean vanas,
ya que no te censuran el que antes airado estuvieras.
Todos hemos oído contar gestas de héroes de antaño
y sabemos que cuando la ira feroz dominábalos,
se aplacaban con dones y siempre a los ruegos cedían.

167. El consejero recomienda piedad y prudencia a Aquiles enojado, como es propio de un hombre de bien.

Cierto caso recuerdo yo ahora, no actual, sino viejo,
y os lo voy a contar a vosotros que sois mis amigos.[168]
Los curetes y bravos etolios estaban luchando
junto a la orilla del Calidón y matábanse entre ellos;
defendiendo a la hermosa ciudad los etolios luchaban
y asolarla por medio de Ares los otros querían.
Promovió esta contienda la del trono de oro Artemis,
enojada porque Eneo no le ofreció sus ofrendas
de hecatombes, y a la hija de Zeus dejó aquel sin ofrendas,
porque no lo pensó o por olvido y gran falta fue esta.[169]
Y la diosa, que en lanzar saetas se goza, colérica
desmandó un jabalí de albos dientes que grandes destrozos
en los campos de Eneo causó, y allí altísimos robles
arrancó de raíz y por tierra dejó derribados
cuando ya con la flor prometían un óptimo fruto.
Lo mató Meleagro por fin, que era el hijo de Eneo,
junto con cazadores y perros de muchas ciudades,
porque no era posible vencerlo con muy poca gente,
pues tal era que a muchos los hizo subir a la pira.[170]
Junto a él la deidad provocó gran clamor y tumulto,
por la horrible cabeza y por la híspida piel de la fiera,
entre hombres curetes y los generosos etolios.
Mientras que Meleagro luchó, el predilecto de Ares,
mal les fue a los curetes, los cuales allí no podían,
a pesar de ser más numerosos, llegar a los muros.
Esa vez por la ira dejose llevar Meleagro,
por la ira que turba la mente del hombre sensato.
Y en su pecho se airó el corazón contra Altea, su madre.
Se quedó en su palacio con su bella esposa Cleopatra,
hija de la de hermosos tobillos, Marpesa Evenina,

168. El excurso de Fénix —padre adoptivo de Aquiles— a modo de *flash-back*, sitúa por unos momentos al público en otro tiempo y en una famosa historia, conocida por todos, la del jabalí de Calidón (cfr. infra).

169. Los dioses desean recibir culto de parte de los mortales. En caso contrario, actúan en consecuencia.

170. Esto es, los mató.

y de Idas el más valeroso de todos los hombres
de la tierra —audazmente dispuso este hombre su arco
por la joven de hermosos tobillos contra Febo Apolo,
y llamáronle entonces a ella su padre y su madre
augustísima, Alcione, por cuanto la madre, sufriendo
el destino fatal del alción, deshacíase en llanto
cuando se la llevó Febo Apolo, el que hiere de lejos—
y con ella se fue devorado por cólera acerba.
Le indignaron las imprecaciones que dijo su madre,
que, afligida por la airada muerte que tuvo su hermano,
a los dioses rogaba golpeando la tierra fecunda,
invocando a Hades y a la terrible Perséfona, mientras
con innúmeras lágrimas seno y rodillas bañaba,
para que diera muerte a su hijo. Y Erinis que vaga
implacable en la sombra, la oyó en el hondísimo Erebo.
El tumulto y el ruido crecieron en torno a las puertas;
se atacaron las torres. Y entonces ancianos de Etolia,
suplicáronle a él que saliera y que los defendiese,
prometiéndole a cambio de hacerlo muy ricos presentes.
En el llano más fértil de la Calidón nemorosa
elegir le dejaban del campo cincuenta yugadas,
veinticinco que estaban cubiertas de espléndidas vides
y la otra mitad como tierra de buen laboreo.
Acudió prontamente el anciano jinete Eumeo
al umbral de la alcoba elevada y, llamando a la puerta,
dirigió desde ella a su hijo muchísimas súplicas.
Muchas veces también sus hermanas y su augusta madre
le rogaron, y cada vez más se negaba. Acudieron
sus mejores amigos, aquellos que le eran más caros,
pero no persuadieron a su corazón en el pecho
que abriera, antes de que el enemigo llegara, las puertas.
Los curetes quemaron la villa, escalaron las torres,
y la esposa de bella cintura insistió a Meleagro
y, llorando, contábale cuantas desgracias los hombres
pasan cuando la villa en que viven ha sido tomada,
a los hombres se mata y el fuego destruye la villa;

se esclavizan mujeres de estrechas cinturas y niños.
El guerrero sintió el corazón conmovido al relato
y se puso en camino, vestidas las armas brillantes,
y ese día libró a los etolios del día funesto,
pues cedió solo a su corazón, pero ya no le dieron,
pese a que los salvó, los presentes tan bellos y tantos.
Y ahora tú, amigo mío, no pienses así, ni te induzca
algún dios a que lo hagas, ni esperes a darnos tu ayuda
a que incendien las naves. Ve, pues, a buscar los regalos
y serás como un dios venerado por la hueste aquea,
que si luego intervienes sin dones en la guerra amarga
no hallarás tanta honra aunque venzas a los enemigos.

[Últimas réplicas]

Y el de los pies ligeros, Aquiles, repuso diciendo:

—¡Padre anciano, oh alumno de Zeus, Fénix! No necesito
tal honor, y yo espero seré, si Zeus lo quiere, honrado
en las cóncavas naos, mientras no falte aliento a mi pecho
y entre tanto se puedan mover como ahora mis piernas.
Y otra cosa te voy a decir y en tu mente consérvala:
no me turbes el ánimo con tus gemidos y lágrimas
por ser grato al Atrida, a quien no has de querer si deseas
que el afecto que yo te profeso no en odio se cambie.
Mejor es que tú aflijas conmigo a quien venga a afligirme;
[sé, pues, rey; sé mi igual y comparte el honor que yo tengo].
Los demás llevarán la respuesta; tú quédate y duerme
en un lecho mullido y en cuanto la Aurora despunte
en la vuelta al hogar pensaremos, o bien en quedarnos.

Dijo así, y a Patroclo ordenó sin hablar, con las cejas,
dispusiera para él una cama mullida, de modo
que los otros pensaran salir de la tienda cuanto antes.

Y habló Ayax, hijo de Telamonio, el igual que los dioses:

—Laertíada, raza de Zeus, agudísimo Ulises,
vámonos, pues no espero lograr el propósito nuestro
si avanzamos por este camino. Debemos ahora,
aunque desfavorable, anunciar la respuesta a los dánaos
que la están aguardando. Que Aquiles, en lo hondo del {pecho,
alimenta un feroz corazón que palpita soberbio.
¡Cruel! No aprecia la gran amistad que le dan sus amigos
con la cual en el campo le honrábamos más que a otro {alguno.
¡Despiadado! No obstante, una compensación se recibe
del que mata a un hermano o incluso del que mata a su hijo,
y el que mata se queda en el pueblo pagada la suma,
y con ello apacíguase el ánimo del injuriado.
Pero a ti las deidades hiciéronte duro e intratable
en el pecho tu gran corazón, y por una muchacha.
Y hoy, a cambio, ofreciéronte siete, y las siete perfectas,
y muchísimas cosas aún. Así, pues, apacible
haznos tu corazón, y tu casa háznosla acogedora,
que a tu techo llegamos enviados por el pueblo dánao,
deseosos de ser tus mejores amigos aqueos.

Y el de los pies ligeros, Aquiles, repuso diciendo:

—¡Oh tú, Ayax Telamonio, de raza de Zeus, y caudillo!
Me parece que has dicho las cosas que sientes. No obstante,
arde mi ánimo en ira al recuerdo del gran menosprecio
con el cual me ha tratado el Atrida en presencia de todos
los argivos, igual que si fuese yo un advenedizo.
Idos, pues, y haced pública al punto mi sola respuesta:
yo no pienso ocuparme ya más en la cruenta batalla
hasta que Héctor divino, el valiente hijo del noble Príamo,
llegue frente a las tiendas y naves de los mirmidones
degollando guerreros, y entregue a las llamas la flota.

Imagino que frente a mi tienda y mi negro navío,
aunque esté enardecido, Héctor no deseará la pelea.

Así dijo, y tomó cada uno la copa gemela,
y, hecha la libación, a las naos con Ulises volvieron.
Y Patroclo ordenó a las esclavas y a sus compañeros
prepararan a Fénix un lecho mullido en seguida,
y ellas obedecieron la orden tal como fue dicha,
[y lo hicieron con pieles, con colcha y con lienzos de lino.]
Descansó en él el viejo aguardando a la Aurora divina.
Luego Aquiles durmió en un rincón de la sólida tienda,
junto a una mujer que se había llevado de Lesbos,
la de bellas mejillas Diomeda, la hija de Forbas.
Frente a la otra pared acostose Patroclo, y al lado
Ifis, la de la bella cintura, regalo de Aquiles
cuando a Esciro la excelsa tomó, la ciudad de Enieo.

[Regreso a la embajada]

Al llegar a la tienda del hijo de Atreo, los otros,
los aqueos, de pie, presentaron las copas de oro,
saludándolos, y luego todos hicieron preguntas.
Y les interrogó Agamenón, el señor de los hombres:

—Habla ya, ¡oh gloria insigne de Acaya, oh célebre {Ulises!
¿Se dispone a apartar a las naves del fuego enemigo,
o se niega porque el corazón le domina la cólera?

Y repúsole Ulises paciente y divino, diciendo:

—¡Gloriosísimo tú, Agamenón el Atrida y caudillo!
Él no quiere ceder en su ira, sino que se enciende
mucho más, y hasta te menosprecia al igual que tus dones.
Dice que deliberes tú mismo con nuestros argivos

cómo habrás de salvar a las naves y al pueblo de Acaya,
[ya que nos amenaza que cuando despunte la Aurora
se hará al mar con sus corvos navíos de innúmeros bancos].[171]
Y aconseja que todos nosotros también embarquemos
y volvamos a nuestros hogares, pues no le veis modo
de arruinar a la excelsa Ilión sobre la cual ha extendido
Zeus el longividente su brazo, y sus hombres confían.
[Esto dijo, y lo pueden decir los que fueron conmigo:
Ayax, junto con los dos heraldos, entrambos prudentes.
Se acostó el viejo Fénix allí, obedeciendo a sus ruegos,
para que pueda irse mañana a su patria en las naves,
si es que así lo desea, pues él no pretende obligarlo.]

Dijo así, y asombráronse de ello y guardaron silencio
[porque muy graves eran las cosas que habíales dicho].
Duró mucho el silencio entre los afligidos aqueos.
Pero, al fin, el de grito potente, Diomedes, les dijo:

—¡Gloriosísimo tú, Agamenón el Atrida y caudillo!
No debiste con súplicas ir al eximio Pelida,
ni ofrecerle regalos tan grandes; que él ya era orgulloso
y ahora pábulo has dado con ello a su inmensa soberbia.
Mas dejémoslo en paz, ya se vaya o prefiera quedarse,
volverá a la batalla si siente que dentro del pecho
a ella su corazón le hace ir, o hay un dios que lo impulsa.
Y ahora todos obremos del modo que voy a deciros:
acostaos cuando los corazones estén satisfechos
de comer y beber, que el hacerlo nos da ánimo y fuerza.
Y al mostrarse en el día la Aurora de dedos de rosa
haz que junto a las naves los hombres y carros reúnanse,
y, luchando delante de todos, exhorta a tus hombres.

171. Naves de guerra de navegación rápida, llamadas *trirremes* por sus tres filas de remeros en bancos.

Dijo así, y aplaudieron los reyes las cosas que dijo,
admirados de lo que el jinete Diomedes decía.
Y, hechas las libaciones, volviose cada uno a su tienda,
acostáronse en ellas y el don recibieron del sueño.

CANTO X

[Los jefes aqueos son despertados para un nuevo consejo]

[Y los príncipes, junto a las naves de los panaqueos,
por el sueño vencidos durmiéronse toda la noche.
No probó Agamenón el Atrida, el pastor de los hombres,
sus dulzuras, pues su corazón cien proyectos pensaba.
Como relampaguea el esposo de Hera, la diosa
de los bellos cabellos, forjando una lluvia a torrentes,
o el granizo, o bien una nevada que cubra los campos,
o en algún lugar abre las fauces de la cruenta guerra,
así de Agamenón escapaban profundos suspiros
desde su corazón y temblaban en él las entrañas.[172]
Si fijaba la vista en el campo troyano, pasmábanle
las ingentes hogueras que ardían delante de Troya,
el sonar de zampoñas y flautas y el ruido de gentes;
pero si contemplaba las naves y ejército aqueos
se arrancaba el cabello a puñados y a Zeus elevaba
la mirada, y en su corazón generoso gemía.
Y en su ánimo y mente pensó como más conveniente
dirigirse primero a la tienda de Néstor Nelida
por si entre ambos lograban hallar algún medio excelente
que a los dánaos pudiera librar de desgracias tan grandes.
Levantose y echose la túnica sobre los hombros
y calzose los nítidos pies con hermosas sandalias

172. Cfr. nota 136.

y a los hombros echose una piel de león, roja y larga,
que a los pies le llegaba, y la lanza empuñó con la diestra.
Y también Menelao se encontraba llevado de miedo;
no lograba que el sueño llegase a sus ojos; temía
por los hombres argivos que, habiendo cruzado los mares,
hasta Troya llegaron por él y movieron la guerra.
Y sus hombros cubrió con la piel de un leopardo pintado,
con un casco de bronce cubriose después la cabeza
y tomando después con la mano una lanza robusta,
se marchó a despertar a su hermano, el caudillo supremo
de los hombres argivos, a quien como a un dios veneraban.
Lo encontró con las armas brillantes ya sobre los hombros,
en la popa de su nave. Y grata le fue su llegada.

Y habló así a Menelao, el de grito potente, diciendo:

—¿Por qué tomas las armas, hermano? ¿Es que acaso deseas
mandar alguien al campo troyano? No creo que nadie
se disponga a prestarte esta vez el servicio de ir solo
en la noche divina, a espiar en el campo enemigo.
Necesario para ello es tener corazón esforzado.

Y repúsole así Agamenón soberano, diciendo:

Tanto a ti, como a mí, ¡oh Menelao de linaje divino!,
necesario nos es prudentísimo consejo para
defender los aqueos y naves, pues Zeus ha cambiado
y más gratas le son hoy a él las ofrendas de Héctor.
Nunca he visto ni oído decir que hombre alguno lograra
realizar solamente en un día tamañas empresas
como Héctor, amado de Zeus, hizo contra los dánaos,
y no siendo hijo de ningún dios ni de ninguna diosa.
[Y habrán de recordar sus hazañas muchísimo tiempo
los argivos, pues tan grandes daños causó a los aqueos.]
Ve a buscar ahora a Ayax y con él tráete aquí a Idomeneo;
ve a sus naves, que yo me iré en busca de Néstor divino

a rogarle que ya se levante y que quiera seguirnos
hasta el cuerpo sagrado de guardias y darles sus órdenes.
Más que a nadie lo obedecerán, pues los manda su hijo
con Meriones, el fiel escudero de Idomeneo.
A los dos confiamos de un modo especial tal trabajo.

Y repúsole así Menelao, el de grito potente:

—¿Cómo debo entender lo que tú ahora me mandas
{y ordenas?
¿Debo acaso con ellos quedarme aguardando tus iras,
o correr a tu lado de nuevo, cumplidas tus órdenes?

Y repúsole así Agamenón, el señor de los hombres:

—Allí debes quedarte, no sea que nos extraviemos,
pues son muchas las sendas que existen por entre el ejército.
Pero eleva la voz cuando vayas y a todos despierta,
pronunciando para cada uno su nombre paterno
con el de sus familias, y rinde homenaje a cada uno.
No te muestres soberbio. También trabajemos nosotros,
ya que cuando nacimos nos dio Zeus pesares muy grandes.

Dijo, y se despidió del hermano, ya dadas las órdenes,
y al momento fue en busca de Néstor, pastor de los hombres.
En su tienda lo halló junto al negro navío, acostado
en un lecho mullido; a su lado tenía las armas:
el escudo, dos lanzas de bronce y el casco brillante
y con ellas, el bálteo sagrado con el que el anciano
se ceñía cuando iba a la lucha homicida, delante
de los reyes, pues aún a la triste vejez rebelábase.
Pronto se incorporó sobre el codo y alzó la cabeza,
y volviéndose al hijo de Atreo, le habló preguntándole:

—Dime quién eres tú que vas solo entre ejército y naves
en la noche sombría, a la hora en que duermen los hombres.

[¿Buscas a un animal, o bien buscas a algún camarada?]
Habla y sin responder no te acerques. ¿Qué cosa deseas?

Y repúsole así Agamenón, el señor de los pueblos:

—¡Oh tú, Néstor Nelida, gran gloria del pueblo de Acaya!
Reconoce tú en mí a Agamenón el Atrida, elegido
por Zeus para enviarme sin tasa más penas que a nadie,
mientras haya vigor en mi pecho y mis piernas se muevan.
Como ves, voy vagando, que el sueño no acude a mis párpados
porque pienso en la guerra y las penas de nuestros aqueos.
Siento un miedo mortal por los dánaos, y no está tranquilo
mi ánimo, sino inquieto, y así el corazón en mi pecho
saltar quiere y mis miembros robustos están temblorosos.
Si algo quieres, ya que tú tampoco dormir has podido,
descendamos a ver a la guardia, no sea que el sueño
o la mucha fatiga pasada la hubiesen vencido
y se hubieran dormido, dejando olvidada la guardia.
Muy cercano está nuestro enemigo, y ninguno sabemos
si quizá ha decidido atacarnos durante la noche.

Y repúsole Néstor, el viejo señor de los carros:

—¡Gloriosísimo tú, Agamenón el Atrida y caudillo!
Nunca el próvido Zeus cumplirá los proyectos de Héctor,
según él lo desea, pues creo que duros trabajos
deberá padecer todavía, si Aquiles depone
el enojo funesto que su corazón alimenta.
Mas contigo iré y despertaremos a todos los otros:
al Tidida, el famoso lancero, y asimismo a Ulises,
al veloz Ayax y al esforzado hijo del gran Fileo.
Y es posible que alguno se encuentre dispuesto a ir en busca
de Ayax, el que es igual que los dioses, y de Idomeneo,
pues no cerca sus naves están, sino, en cambio, muy lejos.
Pero reprenderé a Menelao, aunque sea mi amigo,
y por muy respetable que sea, aunque tú te me enojes,

porque se halla durmiendo y tú, mientras, estás trabajando.
Debería ocuparse de ir a rogar a los príncipes
pues la necesidad que vivimos no es muy llevadera.

Y repúsole así Agamenón, el señor de los hombres:

—Otras veces, ¡oh anciano!, yo mismo pedí que lo hicieses.
Demasiado a menudo se muestra indolente y vaguea,
pero no por pereza, ni aun escasez de talento,
sino porque me mira y espera que yo se lo diga.
Mas hoy antes que yo dejó el lecho y se vino a buscarme
y le envié a que llamara a los hombres que tú me has citado.
Vamos, que ante las puertas están, con la guardia esperando,
pues allí es donde dije que todos debían reunirse.

Y repúsole Néstor, el viejo señor de los carros:

—De este modo no habrá argivo alguno que lo desacate
ni se irrite contra él cuando a alguno él exhorte u ordene.

Así dijo, y después se abrigó con la túnica el pecho
y calzose los nítidos pies con hermosas sandalias.
Y abrochose en el cuello su manto púrpureo, muy ancho,
doble, el cual todo estaba adornado con felpa lanosa.
Tomó la fuerte lanza de punta de bronce aguzada
y se fue hacia las naves de aqueos de cotas de bronce.

Y primero fue a Ulises, que a Zeus igualaba en prudencia,
a quien despertó Néstor, el viejo señor de los carros,
dando gritos, y cuando la voz le llegó a los oídos,
asomó por la tienda y habló de este modo, diciendo:

—¿Por qué andáis así solos, vagando entre ejército y naves
en la noche inmortal? ¿Qué os apremia de modo tan grande?

Y repúsole Néstor, el viejo señor de los carros:

—Laertíada, raza de Zeus, agudísimo Ulises.
No te enojes, que de gran pesar los aqueos se abruman.
Síguenos y después llamaremos a quien nos convenga
y a quien consultaremos si huir o quedarnos debemos.

Dijo, y el agudísimo Ulises metiose en su tienda,
se echó al hombro el escudo labrado y reuniose con ellos.

A buscar a Diomedes Tidida marcháronse todos
y encontráronlo frente a su tienda, ya armado; su gente
junto a él, con la lanza apoyada en los clípeos, dormía,
y las lanzas, por el regatón, en el suelo clavadas,
cuyas puntas de bronce, cual rayos de Zeus, refulgían.
En la piel de un selvático toro dormía aquel héroe;
la cabeza tenía apoyada en un bello tapete.
Ante él se paró Néstor, el viejo señor de los carros,
lo movió con el pie y lo apremió a despertarse, exhortándolo:

—¡Eh, Tidida, levántate! ¿Cómo de tal modo duermes?
¿Es que ignoras que acampan los teucros en una eminencia,
cerca de los navíos y es poco lo que nos separa?

Así dijo, y aquel despertó de su sueño al instante,
y volviéndose a él pronunció estas palabras aladas:

—No te cansas, ¡oh anciano!, y jamás tu trabajo abandonas.
¿Por ventura no hay otros aqueos que sean más jóvenes
que recorran el campo y despierten a todos los reyes?
¡En verdad, pocas cosas, oh anciano, podrían contigo!

Y repúsole Néstor, el viejo señor de los carros:

—Sí, hijo mío, oportunas son todas las cosas que has dicho.
Tengo hijos ilustres y gentes a las que llamar puedo.
Uno de ellos sin duda podría llamar a cada uno,
pero es grande el peligro en que se hallan los hombres aqueos:

sobre el filo de una navaja se encuentra hoy su suerte,
y no puedo saber si es de fin espantoso o de vida.
Llama al rápido Ayax en seguida y también llama a Meges,
ya que tú eres más joven que yo y compasión te merezco.

Dijo, y se echó a los hombros la piel de un león rojo y grande,
que cayó hasta sus pies, y empuñó con la diestra la lanza
y se fue a despertar a los otros, y él se fue con ellos.

[Consejos en las avanzadas]

Cuando hubieron llegado al lugar en que estaba la guardia
no encontraron que en ella estuviesen sus jefes durmiendo,
antes bien, todos ellos estaban alerta y armados.
Igual que a las ovejas los perros en la cija guardan,
y presienten que baja la fiera por entre las matas
de los montes, con gran clamoreo de perros y de hombres
y se ponen inquietos y ya no concilian el sueño,
así el vuestro dulcísimo huía evitando los párpados
de los que centinela montaban en noche tan mala,
vigilando los llanos por miedo a un ataque troyano.
Alegrose el anciano de verlos y dijo, animándolos,
[y con estas palabras aladas habló de este modo]:

—Vigilad de esta forma, hijos míos. No sea que a alguno
venza el sueño y seamos la risa de nuestro enemigo.

Así dijo y el foso cruzó. Y los caudillos argivos
que al consejo habían sido llamados, sus pasos siguieron
y con ellos Meriones y el hijo preclaro de Néstor,
porque a entrambos habían también invitado al consejo.
Una vez franquearon el foso profundo, sentáronse
en un limpio lugar, donde no se encontraban cadáveres;
Héctor impetuoso detúvose allí entre dos luces,
después de haber causado a los dánaos estragos muy grandes.

Y sentados en este lugar a charlar comenzaron.
Y empezó a hablarles Néstor, el viejo señor de los carros:

—Compañeros, ¿no hay uno que se halle dispuesto en su {ánimo
valeroso a ir al campo de los orgullosos troyanos?
Pues sería posible que a algún rezagado apresara,
o escuchase tal vez un rumor en el campo troyano,
lo que habrán decidido: si quieren quedarse aquí junto
a las naos, lejos de la ciudad, o se vuelven a ella
cuando ya de tal modo han batido a los hombres de Acaya.
Si se entera allí de esto y consigue llegar sano y salvo,
bajo el cielo, entre todos los hombres, habrá conseguido
una gloria muy grande y tendrá también gran recompensa.
Cada jefe de los que se encuentran con mando en las naves
le daría en seguida una oveja de lana muy negra
junto con un cordero de cría, presente magnífico
y tendría lugar siempre en todo festín o banquete.

Así dijo, y quedáronse todos guardando silencio,
pero, al cabo, el valiente Diomedes habló de este modo:

—Néstor, mi corazón y mi ánimo bravo me impulsan
a meterme en el campo de los enemigos cercanos,
los troyanos, mas si alguien quisiera partirse conmigo
mi osadía y también mi confianza serían mayores.
Cuando dos marchan juntos, si no es uno es otro el que {advierte
lo que es más necesario; cuando uno está solo, aunque piense,
el espíritu es tardo y penosas las resoluciones.[173]

173. El debate y el consenso ayudan a la toma de decisiones. Por otra parte, asistimos a menudo a resoluciones de parte de los jefes, porque a ellos corresponde dar las órdenes cuando es necesario.

Dijo, y muchos quisieron entonces seguir a Diomedes:
deseáronlo los dos Ayax, servidores de Ares,
y lo quiso Meriones también, como el hijo de Néstor
y también Menelao el Atrida, el famoso lancero;
quiso Ulises paciente, con él, penetrar en las filas
de los teucros, pues su corazón impulsábale a hacerlo.

Y así a todos habló Agamenón, el pastor de los hombres:

—¡Oh querido de mi corazón, tú, Diomedes Tidida!
Puedes por compañero tomar a quien quieras de todos,
al más bravo, pues para seguirte se te ofrecen muchos.
Por respeto que sientas por alguien quizá, no te dejes
al mejor y te lleves, en cambio, al que sea menos bueno
porque tenga una noble familia y sea un rey poderoso.

[Dijo, temiendo por Menelao el de rubios cabellos.]
Y el de grito potente, Diomedes, repuso diciendo:

—Si dejáis que yo mismo a quien ha de seguirme designe,
no podría dejar de pensar en Ulises divino
cuyo ánimo y gran corazón tiene siempre dispuestos
para todo trabajo y a quien ama tanto Atenea.
Con él, aunque las llamas ardientes a entrambos rodearan,
volvería yo aquí puesto que su prudencia es muy grande.

Y repúsole entonces Ulises paciente y divino:

—¡Oh Tidida! No mucho me alabes ni me vituperes.
Los aqueos ya saben las cosas que tú estás diciendo.
Vámonos, que se acaba la noche y se acerca la Aurora;
anduvieron ya mucho camino en el cielo los astros
[y la noche dos partes anduvo y un tercio nos queda.]

Así dijo, y vistieron entrambos las armas terribles.
Trasimedes el bravo ofreciole al Tidida una espada

de dos filos —la de él en las naves se había quedado—
y un escudo, y le puso un morrión de piel fuerte de toro
sin penacho y cimera tampoco, llamado *catétix*,[174]
con el cual su cabeza protegen los mozos floridos.
Y Meriones al punto dio a Ulises un arco, una aljaba
y una espada, y cubrió su cabeza con casco de cuero
enlazado por dentro con muchas y fuertes correas
y por fuera mostraba los dientes brillantes de un puerco
de colmillos muy blancos, dispuestos de forma muy hábil
y tenía, de lana, un mechón colocado en el centro.
En Eleón se lo había robado Autólico a Amíntor
el Orménida, luego de haber heredado su casa,
el cual en Escandía, más tarde, entregó a Anfidamante
de Citera, y que Anfidamante dio a Molo, su huésped,
que a su hijo Meriones lo dio para que lo llevara,
y este, al fin, con el casco cubrió la cabeza de Ulises.

[Diomedes y Ulises de reconocimiento.
Oración a Palas Atenea]

Cuando entrambos hubieron vestido las armas terribles,
se marcharon y allí se dejaron a todos los príncipes.
Cerca ya del camino, a su diestra, una garza Atenea
les mandó, y aunque verla no les fue a sus ojos posible,
pues la noche era negra, no obstante el graznido escucharon.
Alegrándose Ulises con este presagio, oró a Palas:

—Óyeme, hija de Zeus portador de la égida. Siempre
en cualquier ocasión me asististe y conoces mis pasos,
seme aún más propicia que nunca esta vez, Atenea,
y haz que, llenos de gloria, podamos volver a las naves
por haber realizado una hazaña que aflija a los teucros.

174. Sin penacho ni cimera para evitar hacer ruido o llamar la atención en su incursión por la noche.

Dijo, e invocó luego el de grito potente, Diomedes:

—Óyeme, hija de Zeus portador de la égida, Indómita,
y acompáñame como a mi padre, el divino Tideo,
cuando a Tebas fue a representar a los hombres aqueos.
En Asopo dejó a los aqueos de cotas de bronce
y él llevó a los cadmeos un muy agradable mensaje,
y a la vuelta cumplió de igual modo admirables hazañas
con tu ayuda, ¡oh diosa divina!, porque lo asististe.
Ahora ayúdame a mí, préstame de igual forma tu amparo
y yo te inmolaré una ternera de un año y de frente
espaciosa, que ignore la doma lo mismo que el yugo,
después de derramar en sus cuernos purísimo oro.

Así hablaron orando y oyó su oración Atenea.
Cuando a la hija del gran Zeus hubieron entrambos orado,
por la noche sombría anduvieron igual que leones,
pisoteando los muertos, las armas y la sangre negra.

[Dolón, el espía troyano]

De igual forma dormir no dejaron los bravos troyanos
a Héctor, y él convocó a la asamblea a los príncipes todos,
los caudillos y jefes que había en el campo troyano,
y ya todos reunidos expuso esta idea prudente:

—¿Quién se ofrece a cumplir una empresa que voy a {deciros,
por un bello presente? Será justo el premio que tenga.
Le daré un carro con dos caballos de cuello muy erguido,
los mejores que puedan hallarse en las naves aqueas,
al que tenga el valor —y con ello obtendrá grande gloria—
de acercarse a las rápidas naos y enterarse, ya entre ellas,
si guardadas están todavía, o quizá los aqueos,
por haber sido por nuestras manos ayer derrotados,

se disponen a huir y no quieren guardar ya sus naves
por la noche, al hallarse rendidos por tanta fatiga.

Así dijo, quedáronse todos guardando silencio.
Pero un cierto Dolón había entre ellos, el hijo de Eumedes,
un heraldo divino muy rico ya en oro ya en bronce,
de no bella presencia y, en cambio, de pies muy ligeros,
único hijo varón, que tenía, además, cinco hermanas.
Y este hombre habló de esta manera a los teucros y a Héctor:

—¡Héctor! Mi corazón y mi ánimo tan valeroso
a las naves veloces me impulsan ahora a acercarme.
Pero toma en las manos el cetro y primero me juras
que me habrás de entregar ese carro y también los caballos
con adornos de bronce que lleva el ilustre Pelida.
No seré espía inútil ni vana será tu esperanza,
porque cruzaré el campo hasta donde se encuentra la nave
del rey Agamenón, donde suelen reunirse los jefes
para deliberar si han de huir o seguir combatiendo.

Dijo, y Héctor el cetro tomó para su juramento:

—Zeus tonante me sea testigo, el esposo de Hera.
No será ningún teucro llevado por tales corceles
y tan solo disfrutarás tú en todo tiempo de ellos.

Así dijo, y juró lo que no cumpliría,[175] animándolo.
Y él el arco curvado colgó de su hombro, y echose
por encima una piel pelicana de lobo, y un casco
de piel de comadreja se puso, empuñó aguda lanza
y se puso en camino hacia donde se hallaban las naves,

175. No lo cumpliría porque moriría a manos del enemigo: premonición del aedo. Nótese cómo ambos bandos planean la misma estratagema para saber cómo proceder en adelante: una incursión en el campo enemigo.

mas no había de regresar con las noticias para Héctor.
Cuando había dejado ya atrás los innúmeros carros
y guerreros, y por el camino avanzaba animoso,
así Ulises divino le dijo a Diomedes al verlo:

—Del ejército viene a nosotros ese hombre, Diomedes.
Mas no sé si va como un espía a las naves o intenta
despojar a un cadáver de los que han caído en la lucha.
Permitámosle que se adelante algo más por el llano,
y será luego fácil caer sobre él y aprehenderlo
y si acaso en correr nos llevara ventaja a nosotros,
del ejército apártalo, atácalo con tu azagaya,
de manera que vaya a las naos y a la villa no vuelva.

[Sorpresa y muerte de Dolón]

Dijo, y entre los muertos tendiéronse un poco apartados
del camino, y él iba avanzando con pies muy ligeros.
Mas apenas llegó a la distancia que abarcan los surcos
de las mulas —que tiran cien veces mejor que los bueyes
del arado de sólidas tablas en tierras novales—,
se lanzaron sobre él que, al oír el rumor, se detuvo,
figurándose en su corazón que serían troyanos
enviados por Héctor a él con alguna orden nueva.
Pero así que se hallaron aquellos a tiro de lanza
o más cerca, vio que eran contrarios, y rápidamente
quiso huirlos por pies, mientras ellos tras él se lanzaban.
Cual dos perros de dientes agudos muy diestros cazando,
por los bosques acosan a un ciervo pequeño o una liebre,
que se escapa lanzando chillidos delante de ellos,
el Tidida y Ulises, el gran destructor de ciudades,
perseguíanlo, mas impidiendo la vuelta a los suyos.
Pero cuando, en su huida a las naves, hallábase a punto
de topar con la guardia, Atenea dio fuerza al Tidida
para que no lo hiriera otro aqueo de cota de bronce

antes que él y jactárase de ello, y llegase él más tarde.
Y el potente Diomedes, blandiendo la lanza le dijo:

—Tente, o te alcanzaré con la lanza, y no creo que puedas
mucho tiempo evitar de mi brazo una muerte terrible.

Así dijo, y la lanza arrojó, y no lo hirió pues no quiso
y, después de volar por su hombro derecho, clavose
en el suelo. Y detúvose entonces sintiendo gran miedo,
dentellando —en la boca sus dientes castañeteaban—,
tembloroso; a su lado llegaron los dos y lo asieron
de las manos, y echose a llorar y rogó de este modo:

—Apresadme con vida y habré de entregaros rescate.
Tengo en casa oro y bronce y también tengo hierro labrado
y un inmenso rescate os dará de todo ello mi padre
cuando sepa que vivo me encuentro en las naves aqueas.

Y repúsole entonces así el agudísimo Ulises:

—Tranquilízate y haz que tu pecho no piense en la muerte.
Pero, vamos, respóndeme y habla con toda franqueza.
¿Dónde solo ibas tú hacia las naves, dejando a los tuyos
en la noche sombría, si duermen los otros mortales?
[¿Deseabas quizá despojar un cadáver cualquiera?]
¿Te envió Héctor igual que un espía a las cóncavas naves,
o bien sigues de tu corazón los impulsos que tiene?

Y repuso Dolón, y al hablar le temblaban las carnes:

—Me turbó Héctor el seso con muchas y malas promesas:
me ofreció los caballos de cascos potentes y el carro
de broncíneos adornos que tiene el ilustre Pelida;
me ordenó que a través de la rápida noche sombría
me acercase a las naves veloces y que averiguara
si guardadas están todavía, o quizá los aqueos

por haber sido por nuestras manos ayer derrotados,
se disponen a huir y no quieren guardar ya las naves
por la noche, al hallarse rendidos por tanta fatiga.

Y repúsole entonces así el agudísimo Ulises:

—Era grande el presente que tu corazón anhelaba.
¡Los caballos del Eácida bravo! Difícil sería
a un mortal sujetarlos y ser conducido por ellos,
ni siendo otro que Aquiles, el hijo de madre sin muerte.
Pero, vamos, respóndeme y habla con toda franqueza.
¿Dónde a Héctor dejaste al venir, al pastor de los hombres?
¿En qué sitio sus armas guerreras están y sus potros?
¿Dónde tienen los teucros a sus centinelas y el campo?
[Dinos qué están pensando, si acaso pretenden quedarse
cerca de nuestras naves, distantes allí de la villa,
o una vez los aqueos vencidos, después se irán a ella.]

Y repúsole el hijo de Eumedes, Dolón, de este modo:

—Te diré exactamente las cosas que tú me preguntas.
Héctor, junto con los que voz tienen en cada consejo,
delibera ante la sepultura del divino Ilo,
del tumulto alejado. Las guardias por que preguntabas,
la misión de velar o guardar nuestras huestes no tienen.
Por la necesidad apremiados, en torno a los fuegos,
vela cada troyano, y se exhortan a la vigilancia.
Pero los auxiliares venidos de tierras lejanas
duermen y a los troyanos les dejan cuidar de la guardia
puesto que ellos no tienen aquí a sus mujeres ni hijos.

Y repúsole entonces así el agudísimo Ulises:

—¿Duermen estos acaso mezclándose con los troyanos
o separadamente? Responde para que lo sepa.

Y repúsole el hijo de Eumedes, Dolón, de este modo:

—Te diré exactamente las cosas que tú me preguntas.
Hacia el mar, donde se hallan peonios y carios, armados
de arcos curvos, caucones y léleges y los pelasgos.
Obtuvieron por suerte la Timbra los licios y misios
y los jinetes frigios y los caballeros meonios.
Mas ¿por qué continuáis preguntándome cosas como esta?
Si queréis penetrar a través del ejército teucro,
ahí están, al extremo, los recién llegados, los tracios,
con el hijo de Eyoneo, Reso, su rey, apartados.
Sus corceles yo vi y son muy bellos y de gran altura,
blancos como la nieve y ligeros lo mismo que el viento.
Están llenos de adornos de oro y de plata sus carros;
son tan bellas sus armas de oro que encantan la vista;
no parece que fueron labradas por hombres mortales
sino que para dioses divinos han sido forjadas.
Pero ya me debierais llevar a las rápidas naves,
o dejarme aquí mismo y atado con sólidos lazos,
mientras vais a saber si en las cosas que os he confesado
os he dicho la pura verdad u os he dicho mentira.

Y, mirándolo con torva faz, dijo el fuerte Diomedes:

—No pretendas, Dolón, escapar de esta, aun cuando
{importantes
son las nuevas que has dado, porque en nuestras manos caíste.
Si ahora te rescatásemos y te dejáramos libre,
nuevamente a las rápidas naves aqueas irías,
sea para espiar o trabar con nosotros combate.
Mas si tú por mi mano vencido perdieras la vida,
no serás una plaga ya para los hombres argivos.

Dijo, y para tocarle la barba tendiole él la mano,
suplicando, y el otro de un tajo que le dio en el cuello,
manejando su espada mortal, le cortó ambos tendones;

su cabeza cayó sobre el polvo, y el teucro aún hablaba.
Y quitáronle al punto el morrión de piel de comadreja,
la de lobo y el arco flexible y la lanza potente,
y allí Ulises divino, en honor de Atenea, la diosa
que preside el botín, oró alzándolo todo en sus manos:

—¡Diosa, goza con estas ofrendas! Serás la primera
a quien entre los dioses olímpicos invocaremos.
Y ahora guíanos hasta los carros y tiendas de tracios.

Dijo así, y levantando las manos sobre la cabeza,
los despojos dejó en un taray, bien cubiertos de cañas
y de ramas, de modo que fueran señal bien visible[176]
a la vuelta, durante la rápida noche sombría.

[En el campo de Reso]

Avanzaron después entre armas y sangre muy negra
y muy pronto llegaron al campo en que estaban los tracios
que dormían rendidos de tanta fatiga; en el suelo
se encontraban las armas dispuestas ordenadamente
en tres filas, y un par de caballos junto a cada hombre.
Reso en medio dormía y tenía los raudos corceles
a un extremo del campo, amarrados con fuertes correas.
Y el primero que lo vio fue Ulises y dijo a Diomedes:

—Será ese, Diomedes, el hombre y también los caballos
de que nos ha informado Dolón, a quien dimos la muerte.
Vamos, ahora demuestra el valor impetuoso que tienes
y no tengas ociosas las armas. Desata los potros
o bien mata a los hombres, y yo me haré cargo de aquellos.

176. Las armas del guerrero vencido se muestran públicamente como trofeo y sirven para dar ánimo a la tropa.

Dijo, y la de ojos claros Atena, dio al héroe bravura.
Mató a diestra y siniestra y se oyeron lamentos horribles
de los que degollaba y la sangre corrió por el suelo.
Como el león acomete a un rebaño de cabras u ovejas
cuando no está el pastor y se lanza feroz sobre ellas,
así sobre los tracios lanzose el Tidida y dio muerte
a doce hombres. Y a cada guerrero que al suelo caía
a los golpes que daba el Tidida blandiendo la espada,
iba Ulises astuto cogiendo de un pie y apartándolos
del camino, que así los caballos de crines hermosas
pasarían sin que se asustaran pisando cadáveres,
puesto que acostumbrados no estaban aún a pisarlos.

Cuando al fin encontrose delante del rey el Tidida,
el tredécimo fue a quien quitó la existencia dulcísima,
mientras daba un suspiro; pesaba en su mente un mal
[sueño[177]
[esa noche; de Atena en la forma del nieto de Eneo].

Mientras a los caballos de cascos potentes Ulises
el paciente soltó, los ató con las riendas y afuera
los llevó con el arco aguijados; había olvidado
recoger en el carro labrado el magnífico látigo.
Y silbó para advertir así al esforzado Diomedes.

Pero este, parado, aún pensaba hacer nuevas hazañas:
si llevarse aquel carro también con las armas labradas,
ya tirando de él del timón, ya llevándolo a cuestas,
o quitando la vida a más tracios allí todavía.
Mientras esto pensaba en su gran corazón, Atenea
presentose al divino Diomedes y dijo, a su lado:

177. Los sueños son interpretaciones de la realidad futura, por lo tanto tienen un claro valor premonitorio.

—Piensa ya en regresar, hijo del excelente Tideo,
a las cóncavas naves, no sea que vayas huyendo,
si es que algún otro dios a los tracios del sueño despierta.[178]

Dijo, y él conoció por la voz que la diosa le hablaba
y a caballo montó en un instante y también lo hizo Ulises
con el arco aguijándoles y a los navíos volaron.

Al acecho encontrábase Apolo, el del arco de plata;
cuando vio que Atenea iba a ver al Tidida, iracundo,
a través de las filas troyanas metiose al instante,
y a Hipocoonte se fue a despertar, senador de los tracios
y sobrino de Reso. De un salto salió de su sueño
y al ver que se encontraba vacío el lugar de los potros
y a los muertos, aún palpitantes, de aquella matanza,
comenzó a lamentarse y llamar por su nombre al amigo.
Y muy pronto se alzó un clamoreo e inmenso tumulto
en los teucros, atónitos ante la gran aventura
de unos hombres que luego a las cóncavas naves se fueron.

[Regreso de los héroes al campo aqueo]

Al llegar donde dieron la muerte al espía de Héctor,
los veloces caballos, Ulises, de Zeus tan amado,
sujetó, y el Tidida saltó y los despojos sangrientos
puso en manos de Ulises, montó nuevamente a caballo
y picó a los corceles, los cuales partieron volando
a las cóncavas naos, pues a ellas llegar deseaba.

El primero en oír su galope fue Néstor, que dijo:

178. Es manifiesta la confabulación y la rivalidad existente entre los dioses olímpicos.

—[Camaradas, caudillos y príncipes de los argivos.
¿Me equivoco o es cierto? Mas mi corazón me hace que hable.]
Me parece escuchar un galope de raudos caballos.
¡Ojalá hasta aquí vengan Ulises y el fuerte Diomedes,
en veloces corceles robados al campo troyano!
Pero mucho me temo que a los más valientes argivos
un percance les haya ocurrido en el campo troyano.

Aún no había dejado de hablar cuando aquellos llegaron.
Allí echaron pie a tierra y tendiéronles todos la diestra
muy contentos y los saludaron con dulces palabras.
Y el primero habló Néstor, el viejo señor de los carros:

—Dime tú, gloria insigne de Acaya, ¡oh Ulises famoso!,
¿cómo fue que a los teucros tomasteis tan bellos corceles?
¿Son acaso regalo de un dios que os ha sido propicio?
A los rayos del sol me recuerdan de un modo preciso.
Yo no dejo de estar en contacto jamás con los teucros,
que, aunque viejo, no suelo quedarme en las cóncavas naves,
pero nunca les vi unos caballos iguales a estos.
Me sospecho es regalo de un dios que os ha sido propicio
porque al uno y al otro ama Zeus el que nubes reúne
y Atenea, su hija, la diosa de claras pupilas.

Y repúsole entonces así el agudísimo Ulises:

—¡Gloria insigne de toda la Acaya, oh tú, Néstor Nelida!
Si quisiera, seríale fácil a un dios dar caballos
y aún mejores que estos, pues es su poder infinito.
Los caballos por los que preguntas, ¡oh anciano!, llegaron
poco hará con los tracios; a su amo dio muerte Diomedes
con el bronce y también a otros doce valientes guerreros.
Al trecésimo, cerca de nuestros navíos, matamos,
el cual era un espía enviado a nosotros por Héctor
y por otros troyanos ilustres a ver nuestro campo.

Dijo, e hizo saltar los caballos de cascos potentes
sobre el foso, contento, y contentos marcháronse todos.
Al llegar a la sólida tienda del fuerte Tidida
los caballos ataron con unas flexibles correas
al pesebre, y estaban allí los veloces corceles
de Diomedes, y un trigo de miel, de tan dulce, comían.
De la popa de su nao Ulises colgó los despojos
de Dolón, esperando hacer un sacrificio a Atenea.
Luego entraron los dos en la mar y el sudor se lavaron
que, abundante, empapaba sus piernas, sus muslos y cuellos.

Cuando hubieron las ondas del mar sus sudores lavado,
refrescáronse su corazón en las pilas pulidas
en las cuales entraron los dos y tomaron un baño.
Una vez se lavaron y ungieron con finos aceites
al banquete sentáronse y de una llenísima crátera
en honor de Atenea libaron dulcísimo vino.]

CANTO XI

[Los dos ejércitos se preparan para reanudar el combate]

De su lecho, la Aurora dejando a Titón el ilustre,
levantábase a darles la luz a los dioses y hombres,
cuando, enviada por Zeus, presentose en las naves aqueas
la funesta Discordia con signos de guerra en la mano.
Y subiose la diosa a la ingente nao negra de Ulises,
que encontrábase de ambos extremos a iguales distancias
para ser de ambos lados oído, que a un lado y a otro
colocaron Ayax Telamonio y Aquiles sus tiendas,
confiados en su valentía y sus brazos potentes.
Desde allí dio la diosa potentes y horrísonos gritos
y gran fuerza le dio al corazón de los hombres aqueos
para que pelearan y sin decaer combatieran.
[Y de pronto les fue pelear mucho más agradable
que volver en las cóncavas naos a la tierra paterna.]

El Atrida la voz levantó y ordenó que se armaran
los aqueos, y armose él también con el bronce brillante.
Al momento ciñose las piernas con grebas muy bellas
que después sujetó en torno a ellas con broches de plata,
y una vez hecho esto, su pecho cubrió con la cota
[que Ciniras le dio como don que le hizo a su huésped.
Hasta Chipre llegó la noticia de que los aqueos
se embarcaban dispuestos a ir a las tierras de Troya,
y así aquel se la dio para ser con su rey complaciente;

diez filetes de esmalte sombrío la cota tenía,
otros doce de oro, además, y otros veinte de estaño,
y también tres cerúleos dragones que al cuello elevábanse
semejantes al iris que fija el Cronida en las nubes
como una señal para el hombre que voz articula.[179]
De su hombro la espada colgó en la que clavos de oro
en el puño brillaban, metida en su vaina de plata
que sujeta se hallaba por unos tirantes de oro.
Embrazó luego el fuerte y bellísimo escudo labrado
de la altura de un hombre, con diez redondeles de bronce
en el borde y con veinte relieves de estaño muy blanco,
a excepción del que había en el centro, de acero negruzco,
coronado en él por la Gorgona de horrendas pupilas
y de torvo mirar, con el Miedo y la Fuga a ambos lados.
El tahalí era de plata y tenía sobre él enroscado
un cerúleo dragón de tres testas que se entrecruzaban,
y las cuales nacían a un tiempo de un único cuello].
Su cabeza cubrió con un casco de doble cimera,
cuatro bollos y un gran y espantable penacho de crines;
asió dos fuertes picas de punta de bronce aguzada
cuyo fúlgido brillo lograba llegar hasta el cielo.[180]
Y en lo alto Hera con Atenea tronaron entonces
para honrar al señor de Micenas, la muy rica en oro.

[Cada cual a su auriga ordenó que tuviera al momento
preparados el carro y caballos delante del foso;
todos ellos salieron entonces a pie y con las armas,
y antes de que la aurora apuntara se alzó un gran tumulto.
Los infantes delante del foso pusiéronse en filas
y muy cerca pusiéronse los que luchaban en carros.
Y el Cronida un funesto tumulto movió entre los hombres

179. El lenguaje articulado es propio del hombre a diferencia de los animales, por tanto supone civilización.

180. La belleza y la perfección de las armas se corresponde con la entidad del guerrero que las viste.

y dejó desde el éter caer un sangriento rocío
porque al Hades había de dar muchas almas valientes.][181]

Se agruparon también los troyanos sobre una eminencia
junto a Héctor el grande y a Polidamante el eximio,
junto a Eneas, a quien los troyanos por dios veneraban,
y a los tres Antenóridas: Pólibo, Agenor divino
y el mancebo Acamante que en todo era a un dios semejante.
Héctor iba delante llevando su escudo redondo.
Como un astro siniestro se asoma por entre las nubes,
resplandece y se oculta después tras las nubes sombrías,
así Héctor mostrábase junto a los que iban delante
o los que iban detrás, ordenando, y de bronce vestido,
cual relámpago del padre Zeus, el que lleva la égida.

[Hazañas de Agamenón]

Como los segadores caminan en dos direcciones
por los surcos de un campo sembrado de trigo o cebada,
de algún hombre opulento y espesas caen gruesas espigas,
de este modo troyanos y aqueos entre ellos luchaban
y matábanse, sin pensar nunca en la odiosa derrota.
De una parte y de otra la lucha se había igualado.
Cual leones luchaban y así la Discordia gozaba,
solo dios que encontrábase entre un combatiente y entre otro,
pues las otras deidades inmóviles permanecían,
en los bellos palacios que cada uno de ellos tenía
construido para él en los valles del muy alto Olimpo.
[Al Cronida inculpaban, el dios de las nubes sombrías,
pues quería entregar la victoria a los hombres troyanos.
Mas al padre no le preocupaban, sentábase aparte
y, sintiéndose ufano de toda su gloria, miraba

181. Se trata de un presagio o señal divina.

la ciudad de los teucros, las naves aqueas, el brillo
de los bronces, a los que mataban y a los que morían.][182]

Mientras hubo aún aurora y el día sagrado acercábase,
igualados los tiros, la vida perdían los hombres.
A la hora en que ya el leñador su comida prepara
en la umbría del bosque, pues tiene los brazos cansados
de cortar grandes árboles y el corazón se le cansa
y el afán de la dulce comida a su ánimo llega,
entre sí se exhortaban los dánaos por entre las filas
y las teucras falanges rompieron luchando animosos.
El primero rompió Agamenón y a Bienor dio la muerte,
el pastor de los hombres, y a Oileo, su amigo, el auriga.
Se apeó este del carro, dispuesto a acudir a su encuentro,
pero él en su frente clavó la agudísima lanza
que no fue detenida por el duro casco de bronce,
porque lo atravesó, dio en el hueso, lo hirió en el cerebro
[y el guerrero cayó cuando este sobre él se lanzaba].

En el mismo lugar los dejó Agamenón soberano,
con el pecho desnudo, quitadas entrambas corazas,
y marchó contra Iso y Antifo a quitarles la vida,
ambos hijos de Príamo, hijos bastardo y legítimo
que en el mismo carro iban; guiaba el primero y luchaba
el magnífico Antifo. Antes en las umbrías del Ida
los prendió y ató Aquiles con mimbres elásticos, mientras
a la grey pastoreaban, y los libertó por rescate.
Pero el hijo de Atreo, el rey Agamenón poderoso,
con su lanza hirió a uno en el pecho, sobre la tetilla,
y en la oreja, y a espada, hirió a Antifo y echolo del carro.
Al lanzarse veloz a quitarles las armas magníficas
a los dos conoció; los vio mucho en las naves veloces
cuando Aquiles, el de pies ligeros, del Ida llevóselos.

182. En ocasiones los dioses se regocijan con la desgracia humana y dejan de intervenir, actuando como meros espectadores.

Como el león a los tiernos cervatos de rápida cierva
fácilmente destroza con sus poderosos colmillos
dentro de su cubil cuando su corazón ha arrancado
y la madre no puede auxiliarlos aun cuando esté cerca
porque un miedo feroz la domina y veloz atraviesa
las montañas y bosques espesos luchando afanosa
por huir de la fiera terrible y de su acometida,
los troyanos tampoco pudieron librar de la muerte
a los dos, porque de los argivos estaban huyendo.

Atacó ahora Pisandro y también el intrépido Hipóloco,
ambos hijos de Antímaco el bravo, que estando ganado
por el oro y los bellos regalos que le hizo Alejandro,
oponíanse a que a Menelao devolvieran a Helena.
Los dos en manos de Agamenón soberano cayeron.
Los veloces corceles guiaban en un mismo carro.
De sus manos, de miedo, cayeron las riendas brillantes.
Como un león se lanzó sobre ellos el hijo de Atreo
y los dos suplicáronle así desde lo alto del carro:

—Líbranos de la muerte y tendrás buen rescate, ¡oh Atrida!
Numerosos tesoros Antímaco tiene en su casa,
oro y bronce y también tiene hierro que ha sido labrado;
nuestro padre con ello ha de darte un inmenso rescate
cuando sepa que vivos estamos en las naos aqueas.

Así al rey, con tan dulces palabras y llanto abundante,
suplicaron, y amarga les fue la respuesta que oyeron:

—Puesto que sois el uno y el otro los hijos de Antímaco
que a los hombres de Troya propuso en el ágora el día
en que fue Menelao con Ulises llevando un mensaje,
que les dieran la muerte, impidiendo que a Acaya volvieran,
el ultraje los dos pagaréis que infirió vuestro padre.

Así dijo, y del carro a Pisandro caer hizo a tierra
de un lanzazo en el pecho que lo hizo caerse de espaldas.
Saltó Hipóloco para escapar, pero en tierra, su espada
le cortó la cabeza y las manos y aquella, rodando,
fue por entre las filas de hombres, igual que un mortero.[183]

Los dejó y se lanzó entre las densas hileras de hombres
y siguieron tras él los aqueos de grebas hermosas;
los infantes mataban a infantes que huían veloces
y los que iban en carros también a los que iban en carros
y el sonoro pisar de los potros de polvo cubríalos.
Atacaban con bronce. Avanzó Agamenón soberano,
dando muerte sin tregua, animando a los hombres argivos.
Como cuando el incendio voraz se levanta en la selva
y las llamas en todos sentidos el viento propaga
y los árboles ceden al fuego desde las raíces,
a los tajos que dio Agamenón el Atrida cayeron
las cabezas de teucros que huían, y muchos caballos
arrastraban los carros vacíos en medio del campo
y a los amos echaban de menos, ya muertos en tierra
a los buitres más gratos ahora, y no a sus esposas.
A Héctor Zeus lo sustrajo del polvo y también de las flechas
como de la matanza y la sangre y el bélico estruendo,
y el Atrida marchaba delante exhortando a los dánaos.
Más allá de la tumba de Ilos, el viejo Dardánida,
por el llano en que está el Cabrahigo los teucros huían
deseando alcanzar la ciudad. Y el Atrida, gritando,
los seguía, cubiertas las manos de sangre y de polvo.

Los que hubieron llegado primero a las Puertas Esceas
y a la Encina, paráronse para aguardar a los otros
que por el llano huían igual que terneras que asusta
un león que, rugiendo de pronto en la sombra nocturna,

183. Obsérvese el realismo de la escena en la descripción de la lucha, rasgo típicamente homérico.

a una de ellas con dura crueldad le arrebata la vida
destrozándole el cuello al morder con sus dientes potentes
y se bebe la sangre que mana y devora su entraña,
así a todos siguió Agamenón soberano el Atrida,
derribando al que se rezagaba, y los otros huían.
[De los carros, de pecho o de espaldas, cayeron muchísimos
a los golpes que daba el Atrida con lanza furiosa.]

Cuando poco faltó para que el alto muro alcanzara
de la villa, sentábase el padre de dioses y de hombres
en la cumbre del Ida que tiene muchísimas fuentes.
Descendió de los cielos llevando su rayo en la diestra
y llamó a Iris la de alas doradas, como mensajera.

—Parte rápida, Iris, y dile estas cosas a Héctor:
mientras Agamenón, el pastor de los hombres se agite
entre los combatientes primeros y mate a los hombres,
quiero que se retire y dé orden a toda su gente
de que luche con el enemigo en la dura batalla.
Pero en cuanto, ya herido de lanza o de flecha, lo vea
que se sube a su carro, una gran fortaleza he de darle
para que llegue, dando la muerte, a las naves bancadas,
hasta que el sol se ponga y comience la noche sagrada.[184]

Dijo, y le obedeció la veloz Iris de pies ligeros.
Bajó desde las cumbres del Ida hasta Ilión la sagrada
y al ver a Héctor divino, hijo de Príamo el belicoso
de pie, tras sus caballos y encima del sólido carro,
Iris, la de los rápidos pies, acercose a él y dijo:

—Héctor, hijo de Príamo, a Zeus semejante en prudencia,
a decirte estas cosas a ti me ha enviado Zeus padre
mientras Agamenón, el pastor de los hombres se agite

184. Zeus gobierna el destino de la batalla y a modo de contrapunto alterna la victoria entre un bando y otro.

entre los combatientes primeros y mate a los hombres,
quiere que te retires y ordenes a toda tu gente
que combata con el enemigo en la dura batalla.
Pero en cuanto, ya herido de lanza o de flecha, lo veas
que se sube a su carro, una gran fortaleza ha de darte
para que llegues, dando la muerte, a las naves bancadas
hasta que el sol se ponga y comience la noche sagrada.

Así dijo, y después se fue Iris la de pies ligeros.

Desde el carro, llevando las armas, saltó Héctor a tierra,
revistó a sus guerreros, blandiendo dos lanzas agudas,
a luchar exhortolos y un gran alboroto produjo.
Se volvieron los teucros y con los argivos lucharon,
y, a su vez, los argivos cerraron entonces sus filas.
Reanudose el combate y luchó Agamenón el primero
puesto que adelantarse quería en la lucha a sus hombres.

Y decidme ahora Musas que estáis en mansiones olímpicas,[185]
quién batiose contra Agamenón, el primero de todos,
qué troyano fue este, o bien qué generoso aliado.

Fue el florido y valiente Antenórida, Ifidamante
que criose en la Tracia fecunda, la madre de ovejas.
Lo acogió cuando niño su abuelo materno, Ciseo,
padre de la de hermosas mejillas, Teano, en su casa.
Así que hubo llegado a la edad juvenil y gloriosa
lo mantuvo a su lado y le dio en matrimonio a su hija.
Ya casado, su lecho dejó para ir contra los dánaos
y a la mar se lanzó en doce naves de extremos curvados,
y una vez en Percote, en la playa, dejadas las naves,
desde allí dirigiose por tierra a los muros de Troya.
Fue este al que Agamenón el Atrida enfrentose primero.

185. Las Musas proporcionan al poeta la inspiración divina necesaria para continuar con el relato. Cfr. nota 74.

Cuando entrambos se hallaron el uno delante del otro,
el Atrida erró el tiro porque desviose su lanza;
por debajo de la cota dio Ifidamante en su cinto
y con toda la fuerza del brazo empujó aún más la pica
sin lograr el labrado tahalí atravesar, pues la punta
se melló, cual si fuera de plomo, en la hebilla de plata.
La cogió Agamenón con la mano, el señor de los hombres,
y tirando con furia de león la arrancó de su mano
y en el cuello le hirió con la espada y quebrole los miembros,
De este modo cayó y se durmió con un sueño de bronce,
[¡infeliz!, mientras a los troyanos prestaba su ayuda
lejos de su mujer de quien no conoció recompensa,
pues cien bueyes le dio y prometiole mil cabras y ovejas[186]
de las innumerables que había paciendo en sus pastos].
Le quitó Agamenón el Atrida la bella armadura
y a través de los hombres aqueos consigo llevósela.

[Agamenón, herido, abandona el frente]

Sin embargo, advirtiolo Coón que era un bravo guerrero,
de Antenor primogénito, y nubes muy densas de pena
sus pupilas cubrieron al ver que su hermano moría.
Y detúvose ante Agamenón, mas sin que él lo advirtiese
y le dio una lanzada en el brazo, debajo del codo,
y se lo atravesó con la punta del bronce brillante.
Un temblor asaltó a Agamenón el señor de los hombres,
pero no abandonó en modo alguno la guerra y la lucha;
sino que atacó al punto a Coón con su lanza de viento,
que, anhelante, tiraba del pie a Ifidamante cadáver,
a su hermano de padre, pidiéndole ayuda a los suyos.
Mientras él arrastraba el cadáver por entre la turba

186. Hasta el siglo VII a.C. no se acuñó moneda, razón por la cual se practicaba el trueque: el buey constituía una unidad de valor.

bajo el escudo oblongo, lo hirió con la lanza, y sus nervios
le quebró, y su cabeza cortó encima de Ifidamante.
De Antenor, los dos hijos, cumpliendo el destino, la vida
el Atrida quitó, y descendieron entonces al Hades.

Y él después se metió entre los otros guerreros, luchando
con la lanza, la espada, o con piedras de enorme tamaño,
mientras que de su herida brotaba la sangre caliente.
Al secarse la herida y dejar de manar negra sangre
un agudo dolor menguó fuerzas al hijo de Atreo.
Como cuando dolores agudos a la parturienta,
las Ilities, las hijas de Hera, le envían, las diosas
de los alumbramientos, que tanto dolor dan al parto,
el ardor del Atrida terribles dolores menguaron.
A su carro subió y ordenó que a las cóncavas naves
lo llevase el auriga, con el corazón afligido.
Mas gritando con voz poderosa les dijo a los dánaos:

—Camaradas y jefes y príncipes de los argivos.
De las naos surcadoras del mar alejad la batalla
dolorosa, que el próvido Zeus ni siquiera permite
que yo todo este día la lucha con teucros prosiga.

Dijo así, y el auriga aguijó a los crinados caballos
hacia las naos veloces, y aquellos volaron gozosos
con el pecho cubierto de espuma, entre nubes de polvo,
y del campo y la lucha lleváronse al rey agotado.

[Héctor conduce a los troyanos al ataque]

Cuando Héctor vio que Agamenón el combate dejaba,
a los teucros y licios entonces habló a grandes voces:

—Licios, teucros y dárdanos que combatís cuerpo a cuerpo,
recordad vuestro ardiente valor y sed hombres, ¡oh amigos!

El guerrero más bravo se ha ido, y ya Zeus el Cronida
la victoria me otorga. Lanzad los caballos solípedos
contra los fuertes dánaos y así lograréis grande gloria.

Dijo, y estimuló la bravura y el ánimo en todos.
Igual que un cazador a los perros de blancos colmillos,
cuando ve un jabalí montaraz o un león, los azuza,
así contra los hombres aqueos lanzó a los troyanos
Héctor, hijo de Príamo, el émulo de Ares funesto.
Se abrió paso, alentando, entre los que luchaban delante
[y cayó en la batalla lo mismo que cae la tormenta
repentina y revuelve las ondas del ponto violáceo].

¿Quién fue el hombre primero y el último a quienes dio muerte
Héctor, hijo de Príamo, cuando le dio Zeus la gloria?[187]
El primero fue Aseo y siguiéronle Autónoo y Opites,
Dólope, hijo de Clitio, Agelao, y con ellos Ofeltio,
Oro, Esimno y también mató a Hipónoo el valiente.
Mató a tales caudillos y a muchos guerreros del pueblo.

Como el Céfiro agita y se lleva en feroz torbellino
cuantas nubes el Noto veloz ha acopiado y reunido,
y olas grandes levántanse y llega la espuma a lo alto
levantada al impulso del viento errabundo y sonante,
así ante Héctor del pueblo cayeron cabezas innúmeras.

[Ulises y Diomedes rechazan a los troyanos]

Gran estrago y desdichas se hubieran allí producido
y a las naves hubiesen huido los hombres aqueos,
si allí Ulises no hubiese exhortado a Diomedes Tidida:

187. Cfr. nota 120.

—¿Por qué nuestro valor, ¡oh Tidida!, no les demostramos?
Ven aquí, amigo mío, a mi lado. Humillante sería
que el del casco brillante, Héctor, nuestros navíos lograra.

Y repúsole entonces así el vigoroso Diomedes:

—Yo me quedo y he de resistir, aunque poco provecho
lograremos, pues Zeus el que nubes reúne desea
conceder la victoria a los teucros en vez de a nosotros.

Dijo así, y derribó de su carro a Timbreo, clavándole
en la izquierda tetilla la lanza; e hirió en tanto Ulises
al auriga de este rey, Molión, que era igual que los dioses.
Fuera ya de combate uno y otro, allí los dejaron;
miedo y gran confusión produjeron por entre las filas,
como dos jabalíes luchando con perros de caza.
De este modo a los teucros mataban, y aquellos que huían
ante Héctor, pudieron al fin respirar libremente.

Atacaron a un carro, a dos hombres, los más valerosos
de su pueblo, ambos hijos del percosio Mérope, sabio
en Adivinatoria, que no deseaba que fuesen
a la guerra homicida, mas ellos no le obedecieron,
impulsados los dos por las parcas de la negra muerte.
Y Diomedes Tidida, el famoso lancero, alma y vida
les quitó, y despojó luego de sus magníficas armas.
Mató Ulises a Hipódamo en tanto y después mató a Hipéroco.

El Cronión, desde lo alto del Ida, observó la batalla
y el combate igualó. Y unos y otros se fueron matando.
Un lanzazo en el muslo el Tidida le dio al héroe Agástrofo,
que era un hijo de Peón y no pudo escapar porque lejos
los caballos tenía que le hubiesen sido tan útiles
y a su auriga distante dejó; y revolviose furioso
entre los enemigos, en tanto vigor tuvo y vida.

Cuando Héctor lo vio entre las filas, lanzose gritando
contra ellos, y al punto, con él las falanges troyanas.
Así se estremeció el valeroso Diomedes al verlo.
Y habló a Ulises, que estaba a su lado, con estas palabras:

—Esa calamidad, el ardiente Héctor, viene a nosotros.
A pie firme aguardémoslo y ahora contra él peleemos.

Así dijo; blandió y lanzó luego su larga azagaya
y al tirarla acertó, pues fue a dar en lo alto del yelmo,
pero el bronce logró rechazar a la punta de bronce
que no hirió el bello cutis, porque lo impidió el casco, hecho
de tres gruesos y con agujeros, regalo de Apolo.
Con gran prisa corrió Héctor buen trecho por entre la turba
y cayó de rodillas; la mano robusta en el suelo
[apoyó, y una noche sombría cubrió sus pupilas].
Mientras tanto, el Tidida pasó entre las filas primeras
para ir a cobrar su azagaya, clavada en el suelo.
El sentido cobró Héctor al punto y subiose a su carro,
se metió entre la turba y así se evitó negra muerte.
Y el potente Diomedes, blandiendo la lanza, increpábalo:

—¡Perro! Te liberaste otra vez de la muerte. Muy cerca
has tenido la muerte. Esta vez te salvó Febo Apolo
a quien debes rogar cuando estruendo de lanzas escuches.
Pero tarde o temprano yo habré de acabar con tu vida
si, también yo, consigo encontrar algún dios que me ayude.
Y ahora voy a correr tras los otros y ver a quien mato.

[Diomedes herido y Ulises en peligro]

Dijo así, y despojó el cuerpo muerto del bravo Peónida.
Y Alejandro, el esposo de Helena de hermosos cabellos
tendió contra el Tidida, pastor de los hombres, su arco.
Apoyábase en una columna de la sepultura

del Darnánida Ilo, un anciano al que honraron antaño.
Él quitábale a Agástrofo el bravo la cota brillante,
bajo el pecho el escudo manuable y el casco pesado.
Y ahora el otro tiró de su arco y lanzó la saeta,
y esta no inútilmente salió de su mano, que al héroe
horadó el pie derecho a través de la planta, y la flecha
en el suelo clavada quedó. Y él dejó su escondite
y riendo con gran alegría, ufanose diciendo:

—¡Te herí! No se ha perdido mi tiro. ¡Ojalá que, acertándote
en el vientre, yo hubiese podido arrancarte la vida!
Un descanso tendrían los teucros en males tan grandes
pues te temen igual que a un león las balantes cabrillas.

Sin turbarse, repúsole así el vigoroso Diomedes:

—¡Insolente flechero, peinado, mirón de doncellas!
Si aquí tú, frente a frente conmigo, midieras las armas,
no valdría de nada tu arco y tus flechas innúmeras.
¿Porque solo me heriste la planta del pie te envaneces?
Es igual que si un niño o una joven me hubiesen tocado,
poco duele la flecha de un hombre que es vil y cobarde.
Muy distinto es el agudo dardo que arrojo; por poco
que penetre, sin vida al que alcanza lo deja y su esposa
llora y llena su cara de lágrimas y sus hijuelos
quedan huérfanos, y él en la tierra, sangrando, se pudre
[y más aves de presa hay sobre él que a su lado mujeres].

Así dijo, y Ulises lancero se puso delante
y él, detrás, se sentó y arrancó de su pie la saeta.
Un terrible dolor recorrió en ese instante su cuerpo.
Subió entonces al carro y con el corazón afligido
al auriga ordenó lo llevase a las cóncavas naves.

Allí Ulises, famoso lancero, quedó entonces solo,
sin tener a un argivo a su lado pues miedo tenían.
Y gimiendo habló a su corazón generoso, diciendo:

—¡Ay de mí! ¿Qué me habrá de pasar? Mala cosa es la {huida
a través de la gente y peor si estoy solo y me apresan
pues a los demás dánaos en fuga los puso el Cronida.
Mas ¿por qué el corazón me hace ahora pensar tales cosas?
Sé que solo el cobarde es capaz de rehuir el combate
y quien en la batalla descuella se mantiene firme
y lo mismo le da que lo hieran a él o a otro él hiera.

Mientras tales ideas tenía en su ánimo y mente
a él llegaron las huestes de los escudados troyanos
y, rodeándole, su propio mal encerraron entre ellos.

Como perros y mozos robustos acosan y embisten
a un feroz jabalí que ha salido de la espesa selva
aguzando en sus corvas quijadas los blancos colmillos
y, aunque estando cercada, rechine los dientes la fiera
y se muestre terrible a los hombres que firmes resisten,
así en torno de Ulises, amado por Zeus, los troyanos
lo atacaban. Mas él hirió alli a Deyopites eximio
al clavarle la aguda azagaya en lo alto del hombro;
mató luego a Toón y después quitó a Enomo la vida;
mató a Quesidamante que había saltado del carro,
al lancearle el ombligo, debajo del cóncavo escudo
y cayó sobre el suelo y la tierra agarró con las manos.
Los dejó y se marchó y con la lanza hirió a Cárope Hipásida
que era hermano carnal del riquísimo Soco; mas este
que era a un dios semejante, acudió a defenderlo, a su lado,
y, parándose cerca de Ulises, le habló de este modo:

—Incansable en trabajos y astucias, ¡oh Ulises famoso!,
hoy de gloria cubrirte podrás sobre entrambos Hipásidas

si de entrambos guerreros te llevas la vida y las armas,
a no ser que mi lanza te alcance y se pierda la tuya.

Así dijo, y en el liso escudo dio un bote potente
y la lanza robusta logró atravesar el escudo,
se clavó en la labrada coraza y la punta aguzada
levantole la piel del costado, mas Palas Atena
impidió que llegara a alcanzar las entrañas del héroe.
Comprendió Ulises que aquella herida mortal no lo era
y volviéndose atrás, dijo a Soco con estas palabras:

—¡Insensato! Desgracia muy grande sobre ti ha caído.
Has logrado que deje yo aquí de luchar con los teucros,
mas te digo que aquí mismo hoy vas a encontrarte la muerte
y destino muy negro al herirte mi lanza, que gloria
me darás, y tu espíritu al Hades de ilustres corceles.

Dijo, y como él volviérase para escapar, en la espalda,
en mitad de los hombros, logró con su lanza ensartarlo,
con tal fuerza que aquella asomó por en medio del pecho.
Con gran ruido cayó, y se jactó de ello Ulises divino:

—¡Hijo de Hípaso, gran domador de caballos, oh Soco!
Te ha alcanzado la muerte antes que tú evitarla pudieras.
¡Desdichado! Ahora aquí ni tu padre ni tu augusta madre,
muerto ya, han de cerrarte los ojos; las aves de presa
hoy te destrozarán bajo un manto de tupidas alas;
si yo muero me harán los divinos aqueos obsequias.

Dijo así, y arrancó del escudo abombado y del cuerpo
la azagaya potente que Soco le había arrojado,
y la sangre brotó y se sintió el corazón afligido.
Los magnánimos teucros al ver ahora a Ulises sangrante
se lanzaron sobre él exhortándose unos a otros.
Pero Ulises volviose hacia atrás, reclamando a los suyos.
Por tres veces gritó tanto como un varón puede hacerlo

y lo oyó Menelao, el amado de Zeus, las tres veces,
y, volviéndose a Ayax, que a su lado se hallaba, le dijo:

—Ayax, raza de Zeus, Telamonio, señor de los hombres,
hasta mí ahora han llegado las voces de Ulises paciente
como si, por hallarse rodeado en la lucha funesta,
los troyanos le hubiesen podido impedir retirarse.
Acudamos por entre la turba a prestar nuestra ayuda,
no le ocurra quizá una desgracia, solo él con los teucros,
y que para los dánaos después sea un grave perjuicio.

[Ayax restablece la situación]

Dijo, y púsose al frente y anduvo tras él el deiforme.
Y encontraron a Ulises, amado por Zeus, atacado
por los teucros, igual que si fueran rojizos chacales
acosando en los montes a un ciervo cornígero, herido
por la flecha de un hombre, de quien por sus pies ha escapado
y huye en tanto su sangre está tibia y sus patas son ágiles,
pero luego lo postra rendido la rápida flecha
y en su monte pedazos lo hacen los crueles chacales,
en un bosque frondoso, hasta que surge un león carnicero
y dispersa a los crueles chacales y el ciervo devora,
así Ulises, el bravo y astuto, se vio rodeado
de muchísimos teucros valientes; blandiendo la lanza
defendíase y la dura muerte alejaba luchando.
Llegó Ayax con su escudo tan alto como es una torre,
se detuvo a su lado y con miedo los teucros huyeron.
El marcial Menelao de la mano sacó al héroe entonces
de la turba y en tanto su carro acercó el escudero.

Atacando a los teucros Ayax dio la muerte a Doriclo,
ilegítimo hijo de Príamo, e hirió luego a Pándoco,
a Lisandro y a Písaro y luego, además, a Pilartes.
Como el río se sale de madre y se esparce en el llano,

que la lluvia de Zeus acreció y cae del monte a torrentes,
y las secas encinas arrastra e innúmeros pinos
y en la mar cantidades inmensas de cieno derrama,
así por la llanura, luchando con gran valentía,
el ilustre Ayax hombres y potros mataba. Sin verlo
todavía, a la izquierda del frente batíase Héctor
a la orilla del río Escamandro, y allí las cabezas,
numerosas, caían y un gran vocerío se alzaba
cerca de Idomeneo el valiente y en torno de Néstor.
Contra todos batíase Héctor haciendo proezas
con la lanza y el carro, rompiendo falanges de jóvenes.[188]
Y aun así no volviéranse atrás los divinos aqueos
si Alejandro, el esposo de Helena de hermosos cabellos,
no le hubiese quitado la vida a Macaón el caudillo
al clavarle en el hombro una flecha de tres aguijones.
A pesar de su mucho valor los aqueos temieron
que la lucha cambiara y que así aquel perdiera la vida.
Y así habló Idomeneo, diciéndole a Néstor divino:

—¡Gloria insigne de toda la Acaya, oh tú, Néstor Nelida!
Sube al carro y haz que junto a mí Macaón se coloque
y dirige a las naos los caballos de cascos macizos,
puesto que vale un médico más que muchísimos hombres,
[ya una flecha arrancando o aplicando unas drogas calmantes].

Dijo, y obedeció el viejo Néstor, señor de los carros.
A su carro subió y sentó en él a Macaón al instante,
junto a sí, que era el hijo de Asclepio el magnífico médico;
aguijó a los caballos los cuales volaron gozosos
a las cóncavas naos, pues querían en ellas hallarse.

188. Obsérvese la eficacia de los héroes en la lucha, así como la crudeza de la batalla, no exenta de rasgos hiperbólicos.

Vio Cebriones de qué modo se retiraban los teucros.
En el carro iba al lado de Héctor, y habló de este modo:

—Héctor, mientras luchamos nosotros aquí con los dánaos,
al extremo del combate horrendo, los otros dispérsanse
y en confuso tropel los caballos y huestes se agitan.
Es Ayax Telamonio el causante de tal estropicio;
lo conozco por el ancho escudo que cubre su espalda.
Dirijamos el carro y caballos ahora a ese sitio,
donde más enconada es la lucha entre infantes y aquellos
que combaten en carros, y un gran griterío levantan.

Dijo así, y aguijó a los caballos de crines hermosas
con la fusta sonora, y, habiendo entendido los golpes,
velozmente, entre teucros y aqueos, llevaron el carro
pisoteando a los muertos y escudos; el eje, debajo,
y los lados estaban cubiertos de sangre que en gotas
salpicaba, y también de los carros y bajo las llantas
de las ruedas. Y el héroe quería meterse en las filas
y a violentos embates lograr deshacerlos al punto.
Gran tumulto movió entre los dánaos, blandiendo su lanza.
[Sin cesar recorría las filas de aquellos, luchando
con la espada y la lanza, arrojando también grandes piedras.
Solamente evitaba el encuentro de Ayax Telamonio
que irritábase Zeus si él luchaba con alguien más bravo.]

Mas Zeus Padre, que en lo alto se sienta, infundió a Ayax temores.
Se quedó estupefacto y echose a la espalda el escudo,
hecho de siete pieles; miró como un león a la turba
y, volviéndose con gran frecuencia, se fue lentamente.

[Tal como echan los perros a un rubio león del establo,
ayudados por los montaraces pastores, y luego
no le dejan llegar donde duermen los bueyes robustos,

sin dormir por la noche, y la fiera, anhelante de carne,
acomete, mas nada consigue, pues muchos venablos
arrojados por manos robustas le lanzan, y teas
encendidas, las cuales le asustan por bravo que sea,
hasta que cuando el alba aparece se va pesaroso,
así Ayax, de los teucros, con el corazón afligido,
se alejaba a disgusto, temiendo por las naos aqueas.]

Como el asno que avanza hacia un campo y soporta a los niños
que una estaca tras otra le rompan encima del lomo
y penetra en el campo y destroza las vides crecidas;
lo apalean los niños, mas como su fuerza es muy poca,
cuando ya de correr se han cansado, consiguen echarlo,
de la misma manera al magnánimo Ayax Telamonio
los troyanos y sus auxiliares en grupos innúmeros
con las lanzas golpeaban su escudo siguiéndolo siempre.
Unas veces Ayax demostraba su ardiente bravura
y volvíase para enfrentarse al valor de los teucros
domadores de potros, y, en cambio, otras veces, huía.
Y moviéndose airado entre teucros y aqueos lograba
que así los enemigos a las raudas naves no fuesen;
y las picas que manos audaces lanzaban, clavábanse
unas de ellas en su gran escudo y las otras caían
ante el héroe, en el suelo, sin que su piel blanca alcanzaran,
a pesar del deseo de haberse saciado en su carne.

Pero cuando, mirándolo, Eurípilo, el hijo preclaro
de Evemón, abrumado lo vio por los tiros copiosos,
a su lado se puso y lanzó la azagaya brillante
y al Fansíada, a Apisaón, el caudillo, en el hígado,
junto al vientre, lo hirió y sus rodillas perdieron la fuerza.[189]
Corrió a él y se puso a quitarle la bella armadura,
pero cuando el divino Alejandro advirtió que las armas

189. La fuerza del guerrero homérico reside sobre todo en las rodillas: doblarlas significa morir.

arrancábanle a Apisaón, tendió entonces el arco
y en el muslo derecho de Eurípilo hincó una saeta
y rompiose la caña y colgó y empezó a hincharse el muslo.
Retirose el guerrero del campo, evitando la muerte
y lanzando unas voces potentes decía a los dánaos:

—Camaradas y jefes y príncipes de los argivos,
deteneos y volved la cara y librad del amargo
día a Ayax que abrumado se encuentra ante innúmeros tiros
y no creo que escape con vida de la horrenda lucha.
¡Dad la cara, agrupaos junto a Ayax, hijo de Telamonio!

Así Eurípilo, herido, habló, y ellos reuniéronse entonces
junto a él y el escudo llevaban encima del hombro
y las lanzas en ristre. Y Ayax acudió a sus amigos
y una vez se encontró entre los suyos allí, dio la cara.

[Aquiles envía a Patroclo en busca de Néstor]

De este modo siguieron luchando cual fuego encendido.
Sudorosas, las yeguas neleas sacaron a Néstor
de la lid, junto con Macaón, el pastor de los hombres.
A este reconoció el de los pies muy ligeros, Aquiles,
que, situado en la popa de su poderoso navío,
contemplaba el desastre espantoso y la inmensa derrota.
Y en seguida a su amigo Patroclo llamó de la nave,
y en cuanto este lo oyó, presuroso salió de la tienda
como un Ares. Y fue esto el principio de su gran desdicha.[190]
Y primero habló así el hijo audaz de Menetio, diciendo:

—¿Qué me quieres, Aquiles? ¿Qué cosa de mí necesitas?

Y el de los pies ligeros, Aquiles, repuso, diciendo:

190. El comentario preconiza la inminente muerte de Patroclo.

—Menetiada divino, de mi corazón tan querido,
ahora espero que a mí, a suplicarme, vendrán los aqueos
de rodillas, pues grave es la necesidad en que se hallan.
Mas ve, amado de Zeus, ¡oh Patroclo!, y pregúntale a Néstor
quién es ese hombre herido a quien él del combate ha sacado.
Macaón, por la espalda, paréceme, el hijo de Asclepio,
mas su rostro no vi, pues las yeguas, queriendo cuanto antes
regresar, por mi lado pasaron muy rápidamente.

Así dijo, y Patroclo la orden cumplió del amigo
y, corriendo, a la tienda se fue y a las naves aqueas.

Cuando aquellos llegaron por fin a la tienda del hijo
de Neleo, en el campo fecundo los dos se apearon;
desunció Eurimedonte, escudero, las yeguas del viejo;
y dejaron los dos que el sudor de sus armas secárase,
colocándose al soplo del viento en la orilla del agua.
Penetraron después en la tienda y sentáronse en sillas.
Preparó en ese instante una mezcla la rubia Hecamedes.
La tomó en Ténedos el anciano a la entrada de Aquiles,
era hija de Arsimo y los dánaos se la adjudicaron
porque él era quien aventajaba en consejo a los otros.
Y ella puso una mesa muy bella de patas de acero
muy brillante, y encima de esta una fuente de bronce
con cebolla, manjar muy apropiado para la bebida,
rubia miel y, asimismo, la flor de la harina sagrada,
y también una copa muy bella que el viejo se trajo
de su casa, adornada con clavos de oro y cuatro asas
[y entre una y la otra había un par de palomas de oro
y debajo tenía, además, como un doble soporte.
Muy difícil sería a otro anciano mover esta copa
de la mesa, mas Néstor la alzó sin ninguna fatiga.
La divina mujer preparó la bebida en la copa].
Echó vino de Prammio y raeduras de queso de cabra
que raspó con un rallo de bronce y echó luego harina.
Preparado el brebaje hizo que a su capricho bebieran.

Y bebieron los dos y, aplacada la sed abrasante,
se entregaron al dulce deleite de hablar entre ellos.
Y fue cuando el divino Patroclo mostrose a la puerta.
Levantose del fúlgido asiento el anciano a su vista,
lo cogió de la mano e hizo entrar e invitó a que con ellos
se sentara; no obstante, Patroclo rehusó de este modo:

—No, no puedo sentarme, ¡oh alumno de Zeus!, y no insistas.
Respetable y temible es aquel que a tu lado me envía
para que te pregunte qué hombre trajiste aquí herido.
Mas lo sé, pues he aquí a Macaón, el pastor de los hombres.
Por lo tanto, me voy ahora mismo a decírselo a Aquiles.
Tú bien sabes, anciano, ¡oh alumno de Zeus!, lo violento
que es; sería capaz de culpar a cualquier inocente.

[Charla de Néstor]

Y repúsole Néstor, el viejo señor de los carros:

—¡Cómo! ¿Aquiles ya siente piedad de los hombres aqueos
que han herido los dardos? No sabe en qué duelo tan grande
se ha sumido el ejército. Heridos los más vigorosos,
ya de cerca o de lejos, se encuentran yaciendo en las naves.
Con la flecha fue herido el potente Diomedes Tidida
y lo fue Agamenón con la lanza y el lancero Ulises.
En el muslo tocado fue Eurípilo con una flecha,
y ahora mismo he logrado sacar del combate a este otro
al que ha herido la flecha de un arco. Y Aquiles, no obstante
su valor, no se cura de dánaos ni de ellos se apiada.
¿Es que espera que las naos veloces al borde del agua
sean pasto del fuego sin que los argivos lo impidan
y que unos detrás de los otros la vida perdamos?
El vigor de mis ágiles miembros ya no es el de antes.
[¡Ojalá fuese tan joven hoy y mis fuerzas tan grandes

como cuando luchamos nosotros contra los eleos
por un robo de bueyes. Maté a Itimoneo Hiperóquida
que era el más valeroso de los que habitaban la Élide,
y tomé represalias. Allí él defendía a sus vacas,
pero en tierra el primero cayó por mi lanza abatido;
los demás campesinos huyeron aterrorizados.
De aquel campo pudimos lograr un botín excelente
de cincuenta vacadas e iguales rebaños de ovejas
y de piaras de cerdos, e iguales rebaños de cabras;
asimismo nos apoderamos de ciento cincuenta
yeguas bayas, y algunas tenían debajo el potrillo.
Esa noche llevámoslo a Pilos, ciudad de Neleo,
y Neleo una gran alegría mostró cuando supo
el botín que mostré aun cuando yo era bisoño en la lucha.
Los heraldos con sonora voz convocaron al alba
a los que cobrar deudas debían en la fértil Élide.
Y reuniéronse entonces los jefes supremos de Pilos
para hacer el reparto; con muchos estaban en deuda
los epeos, pues nos ofendían porque éramos pocos;
años antes Heracles potente acudió a maltratarnos
y la vida quitó entonces a nuestros hombres mejores.
De los doce hijos del intachable Neleo, yo solo
escapé de la muerte; los otros perdieron la vida.
Los epeos de cotas de bronce se enorgullecieron
de ello, y contra nosotros urdieron inicuas acciones.
El anciano tomó dos rebaños, de bueyes y cabras,
escogiendo trescientas de estas con sus cabrerizos
[por la deuda que con él tenía la divina Élide;
mandó cuatro caballos que habían ganado en los juegos
con su carro, aspirando a ganar la carrera y un trípode
que era el premio, y Augías, señor de los hombres, con ellos
se quedó y prescindió del auriga que fuese muy triste.
El anciano, furioso por tales insultos y acciones],
escogió muchas cosas y al pueblo le dio lo restante
[para ser repartido y que todos su parte tuvieran].
Cuando se hubo ya hecho el reparto, en la villa ofrecimos

a los dioses ofrendas. Tres días después presentáronse
numerosos guerreros y potros de cascos macizos
con gran ímpetu, e iban con ellos entrambos Moliones,
que eran niños entonces y aún el valor ignoraban.
Una villa, Trioesa, hay en lo alto de un monte contiguo
al Alfeo, frontera a la tierra arenosa de Pilos;
destruirla quisieron y entonces pusiéronle sitio.
Pero en cuanto los llanos cruzaron, ligera y nocturna
Atenea bajó del Olimpo como mensajera
para que nos armáramos, y no halló en Pilos un pueblo
indolente, pues todos entrar en batalla queríamos.
Mas Neleo luchar me impidió y me escondió los caballos,
pues creyó que no estaba bragado en las cosas de guerra.
Pero me destaqué entre los que peleaban en carros,
como infante, que así la batalla dispuso Atenea.
Hay un río llamado Minieo que al mar da sus aguas
junto a Arena, en donde aguardamos la Aurora divina
con los carros de Pilos y en donde a nosotros se unieron
los infantes. Partimos armados de allí; al mediodía
al Alfeo llegamos, al río de sacra corriente.
Allí a Zeus poderoso muy bellas ofrendas le hicimos,
e inmolamos dos toros allí a Posidón y al Alfeo
y una vaca gregal a Atenea la de claros ojos;
ordenados en filas tomamos entonces la cena
y dormimos después sin quitarnos las armas de encima,
a la orilla del río. Y en tanto la villa cercaban
los epeos magnánimos, con el afán de arruinarla.
Mas mostrose a sus ojos la plaga terrible de Ares.
Cuando el sol esplendente se puso a lucir en lo alto,
invocamos a Zeus y a Atenea y la lucha emprendimos.
Y en el fiero combate tramado entre pilios y epeos,
fui el primero que a un hombre mató y me quedé sus caballos,
Mulío el bravo. Era yerno de Augías, que estaba casado
con su hija mayor, Agamedes, la del blondo pelo,
que sabía las drogas que nutre la tierra anchurosa.
y acercándome a él, le clavé la broncínea azagaya,

y cayó sobre el polvo y salté velozmente a su carro
y delante de todos me puse. En desorden huyeron
los epeos magnánimos, viendo tendido en el suelo
al que tan fuerte era en la lucha y mandaba los carros.
Me lancé sobre ellos como un torbellino sombrío,
tomé cincuenta carros[191] con sus dos guerreros cada uno
que mordieron el polvo vencidos allí por mi lanza,
y matara a los hijos de Ástor, a entrambos Moliones,
si su padre, el señor que la tierra sacude, tras una
nube no los hubiera sacado del campo de lucha.
A los pilios un triunfo muy grande otorgó Zeus entonces.
Perseguímoslos por la espaciosa llanura, matando
hombres y recogiendo sus armas magníficas, hasta
que a Buprasio, la fértil en trigo, llegaron los carros
hasta la roca Olenia y la loma que llaman Alisio,
adonde hizo Atenea que entonces volviera el ejército.
Derribé allí al postrer hombre y cuando las huestes aqueas
de Buprasio hacia Pilos lanzaron los raudos corceles,
dimos gracias a Zeus como dios, y como hombre a Néstor.
Tal fui yo entre los hombres, si todo no ha sido algún sueño.
Pero a Aquiles tan solo podrá aprovechar su bravura
y si muere su pueblo tendrá que llorarlo muchísimo.]
Dulce amigo, no olvides que un día Menetio te hizo
un encargo cuanto te envió a Agamenón desde Ptía.
[Dentro de su palacio yo estaba y Ulises divino,
y los dos escuchamos las cosas que aquel te encargaba.
A la bella mansión de Peleo llegamos entonces,
cuando iba en la fértil Acaya alistando guerreros.
Encontramos al héroe Menetio y a ti en esa casa,
con Aquiles. Peleo, el anciano jinete, quemaba
grandes muslos de buey en el patio para Zeus tonante.
Sostenía una copa de oro en la mano y vertía
negro vino en la llama esplendente de su sacrificio.
Y entre tanto la carne de buey preparabais vosotros.

191. De este episodio recibió Néstor el epíteto de «señor de los carros».

Bajo el pórtico allí nos mostramos, y Aquiles entonces
levantose con gran estupor, nos cogió de la mano
y nos hizo sentar y ofreció los presentes del huésped.
Cuando ya de comer y beber estuvimos saciados,
el primero os hablé para que con nosotros vinierais;
lo anhelabais los dos; vuestros padres os daban consejos:
el anciano Peleo decíale a Aquiles, su hijo,
que en valor destacara entre todos los otros y, en cambio,
a ti el hijo de Ástor, Menetio, te hablaba diciendo:]
«Hijo mío, por su sangre Aquiles a ti te aventaja,
mas tú tienes más años; es mucha la fuerza que él tiene.
Tú has de hacerle advertencias prudentes, y en bien aconséjalo;
sé su guía, y él te escuchará pues su bien será hacerlo».
Tal consejo el anciano te dio y lo olvidaste. Mas puedes
recordárselo a Aquiles aún y quizá lo convenzas.
Nadie sabe si su corazón con ayuda divina
llegará a conmoverse. Eficaz es la voz de un amigo.[192]
Mas si en su corazón él se abstiene por un vaticinio
que su madre, enterada por Zeus, alcanzó a revelarle,
que a lo menos te mande a ti con los demás mirmidones
por si llegas a ser alba de salvación de los dánaos
y llevar te permite en la lucha sus armas magníficas
para que los troyanos con él te confundan y escapen,
los valientes aqueos que tan abatidos se muestran
se reanimen y tenga la lucha una tregua, aunque breve.
[Rechazar de las tiendas y naos a la villa podríais,
pues cansados no estáis, a esos hombres que están tan cansados.]
Dijo así, y él sintió el corazón conmoverse en su pecho.

192. Néstor expone una detallada historia de su propia juventud. La autobiografía, con valor de experiencia, así como los consejos de un anciano por su prudencia, deberían ser eficaces argumentos para conmover a Aquiles. Cfr. nota 269. El valor de la amistad y la intervención divina también deberían serlo.

[Patroclo junto a
Eurípilo herido]

A las naves del Eácida Aquiles partió a toda prisa.
Pero cuando Patroclo a las naves de Ulises divino
llegó a todo correr, en la que celebrábase el ágora
y se hacía justicia ante un ara en honor de los dioses,
encontrose delante al divino Evemónida Eurípilo
al que había logrado alcanzar una flecha en el muslo
y del campo venía cojeando; un sudor abundante
por su frente y sus hombros corría, y la sangre negruzca
de la herida brotaba, mas su corazón era firme.
Piedad de él tuvo cuando lo vio el Menetiada valiente
y, lanzando un suspiro, le habló con aladas palabras:

—¡Ah infelices caudillos y príncipes de los argivos!
Lejos de los amigos y tierra paterna debisteis
saciar con blanca grasa a los ágiles perros de Troya.
Mas respóndeme, Eurípilo, alumno de Zeus, los aqueos,
¿lograrán contener el ataque del monstruoso Héctor
o la vida tendrán que perder por su lanza vencidos?

Y repúsole entonces Eurípilo herido, diciendo:

—No hay defensa para los aqueos, Patroclo divino,
que a los negros navíos se lanzan buscando refugio.
Cuantos fueron hasta ahora los hombres de más valentía,
en sus naves heridos están, ya de cerca o de lejos,
por las manos troyanas las cuales la fuerza aumentaron.
Pero sálvame y llévame ahora a mi negro navío,
quítame la saeta del muslo y la sangre negruzca
lava con agua tibia y aplícame drogas calmantes,
saludables, que dicen que Aquiles en ellas te ha instruido,
como a él lo instruyera Quirón, el centauro más justo.
Puesto que Podalirio y también Macaón, los dos médicos,
uno de ellos parece que herido se encuentra en su tienda

y a su vez también él necesita un buen médico ahora,
y en el campo troyano está el otro luchando sin tregua.

Y repúsole de esta manera el audaz Menetiada:

—¿Cómo, Eurípilo heroico, tendrán que acabar estas cosas?
Me iba a Aquiles valiente a contarle las cosas que Néstor
el anciano señor de los hombres me había contado.
Mas no quiero dejarte abrumado por tales dolores.

Así dijo, y cogió por el pecho al pastor de los hombres,
y a su tienda llevóselo. Al verlos llegar, su escudero
extendió sobre el suelo una piel. Con la daga, del muslo
le arrancó aquel la aguda saeta, y la sangre negruzca
lavó con agua tibia y le puso raíces amargas
que chafó con la mano y que todo dolor aplacaban;
y secose la herida y dejó de salirle la sangre.

CANTO XII

[Combate ante la muralla aquea]

Mientras el Menetiada valiente curaba en la tienda
las heridas de Eurípilo, en plena batalla, en el campo,
en confuso desorden luchaban argivos y teucros.
No podía a los dánaos valerles ni el foso ni el ancho
muro que para la protección de las naos levantaron
y rodearon de un foso, mas sin ofrecer a los dioses
hecatombes perfectas; querían que les protegieran
el inmenso botín y las naves; mas lo construyeron
sin contar con los dioses y les duraría muy poco.
Mientras Héctor vivió y fue durando la ira de Aquiles,
y expugnada no fue la ciudad del rey Príamo, el ancho
muro de los aqueos logró resistir firmemente.
Pero cuando perdieron la vida los teucros más bravos,
y si muchos argivos murieron, salváronse otros,
fue arruinada en el décimo año la villa de Príamo,
y en sus naos los argivos partieron con rumbo a su patria,[193]
decidió Posidón con Apolo arruinar aquel muro
con la fuerza de todos los ríos que parten veloces
desde las altas cumbres del Ida hasta el mar anchuroso;
el Heptáporo, el Reso el Careso y con ellos el Rodio,
el Esepo y el Gránico y el divinal Escamandro

193. El aedo anticipa el final de la guerra, aunque es cosa bien sabida por el auditorio.

y el Simois donde innúmeros cascos y escudos de cuero
en el polvo cayeron y la raza de semidioses.
Febo Apolo torció todos ellos y echó sus corrientes
sobre el muro, y así los dejó nueve días; sin tregua
Zeus la lluvia mandó para que derribárase pronto.
Quien la tierra sacude, llevando el tridente en la mano
los guiaba y echaba a las olas aquellos cimientos,
piedra y troncos que tan gran fatiga costó a los aqueos,
y arrasó las orillas del raudo y potente Helesponto
y de arena cubrió la gran playa en la cual hubo antes
la arruinada muralla, y los ríos volvió hasta sus cauces,
por los que antes siguieron su curso sus aguas hermosas.

[Los troyanos se disponen a atacar la muralla]

Procedieron así Posidón como Apolo más tarde.
Y el clamor del combate en aquellos momentos se alzaba
junto al sólido muro; al chocar de los dardos las vigas
resonaban, y por el azote de Zeus los aqueos
derrotados reuníanse junto a las cóncavas naves
por temor de Héctor, cuyo valor su derrota causaba,
pues seguía luchando lo mismo que un gran torbellino.
Igual que entre los perros y los cazadores reunidos
vemos a un jabalí o un león de su fuerza orgullosos,
defendiéndose, mientras en torno los otros se agrupan
y lo atacan lanzando sobre él numerosos venablos,
y en su ánimo audaz ningún miedo conoce la fiera,
ni deseos de huir que el valor, al contrario, la mata
puesto que va de un lado a otro probando las filas
de los hombres, y a los que se lanza se apartan de ella,
de tal modo agitábase Héctor entre ellos, en tanto
exhortaba a sus hombres a que atravesaran el foso.
Los corceles de cascos ligeros no osaban hacerlo
y a su orilla parados lanzaban relinchos, que el ancho
foso miedo les daba; era duro salvarlo de un salto

o cruzarlo, que a todo lo largo los bordes tenía
escarpados, y en su parte alta muy grandes estacas
aguzadas que habían clavado los hombres aqueos
en gran número para defensa de los enemigos.
Un caballo, tirando de un carro de ruedas muy bellas
no lo haría, y los hombres pensaban el modo de hacerlo.
Pero Polidamante al valiente Héctor dijo estas cosas:

—¡Héctor y todos cuantos sois jefes troyanos y aliados!
Neciamente a los raudos corceles al foso lanzamos
y es difícil pasar porque en él hay agudas estacas
y a lo largo los hombres aqueos alzaron el muro.
Apearse no pueden allí los que llevan los carros,
ni luchar, que es pequeño y muy pronto serían heridos.
Pero si Zeus tonante, pensando su mal, lo destruye
por completo y les presta así ayuda a los hombres troyanos,
yo deseo que lo antes posible lo cumpla, y que aquellos
mueran en estas tierras, sin gloria y distantes de Argos.
Pero si se revuelven y desde sus naves atacan
y nos hacen volver a cruzar ese foso profundo,
me figuro que ni un mensajero podrá ir a la villa
escapándose de los aqueos que luchen de nuevo.
Procedamos, pues, todos del modo que voy a deciros:
que ante el foso detengan los carros nuestros escuderos
y nosotros, a pie, con las armas vestidos sigamos
a Héctor todos reunidos, pues no han de poder los aqueos
resistir el ataque si pende sobre ellos la ruina.

Dijo Polidamante, y a Héctor gustó su consejo,
pues del carro saltó sin dejar ni un momento las armas.
Los restantes troyanos tampoco en sus carros quedaron
pues al ver que dejábalo Héctor divino, apeáronse.
Cada uno a su auriga envió a colocar los caballos
alineados delante del foso profundo y, habiéndose
ordenado los hombres troyanos en cinco unidades,
emprendieron la marcha con sus respectivos caudillos.

Unos iban con Héctor y Polidamante el ilustre,
los más y los mejores, ansiosos de arruinar el muro
y empezar a luchar cerca de los curvados navíos.
Era su tercer jefe Cebriones, porque Héctor había
a otro auriga inferior encargado el cuidado del carro.
Agenor la segunda mandaba con Paris y Alcátoo;
la tercera, Deifobo, el igual que los dioses, y Heleno,
ambos hijos de Príamo, y Asio, con ellos, tercero,
Asio Hirtácida, que de la orilla del Seles, Atisbe,
en un carro llegó que tiraban fogosos caballos.
Iba el hijo de Anquises, Eneas, mandando la cuarta
y los hijos, también, de Antenor a su lado marchaban,
Acamante y Arquéloco, expertos en todo combate,
y por fin Sarpedón era el jefe de los aliados,
y eligió a Asteropeo y a Glauco como compañeros
pues a entrambos tenía por los más valientes de todos,
mas no tanto como él, pues a todos los aventajaba.
Ya reunidos y habiendo embrazado los fuertes escudos,
animosos lanzáronse contra los dánaos, creyendo
no encontrar resistencia y que huirían a las negras naves.

[Asio choca con los lapitas]

Los troyanos entonces y sus aliados ilustres
el consejo de Polidamante el eximio siguieron,
mas no quiso el Hirtácida Asio, el caudillo, seguirlo,
pues, negándose allí a abandonar al auriga y el carro,
dirigiose a atacar a las naves veloces con ellos.
¡Insensato! No pudo escapar de las parcas funestas
ni, orgulloso de haber dirigido su carro y caballos,
regresar de las naves a Ilión, la que baten los vientos,
pues el hado funesto le hizo morir de un lanzazo
que le dio Idomeneo, el famoso lancero Deucálida.
A la izquierda se fue de las naves, al sitio por donde
los aqueos volvían al llano con carro y caballos,

y hacia ese lugar dirigió los caballos y el carro.
Y las puertas cerradas no halló ni corrido el cerrojo;
las tenían abiertas los hombres para que pudieran
alcanzar los navíos los que del combate escaparan.
Así, pues, dirigió a ese lugar sus caballos, y todos
dando gritos, lanzáronse contra los dánaos, creyendo
no encontrar resistencia y que huirían a las negras naves.
¡Necios! Ante las puertas hallaron dos bravos guerreros,
hijos muy valerosos de los belicosos lapitas:[194]
era un hijo de Piritoo uno, el audaz Polipetes,
y era el otro Leonteo que en todo era un Ares funesto.

Y los dos se encontraban delante de las altas puertas.
Como en lo alto del monte los robles de copa elevada
desafían en todos instantes la lluvia y el viento
en el suelo fijados por gruesas y externas raíces,
de igual modo los dos, confiando en sus fuerzas y audacia,
la llegada aguardaron allí del gran Asio y no huyeron.
Hacia el sólido muro partieron los otros, alzando
los escudos de cuero curtido y gritando. Reuníanse
bajo el mando del rey Asio, Yámeno y asimismo Orestes,
Adamante el Asíada, Toón y Enomao, todos juntos.
Y los otros allí a los aqueos de grebas hermosas,
desde dentro, arengábalos a pelear por las naves.
Pero, al ver que los teucros estaban el muro atacando
y que el miedo asaltaba a los dánaos y gritos lanzaban,
a las puertas corrieron dispuestos a entrar en combate;
como los jabalíes feroces que por las montañas
han sufrido un ataque de perros y de hombres, y saltan
de través, y las matas en torno destrozan y arrancan
de raíz y se advierte apagado el crujir de sus dientes
hasta que algún venablo consigue arrancarles la vida,

194. Habitantes de una región de Tesalia junto al monte Olimpo. La batalla de los lapitas contra los centauros la inmortalizó el escultor italiano Miguel Ángel en un famoso relieve en mármol datado en torno a 1492.

de igual modo en el pecho de aquellos el bronce brillante
resonaba a los golpes; mas ellos luchaban heroicos,
confiando en sus fuerzas y en los que en el muro se hallaban.
Desde las fuertes torres los otros lanzaban pedruscos,
defendiéndose ellos, las tiendas y naves veloces.
De la forma en que caen sobre el suelo los copos de nieve
que un durísimo viento, agitado por nubes sombrías,
con muy grande abundancia derrama en la tierra fecunda,
de este modo llovían los dardos que aqueos y teucros
se arrojaban, y sobre los cascos y escudos combados
secamente, al caer, resonaban las piedras ingentes.

Y fue cuando, lanzando un gemido y golpeándose el muslo,
Asio Hirtácida dijo indignado, con estas palabras:

—Padre Zeus, en verdad que te has hecho un amigo de {engaños.
No podía esperar que los héroes aqueos pudieran
resistir nuestro empuje ni el de nuestras manos invictas.
Mas lo mismo que abejas o avispas de talle delgado
que en fragoso camino anidaron y nunca abandonan
un momento la hueca morada y presentan combate
y se baten con los cazadores en bien de sus hijos,
igualmente, aunque solos los dos, no se van de las puertas,
pues prefieren morir o arrancar a vosotros la vida.

Dijo así, mas la suerte de Zeus no cambió ante lo dicho,
porque su corazón deseaba dar a Héctor la gloria.

[Los demás peleaban delante de las otras puertas,
y díficil, no siendo yo un dios, me sería contarlo.
A lo largo del muro de piedra el combate encendíase,
y aunque llenos de angustia los hombres argivos estaban,
defendían las naos obligados, y se apesaraban
las deidades que en aquella lid por los dánaos velaban.]

Y empezaron, por fin, los lapitas la lucha y la muerte.
Polipetes, el hijo potente de Píritoo entonces
hirió a Dámaso a través de las carrilleras de bronce;
pero el casco broncíneo la lanza de bronce no pudo[195]
detener, y la punta los huesos partió, y el cerebro
conmoviose, y el hombre murió por su impulso llevado.

Luego aquel a Pilón arrancole la vida y a Ormeno;
y Leonteo, el hijo de Antímaco y vástago de Ares,
lanzó a Hipómaco un dardo y logró que su cinto alcanzara.

Después de ello sacó de la vaina la espada afilada,
y, por entre la gran multitud, se lanzó sobre Antífates
y lo hirió, y sobre el polvo logró derribarlo de espaldas.
Se arrojó luego sobre Menón, sobre Orestes y Yámeno
y en la tierra fecunda a los tres los dejó derribados.

[Héctor se niega a oír a Polidamante]

Cuando estaban quitando a los muertos sus armas brillantes,
avanzaron los jóvenes de Héctor y Polidamante,
los más y los mejores, ansiosos de arruinar el muro
y entregar en seguida a las llamas las naves aqueas.
Vacilaron aún un momento en el borde del foso
porque un ave agorera surgió por encima de ellos:
era un águila y alta volaba, a la izquierda de todos.
Una roja y enorme serpiente llevaba en sus garras,
viva, aún palpitante, y no había olvidado la lucha,
pues, echándose atrás, junto al cuello la hirió sobre el pecho.
Poseída por vivo dolor la soltó de las garras,
acertando a dejarla caer sobre toda la turba,
y, chillando, su vuelo siguió bajo el soplo del viento.

195. El bronce, por su dureza, era de uso frecuente en la antigüedad homérica; menos lo era el hierro.

Los troyanos temblaron al ver la pintada serpiente
junto a ellos, prodigio de Zeus el que lleva la égida.
Y al intrépido Héctor así dijo Polidamante:

—Héctor, siempre en las justas me increpas, aun cuando {sea bueno
lo que diga; mas no es decoroso que contra lo justo
hable un hombre del pueblo en el ágora o bien en la guerra
solamente para que el poder acrecientes con ello.
Otra vez te diré lo que más conveniente yo creo:
no debemos ahora luchar por las naos con los dánaos.
Creo que ocurrirá lo que voy a decir, si realmente
vino para los teucros, al ir a cruzar este foso,
esa águila que alta volaba a la izquierda de todos
y una roja y enorme serpiente llevaba en sus garras
viva, y antes de llegar al nido forzose a soltarla
y no pudo cumplir su afán de alimentar sus polluelos.
De igual modo, si puerta y murallas rompemos con ímpetu
y logramos que se echen atrás los aqueos, en orden
no podremos volver de las naos por el mismo camino;
dejaremos tendidos en tierra a muchísimos teucros
por el bronce de los dánaos al defender sus navíos.
De este modo hablaría un augur que, entendido en prodigios,
mereciera por ello que lo obedeciesen los hombres.

Y el del casco brillante, Héctor, dijo con torva mirada:

—No me gusta lo que me propones, ¡oh Polidamante!
Sin embargo, pudiste pensar otras cosas mejores.
Si realmente ahora con seriedad de estas cosas hablaste
es que los mismos dioses han hecho que pierdas el juicio
puesto que me aconsejas que olvide lo que Zeus tonante
prometido me tiene y que luego me ha ratificado,
y obedezca a las aves que llevan las alas abiertas
que ni aún me preocupan ni en ellas siquiera me fijo,
vuelen a la derecha, por donde alba y sol aparecen,

o a la izquierda, hacia donde se encuentra el ocaso sombrío.[196]
Confiemos en la voluntad del gran Zeus que gobierna
sobre todos los hombres mortales y a los inmortales.
El agüero mejor es sin duda luchar por la patria.
¿Por qué, pues, te da miedo el combate y también la pelea?
Aunque todos muriéramos frente a las naves argivas
de ninguna manera debieras temer por tu vida,
pues ni tu corazón es guerrero ni acepta la lucha.
Mas si tú no combates o con tus palabras consigues
que otro hombre abandone la lucha, en verdad que muy pronto
perderás tú la vida alcanzado esta vez por mi lanza.

Dijo así, y echó a andar. Y tras él fueron todos gritando
y Zeus que con el rayo se goza envió desde el Ida
un violento y feroz huracán que una gran polvareda
levantó entre las naos y abatió a los aqueos el ánimo
y dio gloria a los teucros y a Héctor, porque confiando
en las buenas señales del dios y en su gran valentía,
intentaba romper de una vez aquel gran muro aqueo.
Las almenas de los torreones y los parapetos
demolieron y cuantos pilares allí los aqueos
en el suelo estribaron cual firme sostén de sus torres.
Y tiraban de aquellos queriendo arruinar la muralla.
Mas los dánaos obstaculizaban su libre camino;
reforzábanse los parapetos por medio de escudos
y desde ellos, al pie del bastión, a los otros herían.

[Los Ayax animan la defensa]

Los Ayax recorrían las torres de un lado a otro lado,
sobre el muro, animando el valor de los hombres aqueos,

196. Héctor manifiesta un claro desprecio por el supuesto presagio y la interpretación de Polidamante.

y a uno hablaban con suaves palabras y al otro reñían
con durísimas frases porque en el combate flojeaba.

—Ya seáis, camaradas argivos, los más preeminentes,
los mediocres o bien los peores; no todos iguales
suelen ser en la guerra; el trabajo es igual para todos
ahora, y bien por vosotros podéis apreciarlo; que nadie
retroceda a las naos al oír la amenaza de un teucro.
Adelante, y prestaos uno a otro buen ánimo todos,
por si Zeus el olímpico, el que lanza rayos, nos hace
rechazar el ataque y también a ellos hacia la villa.

Animaban así a los aqueos los dos dando voces.
Como innúmeros copos de nieve que caen espesados
al enviar el gran Zeus, en un día de invierno, la nieve,
para así demostrar a los hombres qué fuerza es la suya
y adormece los vientos y extiende la nieve sin tregua
por las cumbres y riscos del monte más alto y los prados
florecientes y fértiles campos que el hombre cultiva,
y se extiende por puertos y playas del mar espumoso
y tan solo las olas consiguen pararla, pues todo
lo demás se cubrió cuando Zeus la nevada arreciaba,
de tal modo volaban de un lado y de otro las piedras
unas hacia los teucros y las de estos a los aqueos
y un estrépito grande ascendió por encima del muro.

[Sarpedón al asalto de la muralla]

Pero ni los troyanos ni el ínclito Héctor hubiesen
derribado las puertas del muro ni roto el cerrojo,
si Zeus a Sarpedón, a su hijo, no hubiese incitado.[197]
Era como un león que atacara a los bueyes cornudos.

197. Sarpedón fue el primer hijo de Zeus y Europa. Junto a su tío Cílix conquistó Licia y gobernó allí como rey.

Al momento se puso delante de sí el liso escudo,
su magnífico escudo de bronce forjado a martillo;
muchas pieles de buey sujetó el forjador con varitas
de oro, que atravesábanlo todo, llegando hasta el borde;
alzó, pues, el escudo ante sí y, empuñando dos lanzas,
partió como un león montaraz que en muchísimo tiempo
no ha probado la carne y su ánimo ardiente le impele
a atacar un rebaño de ovejas en una alquería
bien labrada, y aun cuando se encuentren pastores en ella
con venablos y perros que están las ovejas guardando,
del establo no quiere salir sin probar el ataque
hasta que salta dentro o consigue hacer presa o lo mata
un venablo lanzado por mano de un hábil cabrero,
Sarpedón el divino sintiose igualmente impulsado
a asaltar la muralla y romperles aquel parapeto.
Y de pronto habló al hijo de Hipóloco, Glauco, diciendo:

—Glauco, dime por qué de tal modo en la Licia nos honran
con asientos ilustres, manjares y copas de vino
y nos miran a todos allí cual si fuéramos dioses
y tenemos a orillas del Janto muy bellas campiñas
propias para viñedos y para sembrar rubio trigo.
Es preciso que nos sostengamos ahora delante
de los licios y que nos lancemos al duro combate,
de tal modo que diga algún licio de fuerte coraza:
«No sin gloria ninguna por cierto a la Licia gobiernan
nuestros reyes; si comen muy gruesas ovejas y beben
dulce vino elegido, también saben ser esforzados
y luchar los primeros delante de todos los licios».
¡Dulce amigo! Si huir de la guerra pudiera librarnos
para siempre de nuestra vejez y también de la muerte,
no sería, en verdad, el primero en lanzarme al peligro,
ni tú fueras conmigo a la lid donde el hombre se afana,
pero como son muchas las clases de muerte que penden
sobre el hombre, sin que él escapar o evitarlas consiga,
vamos; demos la gloria a otro, o bien nos la den a nosotros.

Dijo, y Glauco no retrocedió y aguardó su mandato.
Y ambos fueron delante y tras ellos muchísimos licios.

Cuando los vio llegar se asustó Meneteo Peteida,
que a su torre acudían llevando la muerte consigo.
Desde lo alto del muro miró a los aqueos en torno
por ver si algún caudillo podía ayudar a su gente;
y vio a entrambos Ayax, insaciables de lucha, y a Teucro
al salir de la tienda y de él todos estaban muy cerca.
Y era inútil gritarles porque era tan grande el estrépito
que las voces y el ruido que había llegaba hasta el cielo,
el de los golpeados escudos, los yelmos crinados
y las puertas, que estaban cerradas y que los troyanos,
detenidos por ellas, querían cruzar derribándolas.
Y al heraldo Tootes a Ayax envió presuroso.

—Ve, divino Tootes, y a Ayax di que venga en seguida,
o mejor a los dos, que será mucho más conveniente,
porque aquí ya no puede tardar en haber gran estrago,
de tal modo los príncipes licios atacan, que siempre
fueron muy belicosos en los encendidos combates.
Si también una lucha feroz allí se ha promovido,
por lo menos que venga el intrépido Ayax Telamonio,
y que Teucro le siga porque es un arquero excelente.

Dijo así, y el heraldo lo oyó y fue a cumplir su mandato.
Corrió por el bastión de los hombres aqueos de cotas
de buen bronce; parose ante los dos Ayax, y les dijo:

—¡Oh, caudillos Ayax, de los dánaos de cotas de bronce!
El Peteida, el alumno de Zeus, que vayáis me ha pedido
para que peleéis allí, aun cuando por breves instantes,
y mejor id los dos, que será mucho más conveniente
porque allí ya no puede tardar en haber gran estrago,
de tal modo los príncipes licios atacan, que siempre
fueron muy belicosos en los encendidos combates.

Si también una lucha feroz aquí se ha promovido,
por lo menos que vaya el intrépido Ayax Telamonio
y que Teucro le siga porque es un arquero excelente.

Dijo, y el gran Ayax Telamonio escuchó tales ruegos
y así al hijo de Oileo le habló con aladas palabras:

—Quédate, Ayax, aquí, y tú también, Licomedes el fuerte,
y alentad a los dánaos de modo que luchen con brío.
Yo allá voy ahora mismo a prestar a los otros mi ayuda
y estaré de regreso tan pronto los haya ayudado.
Esto Ayax Telamonio les dijo, y se fue presuroso,
y con él Teucro, que era su hermano por parte de padre,
y Pandión con el arco curvado de Teucro en las manos.

Al llegar a la torre del gran Menesteo, cruzando
la muralla, se unieron a los que ya estaban cercados,
porque ya los caudillos e intrépidos príncipes licios
atacaban en los parapetos como un torbellino.
A luchar comenzaron y alzose un atroz vocerío.

El primero que mató a un guerrero fue Ayax Telamonio,
al amigo del gran Sarpedón, el magnánimo Epicles,
al lanzarle un agudo pedrusco que había en el muro,
cerca del parapeto en la parte más alta de todas;
no la hubiese movido ni con las dos manos un joven
de los de hoy,[198] mas él la levantó y la lanzó desde lo alto;
le rompió el casco de cuatro cuencas y de la cabeza
le deshizo los huesos; cayó desde lo alto del muro
como un buzo, y la vida dejó de alentar en sus huesos.

198. Obsérvese la concepción del paso del tiempo a través del cual aparecen humanos cada vez «de peor calidad». El poeta Hesíodo se refirió a ello en el mito de las edades en su obra *Trabajos y días*: la raza de oro, la de plata, la de bronce, la de los héroes y la de los mortales se sucedieron una tras otra en un tiempo mítico.

Teucro con una flecha al intrépido hijo de Hipóloco,
Glauco, hirió desde lo alto del muro cuando él lo asaltaba,
en el brazo desnudo y quedó del combate apartado.
Saltó atrás sin ser visto, no quiso que ningún aqueo
cuando viese su herida lanzara palabras de triunfo.
Sarpedón tuvo pena de ver que alejábase Glauco,
pues al punto lo vio y no olvidó la pelea, no obstante,
pues habiendo logrado acercarse a Alcmaón el Testórida,
con la lanza lo hirió, y el guerrero siguiendo a la lanza
dio en el suelo de cara y sonaron las armas de bronce.
Sarpedón con las manos cogió un trozo de parapeto,
tiró de él, lo arrancó por entero y quedó la muralla
sin defensa en lo alto y se abrió para muchos camino.

Pero Teucro y Ayax consiguieron herirlo, el primero
en su pecho una flecha clavó, en la brillante correa
del escudo, mas Zeus alejó de su hijo a las parcas
para que no muriese ante las popas de los navíos.
Saltó Ayax y su escudo tocó, mas la punta no pudo
penetrar, pero el golpe hizo que se parara el guerrero.
Se apartó un poco del parapeto, mas no totalmente,
porque en su ánimo estaba afanoso esperando la gloria,
y exhortó así a los licios divinos, volviéndose a ellos:

—¿Por qué, licios, cedéis así en vuestro valor impetuoso?
Es difícil que yo sin ayuda, aunque sea valiente,
logre abrir un camino que pueda llevar a las naves.
Ayudadme, pues la obra de muchos es siempre más buena.

[Los troyanos derriban la muralla]

Así dijo, y temieron entonces del rey los reproches
y con bríos a su consejero y señor rodearon.
A su vez los argivos cerraron entonces las filas
tras el muro. Era dura la acción que se les presentaba.

Pese a haber roto ya la muralla, los licios valientes
no lograban abrir un camino que fuera a las naves,
ni los dánaos audaces podían tampoco del muro
rechazar a los licios ahora que allí se encontraban.
Como, con la medida en la mano, dos hombres discuten
de los lindes que tienen dos campos contiguos, y claman
por un trozo pequeño, lo mismo unos y otros luchaban
separados por un parapeto, y encima de este
unos y otros hacían chocar por delante del pecho
las rodelas de cuero boyuno y los leves rodeles.

A muchísimos de ellos ya el bronce funesto había herido,
unos en las espaldas que sin protección, al volverse,
se dejaron, y muchos también a través del escudo.

Torres y parapetos estaban regados con sangre
que los teucros y aqueos por todos lugares vertieron.
Mas ni así consiguieron que huyeran los hombres aqueos.
De la misma manera que una honestísima obrera
pone en una balanza aquí el peso y allí los vellones,[199]
la equilibra y les lleva a sus hijos su escaso salario,
de igual modo la guerra y la lucha era igual para entrambos,
hasta que quiso Zeus dar la gloria magnífica a Héctor
el Priamida, que él fue el que asaltó el muro aqueo primero.
Con potentes palabras gritó de este modo a los teucros:

—¡Atacad, caballeros troyanos! Romped la muralla
de los hombres argivos y echad fuego ardiente a las naves.

Dijo para excitarlos, y todos oyeron sus voces.
Y lanzáronse en masa compacta a asaltar la muralla,
y a las torres subieron llevando la lanza en la mano.

199. La piel de oveja o vellón constituía un preciado objeto, susceptible de ser usado como medio de pago.

Cogió Héctor una piedra ingente de base muy ancha
y de punta aguzada que frente a la puerta había visto;
dos de los más forzudos varones que hubiera en el pueblo,
tales como son hoy, fácilmente no hubiesen podido
levantarla, mas él la logró manejar sin esfuerzo,
pues el hijo del artero Cronos liviana la hizo.
De la misma manera que lleva un pastor en la mano
el vellón de un carnero sin que lo fatigue su peso,
de esta forma llevó Héctor la piedra que había cogido,
la llevó hasta las sólidas tablas de los dos batientes
de las puertas, sujetas por dos gruesas barras cruzadas
a la que para abrir y cerrar una llave bastaba.
Se acercó, separó los dos pies y, estribado en el suelo,
para dar un buen golpe, lanzó sobre el centro la piedra.
Se rompieron los goznes y dentro, por su propio peso,
fue la piedra a caer; resonaron las tablas, cedieron
los cerrojos, saltaron a trozos las hojas al golpe
de la piedra, y el ínclito Héctor cruzó la muralla.

Era igual que la noche sombría su aspecto, y el bronce
relucía terrible en su cuerpo; sus manos blandían
sendas lanzas. Ninguno podía salir a su encuentro,
sino un dios, al cruzar, con el fuego en los ojos, la puerta.[200]
Y volviéndose a la multitud alentó a los troyanos
a cruzar la muralla y al punto cumplieron la orden;
unos de ellos el muro asaltaron, los otros las puertas
bien labradas cruzaron. Los dánaos huyeron entonces
a las cóncavas naves y se promovió un gran tumulto.

200. El pasaje caracteriza perfectamente al héroe homérico: fuerza, ímpetu, coraje y estrategia. Cfr. nota 265.

CANTO XIII

[Posidón acude en socorro de los aqueos]

Cuando Zeus a Héctor y a los troyanos llevó hasta las naves,
dejó que sostuvieran sin tregua el trabajo y cansancio
de la guerra, y volviendo a otro lado sus ojos brillantes
contempló la legión de los tracios, los buenos jinetes,
de los misios lanceros, de los hipomolgos ilustres,
que de leche aliméntanse, y de los más justos, los abios.
Y ya en Troya dejó de fijar las pupilas brillantes
porque en su corazón de ninguna deidad sospechaba
que pudiera prestarles ayuda a los teucros o dánaos.

Mas no en balde el que bate la tierra se hallaba al acecho,
pues estaba sentado mirando la lid y la lucha
en el más alto monte de la forestal Samotracia.
Desde allí, por completo, a sus ojos el Ida ofrecíase,
la ciudad del rey Príamo y todas las naves aqueas.
Se sentó allí al salir de la mar; se apiadó de los dánaos
por los teucros vencidos, y a Zeus le tomó corajina.

A zancadas al punto bajó de aquel monte escarpado
y las altas montañas y el monte temblaba debajo
de los pies inmortales del dios Posidón cuando andaba.
Dio tres pasos y al cuarto llegó al término de su viaje,
a Egas, donde, en el fondo del mar, poseía palacios
de oro resplandeciente que no destruiríanse nunca.

Unció al carro, al llegar, dos corceles de cascos de bronce
y de crines de oro los cuales volaban ligeros;
al instante su cuerpo vistió con una áurea armadura,
tomó el látigo de oro labrado, subió al carro entonces
y cruzó en él las olas. Debajo saltaban cetáceos
que salían de sus escondrijos y al rey conocían;
jubilosa la mar se entreabrió, y los caballos ligeros,
sin que el eje de bronce mojaran las aguas, veloces
a las naves aqueas al dios condujeron al punto.

Una gruta muy ancha se encuentra en el piélago inmenso,
entre Ténedos e Imbros, la tierra de suelo escarpado;
al llegar, Posidón el que bate la tierra detuvo
los caballos y los desunció y dioles pienso divino,
y a sus patas les puso unas trabas de oro perenne,
insoltables, para que aguardaran allí su regreso,[201]
sin moverse, y partió en dirección al ejército aqueo.

Los troyanos, lo mismo que llamas o que una tormenta,
apiñados seguían en torno a Héctor, hijo de Príamo,
dando voces y gritos, queriendo las naves aqueas
alcanzar y matar entre ellas a todos sus jefes.

Pero el dios Posidón que sacude la tierra y la ciñe
incitó a los aqueos en cuanto salió de las aguas
y tenía de Calcas el cuerpo y la voz incansable,
y así habló a los Ayax, que ya estaban ansiosos de lucha:

—¡Oh, vosotros Ayax, salvaréis a los hombres aqueos
si el valor recordáis y no, en cambio, la fuga espantosa!
No les temo a los teucros de manos audaces que asaltan
en tropel el gran muro arruinado, porque los aqueos

201. Poseidón, señor de los mares, gobierna asimismo las fuerzas de la naturaleza, los volcanes, etc. y también a los caballos desbocados. De este modo se le atribuye la invención del freno, que hizo construir a Hefesto en la forja, para poder luego dominarlos y dirigirlos según conveniencia.

de las grebas hermosas sabrán resistirlos a todos.
Es de mucho temer, sin embargo, que algún mal suframos
donde, al frente de todos, igual que una llama va ese
furibundo Héctor que de ser hijo del gran Zeus blasona.
Que en el pecho os levante algún dios vuestros ánimos para
resistir firmemente y poder exhortar a los otros.
Apartarlo podríais así de las naves veloces,
por airado que esté, aunque lo impulse el mismísimo Olímpico.

Así dijo, y el dios que sacude la tierra y la ciñe
a los dos con el cetro tocó y les dio un vivo denuedo
y sus miembros, las piernas y manos les hizo más ágiles.
Igual que un gavilán que con alas ligeras se arroja,
después de remontarse a una peña escarpada y altísima,
dirigiendo su vuelo hacia el llano a seguir alguna ave,
Posidón el que bate la tierra se fue de su lado.
Mas lo reconoció al punto Ayax, ágil hijo de Oileo,
el primero de entrambos, y a Ayax Telamonio le dijo:

—Ayax, una deidad de las que en el Olimpo se encuentran,
transformada en augur quiere que ante las naves luchemos.
Porque no era el augur inspirado que Calcas se llama;
he observado las huellas que dejan sus plantas y pasos
y a los dioses se les reconoce de forma muy fácil.
Siente mi corazón en el pecho un deseo muy vivo
de luchar y batirme, y hay algo que siento debajo
de mis pies y en mis manos que me hace sentir impaciencia.

Y repúsole entonces Ayax Telamonio, diciendo:

—Yo también siento en torno a la lanza mis manos audaces
que se crispan, mis fuerzas aumentan y siento debajo
de los pies un impulso y deseo batirme yo solo
contra Héctor Priamida, que tiene un furor tan inmenso.

Así entrambos estaban charlando contentos a causa
del impulso guerrero que un dios puso en sus corazones.
Mientras tanto, el que ciñe la tierra animaba a los otros
que en las rápidas naos reparaban entonces sus fuerzas.
Les había quebrado los miembros la dura fatiga
[y el pesar les llenó el corazón cuando vieron que en masa
los troyanos se habían lanzado al asalto del muro
y, de verlo, las lágrimas fueron llenando sus ojos,]
no creyendo poder escapar del desastre. Las filas
recorría el que ciñe la tierra animando a las huestes.
Teucro fue a quien primero exhortó y después de él fueron Leito,
y Penéleo, el gran héroe, y Toante, y con ellos Deipiro
y Meriones y Antíloco, que eran dos bravos guerreros.
Y así, para alentarlos, habló con aladas palabras:

—¡Qué vergüenza, oh argivos y jóvenes! Me suponía
que luchando podríais llegar a salvar nuestras naves.
Pero si en la batalla funesta cejáis, luce el día
en el que los troyanos habrán de quitarnos la vida.
¡Dioses! Ven mis pupilas un grande y terrible prodigio
que jamás yo creí que pudiera llegar a cumplirse,
¡que alcanzaran los teucros las naves! Creíalos antes
unas ciervas medrosas que están por el monte y son luego
pasto de los chacales, panteras y lobos, pues corren
de un lugar para otro sin bríos con que defenderse;
nunca así a los argivos los teucros plantaron la cara
ni un instante, temiéndoles siempre a su audacia y sus manos.
[Lejos de la ciudad, ahora junto a las naves combaten
por la culpa del jefe e indolencia de todos sus hombres
que, no obrando de acuerdo con él, defender no desean
los veloces navíos y pierden la vida a su lado.]
Pero aun cuando en verdad el culpable de todo esto sea
el rey Agamenón el Atrida, señor de los hombres,
por haber ultrajado al Pelida de los pies ligeros,
no tenemos derecho de haber el combate cesado.
Remediémoslo al punto; la mente del bueno se aplaca;

deshonroso es dejar decaer nuestra audacia impetuosa,
puesto que del ejército sois los mejores. No increpo
al poltrón que procura abstenerse de entrar en combate,
pero mi corazón arde contra vosotros de cólera.
[¡Oh cobardes! Con vuestra indolencia haréis mucho más grave
este mal. Dadle ya al corazón pundonor y vergüenza
ahora que una contienda tan grande llegó a promoverse.
Ya Héctor, el de los gritos potentes, combate muy cerca
de las naves, y ha roto las puertas y roto el cerrojo.]

Habló así a los argivos el dios que sacude la tierra.
Rodeaban a entrambos Ayax poderosas falanges
a las que nada hubiesen tenido que objetar, ni Ares
ni Atenea, la que a los guerreros incita. Los bravos
a los teucros y a Héctor divino aguardaban ahora
una lanza tocaba a otra lanza, un escudo a otro escudo,
el broquel al broquel, yelmo a yelmo y un hombre a otro hombre,

los penachos crinados tocábanse cuando inclinaban
las cabezas, ¡de tal modo estaban las filas unidas!
Se cruzaron las lanzas que manos audaces blandían,
y atacar al contrario querían y entrar en batalla.

[La defensa aquea]

Atacaron los teucros unidos. Guiábalos Héctor,
anhelante y furioso. Lo mismo que cae una piedra
de una cumbre, a la cual un torrente preñado del agua
de la lluvia, logró desprender y el indócil peñasco
cae al fin dando tumbos y haciendo que el monte resuene
mientras rueda hacia el llano siguiendo su curso inflexible,
donde al fin se detiene aunque sea muy grande su impulso,
así, sin detenerse, hasta el mar, Héctor amenazaba
con pasar a través de las tiendas y naves aqueas
y sembrando la muerte, mas vio las espesas falanges

y detúvose entonces confuso. Los hijos de Acaya
con espadas y lanzas de dos puntas lo detuvieron
y apartáronlo y retrocedió rechazado por ellos.
Y con voz penetrante gritó a los troyanos, diciendo:

—¡Teucros, licios y dárdanos que peleáis cuerpo a cuerpo!
Porfiad. Los aqueos no habrán de aguantar mucho tiempo,
a pesar de que se hayan formado en columna cerrada;
pronto retroceder los hará mi azagaya si es cierto
que el esposo de Hera el tonante, el primer dios, me impulsa.

Dijo así, e infundió a todos ellos la audacia y la fuerza.
Y Deífobo, el hijo de Príamo, iba en medio de ellos
poseído de inmensa soberbia. Blandiendo el escudo,
bien redondo, amparado por él, avanzaba ligero.
Mas, al verlo, lanzole Meriones su pica brillante
y no erró la lanzada, le dio en la rodela de cuero,
pero no consiguió atravesarla; la larga azagaya
se rompió por el cuello, y Deífobo, al punto, muy lejos
arrojó la rodela de cuero de buey; tuvo miedo
de la lanza del bravo Meriones. Volvió entonces este
al lugar donde estaban los suyos, mas muy disgustado
por el triunfo perdido y haberse quebrado su lanza.
A las tiendas y naves aqueas volvió en busca de otra
lanza grande de las que en su tienda tenía guardadas.

Mientras tanto, luchaban los otros con gran griterío.
El primero que a un hombre mató, Teucro fue, el Telamonio:
a Imbrio, el hijo valiente de Méntor el rico en caballos.
Antes que los aqueos llegaran vivía en Pedeo
con la hija bastarda de Príamo, Medesicasta.
Pero en cuanto los dánaos llegaron en sus corvas naves,
volvió a Ilión, descolló entre los teucros y en casa de Príamo
vivió, donde por él, como un hijo cualquiera, fue honrado.
Telamonio lo hirió con su larga azagaya, debajo
de la oreja; del arma tiró y él cayó como el fresno

que nació en una cumbre y se ve desde larga distancia
cuando el bronce lo corta y sus hojas se vienen al suelo.
Cayó así y resonaron sus armas de bronce labrado.
Corrió a él Teucro con el afán de quitarle las armas,
pero Héctor lo vio y le lanzó su azagaya brillante;
y él lo vio y hurtó el cuerpo y entonces la punta broncínea
hirió a Anfímaco, el hijo de Cteato Autorión, en el pecho,
que acababa de entrar en combate en aquellos momentos.
Con gran ruido en el suelo cayó y resonaron sus armas.

Héctor con gran ardor se lanzó a apoderarse del casco
que, adaptado a sus sienes, llevaba el magnífico Anfímaco.
A su vez levantó Ayax su lanza brillante contra Héctor
y, si bien no logró que alcanzara su cuerpo vestido
con el bronce espantoso, le dio en pleno escudo, y al héroe
rechazó con gran ímpetu, y este dejó los cadáveres
y al instante de allí lo sacaron los hombres aqueos.

Menesteo divino y Eustiquio, caudillos de Atenas,
a los campos aqueos llevaron el cuerpo de Anfímaco,
y los dos gigantescos Ayax se llevaron a Imbrio.
Igual que a los mastines de dientes agudos dos leones
una cabra arrebatan, y por los matojos del monte,
levantada del suelo, la llevan prendida en la boca,
los Ayax con los cascos cubiertos lo alzaron, las armas
le quitaron; cortó la cabeza de su tierno cuello
por la muerte de Anfímaco, airado el Oilíada, y la hizo
cual si fuera una bola, rodar a través de la turba
hasta que fue a caer sobre el polvo, delante de Héctor.[202]

202. La venganza por el compañero caído se hace patente, junto a un acto de provocación al enemigo.

Pero entonces en su corazón Posidón sintió cólera
cuando vio que su nieto en la horrible pelea moría;
y al instante se fue hacia las tiendas y naves aqueas
a animar a los dánaos y daños causar a los teucros.
Encontró a Idomeneo, el famoso lancero; volvía
de llevar a un amigo al que de la batalla sacaron
malherido en la corva con bronce agudísimo, y cuando,
por sus hombres llevado, lo puso en las manos del médico,
dirigiose a su tienda, dispuesto a volver al combate.
Y el señor poderoso que bate la tierra le dijo,
imitando al hablarle la voz de Toante Andremonio,
el que en toda Pleurón y en la gran Calidón gobernaba
a los hombres etolos y el pueblo como a un dios honrábalo:

—Consejero de Creta, ¿qué fue, Idomeneo, de cuantas
amenazas los hijos de Acaya a los teucros lanzaron?

Y repúsole así Idomeneo, el caudillo cretense:

—¡Oh Toante! No creo que pueda culparse a algún
{hombre,
porque todos nosotros sabemos entrar en combate.
Nadie ha sido llevado del miedo cobarde, ni nadie
por poltrón la funesta batalla ha dejado. Sin duda
grato ha sido al potente Cronión que sin gloria perezcan
los aqueos aquí en esta tierra, muy lejos de Argos.
¡Oh Toante! Tú que has sido siempre valiente y solías
animar al que en pleno combate veías remiso,
no abandones la lucha y exhorta a los otros varones.

Y repúsole así Posidón que la tierra sacude:

—Que jamás vuelva, ¡oh Idomeneo!, a su tierra paterna
desde Troya, y que quede aquí como festín de los perros,

quien hoy deje por su voluntad de batirse en la lucha.
¡Ea! Toma las armas y vuelve. A pesar de estar solos
uniremos tu fuerza y la mía en hacer algo útil.
Con la ayuda aparece el valor del guerrero más débil
y nosotros podemos luchar con los hombres más bravos.

Así dijo, y el dios intervino en la lid de los hombres.
A su tienda muy bien construida se fue Idomeneo.
Se vistió sobre el cuerpo la hermosa armadura, y dos lanzas
recogió y se marchó, y era como el ardiente relámpago
que el Cronión en el fúlgido Olimpo en sus manos agita
para, como señal de su fuerza, mostrarlo a los hombres,
tanto el bronce brillaba en su pecho entre tanto corría.
Encontrose con él su valiente escudero Meriones,
cerca de donde estaba la tienda, que había ido en busca
de una lanza de bronce, y al verlo le habló Idomeneo:

—¡Veloz hijo de Molo, Meriones, mi amigo más caro!
¿Por qué vienes y dejas atrás el combate y la lucha?
¿Te han herido quizá y una flecha aguzada te agobia?
¿O es que vienes a mí con mensajes? Yo nunca he querido
en la tienda quedarme, sino pelear en la lucha.

Y repúsole de esta manera el prudente Meriones:

—Busco, príncipe de los cretenses de cotas de bronce,
¡oh gran Idomeneo!, una lanza, si la hay en tu tienda,
pues la que yo tenía se me hizo pedazos a un golpe
que con ella le di en el escudo del bravo Deífobo.

Y repúsole así Idomeneo, el caudillo cretense:

—Si la quieres, no una hallarás, sino veinte azagayas
en mi tienda; apoyadas están en el muro lustroso;
las tomé de los teucros a quienes he dado la muerte,
pues jamás a distancia combato de nuestro enemigo.

Y por esto yo tengo azagayas y escudos convexos
y también tengo cascos y tengo brillantes corazas.

Y repúsole de esta manera el prudente Meriones:

—Yo también he reunido en mi tienda y mi negro navío
numerosos despojos troyanos, mas lejos los tengo.
Yo tampoco en la lucha jamás mi valor he olvidado;
entre los que combaten delante me encuentro yo siempre
cuando empieza la lucha en la cual se hace el hombre glorioso.
Es posible que algún otro aqueo de cota de bronce
en la lucha no me haya observado, mas tú bien me has visto.

Y repúsole así Idomeneo, el caudillo cretense:

—Sé cuán grande es tu audacia. ¿Por qué tales cosas me {cuentas?
Si los más señalados en torno a las naos nos reuniéramos
para alguna emboscada en la cual se conoce a los hombres,
y el cobarde del que es animoso se diferenciara
—se demuda el cobarde en seguida, de un modo o de otro;
no sabiendo tener firme el ánimo dentro del pecho;
está inmóvil, las piernas le tiemblan, ya en una se apoya,
ya en la otra, mas el corazón en su pecho da saltos
y de miedo a la muerte los dientes le castañetean,
pero no se demuda el valiente ni siente temblores
y una vez se ha emboscado en la guerra tan solo desea
que comience muy rápidamente el funesto combate—,
nadie habría que menospreciara tu audacia y tu brazo.
Y si acaso, luchando, te hirieran de cerca o de lejos,
nunca nadie podría alcanzarte en la nuca o la espalda;
antes bien, te tendría que herir en el pecho o el vientre,
avanzando adelante con los que en vanguardia pelean.
Mas no hablemos como unos ociosos de cosas como estas
a pie firme, no sea que venga algún hombre a increparnos.
Vete, pues, a mi tienda y escoge una lanza potente.

Así dijo, y Meriones, lo mismo que el rápido Ares,
fue a su tienda y al punto tomó una azagaya de bronce
y volvió a Idomeneo, que estaba anhelando el combate.

Tal como Ares, azote del hombre, se lanza a la lucha,
escoltado por su hija la Fuga, que es fuerte e intrépida
y que sabe causar miedo a un hombre, por bravo que sea,
y ya armados, saliendo de Tracia, dirigen sus pasos
al país de los éfiros y los magnánimos flegios
y no escuchan sus ruegos y a unos les dan la victoria,
se marcharon así Idomeneo y Meriones, caudillos,
a la lucha, y estaban armados de bronce fulgente.
Y el primero que habló fue Meriones, con estas palabras:

—¡Oh Deucálida! ¿Por dónde quieres entrar en la lucha?
¿Por la parte derecha del campo, tal vez? ¿Por en medio?
¿Por la izquierda? Pues bien me imagino que en todos lugares
peleando estarán los aqueos de largos cabellos.

Y repúsole así Idomeneo, el caudillo cretense:

—En el centro ya hay quienes ahora defienden las naves:
los Ayax y está Teucro con ellos, argivo el más hábil
con el arco, y valiente también al luchar cuerpo a cuerpo.
Por muy grande que sea su empuje y por fuerte que sea
Héctor, hijo de Príamo, a raya bien pueden tenerlo.
Le será muy difícil por grandes deseos que tenga
de luchar, dominar su valor y sus manos invictas
e incendiar los navíos, si no es que el Cronida una tea
llameante desea arrojar a las rápidas naves.
Porque nunca cedió el gran Ayax Telamonio delante
de un mortal que se nutre del fruto debido a Deméter[203]
y al que puede causar una herida con bronce o pedruscos;

203. Deméter es la diosa de la agricultura. Su veneración garantizaba los frutos de la tierra, alimento de los mortales.

ni aun a Aquiles el que las falanges destruye, evitara
cuerpo a cuerpo; corriendo no puede con él compararse.
Vamos, pues, a la izquierda del campo en seguida, y veremos
si a uno damos la gloria o quizá nos la da él a nosotros.

Así dijo, y Meriones, lo mismo que el rápido Ares,
echó a andar y llegaron al sitio que el otro había dicho.

Cuando igual que una llama llegó Idomeneo ante ellos
junto con su escudero y vestidos con armas labradas,
animáronse y entre la turba cargaron contra ellos.
Frente a las popas de los navíos trabose un combate.
Cual tormentas que son impulsadas por vientos sonoros
cuando llenos están los caminos de masas de polvo
y una nube muy grande de polvo levantan entonces,
de la misma manera unos y otros entraron en lucha
anhelando matarse en la turba con bronce agudísimo.
Se erizó la homicida batalla de lanzas muy largas,
lanzas que manejaban las manos y abrían las carnes;
el fulgor de los cascos de bronce cegaba los ojos
como el de las bruñidas corazas y escudos fulgentes
de los que peleaban. Tendría muy intrépido el ánimo
quien, al verlo, se hubiera alegrado en lugar de afligirse.

Con designios distintos los dos fuertes hijos de Cronos
a los héroes temibles desdichas estaban urdiendo;
a los teucros y a Héctor quería dar Zeus la victoria
para honrar al de los pies ligeros, Aquiles, aun cuando
no quería arruinar ante Ilión al ejército aqueo,
[sino honrar así a Tetis y honrar a su intrépido hijo.]
Acudió Posidón a animar a los hombres argivos;
a escondidas salió de la mar espumosa, temiendo
que vencieran los teucros, y túvole a Zeus ojeriza.
Ambos dioses tenían comunes la raza y origen,
pero Zeus, por nacer el primero, era mucho más sabio
y por esto evitaba ayudar claramente; en un hombre

convertíase y disimulado exhortaba al ejército.
Y estrechaban los dioses así las dos partes del nudo
de la lucha feroz y el combate indeciso, ese nudo
irrompible e insoltable que a tantos quebró las rodillas.

Exhortando a los dánaos, aun cuando albeaba su pelo,
atacó Idomeneo a los teucros y en fuga los puso.
A Otrioneo mató, quien a Ilión acudió de Cabeso.
No hacía mucho que había llegado al rumor que la guerra
levantaba, y pedido a la más bella hija de Príamo,
a Casandra, sin dote, mas él prometió una gran cosa:
que a la fuerza echaría de Troya a los hombres aqueos.
Acudió y consintió el viejo Príamo en darle a la joven
y ahora el hombre luchaba confiando en el voto que hizo.
Pero al fin con la lanza brillante lo hirió Idomeneo
cuando, altivo, avanzaba hacia él. Su coraza de bronce
a la lanza cedió y esta fue a herir de pleno en el vientre.
Con gran ruido el guerrero cayó, y él habló con jactancia:

—¡Otrioneo! Te ensalzo yo aquí sobre todos los hombres
si es que piensas realmente cumplir las promesas que hiciste
al Dardánida Príamo, quien te ha ofrecido su hija.
Mas nosotros te haremos promesas y las cumpliremos:
por esposa a la hija más bella que tenga el Atrida
te traeremos de Argos, si junto con nuestros guerreros
logras tú destruir la ciudad populosa de Troya.
Pero sígueme; ven a las naos surcadoras del agua
a fijar el acuerdo; no somos tan míseros suegros.

Dijo así Idomeneo, y de un pie lo cogió y por el campo
de la lucha feroz lo arrastró, cuando ante él llegó Asio
decidido a vengarlo y de pie se paró ante sus potros
que guiaba el auriga, y sobre él resoplaron. Ansiaba
llegar a Idomeneo y herirlo, mas no le dio él tiempo,
lo hirió bajo la barba, clavando la lanza en su cuello,
que salió por detrás, y él cayó como el roble en el monte,

como el álamo o pino elevado que artífices cortan
para mástil de un buque con las afiladas segures.

De este modo cayó frente al carro y caballos, los dientes
rechinando y clavando en el suelo sangriento las manos.
El auriga, aterrado, al perder de sí mismo el dominio,
ni siquiera, queriendo escapar de entre sus enemigos,
echó atrás los caballos. Y entonces Antíloco el bravo
con su lanza lo hirió, pues la cota de bronce no pudo
protegerlo del bronce y la lanza clavose en su vientre.
Jadeante, el auriga cayó del buen carro labrado
y el magnífico hijo de Néstor, Antíloco, el carro
y caballos llevó a los aqueos de grebas hermosas.

[Intervención de Deífobo y Eneas]

Pero, al verlo, Deífobo fue a Idomeneo, irritado
por la muerte de Asio, y lanzole su pica brillante.
Mas lo vio Idomeneo y burló la azagaya de bronce
encogiéndose al punto detrás de la lisa rodela
construida con pieles de buey y con bronce bruñido
y dos abrazaderas que la guarnecían del todo;
se encogió detrás de ella y la lanza voló hacia su encuentro
y al rozar el escudo lo hizo sonar secamente.
Mas no fue por el brazo robusto arrojada a él en vano,
puesto que hirió a Hipsenor el Hipásida, rey de los hombres,
en el vientre y le hizo, al herirlo, doblar las rodillas.
Y jactose Deífobo así dando voces muy fuertes:

—Asio yace en el suelo, mas ya lo vengué. Me figuro
que al bajar a la casa de sólidas puertas, el Hades
se holgará de tener este amigo que yo le procuro.

Dijo así, y los aqueos sintieron pesar por su triunfo.
Y sintió el corazón conmovido el intrépido Antíloco.

A pesar del dolor no dejó abandonado al amigo,
pues corrió a donde estaba y cubrió con su escudo su cuerpo,
y debajo de aquel dos amigos leales sacáronlo,[204]
Macisteo, el buen hijo de Equío y Alástor divino
que a Hipsenor a las cóncavas naos suspirante lleváronse.
No dejó Idomeneo que su gran audacia amainara.
Siempre ansiaba sumir a algún teucro en la noche sombría
o caer con estruendo y librar de la ruina a los dánaos.
He aquí al hijo de Esietes, alumno de Zeus, héroe Alcatoo;
era yerno de Anquises, pues era su esposa la hija
primogénita de él, Hipodamia, a la cual adoraban
tiernamente en palacio su padre y su madre angustísima
porque se destacaba en belleza, destreza y talento
entre los que contaban su edad, y por este motivo
casó con el guerrero más noble de la vasta Troya.
Posidón hizo que Idomeneo le diera la muerte;
ofuscó sus pupilas brillantes, trabó sus hermosos
miembros, y no logró ni escapar ni evitar ser herido.
Igual que una columna o un árbol de copa elevada
quedó inmóvil, y en medio del pecho la lanza de bronce
le clavó Idomeneo y rompió su coraza broncínea
que hasta entonces le había evitado a su cuerpo la muerte
y que ahora, al quebrarla la lanza, sonó roncamente.
Con gran ruido cayó y porque en el corazón la tenía
ensartada, movíase con los latidos de este,
hasta que Ares potente apagó dentro de él todo impulso.
Y gritó Idomeneo jactándose de esta victoria:

—¡Oh Deífobo! ¿No te parece una justa medida
dar tres muertos por uno? Bien vana era, pues, tu jactancia.
¡Insensato! Ven, hombre admirable, a enfrentarte conmigo;
verás quién es el hijo de Zeus que conmigo ha venido.

204. El valor de la amistad es importante deber de todo buen guerrero homérico.

Zeus primero fue padre de Minos, el rey de la Creta
y de Minos más tarde nació Deucalión el ilustre;
Deucalión me engendró como rey de muchísimos hombres
en la Creta anchurosa, y de allí vine aquí en una nave
para ser de tu padre, de ti y de los teucros azote.

Así dijo, y entonces quedose dudando Deífobo
en buscar en las filas troyanas a algún compañero
que a él se uniera y volver así atrás o probar suerte solo.
Y, después de pensarlo, creyó como más conveniente
ir en busca de Eneas, a quien encontró entre los últimos
sin hacer nada, muy disgustado con Príamo siempre
porque por su valor no lo honraba como él merecía.
Y, parándose ante él, pronunció estas palabras aladas:

—¡Oh, señor de los teucros, Eneas! Preciso es que ahora,
si por él te interesas, defiendas aquí a tu cuñado.
Sígueme, pues, y ahora luchemos los dos por Alcatoo,
tu cuñado que cuando eras niño te tuvo en su casa
y a quien hace muy poco mató Idomeneo el lancero.

Dijo así, y él sintió el corazón conmovido en su pecho.
Y se fue a Idomeneo con grandes deseos de lucha,
pero no a Idomeneo asaltaron temores de niño;
lo esperaba como el jabalí que, confiando en sus fuerzas,
en un sitio desierto del monte a los hombres espera
y su ataque, y teniendo las cerdas del lomo erizadas
y los ojos brillantes como ascuas, aguza los dientes
preparándose así a rechazar cazadores y perros,
de igual modo aguardó Idomeneo, el famoso lancero,
sin temores a Eneas el ágil, llamando a su gente
con los ojos, a Ascáfalo y luego a Afareo y Deipiro
y a Meriones y a Antíloco que eran maestros de lucha,
y a los cuales habló con palabras aladas, gritando:

—¡A mí, amigos! Venid a ayudarme que solo me encuentro
y me asusta el ataque de Eneas el de pies ligeros,
que a mí viene y es muy vigoroso matando en la lucha
y se encuentra en la flor de la edad, cuando grande es la fuerza.
Si con el corazón que yo tengo la edad igualáramos,
él o yo alcanzaríamos pronto una inmensa victoria.

Dijo así, y todos ellos, llevando en el pecho un mismo ánimo,
a su lado pusiéronse con los escudos al hombro.
De la misma manera exhortaba a sus hombres Eneas,
a Deífobo a Paris y luego a Agenor el divino,
capitanes troyanos; las tropas siguieron tras ellos.
Como al ir a beber las ovejas detrás del carnero
cuando deja los pastos, alegra el cabrero su alma,
alegrábase así el corazón en el pecho de Eneas
cuando vio detrás de él a los suyos siguiendo sus pasos.

Y muy pronto trabaron en torno del cuerpo de Alcatoo
un feroz cuerpo a cuerpo blandiendo las picas, y el bronce
resonaba de horrible manera al golpear en los pechos.
Dos valientes guerreros ya se destacaban de todos:
Eneas e Idomeneo, los dos semejantes a Ares,
deseaban herirse uno a otro con bronce implacable.
Salió Eneas primero y lanzó a Idomeneo su pica,
pero él vio su intención y logró del lanzazo zafarse
y la lanza de bronce de Eneas clavose en el suelo
y vibró en él, en vano lanzada por el fuerte brazo.
Y la suya clavó Idomeneo a Enomao en el vientre;
partió el bronce la corva coraza y rasgó sus entrañas
y el guerrero en el polvo agarró con las manos la tierra.
Arrancó Idomeneo del muerto la lanza alargada,
mas no pudo quitar de sus hombros la bella armadura
porque por todas partes caían sobre él las lanzadas.
Como no eran seguros sus pies para andar en la busca
de la lanza que había arrojado o librarse de otra,
evitaba la muerte implacable luchando a pie firme,

pues no le era posible tampoco la huida ligera.
Mientras retrocedía con pasos contados, Deífobo
lo atacó con su lanza; sentía contra él un gran odio.
Mas el golpe falló e hirió entonces a Ascáfalo, el hijo
de Enialio, y la lanza potente clavose en su espalda
y el guerrero en el polvo agarró con las manos la tierra.
El ruidoso y robusto Ares no se enteró de que su hijo
en la dura batalla se hubiese dejado la vida,
pues en el alto Olimpo, debajo de las áureas nubes
se encontraba, por orden de Zeus, junto a los inmortales,
puesto que este quería alejarlo de aquella batalla.

Y muy pronto lucharon en torno del cuerpo de Ascáfalo.
Y quitole Deífobo a Ascáfalo el casco brillante,
mas Meriones, el émulo de Ares, le dio una lanzada
en el brazo, y soltar le hizo el casco de larga cimera,
y en el suelo cayó y resonó con un ronco sonido.
Y de nuevo Meriones saltó sobre él como un buitre
y arrancole del brazo la lanza robusta y al grupo
de sus hombres volvió. Pero entonces Polites, hermano
del herido, tomó a este del talle y llevóselo donde
los veloces corceles tenía, que estaban un poco
alejados de donde la lucha y la lid ocurrían,
con el casco labrado, del cual un amigo cuidaba.
A la villa lleváronse al héroe agotado y gimiente
cuya herida reciente manaba una sangre abundante.

[Hazañas de Antíloco]

Los demás combatían en medio de un gran griterío.
Contra Eneas, dispuesto a atacarlo, avanzó el Caletórida
Afareo, mas él con la lanza lo hirió en la garganta;
su cabeza inclinose hacia un lado arrastrando consigo
el escudo y el casco, y sobre él extendiose la muerte.

Como Antíloco[205] viera que Toon se volvía de espaldas,
se lanzó sobre él y lo hirió, desgarrando la vena
que, corriéndole sobre la espalda, llegábale al cuello,
y el guerrero de bruces cayó sobre el polvo, y tendía
al caer ambos brazos a sus camaradas queridos.
Dirigiendo miradas en torno, las armas Antíloco
le quitó de los hombros, y en tanto los teucros rodeáronlo
por un lado y por otro atacando; el escudo labrado
y ancho lo protegió y evitaba que hiriera la fina
piel de Antíloco, pues Posidón que la tierra sacude
defendía de todos los tiros al hijo de Néstor;
ni siquiera un instante apartose de sus enemigos,
pues entre ellos luchaba; su lanza que nunca cansábase,
siempre a un lado y a otro vibrante volvíase, en tanto
él pensaba en su mente o lanzarla o blandirla de cerca.

Vio Adamante el Asíada lo que en la turba pasaba
y, acercándose a él, le dio un golpe en mitad del escudo
con el bronce agudísimo, empero hizo débil la lanza
Posidón el de azules cabellos, que amaba su vida:
un pedazo, cual trozo de estaca que el fuego endurece,
se quedó en el escudo de Antíloco; el otro cayose.
Evitando morir, volvió aquel donde estaban sus hombres,
mas Meriones corrió detrás de él y arrojole la lanza
que le entró entre el ombligo y las partes, lugar donde Ares
es más cruel, mucho más, para los miserables mortales.
Allí hincose la lanza; él tendido de cara sobre ella
se agitaba lo mismo que un buey que han atado en el monte
los pastores con cuerdas y llevan así por la fuerza;
así aquel se agitó unos instantes, sintiéndose herido,
mas no fue mucho tiempo; la lanza arrancole Meriones
de su cuerpo y las sombras velaron los ojos del hombre.

205. Del mismo modo que en el canto V asistíamos a la principalía de Diomedes, en estos versos el poeta nos muestra el protagonismo de diversos héroes de ambos bandos, cuyas acciones sobresalen especialmente.

A Deipiro con su gran espada de Tracia dio Heleno
un gran golpe en la sien y le hizo pedazos el casco,
que salió despedido y cayó sobre el suelo y, rodando,
fue a parar a los pies de un argivo que lo alzó del suelo.
Y una noche sombría cubrió las pupilas del hombre.]

[Hazañas de Menelao]

Se afligió Menelao el Atrida, el de grito potente,
y atacó amenazante al caudillo y príncipe Heleno
con la lanza aguzada, y el arco tomó este al momento.
Ambos, pues, a tirar preparáronse, el uno la lanza
afilada y el otro la flecha ligera del arco.
El Priamida alcanzó con la flecha la corva coraza,
mas la flecha implacable voló, rechazada, a otra parte.
De la misma manera que saltan del bieldo en la era
anchurosa las habas oscuras o bien los garbanzos
bajo el soplo del viento, al impulso del que está aventando,
así de Menelao el glorioso, al chocar en la cota,
rechazada, muy lejos voló la implacable saeta.
A su vez Menelao el Atrida, el de grito potente,
hirió a Heleno en la mano que el arco pulido empuñaba,
y la lanza de bronce la hendió y fue a clavarse en el arco.
Evitando la muerte volvió a donde estaban los suyos
y arrastraba, colgando en su mano, la lanza de fresno.
Agenor el ilustre logró de su mano arrancarla
y vendole la herida con trenza de lana de oveja
que al pastor de los hombres al punto le dio el escudero.

Atacó a Menelao el ansioso de gloria, Pisandro.
Un destino funesto a morir lo llevó; lo empujaba
a ser muerto por ti, ¡oh Menelao!, en la dura pelea.
Cuando el uno y el otro estuvieron, por fin, frente a frente,
erró el hijo de Atreo su golpe al desviarse la lanza,
mas Pisandro tocó a Menelao el glorioso en el centro

del escudo y, no obstante, no pudo lograr ensartarlo;
resistió el ancho escudo y quebrose la lanza en el asta
cuando en su corazón esperaba él salir victorioso.
Con la espada adornada de clavos de plata, el Atrida
saltó sobre Pisandro, que tras de su escudo sacaba
su bella hacha de bronce con mango de olivo muy liso.
Al momento lanzáronse el uno al encuentro del otro;
uno dio en la cimera del casco crinado, debajo
del penacho, y el otro alcanzó a su enemigo en la frente
cerca de la nariz y crujieron los huesos; los ojos
en el polvo sangrientos cayeron al pie del guerrero
que encorvose y cayó. El pie derecho le puso en el pecho,
le quitó la armadura y, jactándose, habló de este modo:

—¡Dejaréis de este modo las rápidas naos de los dánaos,
oh insolentes troyanos ansiosos de lucha implacable!
No os bastó que una afrenta terrible me hayáis inferido,
viles perros, pues ni vuestros ánimos temen siquiera
la ira aciaga del hospitalario Zeus altitonante,
que algún día os habrá de arruinar vuestra villa excelente.
A mi joven esposa os llevasteis y muchas riquezas,
sin motivo, cuando ella os brindó una acogida amistosa
y ahora ansiáis arrojar en las naos surcadoras del ponto
fuego ardiente y dar muerte, además, a los héroes aqueos.
Os haremos aquí renunciar, mal que os pese, a la lucha.
Padre Zeus, dicen que por tu mucho saber a los dioses
y a los hombres superas, y tú eres autor de estos males,
¿cómo, pues, te son gratos los teucros que son insolentes
y de espíritu siempre perverso que nunca se cansa
de la guerra que a todos los hombres les es tan funesta?
Todo llega a saciar algún día, el amor como el sueño,
el dulcísimo canto al igual que la danza agradable,
cosas que se apetecen muchísimo más que la lucha;
sin embargo, los teucros no quieren dejar el combate.

Así dijo, y quitole al cadáver las armas sangrientas,
se las dio Menelao el ilustre a sus hombres, y luego
a la lucha volvió entre los hombres que estaban delante.

Decidido a atacarlo salió el hijo del rey Pilémenes,
Harpalión, que en las guerras había seguido a su padre
hasta Troya, y de aquí ya no pudo volver a su patria.
El escudo del hijo de Atreo tocó con la lanza,
mas la punta no pudo lograr penetrar en el bronce.
Evitando la muerte volvió a donde estaban sus hombres,
mas mirando a ambos lados, no fueran a herirlo con bronce;
disparole Meriones al punto una flecha broncínea
y en la nalga derecha le hirió, mas abriose camino
por debajo del hueso, y la flecha llegó a la vejiga
y expiró mientras a sus amigos tendía las manos,
y al igual que si fuera un gusano quedó sobre el suelo,
y su sangre negruzca fluyó y fue empapando la tierra.

Colocáronse en torno de él los paflagones magnánimos,
lo subieron a un carro y a Ilión la sagrada llevároнlo
[afligidos, y el padre iba junto con ellos llorando,
y ya nada podía pagar a ese hijo ya muerto].

Se airó Paris en su corazón al saber esta muerte,
puesto que huésped suyo era con otros más paflagones.
E irritado, una flecha de bronce lanzó con su arco.
Era un tal Euquenor, hijo del adivino Polidos,
valeroso y muy rico que antaño vivía en Corinto
embarcó para Troya aun sabiendo que muerte aguardábalo.
El anciano y valiente Polidos le habló muchas veces
de que o bien moriría en su casa de un mal doloroso
o a los golpes troyanos y junto a las naves aqueas,
y él quería evitar el baldón de los hombres aqueos
y su mal doloroso y restar sufrimientos a su ánimo.
A este hirió entre la oreja y quijada, y saliose la vida
de sus miembros, y en torno extendiose una sombra terrible.

[La resistencia de los Ayax]

Combatíase así con ardores de fuego encendido.
Pero Héctor, amado por Zeus, que ignoraba que ahora
a la izquierda de las naos aqueas sus gentes morían
y que pronto triunfando estarían los hombres aqueos,
de tal modo el que ciñe la tierra alentó a los argivos
y prestábales hasta la ayuda de sus propias fuerzas.
Y él estaba allí donde llegó cuando, rotos el muro
y las puertas, deshizo las líneas compactas de dánaos.
Los navíos de Ayax y de Protesilao, a la orilla
de la mar espumosa se hallaban, y para guardarlos
se elevó un muro bajo, porque en tal paraje los hombres
y caballos luchaban con mucha mayor valentía.

Los beocios y jonios con sus vestiduras muy largas
y los locrios y ptienses e ilustres epeos pararon,
pero sin que pudieran aún conseguir rechazarlo,
al divino Héctor que, semejante a una llama, porfiaba.
Allí a los atenienses selectos, mandaba primero
Menesteo Petida y seguíanle luego en el mando
Fidas y luego Estiquio y el bravo Biante. Mandaban
los epeos el Filida Meges, Anfión y a más Dracio.
A los ptienses mandaba Medonte y el bravo Podarces;
el primero era un hijo bastardo de Oileo divino;
y era hermano de Ayax y vivía lejos de su patria
en la Fílace; había matado a un varón, a un hermano
de la esposa de Oileo, Eriopes, su bella madrastra,
era hijo de Ificlo Filácida el otro caudillo.
Combatían en armas los dos con los ptienses magnánimos,
defendiendo las naos en unión de los hombres beocios.
El veloz Ayax hijo de Oileo jamás se alejaba
del lugar donde hallábase Ayax, hijo de Telamonio.
Como en la barbechera dos bueyes de pelo muy negro
tiran ambos con un mismo esfuerzo del sólido arado
abundante sudor brota en torno de su cornamenta

y a los dos solo el yugo pulido tan solo separa,
mientras van por los surcos abriendo a la tierra su seno,
así el uno y el otro, los dos, combatían muy juntos,
pero muchos y buenos seguían a Ayax Telamonio
que al momento tomaba su escudo si estaba cansado
y el sudor empapaba las fuertes rodillas del héroe.
Y al magnánimo hijo de Oileo los locrios dejaron
puesto que resistir no podían la lucha a pie firme;
carecían de cascos de bronce adornados con crines
y tampoco tenían rodelas ni lanzas de fresno;
con sus arcos y hondas de lana torcida de oveja
acudieron a Ilión, y con ellos, de lejos, rompían
con frecuencia las filas troyanas con tiros innúmeros.
Mientras todos estaban luchando con armas labradas
con los teucros, delante, y con Héctor del casco de bronce,
escondidos tiraban y apenas los teucros pensaban
en luchar, de tal modo sus flechas causaban desorden.

[Héctor reagrupa a los troyanos para un nuevo asalto]

De una forma humillante se hubieran marchado los teucros
de las naves y tiendas de Ilión, la que baten los vientos,
de no haber dicho Polidamante al intrépido Héctor:

—Héctor, eres reacio a seguir pareceres ajenos.
Porque un dios te hizo sobresalir en las cosas de guerra,
¿crees que puedes a todos los otros ganar en prudencia?
No es posible, no obstante, que en ti todo se haya reunido.
A uno el cielo concede el brillar en las cosas de guerra,
[a otros les da la lanza y a otros la lira o el canto]
y da a algunos el próvido Zeus la prudencia de espíritu
que aprovecha a muchísimos hombres y salva ciudades
y la aprecia de un modo especial todo aquel que la tiene.
Y te voy a decir lo que más conveniente yo creo:

arde por todas partes en torno de ti la pelea,
pero de los magnánimos teucros que el muro cruzaron,
con sus armas se fueron algunos; más bravos los otros,
luchan contra otros muchos, dispersos por entre las naves.
Retrocede y que vengan los más valerosos caudillos.
Al momento podremos saber lo que es más conveniente,[206]
si lanzarnos al punto a las naves de innúmeros bancos
por si un dios la victoria nos da o, antes de ser heridos,
alejarnos de ella. Me temo que puedan ahora
desquitarse los hombres aqueos de cuanto hemos hecho
ayer, pues en las naves se encuentra un varón incansable
en la lucha, y supongo que no se abstendrá de batirse.

Dijo Polidamante, y a Héctor gustó su consejo.
Al momento saltó de su carro llevando las armas
y, volviéndose a él, pronunció estas aladas palabras:

—Reúne, Polidamante, a los más valerosos caudillos,
mientras yo iré a ver cómo va en otro lugar el combate,
y estaré de regreso tan pronto haya dado mis órdenes.

Dijo así, y se lanzó como un monte cubierto de nieve,
dando voces, por entre los teucros y sus auxiliares.
Acudieron a Polidamante, audaz hijo de Panto,
todos ellos en cuanto se oyeron las voces de Héctor.
Y buscaba a Deífobo, a Heleno el robusto monarca,
a Adamante el Asíada y al hijo de Hírtacos, Asio.
E iba por todas partes buscándolos entre las filas.
Los halló, mas no a todos ilesos ni todos a salvo;
unos ante las naves aqueas perdieron la vida,
muertos por los argivos, y estaban yaciendo en el suelo;
y otros vueltos al muro y heridos de cerca o de lejos.
No tardó en encontrar a la izquierda del duro combate

206. La prudencia en la batalla consiste en adoptar la mejor estrategia en cada momento, por ejemplo no arriesgar innecesariamente.

al divino Alejandro, el esposo de la rubia Helena,
que exhortaba a sus hombres y los impulsaba a la lucha,
y, parándose ante él, le habló con injuriosas palabras:

—¡Paris ruin! ¡El más bello galán, seductor, mujeriego!
¿Dónde se halla Deífobo, Heleno el robusto monarca,
y Adamante el Asíada y el hijo de Hírtacos, Asio?
¿Qué es de Otriones? Hoy la excelsa Ilión se caerá de su cumbre,
y hoy también es seguro que no has de escapar de la muerte.

Y repúsole de esta manera el divino Alejandro:

—¡Héctor! Bien sin motivo esta vez acusarme deseas:
otras veces remiso quizá me mostré en la batalla.
Pero no me ha parido mi madre un cobarde completo.
Desde que te llevaste a la gente a entablar el combate
cerca de los navíos, luchamos sin darnos reposo
con los dánaos. Aquellos por quienes preguntas han muerto.
Solo Heleno el monarca y Deífobo se han alejado
alcanzados los dos por los golpes de lanzas ingentes;
sin embargo, el Cronión hasta ahora ha salvado sus vidas.
Llévanos donde tu corazón y tu ánimo quieran,
pues seguirte queremos al punto y no habrá de faltarnos
el coraje, hasta que nuestras fuerzas permitan tenerlo
porque más no se puede en la guerra, aun cuando uno lo quiera.[207]

Así dijo, y el héroe cambió el corazón de su hermano,
y partieron donde era más fuerte el combate y la lucha;
allí estaban Cebriones y el ínclito Polidamante,
Falces y Polifetes divino y con ellos Orteo,
Palmis, Moris y Ascanio; estos dos de Hipotión eran hijos;
arribaron la aurora anterior de la fértil Ascania,
de reemplazo, y Zeus hizo que entraran al punto en combate.

207. Paris es consciente de las limitaciones humanas en el combate, y más cuando los dioses se posicionan.

Igual que una borrasca de vientos feroces desciende,
bajo el trueno de Zeus padre al campo, y se lanza estruendosa
con un ruido terrible en la mar, y levanta las olas
en inmenso montón sobre el mar resonante, blanqueadas
en sus crestas, y van sucediéndose unas a otras,
los troyanos seguían así a sus caudillos, en filas
apretadas, y el bronce lanzaba en sus armas destellos.
Como un Ares funesto iba Héctor Priamida delante
y delante llevaba su escudo redondo labrado,
bello, con muchas pieles de buey y una chapa de bronce,
y temblaba ajustado a sus sienes su casco brillante.
Iba por todas partes probando las filas, mirando
si cedían, y se protegía detrás del escudo,
pero no perturbó el corazón de los hombres aqueos.
Y, avanzando a zancadas, Ayax le lanzó un desafío:

—¡Vente cerca, insensato! ¿Por qué a los troyanos pretendes
asustar? En la lucha no somos ninguno novatos;
los aqueos tan solo al azote de Zeus cruel sucumben.
Si tu ánimo espera en verdad destruir nuestras naves,
prontos brazos tenemos dispuestos aquí a defenderlas.
Y antes de que lo logres caerá tu ciudad populosa
y ella por nuestras manos tomada será y destruida.
Y te digo que cerca el momento ya está en que tú mismo,
fugitivo, a Zeus padre le ruegues que haga a tus caballos
de las crines hermosas más raudos que los gavilanes,
y ellos te llevarán a la villa entre nubes de polvo.

Así dijo, y pasó por encima, hacia el lado derecho,
alta y lejos un águila, y por el augurio animados
los aqueos gritaron. Y entonces habló Héctor ilustre:

—¿Qué dijiste, oh Ayax, fanfarrón, dando tanto a la lengua?
Así fuera yo el hijo de Zeus el que lleva la égida
para siempre y me hubiese parido la augustísima Hera
y gozara el honor de que goza Atenea o Apolo,

y este día sería funesto a los hombres aqueos.
Tú también morirás entre ellos, si tienes la audacia
de aguardar mi larguísima lanza; tu piel delicada
rasgará, y a las aves y perros troyanos tus carnes
y tu grasa, hartarán cerca de los navíos aqueos.

Dijo así, y avanzó. Y los demás le siguieron los pasos
dando voces potentes y todas las filas gritaban.
Los argivos gritaron también, pero no se olvidaron
de su audacia, esperando el ataque de los bravos teucros.
Por el éter llegó a la morada de Zeus el estruendo.

CANTO XIV

[Los jefes aqueos ante la derrota de los suyos]

Aunque Néstor estaba bebiendo advirtió el griterío
y habló al hijo de Asclepio con estas aladas palabras:

—¿Cómo crees, divinal Macaón, que han de ir estas cosas?
Crece en torno a las naos el gritar de los jóvenes fuertes.
Permanece sentado y bebiendo este vino sombrío,
que Hecamedes, la de hermosas trenzas, calienta ya el agua
de tu baño, y después lavará tus heridas sangrientas,
que yo ahora me voy a una loma a mirar lo que ocurre.

Así dijo, después de embrazar el escudo labrado
que el jinete su hijo, en la tienda dejó, Trasimedes,
cuyo bronce fulgía, pues este llevose el del padre;
tomó luego una lanza potente de punta de bronce
muy aguda; al salir de la tienda vio el triste espectáculo:
derrotados los unos, los otros cargando sobre estos,
[los magnánimos teucros, y el gran muro aqueo arruinado.]
Como cuando se riza la mar infinita y purpúrea
presagiando la pronta llegada de vientos sonoros,
pero, en calma, aún no lanza sus olas de un lado a otro lado,
aguardando a que Zeus una ráfaga franca le envíe,
de igual modo el anciano, perplejo, ante dos decisiones
vacilaba: si ir donde los dánaos de raudos corceles,
o ver a Agamenón el Atrida, el pastor de los hombres.

Y después de pensar qué sería lo más conveniente,
fue a buscar al Atrida; los otros seguían matándose
entre sí, y resonaba en torno a ellos el bronce inflexible
al chocar las espadas con las lanzas de doble filo.

A los reyes, alumnos de Zeus, halló Néstor, los que antes
hirió el bronce y volvían ahora de junto a sus naves,
el Tidida y Ulises con Agamenón el Atrida.
Se encontraban las naves muy lejos del campo de lucha,
en la orilla del mar espumoso; sacaron al llano
las primeras y frente a sus popas labraron un muro.
Porque aunque era muy grande la orilla, no todas las naves
contener conseguía; al ejército le molestaban;
colocáronlas escalonadas, llenando con ellas
gran espacio de costa entre dos promontorios muy altos.
Y afanosos de ver la batalla y la lucha iban juntos
por la liza, apoyándose en lanzas, mas sus corazones
apenábanse dentro del pecho. Al hablar al anciano
Néstor, el corazón les dio un vuelco muy grande en el pecho.
Y habló entonces así Agamenón soberano, diciendo:

—¡Gloria insigne de toda la Acaya, oh tú, Néstor Nelida!
¿Por qué vienes aquí y la homicida batalla abandonas?
Temo que el impetuoso Héctor cumpla la gran amenaza
que él me hizo en la arenga con que les habló a los aqueos:
que él, dejando las naos en Ilión, no estaría de vuelta
sin haberlas quemado y sin darnos a todos la muerte.
Estas cosas nos dijo y se están todas ellas cumpliendo.
[Dioses, ¡ay! Los aqueos de grebas hermosas ya tienen
contra mí, como Aquiles, el ánimo lleno de cólera
y no quieren luchar frente a nuestros navíos primeros.]

Y repúsole Néstor, el viejo señor de los carros:

—Cierto es esto que dices; cambiar no podría ni el mismo
Zeus el altisonante, las cosas que ya han sucedido.

[Derribado está el muro que todos creímos sería
de nosotros y nuestros navíos reparo irrompible.]
Junto a ellos sostienen los teucros un vivo combate
incesante. Y por mucho que mires no conocerías
a qué parte, acosados y huyendo, se van los aqueos,
tal es esta matanza y los cielos alcanzan los gritos.
Mas debemos pensar lo que en esta ocasión es factible,
si la mente lo puede encontrar; que luchemos no os digo
puesto que es imposible que luchen los que están heridos.

Y repúsole entonces así Agamenón soberano:

—¡Néstor! Si ya se lucha entre nuestros navíos primeros,
si no sirve ni el muro ni el foso que aquí levantaron
con tan grandes fatigas los dánaos, creyendo sería
de nosotros y nuestros navíos reparo irrompible,
es quizá porque a Zeus poderoso le debe ser grato
que sin gloria aquí y lejos de Argos los aqueos mueran.
Antes vi que benévolo el dios auxiliaba a los dánaos,
mas da ahora la gloria a los teucros igual que si fuesen
unos dioses dichosos, y el brío y los brazos los ata.
Pero, en fin, procedamos tal como yo voy a deciros.
Arrastremos las naos que se encuentren más cerca del agua
y a las ondas divinas al punto botémoslas todas,
que estén, hasta que venga la noche inmortal, ancoradas
y si entonces los teucros se abstienen de entrar en combate
hacedero será que podamos botar a las otras.
Aun de noche no es vituperable el huir la desgracia,
pues mejor es librarse en la huida que ser aprehendido.

Y con torvo mirar respondió el agudísimo Ulises:

—¡Qué palabras se van del vallar de tus dientes, oh Atrida!
¡Miserable! Debieras mandar a unas huestes cobardes,
no a nosotros a quienes dio Zeus el que nos destacáramos,
desde nuestra niñez hasta nuestra vejez, en empresas

arriesgadas de guerra, hasta la hora en que hallemos la muerte.
¿Quieres que la troyana ciudad de anchas calles dejemos,
cuando tan numerosas fatigas por ella sufrimos?
Cállate, no sea que los aqueos tus palabras oigan,
las que no deberían salir de la boca de un hombre
que hablar sepa con un prudentísimo espíritu siempre,
lleve cetro y acaten su mando tantísimos hombres
como argivos tú tienes ahora cumpliendo tus órdenes.
[Totalmente la proposición que nos haces repruebo;]
aconsejas, sin duda, que en tanto haya lucha y pelea
a las ondas botemos las naves de innúmeros bancos
para que antes se cumpla el afán de los teucros que triunfan
y segura nos caiga la muerte, porque los aqueos
el combate no habrán de aguantar, si se botan las naves;
dejarán la batalla volviendo a la huida los ojos
y dañoso, ¡oh señor de los hombres!, será tu consejo.

Y repúsole así Agamenón, protector de su pueblo:

—Me llegó al corazón esta dura advertencia, ¡oh Ulises!
Pero yo no mandaba que al mar los aqueos llevasen
contra su voluntad los navíos de innúmeros bancos.
¡Así alguno, ya joven o viejo, proponga una cosa
mejor que esta, pues yo sus palabras oiría con gusto!

Y el de grito potente, Diomedes, repuso diciendo:

—Aquí está, no busquemos ya más ese hombre, si prestos
os halláis, mas no me censuréis ni sintáis ira alguna
contra mí, recordando que soy el más joven de todos.
Yo me ufano también de tener a un valiente por padre,
[a Tideo, que en Tebas su tumba ha cubierto la tierra.
De Porteo nacieron tres hijos de mucho renombre,
que en Pleurón habitaban y en la Calidón escabrosa,
Argos, Melas y Eneo el jinete, el más joven de todos;
padre fue de mi padre, y de todos el más valeroso.

Mas quedó en su país y mi padre, errabundo, fue a Argos
a parar, porque Zeus y los dioses así lo quisieron;
casó con una hija de Adrasto y vivio en una casa
donde había muy grandes riquezas y tierras muy ricas
para el trigo, y muchísimas filas de bellos frutales
y copiosos rebaños; y allí a los aqueos ganaba
con la lanza. Estas cosas sin duda sabéis que son ciertas.
No sea que, figurándoos quizás un linaje distinto,
me tildéis de cobarde y de vil y no oigáis lo que os diga.]
Vamos, pues, al combate, a pesar de que estemos heridos,
que es urgente, y quedémonos fuera de tiros y lucha
no sea que recibamos heridas sobre las heridas.
Animemos a todos y hagamos que luchen aquellos
que, cediendo indolentes, se apartan y evaden la lucha.

Dijo así, y escucháronle todos y lo obedecieron,
y partieron con Agamenón soberano delante.

[Posidón impulsa a los aqueos a resistir]

[Al acecho se hallaba el señor que sacude la tierra
y adoptando el aspecto de un viejo se fue hacia los reyes;
de la mano derecha tomó a Agamenón el Atrida
y, volviéndose a él, pronunció estas palabras aladas:

—Ahora, Atrida, se goza en Aquiles el tan detestable
corazón en su pecho, pues ve la matanza y derrota
de los hombres aqueos, pues de todo juicio carece.
¡Así pierda la vida y un dios de ignominia lo cubra!
Mas los dioses dichosos no están irritados contigo
y los jefes y príncipes teucros huirán pronto a escape
y en el llano espacioso alzarán grandes nubes de polvo,
y a la villa han de verlos huir desde naves y tiendas.

Dijo así, y lanzó un gran alarido y corrió por el llano.
Como nueve o diez mil hombres gritan al ir al ataque
por los campos de lucha al trabarse la guerra de Ares,
tan potente fue el grito de aquel que la tierra sacude
y valor infundió al corazón de los hombres aqueos
para que pelearan y sin descansar combatieran.]

[Hera se dispone a dormir a Zeus]

Hera la de áureo trono que estaba mirando de lo alto
del Olimpo, en seguida advirtió que a través del combate
donde el hombre la gloria consigue afanábase ahora
su cuñado y su hermano, y sintió el corazón jubiloso.
Pero vio a Zeus sentado en la más alta cumbre del Ida
la de innúmeras fuentes, y a su corazón se hizo odioso.
La augustísima Hera, la de ojos de utrera, pensaba
de qué modo engañar a Zeus el portador de la égida.
Pensó que la mejor solución de todo ello sería
ataviarse muy bien y partir al momento hacia el Ida
por si, herido de amor, él quería yacer a su lado
y ella entonces lograba verter dulce y plácido sueño
en sus párpados como también en su mente prudente.[208]
Fue a la alcoba que Hefesto, su hijo, labró para ella,
que tenía una sólida puerta de oculta cerraja
que a ningún otro dios el abrirla posible le era.
En cuanto hubo allí entrado cerró las dos puertas brillantes.
Después con ambrosía lavó de su cuerpo bellísimo
toda mancha y lo ungió luego con un aceite muy graso,
muy suave y divino, y con una fragancia tan grande
que, al moverlo en la casa de Zeus, la de umbrales de bronce,
difundíase en toda la tierra y por todos los cielos.

208. Desde tiempo inmemorable, la mujer —aquí la diosa Hera— asume el papel de seductora y se vale de artes y engaños para conseguir sus propósitos: sería el caso de Eva en el Génesis o de Pandora, entre otras.

Ella ungió su bellísimo cuerpo y su pelo compuso
con las manos, peinándolo en trenzas lustrosas y bellas
y divinas, que desde la frente inmortal descendían.
Envolviose después en el manto divino, adornado
con distintos bordados que había labrado Atenea
y después con un broche de oro ajustolo a su pecho.
Se ajustó un ceñidor adornado con cien borlas grandes,
y de las perforadas orejas colgó unos pendientes
de tres piedras, preciosas como ojos de encanto infinito.
Y la diosa divina cubriose después con un velo
bello y nuevo y lo mismo que el sol relucía en blancura,
y los nítidos pies se calzó con hermosas sandalias.
Y cuando hubo ataviado su cuerpo con estos adornos,
de la estancia salió y a Afrodita llamó luego aparte
de los dioses y habló después de esta manera, diciendo:

—¿Harás, hija querida, las cosas que quiero decirte?
¿O te habrás de negar irritada en el fondo de tu ánimo,
puesto que yo protejo a los dánaos y tú a los troyanos?

Y repuso Afrodita, la hija de Zeus, de este modo:

—Hera, diosa augustísima, hija del gran Cronos, dime
qué deseas, pues mi corazón a efectuarlo me impulsa,
si es que puedo yo hacerlo y también si resulta posible.

Y Hera augusta repúsole entonces muy pérfidamente:

—Dame amor y deseo, las cosas con que a todos rindes
a los dioses sin muerte y también a los hombres mortales.
Al confín de las fértiles tierras yo quiero irme para
ver a Océano, padre de dioses; y a Tetis la madre.
Desde el día en que Rea me puso en sus manos criáronme
en su hogar y educáronme allí, cuando Zeus el tonante
puso bajo la tierra y el mar infecundo al dios Cronos.
Para dar fin a tales rencillas deseo ir a verlos,

que hace tiempo que por esta causa de amor se han privado
y del lecho, que en sus corazones anida la cólera.
Si yo con mis palabras pudiera calmarles los ánimos
y pudiese lograr que en amor nuevamente se uniesen,
siempre me llamarían los dos venerable y querida.

Y repúsole entonces así la risueña Afrodita:

—Ni posible, ni aun conveniente es negarte estas cosas,
[ya que duermes en brazos de Zeus el que todo lo puede.]

Dijo así, y desató de su pecho su cinto bordado
de variada labor, que encerraba en él tantos encantos:
el amor, el deseo, la charla amorosa, el lenguaje
seductor, que a los hombres más sabios perder hace el juicio.
En sus manos lo puso y después habló de esta manera:

—Toma y guarda este cinto bordado metido en el pecho;
todo puedes hallarlo en sus muy variadas labores.
No vendrás sin que tu corazón lo haya todo logrado.

Dijo, y Hera la augusta, la de ojos de utrera, riose
y con otra sonrisa escondió el ceñidor en su pecho.

Luego la hija de Zeus, Afrodita, volvió a su morada
y Hera, con raudo vuelo dejó las olímpicas cumbres.
Por la Prieria pasó y por Ematia la muy deleitosa,
y las cumbres nevadas de los caballeros de Tracia,
altos montes, y sin que sus pies ni la tierra rozasen.
Descendio por el Atos al ponto del agua rizada
y llegó al fin a Lemnos, ciudad del divino Toante.
Encontrose allí al Sueño, el hermano carnal de la Muerte,[209]
lo tomó de la mano y le habló, pronunciando sus nombres:

209. Una tradición antigua consideraba la muerte como un sueño profundo del que uno no despertaba.

—¡Rey de todos los dioses y todos los hombres, oh Sueño!
Si ya en otra ocasión escuchaste mi voz, obedéceme
hoy también y sabré agradecértelo en todo momento.
Adormece los ojos brillantes de Zeus tras sus párpados
cuando, por el amor dominado, se acueste conmigo.
Te daré un trono de oro muy bello que nunca se rompa,
y que te labrará mi hijo, Hefesto, el Pata Galana
y debajo pondrá un buen escaño además, donde puedas
apoyar los pies nítidos cuando a los ágapes vayas.

Y repúsole de esta manera el dulcísimo Sueño:

—¡Hera, diosa augustísima, hija del gran Cronos!
Puedo fácilmente dormir en verdad a cualquier dios eterno;
de la misma manera podría dormir las corrientes
del Océano, padre de quien toda cosa desciende.
Mas no quiero acercarme siquiera a Zeus, hijo de Cronos,
ni dormirlo, de no ser que él mismo tal cosa me ordene.
Me ha enseñado prudencia la orden que antaño me diste
el día en que aquel intrépido hijo de Zeus se emboscaba
en Ilión, una vez destruida la villa troyana.
Dormí entonces la mente de Zeus el que lleva la égida
y vertí mi dulzura sobre él y tú males tramaste:
a la mar, desatando los vientos de impulsos potentes,
arrojaste tú aquel sobre Cos, la poblada, y en donde
tenía un amigo. Cuando él despertó, enfurecido,
por quererme buscar maltrató en el palacio a los dioses.
Y me hubiera lanzado de lo alto del éter al ponto
de no haberme salvado la Noche que rinde a los dioses
y a los hombres porque a ella escapé y él, no obstante su ira,
y se calmó, pues temió disgustar a la rápida Noche.
Y has venido a ordenarme una cosa de grave peligro.

Dijo, y Hera la augusta, la de ojos de utrera, le dijo:

—¿Por qué en el corazón tales cosas revuelves, oh Sueño?

¿Crees que el longividente Zeus quiere ayudar a los teucros
como a Heracles, su hijo, ayudó cuando estuvo irritado?
Ve, que yo en matrimonio prometo ofrecerte a una joven
Gracia, para que siempre ella lleve tu nombre de esposa.
[Pasitea, de quien deseoso a diario te muestras.]

Así dijo y el Sueño, contento, repuso diciendo:

—Júrame por el agua inviolable que tiene la Estigia,
colocando una mano en la tierra fecunda, y la otra
en el mar esplendente, de modo que sean testigos
las deidades que están bajo tierra sentadas con Cronos
de que habrás de entregarme a la Gracia más joven de todas,
Pasitea; de quien deseoso a diario me muestro.[210]

Dijo, y no lo negó Hera, la diosa de brazos nevados.
Y juró como se lo pedía, nombrando a los dioses
subterráneos, llamados Titanes en toda la tierra.

Una vez hubo su juramento solemne prestado,
se marcharon y atrás se dejaron a Lemnos y a Imbros,
y vestidos de niebla el viaje acabaron veloces.
Al de innúmeras fuentes, creador de las fieras,
el Ida, arribaron, a Lectos, dejaron la mar y adentráronse
en la tierra, y temblaron los bosques cuando ellos pasaron.
Se paró el Sueño antes que las pupilas de Zeus lo advirtieran
en un pino gigante que había en el Ida nacido
que, creciendo, a través de los aires, llegaba hasta el éter.
Se ocultó entre las ramas lo mismo que el ave canora
que en los montes se encuentra, a la que *calcis* llaman los dioses
y a la que los humanos el nombre le dan de *cymindis*.

210. El recurso persuasivo de la diosa Hera pone sobre la mesa el hecho de que todo es venal, según precio.

[Zeus se duerme en los brazos de Hera]

Ascendió velozmente Hera al Gárgaro, cumbre del Ida
la más alta, y llegar la vio Zeus el que nubes reúne.
Y, al mirarla, el amor se apropió de su mente prudente
con el mismo deseo que cuando gozaron primero
del amor, acostándose sin que sus padres supiéranlo.
Y cuando ella delante se halló, pronunció estas palabras:

—¡Hera! ¿Cómo viniste hasta aquí del altísimo Olimpo
sin el carro y caballos que hubieran podido traerte?

Y Hera augusta repúsole entonces muy pérfidamente:

—Al confín de las fértiles tierras quería irme para
ver a Océano, padre de dioses y a Tetis, la madre.
En su hogar me crié y fueron ellos los que me educaron.
Para que sus rencillas acaben deseo ir a verlos,
que hace tiempo que por sus disgustos de amor se han privado,
y del lecho, que en sus corazones se alberga la ira.
En la falda del Ida el de los manantiales innúmeros,
los caballos dejé, que por mar y por tierra me llevan.
Del Olimpo he venido a contártelo ahora, no fuera
que te airaras, si me dirigiera, sin nada decirte,
al hogar del Océano el de la profunda corriente.

Y repúsole Zeus, el que nubes reúne, diciendo:

—¡Hera! Tiempo será de que vayas para ellos más tarde.
Acostémonos juntos y aquí del amor disfrutemos.
No he sentido jamás un amor por mujer o por diosa
como el que el corazón me ha invadido ahora dentro del pecho.
[No he amado jamás a la esposa de Ixión, de este modo,
la que me dio a Piritoo, el igual en consejo a los dioses,
ni a la hija de Acrisios, a Dánae, de finos tobillos,
que dio a luz a Peneo, el más grande de todos los hombres,

ni tampoco siquiera a la hija de Fénix ilustre,
que fue madre de Minos y de Radamantis divino,
ni, en los días que en Tebas estuve, a Semele y Alcmena,
de quien tuve yo a Heracles el de poderosos designios,
y Semele a Dionisios me dio, que a los hombres alegra;
ni siquiera a Deméter la reina de trenzas hermosas,
ni aun a Leto, la llena de gloria, ni aun a ti misma,]
tanto te amo yo ahora y tan grande es mi dulce deseo.

Y Hera augusta repúsole entonces muy pérfidamente:

—¡Oh terrible Cronida, qué cosas tus labios dijeron!
Acostarte a mi lado y gozar del amor tú pretendes
en la cumbre del Ida, allí donde potente lo es todo.
Pero ¿qué ocurriría si algún dios eterno nos viese
dormir juntos y fuera a contarlo a los otros eternos?
Cuando me levantara del lecho volver no podría
a tu bella mansión porque habría de ser vergonzoso.
Mas si así lo deseas y a tu corazón le es tan grato,
tú ya tienes la alcoba que Hefesto, tu hijo, ha labrado
con la puerta de sólidas tablas que al marco se ajustan.
Vamos, pues, a acostarnos allí, ya que el lecho apeteces.

Y repúsole Zeus, el que nubes reúne, diciendo:

—¡Hera! No temas que pueda vernos un dios o algún hombre,
porque voy a envolverte con una neblina de oro
que ni el Sol, con su luz que es la más penetrante de todas,
penetrarla siquiera podría lograr para vernos.

Dijo así, y el Cronión estrechó a su mujer en sus brazos
y, bajo ellos, la tierra divina creció verde yerba,
loto fresco, azafrán y jacinto muy tierno y espeso
cuyo grueso debía a los dos proteger sobre el suelo.
Acostáronse allí y se cubrieron con una áurea nube
desde donde perlaba un brillante rocío sus gotas.

[Posidón reanuda la resistencia aquea]

Quietamente así el Padre dormía en la cumbre del Gárgaro
abrazado a su esposa y vencido de amor y de sueño.
El dulcísimo Sueño se fue hacia las naves aqueas
a llevar la noticia al que ciñe y sacude la tierra
y, parándose ante él, pronunció estas palabras aladas:

—¡Posidón! Ahora puedes prestar a los dánaos ayuda,
y, aunque sea muy breve, concédeles algo de triunfo,
mientras duerme Zeus, a quien en dulce letargo he sumido,
que Hera lo hizo acostar para que del amor disfrutase.

Así dijo, y se fue hacia las ínclitas tribus del hombre.
E incitado aquel más todavía a ayudar a los dánaos,
saltó al punto a las filas primeras y dijo, exhortándolos:

—¿Cederemos, oh argivos, el triunfo aún a Héctor Priamida,
para que nos conquiste las naves y alcance la gloria?
Lo imagina así y de ello se jacta porque permanece
en las naves Aquiles con el corazón irritado.
Pero ni aun lo echaremos de menos nosotros, si todos
procuramos los unos prestarnos ayuda a los otros.
Vamos, pues, y las cosas que voy a deciros hagamos.
Embrazad los escudos más grandes y fuertes que haya
en la hueste, y cubríos con yelmos de bronce brillante
las cabezas, llevad en las manos las lanzas más largas
y avancemos; iré yo delante que no creo que Héctor
el Priamida, por enardecido que esté, nos espere.
[El valiente que lleve un escudo pequeño en el hombro,
que lo dé al menos bravo y que tome otro escudo más grande.]

Dijo así, y escucháronlo todos y le obedecieron.
Aun heridos, pusieron en orden las filas los reyes,
el Tidida y Ulises con Agamenón el Atrida.
Recorriendo las huestes, cambiaron las armas de guerra.

Tomó el bueno las buenas y al malo le dieron las malas.
Se pusieron en marcha, vestido ya el bronce luciente.
Posidón que sacude la tierra marchaba delante,
empuñando una espada terrible y aguda, fulgente
cual relámpago y nadie luchar con el dios pretendía
en la lucha funesta, que el miedo impedíalo a todos.

Por su parte, ordenó a los troyanos el ínclito Héctor
y extendieron así sobre el campo la horrible batalla,
Posidón el de azules cabellos y el ínclito Héctor,
protectorio de aqueos el uno y de teucros el otro.
A las tiendas y naves aqueas llegó el mar airado
y atacáronse entonces los hombres con gran alboroto.
No bramaban las olas del mar de este modo al romperse
en las rocas, irguiéndose al soplo terrible del Bóreas,[211]
ni tampoco las llamas ardientes del fuego rugían
de esta forma al quemar una selva en lo espeso del monte,
ni en las altas ni hojosas encinas el viento sonaba
cuando arrecia lanzando mugidos que a nada parécense,
cual sonaron los gritos que teucros y aqueos lanzaron
cuando a manos vinieron en medio de voces horrendas.

[Héctor herido]

El primero el gran Héctor lanzó sobre Ayax su azagaya,
que atacábalo ahora y el golpe acertó; sin embargo,
le dio donde cruzábanse sobre su pecho las bridas
del escudo y la espada adornada con clavos de plata
que guardaron su piel delicada. Colérico, Héctor
porque en balde su mano la lanza le había arrojado,
evitando la muerte volvió donde estaban sus hombres.
Cuando vio el gran Ayax Telamonio que se retiraba,

211. El Bóreas es un viento del norte. Nótense los efectos naturales para reproducir la crudez del combate.

una piedra cogió de las que los navíos calzaban
y a los pies de los hombres rodaban. Con ella en el pecho
le dio sobre el broquel, cerca de donde está la garganta;
y la piedra giró como un trompo lanzada con ímpetu.
Como cae en el suelo la encina de cuajo arrancada
por el rayo de Zeus Padre y lanza olor acre de azufre,
y el que cerca se encuentra no tiene el valor de sufrirlo,
pues el rayo del gran Zeus es cruel, de la misma manera
el fuerte Héctor cayó sobre el polvo, abatido de súbito;
se le fue de la mano la pica, arrastró escudo y yelmo
y sonaron en torno a su cuerpo las armas de bronce.
Hacia él, dando gritos, corrieron los hombres aqueos
con afán de arrastrarlo a su campo; arrojáronle innúmeras
lanzas, mas no alcanzaron a herir al pastor de los hombres
porque lo rodearon los teucros de más valentía,
que eran Polidamante, el divino Agenor, con Eneas,
Sarpedón, capitán de los licios, y Glauco el eximio.
Mas los otros no lo abandonaron; cubrieron su cuerpo
con rodelas, y sus compañeros lo alzaron en brazos,
lo sacaron del campo y llevároнlo donde se hallaban,
apartados de lucha y de guerra, los raudos corceles
junto con el auriga y el fúlgido carro labrado,
y a la villa, lanzando profundos suspiros, llevároнlo.

Cuando al vado del río de hermosa corriente llegaron,
cuyo padre fue Zeus inmortal, Janto el vortiginoso,
lo bajaron del carro y rociaron su rostro con agua;
cobró alientos entonces, los ojos abrió nuevamente,
de rodillas allí se quedó y vomitó sangre negra.
Cayó al suelo hacia atrás y sus ojos cubrió negra noche,
porque el golpe muy débil había dejado su ánimo.

[Los troyanos son rechazados fuera del campo]

Los argivos, al ver que Héctor se iba, afanosos de lucha,
se lanzaron con ímpetu sobre las huestes troyanas.
El veloz Ayax, hijo de Oileo, atacó antes que nadie,
y, blandiendo la lanza agudísima, hirió al punto a Satnio
el Enópida, a quien una náyade tuvo de Enope,
cuando este a su grey pastoreaba a la orilla del Satniois.
El Oilíada, ilustre lancero, lo hirió en la entrepierna,
yendo hasta él, y de espaldas cayó; en torno al hombre caído
los troyanos y dánaos trabaron un duro combate.
Vengador, surgió Polidamante el Pantoida, blandiendo
la azagaya, e hirió a Protoenor, vástago de Areilico,
en el hombro derecho, y el hombro le hendió la azagaya,
y, tendido en el polvo, agarraron sus manos la tierra.
Y, jactándose, Polidamante chilló a voz en grito:

—Me parece que el bravo Pantoida no en vano ha lanzado
ahora en esta ocasión con su brazo robusto la lanza.
En su carne la lleva un argivo y será como un báculo
sobre el cual apoyarse y bajar a la casa del Hades.

Dijo así, y los argivos sintieron gran pena ante el grito.
Conmoviose el intrépido Ayax Telamonio que estaba
cerca de donde fue a Protoenor arrancada la vida.
Cuando aquel se alejaba arrojole su lanza brillante,
pero Polidamante evitose la muerte sombría
dando un salto de lado y la lanza hirió entonces a Arquéloco
Antenórida, de quien los dioses la muerte acordaron.
Se clavó en el lugar donde al cuello la cabeza se une,
junto a la última vértebra, y ambos tendones deshizo.
Cayó el hombre, y cabeza y narices y boca llegaron
a la tierra antes que a ella llegaran rodillas y piernas.
Y gritó Ayax a Polidamante el eximio, diciendo:

—Piensa, Polidamante, y responde con toda franqueza.
¿No compensa esta muerte la que a Protoenor has causado?
No parece hombre ruin ni tampoco nacido de viles,
sino que de Antenor el jinete parece un hermano
o quizá un hijo, pues familiares sus rasgos los creo.

Dijo así, porque lo conocía y los teucros doliéronse.
Acamante mató, alanceándolo, a Prómaco, el beocio,
por salvar a su hermano a quien ese de un pie lo arrastraba.
Y en seguida jactose Acamante, lanzando estas voces:

—Fanfarrones argivos que nunca os hartáis de amenazas,
el trabajo y la pena no son solo para nosotros.
A vosotros también os alcanza una muerte como esta.
Ved a Prómaco muerto; mi lanza logró derribarlo
para que la venganza porque haya matado a un hermano
no se atarde; por esto el que es víctima de una desgracia
quiere tanto dejar a un hermano que pueda vengarlo.

Dijo así, y los argivos sintieron gran pena ante el grito.
El ardiente Penéleo sintió el corazón conmovido.
Se fue contra Acamante, mas este evitose el ataque
de Penéleo el rey que logró herir a Ilioneo, el hijo
de Forbante, que era hombre muy rico en ganado y amado
sobre todos los teucros por Hermes que bienes le daba.
E Ilioneo fue el único hijo que tuvo su esposa.
Penetrando debajo del párpado, hiriole en el ojo,
le arrancó la pupila y la lanza quedose clavada
y asomó por la nuca. Tendiendo las manos, sentado
se quedó. Desnudó la agudísima espada Penéleo
y cortó su cabeza que a tierra cayó con el casco;
como aún se encontraba la lanza clavada en el ojo,
levantó la cabeza en el aire como una amapola,
la mostró a los troyanos y dijo, jactándose de ello:[212]

212. La acción obedece al hecho de minar la moral del adversario mostrando el trofeo conseguido.

—Decid, teucros, al padre y la madre del noble Ilioneo
que ya pueden ahora llorar en palacio a su hijo.
Pues tampoco la esposa de Prómaco, el hijo de Alégenor
con alegre semblante podrá recibir a su esposo
cuando en nuestros navíos de Ilión los aqueos vayámonos.

Así dijo, y a todos temblaron las carnes de miedo
y buscaba por dónde escapar para huir de la muerte.

Decid, Musas, que estáis habitando las cumbres olímpicas
cuál fue el primer aqueo que alzó ensangrentados despojos[213]
cuando aquel que sacude la tierra inclinó a ellos la lucha.
El primero fue Ayax Telamonio que hirió a Hirtio Girtíada,
que a los misios de cruel corazón a su mando tenía;
mató a Falces y a Mérmero Antíloco y tuvo sus armas,
y Meriones la vida arrancó de Hipotión y de Moris,
mató Teucro a Protoón y asimismo mató a Perifetes;
por detrás el Atrida a Hiperénor, pastor de los hombres,
en el vientre lo hirió con el bronce y rasgó sus entrañas
y a través de la herida salió presuroso su espíritu[214]
y las sombras al punto cubrieron los ojos del hombre.
El veloz Ayax, hijo de Oileo, mató a muchos otros,
puesto que en perseguir a los hombres que miedo tenían
no igualábalo nadie, si Zeus les hacía que huyeran.

213. Cfr. nota 120.

214. Según la concepción homérica el alma se alojaba en las entrañas, es decir, en los intestinos del hombre.

CANTO XV

[Despertar y cólera de Zeus]

Una vez la estacada y el foso cruzaron huyendo
y muriendo muchísimos bajo el poder de los dánaos,
detuviéronse entonces en donde los carros tenían,
verdecidos de miedo. Y entonces, en lo alto del Ida,
despertó Zeus en brazos de Hera, la del trono de oro.
Levantose de un salto y vio entonces a teucros y dánaos,
perseguidos aquellos y yendo en su alcance los otros,
e iba el rey Posidón soberano metido entre ellos.
En el llano vio a Héctor yacente rodeado de amigos,
jadeando, sin conocimiento, y allí vomitando
sangre, ¡no recibió del aqueo más débil el golpe!
Apiadado de verlo así, el padre de dioses y de hombres,
miró a Hera con torva y terrible mirada y le dijo:

—Este engaño, maléfica Hera que enmienda no tienes,
ha hecho que Héctor dejara la lucha y sus huestes huyeran.
Yo no sé si azotarte de modo que tú la primera
seas en disfrutar en tu carne tu astucia funesta.
[¿Que estuviste colgada en el aire olvidaste, y dos yunques
a tus plantas tuviste, y las manos atadas con cuerdas
irrompibles, de oro? Colgabas del éter en medio
de las nubes. Y en el vasto Olimpo los dioses se airaron,
pero no se acercaron ni te liberaron. Si hubiese
a uno de ellos cogido, del pie, del umbral a la tierra

moribundo lo hubiera lanzado. No pude quitarme
dentro del corazón mi pesar por Heracles divino,
a quien tú, con ayuda del Bóreas, moviendo tormentas
con perversa intención arrojaste a la mar infinita
y llevaste después a la villa de Cos bien labrada.
Yo de allí lo saqué y otra vez lo llevé para Argos
la yegüera, después de pasar infinitos trabajos.
Te recuerdo todo esto de forma que ya no me engañes;]
tú verás si este amor y este lecho que hicieron dejaras
a los dioses, y que me engañara en tus brazos, te sirven.

Dijo así, y se asustó Hera la augusta, la de ojos rasgados,
y, volviéndose a él, pronunció estas palabras aladas:

—Que la tierra y el cielo anchuroso me sean testigos
y las ondas de la Estigia de subterránea corriente,
juramento terrible, el mayor de los dioses dichosos,
tu sagrada cabeza y también nuestro lecho de bodas
por el que no sería capaz de jurar nunca en vano.
No por mí Posidón que la tierra sacude hace daño
a los teucros y a Héctor y, en cambio, a los otros ayuda;
tal vez su corazón le impulsó y lo ha guiado, apiadado
al ver que ante sus naos los aqueos estaban vencidos.
Mas dispuesta estoy yo a aconsejarle que vaya por donde
tú, deidad de las nubes sombrías, pretendes mandarlo.

Así dijo, y el padre de dioses y de hombres, riendo,
le repuso, diciendo con estas aladas palabras:

—Hera augusta, la de ojos rasgados, si así tú, al sentarte
entre los inmortales, de acuerdo estuvieras conmigo,
Posidón, aunque mucho quisiera otra cosa distinta,
de pensar cambiaría de acuerdo contigo y conmigo.
Si has hablado de forma veraz y con toda franqueza,
ahora ve a la mansión de los dioses y tráeme en seguida
a Iris, y trae a Apolo, el arquero famoso, con ella.

[Ella irá hasta el ejército aqueo de cotas de bronce
y dirá a Posidón soberano que deje al momento
el combate y que al punto se vaya otra vez a su casa.
Febo Apolo irá entonces a dar nuevos ánimos a Héctor
y a infundirle valor y hacer que al corazón se le olvide
el dolor que le oprime. Serán los aqueos ahora
rechazados, lanzados por él a una fuga cobarde,
correrán a las naves bancadas de Aquiles, el hijo
de Peleo. Y hará este que vaya su amigo Patroclo
al combate, que habrá de morir alanceado por Héctor
ante Ilión, cuando a muchos guerreros él haya matado,
y entre ellos, también Sarpedón el divino, mi hijo.
Airadísimo, Aquiles divino dará muerte a Héctor.[215]
Desde entonces haré que el avance sea firme, partiendo
de las naves y no ha de cesar hasta que hayan tomado
los aqueos a la excelsa Ilión, como quiere Atenea.
Y mi enojo no habrá de cesar hasta entonces, ni quiero
permitir a ningún inmortal que socorra a los dánaos
hasta haberse cumplido los votos que le hice al Pelida,
como le prometí, cuando con la cabeza hice un signo
a la divina Tetis, la cual se abrazó a mis rodillas,
suplicándome la honra de Aquiles, que arruina ciudades.]

[Obediencia de los dioses]

Dijo, y obedeció Hera, la diosa de brazos nevados.
De las cumbres del Ida se fue hacia el Olimpo anchuroso.
Como corre la mente de quien muchas tierras anduvo
cuando salta de su corazón reflexivo al recuerdo,
«aquí estuve y allí» y en su mente hay muchísimas cosas,
así, pronta en su ardor, se partió la augustísima Hera.

215. Zeus anuncia el funesto destino de Patroclo, Sarpedón y Héctor, gracias a su condición de dios supremo.

Al Olimpo escarpado llegó y encontró allí reunidos,
en la casa de Zeus, a los dioses que ignoran la muerte.
Levantáronse al verla y la copa ofreciéronle entonces.
Rechazó las demás y aceptó la ofrecida por Temis[216]
la de hermosas mejillas, que fue la primera que a ella
acudió y en seguida le habló con aladas palabras:

—¡Hera! ¿Cómo has venido con este semblante de espanto?
Te ha asustado muchísimo el hijo de Cronos, tu esposo.

Y repúsole Hera, la diosa de brazos nevados:

—No preguntes más cosas, ¡oh Temis!, pues tú ya conoces
la arrogancia de su ánimo y cuán implacable se muestra.
Mas preside tú en este palacio el banquete cumplido,
luego oirás, juntamente con todos los dioses eternos,
las desgracias que Zeus nos anuncia, y espero que nadie,
sea un hombre o un dios, tendrá alguna razón de alegría,
por alegre que pueda sentirse al sentarse al banquete.

Y Hera augusta sentose una vez dichas estas palabras.
En la casa de Zeus se afligieron los dioses eternos.
Con los labios reía, mas no se alegraba su frente
en sus cejas cerúleas, y a todos les dijo indignada:

—Necios somos los que contra Zeus indignados estamos.
Acercarnos queremos a él, contenerlo por medio
de palabras o de obras. Se sienta apartado, tenémosle
sin cuidado, pues dice que a todos los dioses eternos
sin disputa supera en la fuerza y en el poderío.
Sufrid, pues, las desgracias que quiera enviar a cada uno.
Temo que una desgracia ha caído, por fin, sobre Ares,[217]

216. Temis es la diosa de la justicia y de la equidad.
217. También los dioses olímpicos pueden caer en desgracia y ser víctimas de un destino aciago.

pues ha muerto en la lucha su hijo, el que más él amaba
sobre todos, Ascáfalo. Que era hijo suyo Ares dijo.

Dijo, y Ares entonces dejó que sus manos cayeran
y, golpeando sus muslos robustos, repuso gimiendo:

—No os airéis contra mí los que estáis en mansiones olímpicas
si a las naves aqueas me voy a vengar a mi hijo,
aunque sea mi suerte que el rayo de Zeus me quebrante
y entre el polvo y la sangre me deje con todos los muertos.

Dijo así, y ordenó que el Terror y la Fuga enjaezaran
sus caballos, en tanto él vestía sus armas brillantes.
Y de Zeus más terrible y más grande la cólera hubiese
sido entonces lanzada esta vez contra los inmortales
si Atenea, temiendo por todos los dioses, no hubiérase
levantado del trono y salido a través del vestíbulo.
De las sienes su casco quitó y de la espalda el escudo,
y la lanza de bronce le alzó, que llevaba en la mano.
Y a Ares el impetuoso habló entonces con estas palabras:

—¡Insensato, estás loco! ¿Has perdido tu juicio?
{¿No oyeron
tus oídos acaso? ¿Vergüenza y razón has perdido?
Así, pues, ¿no escuchaste a Hera, diosa de brazos nevados
que ha llegado ahora mismo del sitio en que está Zeus olímpico?
¿Quieres tú de muchísimos males colmar la amenaza
y a la fuerza, a pesar de tu gusto, volver al Olimpo
y atraer sobre todos los dioses un daño muy grande?
Dejará a los altivos troyanos y aqueos al punto.
Y al Olimpo vendrá a promover un tumulto entre todos
y dará su castigo al culpable como al inocente.
Yo te invito a calmar tu furor por la muerte de tu hijo.
Muchos ya, que valían más que él por su fuerza y sus brazos,
han perdido la vida, y aún debe morir más de uno.
Es inútil salvar los linajes y a los individuos.

Dijo, y Ares el impetuoso sentose en su asiento.
Fuera de la mansión, Hera entonces habló con Apolo
y con Iris también, mensajera de los inmortales,
y a los dos dirigiose con estas aladas palabras:

—Zeus ordena que al Ida vayáis sin perder un instante
[y una vez en presencia de Zeus os halléis uno y otro,
haced todas las cosas que aquel os ordene y disponga].

Dijo así la agustísima Hera, y subió a su palacio
y sentose en su trono, y los otros se fueron aprisa
hacia el Ida de innúmeras fuentes, criador de las fieras.
Encontraron al longividente Cronida sentado
en el Gárgaro y al que una nube olorosa rodeaba.
Al llegar a presencia de Zeus el que nubes reúne
aguardaron, y en su corazón no sintió ira ninguna
puesto que obedecieron los dos a su esposa al instante.
Y primero habló a Iris con estas aladas palabras:

—Parte rápida, Iris, y al rey Posidón comunica
lo que voy a decirte, y no seas falaz mensajera.
Le dirás que en seguida abandone la guerra y la lucha
y regrese a los dioses o vuelva a las ondas divinas.
Si se niega a cumplir mis palabras y mi orden desprecia,
que en su mente y en su corazón reflexione si aun siendo
poderoso, se atreve a esperarme cuando me dirija
contra él, pues bien sé que en edad y en vigor le aventajo.
[En su mente carece de escrúpulo y dice que puede
compararse conmigo a quien todos muchísimo temen.]

Dijo, y obedeció Iris la rauda, de pies como el viento.
Descendió de las cumbres del Ida hasta Ilión la sagrada.
Como cae de las nubes la nieve o el frío granizo,
al impulso del Bóreas nacido del seno del éter,
tan veloz y ligera partiose la rápida Iris.
Se acercó al que sacude la tierra y le habló de este modo:

—Posidón de cerúleos cabellos que ciñes la tierra,
he venido de parte de Zeus el que lleva la égida.
Dice que sin tardar abandones la guerra y la lucha,
y a los dioses regreses o bien a las ondas divinas.
Si a cumplir su palabra te niegas y su orden desprecias,
amenaza venir a luchar frente a frente contigo
hasta aquí, y te aconseja que evites entonces sus manos
porque sabes muy bien que en edad y vigor te aventaja.
En tu mente careces de escrúpulo y dices que puedes
compararte con él a quien todos muchísimo temen.

E, irritado, repuso el señor que la tierra sacude:

—¡Dioses! Cierto es que es bravo, mas habla con mucha soberbia.
Por la fuerza pretende, aunque sea su igual, reducirme.
Porque Rea parió a tres hermanos, tres hijos de Cronos,
Zeus y yo, y el tercero fue Hades el rey de los muertos.
Todo fue dividido en tres partes y a cada uno una
le tocó; yo la suerte saqué de habitar siempre el blanco
mar, pero a Hades le correspondieron las sombras oscuras,
y en las nubes y el éter a Zeus, el anchísimo cielo.[218]
Mas la tierra es común a los tres como lo es el Olimpo.
No me ocupo de Zeus, que se quede tranquilo, aunque sea
poderoso, con la tercia parte que le corresponde.
No pretenda asustarme, cual si fuera un vil, con sus manos.
Mejor fuera que se reservara estos duros reproches
para con esos hijos e hijas a los que ha engendrado,
puesto que necesario ha de serles cumplir sus mandatos.

Y la rápida Iris de pies como el viento, repuso:

218. En la *Teogonía* el poeta Hesíodo (siglo VII a.C.) nos habla de la formación del cosmos y de la aparición de las diversas generaciones de dioses. Cfr. nota 198.

—Posidón de cerúleos cabellos que ciñes la tierra,
¿debo dar a Zeus una respuesta tan dura y tan fuerte?
¿O enmendarla deseas? Las mentes sensatas se encienden.
Las Erinies en todo momento al más viejo acompañan.

Y repúsole así Posidón que la tierra sacude:

—¡Iris, diosa! Oportunas resultan las cosas que has dicho.
Bueno es que el mensajero comprenda lo que es conveniente.
Pero mi corazón y mi mente se apenan muchísimo
cuando a mí, que detento una parte pareja a la suya,
irritarme desea con voces cargadas de cólera.
Sin embargo, me someteré aun cuando estoy muy furioso.
Mas te voy a decir una cosa y haré una amenaza.
Si a despecho de mí y de Atenea que impera en la lucha,
y a pesar de Hera y Hermes y Hefesto el señor soberano,
la alta Ilión conservara, impidiendo que, en ruínas deshecha,
los argivos alcancen con ello una inmensa victoria,
sepa bien que con ello será nuestra ira incurable.[219]

[Zeus socorre a los troyanos]

Dijo, y el que sacude la tierra dejó a los aqueos
y fue al mar, y lo echaron de menos los héroes de Acaya.
Y el que nubes reúne, Zeus, díjole entonces a Apolo:

—Febo amado, ve tú a ver a Héctor del casco de bronce.
Ahora ya aquel que ciñe y sacude la tierra se ha ido,
evitándose mi ira terrible, a las ondas divinas.
Hasta hubiesen oído el estruendo de nuestro combate
las deidades que bajo la tierra rodean a Cronos.
Y mejor para mí es que estas cosas así hayan pasado,

219. La amenaza es inherente al carácter duro del dios Poseidón, que incluso se atreve a desafiar a Zeus padre.

y también para él, de mi fuerza apartándose a tiempo,
porque no sin sudores se hubiese acabado el debate.
Toma la égida ahora en tus manos, cubierta de borlas,
blándela, y a los héroes aqueos pondrás así en fuga.
Pero ocúpate de Héctor ilustre tú mismo, ¡oh Arquero!
Dale un fuerte vigor hasta que los aqueos alcancen,
fugitivos, sus naves y lleguen así al Helesponto.
Luego con mi palabra y acciones veré la manera
de que alivien entonces sus cuitas los hombres de Acaya.

Así dijo, y Apolo cumplió los designios del Padre.
Descendió de las cumbres del Ida al igual que un milano
matador de palomas, el ave más rauda de todas,
y encontró a Héctor divino, al intrépido hijo de Príamo,
no yaciendo: sentado. Animábase y reconocía
a los suyos que lo rodeaban. Sudores y ahogos
por deseo de Zeus el que la égida lleva, cesaron.
Y acercose el que hiere de lejos, Apolo, y le dijo:

—¡Héctor, hijo de Príamo! ¿Cómo te encuentro sentado
apartado de todos, sin fuerzas? ¿Te abruma una pena?

Y el de casco brillante, Héctor, dijo con voz desmayada:

—¿Quién, magnífico dios, eres tú que en persona me
{inquieres?
¿Es que ignoras que frente a las popas de las naos aqueas
me hirió Ayax el de grito potente, al matar yo a los suyos,
arrojándome al pecho una piedra, y menguó mi coraje?
Me creí que hoy vería a los muertos en la casa de Hades
porque me daba cuenta de que se exhalaba mi alma.

Y repúsole el rey, el que hiere de lejos, Apolo:

—Ten valor. El Cronión me ha mandado venir desde el Ida
para así defenderte, asistirte y prestarte mi ayuda;

Febo Apolo soy yo, el de la espada de oro. Hace tiempo
que te presto mi ayuda y también a tu villa excelente.
Vamos, pues, y a tus muchos caudillos ordena ahora mismo
que a las cóncavas naos los caballos veloces dirijan;
yo, marchando delante, la senda abriré a los caballos
mas igual, y a los héroes aqueos pondré en fuga entonces.

[Héctor reaparece en el campo de batalla]

Dijo así, e infundió gran vigor al pastor de los hombres.
Como el potro que, atado al pesebre y comiendo cebada,
cuando rompe el ronzal, por el llano galopa y dirígese
a las límpidas aguas en donde solía bañarse
y, orgulloso de sí, con el cuello de crines ondeantes
levantado, y ufano de su lozanía arrogante,
raudo mueve las patas y va donde está la yeguada,
así pies y rodillas movía ligero el gran Héctor,
exhortando, ya oída la voz del dios, a los aurigas.
Como al corzo cornudo o la cabra salvaje persiguen
los pastores y perros, pero halla un refugio por entre
escarpados breñales o bien en la selva frondosa,
y el destino no quiere que aquel animal sea cazado,
si, atraído por la gritería, un león melenudo
aparece en la senda y, aun bravos, en fuga los pone,
asimismo en tropel avanzaban los dánaos, hiriendo
con sus lanzas y agudas espadas a sus enemigos;
pero cuando a Héctor vieron allí, recorriendo las filas,
el temor los turbó y les cayó el corazón en el suelo.

Y, volviéndose a ellos, habló el Andremónida Toante,
el etolio mejor y más ducho lanzando el venablo
y valiente en la lucha a pie firme, y muy pocos aqueos
en el ágora, hablando con jóvenes hombres, vencíanlo.
Exhortó con prudentes palabras a todos, diciendo:

—¡Dioses! Grande prodigio es el que a mis miradas se {ofrece.
¿Cómo, habiendo evitado la muerte, otra vez se levanta
Héctor, a quien sin duda muchísimos daban por muerto,
por haber perecido en las manos de Ayax Telamonio?
Pero alguna deidad protegió y ha salvado de nuevo
a Héctor, que a tantos dánaos logró quebrantar las rodillas
como ahora lo hará, pues no tan decidido estaría
con sus tropas, sin la voluntad de Zeus altitonante.
Sin embargo, actuemos del modo que voy a deciros.
Ordenemos a la multitud que se vuelva a las naves
y los que nos gloriamos de ser los más bravos, quedémonos
aquí mismo, a ver si rechazarlos podemos, saliendo
a su encuentro blandiendo las lanzas. Por bravo que sea
ahora su corazón temerá entre los dánaos meterse.

Dijo así, y escucháronlo todos y lo obedecieron.
Rodearon entonces a Ayax y al rey Idomeneo,
y a Meriones y a Teucro y a Meges, el émulo de Ares,
y a la lid se aprestaron, llamando a los más valerosos,
contra Héctor y contra los teucros. Y atrás se volvieron
casi todas las tropas a donde las naves aqueas.

[Los aqueos rechazados tras la muralla]

Los troyanos cayeron en masa, mandados por Héctor,
que avanzaba a zancadas. Delante iba de él Febo Apolo.
Una nube sus hombros cubría y llevaba la égida
impetuosa, terrible e hirsuta y brillante, que Hefesto
el broncista dio a Zeus para que amedrentara a los hombres.
Y con ella en la mano mostrole a su gente el camino.

Los argivos, en masa también, resistieron. Gran grito
de ambas partes surgió. De las cuerdas volaron las flechas
y las manos audaces lanzaron innúmeras picas

y clavábanse algunas en cuerpos de intrépidos jóvenes
y en el suelo las otras, en medio del campo, entre ellos,
sin llegar a las pálidas carnes que tanto anhelaban.[220]
Mientras quieta en sus manos guardó Febo Apolo la égida,
se igualaron los tiros y el número de hombres caídos,
pero en cuanto entre todos los dánaos de raudos corceles
la agitó y hubo luego lanzado un fortísimo grito,
en sus pechos flaqueó el corazón y el coraje perdieron.
Igual que a las vacadas o un hato de ovejas dos leones
desordenan, estando cerrada la noche oscurísima,
al caer sobre ellas, porque su guardián está ausente,
tal, perdido el valor, los aqueos huyeron, que Apolo
infundioles temor, y a los teucros y a Héctor dio el triunfo.

Dispersado el combate, cada uno mataba a otro hombre:
dejó muertos allí a Eustiquio y Arcesilao el gran Héctor,
jefe aquel de los hombres beocios de cotas de bronce,
y era el otro el amigo leal de Menesteo el magnánimo.
Mató Eneas a Yaso y también dio la muerte a Medonte,
el segundo era un hijo bastardo de Oileo el divino;
residía Medonte muy lejos de su vasta tierra,
en la Fílace; había matado a un varón, a un hermano
de la esposa de Oileo, Eriopis, su bella madrastra;
era Yaso el caudillo supremo de los atenienses,
a quien se conocía como hijo de Esfelo el Bucólida.
Mató Polidamante a Polites, Mecisteo y Equio,
a Agenor el divino y a Clonio, al entrar en combate.
Logró Paros herir en lo alto del hombro a Deyoco,
por detrás, cuando huía, y el bronce salió por delante.[221]

220. Nótese la personificación de las flechas y las picas, hechas para herir al enemigo.

221. El público, sin duda, conocía a los principales contendientes de la guerra de Troya, por lo tanto sus rasgos biográficos no eran en modo alguno superfluos, sino que le acercaban más a esa mítica realidad.

Mientras ellos sus armas tomaban allí, los aqueos,
arrojándose dentro del foso por la empalizada
y dispersos huyendo, obligados, pasaban el muro.

Y Héctor, a voz en grito, exhortaba a los teucros, diciendo:

—¡A las naves lanzaos y dejad los sangrientos despojos!
A quien vea que está en un lugar de las naves distante
allí mismo le quito la vida; ni deudos ni deudas
podrán luego entregar a las llamas sus cuerpos sin vida;
fuera de la ciudad yo haré que los devoren los perros.

Dijo, y a los caballos golpeó con la fusta en los lomos
y, entre tanto, las filas cruzaba animando a los teucros.
Y estos con grandes gritos y un ruido espantoso los potros
de los carros guiaban. Y holló Febo Apolo delante
con sus pies las orillas del pozo profundo; echó tierra
dentro, y luego formó una vereda tan larga y tan ancha
como el trecho que media entre el hombre que arroja una lanza,
comprobando su fuerza, y el sitio en que aquella ha caído.
Por allí en escuadrones lanzáronse, Apolo delante
con la égida augusta. Y hundió el muro de los aqueos
fácilmente, lo mismo que un niño, jugando en la playa,
luego de construir con arena pueriles juguetes
con los pies y las manos destroza, por juego, lo que hizo.
Así tú, Febo, dios de los gritos agudos, destruiste
lo que tanto costó a los aqueos, y en fuga pusístelos.

Los aqueos, habiendo llegado a sus naos, se pararon,
exhortándose unos a otros y, alzadas las manos,
imploraron a gritos auxilio de todos los dioses.
Sobre todo habló Néstor el viejo caudillo de Acaya,
levantando hacia el cielo estrellado, implorante, las manos:

—Padre Zeus, si jamás hubo en Argos, la rica en trigales
quien quemara en tu honor gruesos muslos de toros u ovejas,

y a su patria pidió regresar y se lo concediste,
no lo olvides, y el día fatal, dios olímpico, apártanos.
No hagas que los aqueos sucumban a manos troyanas.

Así dijo rogando, y el próvido Zeus las plegarias
del anciano Nelida aceptó, y tronó al punto con fuerza.

Cuando oyeron el trueno de Zeus portador de la égida
atacaron los teucros con furia a los hombres aqueos.
Como, inmensa, una ola del mar anchuroso se lanza
por encima del bordo de un buque y sobre él se desploma
cuando arrecian los vientos y a grandes alturas la elevan,
de este modo los teucros, gritando, franquearon el muro
y a las popas de las naos llevaron los carros, y entonces
desde el carro, con lanzas de dúplice filo, lucharon;
y en los negros navíos los otros paraban los golpes
con sus pértigas largas y fuertes de punta de bronce
que llevaban, para los combates navales, en ellos.

[Patroclo vuelve a Aquiles]

Y Patroclo, entre tanto los teucros y aqueos batíanse
por el muro, alejados aún de las naves ligeras,
continuaba sentado en la tienda del ínclito Eurípilo,
conversando con él y curando su herida penosa
con unturas que le mitigasen los crueles dolores.
Mas al ver que asaltaban los teucros con ímpetu el muro
que estaban gritando los dánaos llevados del miedo,
gimió entonces y sobre los muslos, abriendo las manos,
empezó a golpear y exclamó de lamento en lamento:

—Aunque me necesites no puedo seguir aquí, Eurípilo,
puesto que ahora parece trabarse una lucha tremenda.
Cuidará tu escudero de ti; yo me iré a ver a Aquiles
para ver si consigo que quiera volver a la lucha.

¡Ojalá yo ayudado de un dios convencerlo consiga!
Los consejos son buenos si vienen de algún camarada.

[El combate ante las naves]

Así dijo, y salió. Los aqueos de firme aguantaban
a los teucros, y aun cuando eran ellos menores en número,
de las naos no les era posible esta vez rechazarlos.
Y tampoco los teucros lograban romper las falanges
de los dánaos y entrar en sus tiendas y entrar en sus naves.
Como el mástil que lleva una nao la plomada nivela
en las manos de un buen carpintero que bien se conoce
su arte a fondo, por la inspiración de la diosa Atenea,[222]
de la misma manera el combate y la lucha igualábanse
y delante de cada navío luchaba su grupo.

Héctor fue a colocarse delante de Ayax el glorioso;
y los dos peleaban por la misma nao, y el primero
rechazar no podía al contrario e incendiar el navío,
ni el segundo apartarlo, que un dios lo acercó al campamento.

El ilustre Ayax dio una lanzada a Caléctor Clitíada,
en el pecho, cuando iba a lanzar fuego ardiente a un navío.
Cayó aquel con gran ruido y la tea cayó de su mano.
Héctor vio con sus ojos caer a su primo en el polvo
frente al negro navío y entonces a teucros y a licios
exhortó de este modo lanzando unas voces terribles:

—¡Teucros, licios y dárdanos que combatís cuerpo a cuerpo!
No dejéis de luchar un instante en un trance como este;

222. Atenea, diosa de la sabiduría, proporciona estrategias a los aqueos para resistir al ataque troyano, al igual que se aparecerá más tarde en sueños al ingeniero Ulises y le dará la idea para construir el caballo de Troya.

defended el cadáver del hijo de Clitio, que junto
a las naves cayó, no le quiten las armas los dánaos.

Así dijo, y lanzó sobre Ayax la flamígera lanza,
mas falló, pero hirió a Licofrón, que era un hijo de Mástor,
de Citera, escudero de aquel, que vivió en su palacio
desde el día en que a un hombre en Citera quitole la vida;
penetró el bronce bajo la oreja y entró en su cabeza
cuando hallábase junto a su dueño, y cayó del navío
sobre el polvo, de espaldas, y allí se aflojaron sus miembros.
Ayax se estremeció y dijo entonces, al verlo, a su hermano:

—¡Mi buen Teucro! Mataron a nuestro leal compañero
el Mastórida, a quien al venir de Citera a palacio,
igual que a nuestros padres, en él lo colmamos de honores.
Lo mató Héctor magnánimo. ¿Dónde dejaste tus flechas
de la rápida muerte y el arco que a ti te dio Apolo?

Así dijo, y lo oyó Teucro y vino corriendo a su lado
con el arco flexible y la aljaba colgada a la espalda
y bien llena de flechas que al punto lanzó a los troyanos.
E hirió a Clito, hijo de Pisenor, un guerrero muy noble,
un amigo de Polidamante, el ilustre Pantoida
que, empuñando en las manos las riendas, guiaba a los potros
donde más en confuso montón se agitaban las huestes,
[pues quería agradar a los teucros y a Héctor. Mas pronto
le acaeció la desgracia; aun queriéndolo, nadie librarlo
de ella pudo: detrás de su cuello clavose la flecha;]
el guerrero del carro cayó y recularon los potros,
arrastrando su carro vacío. Mas Polidamante
soberano lo vio, y el primero ante aquellos plantose,
y allí a Astínoo, hijo de Protiaón, se los dio, encomendándole
que ni un solo momento apartara los ojos de aquellos,
y mezclose de nuevo con los que luchaban delante.

Sacó Teucro para Héctor del casco de bronce, otra flecha,
y se hubiera acabado la guerra ante las naos aqueas
si al herir al valiente le hubiera acabado los bríos.
Pero Zeus en su mente sutil, pues velaba por Héctor,
lo advirtió, y privó a Teucro, hijo de Telamonio, de gloria,
pues rompiole la cuerda del arco magnífico cuando
lo tendía y la flecha broncínea torció su camino
errabunda, y el arco cayó de las manos del hombre.
Teucro se estremeció y dijo entonces, al verlo, a su hermano:

—¡Dioses! Hay algún dios que desea frustrar nuestros medios
de combate, que el arco ha logrado quitar de mi mano
y me ha roto la cuerda recién retorcida que he atado,
para que muchas flechas lanzara, esta misma mañana.

Y repúsole así el gran Ayax Telamonio, diciendo:

—Deja quieto, ¡oh amigo!, tu arco y las flechas innúmeras,
ya que un dios ha cambiado las cosas por odio a los dánaos.
Toma en mano la pica y colócate al hombro el escudo,
lucha contra los teucros y anima a luchar a tus tropas.
Que, aunque logren vencernos, les cueste trabajo tomarnos
nuestras naves bancadas. Pensemos tan solo en la guerra.

Así dijo, y aquel dejó entonces el arco en la tienda.
Un escudo hecho de cuatro pieles se echó sobre el hombro,
con su casco labrado cubrió su robusta cabeza
y el trinado penacho ondeaba de forma terrible;
tomó luego una lanza potente de bronce aguzado
y, corriendo, volvio junto a Ayax y a su lado se puso.

Al ver Héctor que inútiles eran las flechas de Teucro,
exhortó a los troyanos y licios con voces potentes:

—¡Teucros, licios y dárdanos que combatís cuerpo a cuerpo!
Camaradas, sed hombres, mostrad vuestra ardiente bravura

frente a las naos curvadas. Que he visto con mis propios ojos
que apartó Zeus las flechas que un bravo guerrero lanzaba.
Fácil es conocer el favor que Zeus presta a los hombres,
así aquellos a quienes el dios da la gloria suprema
como aquellos a quienes abate y les niega su ayuda.
Debilita el vigor de los dánaos y nos favorece.
Combatid juntos frente a las naos, y al que hieran de muerte,
ya de cerca o de lejos, que muera, si así ha de cumplirse
su destino, que honroso es morir por la patria luchando,
y su esposa y sus hijos a salvo han de verse, y su casa
y su hacienda no han de padecer menoscabo ninguno,
si en las naos a su patria regresan los hombres aqueos.[223]

Dijo así, y el valor y la fuerza excitó en todos ellos.
Y a su vez exhortó Ayax entonces a sus compañeros:

—¡Qué vergüenza, oh argivos! Llegó de morir o {salvarnos
el momento, y de echar a esta plaga de frente a las naves.
¿Esperáis, si el del casco brillante, Héctor, logra los buques
destruir, regresar caminando a la tierra paterna?
¿No escucháis de qué modo Héctor ahora a sus gentes anima,
en su afán de querer incendiar, como sea, las naves?

No les manda a ninguno que baile, sino que combata.
No hay mejor pensamiento a seguir ni consejo como este
combatir cuerpo a cuerpo empleando las fuerzas y brazos.
Mejor es decidir al momento la muerte o la vida,
que dejarse matar lentamente en la horrible contienda
junto a nuestros navíos por hombres de menos valía.

223. El agotamiento de la guerra hacía pensar que los aqueos acabarían retirándose y huyendo en sus naves.

Dijo así, y el valor y la fuerza excitó en todos ellos.
Y mató Héctor entonces a Esquedio, hijo de Perimedes
y caudillo focense. Y Ayax mató allí a Laodamante,
el ilustre Antenórida que a los peones mandaba.
Mató Polidamante al cilenio Oto, el buen compañero
del Filida, caudillo de los excelentes epeos.
Lo vio Meges y contra él se fue, pero Polidamante
hurtó el cuerpo, que Apolo no quiso que el hijo de Panto
sucumbiera entre los que luchaban delante de todos.
Pero en cambio la lanza hirió a Cresmos en medio del pecho,
que con ruido cayó, y de sus hombros quitole las armas.
Pero fue contra él Dólope, el hábil luchando con lanza,
el Lampétida, un hijo valiente engendrado por Lampo,
hijo de Laomedonte y dotado de gran valentía.
Al Filida en mitad del escudo lo hirió con su lanza,
atacando de cerca; no obstante, la fuerte coraza
lo salvó. Se ajustaba en dos piezas. La obtuvo Fileo
en Efira, que al borde del río Seleis se levanta.
Se la dio el protector de su pueblo, su huésped, Eufetes,
para, cuando luchase, guardarse de sus enemigos,
y esta vez ella a su hijo libró de la muerte.
En la parte inferior del penacho del casco broncíneo
con la lanza aguzada dio Meges un golpe, volviéndose,
y su golpe segó totalmente el penacho crinado
que, recién coloreado de rojo, cayó sobre el suelo.
Mientras Meges con Dólope estaba luchando, esperando
la victoria, llegó Menelao el valiente a ayudarlo;
se detuvo a su lado y lo hirió con la lanza en la espalda
y la punta impetuosa salió por el pecho afanosa
de seguir adelante, y el hombre cayó cara al suelo.
Y corrieron los dos a quitarle las armas broncíneas
de los hombros. Mas Héctor entonces llamó a sus parientes
e increpó al hijo de Hicetaón sobre todo, al intrépido
Melanipo, quien antes de que el enemigo llegara,
en Percote llevaba a los pastos sus bueyes flexípedes;
mas el día en que en cóncavas naves los dánaos llegaron

se fue a Ilión, y logró destacarse entre todos los teucros
y vivió, honrado igual que sus hijos, en casa de Príamo.
Así, pues, Héctor lo reprendió de este modo, diciendo:

—¿Siempre tan indolente serás, Melanipo? ¿No sufres
dentro del corazón por la muerte que han dado a tu primo?
¿No ves cómo pretenden llevarse las armas de Dólope?
Sígueme. Con los hombres aqueos debemos de cerca
pelear, hasta que los matemos a todos o arruinen
la alta Ilión y exterminen a todos los que en ella habitan.

Dijo así, y echó a andar y siguiole el deiforme guerrero.
Y a su vez exhortó a los argivos Ayax Telamonio:

—¡Camaradas, sed hombres! Mostrad dignos los corazones.
Y en el duro combate sentid la vergüenza del miedo.
Solo el hombre que siente vergüenza es capaz de salvarse;[224]
los que huyen no alcanzan ni gloria ni ayuda ninguna.

Dijo, y ellos que ya antes querían vencer al contrario,
se metieron la arenga en la mente. Y un muro de bronce
a las naos le pusieron. Y Zeus incitaba a los teucros.
Y exhortó Menelao el de grito potente así a Antíloco:

—No hay, Antíloco, aqueo más joven que tú entre estos hombres,
ni con pies más ligeros, ni siendo más fuerte en la lucha.
Dime: ¿no saltarás de las líneas a herir a algún teucro?

Dijo así, y se alejó. Y su valor sintió el otro excitado.
Lejos de los que estaban delante, blandiendo la lanza
refulgente, saltó; miró en torno, y los teucros entonces
recularon al ver su osadía. Y no fue vano el tiro
puesto que al hijo de Hicetaón, Melanipo el ilustre,

224. Obsérvese la lapidaria frase de Ayax, exhortando a los suyos.

alcanzó, en el momento en que entraba en combate, en el pecho.
Con gran ruido cayó y las tinieblas cubrieron sus ojos.

A él Antíloco fue como el perro se lanza al cervato,
dando saltos, herido al salirse de su venadero
con la flecha con que el cazador dejó rotos sus miembros,
saltó así sobre ti, ¡oh Melanipo!, el intrépido Antíloco
a quitarte las armas. Empero lo vio Héctor divino
y corrió por el campo dispuesto a acudir a su encuentro.
Pero Antíloco no le aguardó aunque era un hombre esforzado;
huyó al punto lo mismo que fiera que causa algún daño,
mata a un can o al pastor que se encuentra guardando los bueyes,
y huye sin esperar que un tropel de pastores se junte.
Escapó así el Nestórida. Y Héctor, con otros troyanos,
con gran ruido lanzaron sobre él dolorosos los tiros.
Y él cuando hubo llegado a los suyos parose de frente.

[Último asalto de los troyanos a las naves]

Igual que carniceros leones los teucros entonces
asaltaron las naos y de Zeus los designios cumplieron,
que infundió en ellos nuevas audacias, y los corazones
abatió de los hombres argivos, negándoles gloria
porque en su corazón la victoria deseaba dár a Héctor
el Priamida, de modo que el fuego voraz arrojaran
en las cóncavas naos y la súplica inicua de Tetis
se cumpliera. Y el próvido Zeus aguardaba el momento
de ver ya con sus ojos la luz de una nave incendiada,
porque entonces haría que desde las naos a los teucros
persiguieran los otros y el triunfo daría a los dánaos.

Y, pensando estas cosas, lanzó hacia las cóncavas naves
a Héctor, hijo de Príamo, que enardecido ya estaba.
Igual que Ares, blandiendo la lanza se siente furioso,
o embravécese el fuego voraz en la selva tupida,

con la boca cubierta de espuma y los ojos brillantes
bajo las torvas cejas, y el casco agitándose en torno
de sus sienes, de forma terrible, tal iba al combate
[Héctor, pues desde el éter por él solamente velaba
Zeus, porque entre muchísimos hombres tan solo a él quería
aureolar con la gloria y honrar, porque vida muy poca
le quedaba, pues ya apresuraba su póstumo día
Atenea, que había de darle la muerte el Pelida].[225]
Pretendía romper las hileras de los combatientes
donde más gente había y estaban las armas mejores,
pero, aun cuando era grande su empeño, no pudo lograrlo.
Defendíase en grupo apretado. Al igual que un peñasco
escarpado, que al borde del mar espumoso resiste
el asalto potente de todos los vientos sonoros
y las olas enormes que sobre su lomo se estrellan,
sin huir aguardaban los dánaos allí a los troyanos.

Y él, brillando lo mismo que el fuego por todo su cuerpo,
saltó sobre la turba cual ola en la rápida nave,
que los vientos levantan debajo de un cielo nublado
y la cubren de espuma y los soplos veloces del viento
braman entre las velas y tiemblan llevados del miedo
los marinos, pues hallan entonces cercana la muerte,
en los pechos aqueos así el corazón vacilaba.
Como cuando un dañino león a las vacas ataca
que en gran número pacen a orillas de un lago muy grande
y las guarda un vaquero que ignora la forma en que debe
pelear con la fiera e impedir que una vaca le mate,
pues va con las primeras o va con las últimas siempre
y el león salta entonces al centro y devora una de ellas
y espantadas escapan las otras, así los aqueos
fueron puestos en fuga por Héctor y por Zeus el Padre;
mas mató a Perifetes micenio tan solo, el buen hijo

225. He aquí la razón por la que Zeus protegé a Héctor: su vida resultará efímera. Obsérvese la premonición.

de Copreo, que fue el mensajero del rey Euristeo
para Heracles el fuerte durante muchísimo tiempo.
De este padre tan triste tal hijo nació, y superábalo
en virtudes, lo mismo corriendo que actuando en la guerra
y era de los primeros prohombres que había en Micenas.
Este, pues, le dio a Héctor entonces un triunfo supremo.
Al volverse hacia atrás tropezó con el pie sobre el borde
del broquel, que cubríalo todo de pies a cabeza
de los tiros; de espaldas cayó y resonó horriblemente
en sus sienes el casco al instante de dar contra el suelo.
Lo advirtió Héctor al punto y corriendo se fue a donde estaba
y la pica clavóle en el pecho y quitole delante
de sus hombres la vida, los cuales, aun llenos de pena,
no pudieron valerle, asustados por Héctor divino.

Encontráronse frente a las naos, por las proas guardados
de las naves varadas primero; no obstante, acosábanlos.
Los argivos, que a retroceder de las naves primeras
obligados se vieron, en grupos paráronse frente
a las tiendas, sin diseminarse en el campo; la honra
y el temor deteníanlos. Con mutuos gritos crecíanse.
Néstor más que ninguno, señor de los hombres aqueos,
suplicó así a sus hombres en nombre de sus ascendientes:

—Camaradas, sed hombres, y que un corazón honorable
poseéis, demostrad a los otros. Que todos recuerden
a sus hijos y esposas, los bienes y padres que tengan,
ya se encuentren con vida o bien hayan hallado la muerte.
En el nombre de tales personas ausentes os pido
resistir firmemente y no os deis ninguno a la fuga.

Dijo, y estimuló la bravura y el ánimo en todos.
[Y Atenea quitó de sus ojos la niebla divina
que había puesto, y la luz se mostró por un lado y por otro,
por el sitio en que estaban las naves y por el combate.
Vieron a Héctor el bravo guerrero y a sus camaradas,

como a los que se hallaban detrás de las naos sin batirse,
y los que peleaban delante de las naos veloces.]

Pero ya al corazón del magnánimo Ayax no era grato
continuar donde se retiraron los hombres aqueos.
Dando grandes zancadas, de un buque a otro buque se iba,
y blandía la pértiga de las batallas navales,
claveteada, que veintidós codos medía de largo.
Al igual que un jinete que monta muy bien a caballo
cuatro de ellos elige y, atados, los trae de la villa
y a la villa veloces los manda otra vez desde el llano
por el ancho camino, y lo admiran muchísimos hombres
y mujeres, y él salta entretanto, sin darse reposo,
de uno a otro, y en tanto veloces aquellos se vuelan,
así Ayax recorría los bancos de innúmeras naves
caminando de prisa y su voz hasta el éter llegaba.
Sin cesar apremiaba a los dánaos con gritos terribles
para que defendieran las tiendas y naos. Tampoco Héctor
con los teucros armados de fuertes corazas estaba;
como el águila negra que se echa sobre una bandada
de aves raudas que están picoteando a la orilla del río,
ya sean gansos o grullas o cisnes de cuello muy largo,
de tal modo cayó en una nave de popa cerúlea
Héctor, a quien la mano de Zeus empujó poderosa
y tras él excitó a todos cuantos con él se encontraban.

Otra vez se trabó ante las naos un reñido combate.
Se diría que bien descansados la lucha empezaban
unos contra los otros ahora, ¡tal era la lucha!
Y, batiéndose, así meditaban: los hombres aqueos
escapar no creían y daban por cierta su muerte,
y los teucros, en su corazón, confiaban ya todos
en quemar los navíos y dar a los dánaos la muerte.
Y luchaban con estas ideas tanto unos como otros.

De una nave marina llegó a tocar Héctor la popa,
esa nave veloz donde Protesilao llegó a Troya,
y que ya nunca más lo podría llevar a la patria.
Y por este navío los teucros y aqueos luchaban
cuerpo a cuerpo, animosos; ninguno aguardaba ya ahora
a lanzar desde lejos lo mismo las flechas que lanzas;
a pie firme, de cerca y con un corazón valeroso,
se atacaban con hachas y con afiladas segures
y con grandes espadas y lanzas de dúplice punta.
Muchas dagas muy bellas de mangos oscuros cayeron
en el suelo, de las naos de unos o bien de los hombros
de los otros, heridos; la tierra manó oscura sangre.
Agarró Héctor la popa y ya no la soltó, y con las manos
aferradas en el espolón, a los teucros decía:

—Traedme fuego y trabemos aquí todos juntos combate.
Ahora Zeus nos concede el desquite de días pasados.
Tomaremos las naos que sin la voluntad de los dioses
arribaron aquí portadoras del mal, por el miedo
de los viejos que cuando yo quise luchar cerca de ellas
me impidieron hacerlo y pararon a todo el ejército.
Mas si el longividente Zeus pudo ofuscar nuestras mentes
desde entonces, él mismo ahora a todos nos manda e impulsa.

[Heroica resistencia de Ayax]

Dijo así, y atacaron con más ímpetu a los argivos.
Ayax no resistió porque ya lo abrumaban los golpes;
retirándose un poco por miedo a morir, dejó el puente
de la rápida nao y subió a un banco de siete patas.
De pie en él, vigilante, empuñando la lanza, apartaba
de las naos a los que a ellas con fuego voraz acudían,
y exhortaba a los dánaos lanzando agudísimos gritos:

—¡Héroes dánaos, ministros de Ares y amigos queridos!
¡Camaradas, sed hombres! ¡Mostrad vuestro ardiente denuedo!
¿Es que acaso pensamos que atrás han quedado refuerzos
o algún muro potente que al hombre de muerte lo libre?
No hay ninguna ciudad cerca y por baluartes ceñida
donde hallemos refugio y un pueblo que pueda ayudarnos;
en la tierra de los coraceros troyanos estamos,
en la orilla del mar, lejos de nuestra patria paterna.
¡El salvarnos está en nuestras manos! ¡Luchemos con bríos!

Dijo así, y atacó enfurecido con la aguda lanza.
A los teucros que a las naos curvadas con fuego acudían
en la mano, para responder a los gritos de Héctor,
hirió a todos Ayax manejando la lanza afilada.
Mató a doce, delante del buque, luchando de cerca.

CANTO XVI

[Aquiles permite a Patroclo
ayudar a los aqueos]

De este modo batíanse por el navío bancado.

Presentose Patroclo ante Aquiles pastor de los hombres
y ardentísimo llanto vertía cual fuente profunda
que derrama sus aguas sombrías por roca escarpada.
Cuando Aquiles divino lo vio, el de los pies muy ligeros,
piedad tuvo de él y le habló con aladas palabras:

—¿Por qué lloras, Patroclo, lo mismo que la pequeñuela
que se pone a correr tras su madre y le ruega la tome
en sus brazos, del traje le tira y le impide que avance
y con ojos llorosos suplica que la alce del suelo?
Al igual que ella viertes, Patroclo, ternísimas lágrimas.
¿Tienes algo que a los mirmidones o a mí has de contarnos,
o tú solo supiste quizá malas nuevas de Ptía?
Dicen que el hijo de Áctor, Menetio, aún conserva la vida
y que vive Peleo, hijo de Eaco, con los mirmidones.
Solo nos dolería la muerte del uno o del otro.
¿O quizá lloras por los argivos al ver cómo mueren
en sus cóncavas naos por lo injustos que todos han sido?[226]

226. Aquiles sigue sintiéndose agraviado y su reacción es la de alguien ajeno a lo que ocurre en la batalla.

Habla, no ocultes tus pensamientos, que entrambos
{sepámoslos.

Suspirando dijiste tú así, caballero Patroclo:[227]

—¡Oh tú, Aquiles Pelida, el mejor de los hombres argivos!
No te irrites, porque los abruma una pena muy grande.
Los que fueron hasta ahora los hombres más fuertes de todos
por las lanzas y flechas heridos están en las naves.
Por el arco alcanzado fue el fuerte Diomedes Tidida,
por la pica lo fue Agamenón como Ulises lancero;
y alcanzaron a Eurípilo con una flecha en la pierna.
Con sus drogas los médicos todos se ocupan ahora
en curar sus heridas. Y nada a ti, Aquiles, te ocurre.
¡Que jamás un rencor como el tuyo de mí se apodere!
Tú el del triste valor, ¿a quién puedes ser útil más tarde
si a los hombres argivos no salvas de un grave peligro?
¡Desgraciado! Tu padre no ha sido el jinete Peleo
ni tu madre fue Tetis. A ti te engendró el mar purpúreo
o las rocas abruptas, tan cruel me parece tu espíritu.
Si es que en el corazón tienes miedo de algún vaticinio
que, enterada por Zeus, te ha contado tu madre augustísima,
mándame, cuando menos, a mí y que me siga la hueste
mirmidona, y que para los dánaos sea aurora de vida,
y permite que cubra mis hombros con todas tus armas
para que los troyanos me tomen por ti y huyan todos
y así puedan los dánaos valientes cobrar nuevos bríos
y, aunque por breve tiempo, que tenga una tregua el combate.
A los que están cansados de lucha los frescos haríamos
retirar de las naves y tiendas y echar a la villa.

De este modo imploró el insensato, y con ello imploraba
que sobre él acudiera la muerte terrible y la parca.

227. El poeta emplea, de vez en cuando, la invocación; ahora refiriéndose a Patroclo en segunda persona.

Y el de los pies ligeros, Aquiles, repuso irritado:

—¡Ay de mí! ¿Qué dijiste, Patroclo, de raza divina?
No me impide la lucha ningún vaticinio sabido
ni, enterada por Zeus, mi augustísima madre me ha hablado,
pero a mi corazón y a mi alma le oprime la pena
de que un hombre, por más poderoso, pretenda privarle
a su igual de lo que es solo suyo y su premio le quite.
Esta es toda mi pena, pues con gran trabajo lo tuve.
Esa joven que me adjudicaron los hombres aqueos
como premio, ganada por mí al asaltar una villa,
de las manos me la arrebató Agamenón el Atrida
cual si yo hubiese sido cualquier miserable don nadie.
Mas son cosas pasadas, pues no es mi intención guardar {siempre
ira en mi corazón. Sin embargo, yo había resuelto
no ceder en mi cólera en tanto no hubiesen llegado
a mis naves los gritos de guerra y el duro combate.
Con mis armas magníficas cubre, si quieres, tus hombros,
y a la lid acaudilla ahora a mis mirmidones valientes.
Negra nube de teucros rodea las naves con ímpetu
y en la orilla del mar los argivos se encuentran cercados,
y tan solo disponen de un corto pedazo de tierra.
La ciudad de los teucros, confiada, se lanza sobre ellos,
porque cerca no ven el reflejo frontal de mi casco.
Pronto hubieran huido llenando de muertos los fosos,
si no hubiese el rey Agamenón sido injusto conmigo,
mientras que ahora combaten en torno de nuestros ejércitos.
Ya Diomedes Tidida no blande con furia la lanza
para así liberar a los dánaos de todo desastre,
y ya no oigo a la odiosa cabeza del hijo de Atreo
dar un grito; no obstante, la voz de Héctor el homicida
arengando a los teucros resuena. Y con gritos ocupan
todos ellos el llano, batiendo a los hombres aqueos.
Pero tú lánzate, impetuoso, Patroclo, sobre ellos
y a las naos del desastre protege, no sea que el fuego

queme todas las naos y nos prive el ansiado regreso.
Oye bien las palabras que quiero grabar en tu mente
para que me procures la gloria y honores sobrados
ante todos los dánaos y que estos la hermosa doncella
me devuelvan y a mí me procuren presentes espléndidos.
Una vez de las naos alejados, regresa, y aun cuando
el esposo tonante de Hera te ofrezca la gloria,
no pretendas sin mí luchar contra los teucros valientes
porque contribuirías a hacer mi deshonra más grande.
Y tampoco te dejes llevar por la guerra y combate,
y, matando enemigos, a Ilión y sus muros te acerques,
no sea que alguna eterna deidad del Olimpo descienda,
pues Apolo, el que hiere de lejos, a muchos protege.
Retrocede una vez hayas dado la aurora a las naves
y que sigan batiéndose ellos en plena llanura.
[¡Ojalá el padre Zeus y también Atenea y Apolo
haga que ni un troyano se pueda escapar de la muerte,
ni se escape un argivo tampoco, y tú y yo, libres de ella,
de la frente de Troya rasguemos el velo sagrado.]

[Héctor incendia las naves]

Tales eran las cosas que entrambos estaban hablando.
Ya al poder de los tiros Ayax se encontraba cediendo;
el poder de Zeus y los valientes troyanos vencíanlo
arrojándole dardos; su casco brillante en sus sienes
resonaba golpeado sin tregua en la hermosa cimera,
pero el héroe tenía cansado ya el hombro derecho
de tener siempre firme el escudo labrado; no obstante,
no lograban hacerlo mover, a pesar de los tiros.
Abrumábale un hondo y continuo jadeo y manaba
un sudor abundante de todos sus miembros y apenas
alentaba. Y venía tras una desgracia la otra.

Ahora, musas, decid, las que estáis en mansiones olímpicas,
cómo el fuego empezó a caer sobre las naves aqueas.

Héctor, que estaba cerca de Ayax, con su espada terrible,
le dio un golpe en la lanza de fresno y quebrola allí donde
se une el asta y la punta. Y Ayax Telamonio, no obstante,
blandir quiso la lanza truncada, y la punta de bronce
fue a caer lejos de él y produjo gran ruido en el suelo.
Con temor comprendió Ayax, el de corazón indomable,
que actuaban los dioses frustrando sus planes mejores,
pues Zeus altitonante a los teucros el triunfo les daba.
Se apartó de los tiros. Los otros lanzaron entonces
fuego sobre la nave y brotó, inextinguible, una llama.
Cuando el fuego brotó de la popa se dio un golpe Aquiles
sobre el muslo y le dijo a Patroclo con estas palabras:

—¡Sus, Patroclo, linaje de Zeus y excelente jinete!
En las naves ya veo la llama potente del fuego,
no sea que se apoderen de ellas y huir no podamos.
Ve a vestirte las armas que yo reuniré a mis guerreros.

[Patroclo y los mirmidones se preparan para la batalla]

Así dijo, y Patroclo se armó con el bronce brillante.
En las piernas se puso primero las grebas hermosas
que por medio de broches de plata ceñíanse a ellas;
en segundo lugar a su pecho ajustó la coraza
del Eácida de pies ligeros, labrada y brillante;
una espada de bronce, adornada con clavos de plata,
se echó al hombro; embrazó el poderoso y fortísimo escudo
y cubriose la fuerte cabeza con un bello casco,
cuyo fiero penacho crinado ondeaba en lo alto.
Tomó luego dos lanzas que bien a su mano adaptábanse.
[Dejó solo la lanza pesada, potente y robusta

del magnánimo Eácida, pues ni un aqueo podía
manejarla, y Aquiles tan solo podía blandirla.[228]
Fue cortada de un fresno del monte Pelión, y ofrecida
por Quirón a su padre; era para dar muerte a los héroes.]
Ordenó a Automedonte tener los caballos dispuestos
a quien luego de Aquiles el que destruía las huestes
más honraba, el más fiel a su lado aguantando la lucha.
Así, pues, bajo el yugo le unció Automedonte los potros
Janto y Balio, corceles ligeros lo mismo que el viento,
los que el Céfiro había engendrado en la arpía Podarga
cuando junto al Océano estaban paciendo en un valle.
Y con ellos el ínclito Pédaso puso delante
al que Aquiles llevose de Etión, conquistada la villa,
y aun cuando era mortal a los potros eternos seguía.[229]

Armó Aquiles a los mirmidones pasando de una
tienda a otra. Lo mismo que lobos voraces de carne
que, dotados con un corazón de magnífica audacia,
a un enorme venado de cuerna potente, en el monte
despedazan, devoran y en sangre las fauces se tiñen,
y después, en tropel, a las fuentes de un agua profunda
bajan para lamer con sus lenguas delgadas el agua
y se limpian la sangre y eructan porque se bebieron
mucha sangre y los vientres de todos están hinchadísimos,
así jefes y guías de los mirmidones reuníanse
junto al bravo escudero del Eácida, de pies ligeros.
Y el intrépido Aquiles hallábase en medio de todos
animando a peones armados de escudos y a aurigas.

En cincuenta navíos de líneas muy finas Aquiles,
el amado de Zeus, a sus tropas llevose hasta Troya

228. Véase la hipérbole épica: solo Aquiles puede manejar su espada, igual que el Cid en el poema homónimo. Así, solo Ulises es capaz de tensar su arco en el episodio de la venganza contra los pretendientes en la *Odisea*.

229. La minuciosa descripción de los actos previos al combate se sitúa en un ritual debido a su trascendencia.

y en cada uno cincuenta remeros estaban sentados.
Cinco jefes nombró para que a todos ellos mandaran,
pero se reservó de las naves el mando supremo.
Jefe del primer cuerpo era el de arnés labrado, Menestio,
hijo del río Esperquio, nutrido por lluvias celestes,
que alambró Polidora, la hija gentil de Peleo,
que, mortal, se acostó con un dios, con Esperquio incansable;
pero un hijo de Boro, hijo de Perieres, creíanlo
porque en público a ella dotó y la tomó por esposa.
El segundo mandaba el intrépido Eudoro, hijo de una
joven, pues lo parió Polimela, una insigne danzante,
hija de Filas; de ella quedó el poderoso Argifontes
poseído de amores al verla cantando en un coro
de la diosa del arco de oro y los gritos, Artemis.
Al instante a su alcoba subió y acostose en su lecho
el benéfico Hermes, y en ella engendró un hijo insigne
muy ligero en correr y valiente en las lides, Eudoro.
Cuando a luz lo sacó quien preside los partos, Ilitie,
y el pequeño los rayos del sol pudo ver con sus ojos,
el potente hijo de Áctor, Equecles, llevola a su casa,
la tomó por esposa y le dio numerosos presentes;
Filas el viejo, al niño llenó de agasajos entonces
y crió y educó cual si fuera también de su estirpe.
El tercero mandábalo el bravo Pisandro Memálida
que entre los mirmidones logró destacada ventaja
manejando la lanza, después del amigo de Aquiles.
Fénix, viejo señor de los carros, el cuarto mandaba,
y era el jefe del quinto el Laercíada Alcimedonte.
Cuando Aquiles a todos los puso detrás de sus jefes,
bien dispuestos en línea, ordenoles con estas palabras:

—Mirmidones, que nadie se olvide de las amenazas
que en las rápidas naves lanzasteis a todos los teucros
mientras cólera tuve, y así me increpabais, diciendo:
«Inflexible Pelida, con hiel te ha nutrido tu madre
porque junto a las naos a la fuerza a tus hombres retienes.

En las naves que surcan los mares volvamos a casa
cuanto antes, pues tu corazón alimenta tal cólera».
De este modo solíais hablarme reunidos. Y ahora
a la vista tenéis el ansiado momento de lucha.
El que tenga valor que lo pruebe al luchar con los teucros.

Dijo así, y el valor y la fuerza excitó en todos ellos
y, al oír a su rey, mucho más se cerraron las filas.
Igual que un albañil que construye con piedras el muro
de una casa muy alta, de modo que al viento resista,
de tal modo se unían los cascos y combos escudos,
el broquel al broquel, yelmo a yelmo, y un hombre a otro {hombre,
los penachos crinados tocábanse cuando inclinaban
las cabezas, ¡de tal modo estaban las filas unidas!
Avanzaban delante de todos dos hombres armados
a los que el mismo afán impulsó, Automedonte y Patroclo,
de batirse uno y otro delante de los mirmidones.
A su tienda fue Aquiles y alzó allí la tapa de un cofre
bien labrado que Tetis le dio, la de los pies de plata,
para que se llevara a la nave, y en él había puesto
gruesas colchas y mantos y túnicas contra los vientos.
Una copa labrada allí había; jamás ningún hombre
en la copa el negrísimo vino bebió, ni siquiera
para hacer libaciones a un dios que no fuera Zeus padre.
La sacó de su cofre y limpió con azufre primero
y después la lavó entre la pura corriente del agua,
y lavose las manos y luego escanció negro vino.

De pie en medio del patio libó alzando al cielo los ojos
y oró a Zeus que en el rayo se goza, y el dios lo vio todo.

—Dodoneo y pelásgico Zeus, rey que lejos habitas,
que a Dodona inclemente gobiernas, país de los selos
tus intérpretes que no se lavan los pies y que duermen
en el suelo, si un día, benigno, mi ruego escuchaste

[castigando a los hombres aqueos, vengándome en ellos,]
no me niegues tampoco esta vez este ruego que te hago;
a pesar de que junto a las naves me quede yo ahora,
a mi amigo al combate lo envío con los mirmidones,
haz, pues, longividente Zeus, que la victoria le siga,
dale a su corazón el valor para que Héctor advierta
si es que sabe batirse también mi escudero en la lucha
o sus manos invictas se mueven con furia tan solo
cuando junto conmigo se lanza al combate de Ares.
Cuando de los navíos aleje la lucha y los gritos
haz que ileso regrese a las naves con todas sus armas
y con los compañeros que estén combatiendo de cerca.

Así dijo rogando, y el próvido Zeus oyó el ruego.
Pero de las dos cosas el Padre le dio solo una:
le otorgó el alejar de las naves la guerra y la lucha,
pero no que pudiera volver de la lid sano y salvo.

Hecha la libación y también la oración a Zeus Padre,
en la tienda entró Aquiles y puso en el cofre la copa;
y salió de la tienda, pues su corazón deseaba
complacerse en la lucha reñida entre aqueos y teucros.

Con sus armas marcharon detrás de Patroclo magnánimo
hasta donde los teucros, y los atacaron con brío.
Esparciéronse luego al igual que si fueran avispas
del camino, a las cuales provoca la chiquillería
que las suele irritar cerca de donde moran, y logran
que con esta imprudencia hagan daño a muchísima gente,
pues si acierta a pasar cerca de ellos algún caminante
y las mueve sin que él lo desee, con el ánimo airado,
todas ellas se lanzan tras él defendiendo a sus hijos.
Con igual corazón y con ánimo igual se esparcieron
junto a las naves los mirmidones. Se alzó un griterío.
Y Patroclo exhortó a sus amigos a voces, diciendo:

—¡Mirmidones, amigos de Aquiles Pelida, sed hombres!
Camaradas, mostrad al luchar vuestro ardiente denuedo,
para honrar al Pelida, el más bravo de cuantos argivos
en las naves se encuentran, y cómo lo son sus guerreros
y que así Agamenón el Atrida, el señor poderoso,
sepa que por no honrar al aqueo mejor ha faltado.

Dijo así, y el valor y la fuerza excitó en todos ellos.
Y apiñados lanzáronse sobre los teucros. Las naves
resonaron de un modo espantoso a los gritos aqueos.

[Hazañas de Patroclo]

Cuando vieron al hijo del bravo Menetio los teucros,
junto con su escudero y los dos con sus armas brillantes,
se turbaron sus ánimos y se agitaron sus huestes,
al creer que el Pelida de los pies ligeros dejaba
los navíos y que la amistad prefería a su cólera.
Y cada uno miraba por dónde escapar de la muerte.

Fue Patroclo el primero en lanzarles la fúlgida pica
ante sí, donde la multitud era más numerosa,
donde la nao de Protesilao el magnánimo estaba
y a Pirecmes hirió, el jefe de los jinetes peonios
que llevó de Amidón y del Axio de hermosa corriente.
Lo alcanzó sobre el hombro derecho y, gimiendo, de espaldas,
sobre el polvo cayó. Los peonios que lo acompañaban
escaparon en torno, pues muerto su jefe que tanto
al luchar destacábase, miedo infundioles Patroclo.
Los echó de las naves y pudo apagarles el fuego,
pero medio navío ya estaba quemado, y los teucros
escapaban gritando. Los dánaos por las corvas naves
dispersáronse y se levantó un alboroto muy grande.
Como cuando de las altas cumbres de un monte escarpado
Zeus que siembra los rayos aparta una nube muy densa

y aparecen bien limpias las cimas y agudos picachos
y los valles, pues se ha abierto el éter inmenso en el cielo,
de este modo los dánaos, libradas las naves del fuego,
respiraron un poco, aunque no se detuvo el combate.
Porque no en franca huida escaparon entonces los teucros
de las naos, perseguidos por los belicosos aqueos
resistían y las naos dejaban cediendo a la fuerza.

Ya extendida la lucha mató cada jefe a un guerrero.
Y primero empezó el esforzado hijo del gran Menetio.
A Areilico, cuando iba a escapar, con la lanza aguzada
en el muslo lo hirió y penetró el bronce profundamente;
quebró el hueso la pica y el hombre cayose de bruces.
El audaz Menelao a Toante en el pecho hirió, donde
el broquel lo dejaba indefenso, y quebró así sus miembros.
El Filida, observando que Anficlo, a atacarlo acudía,
atacó él el primero y clavole la pica en la pierna
donde es más grueso el músculo, y todos los nervios la punta
desgarró, y negras sombras cubrieron los ojos del hombre.
De los hijos de Néstor, Antíloco hirió con la lanza
agudísima a Antimio en el flanco, quedó atravesado
y a sus pies sobre el polvo cayó. Y avanzó entonces Maris
contra Antíloco, airado al ver muerto a su hermano y, dispuesto,
junto al muerto se puso. Avanzó como un dios Trasimedes,
tiró entonces primero y logró no fallar y alcanzarlo
en el hombro; la punta rompiole el tendón de la parte
superior de su brazo y deshizo en pedazos el hueso.
Con gran ruido el guerrero cayó y se nublaron sus ojos.
[De este modo, vencidos por los dos hermanos, bajaron
al Erebo; ambos de Sarpedón fueron bravos amigos,
e hijos de Amisodaro los dos, aquel que la Quimera
invencible nutrió para mal de muchísimos hombres.]

Atacó luego Ayax el Oilíada a Cleóbulo y vivo
lo apresó, pues la turba impedía su acción, y en el cuello
le dio un golpe mortal con la espada de puño labrado.

Calentose en la sangre la hoja y la muerte purpúrea
y la parca feroz anublaron los ojos del héroe.
A encontrarse a lanzazos salieron Penéleo y Liconte,
pero entrambos, lanzadas las picas, fallaron los golpes
y atacáronse con las espadas. Golpeó al fin Liconte
la cimera del casco del otro, adornada con crines,
mas rompiose la espada en el puño, y el cuello,
debajo de la oreja, Penéleo cortole y pendió la cabeza
de la piel solamente y sus miembros la fuerza perdieron.

Con sus rápidos pies a Acamante dio alcance Meriones
y en el hombro derecho lo hirió cuando al carro subía
y cayose del carro y las sombras velaron sus ojos.
A Erimante clavó Idomeneo el cruel bronce en la boca
y la lanza le hendió la cabeza y pasó por debajo
del cerebro y deshizo en pedazos los pálidos huesos.
Le crujieron los dientes y entonces sus ojos llenáronse
con la sangre que desde la boca y nariz le fluía,
y lo mismo que nube muy negra envolviole la muerte.

[Así, pues, cada príncipe dánao mató a su hombre entonces.
Como lobos voraces que sobre cabritos u ovejas
lánzanse y los apartan de un hato disperso en el monte
por el poco cuidado que tuvo el pastor, y así, al verlos,
se los llevan y matan, pues su corazón es muy tímido,
de este modo los dánaos lanzáronse sobre los teucros,
que, pensando en la fuga ruidosa, el valor olvidaban.]

Ni un instante dejó el gran Ayax de querer herir a Héctor
el del casco brillante, mas este era experto en la lucha
y su escudo de pieles de toro ocultaba sus hombros
y atendía al silbar de las flechas y al ruido de dardos.
Comprendió que a los otros ahora inclinábase el triunfo,
pero aún resistía e intentaba ayudar a los suyos.

[Derrota de los troyanos]

Como desde el Olimpo se extiende una nube a los cielos
en un día sereno, si Zeus la tormenta prepara,
así huyeron los teucros de en torno a las naves, gritando,
y sin orden pasaron el foso. Sus raudos corceles
con sus armas lleváronse a Héctor y atrás, sin amparo,
se quedaron los teucros, a quienes el foso detuvo.
Muchos raudos caballos al ir arrastrando los carros
los timones partieron, y en ellos quedaron sus amos.
Y Patroclo avanzaba exhortando a los dánaos con gritos
y pensando en causar un gran daño a los teucros que huían
en desorden, gritando y llenando al huir los caminos.
Hasta bajo las nubes el polvo llegó, y los caballos
de las tiendas y naves volvían corriendo a la villa.
A donde era mayor el gentío acudía Patroclo
dando gritos, y bajo los ejes los hombres caían
de los carros lanzados, cuando estos volcaban con ruido.
[Cuando al foso llegaron los raudos caballos eternos
que a Peleo le dieron los dioses, presente magnífico,
lo salvaron de un salto, y aunque él se afanó detrás de Héctor
para herirlo, salváronle a este los raudos corceles.]
Como cuando por una tormenta la tierra oscurécese
y se humilla en los días de otoño al caer de la lluvia
enviada por Zeus al que irritan los hombres que lanzan
brutalmente en el foro sentencias inicuas y apartan
la justicia, y no tienen siquiera temor a los dioses,
y los ríos hinchando sus aguas se salen de madre
y por muchas laderas se van los torrentes lanzando,
y bramando, al correr desde altísimos montes, se arrojan
a las olas purpúreas y todo cultivo devastan,
relinchando corrían así los caballos troyanos.

Cuando de los demás separó a la vanguardia Patroclo,
los forzó a que a las naves volvieran, en vez de dejarlos
regresar a la villa, y así, acometiéndolos, entre

los navíos, el río y el muro elevado, mataba
a muchísimos hombres, queriendo vengar a los suyos.
Con la lanza brillante hirió a Pronoo en el pecho, allí donde
el broquel lo dejaba indefenso, y quebró así sus miembros,
y cayó con gran ruido. Después se lanzó contra Téstor,
hijo de Énope, que se encogía en su asiento en el carro
bien labrado, y en su turbación se soltaron las riendas
de sus manos; llegose hasta él y, de cerca, la lanza
le clavó en la mejilla derecha y pasó por los dientes
y después tiró de él levantándolo sobre el telero.
Como el hombre que saca, sentado en abrupto peñasco,
de la mar un gran pez con la cuerda y el bronce brillante,
así aquel, levantando la pica, sacolo del carro,
boquiabierto; en el suelo lo echó y escapó de él la vida.
A Erilao, que acudía a atacarlo, con un gran guijarro
le dio en plena cabeza y logró destrozársela dentro
de su casco potente; de bruces cayó sobre el suelo
y la muerte extendiose sobre él, destructora de vidas.
Mató luego a Erimante y a Anfótero y asimismo a Epaltes,
y a Tlepólemo, hijo de Damástor, y a Equio y a Piris,
y mató a Polimelo el Argéada, a Ifeo y a Evipo,
quienes fueron cayendo a su vez en la tierra nutricia.

[Muerte de Sarpedón]

Cuando vio Sarpedón que caían sus hombres de cota
sin ventrera a los golpes del gran Menetiada Patroclo,
a los licios deiformes habló de este modo, increpándolos:

—Licios, ¡qué gran vergüenza! Si huís, ¿dónde vais? Sed {valientes.
Yo haré frente a ese hombre y sabré de una forma bien cierta
qué poder es el suyo. Causó mucho daño a los teucros
y quebró las rodillas de muchos amigos valientes.

Así dijo, y saltó de su carro con todas sus armas.
Y a su vez apeose Patroclo también de su carro.
Como buitres de garras curvadas y picos torcidos
que graznando pelean encima de alguna alta roca,
de tal modo atacáronse aquellos lanzando alaridos.
Los vio el hijo del artero Cronos y, compadecido,
[de este modo habló a Hera, su hermana y esposa, diciendo:

—¡Ay de mí que la parca ha dispuesto la muerte de mi hijo
Sarpedón, el mortal más amado, y lo mata Patroclo!
Entre dos intenciones está el corazón en mi pecho:
si alejarlo con vida de la luctuosa batalla
y llevármelo al punto a las fértiles tierras de Licia,
o bien que el Menetiada consiga arrancarle la vida.

Y repúsole así Hera la augusta, la de ojos de utrera:

—¡Oh terrible Cronión! ¿Qué palabras aquí has proferido?
¿Todavía pretendes librar de la muerte espantosa
a un mortal al que el hado hace tiempo la vida reclama?
Hazlo así, pero ni un solo dios estaremos de acuerdo.
Y otra cosa te voy a decir y en tu mente consérvala.
Si es que tú a Sarpedón a su casa lo envías con vida,
piensa que otra deidad es posible que quiera asimismo
del terrible combate sacar a algún hijo que tenga,
porque en torno a la villa de Príamo hay hijos de dioses
peleando, y harás que sus padres se enciendan en cólera.
Mas si tan caro te es Sarpedón y en tu pecho te apiadas,
déjalo, sin embargo, morir en la ruda pelea,
y que el hijo de Menetio el bravo Patroclo lo mate,
y una vez abandonen su cuerpo la vida y el alma,
haz al fin que la Muerte y el Sueño tan dulce lo lleven
a la tierra anchurosa de Licia, allí donde los suyos,
sus hermanos y deudos, podrán enterrarlo en un túmulo,
bajo un cipo, pues tales honores a un muerto se deben.

Dijo, y obedeció el que es el padre de dioses y de hombres.][230]
Derramó por la tierra pequeñas gotitas de sangre
para honrar a su hijo querido al que había Patroclo
de matar en la Troya fecunda, lejos de la patria.

Cuando ya frente a frente se hallaron un héroe y el otro,
hirió entonces Patroclo al ilustre varón Trasimelo,
escudero del rey Sarpedón, que era un hombre valiente.
Lo acertó en el empeine y quebráronse entonces sus miembros.
A su vez atacó Sarpedón con la lanza brillante
y falló, pero a Pédaso hirió sobre el hombro derecho,
y el caballo, lanzando relinchos, quedose sin vida,
y cayó sobre el suelo y voló de su cuerpo el aliento.[231]
Forcejearon los otros caballos, crujió el yugo entonces,
y las riendas liáronse a causa del potro caído.
Mas remedio encontró Automedonte, el famoso lancero:
desnudó su agudísima espada que al muslo pendía
y cortó velozmente los tiros del otro caballo
y los otros irguiéronse, al mando de las riendas, dóciles.
Y, enconados, los dos enemigos la lucha siguieron.

Otra fúlgida lanza arrojó Sarpedón y erró el tiro;
sobre el hombro siniestro pasó, de Patroclo, la punta,
sin tocarlo, mas este de pronto lanzó su azagaya
y no en balde fue el tiro que entonces lanzara Patroclo,
que lo hirió en el tejido que su corazón envolvía.
Cayó como la encina o el chopo o el pino robusto
que en lo alto del monte han cortado con hachas agudas
los artífices para hacer de ellos el mástil de un buque;
así el héroe tendido quedó ante su carro y caballos,
gemebundo y cogiendo a puñados el polvo sangriento.
Como el toro animoso y rojizo al que arranca la vida

230. Hera persuade a Zeus de que es mejor no oponerse al destino que le espera a su hijo Sarpedón.

231. Pédaso es un caballo especial, razón por la cual es relevante que el poeta refiera cómo murió.

un león que aparece en la grey de flexípedes bueyes
y que muge al morir en los dientes que aprieta la fiera,
así el rey de los licios a quien había herido Patroclo
reclamaba, expirando, al amigo a quien él más quería:

—Glauco amigo, guerrero famoso entre todos los hombres,
ahora debes portarte como un gran guerrero valiente.
Ahora te ha de gustar la batalla feroz si eres bravo.
Ve primero a exhortar por ahí a los caudillos de Licia
a que en torno de Sarpedón todos entablen combate
y defiéndeme tú combatiendo ante mí con el bronce.
Para ti yo seré para siempre un motivo de oprobio
y vergüenza, si logran los hombres aqueos quitarme,
porque vine a caer junto a sus corvas naves, las armas.
Vete, pues, y con grande firmeza estimula a la gente.[232]

Dijo así, y su nariz y sus ojos velaron la muerte.
Y él, poniéndole el pie sobre el pecho, arrancó de él la lanza
y siguieron tras ella, además, el tejido y la punta
de la lanza y también el aliento vital del guerrero.
Y quedáronse los mirmidones los potros que ansiaban
escapar, pues vacío de dueños estaba su carro.

Sintió Glauco un profundo pesar al oír sus palabras
y turbósele el ánimo, pues no podía ayudarlo.
Con la mano apretábase el brazo porque le dolía
una herida de flecha que Teucro le había causado
cuando el muro asaltaba y aquel defendía a los suyos.
Y rogó de este modo al que hiere de lejos, Apolo:

—Óyeme, soberano, ya te halles en Licia la fértil
o ya en Troya, pues en cualquier parte a ti llegan las súplicas

232. Nótese el heroísmo de Sarpedón al morir, alentando a su amigo Glauco a no dejar que lo despojen.

de un mortal afligido tal como me encuentro yo ahora.
Una herida muy grave padezco; atenazan mi brazo
muy agudos dolores y mana sin tregua la sangre;
se quedó entumecido mi hombro y por esto no puedo
manejar firmemente la lanza ni entrar en combate
con ninguno. Y un hombre muy fuerte ha perdido la vida,
Sarpedón, que era un hijo de Zeus, quien ni a un hijo defiende.
Cúrame, por lo tanto, señor, esta herida tan grave,
cálmame los dolores y dame la fuerza, de modo
que mi voz a los licios anime otra vez a batirse
y que yo mismo pueda luchar defendiendo el cadáver.

Así dijo rogando, y oyó Febo Apolo la súplica.
Y aplacó sus dolores, secó la oscurísima sangre
de la grave lesión e infundió al corazón nuevos ánimos.
Glauco en su alma lo supo y sintió una infinita alegría
porque había escuchado el gran dios la plegaria que dijo.
Y primero marchose a exhortar a los jefes de Licia
a que en torno de Sarpedón todos la lucha entablaran.
Velozmente marchose después donde estaban los teucros.
Buscó a Polidamante el Pantoida, a Agenor el divino
y asimismo buscó a Eneas y a Héctor armado de bronce,
y, parándose ante ellos, habló con aladas palabras:

—¡Héctor! Te has olvidado del todo de tus aliados
que por ti están muriendo muy lejos de todos los suyos
y también de su patria y no quieres prestarles tu ayuda.
Sarpedón, el caudillo de Licia, ha perdido la vida
el que con su justicia y su fuerza fue rey de la Licia;
lo mató Ares de bronce, empuñando la lanza Patroclo.
Vamos ya, camaradas, y que el corazón se os indigne
de que los mirmidones consigan quitarle las armas
y ultrajar su cadáver, airados de ver tantos dánaos
muertos por nuestras lanzas al lado de las naos veloces.

Dijo así, y una pena mortal los troyanos sintieron
recorrerles el cuerpo; había sido el sostén de su pueblo
aun con ser extranjero, y había llevado a la villa
muchos hombres, y a todos él los superaba en la lucha.
Anhelantes marcháronse contra los dánaos, y al frente,
indignado, Héctor porque murió Sarpedón. Y Patroclo
Menetiada, el de audaz corazón, animó a los aqueos,
y así habló a los Ayax que de lucha se hallaban ansiosos:

—¡Ayax, ahora debéis de luchar con mayor entusiasmo,
y mostraos tan valientes los dos como hasta ahora habéis sido!
Yace aquel que escaló antes que nadie la aquea muralla,
Sarpedón. ¡Ojalá nos sea dado ultrajar su cadáver
al quitar de sus hombros las armas y dar con el bronce
muerte a alguno de sus camaradas que el cuerpo defiendan!

Dijo así, pero ya rechazar al contrario querían.
De ambos lados cerráronse entonces las filas de todos,
de los teucros, los licios y los mirmidones y aqueos;
a luchar empezaron en torno del cuerpo sin vida,
dando gritos, y con gran estruendo sonaron las armas.
Una lúgubre noche extendió Zeus por la ancha contienda,
pues quería un estrago mayor por el cuerpo de su hijo.

[Combate en torno al cuerpo de Sarpedón]

Rechazaron los teucros a los de ojos vivos, aqueos.
Murió un hombre entre los mirmidones, y no el menos bravo,
el divino Epigeo; era un hijo de Agacles magnánimo,
que reinó en otro tiempo en Budío, ciudad populosa,
que más tarde dejó, pues mató a un primo suyo muy bravo;
suplicando a Peleo y a Tetis, la de pies de plata,
acudió, y lo enviaron a Ilión, la de hermosos corceles
con Aquiles, el debelador, a luchar con los teucros.

El cadáver tocaba ya cuando el magnífico Héctor
lo alcanzó en la cabeza al lanzarle una piedra, y rompiósela
en el casco de bronce, y de bruces cayó en el cadáver
y extendiose la muerte sobre él, destructora de vidas.
Apenose Patroclo al ver muerto a su buen camarada;
cruzó al punto las filas primeras; igual que un milano
que, veloz, a estorninos y grajos en fuga los pone,
de la misma manera atacaste, ¡oh jinete Patroclo!,[233]
a los licios y teucros; te airó del amigo la muerte.[234]
En el cuello golpeó a Estenelao, hijo amado de Itémenes,
manejando una piedra y logró destrozar sus tendones.

Se echó atrás la vanguardia y con ella el magnífico Héctor.
Cuanto espacio recorre un venablo muy largo que lanza
un mancebo, ya sea en el juego para ejercitarse,
o en la guerra contra el enemigo que quita la vida,
tanto se retiraron los teucros ante los aqueos.
El primero en volverse fue Glauco, el caudillo de licios,
y al Calcónida amado dio muerte, a Baticles magnánimo,
que vivía en la Hélade y por su bondad y riquezas
entre los mirmidones había alcanzado gran fama.

Con la lanza lo hirió Glauco en medio del pecho; al volverse
de repente, pues él intentaba llegar a alcanzarlo.
Se cayó con gran ruido y un hondo pesar los aqueos
por la muerte del bravo guerrero sintieron, y en cambio
los troyanos alegres rodearon el cuerpo sin vida.
No perdieron vigor los aqueos y los atacaron.

A un guerrero troyano la muerte dio entonces Meriones,
a Laogono, hijo bravo de Onétor, que de Zeus Ideo
era gran sacerdote y a quien la ciudad veneraba

233. Cfr. nota 227.

234. Para el héroe homérico el valor de la amistad constituye un bien superior, incluso sobre la propia familia.

como un dios; lo tocó entre quijada y oreja, y la vida
escapó de sus miembros, envuelto en negrísima noche.

A Meriones lanzó al punto Eneas la lanza de bronce,
cuando aquel avanzaba cubriéndose con el escudo,
pero el otro vio el tiro llegar y evitó la azagaya;
se inclinó hacia adelante y tras él la larguísima lanza
en el suelo se hincó; el regatón vibró un rato en el aire
hasta que Ares, potente, le hizo perder el impulso.
Penetró, pues, la lanza de Eneas vibrante en la tierra,
que lanzada fue en vano esta vez por el brazo robusto.
Y con el corazón irritado habló Eneas al hombre:

—Aunque seas tan hábil danzando, Meriones, mi lanza
si te hubiese alcanzado, tu danza la habría acabado.

Y el ilustre guerrero Meriones repuso diciendo:

—Aunque seas valiente ha de serte difícil, ¡oh Eneas!,
acabar con la fuerza de cuantos combatan contigo.
También tú eres mortal y si yo consiguiera acertarte
con el bronce aguzado en mitad de tu pecho, en seguida,
aunque seas audaz y en tu brazo confíes, la gloria
me darías, y tu alma al de ilustres corceles, al Hades.

Dijo así, y el audaz Menetiada le dijo increpándolo:

—¿Cómo, siendo valiente, Meriones, así chachareas?
Dulce amigo, injuriosas palabras no harán que los teucros
el cadáver nos dejen; la tierra tendrá antes sus presas.
La palabra decide en consejo y la mano en la guerra.[235]
Aquí no es necesario charlar, lo que vale es batirse.

235. Nueva sentencia de tinte lapidario. Cfr. nota 224.

Dijo así, y echó a andar y tras él, como un dios, se fue el otro.
Como el ruido que los leñadores en las espesuras
de los montes producen, y déjase oír a lo lejos,
tal fragor levantábase desde la tierra espaciosa
cuando el bronce y el cuero y labrados escudos de pieles
golpeaban espadas y lanzas de dúplice punta.
Ningún hombre, por muy perspicaz que este fuese, al divino
Sarpedón conociera, por cuanto, de pies a cabeza,
lo cubrían del todo los dardos, la sangre y el polvo.
Mas en torno al cadáver bullían; lo mismo que moscas
que cuando es primavera en la estela revuelan zumbando
sobre las escudillas de leche cuando esta rebosa,
así en torno al cadáver bullían. Y Zeus no apartaba
ni un momento del duro combate los fúlgidos ojos;
sin cesar los miraba y estaba pensando en su ánimo
cosas sobre la muerte que había que dar a Patroclo.
Vacilaba entre si en la contienda feroz debería
darle muerte, sobre Sarpedón el divino, el noble Héctor
con el bronce, y quitarle después de sus hombros las armas,
o si fuera mejor extender la terrible pelea.
Mas, después de pensarlo, creyó como más conveniente
que el valiente escudero de Aquiles Pelida lograra
rechazar a los teucros y a Héctor armado de bronce
a la villa y quitara la vida a muchísimos hombres.
Infundió entonces pánico a Héctor, el cual subió al carro
y en él púsose en fuga; exhortó luego a todos los teucros
a escapar, pues de Zeus advirtió la sagrada balanza.[236]
Y ni aun resistieron los licios valientes; huyeron
todos ellos al ver que su rey había muerto y yacía
entre muchos cadáveres, pues mucha gente había muerto
junto a él cuando el hijo de Cronos dio vida al combate.
Le quitaron allí a Sarpedón la brillante y broncínea

236. La balanza constituye aquí una paradoja, pues no es gobernada imparcialmente, sino a conveniencia.

armadura, y a sus compañeros la dio el esforzado
Menetiada para que a las cóncavas naos la llevaran.
[Y el que nubes reúne, Zeus, díjole entonces a Apolo:

—Vete, Febo querido, y después de limpiarle la sangre
negra, saca de allí a Sarpedón y condúcelo lejos,
lávalo en la corriente de un río, y con ambrosía úngelo,
y luego vístelo con vestiduras divinas,
y una vez hecho así, entrégalo a los veloces cosarios,
los hermanos gemelos del Sueño y la Muerte, que pronto
dejarán en las fértiles tierras de Licia su cuerpo,
y sus deudos y hermanos podrán enterrarlo en un túmulo
bajo un cipo, pues tales honores a un muerto se deben.

Así dijo, y Apolo cumplió el mandamiento del padre.
Descendió de los montes del Ida al funesto combate,
levantó y de los dánaos sacó a Sarpedón el divino,
lo lavó en la corriente de un río, y con ambrosía
lo ungió y luego su cuerpo vistió con divinos vestidos,
y una vez hecho así, lo entregó a los veloces cosarios,
los hermanos gemelos del Sueño y la Muerte, que pronto
a las fértiles tierras de Licia su cuerpo llevaron.]

[Persecución de los troyanos por Patroclo]

Mientras tanto, Patroclo exhortó a Automedonte y los potros,
y lanzose en la persecución de troyanos y licios.
¡Insensato! Fue grave su error; de cumplir el mandato
del Pelida se hubiese evitado la muerte y la parca.
Pero el juicio de Zeus es más fuerte que el juicio del hombre,
porque el dios pone en fuga al varón esforzado, y le quita
fácilmente su triunfo aunque él mismo lo incite al combate,
y así, dentro de su corazón, puso entonces coraje.

¿A qué hombres, primero y postrero, quitaste la vida,
¡oh Patroclo!, al llamarte a la muerte los dioses eternos?
El primero fue Adrastro y siguiéronle Autónoo y Equeclo,
y después Melanipo y Epístor y Périmo Mégada,
y tras ellos Elaso, seguido de Mulio y Pilartes.
Mató a estos, y todos los otros huyeron entonces.

A la Troya de las altas puertas hubieran tomado
los aqueos siguiendo a Patroclo que airado blandía
la azagaya, si allí Febo Apolo, en la torre labrada,
no se hubiera quedado dispuesto a ayudar a los teucros.
Por tres veces Patroclo asaltó un baluarte del muro
y tres veces Apolo logró rechazar sus asaltos
con sus manos eternas, blandiendo su fúlgido escudo.
Y cuando iba, lo mismo que un dios, a intentar otro asalto,
le increpó la deidad con terribles y aladas palabras:

—¡Retrocede, Patroclo divino! El destino no quiere
que destruyan la villa de los orgullosos troyanos
ni tu lanza ni Aquiles que tanto en valor te aventaja.

Dijo, y retrocedió a gran distancia del muro Patroclo,
evitando la furia de Apolo el que hiere de lejos.

Los caballos de cascos macizos paró Héctor delante
de las Puertas Esceas, dudando en lanzarlos de nuevo
a la turba, o mandar refugiarse a su gente en el muro.
Mientras reflexionaba, a su lado surgió Febo Apolo
que tomó la apariencia de un joven de gran fortaleza,
Asio, tío materno de Héctor, el buen caballero,
de Hécuba hermano carnal e hijo, pues, de Dimantes,
que vivía en la Frigia a la orilla del río Sangario.
Y bajo esta apariencia habló el hijo de Zeus, Febo Apolo:

—¡Héctor! ¿Cómo suspendes la lucha? No debes hacerlo.
¡Ay! ¡No fuera yo menos que tú y tu valor superase,

porque habría de serte funesto el dejar la batalla!
A Patroclo dirige tus potros de cascos macizos
por si puedes matarlo y Apolo la gloria te otorga.

Así dijo, y el dios se volvió nuevamente al combate.
A Cebriones mandó el noble Héctor picar a los potros
y que los dirigiera a la lid; ya metido en la turba
suscitó en los argivos Apolo un funesto tumulto
para darles a Héctor y a todos los teucros la gloria.

Y dejó Héctor a los otros dánaos sin daño causarles
y a los potros de cascos macizos lanzó hacia Patroclo.
Y Patroclo, a su vez, saltó a tierra de lo alto del carro
con la lanza en la izquierda y llevando en la diestra una piedra
blanca y llena de puntas que toda su mano llenaba;
sin que el héroe impusiérase a él la lanzó con gran fuerza
y su tiro no erró; logró darle al auriga de Héctor,
a Cebriones, el hijo bastardo del ínclito Ptíamo,
que llevaba las riendas; la piedra dio sobre su frente,
le llevó las dos cejas y el hueso no pudo pararla
y a sus pies, en el polvo, cayeron entonces sus ojos
y lo mismo que un buen buceador se cayó del asiento
bien labrado, y al punto la vida escapó de sus miembros.
Y burlándote de él, caballero Patroclo, exclamaste:

—¡Dioses, qué hombre más ágil! ¡Qué fácil le ha sido ese {salto!

Si se hallara en la mar abundante de peces ese hombre
saciaría a muchísima gente pescándoles ostras;
de la nao saltaría aunque el mar estuviera agitado,
pues del carro ha saltado hasta el suelo de forma muy fácil.
Cierto es que buceadores muy buenos poseen los troyanos.[237]

237. Circunstancialmente, el héroe homérico hace uso de la ironía para con su adversario: he aquí Patroclo.

Dijo así, y hacia el héroe Cebriones corrió presuroso,
semejante a un león que impetuoso devasta un establo
hasta que al ser herido en el pecho su impulso lo mata,
así sobre Cebriones te fuiste, Patroclo, con ímpetu.
A su vez saltó Héctor a tierra de lo alto del carro,
y los dos pelearon entonces en torno a Cebriones;[238]
igual que dos hambrientos leones que en lo alto del monte
se disputan furiosos el cuerpo sin vida de una anta,
así junto a Cebriones luchaban los dos campeones,
el magnífico Héctor y el gran Menetiada Patroclo,
intentando matarse uno a otro con bronce implacable.
Héctor de la cabeza cogió y no soltaba el cadáver
y Patroclo lo asía de un pie y los guerreros troyanos
y los dánaos luchaban en un espantoso combate.

Como el Euro y el Noto contienden en las espesuras
de una cumbre y agitan el bosque, y las ramas más largas
de los fresnos, encinas y del cortezudo comejo
chocan unas con otras y un ruido espantoso producen,
y se advierte el crujir de las ramas que se hacen pedazos,
de la misma manera los teucros y aqueos luchaban
y matábanse sin recordar la maléfica fuga.
Se clavaron en torno a Cebriones muchísimas lanzas
en la tierra, y las flechas aladas voladas del arco;
muchas piedras enormes golpearon también los escudos
de los que peleaban junto a él, y él yacía en el suelo,
sobre el polvo, olvidado del arte de guiar los carros.

[Muerte de Patroclo]

Hasta que hubo alcanzado ya el sol la mitad de los cielos
por igual unos y otros tiraron y muchos murieron;
cuando el sol descendió a desuncir de su yugo a sus bueyes,

238. Para proteger y para profanar el cadáver, respectivamente. Cfr. nota 104.

contra lo que el destino ordenó, los aqueos vencían
y el cadáver del héroe Cebriones lleváronse fuera
de los dardos y gritos troyanos y lo despojaron.

Con gran furia Patroclo atacó a los troyanos; tres veces
se lanzó sobre ellos lo mismo que el rápido Ares
con atroz gritería, y tres veces mató a nueve hombres.
Pero cuando, lo mismo que un dios, nuevamente atacaste,
¡oh Patroclo!, se vio claramente el final de tu vida:
porque Febo a tu encuentro salió en el terrible combate
furibundo; pero él no lo vio entre la turba avanzando
porque estaba cubierto por una neblina muy densa.
Se le puso detrás y golpeando con la mano abierta
sus espaldas y sus anchos hombros, turbole los ojos.
Febo Apolo después despojó a su cabeza del casco,
cuya larga cimera produjo un gran ruido al pisarla
con sus cascos los potros, y sucio de polvo y de sangre
quedó el bello penacho. Jamás aquel casco crinado
con el polvo manchado quedó mientras hubo ceñido
la cabeza y la frente tan noble de Aquiles divino.
Pero Zeus permitió que también lo llevara el noble Héctor
en sus sienes, pues se avecinaba el final del caudillo.
Se le hizo en la mano pedazos la pica larguísima
y muy grande y pesada que estaba adornada con bronce,
y cayó de sus hombros al suelo su escudo y la cinta;
luego el hijo de Zeus, rey Apolo, soltó la coraza.
Invadió el estupor su razón y perdieron la fuerza
sus hermanos los miembros; detúvose atónito y entre
ambos hombros clavole su lanza agudísima un dárdano,
el Pantoida Euforbo que a los de su edad excedía
manejando la lanza y los carros y en toda carrera,
y que a veinte guerreros logró derribar de su carro
cuando, para aprender a luchar, llevó el carro a la guerra.
Este fue, ¡oh caballero Patroclo!, el primero que contra
ti su lanza arrojó, pero no te mató todavía;
de tu piel arrancó el fresno y luego escapó entre la turba

y no tuvo el valor de esperar desarmado a Patroclo.
Por el golpe del dios y la lanza Patroclo vencido,
evitando la muerte volvió a donde estaban sus hombres.

Al ver Héctor que retrocedía Patroclo magnánimo
alcanzado por el bronce agudo, pasó por las filas,
acercose, y en el bajo vientre lo hirió con la lanza
y a través de su cuerpo metiose la punta de bronce.
Cayó el héroe con ruido y sintieron pesar los aqueos.
Igual que al jabalí infatigable en la lucha derrota
el león, cuando en lo alto de un monte pelean con cólera
por la mísera fuente en la que beber ambos pretenden
y por fin el león vence a su jadeante enemigo,
así, luego de dar muerte a muchos, al gran Menetiada,
Héctor, hijo de Príamo, pudo la vida arrancarle,
y orgulloso del triunfo clamó estas aladas palabras:

—¡Oh Patroclo, sin duda esperaste arruinar nuestra villa
y llevarte cautivas a nuestras mujeres troyanas
a tu tierra paterna y a bordo de vuestros navíos!
¡Insensato! En su ayuda los raudos caballos de Héctor
al combate se vuelan y yo, que a los teucros intrépidos
aventajo, a los míos aparto de la servidumbre,[239]
y tú, en cambio, serás de los buitres un pasto seguro.
¡Infeliz! De muy poco esta vez te ha servido de Aquiles
la amistad, cuando al irte sin él de las naos te diría:
«Caballero Patroclo, a las cóncavas naves no vuelvas
sin haber antes roto y cubierto de sangre la cota
que envolviendo está el pecho de Héctor el gran homicida».
Esto dijo, sin duda, y tú, ¡necio!, lo habrías creído.

Y dijiste con lánguida voz, caballero Patroclo:

239. Porque las mujeres y los hijos de los derrotados eran esclavizados por los vencedores.

—¡Héctor! Jáctate ahora con estas altivas palabras,
ya que Zeus el Cronida y Apolo te dieron el triunfo;
fácilmente venciéronme cuando mis armas quitáronme.
Si atacado me hubieran, iguales a ti, veinte hombres,
a los veinte yo hubiese podido vencer con mi lanza.
Me mató el hado aciago y el hijo de Leto y Euforbo[240]
como hombre, y llegaste el tercero para despojarme.
Y otra cosa te voy a decir y en tu mente consérvala.
Tú no habrás de vivir mucho tiempo; se acercan ahora
ya la parca funesta y la muerte a tu lado, y a manos
morirás del magnánimo Aquiles, el nieto de Eaco.

Dijo apenas, que ya con su manto cubriolo la muerte,
y voló de sus miembros el alma a la casa del Hades
y lloraba porque dejó un cuerpo robusto y muy joven.
Y aunque estaba ya muerto, otra vez le habló el ínclito Héctor:

—¡Oh Patroclo! ¿Por qué tú me auguras un fin tan terrible?
Quizá Aquiles, el hijo de Tetis de hermosos cabellos,
perderá antes la vida alcanzado tal vez por mi lanza.

Dijo, y puso su pie sobre el muerto, arrancó la broncínea
lanza y luego de espaldas dejó sobre el polvo el cadáver.
Al instante, blandiendo la lanza, se fue Automedonte,
el deiforme criado del de pies ligeros, el Eácida,
con afán de matar, mas los raudos caballos eternos
que a Peleo los dioses le dieron, de allí lo alejaron.

240. La intervención de Apolo es determinante en la medida en que se despoja a Patroclo de sus armas. La de Zeus, por omisión, también. Ese era el destino del héroe.

CANTO XVII

[Menelao defiende el cuerpo de Patroclo]

Menelao el Atrida, el amado por Zeus, vio al momento
que Patroclo había muerto en la lid combatiendo a los teucros,
y vestido de bronce brillante se fue a la vanguardia.
Junto a él, como en torno al ternero da vueltas la vaca
primeriza que muge, ignorante hasta ahora del parto,
Menelao, el de rubios cabellos,[241] quedó con Patroclo.
Sobre el muerto tendía la lanza, embrazando el escudo
liso, y se disponía a matar a quien se le opusiera.
Mas tampoco olvidose el Pantoida, famoso lancero,
que el eximio Patroclo yacía en el suelo, y detúvose
cerca de Menelao y al amado por Ares le dijo:

—Menelao el Atrida, ¡oh alumno de Zeus y caudillo!
Vete y deja ya al muerto y los ensangrentados despojos.
[Ni troyanos, ni ilustres aliados lograron su lanza
en Patroclo clavar antes que yo lo hubiese logrado:]
Deja que entre los teucros consiga esta gloria infinita,
no sea que yo te hiera y arranque esta vida tan dulce.

Menelao, el de rubios cabellos, repuso diciendo:

241. El epíteto probablemente respondería a que los aqueos tendrían rasgos físicos propios de pueblos del norte de Europa (altos, rubios, fuertes y de ojos claros), que habrían llegado a la Hélade en época arcaica.

—Padre Zeus, no conviene que así se envanezca ninguno.
Ni león, ni pantera, ni el cruel jabalí que en el pecho
tienen un corazón animoso y están orgullosos
de la fuerza que tienen, demuestran poseer tanta audacia
como lo hacen los hijos de Panto, lanceros muy hábiles.
Pero no Hiperenor, domador de caballos, el fuerte,
salvó su juventud cuando se me enfrentó con insultos
y me dijo que yo era el guerrero más vil de los dánaos.
Y no creo que con sus pies haya podido marcharse
a alegrar a su esposa ni a sus augustísimos padres.
Tú también morirás si a enfrentarte conmigo te atreves
a pie firme. Por tanto te ruego que a tus huestes vuelvas
y delante de mí no te pongas si el mal no deseas;
solo el necio conoce su mal cuando ya no hay remedio.[242]

Dijo, y no consiguió convencerlo, antes bien, le repuso:

—Ahora, alumno de Zeus, Menelao, pagarás esa muerte
que le diste a mi hermano y que tanto jactarte te hace.
La viudez has llevado a su esposa en su lecho reciente
y has dejado en el llanto y la pena profunda a sus padres.
Seré yo quien hará que su llanto quizá tenga término
si arrancar tu cabeza y tus armas consigo yo ahora
y las pongo en las manos de Panto y de Frontis divina.
Pero no mucho tiempo podrá diferirse el combate
y veremos quién es vencedor y quién es el vencido.

Dijo, e hirió con la lanza el escudo redondo, y el bronce
no rompió, pues el duro broquel torció, al golpe, la punta.
A su vez con la lanza atacó Menelao el Atrida,
mientras al padre Zeus elevaba fervientes plegarias,
y en la parte más baja del cuello, cuando reculaba,
le clavó y empujó con la mano robusta la lanza
y la punta cruzó por entero la frágil garganta.

242. Cfr. nota 235.

Cayó el hombre con ruido y sonaron las armas al golpe
y su pelo, como el de las Gracias, tiñose de sangre
y sus rizos sujetos con aros de plata y de oro.
Como olivo frondoso plantado por un jardinero
en lugar solitario y en donde las aguas abundan
crece hermoso y lo mecen los vientos de un lado y de otro
y se cubre después por entero de flores muy blancas,
mas de pronto sobre él cae un viento violento y lo arranca
de la tierra en que crece y lo tiende después en el suelo,
así a Euforbo el Pantoida, el lancero tan hábil, al punto
Menelao derribó y empezó a arrebatarle las armas.

[Héctor se apodera de las armas de Patroclo, pero no consigue llevarse su cuerpo]

Como el león montaraz que confía en las fuerzas que tiene,
de la grey se apodera del buey más robusto que pace
y con fuertes colmillos le rompe y destroza la nuca
y se bebe su sangre y se come también sus entrañas
y a pesar de que a su alrededor lancen gritos muy grandes,
desde lejos, boyeros y perros, pues nadie se atreve
a luchar con la fiera porque el verde miedo les vence,
de igual modo no tuvo ninguno el valor en el pecho
de ponerse a luchar contra el rey Menelao el glorioso.
Y el Atrida se hubiera llevado las armas magníficas
del Pantoida si allí Febo Apolo, envidiando su suerte,
no le hubiese lanzado a Héctor, el semejante de Ares,
que tomó para hablar la figura de Mentes, caudillo
de los cícones, y pronunció estas aladas palabras:

—¡Héctor! Ahora te lanzas tras lo que alcanzar no es {posible:
los corceles del nieto de Eaco. No es fácil que nadie
hombre o dios los sujete y consiga que aquellos lo lleven,
si no es el propio Aquiles que tiene una madre divina.

Menelao, entretanto, el intrépido hijo de Atreo,
que está junto al yacente Patroclo, ha matado al más
bravo de tus teucros, Euforbo Pantoida y dio fin a su audacia.

Así dijo, y el dios nuevamente volvió a la batalla,
y en las negras entrañas profundo dolor sintió Héctor.
Y por entre las filas miró y no tardó ni un instante
en ver a uno que hacíase con las espléndidas armas
y a otro en tierra tendido y sangrando a través de la herida.
Y vestido de bronce brillante se fue a la vanguardia
dando gritos agudos, igual que una llama que Hefesto[243]
encendiera. Y llegaron las voces al hijo de Atreo,
que gimió y habló a su corazón generoso, diciendo:

—¡Ay de mí! Si es que he de abandonar estas armas {magníficas
y a Patroclo que está por mi causa tendido en el suelo,
temo que se airará cualquier dánao que tal cosa vea.
Mas si por el honor lucho a solas con Héctor, los teucros
que son muchos y yo me hallo solo, querrán rodearme,
pues traerá Héctor del casco brillante al ejército todo.
Mas ¿por qué el corazón me hace ahora que piense estas {cosas?[244]

Cuando el hombre a pesar de los cielos se bate con otro
al que un dios favorece, muy pronto le ocurre un gran daño.
Así, pues, ningún dánao habrá de irritarse conmigo
porque vean que cedo ante Héctor al que un dios protege.
Mas si el grito de Ayax el valiente llegase a mi oído,
él y yo volveríamos para luchar nuevamente,
pese al dios, y llevarle el cadáver a Aquiles Pelida,
pues sería quizá lo mejor entre nuestras desgracias.

243. Es el dios del fuego, patrón de los artesanos que trabajan los metales en la fragua.

244. Se creía que las facultades cognitivas y de raciocinio del hombre se hallaban en el pecho (corazón).

Mientras esto pensaba él en su corazón y su mente,[245]
dirigidas por Héctor llegaban las huestes troyanas;
dejó entonces el muerto y volviose hacia atrás revolviéndose.
Igual que al melenudo león que muchísimas veces
del establo los hombres y perros alejan con lanzas
y con gritos y su corazón valeroso se encoge
y el redil abandona esta vez de malísima gana,
de Patroclo se fue Menelao el de rubios cabellos.
Se detuvo al estar con los suyos y entonces volviose
y sus ojos inquietos buscaron a Ayax Telamonio.
Lo vio pronto a la izquierda de donde se estaba luchando
arengando a su hueste e incitándola a que combatiera,
porque les infundió Febo Apolo un temor muy profundo.
Corrió a él, se detuvo a su lado y habló de este modo:

—Ven, Ayax, dulce amigo, a luchar por el muerto Patroclo
para ver si podemos llevárselo a Aquiles, desnudo,
pues sus armas llevóselas Héctor del casco brillante.

Dijo así, y el magnánimo Ayax se sintió conmovido,
y él las filas cruzó y Menelao el de rubios cabellos.
Héctor las nobles armas ya había quitado a Patroclo
y llevábalo a rastras, queriendo cortar su cabeza
con el bronce afilado y cederlo a los perros de Troya,
pero Ayax se fue a él con su escudo igual que una torre
y Héctor, retrocediendo, llegó hasta el lugar de sus hombres,
saltó al carro y las armas magníficas dio a los troyanos
para que a la ciudad las llevaran y fueran su gloria.
Ayax con su grandísimo escudo volvió al Menetiada
y aguardó, como el león que, acechando, protege a sus crías
[cuando al ir por el bosque con ellas de pronto aparecen
cazadores y perros, y haciendo de su fuerza alarde
baja entonces los párpados y sus pupilas oculta,]

245. Cfr. nota 244.

de este modo corrió Ayax en torno del héroe Patroclo
y a su lado quedó Menelao, el amado por Ares,
quien sentía crecer en su pecho un dolor infinito.
Glauco, el hijo de Hipóloco y jefe de todos los licios,
torvamente miró a Héctor y así lo increpó con dureza:

—Héctor, tienes muy bella figura, mas no en la batalla.
No mereces tu fama, pues sabes huir solamente.
Piensa cómo podrás defender tu ciudad y tus hombres
solo y sin más ayuda que los que en Ilión han nacido.
Ningún licio en favor de tu villa ha de entrar en combate
con los dánaos, pues bien veo que para nada agradécese
pelear sin descanso ni tregua contra el enemigo.
¿Cómo tú salvarás en la lucha a un oscuro guerrero,
infeliz, si tú aquí a Sarpedón, huésped tuyo y amigo,
dejas que sea presa y botín de los hombres argivos?
Hizo en vida muy grandes servicios a ti y a tu villa,
y te asusta apartar a los perros de junto a su cuerpo.
Por lo tanto, si todos los licios quisieran creerme,
a su patria se irían dejándole a Troya la ruina.
Pero si los troyanos tuvieran ahora la audacia
y el valor que debieran tener los que están por la patria
sosteniendo contiendas y luchas con los enemigos,
de Patroclo el cadáver a Ilión llevaríamos pronto.
Cuando hayamos llevado su cuerpo a la villa de Príamo,
una vez retirado del campo, las armas que tuvo
Sarpedón, tan magníficas, nos las darán los argivos
y, además, hasta Ilión tal vez sea posible llevárnoslo,
tal es el escudero que fue del argivo más bravo
de las naves, igual que sus tropas que luchan de cerca.
Pero tú, a esperar al magnánimo Ayax no te atreves,
ni en la lucha te sientes capaz de aguantar su mirada,
ni a batirte con él porque sabes que en fuerza te excede.

Torvamente repúsole Héctor del casco brillante:

—¿Por qué, Glauco, te atreves a hablar con tamaña osadía?
¡Dioses! Y te creí que en prdencia excedías en mucho
a cualquiera de los habitantes de Licia la fértil.
Pero ahora te reprenderé por hablar de este modo;
me dijiste que yo era inferior ante Ayax el ingente.
No le temo al combate y tampoco al fragor de los carros;
es más fuerte el deseo de Zeus el que lleva la égida:
pone en fuga al varón esforzado y le quita su triunfo
fácilmente, aunque él mismo a la lid antes lo haya incitado.
Pero ven junto a mí, amigo mío, y contempla mis hechos
y verás si luchando me muestro tan vil como has dicho,
todo el día, o si haré que algún dánao, no obstante su audacia
y valor, deje de defender de Patroclo el cadáver.

Dijo, y a grandes voces así estimuló a los troyanos:

—Teucros, licios y dárdanos que peleáis cuerpo a cuerpo,
camaradas, sed hombres, mostrad vuestro ardiente denuedo
mientras visto las armas hermosas de Aquiles ilustre
que he quitado a Patroclo después de quitarle la vida.

[Héctor vuelve al combate vestido
con las armas de Patroclo]

Dijo, y Héctor del casco brillante dejó el cruel combate
y, corriendo con plantas ligeras, dio alcance muy pronto,
no muy lejos, a sus compañeros, llevándose hacia
la ciudad las magníficas armas de Aquiles Pelida.
Lejos del luctuoso combate cambió de armadura
y la suya dio entonces a los belicosos troyanos
para que la llevaran a Ilión la sagrada, y vistiose
las divinas de Aquiles Pelida, que dieron los dioses
a Peleo, y que este, ya anciano, dio luego a su hijo,
que no había de envejecer en la armadura paterna.

Cuando Zeus, el que nubes reúne, lo vio, que apartado
se vestía las armas que fueron de Aquiles divino,
sacudió la cabeza y habló para sí murmurando:

—¡Desgraciado! En la muerte no piensas y está, sin embargo,
acercándose a ti y ahora vistes las armas divinas
de un varón muy valiente a quien todos temor han tenido.
Le mataste a su amigo, tan leal como fuerte, y vilmente
de sus hombros y de su cabeza quitaste las armas.
Mas te dejo que alcances aún una buena victoria
puesto que al regresar de la lid no obtendrá nunca Andrómaca
de tus manos las armas ilustres de Aquiles Pelida.

Dijo, y sus negras cejas bajó, al asentir, el Cronida.
Adaptó a Héctor las armas y entró Ares en él, furibundo
y terrible, y sus miembros llenó de gran fuerza y audacia.
Penetró entre la turba de los auxiliares ilustres,
dando gritos potentes y así se mostró a ojos de todos
con las armas brillantes de Aquiles Pelida el magnánimo.
Y después animó a cada uno a su vez con palabras;
de este modo animó a Mestles, Glauco, Medonte y Tarsíloco,
también a Disenor y animó a Asteropeo e Hipotoo,
luego a Forcis y a Cromio y a Énomo, el adivino,
animó a todos ellos con estas aladas palabras:

—Oídme, tribus innúmeras de mis vecinos y aliados,
no por necesidad de reunir a una gran muchedumbre
hasta aquí os he traído de vuestras ciudades lejanas,
sino para que me defendáis de los bravos aqueos
con coraje y valor las mujeres y niños troyanos.
Y por esto yo abrumo a mi pueblo y le exijo presentes
y alimentos para que se excite la audacia de todos.
Ahora que cada uno haga frente contra el enemigo
y el morir o salvarse son lances que ocurren en guerra.
Ya no existe Patroclo, y aquel que me arrastre el cadáver
a las filas troyanas y logre que Ayax ceda el campo,

le daré la mitad del despojo, y el resto tan solo
será mío, y la gloria será para el uno y el otro.

Dijo, y arremetieron al punto atacando a los dánaos
con las lanzas en ristre, pues todos querían ahora
arrancar el cadáver de manos de Ayax Telamonio.
¡Insensatos! Sobre él el caudillo mató a muchos hombres.
Y Ayax ahora llamó a Menelao el de grito potente:

—Dulce amigo, ¡oh alumno de Zeus!, Menelao. Ya no espero
que salgamos jamás de esta lucha ni el uno ni el otro.
Pues no tanto temor me da el cuerpo del héroe Patroclo
que muy pronto será en Troya pasto de perros y buitres,
como por mi cabeza lo tengo y también por la tuya
porque veo esta nube de guerra que todo lo cubre,
Héctor, y nos espera a los dos una muerte muy dura.
Pero llama, por si te oye alguno, a los dánaos intrépidos.

Dijo así, y Menelao el de grito potente lo hizo
y, elevando la voz, de este modo les dijo a los dánaos:

—¡Camaradas y jefes y príncipes de los argivos
que con Agamenón y también Menelao, los Atridas,
bebéis vino del pueblo[246] y mandáis los ejércitos todos
y de Zeus a vosotros os viene el honor y la gloria!
Me es difícil ver uno por uno a vosotros los jefes,
tan violenta es la lucha que aquí por el campo se empeña.
Mas que venga cada uno y se sienta indignado en el pecho
de que sirva Patroclo de fiesta a los perros troyanos.

Dijo, y lo oyó en seguida el veloz Ayax, hijo de Oileo,
y a través de las filas llegó antes que nadie corriendo.
Y tras él, al momento, llegó Idomeneo, seguido

246. El banquete no era únicamente un rutinario acto social: se trataba de ir renovando un pacto entre aliados.

de Meriones, un émulo del homicida Enialio.
[¿Quién podría acordarse ahora ya de los nombres de todos
los aqueos que fueron llegando a animar el combate?

[Violento combate en torno
al cuerpo de Patroclo]

Atacaron los teucros en masa, mandados por Héctor.]
Al igual que en la boca de un río que lluvias celestes
alimentan, las olas ingentes bramando refluyen
a la mar y las altas orillas resuenan en torno,
de tal modo avanzaban gritando los teucros. Y en tanto
los aqueos, de pie en torno al cuerpo del gran Menetiada
con escudos de bronce amparábanlo, y puso el Cronida
una niebla muy densa envolviendo sus cascos brillantes,
porque nunca odio alguno sintió por el gran Menetiada
mientras vida alcanzó y fue el auriga del nieto de Eaco,
y ahora odiaba que fuera la presa de perros troyanos
y por esto incitaba a los suyos para defenderlo.

Los troyanos allí a los aqueos de fúlgidos ojos
rechazaron primero y, dejando el cadáver, huyeron.
Y si bien los altivos troyanos no hirieron a nadie
con sus lanzas, tiraron del muerto. Mas muy poco tiempo
lo dejaron los otros. Ayax hizo que se volvieran,
y era este, en figura y acciones, el dánao más grande
entre todos los suyos después del ilustre Pelida.
Cruzó el héroe las filas primeras, igual en bravura
al feroz jabalí que en los montes a mozos floridos
y a los perros dispersa hocicando por los matorrales,
de la misma manera el magnífico Ayax Telamonio
atacó y dispersó las falanges troyanas al punto
que agitábanse en torno a Patroclo con la decidida
intención de llevarlo a la villa y lograr así gloria.

El magnífico Hipotoo, hijo ilustre de Leto el pelasgo,
arrastraba el cadáver de un pie en medio de la batalla:
había atado una cuerda al tobillo sobre los tendones;
congraciarse quería con Héctor y con los troyanos.
La desgracia lo hirió sin que nadie pudiera evitarlo,
puesto que el hijo de Telamón lo atacó ante la turba
y lo hirió por el casco de las carrilleras de bronce;
se quebró en la crinada cimera al golpearlo la punta
de la enorme azagaya impulsada por mano robusta.
El cerebro fluyó ensangrentado a través de la herida
y a lo largo del asta; el guerrero perdió entonces fuerzas
y escapó de sus manos el pie de Patroclo magnánimo;
vaciló frente al héroe y de bruces cayó sobre el muerto,
lejos de la fecunda Larisa, y no pudo a sus padres
su crianza pagar, pues fue breve su vida; la lanza
del magnánimo Ayax acabó en ese día con ella.

Contra Ayax lanzó Héctor entonces la lanza brillante,
pero este, al notarlo, esquivó la broncínea azagaya
que alcanzó a Equedio entonces, el hijo de Ifito magnánimo
y el focense más bravo, que en la Panopea famosa
habitaba y reinaba sobre otros muchísimos pueblos;
lo alcanzó en la clavícula, donde la punta de bronce
penetró, y asomó en el extremo del hombro derecho.
El guerrero con ruido cayó y resonaron sus armas.

Hirió al hijo de Fénope Ayax, el magnánimo Forcis,
que el cadáver de Hipotoo guardaba, y lo hirió en pleno vientre;
abrió el bronce la comba coraza y se hundió en las entrañas,
y caído en el polvo cogía a puñados la tierra.
Los primeros se echaron atrás y con ellos fue Héctor;
los argivos gritaron, sacaron de allí a los cadáveres,
los de Forcis e Hipotoo, y quitáronles luego las armas.

Hasta Ilión los troyanos hubieran entonces llegado
allí por los aqueos, armados por Ares, lanzados,

y aun en contra de Zeus los argivos hubiesen triunfado
por su fuerza y su brío, si Apolo en persona no hubiese
dado ánimo a Eneas con el exterior del Epítida
Perifantes, que viejo se hizo con su anciano padre,
ejerciendo de heraldo y muy sabio en prudentes consejos.
Y bajo esta apariencia habló el hijo de Zeus, Febo Apolo:

—¿Cómo, Eneas, a la excelsa Ilión salvarías, aun cuando
algún dios se opusiera? No obstante, yo vi a otros varones
con esfuerzo y virtud, y fiados en su valentía
mantener sin temor la ciudad y sus propios ejércitos.
Zeus el triunfo a nosotros nos da, no lo ofrece a los dánaos,
y vosotros huís temblorosos con miedo a la lucha.

Así dijo, y Eneas lo vio y conoció que era Apolo
el que hiere de lejos, y a Héctor llamó dando voces:

—Héctor y capitanes troyanos y sus aliados,
vergonzoso es entrar en Ilión acosados por todos
los guerreros aqueos y por nuestro miedo impelidos.
Vino un dios a decirnos que Zeus, que es el último árbitro,
continúa mostrándose nuestro aliado en la lucha.
Por lo tanto, ataquemos al punto a los dánaos, de modo
que a las naos no se lleven tranquilos al muerto Patroclo.

Así dijo, y de un salto se puso en la fila primera
y volvieron la cara los teucros ante los aqueos.
Con la lanza hirió Eneas entonces a Leócrito, el hijo
de Arisbante, que fue compañero del gran Licomedes.
Licomedes, amado por Ares, al verlo caído
acercose apiadado, blandiendo la lanza potente
y al Hipásida Apisaón, el pastor de los hombres,
en el hígado hirió bajo el vientre y quebró sus rodillas;
de la fértil Peonia él había llegado y a todos,
después de Asteropeo, excedía al entrar en combate.

Al intrépido Asteropeo apiadó su caída
y a su lado corrió, decidido a luchar con los dánaos,
mas no pudo, pues cuantos rodeaban al muerto Patroclo,
empuñaban la lanza y cubríanse con los escudos.

Recorría las filas Ayax, ordenando a su gente
que no retrocediera, dejándose atrás el cadáver,
ni que se adelantara, al luchar, a los otros aqueos,
sino que rodearan al muerto y lucharan de cerca.
Tales órdenes daba el ingente Ayax. Sangre purpúrea
empapaba la tierra; a racimos caían cadáveres
de troyanos, de sus poderosos aliados y dánaos,
que estos últimos, sin derramar sangre, no se batían,
[pero con menos bajas porque procuraban valerse
mutuamente en la lucha, evitándose entre ellos la muerte].

Combatían así con la fuerza del fuego. No hubiera
dicho nadie que aún subsistían el sol y la luna,
de tal modo la niebla cubría a los hombres ilustres
que luchaban en torno al cadáver del gran Menetiada.
Los restantes troyanos y aqueos de grebas hermosas,
libres de toda niebla luchaban al cielo sereno
y a los vívidos rayos del sol; ni una nube siquiera
en el llano y los montes había; a intervalos batíanse
y a distancia, intentando evitarse los tiros amargos
que el contrario lanzaba. Y en tanto los otros
por la niebla y la lucha sufrían, y a los más valientes
había herido el cruel bronce. Tan solo dos hombres insignes,
Trasimedes y Antíloco, desconocían la muerte
del ilustre Patroclo y creían que estaba con vida
combatiendo sin tregua a los teucros, delante de todos,
y temiendo que sus camaradas muriesen o huyeran,
separados de todos luchaban por orden de Néstor
que, al partir de los negros navíos, lo había ordenado.

Todo el día aguantaron la lucha y el duro combate
y el cansancio y sudor anegaba rodillas y piernas
de una forma incesante y aun a los pies les llegaba
y los ojos y manos a los que peleaban en torno
del leal servidor del Eácida de pies ligeros.
Igual que el curtidor da a su gente la gran piel de un toro
para que ellos la estiren y luego la cubran de grasa,
y la cogen y a su alrededor se colocan y tiran
y se va la humedad de este modo y penetra la grasa
y la piel queda por todas partes muy bien extendida,
de la misma manera tiraban aquellos del muerto
por un lado y por otro en espacio muy corto: esperaban
los troyanos llevárselo a Ilión y a las naos los aqueos.
Y un tumulto terrible prodújose en torno del muerto,
y, de verlos, ni Ares, guiador de guerreros, ni Atena,
aun airados, hubiesen quizá criticado la lucha.

Tal combate movió Zeus en torno a Patroclo con hombres
y caballos entonces. Aquiles divino ignoraba
todavía que hubiese ya muerto Patroclo en la lucha
porque se combatía muy lejos de las naos veloces,
[al pie de las murallas de Troya, y jamás en su ánimo
dio cabida a esta idea: esperaba que vivo, llegado
a las puertas, volviera, pues no suponía tampoco
que tomara la villa, ni solo, ni aun con él mismo.
Lo oyó así muchas veces contar a su madre, si estaba
solo, pues del gran Zeus referíale los pensamientos.
Pero no fue la madre a contarle esta vez su desgracia:
que había muerto en la lucha el amigo a quien él más quería.

Junto al muerto seguían blandiendo la lanza aguzada,
se atacaban sin tregua y se herían obstinadamente.
Y hubo aqueo de cota de bronce que habló de este modo:

—A ninguno, ¡oh amigos!, habría de sernos glorioso
regresar a las cóncavas naos. Antes la negra tierra

se nos trague, porque es preferible que tal cosa ocurra,
antes que a los jinetes troyanos dejemos el muerto
y a la villa lo arrastren y alcancen con ello la gloria.

[A su vez algún teucro magnánimo habló de este modo:]

—Aunque el hado disponga, ¡oh amigos!, que todos
{muramos,
junto a ese hombre, que ni uno siquiera abandone el combate.

De este modo excitaban la audacia de sus compañeros.
Y seguían luchando y llegaba su estrépito férreo
por el éter inmenso a través de los cielos de bronce.][247]

[El dolor de los caballos de Aquiles]

Los caballos de Aquiles lloraban distantes del campo
al saber que yacía caído en el polvo el auriga
por la mano de Héctor el gran matador de los hombres.
Por más que Automedonte, el intrépido hijo de Diores,
con la tralla flexible golpeábalos constantemente
y con suaves o amenazadoras palabras hablaba,
no querían volver a las naves ni al vasto Helesponto,
ni tampoco ir a donde los dánaos estaban luchando.
Igual que la columna mantiénese siempre inmutable
erigida en la tumba de un hombre o matrona que ha muerto,
igualmente inmutables y uncidos al carro labrado,
inclinando el testuz, de sus ojos caían al suelo
ardentísimas lágrimas con que lloraban la pérdida
del auriga, y el llanto anegaba las crines lozanas
que, al salir del collar, a ambos lados del yugo caían.

247. Obsérvese la imagen sensorial gracias a la fuerza de los metales empleados en la lucha.

Y por ellos, al verlos llorar, el Cronión sintió lástima
y movió la cabeza y hablando a sí mismo, se dijo:

—¡Infelices! ¿Por qué al rey Peleo, a un mortal, os cedimos,
si vosotros estáis de vejez y de muerte eximidos?
¿Para que compartierais la pena del mísero humano?
Porque más desgraciado que el hombre no hay ser que se
{encuentre
entre cuantos respiran y muévense sobre la tierra.[248]
Pero no llevaréis en el carro labrado vosotros
a Héctor, hijo de Príamo: no dejaré que lo haga.
¿No le basta quedarse sus armas y de ello gloriarse?
Os daré a vuestro espíritu fuerzas y a vuestras rodillas
para que a Automedonte llevéis sano y salvo del campo
a las cóncavas naves, y quiero dar gloria a los teucros:
matarán hasta que haya llegado a las naves bancadas,
se haya puesto ya el sol y la noche sagrada acaezca.

Dijo, y un gran vigor infundió a los caballos entonces.
Sacudieron al suelo sus crines cubiertas de polvo
y entre teucros y aqueos, veloces, pasaron el carro
y luchó Automedonte desde él, triste por el amigo,
y lanzose con ellos lo mismo que el buitre a los gansos.
Fácilmente lograba escapar del tumulto troyano
y atacar y también perseguir a tropeles de hombres
y a ninguno lograba matar cuando los perseguía
porque, solo en el carro sagrado, no le era posible
atacar con la lanza y guiar los caballos veloces.
Pero al fin con sus ojos lo vio Alcimedonte, su amigo,
que era el hijo de Laerces, un hijo de Hemón, y poniéndose
tras el carro, con estas palabras habló a Automedonte:

248. A los hombres mortales corresponde el máximo sufrimiento por designio divino.

—¿Qué dios te sugirió, Automedonte, esta inútil idea
dentro del corazón y ha logrado privarte del juicio?[249]
¿Por qué, estando tú solo, te bates en primera línea
con los teucros, si tu compañero ha perdido la vida
y Héctor se vanagloria vistiendo las armas del Eácida?

Y repúsole así Automedonte, el hijo de Diores:

—Dime tú, Alcimedonte, ¿a qué aqueo le será posible
sujetar o aguijar los eternos caballos que llevo,
sino a un hombre en consejos rival de los dioses, Patroclo,
mientras vida logró? Mas la parca y la muerte alcanzáronlo.
Mas recoge tú ahora la tralla y las riendas lustrosas
y yo, para batirme en la lid, bajaré de este carro.

Así dijo, y al carro ligero subió Alcimedonte
y al momento tomó con la mano la tralla y las riendas.
Se apeó Automedonte, y al punto los vio el noble Héctor
y en seguida habló a Eneas que estaba a su lado y le dijo:

—Consejero de teucros de cotas de bronce, ¡oh Eneas!,
veo que los caballos del Eácida de pies ligeros,
en la lid aparecen guiados por flojos amigos.
Si ayudarme quisieras tal vez lograría aprehenderlos,
pues aquellos no se atreverán a luchar frente a frente,
ni a ofrecer resistencia si los atacamos nosotros.

Dijo, y obedeció al punto el hijo valiente de Anquises.
Protegiendo sus hombros con fuertes escudos de cuero
seco y duro y cubierto de bronce, pasaron delante.
Y siguiéronles Cromio y Areto el igual que los dioses;
confiaban en dar al auriga y al otro la muerte
y en seguida obtener los corceles de cuellos erguidos.
¡Insensatos! No sin que se hubiese vertido su sangre

249. Cfr. nota 244.

lograrían salir de su encuentro con Automedonte,
quien, orando a Zeus Padre, llenose las negras entrañas
de vigor y de fuerza y habló a Alcimedonte, su amigo:

—No muy lejos de mí, Alcimedonte, mantengas los potros,
que en mi espalda yo sienta su aliento. No creo deponga
Héctor, hijo de Príamo, su ira hasta que haya logrado
conseguir los caballos de crines hermosas de Aquiles
y nos mate a los dos y destroce las líneas argivas
o bien se haga matar peleando en las filas primeras.

Dijo, y a Menelao, como a entrambos Ayax, llamó a gritos:

—Menelao, y vosotros, Ayax, jefes de los aqueos,
a los más vigorosos dejad el cuidado del muerto;
ellos lo rodearán defendiéndolo del enemigo
y venid a librarnos del día implacable a nosotros.
Hacia aquí traen ahora la aciaga batalla los hombres,
los mejores troyanos, Eneas y el Priamida Héctor.
Tienen ya en sus rodillas los dioses lo que ha de ocurrirnos;
lanzaré yo mi pica y ya Zeus correrá con el resto.

Así dijo, y la larga azagaya blandió y lanzó luego
y golpeó duramente el escudo redondo de Areto
que no pudo pararla y la punta logró atravesarlo
y rasgó el cinturón y clavose debajo del vientre.
Como un mozo robusto con una segur afilada
hiere a un buey montaraz por detrás de las astas y hiende
con un tajo su nervio y la bestia da un salto y se aterra,
así el teucro saltó y se cayó boca arriba, y la lanza
aún vibraba en su vientre y quitó de sus miembros la fuerza.
Arrojó Héctor su lanza brillante contra Automedonte
y este, al verla llegar, evitó la azagaya de bronce;
se inclinó hacia adelante y pasó por encima la lanza
y clavose detrás en el suelo y quedose vibrando
hasta que el poderoso Ares hizo ceder el impulso.

Cuerpo a cuerpo se hubiesen batido blandiendo la espada
si no hubieran entrambos Ayax acudido a apartarlos.
A sus voces amigas los dos al combate acudieron,
y se echaron atrás temerosos los otros al verlos,
Héctor, hijo de Príamo, Eneas y Cromio divino;
con el pecho rasgado dejaron a Areto en el suelo.
Se lanzó Automedonte, el rival de Ares el homicida,
a quitarle las armas, y dijo gloriándose de ello:

—Alivié el corazón por la muerte del gran Menetiada,
aunque le es inferior el varón a quien di yo la muerte.

Así dijo, tomó y llevó al carro las armas sangrientas
y montó luego en él, y empapados en sangre tenía
pies y manos, igual que un león que devora a un gran toro.

[Prosigue el combate con ventaja
para los troyanos]

Nuevamente y en torno a Patroclo trabose una lucha
dolorosa y brutal que Atenea ahora había encendido,
que por Zeus el tonante había sido enviada allí para
socorrer a los dánaos. Su suerte ya había cambiado.
Igual que el arco iris purpúreo en los cielos extiende
el Cronión a los hombres como una señal de la guerra,
o de invierno muy frío que todas labores del hombre
en los campos suspende y a todo rebaño entristece,
tal de niebla purpúrea rodeada llegó allí la diosa,
en la turba de aqueos entró y animó a cada hombre.
Y primero que nadie fue al hijo de Atreo, el valiente
Menelao, a quien ella tenía más cerca, y tomando
la figura y la voz incansable de Fénix, le dijo:

—Para ti, Menelao, será causa de oprobio y vergüenza
que ante el muro de Troya los perros veloces destrocen

el cadáver del fiel compañero de Aquiles ilustre.
¡Lucha con gran denuedo y anima al ejército todo!

Y repúsole así Menelao, el de grito potente:

—¡Padre Fénix, anciano querido! Ojalá ahora Atenea
me dé fuerzas y libre del ímpetu cruel de los tiros.
Yo quisiera estar junto a Patroclo y llevar su defensa
porque mi corazón conmovió grandemente su muerte.
Sin embargo, Héctor tiene la fuerza feroz de la llama
y no deja de herir con el bronce y le da Zeus la gloria.

Dijo así, y Atenea la diosa de claras pupilas
se alegró, porque fue entre los dioses primero invocada;
y al instante le dio a sus rodillas vigor y a sus hombros
e infundiole en el pecho la audacia que tiene la mosca
que aunque sea ahuyentada una vez y otra vez, vuelve y pica
sin cesar porque le es agradable la sangre del hombre;
de esta audacia la diosa llenó sus entrañas oscuras.
Se fue junto a Patroclo y lanzó la azagaya brillante.
Con los teucros hallábase un hijo de Etión, Podes, rico
y valiente, a quien Héctor tenía en muchísima estima
puesto que en los festines para él era un buen compañero;
Menelao, el de rubios cabellos, tocole en el cinto
cuando ya se escapaba y el bronce se hundió muy adentro.
El troyano cayó y Menelao el Atrida el cadáver
arrastró de las líneas troyanas hasta sus amigos.

Llegó entonces Apolo, queriendo dar ánimos a Héctor,
y tomó la figura de Fénope Asiada, el más caro
de los huéspedes todos que había tenido en Abidos.
Y bajo esta apariencia habló Apolo, el que hiere de lejos:

—¡Héctor! Dime qué argivo podrá ya ante ti tener miedo
si huyes de Menelao que fue siempre un guerrero muy débil
y ahora él solo se atreve a venir y llevarse un cadáver

a las líneas troyanas. Mató a tu más fiel compañero,
Podes, hijo de Etión, que delante de todos luchaba.

Dijo así, y lo envolvió una negrísima nube de pena
y, vestido de bronce brillante, se fue a la vanguardia.

El Cronida tomó la floqueada y espléndida égida
y de nubes cubrió todo el Ida, lanzó los relámpagos
y tronó con grandísimo ruido, movió luego la égida
y dio el triunfo a los teucros y puso a los dánaos en fuga.

El primero en lanzarse a la fuga fue el beocio Penéleo.
Como siempre le daba la cara a los teucros fue herido
levemente en lo alto del hombro; fue solo un rasguño
pues la lanza de Polidamante llegole hasta el hueso.
Leito, el hijo de Alectrión ilustre, fue herido en el puño
por la lanza de Héctor que lo hizo dejar el combate,
y miró en torno suyo y huyó temeroso, sabiendo
que atacar no podría a los teucros blandiendo la lanza.
Contra Héctor, que a Leito acosaba, lanzó Idomeneo
su azagaya, y le dio en la coraza junto a la tetilla,
mas rompiose la punta en la unión con el asta. Y gritaron
los troyanos. Y él a Idomeneo Deucálida que iba
en el carro arrojole la pica y falló por muy poco,
pero el bronce clavose en Cerano, escudero y auriga
de Meriones; vinieron de Leito la bien construida
—de los corvos navíos al campo salió como infante,
y un espléndido triunfo a los teucros hubiese ofrecido,
si Cerano no hubiera llegado con los raudos potros;
fue este su salvador al librarlo del día funesto
pues la vida perdió a manos de Héctor, el gran homicida—;
así, pues, entre oreja y mandíbula hirió a este y la punta
hizo que se saltaran sus dientes y hendiole la lengua.
Desde el carro cayó y se vinieron al suelo las riendas.

Inclinose Meriones al verlo y allí con sus manos
recogió nuevamente las riendas y habló a Idomeneo:

—¡Hasta que hayas llegado a las naves aguija a los potros!
Pues ya ves que los dánaos no habrán de alcanzar la victoria.

Dijo, e Idomeneo a los potros de crines hermosas
aguijó hacia las naves, llevada de miedo su alma.

El magnánimo Ayax y también Menelao comprendieron
que a los teucros cedíales Zeus la inconstante victoria.
Y el primero que habló en ese instante fue Ayax Telamonio:

—¡Dioses! Ya hasta el más necio podría esta vez darse {cuenta
de que Zeus favorece a los teucros decididamente,
cuyos tiros, ya sea cobarde o valiente el que tire,
en el blanco se clavan, pues Zeus su camino dirige,
mientras caen en el suelo los nuestros, sin dar nunca a nadie.
Mas pensemos la forma mejor de tomar un partido:
si sacar el cadáver o bien emprender el regreso
para que se alegraran con él nuestros buenos amigos,
que estarán afligidos de vernos aquí y tal vez piensen
que ninguno a la fuerza y las manos invictas de Héctor
homicida resiste, y caeremos en las negras naves.
Ojalá algún amigo avisara al instante al Pelida
que seguro ya estoy de que sabe la infausta noticia
de que ha muerto su amigo. Mas no me es posible ver entre
los aqueos a nadie capaz, de tal modo cubiertos
por la niebla espesísima están los caballos y hombres.
¡Padre Zeus, libra ya de la niebla a los hijos de Acaya!
¡Aserena los cielos! ¡Concede a los ojos que vean
y en la luz, si el deseo que tienes es este, destrúyenos!

Así dijo, y el Padre, sintiendo piedad de sus lágrimas,
disipó en ese instante la sombra, apartando la niebla.

Brilló el sol y quedó iluminada en seguida la lucha.
Y Ayax díjole así a Menelao, el de grito potente:

—Mira, alumno de Zeus, Menelao, si entre todos distingues
que esté Antíloco vivo aún, el hijo de Néstor magnánimo,
y al instante que vaya corriendo al intrépido Aquiles
y le diga que ha muerto el amigo a quien él más quería.

[Antíloco es enviado a Aquiles]

Dijo, y la orden cumplió Menelao, el de grito potente.
Al igual que se aleja un león del establo, cansado
de irritar sin cesar a los perros y a los boyerizos
que le impiden comerse la carne de los gordos bueyes,
pues vigilan durante la noche, y hambriento de carne
acomete, mas nada consigue, pues muchos venablos
unas manos robustas le lanzan y teas ardientes
que le hacen sentir mucho miedo aunque esté enfurecido
y con el corazón afligido se va a punta de alba,
Menelao, el de grito potente, se fue de Patroclo
de malísima gana y temiendo que, llenos de miedo,
los aqueos dejáranlo presa de sus enemigos.
Y a Meriones y a entrambos Ayax les habló de este modo:

—Capitanes argivos, Ayax, y caudillo Meriones,
ved ahora la gran mansedumbre del muerto Patroclo
que fue bueno con todos en tanto gozó de la vida,
pero ahora la muerte y la parca ya lo han alcanzado.

Así dijo, y se fue Menelao, el de rubios cabellos,
y miró en torno suyo como hacen las águilas, aves
que, según dicen, son las de más penetrante mirada,
a la que inadvertida no pasa, aunque vuele muy alta,
una liebre de rápidas patas que entre unos matojos
se ha ocultado, y se lanza sobre ella y le quita la vida,

así, alumno de Zeus, Menelao, tus pupilas brillantes
a una parte y a otra miraban por entre la turba
de los suyos, por ver si vivía aún el hijo de Néstor.
Lo vio pronto a la izquierda de donde la lucha empeñábase
animando a los suyos y haciéndoles que se batieran.
Y a él se fue Menelao, el de rubios cabellos, y dijo:

—Ven, Antíloco, alumno de Zeus, a escuchar una nueva
bien infausta, y que no debió nunca de haber acaecido.
Por ti mismo verás, con tender solamente la vista,
que algún dios la derrota nos manda a los dánaos, y el triunfo
da a los teucros. Ha muerto el aqueo más bravo de todos;
a Patroclo mataron. Dejó un gran vacío en los dánaos.
Ve corriendo a decírselo a Aquiles[250] a las naos curvadas,
para que lleve al punto a su nave el cadáver desnudo
puesto que Héctor del casco brillante quedose sus armas.

Dijo, y se estremeció al escuchar tales nuevas Antíloco;
sin palabras quedose un buen rato, y sus ojos de lágrimas
se llenaron y su voz sonora quedose cortada,
pero no descuidó la orden que Menelao le había dado
y se puso a correr. Dio las armas a su compañero,
a Laodoco, que cerca guiaba sus potros solípedos.

[Los aqueos se llevan el cadáver de Patroclo]

Mientras iba llorando y sus pies de la lid lo alejaban,
a llevar estas tristes noticias a Aquiles Pelida,
tu alma, alumno de Zeus, Menelao, no te dio el buen consejo
de que allí te quedaras, prestando tu ayuda a los hombres
fatigados de Antíloco, a quien añoraban los pilios.
Sin embargo, envió a Trasimedes divino y, volviendo

250. Los mensajes del heraldo épico no solamente interesan por su contenido sino también porque mantienen candente el interés del auditorio.

presuroso al lugar donde el muerto Patroclo se hallaba,
se detuvo junto a los Ayax y en seguida les dijo:

—Ya envié al que buscábamos hacia las rápidas naves,
junto a Aquiles el de pies ligeros; mas no creo que venga
en seguida, aunque esté muy irritado contra Héctor divino,
porque estando sin armas no puede luchar con los teucros.
Mas pensemos la forma mejor de tomar un partido,
o sacar el cadáver, o bien emprender el regreso,
evitando luchar con los teucros, la muerte y la parca.

Y repúsole entonces así el gran Ayax Telamonio:

—Tienes mucha razón, Menelao, en las cosas que dices.
Tú y Meriones, meteos los dos, levantad el cadáver
y sacadlo de nuestro combate. Nosotros dos juntos
pelearemos detrás contra Héctor divino y los teucros,
pues iguales la audacia y el nombre los dos poseemos
y los dos juntos siempre en el vivo combate luchamos.

Así dijo, y los otros alzaron en brazos al muerto
lo más alto posible. Y gritaron entonces los teucros
al ver que los aqueos habían alzado el cadáver.
Atacaron igual que los perros al jabalí herido,
cuando a los jóvenes cazadores corriendo adelantan
con afán de hacer presa en la fiera y hacerla pedazos,
pero cuando, fiada en su fuerza, la fiera se vuelve,
retroceden llevados del miedo y por él se dispersan,
de la misma manera los teucros seguían en masa
empuñando sus lanzas de dúplice punta y espadas,
pero cuando volvieron entrambos Ayax y paráronse,
el color de sus pieles cambió, y ya no tuvo ninguno
el valor de avanzar y entablar por el muerto disputa.

De este modo lleváronse aquellos caudillos al muerto
de la lid a las cóncavas naves. Tras ellos violenta

suscitose la lucha lo mismo que un fuego que asalta
una villa muy grande y la incendia, y las casas se hunden
en la hoguera gigante que se hincha a la fuerza del viento,
igualmente a su paso se alzaba el estruendo continuo
de los muchos caballos y gentes provistas de armas.
Así como los mulos robustos se llevan del monte
o por ásperas sendas arrastran un mástil o acaso
una quilla de buque, y se siente abatido su ánimo
agotándose bajo el sudor y también la fatiga,
así con este ardor obstinado llevábanse al muerto.
Detrás, los dos Ayax resistían. Cual muro selvoso
que, extendido por gran parte de la llanura, contiene
las corrientes dañosas de ríos de curso violento
y señala ese cauce por donde su curso se obliga
y no pueden romperlo jamás con la fuerza del agua,
de tal modo frenaban entrambos Ayax a los teucros,
que seguían luchando contra ellos, pero especialmente
el magnánimo Héctor y Eneas, el hijo de Anquises.
Como vuela una banda de grajos o bien de estorninos
dando horribles chillidos al ver al milano acercarse
portador de la muerte terrible a las aves pequeñas,
perseguidos por Héctor y Eneas corrían los dánaos
dando gritos terribles y ya de la lucha olvidados.
Muchas armas hermosas al foso o su orilla cayeron,
de los dánaos que huían. Y no se detuvo el combate.

CANTO XVIII

[Aquiles se entera de la muerte de Patroclo]

Mientras con el ardor de la llama voraz peleaban,
llegó Antíloco, el de pies ligeros, en busca de Aquiles.
Lo encontró cerca de los navíos de popas muy altas
y ya en su corazón sospechaba qué había ocurrido,
pues gimiéndole a su corazón generoso decía:

—¡Ay de mí! ¿Por qué los melenudos aqueos regresan
por el llano a las naves, vencidos y en plena derrota?
Temo que me hayan dado una triste noticia los dioses
para mi corazón, como ya me lo dijo mi madre
[que el más bravo de los mirmidones el sol no vería,
muerto por los troyanos y aun antes de que yo muriera.]
De Menetio sin duda ya ha muerto el intrépido hijo.
¡Infeliz! Le ordené que tan pronto alejara las llamas
regresara a las naves y no se batiera con Héctor.

Mientras su corazón y su mente pensaba estas cosas,
llegó el hijo del ínclito Néstor, se puso a su lado
y le dio la noticia vertiendo ardentísimas lágrimas:

—¡Ay ay de mí, hijo del bravo Peleo! Escucha una nueva
bien infausta y que no debió nunca de haber acaecido:
yace en tierra Patroclo y se lucha ante el cuerpo desnudo,
puesto que Héctor del casco brillante quitole tus armas.

[Tetis acude a consolar a su hijo]

Dijo así, y lo envolvió una oscurísima nube de pena.
Cogió con ambas manos cenizas del lar apagado,
la vertió en su cabeza, afeó su gracioso semblante
y la negra ceniza manchó sus vestidos nectáreos.
Se tendió sobre el polvo después y ocupó un gran espacio
y manchose las manos y así se arrancó los cabellos.
Las cautivas que fueron botín de Patroclo y Aquiles
por la puerta afligidas salieron lanzando gemidos
y rodearon a Aquiles magnánimo y se golpearon
con las manos el pecho y sintieron vacíos los miembros.
Gimió Antíloco y se echó a llorar, y en las manos tenía
las de Aquiles, pues su corazón generoso en suspiros
se partía, temiendo que el hierro su cuello cortara.

Exhaló un cruel gemido y lo oyó su augustísima madre,
que en el fondo del mar, junto al padre, se hallaba sentada,
y al oírlo lloró. Rodeáronla todas las diosas,
las nereidas que habitan los hondos abismos marinos.
[Allí hallábanse Glauce, Talía y con ellas Cimódoce
y Nesea, Espio, Toe y Halia, la de ojos de utrera,
y, además, Cimotoe y Actea y también Limnorea
y Melita con Yera y Anfítoe y asimismo Agave,
Doto, Proto y Ferusa y también Dinamene con ellas,
Dexamena y Anfínome, y luego, además, Calianira,
Doris, Pánope, con Galatea que fue tan famosa,
y Menestes y Apseudes, y luego también Calianasa,
y, además, allí estaban Climene, Yanasa y Yanira,
Aritía, Amatía, la de hermosas trenzas, y Mera
y las otras nereidas que habitan el fondo marino.]
Todas ellas llenaban la gruta brillante y golpeábanse
con las manos el pecho, y dio Tetis principio al lamento:

—Escuchadme, nereidas, hermanas, de modo que todas
comprendáis cómo a mi corazón la amargura devora.[251]
¡Desdichada de mí! ¡Infeliz madre de un hombre valiente!
Alumbré a un hijo ilustre, muy fuerte, el varón más insigne
de los héroes, y que ha ido creciendo lo mismo que un árbol;
lo crié cual si fuera una planta en terreno muy fértil
y a las tierras de Ilión lo mandé en unas cóncavas naves
a luchar con los teucros, y ya nunca más he de verlo
porque no ha de volver a mi hogar, la mansión de Peleo.
Y ahora que vive aún y ve el sol alumbrar tiene pena
y no puedo, aunque acuda a su lado, llevarle consuelo.
Pero iré a ver al hijo querido y sabré qué pesares
me lo afligen ahora, pues ya no interviene en la lucha.

Así dijo, y salió de la gruta y siguiéronle ellas
sollozando, y las olas del mar a su lado rompíanse.
Cuando todas hubieron llegado a la Troya fecunda
por la playa volvieron y entraron en donde las naves
mirmidonas se hallaban, en torno a la del raudo Aquiles.
Y la madre augustísima a él fue, y él estaba gimiendo
tristemente; y hendiendo los aires con tristes clamores;
la cabeza del hijo abrazó y dijo aladas palabras:

—Hijo mío, ¿por qué lloras? ¿Qué hondo pesar ha llegado
a tu espíritu? No me lo ocultes. Ya Zeus ha cumplido
lo que tú, levantando las manos, le habías rogado:
que los dánaos, privados de ti, fuesen acorralados
cerca de los navíos, después de humillantes desastres.

Y el de los pies ligeros, Aquiles, habló suspirando:

251. Las nereidas, divinidades marinas, solidarias con Tetis, manifiestan su gran pesar por la muerte de Patroclo. La tristeza es total y embarga a todos los seres marinos, acto acorde con la categoría de héroe.

—Madre mía, es verdad que todo esto ha cumplido el {Olímpico,
pero ¿qué placer puede causarme si ha muerto Patroclo,
el amigo a quien yo prefería entre mis compañeros,[252]
tanto como a mi propia cabeza? Murió y le quitó Héctor
además de la vida, las armas, las más prodigiosas
que se han visto, magnífico don que los dioses hicieron
a Peleo, al dejarte con hombre mortal en el lecho.
¡Ay, hubieses vivido en el mar con las ninfas eternas
y una esposa mortal se me hubiera tomado Peleo!
Pero así no ocurrió para que fuera inmensa la pena
de tu alma al morirse tu hijo; de vuelta a la patria
no podrás recibirlo; mi alma no quiere que viva
ni quedarme ya más con los hombres en tanto mi lanza
no concluya la vida de Héctor, y así haya pagado
el haber dado muerte a Patroclo, hijo del gran Menetio.

Y, llorando, repúsole Tetis con estas palabras:

—Será breve tu vida a juzgar por las cosas que dices
pues te aguarda la muerte cuando haya llegado la de Héctor.[253]

Y el de los pies ligeros, Aquiles, repuso muy triste:

—Muera yo en este instante, pues no he socorrido al amigo
al morir, y por esto muy lejos murió de su patria
sin tenerme a su lado dispuesto a evitar su desgracia.
Ahora, puesto que no he de volver a la tierra paterna,
ni he salvado a Patroclo ni a muchos amigos que han muerto
por la mano del divino Héctor, me quedo en las naves
de la misma manera que un peso baldío de tierra,
yo que fui peleando el mejor de los hombres de Acaya

252. El desconsuelo de Aquiles es máximo por la pérdida del amigo. Cfr. nota 234.

253. Tetis profetiza el fatal destino de Héctor. Cfr. nota 157.

[de corazas de bronce; otros me han superado en el ágora].[254]
¡Ojalá la Discordia perezca entre dioses y entre hombres
y con ellos la Ira que al hombre sensato enloquece,
pues igual en dulzura a la miel se introduce en el pecho
de los hombres y en ellos se crece lo mismo que el humo!
Así a mí me irritó Agamenón, el pastor de los hombres.
Mas dejemos lo que ya ha pasado aunque estemos muy tristes,
puesto que al corazón lo debemos domar en el pecho.
Ahora voy a buscar al que fue matador de mi amigo,
Héctor, y yo la muerte podré recibir cuando quiera
disponerlo Zeus Padre y las otras deidades eternas.
Pues ni Heracles el fuerte logró liberarse de ella,
a pesar de lo amado que fue para Zeus el Cronida,
pues murió por la parca y la cólera aciaga de Hera.
Así, si he de tener igual muerte, en la tumba, ya muerto,
yaceré, mas ahora deseo una fama gloriosa,
y a más de una troyana o bien dárdana de talle esbelto
haré que de las tiernas mejillas enjuguen su llanto
con las manos en tanto profundos suspiros exhalan,
y sabrán que me abstuve de lucha muchísimo tiempo.
Y aunque me ames, no me lo prohíbas. No habré de escucharte.

Y repúsole Tetis, la diosa de los pies de plata:

—Hijo mío, es verdad lo que dices. No admite censura
el librar de una muerte terrible a los tristes amigos.
Mas los teucros tu bella armadura de bronce luciente
tienen, y Héctor del casco brillante se cubre los hombros,
orgulloso, con ella. Mas creo que no ha de durarle
su jactancia, pues está rondando la muerte su cuerpo.[255]
Mas no vayas aún a la guerra de Ares, en tanto

254. Se refiere a la oratoria o uso de la palabra con finalidad persuasiva, lo que Aquiles no consiguió con Patroclo, y que en el ágora emplea con acierto desde el comerciante al político. Cfr. nota 50.

255. Cfr. nota 253.

con tus ojos no veas que estoy a tu lado de nuevo.
Con el alba mañana vendré, cuando el sol se levante,
a traerte unas armas muy bellas que Hefesto fabrique.

Así dijo, y al hijo volvió las espaldas, y entonces
se volvió a sus hermanas del mar y les dijo estas cosas:

—Descended ahora todas vosotras al mar anchuroso
para ver al Anciano del Mar y la casa del padre
y decídselo todo. Me voy al Olimpo elevado
para que el ilustrísimo artífice Hefesto, si quiere,
le haga a mi hijo esta vez una bella y brillante armadura.

Dijo así, y en las olas del mar sumergiéronse aquellas,
mientras Tetis, la diosa de los pies de plata, se iba
al Olimpo, a buscar a su hijo magníficas armas.

[Grita Aquiles y siembra el terror
entre los troyanos]

Mientras iba al Olimpo, lanzando unos gritos terribles
los aqueos huían ante Héctor el gran homicida
y, buscando las naves, huían hacia el Helesponto.
Los aqueos de grebas hermosas al fin no pudieron
de los tiros sacar a Patroclo, escudero de Aquiles,
porque se les venían encima troyanos y carros
y Héctor, hijo de Príamo, igual en la fuerza a una llama.
Por tres veces el ínclito Héctor tiró de sus piernas
con afán de arrastrarlo, exhortando a los teucros con gritos,
y tres veces entrambos Ayax, con valor impetuoso
recobraron al muerto. Mas él, confiando en sus fuerzas,
atacaba unas veces y, en cambio, otras se detenía
dando gritos; no obstante, jamás peleó en retirada.
Al igual que en el campo no pueden jamás los pastores
apartar de la presa a un fogoso león muy hambriento,

así a entrambos valientes Ayax no les era posible
ahuyentar del cadáver a Héctor, el hijo de Príamo.
Y lo hubiese arrastrado, obteniendo una gloria muy grande,
si la rápida Iris, de pies como el viento, no hubiese
del Olimpo bajado a buscar al Pelida y decirle
que se armase: Hera, a espaldas de Zeus y los dioses lo quiso.
Y se fue cerca de él y le habló con aladas palabras:

—¡Sus, Pelida, el más bravo de todos! Ayuda en seguida
a Patroclo, por quien cerca de los navíos se lucha.
Allí los de ambos bandos están mutuamente matándose;
unos de ellos están defendiendo el cadáver, los teucros
a la Ilión por los vientos batida desean llevárselo.
Y el que más afán tiene en llevárselo es Héctor ilustre
[porque su ánimo le está incitando a cortar la cabeza
del ternísimo cuello y clavársela allí en una estaca].
¡Vamos, no yazgas más! Y que tu corazón se avergüence
de que sea Patroclo un festín de los perros troyanos.
Un oprobio será para ti que se ultraje el cadáver.

Y el de los pies ligeros, Aquiles, repuso diciendo:

—¡Diosa Iris! ¿Qué dios te ha mandado como mensajera?

Y la rápida Iris, de pies como el viento, repuso:

—Me ha mandado a ti Hera, de Zeus augustísima esposa,
pero el hijo de Cronos excelso lo ignora y las otras
inmortales deidades que habitan el nevado Olimpo.[256]

Y el de los pies ligeros, Aquiles, repuso diciendo:

256. Hera goza de una situación privilegiada, razón por la cual oculta la realidad a Zeus y a los dioses. Cuando los humanos actúan de forma parecida, lo justifican aduciendo que lo hacen a semejanza de los dioses.

—¿Cómo puedo luchar si los teucros me tienen las armas
y mi madre se niega a dejarme luchar ahora, hasta
que mis ojos no vean que está nuevamente a mi lado
y me traiga unas armas muy bellas que Hefesto fabrique?
No sé de qué guerrero podría vestirme las armas,
sino solo el escudo de Ayax Telamonio; mas creo
que se encuentra en las filas primeras y está peleando
con la lanza y en torno al cadáver del noble Patroclo.

Y la rápida Iris de pies como el viento le dijo:

—Bien sabemos que tienen aquellos tu bella armadura,
pero vente hasta el foso y en él muéstrate a los troyanos
[para que, temerosos de ti, la batalla suspendan,
y se animen los bravos aqueos, que están abatidos,]
y así tenga la lucha una tregua, aunque sea muy breve.

Así dijo, y se fue Iris la diosa de pies como el viento.
Se alzó Aquiles amado por Zeus, y Atenea con la égida
floqueada cubrió totalmente sus hombros robustos
y la augusta entre todas las diosas rodeó su cabeza
con una áurea neblina encendida cual llama brillante.
Como el humo se ve en una villa ascender hasta el éter
desde la isla lejana cercada por el enemigo,
cuando sus habitantes, después de luchar todo el día,
fuera de la ciudad, cuando el sol se ha ocultado ya, encienden
muchos fuegos, y suben a lo alto las llamas brillantes
para que sus vecinos los vean y embarquen entonces
en sus naos y los puedan salvar del terrible desastre,
así de la cabeza de Aquiles la luz se iba al éter.
Acercose a la orilla del foso, fuera de la muralla,
y no fue a los aqueos, cumpliendo el deseo materno.
Allí, puesto de pie, lanzó un grito. Y también Atenea
lo lanzó y se produjo un tumulto entre todos los teucros.
Como de las trompetas se escucha la voz estridente
cuando va el enemigo homicida a cercar una villa,

así fue de sonora ese día la voz del Eácida.
Al oír del Eácida el grito de bronce, en los hombres
se turbó el corazón, y los potros de crines espléndidas,
presagiando un gran mal por instinto, los cascos volvieron
hacia atrás. Los aurigas quedáronse atónitos, viendo
en la frente del noble Pelida un fulgor espantoso,
que animaba Atenea, la diosa de claras pupilas.

Por tres veces Aquiles divino gritó desde el foso,
y tres veces los teucros y sus auxiliares turbáronse.
Doce de los más bravos guerreros murieron debajo
de sus carros y heridos por sus propias lanzas. Alegres,
los aqueos en andas llevároнse fuera a Patroclo
de los tiros, y lo rodearon llorosos los suyos,
y el de los pies ligeros, Aquiles, estaba entre ellos
y vertía ardentísimas lágrimas ante su amigo
que en el féretro estaba llagado por bronce aguzado.
Con su carro y caballos lo había mandado a la lucha,
y ahora ya no podrá recibirlo jamás de regreso.

Hera augusta, la de ojos de utrera, obligó al incansable
sol a que en el Océano se sumergiera a la fuerza.
Cuando se hubo escondido ya el sol, los divinos aqueos
suspendieron la lucha enconada y los gritos de guerra.

[Asamblea de los troyanos]

De la dura contienda a su vez apartados los teucros,
desuncieron de los carros todos los raudos caballos
y en el ágora, sin atender a la cena, reuniéronse.
Se reunieron de pie, pues ninguno atreviose a sentarse
porque a todos hacía temblar el que Aquiles se hubiera
presentado en la lucha después de pasar tanto tiempo.
El primero en hablarles fue Polidamante Pantoida,
el prudente, que bien conocía el futuro y pasado;

era de Héctor amigo y nacieron en la misma noche,
pero lo superaba al hablar, y él blandiendo la lanza.
Y con mucha prudencia tomó la palabra y les dijo:

—Meditadlo muy bien, compañeros, volved a la villa;
no esperéis a la aurora divina en el valle y al lado
de las naves. Estamos muy lejos de nuestras murallas.
Mientras ese hombre odió a Agamenón el divino, muy fácil
combatir con los hombres aqueos nos fue; hasta yo mismo
encontraba placer en dormir junto a las naos veloces,
esperando que al fin serían nuestros los corvos navíos.
Ahora temo yo mucho al Pelida de los pies ligeros.
La violencia de su alma le hará no quedarse en el llano
donde teucros y aqueos ahora, ya en líneas de unos
o ya de otros, están alternando las iras de Ares,
deseará combatir por la villa y por nuestras mujeres.
A la villa volvamos, creedme; que ocurrirá esto:
al Pelida de los pies ligeros detuvo la noche
inmortal, mas si aquí todavía nos halla mañana
cuando esté con sus armas vestido, sabrá bien alguno
quién es él, y con gran alegría se irá a Ilión la sacra
el que escape, que a muchos troyanos los perros y buitres
comerán. ¡Y ojalá tal noticia no llegue a mi oído!
Y si, aunque esto os apene, seguís mi consejo, tendremos
por la noche en el ágora a todas las huestes; la villa
la defienden las torres, los altos portones y grandes
vigas muy bien pulidas y sólidamente ensambladas.
Muy temprano, a los filos del alba, y armados ya todos,
subiremos a los torreones, y aquel que se acerque
de las naos a luchar con nosotros al pie de los muros
se tendrá que volver después de fatigar vanamente
a los potros de cuellos erguidos, en torno a la villa.
Yo no creo que ni ánimo tengan de entrar al asalto
ni podrán destruirla. Los perros se los comerían.

Y con torvo mirar exclamó Héctor del casco brillante:

—No hablas, Polidamante, en la forma en que grato es oírte
cuando nos aconsejas volver a la villa a encerrarnos.
¿No estáis hartos acaso de estar tras los muros metidos?
Hubo un tiempo en el que los mortales dotados del habla,
rica en oro y en bronce llamaron la villa de Príamo,
pero ya de las casas huyeron las joyas hermosas;
a vender se llevaron a Frigia y Meonia la amable
numerosas riquezas el día en que Zeus nos dio su ira.
Y hoy que el hijo del artero Cronos me ha dado la gloria
cerca de los navíos, lanzando a la mar a los dánaos,
no le vengas, ¡oh necio!, con tales consejos al pueblo.
No te oirá ni un troyano, pues yo no querré permitirlo.
Vamos, pues, procedamos del modo que voy a deciros:
en el campo servíos la cena sin romper las filas;
acordaos de las guardias y todos estad vigilantes,
y el troyano que sienta muy grande temor por sus bienes
que los junte y entregue a las huestes y a su beneficio,
que es mejor que los goce cada uno que no los aqueos.
Muy temprano, a los filos del alba, y armados ya todos,
junto a las corvas naves tendremos un duro combate,
y si Aquiles divino realmente abandona los buques,
allá él, porque habrá de pesarle. No tengo intenciones
de rehuirlo; deseo enfrentarlo en la lucha espantosa,
y o tendrá él un gran triunfo o seré yo quien de él lo consiga.
Enialio es igual para todos y mata al que mata.[257]

Habló Héctor así, y los troyanos lo dicho aplaudieron.
¡Insensatos! Quitoles el juicio la diosa Atenea.
Y loaron a Héctor por tales funestos propósitos
y no a Polidamante que daba prudentes consejos.

257. Enialio es un epíteto del dios de la guerra, Ares, y a veces se caracteriza por la arbitrariedad de sus actos.

[Aquiles llora sobre el cadáver de Patroclo]

Por lo tanto cenaron allí en el real. Los aqueos
se pasaron la noche gimiendo y llorando a Patroclo.
El Pelida empezó los sentidos lamentos; las manos
homicidas tenía en el pecho de su leal amigo,
y lanzaba profundos suspiros. Cual león melenudo
a quien un cazador ha quitado en el bosque las crías
y se aflige porque regresó a su guarida muy tarde
y recorre los valles buscando la pista del hombre
por si puede encontrarlo y está poseído de cólera,
tal con hondos suspiros, a los mirmidones les dijo:

—¡Dioses! Vanas han sido las frases que un día en palacio
pronuncié para tranquilizar al gran héroe Menetio;
pues juré devolverle a su hijo magnánimo a Opunte
cuando, ya Ilión tomada, el botín recogido tuviera.
Pero Zeus no da todas las cosas que quieren los hombres
y ha dispuesto el destino que aquí enrojezcamos la tierra,
en Ilión, él y yo, porque ya no podrán recibirme
en su casa el anciano jinete Peleo, ni Tetis,
mi augustísima madre: esta tierra será mi sepulcro.
Ahora, pues, ¡oh Patroclo!, que tengo que entrar en la tierra
tras de ti, esperarán tus exequias, en tanto de Héctor
la cabeza y las armas te traiga, que él fue tu homicida.
Además doce ilustres cabezas de nobles troyanos
cortaré ante tu pira en venganza, también, de tu muerte.
Mientras tanto, insepulto estarás en las cóncavas naves
y a tu lado troyanas y dárdanas de talle esbelto
gemirán noche y día vertiendo a raudales sus lágrimas,
las que con nuestra audacia y las picas ingentes rendimos
al tomar opulentas ciudades de seres que hablan.

Así dijo, y Aquiles divino ordenó a sus amigos
que pusieran al fuego un gran trípode para que al punto
a Patroclo lavaran del cuerpo las manchas de sangre.

El caldero de las abluciones pusieron al fuego
sobre un trípode, lleno de agua, y debajo la leña:
el caldero las llamas rodearon; se calentó el agua,
y cuando esta empezó a hervir metida en el bronce brillante,
el cadáver lavaron y ungieron con finos aceites,
y con un unto de nueve años caparon sus llagas.
Colocáronlo luego en el lecho; de pies a cabeza
lo cubrieron con telas de lino y con un velo blanco.
Junto a Aquiles de los pies ligeros, gimiendo y llorando
a Patroclo, la noche pasáronse los mirmidones.

[Y habló de esta manera Zeus a Hera, su hermana y esposa:

—Conseguiste, por fin, Hera augusta, la de ojos de utrera
que a la lid el de los pies ligeros, Aquiles, volviese.
De ti los melenudos aqueos tal vez han nacido.

Y repúsole Hera la augusta, la de ojos de utrera:

—¡Oh terrible Cronión, qué palabras dijiste! Si un hombre,
pese a ser un mortal y saber pocas cosas, consigue
realizar su intención contra otro, ¿por qué yo, primera
de las diosas, que tal yo me creo por mis abolengos
y también porque llevo este nombre, además, de tu esposa,
de quien rey y señor es de todos los dioses eternos,
no podré causar daño a los teucros si me han irritado?

[Tetis en el palacio de Hefesto]

Mientras de esta manera los dos se encontraban hablando,]
llegó Tetis, la de pies de plata, a la casa de Hefesto,
inmortal, constelada y fulgente entre todas las casas
de los dioses, de bronce, que el Pata Galana se hizo.
Lo encontró sudoroso y moviéndose en torno a los fuelles;
veinte trípodes se fabricaba en aquellos momentos

que arrimados al muro del bello palacio estarían
y tenían las ruedas de oro en los pies, de manera
que ellos solos pudieran entrar donde estaban los dioses
congregados, y luego volver a la casa. ¡Admirable!
Casi ya estaban listos; faltaban las asas labradas
y ya para fijarlas el dios preparaba los clavos.
Mientras con gran maestría estas cosas hallábase haciendo,
a su lado llegó Tetis, diosa de los pies de plata.
La bellísima Caris, que hermosa diadema llevaba
y era esposa del ínclito cojo, salió a recibirla,
la tomó de la mano y le dijo, citando su nombre:

—¿Cómo, Tetis, la de largo peplo, augustísima y cara,
vienes a mi mansión cuando antaño venir no solías?
Pero sígueme y te ofreceré los presentes del huésped.

Así dijo, y la diosa entre diosas la hizo sentarse
en un trono muy bello y labrado con clavos de plata,
que tenía, para que apoyara los pies, un escaño.
Llamó luego al artífice Hefesto el ilustre, y le dijo:

—Ven, Hefesto, pues Tetis desea pedirte una cosa.

Y repúsole el ínclito cojo con esas palabras:

—Respetable y augusta es la diosa que vino a esta casa.
Me salvó un día en que padecí, pues me vi de los cielos
arrojado muy lejos; mi madre, la cara de perra,
ocultarme quería porque nací cojo, y mi daño
no fue grande porque me acogieron Eurínome y Tetis,
hija Eurínome del que está siempre fluyendo, el Océano.
Nueve años viví fabricándoles joyas de bronce,
brazaletes redondos y broches, collares y anillos,
dentro de una caverna rodeada de espuma, y en donde
resonaba el Océano. Y nadie esta cueva sabía,
ni los dioses siquiera y aún menos los hombres mortales,

solo Tetis y Eurínome, quienes me habían salvado.
Y hoy que viene a mi casa la de las magníficas trenzas,
Tetis, debo pagarle el haberme salvado la vida.[258]
Sírvele, pues, al punto los bellos presentes del huésped
mientras voy recogiendo los fuelles y las herramientas.

Dijo, y se levantó al pie del yunque aquel dios gigantesco
e incansable que, andando, arrastraba las gráciles piernas.
Apartó de la llama los fuelles y en arca de plata
puso las herramientas que para sus obras usaba;
empleando una esponja enjugose el sudor de su rostro,
de las manos, del cuello robusto y del pecho velludo
y vistiose una túnica; luego tomó el fuerte cetro
y salió cojeando, apoyado en estatuas de oro
semejantes en todo a dos jóvenes llenas de vida,
pues tenían talento en sus pechos y voz y eran fuertes,
y sabían hacer obras propias de los inmortales.
Sostenían solícitamente a su amo; este anduvo
y sentose por fin en un trono muy cerca de Tetis,
la cogió de la mano y le dijo, citando sus nombres:

—¿Cómo, Tetis, la de largo peplo, augustísima y cara,
vienes a mi mansión cuando antaño venir no solías?
Di qué quieres, pues mi corazón a que lo haga me impulsa,
si es que es cosa hacedera y a mí me resulta factible.

Y repúsole Tetis, vertiendo amarguísimo llanto:

—¿Otra diosa hay, Hefesto, entre todas las diosas olímpicas
que haya en su corazón soportado tantísimas penas
y tan graves, como Zeus Cronión me ha enviado a mí sola?
De entre todas las ninfas del mar solo a mí me unió a un hombre,

258. El mito da razón de un acto y justifica un credo: he aquí la gratitud de Hefesto a Tetis, su protectora.

a Peleo el Eácida, y contra mis propios deseos,
toleré el lecho de quien se encuentra en su casa vencido
por la triste vejez. Pero ahora me envía otros males:
alumbré a un hijo ilustre, muy fuerte, el varón más insigne
de los héroes y que ha ido creciendo lo mismo que un árbol
y crié, cual si fuera una planta, en terreno muy fértil,
y a las tierras de Ilión lo mandé en unas cóncavas naves
a luchar con los teucros y ya nunca más he de verlo
porque no ha de volver a mi hogar, la mansión de Peleo.
Y ahora que vive aún y ve el sol alumbrar, tiene pena
y no puedo, aunque acuda a su lado, llevarle consuelo.
[La doncella que como botín los aqueos le dieron,
de las naves se la arrebató Agamenón soberano;
apenábase su corazón, pues la echaba de menos
y a los dánaos cercaron los teucros en torno a las naves,
sin dejarlos salir. Y los nobles argivos entonces
fueron a suplicarle ofreciéndole ricos presentes.
Aunque entonces negose a librarlos del duro desastre
hizo que se vistiera sus armas Patroclo, y con una
hueste muy numerosa lo hizo marchar al combate.
Se batieron muchísimo ante las Puertas Esceas
y la villa cayera ese día si Apolo no hubiese
acabado con el Menetiada, que tal daño hizo
en las filas primeras, y dádole a Héctor la gloria.]
He venido a abrazar tus rodillas por si quieres darle
a mi hijo de vida tan corta un escudo y un casco,
unas grebas hermosas que ajusten por medio de broches
y una cota. Las armas que tuvo perdió el buen amigo
al luchar con los teucros, y él gime ahora en tierra apenado.

Y repúsole el ínclito cojo con estas palabras:

—Nada temas, y no te preocupes por esta armadura.
Ojalá yo pudiera evitarle la muerte penosa
ese día en que acuda a su lado el terrible destino,

como habrá de tener tan hermosa armadura, que todos
cuando vean sus armas habrán de quedarse admirados.

[Hefesto forja las armas de Aquiles]

Así dijo, y dejando a la diosa volviose a los fuelles,
los volvió hacia las llamas y les ordenó que forjasen.
Veinte fuelles soplaron al punto en los hornos. Lanzaban
aire que reavivaba las llamas y de varias clases,
como el que trabajaba quería, ya suave, ya fuerte,
como Hefesto quería y la obra lo necesitaba.
Puso al fuego durísimo bronce y después puso estaño,
plata y oro de mucho valor, y en el tajo el gran yunque
colocó, y hecho esto, por último, con una mano
el pesado martillo cogió y las tenazas con la otra.

Comenzó fabricando un escudo muy grande y muy fuerte
y por todas sus partes labrado, con triple cenefa
reluciente y brillante; de plata era la abrazadera.
Cinco capas tenía el escudo y el dios grabó en ellas
con su sabia maestría muy bellas escenas artísticas.

Hizo un bello labrado del mar, de la tierra y los cielos
y del sol incansable y también el de la luna llena;
allí hallábanse todos los astros que el cielo coronan:
Pléyades, Híadas, junto al Orión majestuoso
y la Osa a la que han puesto todos el nombre de Carro,
la cual gira en su sitio de siempre y está a Orión mirando,
y es la única que en el Océano nunca se baña.
Figuró allí dos bellas ciudades de seres que hablan.
Celebrábanse en una unas bodas con unos festines:
de su alcoba salían las novias y las escoltaban
por la villa a la luz de las teas cantando himeneo;
danzarinas mozuelas formaban los corros y dentro
se tocaban las flautas y cítaras, y las matronas

admirábanse de ello de pie en el umbral de las puertas.
En el ágora estaban reunidos los hombres; se había
suscitado un gran pleito entre dos con respecto a una multa
que debía pagarse por un homicidio; uno de ellos
ante el pueblo afirmó que la había pagado, y el otro
lo negaba, y entrambos a un juez remitían el caso.
Y la gente animaba, en dos bandos, al uno o al otro;
los heraldos calmaban al pueblo, y en piedras labradas
los ancianos estaban sentados en círculo sacro;
empuñaban los cetros de los muy sonoros heraldos,
levantábanse uno tras otro y el juicio emitían.
Dos talentos de oro se hallaban en medio, en el suelo,
para darlos al que la justicia mejor demostrara.[259]

Dos ejércitos a la otra villa tenían cercada,
revestidos con armas lucientes; no estaban de acuerdo:
arruinarla querían los unos, los otros partirse
las riquezas que la amable villa encerraba consigo.
Pero no se rendía la villa y pensaba emboscadas.
Las mujeres, los niños y ancianos estaban subidos
en lo alto de aquellas murallas y las defendían.
Los sitiados marchaban con Ares y Atena delante,
ambos de oro, vestidos con trajes también de oro, y ambos
eran altos y grandes, cual dioses, y más distinguidos,
pues los hombres tenían entre ellos menor estatura.

Al llegar al lugar escogido para la emboscada,
en un río, en el cual el ganado se estaba abrevando,
se sentaron, vestidos de bronce brillante, a la orilla,
y detrás, apostados, tenían a dos centinelas
para ver las ovejas llegar y los bueyes cornudos.
Junto con dos pastores muy pronto llegaban las greyes

259. Las escenas cotidianas constituyen un acertado contrapunto a las grandes hazañas de los héroes épicos.

sin temer la emboscada; tañían aquellos las flautas.
Pero los emboscados, al verlos, corrían hacia ellos
y los bellos rebaños de bueyes y ovejas muy blancas
les quitaban, y luego mataban a entrambos pastores.
Mas los otros, que en una asamblea se habían reunido,
en oyendo las voces que alzábanse en torno a los bueyes,
acudían veloces a lomos de raudos corceles.
A la orilla del río teníase un duro combate
en el cual se atacaban entre ellos con lanzas de bronce.
Agitábanse allí la Discordia, el Tumulto y la Parca
que a uno vivo y herido cogía, a otro ileso, y tiraba
de una pierna a un tercero que había perdido la vida,
y en sus hombros la ropa tenía empapada de sangre.
Todos ellos movíanse como provistos de vida,
peleaban entre ellos y se retiraban los muertos.

Allí puso también una tierra noval, blanda, un campo
vasto y fértil que por vez tercera debía labrarse.
Por aquí y por allí muchos hombres labraban con yuntas.
Pero, al dar media vuelta, llegados al fin de este campo,
iba un hombre a su encuentro y les daba una copa de vino
y volvían entonces atrás para abrir nuevos surcos
y del hondo noval deseaban llegar al extremo.
Negreaba a su espalda la tierra al igual que labrada
y era toda de oro, lo cual era una maravilla.

Y también grabó un campo real donde los segadores
con las hoces muy bien afiladas segaban las mieses.
Los manojos caían al suelo a lo largo del surco
e iban los gavilleros formando con ellos gavillas;
eran tres, y unos cuantos rapaces cogían las garbas
a brazadas y se las llevaban a la mostelera.
De pie, en medio de un surco, encontrábase el rey silencioso
con el cetro en la mano y con el corazón muy alegre.
Los heraldos, aparte, se hallaban debajo de un roble

preparando el festín con un buey al que habían matado;
las mujeres, para los obreros vertían la harina.

Asimismo labró un excelente viñedo de oro
cuyas cepas, llenísimas todas de negros racimos,
apoyadas estaban en unas muletas de plata.
Rodeábala un foso de esmalte y un seto de estaño
y llevaba a ella un solo camino por donde pasaban
cuando ya la vendimia ha llegado, los vendimiadores.
Unas mozas y mozos, con los pensamientos muy tiernos,
recogían en cestos de mimbre el dulcísimo fruto,
y un muchacho tañía suave la lira armoniosa
y entonaba con voz delicada un bellísimo lino;
todos lo acompañaban cantando con voces alegres
y con una cadencia sus pies golpeaban el suelo.

Grabó luego un rebaño de vacas de cuernos erguidos;
eran reses de oro y estaño; al salir del establo
remudiaban para ir a pacer en la orilla sonora
de un arroyo que hallábase junto a un flexible cañedo.
Iban cuatro pastores de oro guiando a las vacas
y seguíanles nueve mastines de patas ligeras.

Atacaban las vacas primeras dos leones furiosos
y llevábanse al toro que daba terribles mugidos
y acudían para defenderlos mancebos y perros,
mas los dos desgarraban la piel de ese toro robusto
y tragábanse los intestinos y la negra sangre;
aunque en vano, intentaban los hombres echarles los perros,
que ladraban de cerca, evitando acercarse a morderlos,
pues rehuían ponerse al alcance de aquellas dos fieras.

Luego el ínclito cojo grabó una majada muy grande
en un valle muy bello en el cual las ovejas pacían
y había establos y chozas techadas y asimismo apriscos.

Luego el ínclito cojo grabó allí el lugar de una danza
como el que construyó hace ya tiempo en la muy espaciosa
Cnosos, Dédalo para la de hermosas trenzas Ariadna.[260]
Los mancebos y vírgenes por las que dan muchos bueyes,
de las manos cogidos danzaban y se divertían;
ellas iban vestidas con telas sutiles de lino,
y ellos túnicas muy bien tejidas brillantes de aceite;
[muy hermosas guirnaldas ceñían las frentes de aquellas,
dagas de oro y tahalíes de plata llevaban los jóvenes;]
en redondo con ágiles pies se movían a veces
[como el torno al cual el alfarero, sentado, la mano
ha aplicado, y da vueltas por ver si funciona corriendo;]
y otras veces, separadamente, en hileras dispuestos.
Un inmenso gentío admiraba este baile y gozaba
contemplándolo. En medio cantaba el aedo divino[261]
y tocaba la cítara y cuando se oía el preludio
dos danzantes, en medio de todos, hacían cabriolas.

Y por último del río Océano, la gran corriente
grabó sobre la orla de aquel solidísimo escudo.]

Cuando él hubo acabado el escudo tan grande y tan fuerte
para Aquiles labró una coraza que más que las llamas
relucía y un sólido casco adaptable a sus sienes,
muy hermoso y labrado y provisto de una áurea cimera
y forjole después unas grebas de dúctil estaño.

260. El mito se refiere a la construcción del laberinto de Creta por parte de Dédalo para recluir al Minotauro, el cual devoraba siete chicos y siete chicas cada nueve años. Teseo mató al monstruo con la ayuda de Ariadna. Otra referencia mítica habla de unas danzas en algunas islas del Egeo, a través de las que los danzantes completaban un recorrido laberíntico cogidos de la mano.

261. Podría tratarse de una referencia velada al propio autor, al aedo, que por ser ciego gozaba de la «mirada interior» y por lo tanto de condición de «divino», al igual que los adivinos o los chamanes de la Antigüedad.

Cuando el ínclito cojo acabó de labrar estas armas
a los pies de la madre de Aquiles las puso; ella entonces,
igual que un gavilán, saltó desde el Olimpo nevado
con las armas brillantes que Hefesto forjó para ella.

CANTO XIX

[Aquiles recibe las armas forjadas por Hefesto]

Y la Aurora salió con su peplo azafrán del Océano
para darles la luz a los dioses y a los inmortales,
cuando ella a las naves llegó con los dones del numen.
Halló a su hijo inclinándose sobre Patroclo y llorando
tristemente, y en torno lloraban sus muchos amigos.
Y la diosa divina se puso entre ellos, y entonces
lo cogió de la mano y le habló de este modo, diciendo:

—Hijo mío, aunque estemos muy tristes dejemos que yazga;
sucumbió porque así lo querían los dioses eternos.[262]
Tú recibe de Hefesto estas armas tan bellas e ilustres
como nunca hombre alguno llevó protegiendo sus hombros.

Así dijo la diosa, y las armas dejó sobre el suelo
a las plantas de Aquiles y ante él resonaron las armas.
Y sintieron temor todos los mirmidones al verlas;
no podían mirarlas de frente sin estremecerse.[263]
Pero Aquiles sintió reavivarse su ira, y debajo
de las cejas sus ojos brillaron terribles cual fuego.
Se gozaba teniendo en sus manos las armas divinas

262. Cfr. nota 83.

263. Aquiles vestirá unas armas de creación divina que acrecentarán su poder sobre el enemigo y garantizarán la victoria: se trataría de un antiguo ritual iniciático para la batalla final, que consagraría al héroe como tal.

y saciado ya su corazón de admirar la armadura,
se volvio hacia su madre y le habló con aladas palabras:

—Madre mía, ese dios te ha entregado unas armas tal como
son las obras de un dios, y no hay hombre mortal que las haga.
Voy ahora a vestirme, mas temo que en tanto las moscas
entren por las heridas que el bronce ha causado en el hijo
de Menetio, y entonces engendren en ellas gusanos,
y este cuerpo, del cual ya la vida partió, desfiguren
totalmente, y corrompan también totalmente el cadáver.

Y repúsole Tetis, la diosa de los pies de plata:

—No conturbe tu ánimo tal pensamiento, hijo mío,
porque yo apartaré los molestos enjambres de moscas
que devoran las carnes de los que en la guerra se mueren
y aunque un año yaciera su cuerpo, lo mismo que ahora
o mejor todavía quizá, te lo conservaría.
Tú a los héroes aqueos convoca en el ágora, y ceja
en tu ira contra Agamenón el pastor de los hombres.
Ármate y, revestido de audacia, disponte al combate.

Dijo así, y le infundió un gran valor para muchas audacias.
Y vertió en la nariz de Patroclo ambrosía y dorado
néctar, para que el cuerpo no se corrompiera entretanto.

[Reconciliación de Aquiles y Agamenón]

Por la orilla del mar se fue Aquiles divino, y lanzando
espantosos clamores llamaba a los héroes aqueos.
Y los que antes solían quedarse guardando las naves
y también los pilotos que a su buen gobierno atendían
como los despenseros que distribuían los víveres,
se marcharon al ágora, pues presentábase Aquiles,
apartado tantísimo tiempo del triste combate.

Cojeando, acercábanse dos servidores de Ares,
el intrépido hijo de Tideo y Ulises divino,
apoyados en sus azagayas, pues aún no curaron
sus penosas heridas; delante de todos sentáronse.
Y llegó Agamenón, el pastor de los hombres, el último;
también a él en el duro combate lo habían herido,
pues lo hirió con su lanza de bronce Coon Antenórida.

Cuando allí los aqueos se hubieron reunido ya todos,
levantose el de los pies ligeros, Aquiles, y dijo:

—Para ti y para mí, hijo de Atreo, mejor habría sido
continuar en unión, cuando con corazón angustiado
una amarga disputa tuvimos por una muchacha.
¡Así Artemis la hubiese matado en las naos con sus flechas
cuando la cautivé el día en que hube tornado a Lirneso!
Tantos hombres aqueos no hubieran mordido este polvo
bajo los enemigos, en tanto duraba mi cólera.
Héctor y los troyanos ganaron, pero los aqueos
largo tiempo podrán acordarse de nuestra disputa.
Mas dejemos lo que ya ha pasado aunque estemos muy tristes
puesto que el corazón lo debemos domar en el pecho.
He aplacado mi cólera, pues no podía ser justo
estar siempre enojado. Mas, vamos, incita a que luchen
los aqueos de largos cabellos; veré si, saliendo
a encontrar a los teucros, desean pasarse la noche
junto a nuestros navíos. Seguro yo estoy de que alguno
moverá alegremente las piernas si logra escaparse
del combate feroz, puesto en fuga esta vez por mi lanza.

Dijo así, y los aqueos de grebas hermosas se holgaron
de que hubiese cedido en su ira el Pelida magnánimo.
Y habló así Agamenón, el pastor de los hombres, y dijo,
[continuando en su asiento, entre todos los de la asamblea:]

—Héroes dánaos, ministros de Ares y amigos queridos.
[Mejor se oye a quien habla de pie y menos se le interrumpe,
pues incluso al que está ejercitado en hablar le es molesto.
En tumulto tan grande, ¿quién puede decir u oír algo?
Por sonora que fuera su voz turbaríase el que habla.]
Al Pelida hablaré, mas vosotros, aqueos, oídme
lo que diga y que todos comprendan cuál es mi propósito.
Los aqueos muchísimas veces me habéis censurado
con las mismas palabras. Mas yo no me siento culpable;
Zeus lo es, y la Parca y Erinis que vaga en la sombra,
que en el ágora hicieron que mi corazón se ofuscase
ese día en que despojé a Aquiles de su recompensa.
¡Qué le vamos a hacer! Estas cosas disponen los dioses.
Hija augusta es de Zeus el Error pernicioso, y a todos
tan funesta; sus pies delicados no posa en el suelo,
pero sí en la cabeza del hombre y gran daño le hace
[y lo mismo aprisiona en sus redes al uno que al otro.]
Para Zeus fue funesta una vez, y eso que él es tenido
por el más poderoso de todos los hombres y dioses,
puesto que, y a pesar de ser una mujer, Hera pudo
engañarlo ese día en que Alcmena al fatídico Heracles
a alumbrar iba en Tebas, la villa de hermosas murallas.
Porque aquel, ufanándose, dijo ante todos los dioses:
«Oídme, dioses y diosas, de modo que pueda contaros
lo que mi corazón ahora mismo ha dictado a mi pecho.
Hoy Ilitia, que el parto preside, pondrá a luz un niño
destinado a reinar sobre todo vecino, y su raza
es la de los mortales a quienes tu sangre ha engendrado».
Y Hera augusta, con pérfida astucia, le habló de este modo:
«Mentirás porque no mantendrás todo esto que has dicho.[264]
Vamos, júrame dios del Olimpo, solemne, que el niño
destinado a reinar sobre todo vecino, ha de serlo
el que hoy caiga entre los pies de una mujer, y su raza

264. Los dioses no pueden aceptar esta subversión del orden cósmico porque significaría volver al *chaos*.

es la de los mortales a quienes tu sangre ha engendrado».
Dijo, y Zeus que no había advertido sus pérfidas artes,
prestó el gran juramento que fue para él tan funesto.
Hera entonces de un salto dejó del Olimpo la cumbre
y veloz se fue hacia Argos de Acaya, allí donde vivía
la ilustrísima esposa de Esténelo, hijo de Perseo,
y como esta encontrábase encinta, mas de siete meses,
le sacó a luz el niño a pesar de los meses restantes,
demoró a Alcmena el parto e impidió a las Ilities su obra.
Y al instante a decírselo fue a Zeus, el hijo de Cronos:
«Fulminante Zeus padre, he venido a contarte una nueva;
ya ha nacido el excelso varón, el rey de los argivos
Euristeo; es el hijo de Esténelo, hijo de Perseo,
de tu raza y muy digno de ser soberano de aquellos».
Dijo así, y sintió el dios un agudo dolor en el alma.
Irritado, al Error agarró por las trenzas brillantes
y prestó entonces un juramento solemne, diciendo
que jamás el Error volvería a pisar el Olimpo
ni los cielos cubiertos de estrellas, pues es tan funesto.
La volteó con la mano y después la arrojó de los cielos,
y el Error cayó sobre los campos labrados del hombre.
Y por ella gimió siempre que contemplaba a su hijo
al que había Euristeo agobiado con duros trabajos.
Así cuando el gran Héctor del casco brillante a los dánaos
cerca de los navíos mataba, olvidar no podía
al Error, cuyo influjo funesto ya había sentido.
Pero ya que falté y Zeus me hizo perder la cordura,
quiero ahora aplacarte y hacerte muy grandes regalos.
Ve al combate y anima a la lucha a los otros guerreros.
Te daré cuanto ayer por la tarde fue Ulises divino
a ofrecerte en mi nombre a la tienda en la que te encontrabas.
O, si quieres, aguarda aunque estés deseoso de lucha,
y mis siervas traerán de mis naves los dones, de modo
que tú veas si con ellos puedes calmar a tu ánimo.

Y el de los pies ligeros, Aquiles, repuso diciendo:

—Gloriosísimo tú, Agamenón el Atrida, y caudillo.
Podrás luego ofrecerme esas cosas como es lo más justo,
o quedártelas. Ahora pensemos tan solo en la lucha.[265]
No debemos perder tiempo hablando y dejar para luego
toda acción; nuestra empresa no está todavía acabada.
Verán ahora que Aquiles está con los de la vanguardia
asolando con lanza de bronce a las teucras falanges.
Y vosotros pensad en batiros con el enemigo.

Y repúsole entonces así el agudísimo Ulises:

—Aunque seas valiente, ¡oh Aquiles divino!, no exhortes
a que cerca de Ilión los aqueos peleen en ayunas
con los teucros, pues no durará poco tiempo la lucha
una vez las falanges se encuentren metidas en brega,
y la divinidad el valor de ambas huestes excite.
Manda, pues, a los hombres aqueos que junto a las naves
se alimenten de vino y de pan: da valor y da fuerza.[266]
No hay un hombre que sea capaz de luchar todo el día
hasta que el sol se ponga, no habiendo probado bocado;
aunque su corazón deseoso se sienta de lucha,
se entorpecen sus miembros, sin que se dé cuenta, y le rinden
hambre y sed, y al andar, sin querer, sus rodillas se doblan.
Pero el hombre que está bien saciado de carne y de vino,
todo el día incansable pelea con el enemigo,
un audaz corazón tiene dentro del pecho, y sus miembros
no se cansan hasta que la lucha han dejado los otros.

265. Los bienes materiales solamente no pagan el favor de Aquiles al reconciliarse con Agamenón; el héroe es ante todo *agathós*, esto es noble, justo —debe vengar a Patroclo— y fuerte, cualidades inherentes a su condición.

266. Nótese la coincidencia con la tradición judeocristiana, que realiza el acto de la comunión con estas especias, las cuales a su vez representan el cuerpo y la sangre de Cristo.

A las tropas despide y haz que la comida preparen,
traiga aquí Agamenón, protector de su pueblo, los dones
para que en la asamblea los vean los hombres aqueos
con sus ojos y en su corazón cobren gran alegría,
y que jure de pie entre los hombres argivos que nunca
subió al lecho en que yace y jamás se ha acostado con ella,[267]
como suele ocurrir, ¡oh rey!, entre mujeres y hombres,
y que tu corazón se apacigüe del todo en tu pecho.
Que en su tienda te ofrezca un excelso festín de concordia
de manera que en nada te falte lo que se te debe.
Y que en lo sucesivo el Atrida sea un hombre más justo
para todos; que no es reprensible que un rey calme a un
{hombre
cuando fue él el primero en dejarse llevar por la injuria.[268]

Y repúsole así Agamenón, el señor de los hombres:

—Laertíada, oí con agrado las cosas que has dicho,
pues en todo lo dicho y expuesto bien fuiste oportuno.
Quiero haceros ese juramento; aconséjalo mi ánimo;
ante un dios no he de ser un perjuro. Que Aquiles aguarde
aquí, aun cuando se sienta impaciente por ir al combate
y seguid los demás aquí, en tanto me traen de la tienda
los presentes, y un pacto de franca amistad concluimos.
Por lo tanto, a ti mismo te encargo y ordeno estas cosas:
selecciona a los más principales aqueos más jóvenes
y marchaos a mi nave y traedme de allí todo cuanto
ofrecimos a Aquiles ayer, sin dejar las mujeres.
Y Taltibio que cruce el real anchuroso de Acaya
y me traiga un verraco que a Zeus y al Sol inmolaremos.

267. No se trataría de humillar a Agamenón, sino de dar a Aquiles el debido reconocimiento moral y material.

268. Cfr. nota 267.

Y el de los pies ligeros, Aquiles, repuso diciendo:

—Gloriosísimo tú, Agamenón el Atrida, y caudillo.
Otra hora será la mejor para hacer estas cosas,
cuando existan momentos de tregua y alivió en la lucha
y ya en mi corazón un ardor tan violento no arda.
Insepultos están por el campo los hombres matados
por el hijo de Príamo, Héctor, al darle Zeus gloria.
¿Y pensáis en comida vosotros? Daría yo la orden
de que todos los hombres aqueos lucharan al punto
en ayunas, y cuando pusiérase el sol, ya vengada
nuestra afrenta, podrían entonces tener un banquete.
Ni manjar ni bebida hasta entonces irá a mi garganta;
en la tienda sin vida se encuentra mi fiel compañero,
desgarrado su cuerpo por lanzas agudas de bronce,
puestos ante las puertas sus pies, rodeado de amigos
que lo lloran, y mi corazón no apetece ya nada.
Vivo solo la muerte y la sangre y los tristes sollozos.

Y repúsole entonces así el agudísimo Ulises:

—¡Oh tú, Aquiles Pelida, el aqueo más bravo de todos!
Más fuerte eres que yo y me superas blandiendo la lanza,
pero, en cambio, yo a ti te aventajo como hombre prudente,
pues nací antes que tú y mi experiencia por esto es más grande.[269]
Por lo tanto, que tu corazón se resigne a mi ruego.
Pronto el hombre se cansa de estar peleando en combate,
si, al hacer con el bronce caer numerosas espigas,
es escasa la mies, porque Zeus que es quien manda en la guerra
de los hombres, hacia el otro lado inclinó la balanza.
Los aqueos no deben llorar con el vientre a los muertos;
cada día sucumben muchísimos, unos tras otros,
¿quién entonces podrá respirar con un poco de aliento?

269. Que la prudencia procede de la experiencia lo retomaría posteriormente Cicerón, orador romano (siglo I a.C.).

Enterremos con ánimo firme al que muere, y un día
solamente, por él entreguémonos todos al llanto;
pero aquel que se pueda librar de la lucha funesta,
coma y beba de modo que pueda volver al combate
y no ceje un momento en luchar contra los enemigos
con el bronce indomable vestido. Y ni un solo guerrero
deje ya de salir y así espere lo exhorten de nuevo
porque habrá de aguardar a su mal si se queda arrimado
a las naves aqueas. Vayamos unidos, pues, todos
y excitemos al cruel Ares[270] contra los jinetes teucros.

Dijo así, y ordenó le siguieran los hijos de Néstor
el glorioso, con Meges Filida, Toante y Meriones,
Licomedes, el hijo de Creonte, y también Melanipo,
y a la tienda fue de Agamenón el Atrida con ellos.
Se hizo apenas la proposición y ya estaba cumplida.
De la tienda tomaron lo que él prometió: siete trípodes
nuevos, doce caballos y veinte calderas de cobre;
siete diestras mujeres en muy primorosas labores
y la octava fue la de muy bellas mejillas, Briseida.
Al volver, iba Ulises delante con diez piezas de oro
que él pesó; y tras él iban los jóvenes con los presentes.
Dejó todo en el ágora y Agamenón levantose
y a su lado se puso Taltibio, de voz semejante
a la voz de los dioses con el jabalí entre las manos.
Con sus manos el hijo de Atreo sacó su cuchillo
que colgábale junto a la vaina de su gran espada;
por primicias cortó algunas cerdas y oró levantando
ambas manos a Zeus, y a su lado, en silencio y en orden,
las palabras del rey los argivos oían sentados.
Y él, alzando los ojos al cielo, rezó esta plegaria:

270. Cfr. nota 54. Nótese la sinécdoque, consistente en identificar al personaje con la acción que representa.

—Zeus primero me sea testigo, el más alto y más grande
de los dioses, la Tierra y el Sol junto con las Erinies,
las que bajo la tierra a los hombres perjuros castigan,
de que nunca en la joven Briseida yo puse la mano
ni para ir a su lecho ni para otra cosa cualquiera,
antes bien, siempre intacta la tuve guardada en mi tienda.
Si perjuro que muchas desgracias me envíen los dioses
con las cuales castigan al que los ofende jurando.

Dijo, y con el cruel bronce cortó al jabalí la cabeza.
Le dio vueltas Taltibio y después la lanzó al gran abismo
de la mar espumosa de pasto a los peces. Y Aquiles,
de pie junto a los bravos argivos, habló de este modo:

—Padre Zeus, espantosos errores inspiras al hombre.
No me hubiese jamás despertado el Atrida el enojo
en el pecho, ni hubiese tenido tampoco la fuerza
de quitarme a la joven contra mi deseo; sin duda
quiso Zeus que murieran muchísimos hombres aqueos.
Idos ahora a comer que después trabaremos combate.

Así dijo, y el ágora se disolvió prontamente,
dispersáronse todos y fue cada uno a su nave.

[Duelo de Briseida y Aquiles ante Patroclo]

Los regalos lleváronse los mirmidones magnánimos
hacia las naos de Aquiles divino. Dejáronlos luego
en la tienda; a las jóvenes dieron asientos, e ilustres
escuderos los potros llevaron hacia los establos.

Y Briseida, que se asemejaba a la rubia Afrodita,
cuando vio desgarrado a Patroclo por bronce aguzado,
prorrumpió sobre él en amargos sollozos, golpeándose

con las manos el pecho y el cuello y el rostro bellísimo.
Y, llorando, la joven igual que una diosa, decía:

—¡Oh Patroclo! ¡Tan caro para el corazón de esta mísera!
Vivo estabas aún cuando yo me partí de la tienda
y te encuentro ya muerto al volver, ¡oh señor de los hombres!
¡De qué modo una pena tras otra me están persiguiendo!
El esposo al que habíanme dado mi padre y mi madre
lo mató, al pie del muro de nuestra ciudad una lanza,
y también tres hermanos nacidos de mi misma madre,
mis hermanos queridos, murieron en el mismo día.
Pero tú, cuando el rápido Aquiles mató a mi marido
y la villa de Mines divino tomó, me impediste
que llorara, pues me prometiste que Aquiles divino
iba a hacerme su esposa y a Ptía llevarme en las naves
y con los mirmidones tendría el banquete de bodas.
Muerto te he de llorar siempre. Fuiste muy bueno conmigo.

Así dijo llorando, y con ella lloraban las otras mujeres
a sobre haz por Patroclo, mas en realidad por sus males.

En torno a él se reunieron los jefes aqueos rogándole
que comiera, pero él se negó y suspirando decía:

—Os suplico, si alguno de mis compañeros desea
complacerme, que no me insistáis en que coma y que beba
y mi estómago sacie, pues siento un dolor muy amargo.[271]
Yo sabré resistir hasta que llegue el sol a su ocaso.

Dijo, y se despidió de los reyes. Quedáronse solo
los Atridas, y estaba con ellos Ulises divino,
Néstor e Idomeneo con Fénix el viejo jinete,
distrayendo su pena. Pero el corazón de este héroe

271. La dura agonía del héroe se traduce en su inapetencia: solo la lucha contra Héctor lo puede saciar.

no podía alegrarse hasta entrar en sangriento combate.
Recordaba y, lanzando profundos suspiros, decía:

—Hubo un tiempo en que tú, ¡desdichado!, mi amigo {amadísimo,
me serviste también diligente y solícito en esta
tienda la apetecible comida, mientras los aqueos
se afanaban por llevar la lucha luctuosa a los teucros.
Y ahora yaces llagado y ayuno yo estoy de comida
y bebida, a pesar de que ni una ni la otra me falta,
porque te echo de menos. No hay nada más triste que esto,
ni el saber que mi padre se hubiese ahora muerto, y que acaso
esté en Ptía afligido y llorando, pensando que tiene
a su hijo muy lejos, en tierra extranjera, y por causa
de esa Helena malvada yo estoy con los teucros batiéndome;
o la muerte de mi hijo que tengo en Esciros criándose,
si es que vive el deiforme Neoptólemo aún.[272] Abrigaba
antes mi corazón en el pecho la gran esperanza
de que solo yo, lejos de Argos, la tierra yegüera,
moriría aquí en Troya y que tú partirías a Ptía
y a buscar a mi hijo en un negro navío ligero
hasta Esciros, y le mostrarías los bienes que tengo,
posesiones, esclavos, mi casa de techos muy altos.
Pues supongo que en estos instantes ya ha muerto Peleo
y, si un poco de vida le queda, estará muy afligido,
abrumado de odiosa vejez y, además, con el miedo
de que llegue un mensaje que le haga saber que yo he muerto.

Así dijo llorando, y con él los caudillos gimieron,
puesto que recordaban a los que en su casa dejaron.
Y el Cronión, cuando vio que lloraban así, sintió lástima[273]
de ellos, y con palabras aladas le dijo a Atenea:

272. Ni la supuesta muerte del padre o del hijo sería peor para Aquiles que la de su fiel escudero Patroclo.

273. Cfr. nota 21.

—Hija mía, ¿del todo olvidaste a este noble guerrero?
¿Es que tu corazón no se cuida de Aquiles acaso?
Está junto a las naves de popas muy altas llorando
por su amigo, y los otros en tanto a comer ya se han ido.
Y en ayunas está él todavía y no prueba bocado.
Vamos, vete y derrama en su pecho algún poco de néctar
y ambrosía de modo que no le atormente ya el hambre.

[Aquiles se viste las nuevas armas]

Así dijo, y con ello el afán avivó de Atenea.
Cual si fuese un halcón de anchas alas y voz muy sonora,
se lanzó desde el cielo en el éter, y ya los aqueos
en el campo se armaban cuando ella en el pecho de Aquiles
vertió un poco de néctar y de deliciosa ambrosía
para que el hambre no hiciera que sus rodillas flaquearan.
Y al momento volvió a la mansión de su padre potente.
Lejos de los navíos se diseminaron las huestes.
Como caen de apretados los copos de nieve que envía
Zeus, helados a impulsos del Bóreas el hijo del éter,
asimismo los yelmos fulgentes que alegres brillaban,
los escudos combados y las poderosas corazas
y las lanzas de fresno salían allí de las naves.
El fulgor hasta el cielo llegaba y reía la tierra
a los rayos del bronce, y los pies de los hombres hacían
un gran ruido, y armábase entre ellos Aquiles divino,
rechinando los dientes, brillantes sus ojos como ascuas
encendidas, y su corazón traspasado de pena.
Lleno de ira contra los troyanos vestíase el héroe
la armadura, regalo de Hefesto, para él fabricada.
Lo primero de todo se puso en las piernas las grebas
con sus broches de plata muy bellos y bien ajustados;
cuando se hubo calzado, a su pecho ciñó la coraza,
se echó al hombro la espada de bronce con clavos de plata,
embrazose después el escudo potente y muy grande

que de lejos brillaba lo mismo que brilla la luna.
Como sobre la mar aparece al marino unas veces
el fulgor de una llama que arde en lo alto de un monte
de un cortil solitario, y en tanto los vientos lo alejan
por el mar que los peces habitan de todos los suyos,
así al éter llegaba el fulgor del escudo de Aquiles
bien labrado; cubrió su cabeza, después, con el casco
poderoso en el cual la crinada cimera brillaba
como un astro, y se daban al viento las crines de oro
muy espesas, que Hefesto dejó en el penacho bien fijas.
Probó Aquiles divino si a él se ajustaban las armas
y, llevándolas puestas, movió fácilmente los miembros.
Y eran para el pastor de los hombres igual que cien alas.[274]
[Sacó de la lancera la lanza paterna, pesada,
grande y fuerte, que entre los aqueos ninguno podía
manejar, y que tan solo Aquiles podía blandirla.[275]
Fue cortada de un fresno del monte Pelión y ofrecida
por Quirón a su padre; era para dar muerte a los héroes.]
Mientras, Automedonte y Alcimo ocupábanse unciendo
los caballos. Pusiéronle bellas correas, los frenos
en la boca, y tendieron las riendas atrás, por encima
de la caja del sólido carro. En la diestra la tralla
bien asida en la mano, de un salto subió Automedonte
sobre el carro, y Aquiles también de la misma manera,
cuyas armas brillaban igual que Hiperión resplandece
y exhortó a los caballos paternos con gritos terribles:

—Janto, Balio, ilustrísimos hijos los dos de Podarga,
procurad traer vivo otra vez a la turba de dánaos
al que os guía, una vez nos cansemos de estar peleando
y no os lo dejéis muerto allí como Patroclo ha quedado.

274. La ceremonia de investidura de las armas deviene un ritual en cuanto preconiza el sacrificio de Héctor.

275. Cfr. nota 228.

[El caballo de Aquiles le predice la muerte]

Bajo el yugo repúsole Janto el de patas ligeras.
Bruscamente bajó la cabeza y cayeron las crines
del collar a lo largo del yugo y tocaron el suelo.
[Voz humana le dio Hera, la diosa de brazos nevados:][276]

—Vivo aún otra vez te traeremos, intrépido Aquiles,
pero cerca está el día en que habrás de morir; los culpables
no seremos nosotros, sino un dios potente y la parca.
No por nuestra inacción y tampoco por nuestra tardanza
a Patroclo los teucros quitaron las armas del cuerpo;
lo mató el dios más fuerte de todos, el hijo de Leto,
la del pelo rizado, en vanguardia, y le dio a Héctor la gloria,
pues nosotros corremos lo mismo que el soplo de Céfiro
[que es tenido por el más veloz. También es tu destino
sucumbir pronto a manos de un dios y asimismo de un hombre.]

Dijo así, y las Erinies entonces la voz le cortaron.
Y el de los pies ligeros, Aquiles, le dijo indignado:

—Janto, ¿cómo me auguras la muerte si no es cosa tuya?
Sé muy bien que hallaré aquí la muerte, pues es mi destino,
de mi padre y mi madre muy lejos, pero, sin embargo,
hasta que harte a los teucros de lucha, no quiero reposo.

Así dijo, y, gritando, a vanguardia lanzó los caballos.

276. Los hechos fantásticos tienen su razón de ser en el canto épico debido a la intervención divina.

CANTO XX

[Se da libertad a los dioses para intervenir]

Junto a las naves curvadas armábanse en torno
de ti, Aquiles, los hombres aqueos de guerra insaciables,
los troyanos se armaban también en la loma del llano.

Ordenó Zeus a Temis que desde las ásperas cumbres
del Olimpo a los dioses llamara a reunirse en el ágora.
Y ella por todas partes a casa de Zeus convocábalos.
No faltó un solo río siquiera, a excepción del Océano,
y acudieron las ninfas que habitan las bellas florestas
y las fuentes de todos los ríos y prados hermosos.
Al llegar a la casa de Zeus, el que nubes reúne,
se sentaron debajo de los soportales bruñidos
que había Hefesto, para el padre Zeus, hábilmente labrado.

Se reunieron en casa de Zeus, y el que bate la tierra
fue también, desde el mar al lugar en que estaban los dioses,
y el deseo de Zeus exploró, ya sentado entre ellos:

—¿Para qué, lanzador de los rayos, nos llamas al ágora?
¿Tienes algún propósito acerca de teucros y aqueos?
La batalla y la lucha otra vez se ha encendido entre ellos.

Y repúsole Zeus, el que nubes reúne, diciendo:

—Batidor de la tierra, entendiste el afán de mi pecho,
y por él os reúno. Aunque van a morir me preocupan.
Yo me voy a quedar en la olímpica nube sentado
y daré al corazón alegría con verlo. Vosotros
idos hacia el lugar donde están los troyanos y aqueos
y que ayude cada uno al que su corazón le encomiende.
Pues si Aquiles, él solo, luchara contra los troyanos,
nadie resistiría al Pelida de los pies ligeros.
Pues ya cuando lo vieron huyeron ante él asustados
y hoy, que tanto le duele la muerte de su camarada,
temo que, antes que el hado disponga, derruya los muros.

Así dijo el Cronión, y movió una terrible batalla.
A la lid en dos bandos entonces partieron los dioses:
a las naos fueron Hera, seguida de Palas Atena,
Posidón, el que ciñe la tierra, el benéfico Hermes,
quien con sus pensamientos sutiles los aventajaba,
y fue Hefesto con ellos también, de su fuerza orgulloso,
cojeando, arrastrando en el suelo las gráciles piernas;
el del casco brillante, Ares, fue en dirección a los teucros,
y con él Febo intonso y Artemis la diosa flechera,
Leto y Janto y también la risueña Afrodita con ellos.

Mientras lejos de los inmortales se hallaban los hombres,
los aqueos triunfaron; Aquiles se había mostrado
otra vez en la lucha después de pasar tanto tiempo,
y a los teucros un miedo espantoso turboles los miembros,
al instante de ver al Pelida de los pies ligeros
esplendente en sus armas como Ares funesto a los hombres.
Pero cuando en las huestes se hubieron metido los dioses,
la que incita a los hombres mugió, la terrible Discordia,
y Atenea gritaba unas veces a orillas del foso
y otras sobre lo alto de los promontorios rocosos.
Ares, al otro lado, lo mismo que negra vorágine,
voceaba animando a los teucros, ya desde lo alto
de la villa, o bien junto al Simois, en la Bella Colina.

Instigando a unos y otros los dioses dichosos lograron
que a las manos vinieran y un grave conflicto crearan.
Tronó el padre de dioses y de hombres allí en las alturas;
Posidón sacudió por debajo la tierra infinita
y también las altísimas cumbres de todos los montes.
En el Ida, abundante de fuentes, temblaron las cimas
y laderas, los muros de Ilión y las naves aqueas.
Bajo tierra asustose Aidoneo, el señor de los muertos
y, gritando, saltó de su trono por miedo a que hubiese
Posidón que sacude la tierra, rasgádola, haciendo
sus mansiones visibles al hombre, tan espeluznantes
y oscurísimas que hasta a los dioses inspiran el odio,
¡tal estruendo produjose al ir a la guerra los dioses!
Contra el rey Posidón que sacude la tierra hizo frente
Febo Apolo, llevando en la aljaba sus flechas aladas;
a Atenea, la diosa de claras pupilas, Enialio;
a Hera, Artemis del casco de oro, que amaba el bullicio
de la caza, la diosa flechera, la hermana de Apolo;
el potente y benéfico Hermes a Leto hizo frente;
contra Hefesto, el río de vórtices hondos, que llaman
Janto todos los dioses y río Escamandro los hombres.[277]

[Combate de Aquiles y Eneas]

Enfrentáronse de esta manera los dioses. Y Aquiles
deseaba enfrentarse con Héctor, el hijo de Príamo,
a través de la turba; saciar con su sangre quería
a Ares el luchador incansable: tal era su ánimo.
Pero Apolo que anima a las huestes a Eneas le hizo
oponerse al Pelión; le infundió gran audacia para ello;

277. El combate que se avecinaba sería de tal importancia, que tras convocar Zeus a todas las deidades en el Olimpo, cada una tomaría partido por un bando y se enfrentaría a un rival. Así se explicaría a través del mito este acontecimiento de incalculables consecuencias.

de este modo adoptó la voz de Licaón el Priamida,
y así el hijo de Zeus, Febo, habló con los rasgos del otro:

—Consejero troyano, ¡oh Eneas!, ¿qué se hizo de aquellas
amenazas, bebiendo tu copa con los reyes teucros,
de que tú con Aquiles Pelida debías batirte?

Y a su vez respondió a sus palabras Eneas, diciendo:

—¡Oh Priamida! ¿Por qué si no quiero me dices ahora
que pelee con el bravo Pelión? Para mí no sería
nada nuevo luchar con Aquiles de los pies ligeros,
porque me persiguió con la lanza una vez desde el Ida,
cuando vino de allí donde nuestras vacadas pacían
y a Lianeso y a Pédaso[278] nos conquistó; Zeus entonces
me salvó concediéndome fuerzas y raudas rodillas.
Sin su ayuda yo hubiese acabado en las manos de Aquiles
y Atenea, que ante él concedíale el triunfo, ordenándole
que matara con lanza de bronce a troyanos y a léleges.
No hay un hombre que sea capaz de luchar contra Aquiles
porque siempre a su lado hay un dios que de muerte lo libra.[279]
Mas su lanza va recta y jamás se detienen sus tiros
sin haber taladrado la piel del contrario. Si hubiera
algún dios que igualara la lucha, no me vencería
fácilmente, aunque se envaneciera de ser todo bronce.

Y así el hijo de Zeus, rey Apolo, repuso diciendo:

—¡Héroe! Fía asimismo esta vez en los dioses eternos,
pues naciste, se dice, de la hija de Zeus, Afrodita,
y él, en cambio, nació de una diosa más baja en linaje;
una es hija de Zeus, y del Viejo del Mar lo es la otra.

278. Se refiere a los caballos de Eneas, conquistados por Aquiles.
279. Cfr. nota 92.

Vamos, pues, blande ahora tu bronce inflexible y no dejes
que las vanas palabras y las amenazas te arredren.

Dijo así, y al pastor de los hombres le dio nuevos bríos,
que, vestido con bronce brillante, se fue a la vanguardia.
Hera, diosa de brazos nevados, vio al hijo de Anquises
avanzar por la turba y buscar al Pelida por ella,
y llamando a las otras deidades, habló de este modo:

—Pensad en vuestras mentes los dos, Posidón y Atenea,
la manera en que habrán de acabar estas cosas que ocurren,
pues Eneas, armado de bronce brillante, dirígese
ahora contra el Pelida porque lo excitó Febo Apolo.
Vamos, pues, ahora mismo a obligarle a que cambie de idea,
o que alguno de los tres se ponga del lado de Aquiles
y le infunda valor para que no desmaye su ánimo
y comprenda que los inmortales más fuertes lo estiman
y que débiles son las deidades que, en cambio, le otorgan
su favor a los teucros que luchan en esta campaña.
[Todos desde el Olimpo bajamos al duro combate
para que ningún daño pudiera ocurrirle este día
con los teucros. Después sufrirá lo que, hilando su lino,
al parirlo su madre, han dejado dispuesto las parcas.]
Pero si por la voz de los dioses no se entera Aquiles,
tendrá miedo si encuentra en la lucha a algún dios
{combatiéndolo,
pues los dioses, si se dejan ver, suelen ser muy terribles.

Y repúsole así Posidón, que la tierra sacude:

—Hera, no sin motivo te irrites; no te es conveniente.
No quisiera, nosotros que somos cien veces más fuertes,
provocar a los dioses en una terrible contienda.
Vámonos de esta senda a sentarnos en esa colina
que ya de la batalla tendrán buen cuidado los hombres.
Y si Ares, o bien Febo Apolo, comienzan la lucha

o detienen a Aquiles, o bien no le dejan que luche
habrá entonces motivo de que se produzca en nosotros
la pelea y discordia. Y tendrán que marcharse en seguida
al Olimpo a reunirse con todas las otras deidades,
mas por la fuerza de nuestros brazos vencidos entonces.

Dijo, y el dios de azules cabellos llevolos al alto
terraplén que los teucros y Palas Atena elevaron
tiempo atrás de manera que Heracles divino pudiera
escapar del peligro terrible del monstruo marino
cuando fue, perseguido por él, de la playa hasta el valle.
Se sentaron allí Posidón y las otras deidades,
rodeando sus hombros con una espesísima nube.
En la Bella Colina los otros sentáronse en torno
de ti, ¡oh Febo guerrero!, y de Ares que pueblos destruye.
De esta forma en dos grupos sentados los unos y otros
decididos no estaban aún a empezar el combate.
Y Zeus, desde lo alto, incitábalos a comenzarlo.

Todo el campo brilló con el brillo del bronce, cubierto
de caballos y de hombres; la tierra temblaba a los pasos
de los que a combatir se marchaban. Dos hombres valientes
afanosos de lucha avanzaban en medio de todos,
era Eneas, el hijo de Anquises, y Aquiles divino.
El primero que amenazador se mostraba fue Eneas,
levantado su sólido casco; cubría su pecho
el escudo potente y blandía la lanza de bronce.
Y el Pelida, desde el otro lado, salió cual si fuera
un hambriento león al que para dar muerte reúnese
todo un pueblo, y el león al principio prosigue el camino
despreciándolos, mas si uno de los audaces mancebos
con su dardo lo hiere, se vuelve, las fauces abiertas
y los dientes cubiertos de espuma, y se siente en el pecho
gemir el corazón valeroso, y costados y muslos
con la cola se azota y se incita a sí mismo a la lucha
y con ojos brillantes ataca llevado de rabia,

hasta que a alguien derriba o perece en la fila primera,
de tal modo instigábale a Aquiles su audacia y su ánimo
esforzado, a salir al encuentro de Eneas magnánimo.
Y tan pronto como se encontraron los dos frente a frente,
el de los pies ligeros, Aquiles divino, le dijo:

—¿Por qué, Eneas, así te adelantas a todos tus hombres
y me aguardas? [¿Acaso te incita a batirte tu ánimo
esperando reinar sobre los caballeros troyanos
con el honor de Príamo? Empero si tú me mataras
no pondría en tu mano el rey Príamo tal recompensa
puesto que tiene hijos y juicio y no es un insensato.
¿O es que te han prometido los teucros un campo magnífico
bueno para la mies y la vid, para que lo cultives
si me matas?] Realmente te tomas un duro trabajo.
Ya otra vez con mi lanza te hice escapar presuroso.
¿No recuerdas que hallándote solo guardando tus bueyes
te acosé por el Ida, corriendo con ágiles plantas?
Ni siquiera tuviste el valor de volver la cabeza.
Te metiste en Lirneso y después conquisté yo la villa
y entré con el favor de Zeus padre y la ayuda de Atena,
me llevé a sus mujeres entonces y esclavas las hice,
y a ti Zeus y las otras deidades salvaron la vida.
Mas no creo que aquí te protejan tal como tu ánimo
lo desea. Y te digo que vayas de nuevo a los tuyos;
no te quedes delante de mí si no quieres tu daño;
solo el necio conoce su mal cuando ya no hay remedio.

Y a su vez respondió a sus palabras Eneas, diciendo:

—No imagines, Pelión, que me asustas con tu charloteo
cual si fuera un chiquillo; también, de la misma manera,
sé zaherir con injurias y con insultantes palabras.
[Nos sabemos el mutuo linaje y qué padres tenemos
por las gestas famosas que cuentan los hombres mortales,
que a tus padres no he visto jamás ni tú viste a los míos.

Dicen que eres un hijo del noble Peleo y de Tetis,
la deidad de las trenzas hermosas, la ninfa marina;]
hijo soy del magnánimo Anquises y de ello me ufano;
Afrodita es la madre que tengo, y aquellos o estos,
hoy, sin duda, tendrán que llorar por la muerte de su hijo,
pues no pienso que nos separemos sin que antes luchemos,
después de dirigirnos insultos lo mismo que niños.
Si desas saber algo más, qué linaje es el mío,
y son muchos los que ya lo saben, entonces escucha:
Zeus que nubes reúne engendró el primerísimo a Dárdano,
que fundó la Dardania. Aún Ilión la sagrada no alzábase
en el llano como una ciudad de los seres que hablan;[280]
en la falda del Ida vivía, el de las mil fuentes.
Tuvo Dárdano entonces por hijo al monarca Erictonio,
que era el más opulento de todos los hombres que había:
tres mil yeguas tenía en los prados, que de sus potrillos
se ufanaban en tanto pacían por entre el pantano.
De unas de ellas, al verlas pacer, quedó el Bóreas prendado;
las cubrió en apariencia de potro de crines oscuras
y le dieron después ellas doce potrillos pequeños
que iban sobre la tierra fecunda triscando por entre
las espigas y sin que rompieran siquiera una de ellas,
y también por las anchas espaldas del mar galopaban,
por encima de las olas, sobre sus crestas de espuma.
Erictonio fue padre de Tros, rey que fue de los teucros,
y de Tros en su día nacieron tres hijos sin tacha,
Ilo, Asáraco, y el que igualábase a un dios, Ganimedes
que jamás alcanzó entre los hombres igual en belleza
y al que para escanciano de Zeus eligieron los dioses[281]
por su gran hermosura y queriendo tenerlo consigo.
Ilo fue el que más tarde engendró a Laomedonte el
{magnánimo;

280. La acotación en el no-tiempo está clara: ni siquiera Troya (Ilión) era entonces conocida.

281. Cfr. nota 113.

Laomedonte a Titón engendró y engendró luego a Príamo,
Lampo, Clitio y a Hicetaón, que era un vástago de Ares.
Engendró luego Asáraco a Capis, cuyo hijo fue Anquises,
y a mí Anquises, y dio vida Príamo a Héctor divino.
Me envanezco, así, pues, de tener tal alcurnia y tal sangre.
Pero Zeus disminuye o aumenta el valor de los hombres
a su antojo, porque es sobre todos el más poderoso.
Pero no nos hablemos ya más cual si fuéramos niños,
de este modo, parados en medio del campo de lucha.
Nos sería muy fácil cubrirnos entrambos de injurias
que llevarlas no fuera capaz una nao de cien bancos.
Es flexible la lengua del hombre y razones distintas
salen de ella y consiguen formar un yerbal de palabras;
de la forma que tú hables tendrás que escuchar la respuesta.
Pero ¿qué obligación nos apura a altercar disputando
e injuriándonos como mujeres llevadas de cólera
que movidas por la ira que han puesto en sus pechos, se salen
a la calle a reñir y zaherirse, diciéndose cosas
que son unas verdad y otras no y que la cólera dicta?
Con palabras no harás que el valor me abandone. Deseo
con la lanza en la mano batirme contigo. Ataquémonos
al momento empuñando los dos nuestras lanzas de bronce.

Así dijo, y la lanza potente clavó en el escudo
espantoso y terrible que al golpe sonó horrendamente.
El Pelida, asustado, apartó con la lanza robusta
el escudo, creyendo esta vez que a la larga azagaya
del magnánimo Eneas muy fácil sería horadarlo.
¡Insensato! Que en su corazón no pensó ni en su mente
que los dones eximios de un dios, fácilmente no pueden
destruirlos un hombre mortal, ni ceder a su fuerza.
Y la lanza pesada de Eneas no hendió aquel escudo,
por chocar con la lámina de oro que el dios puso en medio;
solamente dos capas pasó, mas dejó tres intactas,
puesto que fueron cinco las que puso en él el dios cojo:

dos de bronce, dos, dentro, de estaño, y después una de oro,
que fue donde la lanza de fresno quedó detenida.

Después de él, a su vez lanzó Aquiles la lanza potente
y acertó, en el escudo redondo de Eneas, el borde,
donde el bronce era menos robusto y el cuero boyuno
más delgado. Logró atravesarlo la lanza de fresno
del Pelida, y gimió bajo el golpe potente el escudo.
Se encogió, levantando el escudo, muy pálido Eneas,
y la lanza pasó, deseando seguir su carrera,
por encima del hombro, después de romper los dos círculos
del escudo con el que el guerrero su cuerpo guardaba.
Quedó inmóvil, bañados los ojos de miedo infinito,
cuando vio que tan cerca caía. Y Aquiles entonces
desnudó la agudísima espada y con gritos terribles
se lanzó sobre él. Cogió Eneas al punto una piedra
tan enorme que dos hombres de hoy no podrían llevarla
y que, no obstante, él la movía con fácil soltura.
Y tal vez con la piedra le hubiese acertado en el casco
o el escudo, apartando del héroe la muerte funesta,
o el Pelida tal vez con la espada lo hubiese matado,
si el señor que sacude la tierra no lo hubiera visto
y no hubiese a los dioses eternos hablado, diciendo:

—¡Ay de mí! Que me apena el magnánimo Eneas, pues
{pronto
muerto a manos de Aquiles irá a la morada del Hades
por fiar en palabras de Apolo, el que hiere de lejos.
¡Infeliz, porque el dios no podrá de la muerte librarlo!
Mas ¿por qué ha de sufrir, sin que sea culpable, las penas
que merécense otros, pues siempre muy gratos presentes
ofreció a las deidades que habitan el cielo anchuroso?
Vamos, pues, a librarlo nosotros de la triste muerte,
no sea que se disguste el Cronión si el Pelida lo mata,
pues el hado desea salvarlo, no quiere que muera
sin tener descendencia, y en él para siempre se extinga

el linaje de Dárdano, amado por Zeus más que otro,
de los hijos que tuvo en la tierra con hembras mortales.[282]
Aborrece el Cronión ahora a los descendientes de Príamo,
pero un día será rey Eneas de todos los teucros,
y los hijos que tengan sus hijos, y así uno tras otro.

Y Hera augusta, la de ojos de utrera, repuso diciendo:

—¡Oh señor que sacudes la tierra! Resuelve tú mismo
en la muerte de Eneas si debes salvarlo, o se debe
permitir que lo mate el Pelida, por bravo que sea,
porque Palas Atena y yo en muchos instantes juramos,
ante todos los dioses eternos, que nunca a los teucros
libraríamos ni ella ni yo de su día funesto,
aunque Troya del todo sea pasto de llamas voraces
porque los belicosos aqueos la incendien un día.

Cuando oyó Poseidón que sacude la tierra estas cosas
por la liza fue andando entre el ruido de lanzas broncíneas
y llegó a donde estaban Eneas y Aquiles ilustre.
Cubrió al punto de niebla los ojos de Aquiles Pelida
[y después la azagaya de fresno con punta de bronce
arrancó del ingente broquel del magnánimo Eneas
y la puso después a los pies del Pelida divino.]
Cogió a Eneas y lo levantó por encima del suelo.
Por la mano del dios sostenido cruzó Eneas sobre
muchas filas de héroes y de numerosos caballos
y llegó al otro extremo de donde el combate trabábase,
donde, para luchar, los caucones se estaban armando.
Y, mostrándose a él, Poseidón, que la tierra sacude,
con aladas palabras le habló de este modo, diciendo:

282. En el espacio de diez años de guerra en Troya, Eneas tendría a su hijo Ascanio o Iulo, posterior fundador de la dinastía romana Julio-Claudia, de la que procedería Julio César, entre otros. Ambos sobrevivirían a la guerra y conseguirían huir del desastre. Tras una travesía por el Mediterráneo recalarían en las costas de Italia.

—¿Qué deidad te ha ordenado, ¡oh Eneas!, tamaña locura
como para que con el Pelión cuerpo a cuerpo te batas,
que es más fuerte que tú y más querido por todos los dioses?
Cuantas veces te encuentres con él deberás apartarte,
no sea que contra el hado a la casa del Hades desciendas.
Una vez muera Aquiles, habiéndose el hado cumplido,
confiado podrás pelear en las filas primeras,
porque no ha de quitarte la vida ningún otro aqueo.

Dijo así, y lo dejó cuando le hizo entender estas cosas,
y apartó de los ojos de Aquiles la niebla oscurísima
y este vio claramente de nuevo y sintió una gran cólera
y gimiéndole a su corazón generoso, le dijo:

—¡Dioses! Grande prodigio esta vez se ha ofrecido a mis ojos.
Aquí yace, en el suelo, mi pica, y no obstante, no veo
al varón contra quien la arrojé con afán de matarlo.
En verdad que los dioses eternos estiman a Eneas,
¡y creí que jactábase de ello sin causa ninguna!
Sea así. No querrá nuevamente medir sus arrestos
quien ahora gustoso ha podido escapar de la muerte.
A los dánaos valientes me voy a exhortar, y la audacia
probaré de los otros troyanos, saliendo a su encuentro.

[Hazañas de Aquiles]

Así dijo, y saltó por las filas y habló a sus guerreros:

—¡Oh, divinos aqueos, no lejos estéis de los teucros!
Cada hombre que ataque a otro hombre y que sienta la lucha
Por muy bravo que sea no puedo atacar solo a tantos
hombres, ni me es posible luchar con cada uno de ellos:
ni Ares mismo, aunque es dios inmortal, ni Atenea podrían
recorrer una liza tan grande por mucho que hicieran.

En las cosas que yo puedo hacer con los pies o las manos
no he pensado cejar un instante por poco que pueda.
Por un sitio y por otro entraré de la línea enemiga,
y el troyano que esté ante mi lanza no habrá de alegrarse.

De este modo animábalos, y Héctor ilustre exhortaba
a los teucros, gritando que iría a luchar con Aquiles:

—No sintáis, animosos troyanos, temor del Pelida.
De palabra me atrevo a luchar con los dioses incluso;
con la lanza es difícil, pues son mucho más poderosos.
Cuantas cosas Aquiles ha dicho no podrá cumplirlas;
cumplirá algunas, y otras tendrán que quedar incumplidas.
A su encuentro yo iría aunque fueran de fuego sus manos,
aunque fueran de fuego sus manos y él hierro brillante.

Así dijo, animándolos, y los troyanos las lanzas
prepararon; trabose el combate y se alzaron los gritos.
Y se fue Febo Apolo hacia Héctor y dijo, a su lado:

—¡Héctor, no te adelantes para ir a luchar con Aquiles!
Con la turba mezclado y perdido entre ella le aguardas,
no sea que te alancee con la espada y te hiera de cerca.

Dijo, y Héctor se fue amedrentado por entre la turba
de guerreros, apenas oyó las palabras del numen.

Dando gritos, con el corazón revestido de audacia,
atacó a los troyanos Aquiles; mató al Otrintida,
al valiente Ifitión, el primero, caudillo de muchos,
que Otrinteo, el que villas tomaba, engendró en una náyade,
en la gran tierra de Hida y al pie del Tmolo nevado;
le dio Aquiles divino un lanzazo cuando iba a atacarlo,
y le abrió la cabeza en dos partes, tocada en el centro.
Cayó el hombre con ruido y Aquiles gloriose diciendo:

—Has caído, Otrintida, el más bravo de todos los hombres.
Aquí has muerto y naciste en la orilla del lago Gigeo,
allí donde tenías la herencia que fue de tus padres,
junto al Hilo, abundante de peces, y el Hermo revuelto.

Así dijo, ufanándose, y sombras cubrieron los ojos
de Ifitión al caer en vanguardia, y pedazos las llantas
de los carros aqueos lo hicieron. Cayó Demoleonte,
en la guerra valiente adalid, de Antenor hijo ilustre,
al que Aquiles hirió en una sien, perforándole el casco
de orejeras de bronce, y el casco broncíneo no pudo
detener la azagaya y la punta rompió el hueso y dentro
del cerebro metiose; el guerrero murió por su impulso.

Al ver que Hipodamante saltaba veloz de su carro
y emprendía la fuga, clavole la pica en la espalda.
Murió el hombre lanzando un bramido, lo mismo que un toro
que los jóvenes llevan al ara del rey Heliconio
y con ello se goza el señor que la tierra sacude;
y con este bramido la vida se fue de sus huesos.
Atacó con la lanza después al deiforme Priamida
Polidoro, a quien no permitía su padre la lucha
puesto que era de todos sus hijos el hijo más joven
y a quien él más amaba. Ninguno corriendo ganábalo;
por pueril petulancia, alardeando de ello, corría
por las filas primeras y al cabo quedose sin vida;
el de los pies ligeros, Aquiles, hundiole la lanza
en la espalda, al correr, donde estaban los aros de oro
sujetando su cinto y ciñendo la doble coraza,
y la punta broncínea salió en el lugar del ombligo.
De rodillas, gimiendo, cayó y lo envolvió negra nube,
e intentó sujetar con las manos las rotas entrañas.

Cuando Héctor vio así a Polidoro, su hermano, aguantándose
las entrañas, con todo su cuerpo vencido hacia el suelo,
se nublaron sus ojos; no pudo luchar a distancia

y se fue contra Aquiles blandiendo la lanza aguzada,
impetuoso lo mismo que el fuego. Y Aquiles, al verlo,
dirigiose hacia él y, ufanándose, habló de este modo:

—Cerca está quien a mi corazón causó herida tan grave;
quien dio muerte a mi amigo querido. Ya nunca, asustados,
por la liza tendremos que huirnos el uno del otro.

Dijo, y con torva faz gritó a Héctor divino, mirándolo:

—Ven acá para que llegues pronto al lugar de tu muerte.

Y el de casco brillante, Héctor, dijo, sin miedo ninguno:

—No imagines, Pelión, que me asustas con tu charloteo,
cual si fuera un chiquillo, también de la misma manera
sé zaherir con injustas y con insultantes palabras.
Reconozco que tú eres valiente y que yo lo soy menos;
pero todo está ya en las rodillas de los inmortales
si yo, siendo inferior, ¿no podré arrebatarte la vida
con la lanza? Pues tiene también afilada la punta.

Así dijo, y la lanza blandió y arrojó; pero Atena
apartola de Aquiles glorioso con un tenue soplo,
volvio a donde encontrábase Héctor divino y, entonces,
a sus pies se cayó. Al punto Aquiles, queriendo matarlo,
se arrojó sobre él impetuoso, lanzando terribles
gritos, y Febo Apolo llevose consigo al troyano,
cosa fácil a un dios, envolviéndolo en niebla muy densa.
Por tres veces el de pies ligeros, Aquiles divino,
con la lanza de bronce atacó y dio en el aire tres veces.
Y cuando iba, lo mismo que un dios, a atacar por vez cuarta,
dando voces terribles le habló con aladas palabras:

—¡Perro! Te has escapado también otra vez de la muerte;
la tuviste muy cerca y al fin te libró Febo Apolo,

a quien debes rezar siempre que oigas silbidos de lanzas.
Si más tarde te encuentro tendrá que costarte la vida,
¡que yo encuentre también algún dios que me preste su ayuda!
Ahora perseguiré a todo aquel que se ponga a mi alcance.

Dijo así, y con la lanza hirió en medio del cuello a Driope,
y el guerrero cayó ante sus pies. Lo dejó y arrojose
sobre el gran Filetórida, el alto y valiente Demuco;
lo detuvo y allí con la lanza pinchó su rodilla
y quitole la vida después con su lanza agudísima.
Atacó a los dos hijos de Biante, a Laogono y a Dárdano
y del carro en que iban logró derribarlos al suelo;
al primero mató con la pica y al otro de un tajo.
Mató a Tros Alastórida que iba a abrazar sus rodillas
por si, compadeciéndose de él, en lugar de matarlo,[283]
por ser ambos de la misma edad, lo apresaba y salvábalo.
¡Infeliz! No sabía que nunca escuchado sería,
pues él no era benigno ni manso, sino muy violento.
Y ya aquel sus rodillas tocaba intentando la súplica,
cuando el otro su espada clavole en el hígado, y este,
al salirse, llenó su regazo de sangre muy negra.
Y cubrieron entonces las sombras los ojos del teucro,
ya sin vida. Se fue luego a Mulio y lo hirió en una oreja
con la lanza y la punta de bronce salió por la otra.
Luego hirió al Agenórida Equeclo y le abrió la cabeza
por en medio con su gran espada de arriaz bien provista;
calentose del todo la hoja con la tibia sangre
y la muerte purpúrea y la parca velaron sus ojos.
Luego hirió a Deucalión donde se unen los nervios del codo
y la punta de bronce logró atravesar todo el brazo
y quedose esperando el guerrero, la mano sin vida,
viendo cómo avanzaba la muerte; cortole su cuello
y rodó su cabeza con casco; brotó de las vértebras
la medula y quedó sobre el suelo tendido el guerrero.

283. Cfr. nota 24.

Se fue luego al encuentro de Rigmo, el magnífico hijo
de Pireo, que había venido de Tracia la fértil;
en el cuerpo lo hirió; le clavó el duro bronce en el vientre
y lo hizo caer de su carro. A su auriga Areítoo,
al volver con las riendas los potros, clavole la lanza
en la espalda; del carro cayó y los caballos huyeron.[284]

Como estalla el incendio voraz en los valles profundos
de la abrupta montaña y el bosque poblado se incendia
y los vientos remueven las llamas que giran y giran,
como un dios, lanza en mano, detrás de sus víctimas iba,
revolviéndose. Y toda la tierra de sangre llenábase.

[Como cuando dos bueyes de grandes testuces al yugo
se han uncido, y la blanca cebada se trilla en la era,
y desgránase pronto a los pies de los bueyes mugientes,
los caballos de cascos macizos de Aquiles divino
pisoteaban a un tiempo los muertos y escudos, y el eje
por debajo de sangre llenábase, y los barandales
por las gotas que cascos de potros y llantas del carro
despedían. Ansiaba la gloria el Pelión y tenía
por el polvo y la sangre manchadas las manos invictas.]

284. Obsérvese el realismo en la descripción de los estragos que causa Aquiles en las filas troyanas.

CANTO XXI

[Aquiles a orillas del Escamandro]

Al llegar a la orilla del río de bella corriente,
Janto el voraginoso a quien Zeus inmortal ha engendrado,
hizo de ellos dos grupos; al uno mandó al llano, hacia
la ciudad, allí por donde habían huido espantados
los aqueos el día anterior, ante la ira de Héctor;
por allí dispersáronse huyendo y detúvolos Hera
protegidos por densa neblina. Y el otro lanzose
en el río profundo de los torbellinos de plata;
con gran ruido cayeron en él; resonó la corriente
y también las orillas. De acá para allá, dando gritos
y nadando sin rumbo rodaban en torno a los vórtices.
Cual langostas que escapan cercadas por la ira del fuego,
hacia el río, ante aquel que prendió de repente y las quema
y se lanzan en medio del agua buscando un abrigo,
así el Janto de airada corriente, al impulso de Aquiles
se llenó de un confuso montón de caballos y de hombres.

En la orilla, contra un tamariz, dejó el héroe divino
apoyada una lanza; y lo mismo que un dios con la espada
solo, en él, se lanzó, meditando cruelísimos actos;
comenzó a herir a un lado y a otro, y al punto un terrible
clamoreo a sus golpes se alzó y se tiñó en sangre el agua.
Igual que ante el enorme delfín, temerosos, los peces,
en el seno del puerto profundo en su huida se acogen,

porque a cuantos consigue alcanzar al instante devora,
tal huían los teucros por la impetuosa corriente
y por entre las rocas. Y aquel, con las manos cansadas
de matar, cogió vivos a doce mancebos, del río,
que expiarían la muerte del gran Menetiada Patroclo.
Los sacó de las aguas temblando lo mismo que ciervos
y ató luego sus manos detrás con las buenas correas
que llevaban ciñendo a su cuerpo la túnica airosa,
y encargó que a las cóncavas naos sus amigos lleváranlos.
Y se puso a luchar otra vez deseoso de víctimas.

[Aquiles y Licaón]

Se encontró con el hijo de Príamo y nieto de Dárdano,
Licaón, que escapaba del río. Lo había apresado
antes, yendo al vergel de su padre, durante un ataque
por la noche. Allí estuvo cortando con bronce afilado
unas ramas de higuera moral para los barandales
de su carro, y Aquiles surgió como súbita ruina.
En su nave llevóselo a Lemnos, la bien construida,
y allí el hijo de Jasón pagó por su compra su precio.
Lo libró de él un huésped pagando un crecido rescate,
Eetión de Imbros, por quien fue enviado a la Atisbe divina.
Se escapó Licaón y, de vuelta a la casa paterna,
once días con sus compañeros pasó celebrándolo
de regreso ya en Lemnos; no obstante, al duodécimo día
un dios le hizo caer otra vez en las manos de Aquiles
quien, sin él desearlo, enviolo a la casa de Hades.
Como Aquiles divino, el de los pies ligeros, lo viera
desarmado, sin casco ni escudo y sin lanza tampoco,
porque todo en la orilla dejó, que el sudor lo agobiaba,
y el cansancio sus piernas vencía al huir por el río,
sorprendiose y a su corazón generoso le dijo:

—¡Dioses! Grande prodigio es el que ante mis ojos se {ofrece.
Ya es posible que los generosos troyanos a quienes
yo maté resuciten de las tenebrosas tinieblas
puesto que este, librado del día fatal, ha venido
de la Lemnos divina, en la cual fue vendido, y las olas
del mar blanco que a muchos detiene a él no lo ha detenido.
Pero haré que ahora pruebe la punta de mi larga lanza
porque siento deseos de ver si podrá nuevamente
regresar aquí, o bien, si se queda esta vez en el seno
de la tierra fecunda que aprehende a los hombres más fuertes.

Así, inmóvil, pensaba, y el otro acercose asustado
a tocar sus rodillas, ¡tan vivos deseos sentía
de librarse de la triste muerte y la parca tan negra!
Alzó Aquiles divino al momento la larga azagaya
con deseos de herirlo, mas él se encogió y corrió al punto
a abrazar sus rodillas; la lanza pasó por encima
de sus hombros: clavose en el suelo con ansias de muerte.
Posternándose, con una mano abrazó sus rodillas
[y con la otra la lanza afilada agarró, sin soltarla,]
y con estas palabras aladas habló suplicante:

—A tus plantas, Aquiles estoy; ten piedad y respétame;
digno soy, suplicante, ¡oh alumno de Zeus!, de respeto,
pues contigo en tu tienda he comido del pan de Deméter
cuando tú prisionero me hiciste en el campo labrado,
y alejándome al fin de mi padre y los míos vendísteme
en la Lemnos divina, y con ello ganaste cien bueyes.
Ahora, por rescatarme, daría esta suma tres veces.
No hace aún doce Auroras que a Ilión regresé destrozado
de sufrir, y otra vez en tus manos el hado funesto
me ha dejado. Sin duda es que Zeus grandemente me odia
pues de nuevo me entrega a tus manos. Por vida bien corta
me dio a luz Laotoa, la hija del anciano Altes,
Altes que de los légeles bravos es rey soberano

y que junto al Saitnois es señor de la Pédaso excelsa.
A su hija, entre muchas, tomó por esposa el rey Príamo
y dos de ella nacimos y habrán a los dos degollado
puesto que a Polidoro divino, en las filas primeras,
ya quitaste la vida de un golpe de lanza aguzada,
y ahora a mí la desgracia ha venido; pues ya no confío
escapar de tus manos, si en ellas un dios me ha lanzado.
Otra cosa te voy a decir y en tu mente consérvala:
no me mates: nací de otro vientre del que nació Héctor,
el que ha dado la muerte a tu dulce e intrépido amigo.

Suplicándole así le habló el hijo preclaro de Príamo,
pero fue muy amarga para él la respuesta que tuvo:

—¡Infeliz! De rescate no me hables, ni aun lo recuerdes.
Antes de que a Patroclo llegara su día funesto,
complacíase mi corazón en salvarles la vida
a los teucros, y a muchos con vida apresé y vendí luego.
Pero ahora ninguno podrá de la muerte escaparse
si en mis manos, delante de Ilión, algún dios me los pone
y especialmente aquellos que sean los hijos de Príamo.
Así, pues, ¡muere, amigo, también! ¿Por qué así te lamentas?
Murió aquel que de tal forma te aventajaba, Patroclo.
Y, ¿no ves cuán apuesto soy yo y qué estatura es la mía,
yo, engendrado por un padre ilustre y nacido de diosa?
Pues también ya me están aguardando la muerte y la parca.
De mañana vendrá o por la tarde o quizá al mediodía;
no sé quién en la lucha vendrá a arrebatarme la vida,
con la lanza o la flecha que alguno de su arco dispare.

Dijo así, y flaqueó el corazón y rodillas del otro
que, soltando la lanza, sentose y tendió entrambos brazos.
Llevó entonces Aquiles la mano a la espada tajante
y, de un tajo, lo hirió en la clavícula, al lado del cuello
y entró entera la espada de dúplice filo, y en tierra
dio de bruces; su sangre fluyó y empapose la arena.

Cogió el héroe el cadáver de un pie y lo arrojó a la corriente
y después pronunció estas palabras aladas, jactándose:

—Yace aquí con los peces que habrán de lamerte la sangre
de tu herida, tranquilos. Tu madre no habrá de ponerte
en el lecho a llorarte, sino que serás arrastrado
por el voraginoso Escamandro hasta el mar anchuroso.
Saltará de las olas un pez, y a la mar negra e inquieta
volverá cuando de grasa de Licaón se haya hartado.
¡Así todos muráis hasta que a la Ilión sacra lleguemos,
yo detrás de vosotros matándoos, vosotros huyendo!
[Ni este río de bella corriente y de argénteas vorágines
os valdrá, al cual habéis inmolado muchísimos toros
y en sus gorgas lanzado caballos solípedos vivos.
Moriréis atrozmente hasta haber expiado la muerte
de Patroclo y de cuantos aqueos murieron al lado
de las rápidas naos, cuando yo no asistía a la lucha.]

Así dijo, y el río con el corazón iracundo
en su mente pensaba en la forma de hacer que cejara
en sus luchas Aquiles divino, y salvar a los teucros.[285]

[Aquiles y Asteropeo]

Mientras tanto, el Pelida tomó su tremenda azagaya
y, queriendo matarlo, arrojola contra Asteropeo,
hijo de Pelegón, al que el Axio, el de bella corriente,
engendró en Peribea, la hija mayor de Acesámeno,
pues uniose con ella este río de gorgas profundas.
Contra este salió, pues, Aquiles, y aquel, con dos lanzas,

285. El Escamandro, el Janto, el Axio y otros, personificaciones de ríos divinos, se posicionan en el combate a favor de los troyanos por haber acogido o engendrado a alguno de ellos, como es el caso de Asteropeo.

le hizo frente, y el Janto infundió gran valor a su pecho,
irritado por todos los hombres que Aquiles había
sin ninguna piedad dado muerte en la misma corriente.[286]
Cuando, yendo a su encuentro, se hallaron los dos frente a frente,
el de los pies ligeros, Aquiles, habló así el primero:

—Tú que tienes valor de acudir a mi encuentro, ¿quién eres?
Infelices los padres de quienes afrontan mis bríos.

Y el preclaro hijo de Pelegón respondió de este modo:

—Generoso Pelida, ¿por qué te interesa mi alcurnia?[287]
De la fértil Peonia he venido, que se halla muy lejos.
Acaudillo a los peonios que luchan con lanzas muy largas,
y once días se cumplen ahora que a Ilión he llegado.
Mi linaje remóntase al Axio, el de la ancha corriente,
Axio, el que por la tierra derrama las ondas más bellas;
él fue quien engendró a Pelegón el famoso lancero
y de él, dicen, nací yo. ¡Mas lucha ya, Aquiles divino!

Dijo en son de amenaza. Y Aquiles su lanza de fresno
del Pelión levantó; y de una vez le arrojó las dos lanzas,
pues usaba ambas manos, el muy heroico Asteropeo;
una dio en el escudo, mas no consiguió atravesarlo;
la detuvo la lámina de oro que el dios había puesto
y la otra hirió el brazo derecho del héroe, en el codo,
y brotó negra sangre; no obstante, pasó por encima
y clavose en el suelo, a pesar del afán de su carne.
Lanzó Aquiles entonces su lanza de recta volada

286. Cfr. nota 285.

287. El linaje sitúa jerárquicamente a los personajes y, eventualmente, emparienta a dioses y hombres. Ahí radica el prestigio de un guerrero al enfrentarse a un héroe o semidiós en la lucha.

con deseos de que a Asteropeo arrancara la vida,
pero el tiro falló y cayó el fresno en la orilla elevada,
donde la impetuosa azagaya clavada quedose.
El Pelión echó mano a la espada afilada que al muslo
le colgaba y lanzose sobre él, y él la lanza de Aquiles
intentaba con mano robusta arrancar de la orilla;
por tres veces tiró con afán y tres veces la fuerza
le faltó, y cuando a la cuarta vez quiso, rodilla en tierra,
al doblarla, partir la azagaya del nieto de Eaco,
acercose a él Aquiles y allí lo mató con la espada.
En el vientre lo hirió, en el ombligo; cayeron al suelo
todos sus intestinos; la niebla cubrió sus pupilas
y anhelante cayó. Saltó entonces a su pecho Aquiles,
le quitó la armadura y habló de este modo, jactándose:

—Yace ahí. No era fácil que tú, aunque de río nacido,
disputaras el triunfo a los hijos del fuerte Cronida.
Tu linaje, dijiste, venía de un río anchuroso,
pero yo pertenezco al gran Zeus y me jacto de ello:
me engendró quien es rey de gran número de mirmidones:
fue Peleo, un hijo de Eaco que fue de Zeus hijo.[288]
Como Zeus es más que cualquier río que al mar va corriendo,
también los descendientes de Zeus son más fuertes que estos.
Tienes uno muy grande a tu lado; él te ayude, si puede.
Pero nunca se puede luchar con Zeus, hijo de Cronos;
a él no puede igualarse ni el fuerte Aqueloo tan siquiera,
[ni el Océano de aguas profundas enorme y potente,]
del que todos los ríos se engendran y todos los mares,
y también todos los manantiales y pozos profundos;
y él también teme al rayo de Zeus poderoso y el trueno
espantoso, cuando este retumba en la altura del cielo.

288. Cfr. nota 287.

Dijo así, y arrancó de la orilla la lanza de bronce
y dejó su cadáver allí, desprovisto de vida,
en la arena tendido y el agua muy sucia su cuerpo
envolvía, y anguilas y peces hasta él se llegaban
a comerse la grasa con que sus riñones cubríanse.

[La cólera del Escamandro]

A los peonios fue Aquiles, a los que luchaban en carros,
que escapábanse por las orillas del río revuelto,
cuando vieron caer al más fuerte en el duro combate
por las manos y espada de Aquiles Pelida vencido.
A Tersícolo entonces, Midón, Astipilo y Mneso
les dio muerte, y a Tracio y a Enio y también a Ofelestes,
y a otros muchos el rápido Aquiles hubiera matado,
si aquel río de gorgas profundas, airado, desde una
de ellas, con el aspecto de un hombre, no hubiérale dicho:

—Por tu audacia y acciones nefandas superas, ¡oh Aquiles!,
a cualquiera; los dioses te prestan su auxilio constante.
Si el Cronión te permite que a todos los teucros destruyas,
de mí apártalos y en la llanura ejecuta tus gestas.[289]
Mi corriente apacible está llena de muertos ahora
y no dejan que en el mar divino derrame mis aguas,
tantos muertos me atascan, y sigues matando sin tregua.
Cesa, pues, que en angustia me tienes, caudillo de pueblos.

Y el de los pies ligeros, Aquiles, repuso diciendo:

—Lo haré, alumno de Zeus, Escamandro, tal como me {ordenas,

289. Cfr. nota 285.

pero no me abstendré de matar a los teucros altivos
hasta que los encierre en la villa y, luchando con Héctor,
frente a frente él me mate, o yo pueda acabar con su vida.
Así dijo, y lo mismo que un dios atacó a los troyanos
y así el río de gorgas profundas habló con Apolo:

—¡Dioses! Hijo de Zeus, el del arco de plata, te niegas
a cumplir del Cronión los designios; te dijo ayudaras
a los teucros y los defendieras, en tanto la tarde
no llegara, pusiérase el sol y los campos negreasen.

Así dijo, y Aquiles lancero saltó al río desde
la escarpada ribera. Mas él lo atacó enfurecido;
revolvió la corriente, sus aguas hinchó y arrastraba
a muchísimos hombres que Aquiles había matado
y, mugiendo lo mismo que un toro, a la orilla arrojábalos,
y a la vez a los vivos salvaba en la hermosa corriente
ocultándolos en las profundas y anchísimas gorgas.
Rodeaban a Aquiles las olas revueltas, y el agua
golpeaba, empujando el escudo de Aquiles, y el héroe
no podía tenerse. Se asió con las manos a un olmo
corpulento y frondoso, más este, de raíz arrancado,
rompió el borde escarpado, oprimió la muy bella corriente
con sus ramas, cayó entero al río y quedó como un puente.
Él entonces dio un salto y logró del abismo escaparse
y, asustado, corrió por el llano con pie muy ligero.

No por esto el gran dios dejó de perseguirlo, que encima
de él lanzose con su cresta negra, queriendo que Aquiles
el divino cesara en la lucha, y salvar a los teucros.
Como un tiro de lanza el Pelida salvó dando un salto
como el águila negra y rapaz, con el ímpetu suyo
—que es el ave más fuerte y veloz entre todas las aves—,
y como ella saltó, echó a correr y en su pecho con ruido
espantoso sonaba a golpazos el bronce, evitando
sus ataques, y el río corría tras él a oleadas.

Igual que el jardinero desde un manantial muy profundo
lleva el agua por entre las plantas y flores de un huerto
y, llevando la azada en la mano, el regato despeja,
y al correr de las aguas las piedras pequeñas se mueven
y al llegar a un declive murmura y su paso acelera
y termina pasando delante de aquel que la guía,
de igual modo las aguas del río llegaban a Aquiles
porque son mucho más poderosos los dioses que el hombre.
Cuantas veces Aquiles divino, el de los pies ligeros,
intentaba pararse a mirar si tras él iban todos
los eternos, que tienen su casa en el cielo anchuroso,
otras tantas las olas del río que Zeus alimenta
con la lluvia, azotaban sus hombros, y el héroe saltaba
afligiéndose en el corazón, y cansábale el río
las rodillas, quitándole bajo las plantas el suelo.

Y gimió así el Pelida, fijando en el cielo sus ojos:

—¡Padre Zeus! ¿Por qué no viene un dios a salvarme del río,
desdichado de mí? Luego habré de sufrir lo que quieras.
No hay deidad en el cielo que tenga mayor culpa acaso
que mi madre, que con predicciones muy falsas me dijo
que al pie de las murallas de los belicosos troyanos
las veloces saetas de Apolo la muerte daríanme.
¡Ay! Me hubiese matado Héctor que es aquí el más valeroso;
así hubiese un valiente acabado y triunfado un valiente.
Mas el hado desea que muera de mísera muerte
porque vivo acosado lo mismo que el niño porquero
que lo arrastra un torrente, si en plena tormenta lo cruza.

Dijo así, y Poseidón y Atenea, muy rápidamente,
con aspectos humanos a él se acercaron, lo asieron
de las manos y con sus palabras prestáronle ánimo.
Poseidón que sacude la tierra en hablar fue el primero:

—Abandona tu miedo y no tiembles ya más, ¡oh Pelida!
Con la venia de Zeus tal socorro a ofrecerte venimos
[a ti ahora, nosotros los dioses, yo y Palas Atenea.]
No desea el destino que el río te quite la vida
y, tal como verás, dejará de seguirte los pasos.
Te daremos un sabio consejo, por si lo deseas
no descanse un momento tu brazo en la lucha funesta
hasta haber encerrado en los ínclitos muros de Troya
a los teucros que escapen. Y cuando a Héctor hayas matado
a las naves regresa: la gloria te concederemos.

Esto dicho, al encuentro partieron de los inmortales.
Confiando en los dioses, Aquiles se fue a la llanura
que encontrábase toda inundada por agua del río,
con flotantes cadáveres y armas muy bellas de jóvenes
muertos en la pelea. Saltaban muy alto sus piernas
cuando a brincos seguía el camino, y el río anchuroso
no impedía su andar, que Atenea le dio muchos bríos.
No cedió el Escamandro en su ira, antes bien, irritándose
más aún contra Aquiles, sus olas hinchaba y lanzaba
a lo alto, y pedía al Simois le prestara su ayuda:

—Ven, hermano querido, los dos contendremos la fuerza
de ese hombre, que va a destruir la ciudad del rey Príamo
y los teucros no pueden ya más resistirlo en la lucha.
Ven al punto en mi ayuda y aumenta el caudal con las aguas
de las fuentes, y toma las de los torrentes; levanta
grandes olas, y arrastra con ruido pedruscos y troncos
para que aniquilemos al fin a tan fiero guerrero
que ahora triunfa y medita una hazaña que es propia de dioses.
Pero no le valdrán ni su fuerza ni su gran belleza
ni sus armas magníficas que han de quedar en el fondo
del pantano, cubiertas de limo. Y a él mismo en arena
abundante lo voy a envolver y pondré en torno suyo
mucho guijo, y sus huesos ni aun podrán ser recogidos
por los hombres aqueos; pondré encima de él tanto limo.

Tendrá aquí su sepulcro y ya no le será necesario
que echen tierra sobre él los aqueos en sus funerales.

[Combate del fuego y del agua]

Dijo, y arremetió contra Aquiles, alzándose airado
y rugiendo de espuma, de sangre y de cuerpos sin vida.
Y las ondas purpúreas del río que lluvias celestes
alimentan, erguidas, consigo al Pelida arrastraban.[290]
Pero, Hera, gritó con voz fuerte, temiendo que a Aquiles
devorasen los vórtices hondos y raudos del río,
y en seguida a su hijo amadísimo, Hefesto, le dijo:

—Hijo mío, levántate, cojo, pues todos creemos
que es el Janto de innúmeras gorgas tu igual en la lucha.
Ven, ayúdanos, y haz que ahora surja una llama muy grande.
Con la ayuda del Céfiro y Noto veloz traerá una
poderosa borrasca que venga del mar y que haga
que se quemen las armas y cuerpos troyanos, lanzándoles
el incendio voraz. Tú en entrambas orillas del Janto,
logra que ardan los árboles, mételo dentro del fuego
y que no te convenza con sus amenazas o súplicas,
ni apacigües su ardor sino cuando yo a ti te lo ordene
dando gritos. Entonces apágame el fuego incansable.

Así dijo, y Hefesto arrojó su magnífico incendio,
y primero ardió el valle y quemó numerosos cadáveres
de guerreros que a manos de Aquiles perdieron la vida;
se secaron los campos y ya no manó el agua pura.

Como seca los prados el Bóreas durante el otoño
que inundáronse, y de ello se alegra aquel que los cultiva,

290. La grandeza del héroe comporta la superación de grandes adversidades, inclusive catástrofes naturales.

así el fuego secó el llano todo y quemó los cadáveres.
Dirigió luego al río las llamas brillantes y ardieron
al instante los olmos, los sauces y los tamariscos,
y los lotos, el junco y la juncia, que en gran abundancia
en el río de bella corriente había en ambas orillas.
Padecieron en sus madrigueras anguilas y peces
que saltaban de aquí para allá en la corriente tan bella,
oprimidos por el soplo del astucísimo Hefesto.
Y la Fuerza del río, quemándose, habló de este modo:

—No hay, Hefesto, ningún dios capaz de medirse contigo
y no quiero contigo luchar ni con tus vivas llamas.
Deja de perseguirme, y que Aquiles divino a los teucros
haga echar a la villa. ¿Por qué he de ayudarlos luchando?

Así habló por el fuego abrasado y hervían sus aguas.
Como en una caldera, arrimada a un gran fuego, se funde
la manteca de un cerdo cebado al hervir, y rebosa
por un lado y por otro y debajo está ardiendo la leña,
tal la hermosa corriente, rodeada de fuego bullía;
no pudiendo avanzar, detenía su curso oprimida,
y del astuto Hefesto el vapor angustiábalo mucho.
Suplicó a Hera insistente, con estas aladas palabras:

—¡Hera! Dime por qué a mi corriente atormenta tu hijo
más que a otros. No debo de ser para ti tan culpable
como todos los otros que están apoyando a los teucros.
Pero desistiré de ayudarlos, si tú me lo ordenas,
mas que cese él también de una vez. Y te haré la promesa
de que no libraré a los troyanos del día funesto
aunque Troya llegara a ser pasto de llamas voraces,
por haberla incendiado los muy belicosos troyanos.

Y oyó Hera, la diosa de brazos nevados, la súplica,
y al instante habló a su hijo magnánimo Hefesto, y le dijo:

—Ceja, Hefesto, hijo ilustre, pues no es conveniente que {a causa
de los hombres mortales a un dios inmortal maltratemos.

Así dijo, y Hefesto apagó sus magníficas llamas
y a la bella corriente volvieron al punto las olas.[291]

Y tan pronto la fuerza del Janto abatiose, cesaron
de luchar, puesto que Hera, aunque airada, así se lo exigía.

[La guerra entre los dioses]

Entre los demás dioses se armó una terrible pelea.
Sentimientos contrarios flotaron en sus corazones.
Se atacaron con un gran fragor y tembló la ancha tierra;
cual clarín resonó el alto cielo. [Zeus desde el Olimpo,
donde estaba sentado, lo oyó, y con el ánimo alegre
se reía al ver que iban también a atacarse los dioses.[292]
No estuvieron distantes gran rato. Empezó al punto Ares,
el que horada broqueles, dispuesto a atacar a Atenea
con la lanza de bronce, y le habló de esta forma injuriosa:

—¿Por qué, ¡oh mosca de perro!, nos lanzas de nuevo {a la lucha
con tu audacia insaciable? ¿Qué impulso tan grande te mueve?
¿No te acuerdas de cuando incitaste al Tidida Diomedes
contra mí para herirme, y la lanza brillante tú misma
me arrojaste y con ella rasgaste mi piel tan hermosa?
Me figuro que vas a pagar cuanto daño me hiciste.

291. Cfr. nota 276.
292. Los quehaceres divinos y humanos son intrínsecos: eso explicaría el enfrentamiento entre dioses.

Así dijo, y un golpe le dio sobre la égida horrible
y floqueada, que ni el mismo rayo de Zeus rompería;
Ares el homicida dio en ella con su ingente lanza.
Mas la diosa agachose, agarró con la mano robusta
una piedra tremenda y oscura de cantos agudos,
puesta por los antiguos por linde al extremo de un campo,
dio a Ares impetuoso en el cuello y quebró así sus miembros.
Cayó y siete yugadas tendido ocupó; sus cabellos
se mancharon de polvo; sonaron sus armas y Palas
Atenea rió y con palabras aladas jactábase:

—¡Necio! ¿No has comprendido que de ser más fuerte {me jacto
y te atreves ahora a oponer tu furor contra el mío?
Sufre y paga las imprecaciones de tu airada madre
que te está maquinando desdichas porque a los aqueos
has dejado y a los orgullosos troyanos ayudas.

Dijo así, y a otro lado volvió sus pupilas brillantes.
Tomó la hija de Zeus, Afrodita, de la mano a Ares
y él gemía hondamente y quería cobrar el aliento.
Mas lo vio Hera, la diosa de brazos nevados, y al punto
dirigiose a Atenea con estas palabras aladas:

—¡Dioses! ¡Hija de Zeus, portador de la égida, Indómita!
Esa mosca de perro se quiere llevar del combate,
a través de la lucha, al funesto Ares. ¡Anda con ella!

Dijo así, y se alegró el corazón de la diosa Atenea,
que corrió hacia Afrodita, ya alzada la mano robusta;
le dio un golpe en el pecho y flaquearon las piernas y el ánimo
de la diosa, y los dos en el suelo quedaron tendidos.
Y Atenea, jactándose, habló con aladas palabras:

—Que esta sea la suerte de los protectores de Troya
si combaten contra los aqueos armados con cotas,

tan audaces e impúdicos como la diosa Afrodita
que, afrontando mis iras, prestó sus socorros a Ares.
¡Y hace tiempo que hubiéramos dádole fin a la guerra
con la toma de Ilión, de la villa tan bien construida!

Dijo así, y sonrió Hera la diosa de brazos nevados.
Y el señor que sacude la tierra habló entonces a Apolo:

—¿Por qué, Febo, tampoco luchamos nosotros? No es {justo,

puesto que han empezado los otros. Sería vergüenza
regresar al Olimpo; a la casa de Zeus de broncíneos
muros, sin que luchemos. Comienza tú que eres más joven.
No está bien que yo empiece, con más experiencia y más años.
¡Necio! ¡Qué irreflexiva se muestra tu alma en las cosas!
¿No te acuerdas de cuánto en Ilión los dos hemos sufrido,
solos entre los dioses? Enviados por Zeus, trabajamos
todo un año para Laomedonte el soberbio, que darnos
prometió un sueldo justo y que igual nos mandaba que un amo.
Yo cerqué la ciudad de los teucros con un ancho muro
muy hermoso, y el que inexpugnable logró hacer la villa.
Y los bueyes flexípedes, de corvos cuernos, tú, Febo,
pastoreabas por bosques y selvas y valles del Ida.
Pero cuando las horas alegres trajeron el término
del ajuste, negose a pagar el salario el soberbio
Laomedonte, y nos puso en la calle no sin amenazas,
que a los dos, dijo que, con las manos y pies bien atados,
llevaría a vender a unas islas que hallábanse lejos,
y cortarnos con el duro bronce a los dos las orejas.
Pesarosos nos fuimos los dos con el ánimo airado
puesto que el prometido salario negose a pagarnos.
¡Y a su pueblo ahora tú favoreces, en vez de juntarte
con nosotros y hacer que ya todos los teucros perezcan
duramente y con ellos sus hijos y castas esposas!

Y el que hiere de lejos, Apolo, repuso diciendo:

—¡Batidor de la tierra! Sensato a tus ojos no fuera
si luchase contigo por los miserables mortales
que, al igual que las hojas, ya se hallan lozanos y fuertes,
mientras comen los frutos que cría la tierra fecunda,
ya se agostan y mueren al cabo. Dejemos al punto
la batalla, y que allá ellos se arreglen con sus discusiones.

Dijo así, y le volvió las espaldas después; por respeto
no quería a las manos llegar con su tío paterno.
Y su hermana, señora de fieras, Artemis campestre,
lo increpó duramente diciendo injuriosas palabras:

—¿Huyes de Posidón, tú que hieres de lejos, y el triunfo
se lo dejas a él con la gloria que no se merece?
¿Por qué tienes un arco, infeliz, si de nada te sirve?
[¡Que no te oiga jactarte en la casa que tiene mi padre,
como hasta ahora lo hiciste ante todos los dioses eternos,
de que con Poseidón siempre puedes luchar cuerpo a cuerpo!]

Dijo, y no respondió aquel que hiere de lejos, Apolo.
Pero la augusta esposa de Zeus increpó muy irritada
con injurias a la que disfruta lanzando saetas:

—¿Cómo, impúdica perra, te atreves conmigo a {enfrentarte?

Muy difícil será que resistas mi gran fortaleza,
a pesar de tu arco y de que Zeus te hiciera entre todas
las mujeres leona y te deje matar a quien quieras.
Mejor es por los montes matar a las fieras salvajes
o los ciervos, que estar peleando con los poderosos.
Mas empieza si quieres luchar, y sabrás de qué modo
soy más fuerte que tú, pues querías medirte conmigo.

Dijo así, y le agarró ambas muñecas con la mano izquierda;
con la otra quitó de sus hombros el arco y la aljaba
y, riendo, golpeó con los dos sus orejas; volvía

la cabeza ya a un lado, ya a otro, y cayeron las flechas.
Huyó al cabo llorando, como huye también la paloma,
perseguida por el gavilán, a esconderse en el hueco
de una roca, que el hado no quiso que aquel la cazara.
Huyó así, sin aljaba y sin arco, la diosa llorando.

Y habló así el mensajero Argifontes, diciéndole a Leto:

—Leto, no he de batirme contigo, porque es peligroso
luchar con las esposas de Zeus el que nubes reúne.
Jáctate muy contenta ante todos los dioses eternos
de que me has derrotado empleando tu fuerza terrible.

Dijo, y Leto cogió el arco adunco y las flechas que había
por el suelo, vertidas en un torbellino de polvo,
y, hecho esto, marchose en seguida detrás de su hija.
Llegó esta al Olimpo, a la casa de Zeus de broncíneos
muros, y se sentó en las rodillas del padre, llorando
y su velo divino tembló en ella. El padre Cronida
la tomó en su regazo, sonrió tiernamente y le dijo:

—¿Qué celeste deidad te trató de este modo, hija mía,
como para que te castigasen por alguna falta?

Y repúsole Artemis flechera, de hermosa diadema:

—Hera, la de los brazos nevados, tu esposa, fue, padre,
que encendió entre los dioses, por ella, la lucha y discordia.

[Aquiles delante de Troya]

Mientras ellos estaban hablando entre sí de estas cosas,
Febo Apolo metiose en Ilión, la ciudad muy sagrada,
temió que el muro de la ciudad bien labrada, los dánaos
destruyeran en esos momentos, en contra del hado.

Al Olimpo volvieron los dioses eternos, airados
unos y envanecidos los otros del triunfo. Sentáronse
junto al padre que nubes reúne.] Y Aquiles mataba
a los teucros, guerreros y potros de cascos macizos.
Como cuando a los cielos tan anchos elévase el humo
al quemarse una villa que ha airado contra ella a los dioses
y sus hombres trabajan y muchos gran daño padecen,
así Aquiles causaba a los teucros fatigas y daños.

Encontrábase Príamo el viejo en la torre sagrada
cuando vio al gigantesco Pelida. En completa derrota,
ante él, sin poder resistirlo, los teucros huían.
Y, llorando, el anciano bajó de la torre y les dijo
a los nobles varones que estaban guardando las puertas:

—Abrid ahora las puertas y con mano firme aguantadlas
hasta que entren en nuestra ciudad, los guerreros que huyan
por Aquiles seguidos de cerca. Me temo un desastre.
Mas tan pronto respiren aquellos, ya tras de los muros,
ajustad nuevamente las hojas unidas con fuerza.
Me da miedo que ese hombre fatal se nos meta en la villa.

Dijo. Se descorrieron cerrojos y abrieron las puertas.
[El abrirlas fue la salvación. Salió Apolo por ellas
para que de la ruina pudiera salvar a los teucros.]
Todos hacia la villa y las altas murallas huían,
por la sed acosados y todos cubiertos de polvo,
desde el campo. Y él los acosaba blandiendo la lanza
llena el alma de furia violenta, y ansiando la gloria.

Los aqueos hubieran tomado la Ilión de altas puertas,
si el valor del divino Agenor, el ilustre y valiente
Antenórida, allí Febo Apolo no hubiese excitado.
Le infundió el dios en su corazón el valor necesario
y, queriendo apartarle la parca funesta, a su lado,
apoyado en un haya quedó y por la niebla cubierto.

Pero cuando el que asuela ciudades, Aquiles, llegaba
se detuvo y en su corazón surgió al punto la duda.
Y gimiéndole a su corazón generoso, le dijo:

—¡Ay de mí! Si deseo escapar del intrépido Aquiles
por allí donde van los demás con gran miedo y desorden,
también me alcanzará y matará sin que puedan valerme.
Pero si los dejara yo a todos huir acosados
por Aquiles Pelida y me fuese alejando del muro
por el campo troyano y llegara a los bosques del Ida,
y entre sus matorrales pudiera esconderme y más tarde
refrescarme en el río tomando un buen baño y quitarme
el sudor, me sería posible volver a Ilión luego.
Mas ¿por qué el corazón tales cosas me obliga a que piense?
Quizá advierta que de la ciudad por el llano me alejo,
y con planta veloz se echará sobre mí a darme alcance,
y la muerte y la parca esta vez no podré ya evitarme,
pues sin duda es el hombre más fuerte de todos los hombres.
¿Y si yo ante la villa murada saliera a su encuentro?[293]
Vulnerable también es su piel para el bronce afilado;
solo tiene una vida y mortal lo suponen los hombres,
[pero Zeus el Cronión le concede muchísima fuerza.]

Dijo así, y aguardó, agazapándose, a Aquiles; estaba
impaciente su gran corazón por luchar y batirse.
Igual que la pantera que sale del bosque frondoso
a enfrentarse con el cazador, y a él se va sin que turbe
nada su corazón ni le asusten ladridos de perros,
y si aquel se adelanta y la hiere de cerca o de lejos,
ni aun con una azagaya clavada abandona la lucha
hasta que lo acomete o acaba perdiendo la vida,
de tal modo el divino Agenor, Antenórida ilustre,
no quería escapar ni batirse esta vez con Aquiles.

293. Agenor medita una estrategia para alejar a Aquiles y a los aqueos de Troya y así evitar el ataque final.

Así, pues, con su escudo redondo cubrió bien su cuerpo,
lo apuntó con la lanza y le habló dando voces terribles:

—Imaginas en tu corazón, ¡oh ilustrísimo Aquiles!,
que hoy bien puedes tomar la ciudad de los teucros altivos.
¡Infeliz! Todavía la causa será de mil males.
Muchos bravos varones están dentro de ella dispuestos,
todos por nuestros padres y esposas y por nuestros hijos
a que no muera Ilión, y aquí mismo hallarás tú la muerte,
por terrible guerrero que seas y por valeroso.

Dijo así, y con la mano robusta arrojó el dardo agudo
y su tiro no erró, dio en la pierna bajo la rodilla.
Y la greba recién construida sonó horriblemente,
pero fue rechazada la lanza de bronce, y no pudo
penetrar; el regalo del dios lo impidió, la armadura.
Luego contra el divino Agenor arrojose el Pelida,
pero Apolo no quiso que ahora obtuviese la gloria,
pues llevose al troyano cubierto de niebla muy densa
y condújolo al punto al abrigo del duro combate.[294]
Luego, con un engaño, al Pelida apartó del ejército.
El que hiere de lejos tomó de Agenor la apariencia
y se puso ante el héroe y así este empezó a perseguirlo.
Mientras él lo corría a través de un gran campo paniego,
hacia el río Escamandro, el de gorgas profundas, muy cerca
tras el otro, que Apolo engañábalo así con astucia,
para que confiase en llegar a alcanzarlo corriendo,
los restantes troyanos, huyendo en tropel, alcanzaron
la ciudad, que llenose con cuantos allí refugiáronse.
Ni siquiera atreviéronse en ella a esperarse los unos
a los otros, queriendo saber quién se había salvado,
y quién hubo dejado en el campo la vida; afluyeron
a la villa los que por sus pies y rodillas salváronse.

294. Cfr. nota 92.

CANTO XXII

En la villa se hallaban lo mismo que ciervos huidos.
El sudor se enjugaban; la sed aplacaban bebiendo
al amparo de los parapetos. Y, mientras, los dánaos
acercábanse al muro llevando el escudo en el hombro.

Solo a Héctor detuvo la parca funesta, de modo
que quedárase fuera de Ilión, en las Puertas Esceas.
Y por último habló Febo Apolo al Pelida y le dijo:

—¿Por qué tú me persigues, Pelida con tus pies veloces,
tú, mortal, a deidad inmortal? ¿Todavía no sabes
que soy dios, puesto que con tal ira me estás persiguiendo?
A los teucros que pusiste en fuga atacar no deseas
y en la villa han entrado y tú aquí te perdías en tanto.
Mas no me has de matar, mi destino no te pertenece.

Y el de los pies ligeros, Aquiles, repuso indignado:

—Me engañaste, funesta deidad, tú que hieres de lejos,
al traerme hasta aquí desde el muro; otros muchos hubieran,
antes de que llegaran a Ilión, esta tierra mordido.
Me has privado de gloria muy grande y salvaste a los otros[295]

295. Nótese la ironía: Aquiles reprocha a Apolo su ayuda a otros guerreros, cuando él mismo recibió ese trato de otros dioses, especialmente de parte de su madre Tetis y del dios Hefesto, quien le fabricó las armas.

fácilmente, que en nada temías que yo me vengara.
Y lo haría, en verdad, si mis fuerzas me lo permitieran.

Dijo así, y, alentado, se fue velozmente a la villa;
así como el corcel vencedor en carrera de carros
por la pista galopa con gran rapidez, sin esfuerzo,
tal Aquiles, ligero movía los pies y rodillas.

[Príamo y Hécuba suplican a Héctor
que entre en Troya]

Y lo vio el viejo Príamo aun antes de que alguien lo viera,
por el llano corriendo, y brillaba lo mismo que el astro
que en otoño distínguese por sus vivísimos rayos
entre muchas estrellas durante la noche oscurísima,
al que llaman el Perro de Orión y su brillo es muy grande,
pero que constituye un funesto presagio, por cuanto
a los débiles hombres les trae unas fiebres malignas,
así, mientras corría, en su pecho brillábale el bronce.

Gimió el viejo y, alzando las manos, golpeó su cabeza
y lanzó grandes voces y tristes lamentos, rogando
a su hijo que frente a las puertas hallábase inmóvil
y sentía un vivísimo afán de luchar contra Aquiles.
Y el anciano, tendiendo los brazos, gimiendo, decía:

—¡Héctor, hijo querido, no aguardes a ese hombre tú solo,
lejos de los demás, para que no te mueras tan pronto
por Aquiles vencido, pues es mucho más vigoroso!
¡Miserable! ¡Así fuera a los dioses este hombre tan grato
como lo es para mí, que muy pronto los perros y buitres
en el suelo se lo comerían y mi alma aplacaran!
Me ha dejado privado de muchos e intrépidos hijos:
mató a unos y a otros vendió en unas islas remotas.
Y a dos hijos no veo ahora aquí: Licaón, Polidoro,

entre todos los que en la ciudad consiguieron meterse.
Los dio a luz Laotoe, una ilustre mujer entre todas.
Si en la hueste están vivos, podremos con oro y con bronce
rescatarlos, porque todavía en palacio tenemos;
Altes, su anciano padre, le dio una magnífica dote.
Pero si ambos han muerto y están en la casa del Hades
el dolor de su madre y el mío, que los engendramos,
será grande, mas el de la gente será llevadero,
si es que tú, por Aquiles vencido, no pierdes la vida.
Guárdate tras el muro, hijo mío, de modo que puedas
a los teucros y teucras salvar; no le quieras dar gloria
al Pelida perdiendo en sus manos tu vida tan noble.[296]
Ten piedad de este viejo infeliz que aún conserva la vida;
ya Zeus padre la vida tendrá en la vejez que quitarme
y con muerte muy triste: he de ver numerosas desgracias:
a mis hijos sin vida, llevadas cautivas mis hijas,
destruidos los lechos, los niños chiquitos lanzados
contra el suelo en la ira feroz del combate, las nueras
arrastradas por las funestísimas manos aqueas.
Y por último me harán pedazos los perros voraces
a la puerta exterior de mi casa, cuando alguien me hiera
con el bronce o el dardo, y me deje sin vida los miembros,
esos perros que yo alimenté de mi mesa en palacio
para que me guardaran la puerta, bebida mi sangre,
aun con rabia en los pechos, irán a alebrarse en mi pórtico.
Para un joven yacer en la lid por el bronce aguzado,
está bien: todo es bello lo suyo, a pesar de la muerte.
Pero que la cabeza y la barba ya canas y partes
de un anciano que ha muerto en la guerra destrocen los perros,
es lo más triste que puede darse a los míseros hombres.

Así dijo el anciano, y sus manos el cano cabello
arrancaban, mas no consiguió que Héctor se convenciera

296. El consejo de Príamo está claro: si Héctor conserva la vida aún podrá luchar por los troyanos.

y la madre, que en otro lugar tristemente lloraba,
desgarrose la ropa; mostrole su pecho desnudo
y hecha mares de llanto le habló con aladas palabras:

—Ten piedad de mí, Héctor. Respeta este seno, hijo mío.
Te lo di en otro tiempo y en él olvidaste tu lloro;
¡no lo olvides, amado hijo mío! Ven tras la muralla
y rechaza tú así a este enemigo. Con él no te enfrentes.
¡Infeliz! No podré, si te mata, llorarte en el lecho,
¡oh amadísimo fruto a quien yo di la luz!, ni tampoco
tu mujer bien dotada, pues lejos de todos nosotros,
junto a las naos aqueas, te habrán devorado los perros.

[Vacilaciones de Héctor]

Así el padre y la madre a su hijo le hablaban llorando,
suplicándole, y su corazón persuadir no podían,
pues seguía aguardando allí a Aquiles, que ya se acercaba.
Cual silvestre dragón que en su cueva está a un hombre
{acechando
y que, habiendo comido venenos, con cólera horrible
y miradas terribles se enrosca en la entrada del nido,
así Héctor con inextinguible valor continuaba
quieto, habiendo arrimado el escudo a una torre saliente.
Y gimiéndole a su corazón generoso, le dijo:

—¡Ay de mí! Si traspaso yo ahora la puerta y el muro
será Polidamante el primero en cubrirme de oprobio
porque me aconsejó que trajera a la villa el ejército
en la noche funesta en que Aquiles volvió a la batalla,
pero no me dejé persuadir, y ¡ojalá lo hubiese hecho!
Y ahora que mi imprudencia ha causado la ruina de tantos,
a los teucros y teucras de peplos holgados les temo
y a quien, menos valiente que yo, estas palabras me diga:
«Perdió Héctor a todas las tropas fiado en su fuerza».

Estas cosas dirán; mejor fuera cumplir esta empresa
de enfrentarse con él; muerto Aquiles volver a la villa
o morir a sus manos con gloria y delante de ella.
¿Y si ahora dejando en el suelo mi cóncavo escudo
y mi casco potente, apoyando la pica en el muro,
al encuentro de Aquiles ilustre saliese al momento
y dijera que Helena y sus joyas y cuantas riquezas
en sus cóncavas naves a Troya se trajo Alejandro,
que al final este ha sido el motivo de nuestra discordia,
les daré a los Atridas y a más la mitad de las cosas
de la villa daré a los aqueos, después de tomado
juramento de que los troyanos no han de ocultar nada,
y yo entonces formara dos lotes con todos los bienes
que se encuentran guardados en esta ciudad tan hermosa?
Mas ¿por qué el corazón tales cosas me obliga a que piense?
No, no iré a suplicarle, que sin compasión ni respeto,
igual que a una mujer, me daría la muerte indefenso
en el mismo momento en que hubiese dejado las armas.
Imposible es hablar con él desde una encina o una roca
conversando con él como un mozo a una moza le habla,
como mozos y mozas que llevan su charla amorosa.
Lo mejor es trabar un combate y saber en seguida
para quien la victoria dejó decidida el Olímpico.[297]

[La persecución]

Estas cosas pensaba, y en tanto llegose a él Aquiles
como Enialio, guerrero provisto de un casco gallardo,
con su pica de fresno del bosque Pelión apoyada
sobre el hombro derecho, y la punta brillaba lo mismo
que una llama encendida o lo mismo que el sol cuando nace.

297. Héctor sabe en su fuero interno que se presta a su propio sacrificio, habida cuenta que ni la retirada ni la negociación con Aquiles son viables. Es lo propio de un héroe y por eso desoye a sus padres Príamo y Hécuba.

Héctor, cuando lo vio, se asustó y no podía estar quieto,
y, dejando las puertas atrás, escapó horrorizado.
Y en sus ágiles pies confiado lanzose el Pelida.
Igual que el gavilán en el monte, que es ave muy rápida,
con muy fácil volada va tras la apocada paloma,
que huye de él y él la sigue de cerca con gritos agudos
y la ataca a voladas, pues su ánimo a hacerlo le obliga,
así aquel afanoso volaba y así Héctor movía
las ligeras rodillas en torno del muro de Troya.
La atalaya dejaron atrás y el lugar de la Higuera
que los vientos batían y huía por la carretera
bajo el muro, y llegaron a dos cristalinas fontanas
que del voraginoso Escamandro eran los manantiales.
La primera era de agua caliente; el vapor la cubría
cual si allí se encontrara, a su lado, algún fuego encendido,
y la otra brotaba en verano tal como granizo,
o lo mismo que nieve muy fría o igual que agua helada.
Cerca, hallábanse unos lavaderos de piedra, muy grandes
y muy bellos, a donde a lavar ropas blancas salieron
las esposas y las bellas hijas de los teucros, cuando
fueron tiempos de paz, antes que los aqueos llegaran.
Por allí, el uno huyendo y el otro detrás de él, pasaron;
era bravo el que huía y más bravo el que lo perseguía;
no luchaba por víctima alguna ni por piel de toro,
premios dados a aquellos que ganan en una carrera,
sino que se jugaba la vida del jinete Héctor.
Cual solípedos potros, campeones veloces, que giran
rodeando la meta, teniendo a la vista los premios,
una esclava o un trípode, en juegos a honor de un difunto,
de igual modo rodearon tres veces la villa de Príamo
con sus rápidos pies. Y los dioses estaban mirándolos.

Y así el padre de dioses y de hombres tomó la palabra:

—Ven mis ojos, ¡oh dioses!, a un caro varón, perseguido
junto al muro. Y en mi corazón siento pena muy grande

de Héctor, que tantos muslos de buey ha quemado en mi {obsequio
en las cumbres del Ida, en los valles fecundos de fuentes
y lo mismo en su acrópolis. Y ahora va Aquiles divino
con sus rápidos pies detrás de él junto al muro de Príamo.
Vamos, dioses, pensad; decidamos si acaso es posible
de la muerte salvarlo o dejamos quizá que sucumba
muerto a manos de Aquiles divino, a pesar de ser bravo.

Y Atenea, la diosa de claras pupilas repuso:

—Padre del blanco rayo y la nube sombría, ¿qué has dicho?
¿Librarás otra vez de la muerte terrible a ese hombre
a quien hace ya tiempo a morir condenó su destino?
Hazlo, pero no todos los dioses te lo apoyaremos.

Y repúsole Zeus, el que nubes reúne, diciendo:

—[Tritogenia querida, hija mía, ten calma. Yo no hablo
contra ti, pero quiero ser hoy complaciente contigo.]
Obra, pues, sin que nadie te estorbe, tal como tú quieras.

Dijo así, y a Atenea forzó a hacer lo que deseaba,
y con vuelo veloz descendió de las cumbres olímpicas.

[Intervención de Atenea]

Mientras, a Héctor el rápido Aquiles seguía acosando.
Como el perro va por la montaña, por valles y cuestas
persiguiendo al cervato a quien él levantó de la cama
y si este se esconde azorado por entre un arbusto
corre aquel rastreando hasta que lo descubre de nuevo,
tal corría el Pelida de los pies ligeros tras Héctor.
Cada vez que intentó encaminarse a las puertas dardanias
y pasar por debajo de las bien labradas almenas

por si lo socorrían de arriba lanzando venablos,
avanzábale el otro y al llano lograba apartarlo
y él sin tregua corría queriendo acercarse a la villa.
[Como en sueños un hombre no puede alcanzar al que huye
y tampoco este puede alcanzar a aquel que lo persigue,
no podía escapar uno, y otro alcanzar no podía.]
¿Y cómo Héctor se hubiese librado del hado y la muerte
si, acercándose Apolo por última vez a su lado,
no le hubiese excitado el valor y las ágiles piernas?

A su ejército Aquiles divino volvió la cabeza
ordenando que no dispararan las flechas contra Héctor;
que alguien no le quitara la gloria y llegase el segundo.
Cuando por cuarta vuelta llegaron a los manantiales
las balanzas de oro tomó el Padre y puso en las mismas
las dos suertes aciagas de la funestísima muerte,
la de Aquiles y de Héctor el gran domador de caballos,
la cogió por el centro y la alzó, el fatal día de Héctor
hasta el Hades bajó; y retirose de allí Febo Apolo,
y acercose al Pelión Atenea la de claros ojos,
y a su lado le habló pronunciando palabras aladas:

—Me supongo, ilustrísimo Aquiles, de Zeus tan amado,
que a las naves aqueas gran gloria tú y yo llevaremos
muerto ya Héctor, por infatigable que sea en la lucha.
Ahora ya no ha de serle posible escapar de nosotros,
por más cosas que haga el que hiere de lejos, Apolo,
al postrarse a los pies de Zeus Padre, el que lleva la égida.
Párate, pues, ahora y recobra el aliento; entretanto,
me voy yo a convencerlo de que luche al punto contigo.

Así dijo Atenea; él sintió el corazón muy alegre,
esperó y se apoyó contra el fresno de punta de bronce.
Ella allí lo dejó y fue al encuentro del divino Héctor.
Y a Deífobo igual en figura y en voz incansable,
a su lado se puso y le habló con palabras aladas

—Buen hermano, ya el rápido Aquiles con plantas veloces
persiguiéndote en torno a la villa te va a dar alcance.
Detengámonos y rechacemos ahora su ataque.

Y el de casco brillante, Héctor, dijo con estas palabras:

—Para mí siempre fuiste el hermano más caro, Deífobo,
de los hijos que hubieron nacido de Príamo y Hécuba.
Pero voy desde ahora a tenerte un afecto más grande
porque al verme tus ojos osaste salirte del muro,
mientras todos los otros se habían tras él refugiado.

Y Atenea, la diosa de claras pupilas, le dijo:

—Buen hermano, mi padre y mi madre augustísima, y todos
mis amigos, allí, ante mis plantas, rogáronme mucho,
que quedárame allí, ¡de tal modo asustados estaban!,
pero a mi corazón le angustiaba una pena muy grande.
Ahora estamos los dos y debemos luchar con gran furia,
con la lanza incansable; veamos si Aquiles nos mata
y se lleva esta vez nuestras armas sangrientas consigo
a las cóncavas naos, o cae ante el poder de tu lanza.

Dijo, y para engañarlo empezó a caminar Atenea.[298]

[El combate]

Cuando entrambos guerreros halláronse al fin frente
a frente, el gran Héctor del casco brillante habló así, él el primero:

—No huiré más ante ti como lo hice hasta ahora, ¡oh Pelida!
Di la vuelta tres veces en torno a la villa de Príamo

298. Ante una situación irresoluble se hace necesaria la intervención divina, de nuevo motor de la acción.

sin tener el valor de arrostrarte. Mas ahora decido
enfrentarme contigo: a matarte o a que tú me mates.
Que los dioses nos sean testigos, pues son los mejores,
y ellos ya cuidarán de que nuestros acuerdos se cumplan.
Si Zeus padre me da la victoria y la vida te quito,
ya contento con esto, no habré de afrentarte cruelmente;
pues al punto en que te haya quitado las armas magníficas
daré, Aquiles, tu cuerpo a los dánaos. También tú haz lo mismo.

Y con torvo mirar dijo Aquiles, el de pies ligeros:

—¡Héctor, no hables de pactos! Bien sabes que yo no te olvido.
No hay posible alianza leal entre leones y hombres,
ni tampoco de acuerdo se muestran corderos ni lobos,[299]
antes bien, siempre piensan causarse gran daño unos a otros;
ni es posible en nosotros tampoco el amor o el acuerdo
mientras tú o yo no hayamos podido saciar con la sangre
mía o tuya, esta vez, a Ares el incansable guerrero.
Así, pues, haz acopio de todo valor, pues ahora
necesario será que obres como esforzado guerrero.
Ya no puedes huir. Atenea te hará morir pronto
por mi lanza alcanzado, y así pagarás todos juntos
los gemidos de quienes tu lanza furiosa ha matado.

Así dijo, y la pica robusta blandió y lanzó luego.
Pero al verla el noble Héctor llegar se inclinó hacia adelante
y evitó así su tiro, y la lanza broncinea clavose
en el suelo. Mas Palas Atenea, sin ser vista de Héctor,
el pastor de los hombres, de aquel la arrancó y la dio a Aquiles.

Y al ilustre Pelida, Héctor de esta manera le dijo:

299. Véanse las antítesis, que remarcarían la posición irreconciliable de Aquiles para con Héctor.

—Has fallado este tiro, ¡oh Aquiles igual a los dioses!
Nada Zeus de mi suerte te ha dicho, tal como afirmabas,
pero has sido un artífice muy hábil de falsas palabras
para que mi valor y mi fuerza olvidase, temiéndote.
Pero no, por huir, clavarás en mi espalda tu pica,
atraviésame el pecho atacándome así, frente a frente,
si algún dios lo permite. Y evita mi lanza de bronce
ahora mismo. ¡Ojalá que toda ella penetre en tu cuerpo!
A los teucros entonces sería más fácil la guerra
si murieses, pues tú eres sin duda su azote más grande.

Así dijo, y la pica robusta blandió y lanzó luego
y no erró, pues en medio acertó del broquel del Pelida,
pero fue rechazada por él. Y sintió Héctor gran ira
al ver que inútilmente su brazo la había lanzado.
Miró al suelo, pues ya no tenía otra lanza de fresno.
Y gritole a Deífobo el del blanco escudo, pidiéndole
una pica muy larga, mas él ya no estaba a su lado.
Y Héctor lo comprendió entonces todo y habló de esta forma:

—¡Ay! Sin duda a la muerte me llaman los dioses eternos.
Yo supuse que el héroe Deífobo estaba conmigo,
pero está tras el muro y Atena ha forjado un engaño.[300]
Cerca tengo la muerte funesta que no ha de tardarme
y no puedo evitarla. Desde hace ya tiempo habrá sido
grata a Zeus y a su hijo el Arquero, pues antes benévolos
me ayudaron. Pero ahora la parca en sus manos me tiene.
Mas no quiero morir de una forma cobarde y sin gloria,
sino haciendo algo grande que admiren los hombres futuros.

300. Héctor descubre la trampa de Atenea y comprende cuál es su sino, al cual es inútil oponerse.

Dijo, y desenvainó la agudísima espada potente
y muy grande que junto a su muslo llevaba colgada.
Se agachó para dar un gran salto como águila rauda
que cae desde una nube sombría sobre la llanura
y arrebata la tierna cordera o la tímida liebre,
de tal modo atacó Héctor, blandiendo la espada afilada.
Se lanzó al punto Aquiles con el corazón rebosante
de ira atroz; defendía su pecho con el bello escudo
bien labrado, y movíase el yelmo de cuatro bollones
en el cual ondeaban al viento las crines de oro
abundantes y bellas que Hefesto fijó en su cimera.
Como el Véspero acude a la noche rodeado de estrellas,
que es el astro más bello de todos los que hay en el cielo,
tal brillaba la pica que Aquiles llevaba en la mano
diestra, con la intención de hacer daño al divino Héctor,
y buscaba en su piel el lugar de menor resistencia,
la cual toda cubría la bella armadura de bronce
que, después de matarlo, quitó de su cuerpo a Patroclo,
menos en donde el cuello se une en el hombro, la gola,
la clavícula: allí donde es fácil al alma perderse.
Le clavó allí la lanza, [atacándolo, Aquiles divino
y la punta pasó el fino cuello y salió por la nuca,
pero no llegó el fresno broncíneo a cortarle el garguero,
[para que algo dijera y pudiese también responderle,]
fue a caer en el polvo,] y jactose así Aquiles divino:

—Héctor, cuando quitaste a Patroclo las armas creíste
que te habías salvado, sin miedo de mí que no estuve.
¡Necio! Mucho más fuerte que él yo, el vengador, me encontraba
en las cóncavas naves y ya te quebré las rodillas
y te destrozarán perros y aves de forma afrentosa
y a él harán los aqueos en tanto solemnes exequias.

Y el del casco brillante, Héctor, dijo lastimeramente:

—Por tu vida, tus padres y por tus rodillas te ruego
no destrocen los perros mi carne ante las naos aqueas.[301]
Toma el oro y el bronce que en gran abundancia han de darte
por rescate mi padre y lo mismo mi madre angustísima
y a los míos entrega mi cuerpo de modo que puedan
entregarlo a las llamas honrosas los teucros y teucras.

Y con torvo mirar dijo Aquiles, el de pies ligeros:

—¡Perro! No por mis padres ni por mis rodillas supliques.
¡Ojalá que la cólera y mi corazón me indujeran
a tu carne cortar y comer cruda, tal daño hicísteme!
No habrá quien tu cabeza la pueda librar de los perros,
aunque diez, veinte veces, me den el debido rescate,
ni aunque me prometieran muchísimo más, ni aunque en oro
la balanza cubriera tu peso por orden de Príamo
el Dardánida, no lograría la madre augustísima
que a la vida te dio, colocarte en un lecho y llorarte,
que han de hacerte pedazos las aves de presa y los perros.

Y el del casco brillante, Héctor, díjole, ya moribundo:

—Sí, me basta mirarte tan solo para conocerte;
sé que tu corazón férreo yo persuadir no podría.
Guárdate de que sobre ti atraiga las iras celestes
el día que Febo Apolo con Paris te quiten la vida[302]
a pesar de tu audacia tan grande, en las Puertas Esceas.

Dijo apenas, pues su negro manto tendió en él la muerte;
de sus miembros el alma voló y descendió luego al Hades.
Y lloraba porque un cuerpo joven y fuerte dejaba.

301. El odio cerval de Aquiles impedirá, excepcionalmente, acceder a esta petición para el reposo del cadáver.

302. Tal como Patroclo antes de morir predijo la muerte de Héctor, este ahora augura la de Aquiles, quien sucumbirá después del final de la *Ilíada*, herido en su talón por una flecha disparada por Paris Alejandro.

Y así Aquiles divino, aunque estaba ya muerto, le dijo:

—¡Muere! Recibiré ya la parca cuando lo dispongan
los deseos de Zeus y las otras deidades eternas.

Dijo así, y arrancó del cadáver la lanza de bronce
y, dejándola a un lado, quitó de sus hombros las armas
que la sangre teñía. Acudieron los otros aqueos
y admiraron allí el continente y la apuesta figura
de Héctor, y ni uno solo dejó de causarle una herida.

Y hubo quien, contemplándolo, habló a su vecino, diciendo:

—¡Dioses! Héctor es mucho más blando en dejar que lo
{palpen
que cuando hubo llevado a las naves la llama encendida.

Así algunos hablaban y luego acercábanse a herirlo.
Y el de los pies ligeros, Aquiles divino, quitadas
ya sus armas habló con aladas palabras a todos:

—Capitanes, amigos y príncipes de los aqueos,
pues los dioses nos han concedido vencer a este hombre
que más daño causó que causaron los otros reunidos,
sin dejar nuestras armas cerquemos la villa, de modo
que sepamos cuál es la intención que los teucros abrigan
si es que van a dejar la ciudad porque ya ha muerto Héctor
o se van a quedar todavía a pesar de su muerte.
Mas ¿por qué el corazón me hace ahora que piense estas cosas?
No llorado, en las naves Patroclo está muerto e insepulto,
y bien sé que jamás ha de serme posible olvidarlo
mientras mueva mis piernas y me halle gozando de vida,
y si acaso se olvida en el Hades a aquellos que han muerto
aun allí del amigo tan caro yo habré de acordarme.
Y ahora, amigos aqueos, cantando el peán, regresemos
a las cóncavas naos y el cadáver llevemos a ellas:

[«Gran victoria alcanzamos, matamos aquí a Héctor divino,
a quien en la ciudad como a un dios los troyanos oraban».]

Dijo así, y preparó a Héctor divino una muerte afrentosa.
Horadó los tendones de atrás de ambos pies, del tobillo
al talón;[303] introdujo correas de pieles boyunas
y lo ató al carro para hacer que la cabeza arrastrara.
Subió al carro, ya puestas en él las magníficas armas,
y aguijó a los caballos, los cuales, gozosos, volaron.
Una nube de polvo el cadáver alzó yendo a rastras,
esparcidos los negros cabellos, y aquella cabeza,
antes bella, se hundía en el polvo, por Zeus entregada,
para ser ultrajada en su patria, allí, a los enemigos.

[El duelo de Troya]

Cuando el polvo manchaba ya aquella cabeza, su madre
se mesaba el cabello; arrojando de sí el blanco velo,
prorrumpió, al ver la muerte del hijo, en amargos sollozos.
Suspiró tristemente su pecho, y gimió todo el pueblo
a su lado y por toda la villa, lanzando lamentos.
Y era como si la excelsa Ilión fuese desde su cumbre
a sus pies, toda entera arrasada por un gran incendio.
Contener al anciano los hombres apenas podían;
indignado quería salir por las puertas dardanias.
Revolcándose en los barrizales a todos rogaba,
pronunciando los nombres de cada varón, y decía:

—Por muy poco tranquilos que estéis, mis amigos, dejadme;
permitidme partir de la villa a las naves aqueas,
para ver con mis ojos a ese hombre malvado y violento;

303. Precisamente el único punto vulnerable de su verdugo Aquiles, porque al nacer, su madre, la ninfa Tetis, sumergió su cuerpo en las aguas inmortales de la laguna Estigia, excepto el talón, por donde lo sujetaba.

ha de darle piedad mi vejez y respeto mis años.
Él también tiene un padre cual yo lo he tenido, Peleo,
quien la vida le dio y lo crió para ser una plaga
de los teucros, mas es a mí a quien ha causado más daño.
¡Me ha matado a muchísimos hijos floridos y hermosos!
Mas no tanto por ellos me quejo, por más que me aflija,
como por quien su pérdida hará que descienda yo al Hades:
Héctor, quien ha debido morir en mis brazos, y entonces
nos hubiéramos ahora saciado de quejas y lágrimas
esa madre infeliz que la vida le dio, y yo con ella.

Así dijo llorando, y el pueblo con él sollozaba.
Y empezó entre las teucras su queja amarguísima Hécuba:

—¡Hijo mío! ¡Qué pena la mía! ¿Por qué padeciendo
tanta angustia tendré que vivir si tú has muerto? Día y noche
me eras en la ciudad un motivo de orgullo, baluarte
de los teucros y teucras que te saludaban lo mismo
que si fueras un dios. Vivo fuiste motivo de gloria;
pero ya te alcanzaron ahora la muerte y la parca.

Así dijo llorando, y aun nada sabía la esposa
de Héctor; ni un mensajero veraz le llevó la noticia
de que fuera del mundo se había quedado su esposo,
y en oculto lugar del palacio tejía ahora una
doble tela purpúrea, bordada de varios colores.
Ordenó a sus esclavas de trenzas hermosas que en casa
le pusieran al fuego un gran trípode, para que Héctor
se bañase, al volver de la liza, en el agua caliente.
¡Infeliz! No sabía que, lejos del baño, la vida
le quitó, por Atena la de ojos azules, Aquiles.
De la torre llegaron a ella gemidos y lloros
y sus miembros temblaron y el huso cayose en el suelo.
Y al instante habló así a las esclavas de trenzas hermosas:

—Dos veníos conmigo que voy a ver qué es lo que ocurre.
Oí la voz de mi suegra tan digna, y me salta a la boca

ahora mi corazón y las piernas se me paralizan:
amenaza una horrible desgracia a los hijos de Príamo.
¡Ojalá tal noticia no llegue a mi oído! Mas temo
que al intrépido Héctor Aquiles divino haya acaso
de la villa apartado y a él solo en el valle persiga
y dé fin a la audacia funesta que siempre ha tenido,
porque nunca en la lucha quedó entre la turba mezclado;
iba siempre delante y a nadie en bravura cedía.

Dijo, y como una loca salió del palacio en seguida;
la seguían dos siervas y su corazón le temblaba.
Pero cuando a la torre llegó ante el inmenso gentío,
se paró y dirigió la mirada por el campo todo.
Arrastrado lo vio; de la villa llevábanlo hacia
los navíos aqueos los potros despiadadamente.
Una noche sombría veló sus pupilas; de espaldas
se cayó y era como si hubiese partido su alma.
De su frente arrancó la diadema, los lazos brillantes,
una red de cordones trenzados, las cintas rizadas
y por último el velo, regalo que la áurea Afrodita
le dio el día en el que Héctor del casco brillante llevósela
de su casa de Eetión por esposa, por una gran dote.
Las cuñadas y las concuñadas rodeábanla todas
sosteniéndola exánime como si muerta estuviese.
Y una vez vuelta en sí y recobrado el aliento perdido,
empezó entre las teucras diciendo con gran desconsuelo:[304]

—¡Héctor! ¡Triste de mí! Con idéntica suerte nacimos,
tú en Ilión, dentro de este palacio soberbio de Príamo,
y yo en Tebas, en la falda llena de bosques del Placo,
en la casa de Eetión donde fui cuando niña criada,
para tan infeliz como tú. ¡No me hubiera engendrado!
A la casa del Hades, al seno del suelo desciendes

304. El patetismo de la escena es evidente por cuanto la pérdida supone para Príamo, Hécuba y Andrómaca.

y sumida en tristísimo duelo me dejas, y viuda
quedo en este palacio. Y es aún muy pequeño ese hijo
que tú y yo, ¡desdichados los dos!, en el mundo hemos puesto.
Pues moriste, Héctor, nunca su amparo serás, ni él el tuyo;
aunque vivo de la lucha aquea funesta se escape,
[no tendrá el porvenir para él más que pesares y duelos,
y los otros se apoderarán de los campos que tenga.
Pierde sus compañeros el niño ese día en que es huérfano;
cabizbajo va siempre y la cara anegada de lágrimas.
Y, por necesidad, a amistades del padre recurre;
de la túnica tira a los unos, del manto a los otros
y quien tiene piedad un instante le ofrece la copa
que en los labios le para y no llega a mojar su garganta.
Y ese niño al que viven los padres a golpes lo echa
del festín, increpándolo con injuriosas palabras:
«Ve de aquí noramala, tu padre no está en el banquete».
Volverá luego a su viuda madre, llorando, este hijo,]
Astianacte, que antaño, sentado en las piernas del padre,
solamente comía medula y la grasa de oveja
y si el juego después lo rendía, entregábase al sueño
y dormía en el lecho al cuidado de tierna nodriza,
en su cama mullida y con el corazón muy contento.
Pero, muerto su padre, tendrá que sufrir grandemente
Astianacte, al que de esta manera los teucros llamaban
puesto que solo tú defendías las puertas y muros.[305]
Lejos ya de tus padres y cerca de las naos curvadas
comerán de tu carne bullentes gusanos y perros,
de tu carne desnuda; y tan bellos y finos vestidos
en palacio tenías, tejidos por manos de esclavas.
A las llamas ardientes deseo lanzar estas ropas,
y pues no te son útiles, ya que no yaces con ellas,
sean para ti gloria a los ojos de teucros y teucras.

Así dijo llorando y lloraron también las mujeres.

305. El comentario se relaciona con el nombre: Astianacte significa «señor de la ciudad».

CANTO XXIII

[El duelo de Aquiles]

Así por la ciudad sollozaban. Los hombres aqueos
cuando ya ante las naos se encontraron y ante el Helesponto,
cada uno a su nave se fue, una vez rotas las filas.
Pero Aquiles a los mirmidones retuvo a su lado
sin dejarlos marchar, y habló a sus belicosos amigos:

—Mirmidones de raudos corceles, amigos amados,
no soltéis de los yugos a los galopantes caballos;
antes bien, con caballos y carros venid y lloremos
a Patroclo, porque este homenaje se debe a los muertos.
Y una vez nos hayamos saciado de tristes sollozos,
desuncidos del carro los potros, aquí cenaremos.

Así dijo. Rodearon a Aquiles y todos gimieron.
Los caballos crinados tres vueltas en torno al cadáver
dieron y ellos lloraban y Tetis su llanto incitaba.
Y quedaron el suelo y las armas de aquellos guerreros
empapados en llanto, ¡a tal hombre de guerra lloraban!
Y el Pelión comenzó entre sus hombres la fúnebre queja
colocando en el pecho de su camarada las manos:

—Te saludo, ¡oh Patroclo!, aunque estés en la casa del Hades.
Ahora voy a cumplirte las cosas que te he prometido.
Arrastré, para darlo a los perros, el cuerpo de Héctor

y ante tu pira a doce hijos de generosos troyanos
cortaré la cabeza, ¡tal ira me ha dado tu muerte!

Dijo, y a Héctor divino dispuso una muerte ultrajante:
lo tendió boca abajo en el polvo ante el cuerpo del hijo
de Menetio. Las armas de bronce brillante quitáronse,
desuncieron a los relinchantes caballos, y cerca
de la nao del Eácida de pies ligeros, sentáronse
muchos, y él les sirvió el funeral y excelente banquete.
Muchos bueyes nevados gimieron al ser degollados
con el hierro, y muchísimas cabras balantes y ovejas
y también muchos cerdos grasosos de blancos colmillos
en la llama de Hefesto extendidos estaban asándose,
y, rodeando al cadáver, la sangre abundante corría.

Al Pelida de los pies ligeros los reyes aqueos
se llevaron junto a Agamenón el divino. Afligido
por la muerte de su compañero, costó convencerlo.
Ya reunidos con Agamenón en su tienda, en seguida
al heraldo de voces sonoras le dieron la orden
de poner un gran trípode al fuego, por si convencían
al Pelida de que se lavara las manchas de sangre;
mas él, terco, negose; además, añadió un juramento:

—¡No por Zeus, la suprema deidad y la más poderosa!
Que no es justo permitir al agua mojar mi cabeza
hasta que haya dejado a Patroclo en la pira y alzado
una tumba y cortado mi pelo, que pena tan grande
nunca mi corazón sentirá mientras vida me quede.
Celebremos en estos momentos el triste banquete.
Luego tú, Agamenón, el señor de los pueblos, en cuanto
nazca el alba, haz que traigan la leña y la pongan tal como
sirve a un muerto que va a sumergirse en la sombra brumosa.
Así el fuego vivaz podrá pronto apartarlo de nuestros
ojos y a sus quehaceres irán nuevamente los otros.

Dijo así, y escucháronlo todos y lo obedecieron.
Preparada en seguida la cena, cenaron los hombres
y a ninguno faltó su porción respectiva de cena.
Cuando ya de comer y beber estuvieron saciados,
deseosos de sueño a sus tiendas se fueron los hombres.

El Pelida, a la orilla del mar estruendoso, gemía
hondamente y estaba con los mirmidones innúmeros
en un limpio lugar al que estaban bañando las olas.
Vino el sueño por fin, que disipa el cuidado del ánimo,
y en torno a él se vertió suavemente; sus miembros robustos
ante Ilión la ventosa, luchando contra Héctor, cansáronse.
Acudió a verlo entonces el alma del triste Patroclo,
igual que él, tanto por su estatura y hermosas pupilas
y la voz, como por los vestidos que había llevado,
y, poniéndose sobre su frente, le habló de este modo:

—¿Duermes ya? ¿De esta forma, tan pronto, me olvidas,
{ Aquiles?
Vivo, te preocupabas de mí y me abandonas ya muerto.
Enterradme, y podrán darme entrada las puertas del Hades,
pues las almas que son de los muertos imagen, me apartan
lejos de ellas, y el río no quiere dejarme que pase,[306]
y ante el Hades de puertas tan anchas camino errabundo.
¡Dame ahora la mano; lo pido llorando! Ya nunca,
entregado mi cuerpo a las llamas, vendré desde el Hades.
Nunca más, y con vida los dos, alejados de todos,
a charlar nos pondremos. La muerte funesta que el hado
al nacer decretó para mí, ha devorado mi cuerpo.
Y también tu destino es, ¡oh Aquiles divino!, que mueras
al pie de las murallas de los generosos troyanos.[307]
Otra cosa te voy a decir y te ruego la atiendas:

306. El río es el Aqueronte, que los difuntos deben cruzar para llegar a la morada del Hades.

307. Cfr. nota 302.

tus cenizas no quiero que estén de las mías distantes,
sino juntas, pues juntos los dos en tu casa crecimos
desde que a ella Menetio —yo aún era muy joven— de Opunte
me llevó por haber cometido un penoso homicidio;
sin querer, le quité a un hijo de Anfidamante la vida;
porque me enfurecí cuando estaba jugando a la taba.
Me acogió en su morada el ilustre jinete Peleo;
junto a él me crió con regalo y nombró tu escudero;[308]
así, pues, que la misma urna encierre los huesos de entrambos,
[aquella ánfora de oro que al irte te diera tu madre.]

Y el de los pies ligeros, Aquiles, repuso diciendo:

—¿Por qué, amada cabeza, has venido? ¿Por qué tales cosas
me encomiendas que cumpla? Bien sabes que cuanto me dices
cumpliré para ti de la forma que tú me lo mandas.
Pero acércate para que, estando abrazados, podamos,
aunque por un momento, saciarnos de llanto tristísimo.

Así dijo, y tendía ambas manos queriendo abrazarlo,
pero no lo logró porque el alma se fue como el humo
bajo tierra, lanzando un chillido. Y Aquiles, atónito,
levantose de un salto, palmeó y exclamó con voz triste:

—¡Dioses! Cierto es que en casa del Hades el alma y la imagen
permanecen; no obstante, el aliento vital ya no existe.
Tuve el alma del triste Patroclo durante la noche
a mi lado llorando y gimiendo, encargándome todo
cuanto había de hacer, y era idéntica a como fue en vida.

Dijo así, y puso en todos un hondo deseo de llanto.

308. Patroclo y Aquiles son un claro ejemplo de profunda amistad en la épica homérica. Peleo acogió a Patroclo, siendo este un niño, al ser desterrado por un homicidio involuntario.

Al mostrarse en el cielo la Aurora de dedos de rosa,
junto al muerto lloraban. Mandó Agamenón soberano
que de todas las tiendas salieran los hombres con mulos
y que fueran por leña. Y nombró capitán de este grupo
a Meriones, que de Idomeneo era fiel escudero.
Caminaban los mulos delante y detrás los guerreros
con las hachas que cortan madera y las sogas torcidas,
ya subiendo o bajando, rodeando, o ya bien acortando.
Al llegar a la falda del Ida de innúmeras fuentes,
las copudas encinas cortaron con bronce afilado,
presurosos, y con un gran ruido caían los árboles
que, partidos en trozos, ataban detrás los aqueos
de los mulos que con sus pisadas medían la tierra
y afanosos por entre las jaras volvían al llano.
Todos los leñadores llevaban su tronco, por orden
de Meriones que de Idomeneo era fiel escudero,
y los fueron dejando en la orilla del mar, en el sitio
donde Aquiles quería erigirle su tumba a Patroclo.

Una vez colocada la carga tan grande de leña,
aguardaron sentados. Y Aquiles a los belicosos
mirmidones dio al punto la orden de que se vistieran
la armadura y uncieran al carro los potros veloces.
Levantáronse y todos al punto vistieron las armas
y caudillos y amigos subieron al cabo a los carros.
Iban estos al frente y detrás una turba muy grande
de soldados a pie. En medio de ellos llevaban el cuerpo
de Patroclo los suyos, cubierto con las cabelleras
que se habían cortado en su honor. Sosteníale Aquiles
la cabeza y lloraba, que al Hades llevaba a su amigo.

Cuando hubieron llegado al lugar por Aquiles dispuesto,
en el suelo dejaron al muerto y reunieron la leña.
El de los pies ligeros, Aquiles, pensó en otra cosa:

se apartó de la pira y cortó sus dorados cabellos
cuya espléndida mata quería ofrecerle al Esperquio.[309]
Y, volviéndose al ponto vinoso, apenado así dijo:

—Hizo en vano mi padre, Peleo, ¡oh Esperquio!, este voto
de ofrecerte, de vuelta a la patria y hogar, mis cabellos,
y, además, inmolar en tu honor una sacra hecatombe
de cincuenta carneros en donde se encuentran tus fuentes,
en el bosque y altar perfumado que te consagraron.
Este voto el anciano te hizo, mas tú no has cumplido.
Así, pues, como no he de volver a la tierra paterna,
daré al héroe Patroclo mi pelo, y que él se lo lleve.

Dijo, y su cabellera en las manos dejó del amigo,
y con ello mover hizo en todos deseos de llanto.
Y allí el sol los dejara llorando al ponerse, si Aquiles,
al ver a Agamenón, no se hubiera acercado a decirle:

—Puesto que acatarán los aqueos mejor tus palabras,
manda, Atrida, que habrá tiempo para saciarse de llanto,
que la pira abandonen los hombres y arreglen la cena.
Cuidaremos del resto nosotros, pues nos corresponde
especialmente honrarlo. Que solo los jefes se queden.

Cuando oyó Agamenón, el señor de los hombres, lo dicho,
dispersó a los guerreros por entre las naves armónicas,
y quedaron los íntimos que iban reuniendo la leña,
construyendo una pira de cien pies de largo por lado.
Tristes de corazón, en la pira pusieron al muerto.
Muchas gruesas ovejas y bueyes de patas ligeras
y de cuernos torcidos mataron en torno a la pira.
Con su grasa, el magnánimo Aquiles, de pies a cabeza,
cubrió el cuerpo, y en torno hacinó, desolladas, las víctimas.
Dejó junto al cadáver dos ánforas, una de aceite

309. Río de la Ftiótide, patria de Aquiles.

y de miel otra; y cuatro corceles de cuellos erguidos,
exhalando profundos suspiros llevó hasta la pira.
Nueve perros tenía ese rey, de su mesa nutridos;
a dos de ellos cortó la cabeza y dejó entre la leña;
degolló a doce intrépidos hijos de teucros ilustres[310]
con el bronce, pues su corazón solo muerte pensaba.
Y, entregando la pira a la llama indomable del fuego,
para que devoráralo todo, lloró así a su amigo:

—Regocíjate, aun cuando en el Hades te encuentres, {Patroclo,
puesto que ahora te cumplo las cosas que te he prometido.
Doce intrépidos hijos de teucros ilustres el fuego
a tu lado devora; pero a Héctor Priamida a la hoguera
no echaré para que lo consuma; he de darlo a los perros.

Dijo amenazador, más los perros en él no mordieron;
día y noche, Afrodita, la hija de Zeus, apartábalos;
con aceite rosado y divino el cadáver ungía
para que al arrastrarlo su cuerpo no se lacerase.
Y sobre él Febo Apolo tendió una oscurísima nube
desde el cielo hasta el valle, y cubría totalmente el sitio
que ocupaba el cadáver, de modo que el sol al tocarlo
no secara su cuerpo y tampoco sus nervios y miembros.

Mientras tanto, no ardía la pira en que estaba Patroclo.
Y el de los pies ligeros, Aquiles, pensó en otra cosa:
se apartó de la pira y se puso a rezar a los vientos;
oró al Bóreas y al Céfiro y les prometió sacrificios
abundantes, y luego, libando en la copa de oro,
les rogó que acudieran, de modo que ardieran al punto
los cadáveres bajo las llamas. La rápida Iris
oyó el ruego y al punto se fue a dar aviso a los vientos

310. No era infrecuente el sacrificio de animales y humanos en las ceremonias fúnebres de la Antigüedad.

que se habían reunido en la casa del Céfiro raudo
celebrando un banquete. Corriendo llegó ante ellos Iris,
se detuvo en el pétreo umbral, y cuando aquellos la vieron
levantáronse todos y todos cediéronle el sitio.
Pero ella no quiso sentarse y habló de este modo:

—No me puedo sentar; por las cimas me voy del Océano
al país de los Negros que ahora hecatombes ofrecen
a los dioses, pues quiero tomarme la parte que es mía.
Ruega Aquiles que vayan el Bóreas y el rápido Céfiro,
y promete a los vientos hacer sacrificios solemnes,
si acudís al momento y lográis que se avive la llama
de la pira en que yace Patroclo, a quien lloran los dánaos.

Así dijo y se fue, y desatáronse entonces los vientos
y, soplando con ruido muy grande, soltaron las nubes,
por el ponto pasaron y entonces las olas crecieron
al impulso del soplo sonoro, y llegaron a Troya
y en la pira cayeron y el fuego gimió grandemente.
Y durante la noche ambos vientos soplando silbantes,
agitaron la llama en la pira, y el rápido Aquiles
con la copa gemela sacó de una crátera de oro
vino; luego en la tierra lo echó y empapó todo el suelo
e invocó al punto al alma del desventurado Patroclo.
Como un padre solloza al quemarse los huesos del hijo
que hace poco casó y cuya muerte acongoja a sus padres,
así Aquiles lloraba quemando los huesos amigos
y, arrastrándose en torno a la hoguera, gemía sin tregua.

Cuando vino, anunciando la luz el lucero del alba,
tras el cual con su velo azafrán aparece la Aurora
sobre el mar, apagose la hoguera y murieron las llamas.
Al instante a su casa marcháronse entonces los vientos
por el mar de la Tracia gimiente al henchirse las olas;
se apartó de la pira el Pelida, acostose rendido
de cansancio y dejose vencer por el sueño dulcísimo.

Mas en torno al Atrida los otros reuniéronse pronto
y el rumor de sus pasos y el ruido turbaron su sueño.
Luego se incorporó, se sentó y pronunció estas palabras:

—¡Oh tú, Atrida y caudillo de todos los hombres aqueos!
Con el vino sombrío apagad totalmente la hoguera
en el sitio en que el fuego reinó, y recojamos los huesos
de Patroclo, hijo del gran Menetio. Escojámoslos todos
bien. Es fácil saber cuáles son: se encontraban en medio
de la pira. Los otros quemáronse todos aparte,
confundidos, caballos y hombres, en ambos extremos.
Doblemente cubiertos de grasa en un cofre de oro
coloquémoslos hasta que al Hades también yo descienda.
No deseo para él una tumba demasiado grande:
la que a un muerto le es justa. Después los aqueos que vivos
en las naves se queden el día en que pierda la vida,
erigirle podrán una tumba más larga y más ancha.

Dijo así, y al Pelión acataron, el de pies ligeros.
Apagaron con el negro vino la parte de leña
que alcanzaron las llamas; cayó la ceniza muy densa.
Luego del dulce amigo, llorando, los huesos metieron
en el cofre de oro, con dúplice capa de grasa
y, una vez en la tienda, con un lino suave cubriéronlo.
El lugar de la tumba trazaron en torno a la pira,
los cimientos echaron y luego la tierra extendieron,
erigieron la tumba y se fueron. Aquiles entonces
a su gente detuvo y los hizo sentarse en un círculo.
[Y sacó de las naves los premios: calderas y trípodes
y caballos y mulos y bueyes de fuertes testuces,
y mujeres de hermosa cintura y también hierro oscuro.]

[La carrera de carros]

Destinó a los veloces aurigas un premio magnífico:
al primero una joven muy diestra en hermosas labores,
con un trípode de asas, capaz para veintidós modios;
al segundo una yegua ofreció que tenía seis años,
no domada y preñada, que un mulo llevaba en el vientre;
al tercero un caldero que no estuvo nunca en el fuego,
reluciente y hermoso, y en él cuatro modios cabían;
para el cuarto ofreció dos talentos de oro, y al quinto
un caldero con dos asas, aún ignorante del fuego.

Y de pie ante los hombres argivos habló de este modo:

—¡Oh tú, Atrida, y aqueos de grebas hermosas! Los {premios
que aquí en medio dejé, a los que lleven los carros destino.
Si en honor de otro muerto estos juegos aquí celebráramos,
yo sería el primero y me los llevaría a mi tienda.
Ya sabéis de qué modo aventajan mis potros a todos
porque son inmortales. Los dio Poseidón a mi padre,
a Peleo, y pasaron después, porque él quiso, a ser míos.
Mas aquí quedaré con mis potros de cascos macizos.
¡Han perdido la gloria feliz de un auriga tan dulce
que muchísimas veces vertió buen aceite en sus crines
cuando ya los tenía lavados con agua purísima!
Por él lloran los dos con las crines vertiéndose al suelo
porque lo echan de menos y en su corazón se apesaran.
Así, pues, hacia el campo avanzad todos cuantos aqueos
en sus potros y sólidos carros estén confiados.

Así dijo el Pelida, y los raudos aurigas reuniéronse.
El primero en salir fue el señor de los hombres, Eumelo,
hijo amado de Admeto, muy diestro guiando su carro.
Presentose después de él el fuerte Diomedes Tidida
que enyugó los caballos de Tros que quitó un día a Eneas,

ese día en que fue arrebatado por el dios Apolo;
luego fue Menelao el Atrida, el de rubios cabellos,
el divino, y unció los caballos veloces al yugo:
Eta, de Agamenón, y Podargo, este suyo; la yegua
se la dio a Agamenón Equepolos, el hijo de Anquises,
para que se marchara sin él hacia Ilión la ventosa,
pues quería quedarse en su casa gozando los dones
infinitos que Zeus en la vasta Sición le había dado.
Esta fue la que unció Menelao, y correr anhelaba.
Sus caballos de crines hermosas, el cuarto, unció Antíloco
hijo ilustre de Néstor, valiente varón descendiente
de Neleo. Su carro tiraban caballos de Pilos
con las patas ligeras. Y el padre, acercándose al hijo,
sus consejos le dio, aunque era un hombre de mucha prudencia.

—Aun cuando eres muy joven, Antíloco, Zeus te distingue
y también Poseidón, y en las artes de un buen caballero
te instruyeron. Y así no te son mis consejos precisos.
Das en torno a la meta la vuelta muy bien. Mas tus potros
son muy torpes corriendo y me temo que vas al desastre.
Si los otros poseen más veloces caballos, no creo
te aventajen, en cambio, en obrar con ideas mejores.
Así, pues, hijo mío, utiliza tus habilidades
de manera que no se te escapen los premios que ofrecen.
Mira que al leñador más le vale la maña que fuerza;
hábilmente el piloto gobierna en el ponto vinoso
un navío veloz combatido por todos los vientos
y un auriga con habilidad triunfa siempre sobre otro.
Todo aquel que a su carro y caballos confianza le tiene,
locamente de un lado a otro lado les hace dar vueltas;
en la pista el caballo divaga y no hay quien lo sujete,
pero aquel que recursos conoce, aun con malos caballos,
la mirada la fija en la meta, la vuelta da en poco
trecho, y sabe muy bien cuándo debe aflojarles las riendas
o tenerlas muy firmes, y observa al que tiene delante.
Ahora voy a avisarte una cosa y que no se te olvide:

hay un tronco de encina o de pino, de casi una braza,
seco, y al que la lluvia a pudrir no llegó todavía;
a ambos lados hay dos piedras blancas en las que se apoya;
por allí pasa un ancho camino y la pista es muy llana.
Tal vez sea la tumba de un hombre ya muerto hace tiempo,
o mojón que en los tiempos antiguos pusieron los hombres.
Ahí Aquiles, el de pies ligeros, ha puesto la meta.
Aproxímate a ella y que el carro y caballos la rocen,
y en la sólida caja a la izquierda te inclinas y anima
dando voces al potro que se halle en el lado contrario
y le sueltas la brida, que tanto se acerque al caballo
de la izquierda a la meta que el cubo de la fuerte rueda
casi toque el mojón, pero evita chocar con la piedra,
que no hieras así a los caballos y rompas el carro
y se rían los otros de ti, y te confundas tú mismo.
Obra siempre, hijo mío, con toda cautela y prudencia.
Si, corriendo, franqueas la piedra, no habrá ya ninguno
que te pueda pasar, y ni aún llegaría a alcanzarte
si estuviera dispuesto a correr tras de ti persiguiéndote,
aunque Arión el divino aguijara siguiendo tus pasos
el caballo de Adrasto que tiene un origen divino,
o los de Laomedonte que aquí se criaron muy buenos.

Dijo Néstor Nelida, y cuando hubo ya hablado a su hijo
de lo más importante de todo, sentose de nuevo.

Unció el quinto Meriones sus potros de crines hermosas.
En los carros montáronse todos y echaron las suertes;
agitolas Aquiles y entonces salió la primera
la de Antíloco, el hijo de Néstor; después la de Eumelo;
Menelao el Atrida después, el famoso lancero;
tocó luego la suerte a Meriones, y el último puesto
al Tidida, el mejor de los hombres llevando caballos.

Se pusieron en fila y Aquiles mostroles la meta
a lo lejos, en terreno llano; de observador puso

al amigo de su padre, Fénix, igual a los dioses,
que anotárale las incidencias y lo que era cierto.

Levantaron a un tiempo las trallas sobre los caballos,[311]
con las riendas de cuero golpeáronlos y dando voces
animáronlos. Por la llanura veloces corrieron,
alejándose de los navíos. Debajo del cuello
levantábase el polvo al igual que si fuera una nube
o una tromba, y las crines ondearon al soplo del viento.
Unas veces los carros tocaban el suelo fecundo
y en el aire otras veces saltaban. Pero los aurigas
en sus cajas seguían de pie, el corazón palpitante
de deseos de triunfo. Cada hombre animaba llamándolos
a sus potros que, por la llanura, entre el polvo volaban.

Pero cuando los raudos caballos llegaron a la última
parte de la carrera y al mar espumoso volvían
la pericia de todos surgió y al galope lanzáronse.
Galopaban delante las yeguas del hijo de Feres
y seguían detrás los caballos de Tros de Diomedes
y del carro primero encontrábanse ya tan cercanas
que era tal como si a él pretendieran entonces subirse;
con su aliento entibiaban la espalda y los hombros de Eumelo
y poniendo sobre él las cabezas volaban veloces.
Y ya entonces le hubiera alcanzado o bien hecho indecisa
su victoria, si Apolo irritado ahora contra el Tidida,
de su mano no hubiera soltado la tralla brillante.
De los ojos del héroe afligido cayeron las lágrimas
al ver que más que antes corrían las yeguas, y en cambio
sus caballos cedían porque les faltaba el azote.
No pasó inadvertida a Atenea la treta jugada[312]
por Apolo al Tidida y corrió hacia el pastor de los hombres,

311. La magistral narración de la carrera pone de manifiesto una vez más la destreza poética del aedo.

312. Cfr. nota 292.

le dio el látigo y nuevo vigor infundió a sus caballos.
Y la diosa, irritada, fue al punto hacia el hijo de Admeto
y su yugo rompió y cada yegua se fue por su lado,
fuera ya del camino; el timón cayó a tierra, y el héroe
desde el carro cayó sobre el suelo y se dio en una rueda;
se le hirieron los codos, la boca y también las narices,
y la frente se abrió por encima de las cejas; lágrimas
le velaron los ojos, quebrose su voz tan potente.
El Tidida desvió los caballos de cascos macizos
y avanzó a los demás un gran trecho, pues un nuevo brío
Atenea infundió a sus caballos y a él dio la victoria.
Le siguió Menelao el Atrida, el de rubios cabellos,
e iba Antíloco luego, animando a los potros paternos:

—¡Adelante también! Alargad mucho más el galope.
No os ordeno luchar contra aquellos, contra los caballos
del valiente Tidida a los que ha concedido Atenea
ligereza, y a él le ha otorgado la gloria del triunfo.
Alcanzad los caballos del hijo de Atreo; no quiero
que os quedéis rezagados, de modo que no os avergüence
Eta, que es una hembra. ¿Por qué os rezagáis, buenos potros?[313]
Una cosa yo os voy a decir y tendrá que cumplirse:
no tendréis en la casa de Néstor, pastor de los hombres,
más cuidados, que os matará al punto con bronce afilado,
si por vuestra desidia obtenemos el premio más pobre.
Vamos, pues, id deprisa; lo más que podáis. Yo me encargo
de intentar avanzar recurriendo a la astucia, allí donde
se hace estrecho el camino, ocasión que no quiero perderme.

Dijo, y ellos sintiendo temor a la voz de su amo,
más deprisa un instante corrieron. Mas luego, de pronto,

313. El caballo, de caudal importancia para el guerrero, era capaz de sentir y reaccionar en consecuencia. Cfr. nota 151.

el intrépido Antíloco vio que el camino estrechábase;
había allí una hendidura que el agua de lluvia había hecho
y el camino cortó y se llevó parte de su terreno.
Por allí Menelao galopaba evitando su encuentro.
Desvió a sus caballos de cascos macizos Antíloco,
se apartó del camino muy poco y siguiolo de cerca.
Tuvo miedo el Atrida de un choque y dio voces a Antíloco:

—¡Como un loco, oh Antíloco, guías! Detén tus caballos.
El camino es estrecho y muy pronto será algo más ancho
y avanzarme podrás. Salva el choque dañoso para ambos.

Dijo así, pero Antíloco aún más impulsó su carrera,
y aguijó a sus caballos igual que si no hubiese oído.
Cuanto espacio recorre ese disco que lanza un mancebo
desde lo alto del hombro, probando sus fuerzas, el mismo
recorrieron aquellos. Cedieron entonces las yeguas
del Atrida, que él mismo dejó a voluntad de aguijarlas
para que los caballos de cascos macizos no fueran
tropezando y volcaran los sólidos carros, y en lucha
por lograr la victoria en el polvo ellos mismos cayeran.
E increpándolo habló Menelao, el de rubios cabellos:

—No hay, Antíloco, un hombre mortal como tú tan funesto.
¡Vete ya noramala! En verdad los aqueos erramos
al creerte prudente. Mas no ganarás si no juras.

Dijo así, y animó a sus caballos con estas palabras:

—No cedáis ni os paréis aunque esté el corazón afligido.
Cederán ellos antes, cansados los pies y rodillas,
que vosotros, que entrambos la edad juvenil han pasado.

Dijo, y ellos sintiendo temor a la voz de su amo,
más deprisa corrieron y pronto estuvieron muy cerca.

Los argivos sentados en círculo estaban mirando
los caballos que, en nubes de polvo, en el llano volaban.
Distinguió Idomeneo, el caudillo cretense, el primero,
que sentábase en un altozano, apartado del círculo,
una voz que aguijoneaba, y él supo, de lejos, quién era,
y también vio el caballo que estaba corriendo delante
y era todo bermejo a excepción de una mancha muy blanca
que tenía en la frente, redonda y en forma de luna.
Y, de pie ante los hombres argivos, habló de este modo:

—Camaradas y jefes y príncipes de los argivos.
¿Soy yo solo quien ve los caballos o también vosotros?
Los que van los primeros parecen distintos de antes,
ni el auriga es el mismo tampoco. Quizá en la llanura
han tenido un tropiezo las yeguas que estaban ganando.
Las vi cuando doblaban la meta, pero ahora no puedo
distinguirlas; mis ojos las buscan afanosamente
por el campo troyano, mirando ya a un sitio ya a otro.
Al auriga quizá le fallaron las riendas y ha sídole
imposible girar a las yeguas en torno a la meta;
tal vez haya caído y su carro se encuentre ahora roto
y, a su impulso, fuera del camino, las yeguas galopen.
Pero alzaos y mirad porque yo poca cosa distingo;
me parece, no obstante, que el hombre que va a la cabeza
es etolio y un rey, además, de los hombres argivos,
el valiente jinete Diomedes, el fuerte Tidida.

Pero el rápido hijo de Oileo, Ayax, dijo injuriándolo:

—¿Por qué tú, Idomeneo, hablas de esta manera,
{a destiempo?
Ellas son las que raudas recorren la vasta llanura.
Y tú no eres el hombre más joven de nuestros argivos,
y tus ojos no son tan agudos desde tu cabeza.
Pero siempre hablas más de la cuenta, aunque no deberías
[charlar tanto delante de quienes te son superiores.]

Son las mismas de antes las yeguas que corren primero,
las de Eumelo, y él va sobre el carro empuñando las riendas.

Y el caudillo cretense repúsole, lleno de enojo:

—Ayax, sabio en disputas y gran detractor, pues en todo
lo demás por debajo estás siempre del último argivo.
Apostemos un trípode y una caldera y nombremos
árbitro a Agamenón el Atrida, y que sea él quien diga
quiénes van en cabeza, y así lo sabrás cuando pierdas.

Así dijo, y al punto se alzó Ayax, el hijo de Oileo,
porque, airado, con duras palabras hablarle quería.
Y más lejos hubieran llevado los dos la disputa
si, poniéndose Aquiles de pie, no les hubiese dicho:

—No sigáis altercando con vuestras palabras tan duras,
Ayax e Idomeneo, que no es decoroso el hacerlo,
puesto que os airaríais si vierais que alguno lo hacía.
En el circo sentaos y mirad los caballos, que pronto
por aquí pasarán deseando obtener la victoria,
y ya entonces cualquiera sabrá qué caballos argivos
son los que van delante y los que rezagados se quedan.

Así dijo. El Tidida, que había avanzado un gran trecho,
aguijaba a sus potros y los azotaba en el lomo;
levantando los pies velozmente el camino seguían
y sin darse descanso al auriga llenaban de polvo.
Guarnecido de estaño y de oro su carro arrastraban
los caballos de cascos ligeros y apenas las llantas
una huella dejaban encima del polvo, muy tenue,
¡de tal modo con gran ligereza volaban aquellos!
Así al circo llegó y abundante sudor resbalaba
de su pecho y su cuello y caía goteando en el suelo.
Él a tierra saltó desde el carro brillante, y el látigo
en el yugo colgó. Y sin perder un instante siquiera

tomó Esténelo, el bravo escudero, velozmente el premio,
confió a sus leales amigos la esclava y el trípode
de las asas, y al punto del carro soltó a los caballos.

Detrás de él llegó Antíloco, el hijo de Néstor Nelida,
que ganó a Menelao por la astucia, no por ligereza.[314]
Pero cerca llegó Menelao con los raudos caballos.
Cuanto dista el corcel de las ruedas del carro en que lleva
a su dueño a través de la vasta llanura, corriendo,
y las últimas crines que caen de la cola, la llanta
tocan y un corto espacio separan aquellas de esta,
mientras él por el llano anchuroso galopa anhelante,
tan cèrcano quedó Menelao al magnánimo Antíloco;
si al prìncipio quedó a la distancia de un tiro de disco,
no tardó en alcanzarlo porque el gran vigor de la yegua
Eta, de Agamenón, la de crines hermosas, crecía.
Y si hubiese durado algo más la carrera, sin duda
él lo hubiese avanzado y no sido indeciso su triunfo.

Y Meriones, que de Idomeneo era fiel escudero,
llegó tras Menelao a distancia de un tiro de lanza,
puesto que eran más lentos sus potros de crines hermosas
y él un poco indolente al llevar en los juegos el carro.
Presentose por último el hijo de Admeto, tirando
de su carro labrado y llevando delante los potros.
Y el de los pies ligeros, Aquiles, al verlo, apiadado,
a los hombres argivos habló con aladas palabras:

—El mejor llega el último con los caballos solípedos;
démosle, pues es justo, el segundo de los cuatro premios,
y el primero entreguemos al hijo del noble Tideo.

314. Para el auriga, la habilidad en el dominio del carro era tan importante como la velocidad de los caballos.

Dijo así, y aplaudiéronle todos lo que proponía.
Y le hubiese entregado la yegua, que así lo votaron
los aqueos, si Antíloco, el hijo de Néstor magnánimo,
con justicia no hubiérale dicho así a Aquiles Pelida:

—Sentiré contra ti una gran cólera, Aquiles, si cumples
lo que dices, pues vas a quitarme mi premio, atendiendo
a que si recibieron gran daño su carro y caballos
él, en cambio, es valiente. Que hubiera rogado a los dioses
inmortales, y no hubiese sido en los juegos el último.
Si te infunde piedad y es a tu corazón hombre grato,
en tu tienda conservas mucho oro y también mucho bronce
y rebaños y esclavas y potros de cascos macizos,
toma cuanto tú quieras que un premio mejor puedes darle,
si es tu gusto, y te lo aprobarán los aqueos al punto.
A esta yo no la doy; quien la quiera, cualquiera que sea
y que quiera llegar a las manos, que venga a quitármela.

Dijo, y se echó a reír el de los pies ligeros, Aquiles,
alegrándose de ello, pues mucho apreciaba él a Antíloco.
Y repúsole entonces con estas aladas palabras:

—Si me ordenas sacar de mi tienda, ¡oh Antíloco!, un premio
para dárselo a Eumelo, lo haré con muchísimo gusto.
Le daré la coraza de que despojé a Asteropeo;
es de bronce y adorna su borde una franja de estaño
muy brillante; para él ha de ser un presente valioso.

Dijo así, y ordenó a Automedonte, su amigo más caro,
que a la tienda se fuese a buscarla, y Aquiles la puso
en las manos de Eumelo, que la recibió alegremente.
Pero se levantó Menelao, afligido y airado
dentro del corazón contra Antíloco. El cetro el heraldo
le entregó, y ordenó a los aqueos guardaran silencio.
Y el varón, que era igual a los dioses, habló de este modo:

—Tú que fuiste antes hombre sensato, ¿qué hiciste hoy,
{Antíloco?
Mi valor desluciste, a mis potros los atropellaste
al pasar por delante los tuyos, que son inferiores.
Así, pues, capitanes y príncipes de los argivos,
de una forma imparcial nos debéis de juzgar a uno y otro,
no sea que haya un aqueo de cota de bronce que diga:
«Menelao con violencia y con burdas mentiras a Antíloco
le ha quitado la yegua, a pesar de que son sus caballos
inferiores, por ser él valiente y por ser poderoso».
Y si no seré yo quien lo juzgue y decida. No creo
que haya un dánao que opine otra cosa. Será el fallo justo.
¡Ven, Antíloco, alumno de Zeus! Y tal como es costumbre
ante el carro y caballos teniendo en la mano el flexible
látigo con que tú los guiabas y luego tocando
los caballos con la otra, por el que sacude la tierra
jura que, sin querer, me impediste avanzar con el carro.

Y, prudente, repúsole Antíloco de esta manera:

—Sé paciente, pues mi juventud es mayor que la tuya,
Menelao; eres tú de más años y más generoso.
Bien comprendes las faltas que un hombre muy joven comete
porque su pensamiento es veloz y es escaso su juicio.[315]
Apacígüese tu corazón, pues te cedo la yegua
que he obtenido, y si de lo que tengo otro premio me pides
para ti, antes prefiero ofrecértelo en este momento
que perder para siempre, ¡oh alumno de Zeus!, en tu afecto
y sentirme culpable delante de todos los dioses.

Dijo, y el noble hijo de Néstor condujo la yegua
y la dio a Menelao en la mano. Se abrió el alma de este
como se abre la espiga al caer el rocío sobre ella

315. Nótese la oposición «prudencia-arrojo» fruto de la edad de los personajes. Cfr. nota 269.

cuando crecen las mieses y empieza su campo a erizarse,
de este modo se abrió, ¡oh Menelao!, en el pecho tu espíritu.[316]
Y con estas aladas palabras repuso diciendo:

—Aunque estuve colérico, Antíloco, soy yo quien cede.
Hasta ahora no fuiste jamás insensato o ligero,
pero la juventud ha podido sacarte hoy de quicio.
Y no juegues ya más con quien es superior a ti en todo.
Otro aqueo no hubiese podido ablandarme tan pronto.
Pero tú has padecido y pasado trabajos innúmeros
por mi causa, y tu padre también y lo mismo tu hermano.
Cedo, pues, a tus ruegos y voy a entregarte la yegua
que era mía. De modo que todos comprendan al verlo
que mi espíritu no ha sido nunca ni cruel ni soberbio.

Dijo así, y dio la yegua a Noemón, el amigo de Antíloco,
para que la llevara y tomó el reluciente caldero.
Y Meriones, el cuarto, tomó los talentos de oro
que era el premio obtenido. Quedaba ahora allí el quinto premio:
el caldero con asas que Aquiles llevó junto a Néstor
a través de los hombres reunidos y dijo, ofreciéndoselo:

—Toma, anciano, este premio en recuerdo de los funerales
de Patroclo, a quien no volverás a ver nunca entre todos
los aqueos. Te doy este premio porque ya no puedes
actuar en la lucha ni en el pugilato tampoco,
ni en el tiro de dardos y no correrás la carrera.
La penosa vejez abrumó para siempre tu cuerpo.

Dijo así, y se lo puso en las manos. Con gran alegría
lo tomó y le repuso con estas aladas palabras:

—¡Oportunas son todas las cosas que has dicho, hijo mío!
Ya mis miembros no tienen vigor, ni mis pies; ni mis brazos

316. La imagen que caracteriza la actitud de Menelao frente a Antíloco es a todas luces de gran carga poética.

a partir de los hombros se mueven como antes tan ágiles.
¡Ojalá fuese ahora tan joven y tantas mis fuerzas
como cuando en Buprasio enterraron los hombres aqueos
al rey Amarinceo, y los hijos premiaban los juegos!
No hubo epeo capaz de igualarse siquiera conmigo,
ni tampoco los pilios, ni aun los etolios magnánimos.
Derroté a Clitomedes el púgil; que era un hijo de Énope;
vencí a Anceo Pleuronio, que osó desafiarme, en la lucha;
y, corriendo, saqué gran ventaja al intrépido Ificlo,
y, arrojando la lanza, gané a Polidoro y Fileo.
Solo atrás, en un carro, los dos hijos de Áctor dejáronme;
me ganaban en número y me disputaban el triunfo
porque para este juego guardaron los premios mejores.
Ambos eran gemelos; el uno las bridas tenía
y cuando este tenía las bridas, el otro aguijaba.
Así fui, pero ahora que luchen los hombres más jóvenes
en los juegos, pues a la penosa vejez ahora cedo,
aunque sobresalí entre los héroes en tiempos pasados.
Ve y celebra en honor de tu amigo los fúnebres juegos.
Yo te acepto gustoso el presente y se alegra mi espíritu
al ver que mis bondades recuerdas en todo momento
y el honor que los hombres aqueos me deben no olvidas.
Que los dioses por ello te colmen de innúmeras gracias.

Dijo así, y el Pelida cruzó la gran turba de aqueos,
una vez del Nelida escuchó los elogios que le hizo.

[El pugilato]

Sacó luego los premios para el pugilato muy duro.
Puso en medio del circo una mula cerril de seis años,
de difícil domar, pero para el trabajo sufrida,
y una copa gemela dejó para el que no venciera.

Y de pie ante los hombres argivos habló de este modo:

—¡Oh tú, Atrida, y aqueos de grebas hermosas! Que salgan
ahora aquí a disputarse los premios dos hombres muy diestros
en batirse a puñadas. Y aquel a quien Febo conceda
resistencia y lo acuerden así los aqueos reunidos,
que a su tienda se pueda llevar esta mula sufrida,
y se lleve el vencido a la suya esta copa gemela.

Dijo, y se levantó al punto un hombre muy fuerte y muy alto,
expertísimo púgil, Epeo, hijo de Panopeo,
y, poniendo la mano en la mula sufrida, así dijo:

—Que aquí venga el que quiera llevarse la copa gemela,
pues no creo que en el pugilato haya aqueos que puedan
derrotarme. Me precio de ser quien mejor lo mantiene.
Basta ya que yo sea inferior peleando en batalla.
Bien me sé que no hay hombre que en todo consiga ser {diestro.

Mas os voy a decir una cosa y habrá de cumplirse:
le haré tiras la piel y pedazos los huesos. Aquellos
que lo cuiden, que aquí continúen estando reunidos
para que se lo lleven en cuanto sucumba a mis manos.

Así dijo, y quedáronse todos guardando silencio.
Levantose tan solo el igual que los dioses, Eurípalo,
hijo del Talayónida, el cual era el rey Mecisteo,
que a la muerte de Edipo fue a Tebas, y en los juegos fúnebres
venció él solo a los hombres cadmeos en todos los juegos.
El Tidida, el famoso lancero, animábalo mucho
con palabras; ansiaba que él fuese el que triunfo obtuviera;
lo ciñó con el cinto primero y le dio unas correas
bien cortadas del cuero de un buey que había sido salvaje.
Y ceñidos los dos se mostraron en medio del circo.
Levantaron las manos robustas y se acometieron
y, luchando, enlazábanse entre ellos los brazos fornidos.
Las quijadas crujieron de un modo terrible. Y los miembros
en sudor se empaparon, y entonces Epeo divino

al rival le dio un golpe en la cara, que estaba mirándolo,
y este en pie no siguió, pues sus miembros se desmadejaron.
Así como del mar encrespado a los soplos del Bóreas
salta un pez a la algosa ribera y las olas lo cubren,
saltó Eurípalo atrás bajo el golpe, y Epeo el magnánimo
lo cogió por las manos y lo levantó, y sus amigos
lo sacaron del circo; arrastraba los pies y escupía
densa sangre e inclinábase a un lado, sin conocimiento,
su cabeza. Sentáronlo entonces los otros entre ellos
mientras uno para él recogía la copa gemela.

[La lucha]

Sacó al punto el Pelida los premios para el tercer juego,
el de la penosísima lucha, que enseñó a los dánaos:
para aquel que venciera un gran trípode apto a la llama;
doce bueyes valía, según los argivos creyeron;
para el que resultara vencido una joven muy diestra
en labores innúmeras que cuatro bueyes valía.[317]
Y de pie ante los hombres argivos habló de este modo:

—Levantaos los que quieran ahora medirse en la lucha.

Dijo así, y en seguida se alzó el gran Ayax Telamonio
y el fecundo en ardides, Ulises, varón ingenioso.
Puestos los ceñidores salieron al centro del circo;
con los brazos robustos al punto abrazaron sus cuerpos
cual se enlazan las vigas que ha unido un artífice ilustre
al hacer una casa, de modo que al viento resista.
Estrechadas por los vigorosos abrazos crujían
sus espaldas, y por todo el cuerpo el sudor resbalaba;
sus costados y espaldas llenáronse de cardenales

317. Cfr. nota 186.

que rojearon la piel y se hincharon. Mas ellos luchaban
deseosos del triunfo y también del magnífico trípode.
Pero Ulises a Ayax no podía tumbar en el suelo,
ni este a aquel, porque se lo impedían las fuerzas de Ulises.
Cuando ya los aqueos de grebas hermosas cansáronse
de la lucha, así entonces habló el gran Ayax Telamonio:

—¡Laertíada, raza de Zeus, agudísimo Ulises!
O levántasme tú o te levanto. Zeus cuide del resto.

Dijo así, e intentó levantarlo. Y Ulises sus tretas
recordó; le dio un golpe en la corva y cedieron sus miembros,
cayó al suelo de espaldas, y él sobre su pecho, y la turba
se quedó, al contemplar lo ocurrido, admirada de verlo.
Luego Ulises paciente y divino alzó un poco al contrario,
pero no consiguió sostenerlo en el aire un momento
sus rodillas dobláronse y ambos rodaron al suelo,
uno cerca del otro y quedaron cubiertos de polvo.
Ya de pie por tercera vez ambos hubiesen luchado,
pero Aquiles, de pie, los detuvo con estas razones:

—No porfiéis en la lucha y dejadla, que no os hagáis daño.
De los dos es el triunfo. Tendréis igual premio uno y otro.
Idos, pues, y dejad concurrir a los otros aqueos.

Dijo así, y escucháronlo entrambos y le obedecieron;
se limpiaron el polvo y vistieron de nuevo la túnica.

[La carrera]

Sacó al punto el Pelida los premios para la carrera.
El primero era una crátera toda de plata labrada,
de seis modios de capacidad, que excedía en belleza
a las que hay en la tierra: era una obra de orfebres sidonios,
los fenicios, después de llevarla por mares sombríos,
escalando en los puertos, se la regalaron a Toante.

Fue más tarde rescate del gran Licaón el Priamida,
dada por el Jasónida Eumeo al heroico Patroclo.
Como premio en honor de su amigo el Pelida la daba
al que con ligerísimos pies destacara corriendo.
El segundo era un buey corpulento y pesado de grasa;
para el último medio talento de oro le puso.
Y de pie entre los hombres argivos habló de este modo:

—Levantaos los que quieran ahora medirse corriendo.

Dijo así, y en seguida se alzó Ayax, el hijo de Oileo,
y el fecundo en ardides Ulises y tras él Antíloco,
el Nestórida, que era, corriendo, el mejor de los jóvenes.
[Se pusieron en fila y Aquiles fijoles la meta.]
Desde el sitio indicado salieron corriendo. El Oilíada
avanzó a los demás aunque Ulises corría muy cerca.
Como cerca del pecho de joven de hermosa cintura
está el huso que gira en su mano entre tanto devana
de la trama los hilos y no lo separa del seno,
así Ulises corría y pisaba las huellas del otro
antes que encima de ellas el polvo pudiera cubrirlas
y en su nuca su aliento exhalábale Ulises divino
sin dejar de correr. Y aplaudían los hombres aqueos;
secundando con gritos su afán de victoria, animábanlo.
Pero cuando acabábase ya la carrera, oró Ulises
dentro del corazón a Atenea, la de claros ojos:

—¡Diosa! Escúchame y dale a mis pies aún mayor ligereza.

Así dijo rogando, y oyó su plegaria Atenea
[y le dio agilidad a sus miembros, sus pies y sus manos].
Cuando el premio alcanzaba ya, mientras estaba corriendo,
Ayax dio un resbalón —Atenea logró que lo diera—
y cayó en un lugar que llenaron de estiércol los bueyes
que el de los pies ligeros, Aquiles, mató por Patroclo
y llenáronse entonces de estiércol su boca y narices.

Así Ulises paciente y divino llevose la crátera,
pues lo había pasado delante. Y Ayax se detuvo,
agarró al buey silvestre de un cuerno, y en tanto escupía
el estiércol, habló de este modo a los hombres argivos:

—¡Dioses! Me hizo caer una diosa, la misma de siempre;
desde antiguo cual madre protege, ayudándolo, a Ulises.[318]

Así dijo, y riéronse todos con gran alegría.

Tomó Antíloco el último premio con una sonrisa
y a los hombres argivos habló de este modo, diciendo:

—A pesar de que ya lo sabéis, os diré, amigos míos,
que también al más viejo los dioses lo colman de honores.
Es un poco mayor que yo Ayax, en edad, pero el otro
pertenece, por generación, a la que es precedente.
Mas le llaman el «viejo florido». Es difícil a todos
los aqueos ganarlo a correr, si exceptuamos a Aquiles.

Así dijo, adulando al Pelida de los pies ligeros;
y repúsole entonces Aquiles con estas palabras:

—En verdad no me habrás elogiado por nada, ¡oh Antíloco!,
pues añado a tu premio este medio talento de oro.

Así dijo; lo puso en su mano y estuvo él contento.

[El combate]

Y en seguida el Pelida sacó y dejó en medio del circo
una pica muy larga y un casco y también un escudo,

318. Atenea era la protectora de Ulises. Cfr. notas 96 y 144.

armas que a Sarpedón le quitó en la batalla Patroclo.
Y de pie ante los hombres argivos habló de este modo:

—Que por esto disputen los hombres, los más esforzados
y con bronce que corta la piel y vistiendo las armas,
su valor, ante todo el concurso, lo pongan a prueba.
Al primero que toque la pálida piel del contrario
[y a través de sus armas y sangre penetre en su carne,]
le daré como premio una espada de plata labrada,
esta espada de Tracia que yo le quité a Asteropeo.[319]
Y podrán repartirse entre ellos las armas restantes
y en las tiendas después le daremos un magno banquete.

Dijo, y se levantó el gran Ayax Telamonio al instante
y después levantose el potente Diomedes Tidida.
Y ya armados y un poco apartados de toda la gente
se encontraron en medio del circo afanosos de lucha,
con sombrío mirar; los aqueos quedáronse atónitos.
Frente a frente los dos, por tres veces los dos se atacaron,
y tres veces los dos intentaron herirse de cerca.
Ayax dio en el escudo redondo un buen golpe y, no obstante,
a la piel no llegó porque se lo impidió la coraza.
Por encima del alto broquel quiso herir el Tidida
con la punta del asta brillante en el cuello del otro.
Por Ayax los aqueos temieron y al punto ordenaron
que cesara la lucha y el premio los dos igualaran.
[Pero el héroe al Tidida ofreció la magnífica espada
con la vaina y también con el cinto de corte perfecto.][320]

319. Asteropeo, a pesar de que disparaba la lanza con ambas manos, desafió e hirió a Aquiles, que a la postre lo venció a orillas del río Escamandro.

320. La nobleza del héroe se hace patente cuando este reconoce el valor de su oponente Diomedes y le cede el premio del combate.

[El lanzamiento del peso]

En seguida el Pelida sacó la gran bola de hierro[321]
sin bruñir y que Etión el forzudo lanzó en otro tiempo;
el de los pies ligeros, Aquiles divino, a este príncipe
mató, y con otras cosas llevose a su nave la bola.
Y de pie ante los hombres argivos habló de este modo:

—Levantaos los que quieran medirse jugando a este juego
que por lejos que el vencedor tenga sus campos fecundos,
por cinco años enteros tendrá provisión de este hierro,
sin que ni el labrador ni el pastor, porque el hierro les falte,
tengan que ir a la villa a buscarlo durante ese tiempo.

Dijo, y se levantó Polipetes, el bravo guerrero,
y después el divino Leonteo, de fuerza muy grande,
luego Ayax Telamonio y por último Epeo divino.
Ya alineados, Epeo divino volteó bien la bola
y después la arrojó y se rieron los hombres aqueos.
El segundo en lanzarla fue el vástago de Ares, Leonteo.
La lanzó el gran Ayax Telamonio con mano robusta
[y logró superar las señales de los otros tiros].
Y después la tomó Polipetes, el bravo guerrero,
y cuanta es la distancia a que llega el cayado que lanza
el pastor, volteándolo. sobre el rebaño de vacas,
tal distancia la sobrepasó por el circo. Aclamáronlo
los aqueos, y los camaradas del gran Polipetes
a las cóncavas naos el trofeo de su rey llevaron.

321. El metal por excelencia en los poemas homéricos es el bronce, ya que el hierro en época micénica no se conocía; no obstante, su mención obedece a que los aedos posteriores ya sabrían de su existencia.

[El juego del arco]

En seguida sacó a los arqueros el hierro azulado;[322]
plantó al punto en el circo diez hachas y diez medias hachas.
Clavó un mástil de nave de proa cerúlea en la arena,
lejos, y con flexible cordel luego ató una paloma
tímida, por la pata a la punta, de modo que fuese
blanco para las flechas. «Aquel que le dé a la paloma
tímida, a su mansión estas hachas le dejo llevarse,
y al que no dé en el ave, mas logre acertar en la cuerda,
como más inferior, corresponde que tome las medias.»

Dijo, y se levantó al punto Teucro, el caudillo robusto,
y Meriones, que de Idomeneo era fiel escudero.
En un casco de bronce las suertes echaron y luego
las movieron, y a Teucro tocó disparar el primero.
Y lanzó con violencia la flecha; no había ofrecido
de corderos primeros hacer hecatombe perfecta
y si bien no dio al ave porque no lo quiso así Apolo,
la funesta saeta alcanzó el cordelillo muy cerca
de la pata, con el cual se ató la paloma, rompiéndolo.
Voló al punto a los cielos aquella; quedó el cordelillo
sobre el suelo colgando y el tiro aplaudieron los dánaos.
Le quitó de la mano Meriones el arco, y la flecha
que en la mano dispuesta tenía y la puso en la cuerda.
Pero a Apolo, el que hiere de lejos, ya había ofrecido
de corderos primeros hacer hecatombe perfecta.[323]
Al ver que cerca ya de las nubes, en lo alto del aire,
la paloma volaba, la hirió bajo el ala y por esta
pasó entonces la flecha que vino a clavarse, caída,
a los pies de Meriones, en tanto bajaba ya el ave;
fue a pararse en el mástil de un buque de proa azulada,

322. Cfr. nota 321.

323. La hecatombe, según los casos, podía realizarse asimismo con corderos. Cfr. nota 19.

inclinó luego el cuello, abatió al fin las alas tupidas,
de sus miembros la vida se fue y cayó lejos del mástil.
Y la turba sintió admiración contemplando estas cosas.
Por lo tanto, las diez hachas grandes quedose Meriones
y a sus cóncavas naos llevó Teucro las hachas pequeñas.

[El lanzamiento de jabalina]

Sacó entonces una larga lanza el Pelión y un caldero
nuevo, adornado con flores, y que un buey valía,
y los puso en el circo. Salieron dos diestros lanceros
uno fue Agamenón el Atrida, señor de los hombres,
y Meriones, que de Idomeneo era fiel escudero.
Y el de los pies ligeros, Aquiles, habló de este modo:

—Pues sabemos, ¡oh Atrida!, en qué forma aventajas a todos
por la fuerza y acierto con que tú manejas la lanza,
toma el premio y regresa con él a las cóncavas naves
y entreguemos entonces la pica al ilustre Meriones,
si en verdad lo que yo te propongo conviene a tu gusto.

Dijo, y obedeció Agamenón, el señor de los hombres,
Y dio Aquiles la pica de bronce a Meriones, y el héroe
al heraldo Taltibio entregó su magnífico premio.

CANTO XXIV

[Aquiles ultraja el cadáver de Héctor]

Disolviose la junta y los hombres se diseminaron
por las rápidas naves, cenaron y luego entregáronse
al dulcísimo sueño. Y Aquiles a solas lloraba
recordando al amigo querido, y el sueño que vence
a los seres, con él no podía; en su lecho movíase
[añorando la fuerza y el noble vigor de Patroclo,
todas las aventuras que entrambos habían vivido
ya en las ondas terribles, o bien con los hombres luchando.
Lágrimas infinitas vertía acordándose de ello;]
ya se echaba de lado, de espaldas o bien sobre el pecho.
Y por último se levantó de su lecho y se puso
a vagar por la orilla del mar. Nunca había olvidado
contemplar cómo nace la Aurora en el mar y la playa.
Enyugó los caballos ligeros entonces al carro
y ató al carro el cadáver de Héctor para así arrastrarlo.
Lo arrastró por tres veces en torno a la tumba del hijo[324]
de Menetio, y volviose a la tienda dejando el cadáver
sobre el polvo tendido. Y Apolo, apiadado del hombre,
procuraba que no recibiese su piel un ultraje,

324. El propio Héctor también había ultrajado el cadáver de Patroclo arrastrándolo. Según una tradición, en la antigua Tesalia se arrastraba al asesino alrededor de la tumba de su víctima.

[a pesar de estar muerto; cubríalo con la égida de oro
para que no se hiriese su piel cuando aquel lo arrastraba.]

De tal modo ultrajaba en su cólera a Héctor divino.

[Asamblea de los dioses]

Pero, al verlo, piedad le tuvieron los dioses dichosos
e instigaron a que lo robara al alerto Argifontes.
Todos ellos estaban de acuerdo esta vez, menos Hera,
Poseidón y tampoco la diosa de claras pupilas,
que, lo mismo que antes, odiaban a Ilión la sagrada,
al rey Príamo, a todo su pueblo y también a Alejandro,
que injurió en su cabaña a las diosas que lo visitaron
cuando aquel se inclinó por la que le ofreció liviandades.

Y cuando hubo llegado por fin la duodécima aurora,
Febo Apolo habló a todos los dioses con estas palabras:

—Sois perversos y crueles, ¡oh dioses! En nuestro honor {Héctor,
¿no quemó muchos muslos de buey y de cabras robustas?
Y ahora que ha perecido os negáis a salvar su cadáver[325]
para que no lo vea su esposa, su madre y su hijo
y su padre el rey Príamo y todo su pueblo, que al fuego
lo darían y habrían de honrarlo con fúnebres honras.
Y queréis ayudar solo, ¡oh dioses!, a Aquiles maléfico
que concibe injustísimas cosas, que un ánimo duro
tiene dentro del pecho, e igual que un león que se deja
por su fuerza llevar y por su corazón orgulloso,
va a las greyes del hombre y festín se prepara con ellas.
Así Aquiles perdió la piedad y el pudor no conserva,
[el respeto que sirve y que pierde igualmente a los hombres.]

325. Cfr. nota 37.

Se le puede morir a cualquiera algún ser más amado
que un amigo: un hermano carnal, o tal vez algún hijo,
pero al fin se termina su llanto y acaba el lamento,
pues las parcas al hombre le dan corazón muy paciente.
Mas, quitada la vida dulcísima a Héctor divino,
lo ató al carro y en torno a la tumba de su fiel amigo
lo arrastró, y esto ni le aprovecha ni aun es decoroso.
Tema que nos airemos contra él, aunque intrépido sea,
si en su cólera ultraja lo que es una arcilla inservible.

Y Hera, diosa de brazos nevados, repúsole airada:

—Como dices sería, ¡oh tú, dios, el del arco de plata!,
si en idéntica estima tuvieses a Aquiles y a Héctor.
Pero fue Héctor mortal; lo nutrió una mujer a sus pechos
y es Aquiles un hijo de diosa, y yo misma a su madre
he nutrido, criado y casado después con Peleo,
que es el hombre a quien más cordialmente entre todos estimo.
En su boda estuvisteis presentes. Y tú con la cítara
compartiste el banquete, ¡oh amigo de malos y pérfido!

Y repúsole Zeus, el que nubes reúne, diciendo:

—Hera, no con los dioses te sientas llevada de cólera,
que el amor no es el mismo en nosotros, aunque Héctor nos sea
el varón más amado de los que en Ilión han vivido;
para mí cuando menos, pues no he despreciado sus dones.
En mi altar no ha faltado jamás abundante comida,
humo graso y también libaciones, lo que se nos debe.
[Desechemos la idea; no puede robarse el cadáver
del intrépido Héctor a Aquiles, pues siempre, de noche
y de día lo está acompañando y asiste su madre.]
Mas si alguna deidad me pudiera traer aquí a Tetis
le diría lo que es oportuno, de modo que Aquiles
por los dones de Príamo diera el cadáver de Héctor.

Dijo, y se levantó la de pies ligerísimos, Iris.
Entre Samos y la Abrupta Imbros lanzose al mar negro
y gimió bajo el choque la líquida masa de agua.
Se lanzó a los abismos lo mismo que el plomo desciende,
una vez se ha metido en el cuerno de un toro salvaje,
a llevar a los peces voraces la muerte en las ondas.
En la gruta profunda, sentada con otras deidades,
halló a Tetis que, en medio de todas, estaba llorando
por la muerte de su hijo divino, que llegará pronto,[326]
[lejos ya de su tierra paterna, en la Troya fecunda.]
Iris, la de los pies muy ligeros, le dijo, acercándose:

—Tetis, Zeus el de los inmortales consejos te llama.

Y repúsole Tetis, la diosa de los pies de plata:

—¿Qué me quiere el gran dios? Me disgusta mezclarme {con todos
los eternos, pues mi corazón tiene pena infinita.
Mas iré, y no serán sus palabras entonces inútiles.

Así dijo, y la diosa divina tomó un velo negro,
tan oscuro que no había otro que tanto lo fuera.
Precedida por la rauda Iris se puso en camino,
y las olas del mar frente a ellas se fueron abriendo.
Al llegar a la orilla ascendieron de un salto a los cielos
y encontraron al longividente Cronión, y a su lado
las eternas deidades felices estaban sentadas.
Se sentó Tetis junto a Zeus padre; Atenea su sitio
le cedió, y Hera puso en su mano una copa de oro,
consolándola. Y Tetis bebió y devolviole la copa.
Y empezó a hablar el padre de dioses y de hombres y dijo:

326. Cfr. nota 38.

—Diosa Tetis, viniste al Olimpo, a pesar de tu duelo,
con el ánimo triste por una tristeza profunda,
bien lo sé, mas te voy a decir para qué te he llamado.
Nueve días hará que un debate surgió entre los dioses
sobre Aquiles que asuela ciudades y el cadáver de Héctor;
se instigó al vigilante Argifontes a que lo robase,
mas prefiero que Aquiles obtenga esta gloria cediéndolo
y ganarme de ti la amistad y también el respeto.
Vete, pues, al real y amonesta al instante a tu hijo.
Dile que las deidades están contra él muy indignadas
y yo más que ninguna porque, enfurecido, retiene
a Héctor junto a las cóncavas naos y no quiere rescate.
¡Ojalá tenga miedo de mí y el cadáver redima!
A la diosa Iris voy a mandar al magnánimo Príamo
para que vaya a las naos aqueas y a su hijo redima
y le lleve al Pelida los dones que aplaquen su enojo.

Dijo, y obedeció Tetis, diosa de los pies de plata.

[Aquiles y Príamo reciben la orden de los dioses]

En camino se puso; saltó de las cumbres olímpicas
y a la tienda de su hijo llegó, y allí estaba exhalando
dolorosos gemidos, y en torno se hallaban sus hombres
ocupados con gran diligencia en hacer la comida:
una oveja lanuda y muy grande en su tienda inmolaban.
La augustísima madre sentose muy cerca del héroe,
lo tomó de la mano y le habló de este modo, diciendo:

—Hijo mío, ¿hasta cuándo has de hacer que la pena y el llanto
roan tu corazón, olvidado de lecho y comida?
[Buena cosa es gozar del amor que te ofrezca una joven
puesto que vivirás poco tiempo; recuerda que tienes
a tu lado muy cerca la muerte y la parca funesta.]

Y ahora escúchame; vengo de Zeus como su mensajera.
Dice que las deidades están contra ti muy indignadas
y más él que ninguna, porque, enfurecido, retienes
a Héctor junto a las cóncavas naos y no quieres rescate.
Dalo, pues, y recibe tú a cambio el rescate del cuerpo.

Y el de los pies ligeros, Aquiles, repuso diciendo:

—Sea así, que se traiga el rescate y se lleven al muerto,
ya que con corazón generoso lo quiere el Olímpico.

Así, donde se hallaban las naves, la madre y el hijo
mutuamente cambiábanse muchas aladas palabras.
Mientras tanto el Cronión mandó a Iris a Ilión la sagrada:

—Vete, rápida Iris. Ahora abandona tu asiento
del Olimpo; ve a Ilión a decirle al magnánimo Príamo
que a las naves aqueas se vaya y rescate a su hijo
y que lleve al Pelida los dones que aplaquen su enojo.
Pero que vaya solo y no lleve ni a un teucro consigo;
solamente a un heraldo más viejo que él, para que cuide
de las mulas y el carro de ruedas hermosas, y lleve
a la villa el cadáver de aquel a quien dio muerte Aquiles.
Que el temor a morir u otro miedo no turbe sus ánimos,
que por guía tendrá y compañero al alerto Argifontes,
quien habrá de dejarlo muy cerca de Aquiles divino.
Que, una vez haya entrado en la tienda de Aquiles, no tema,
pues no lo matará, e impedirá que los otros lo hagan
porque no es temerario ni loco, ni es hombre perverso
y respeto tendrá a quien acude como un suplicante.

Dijo, y se levantó la de pies ligerísimos, Iris.
Y gemidos y llantos oyó en el palacio de Príamo,
y en el patio, sentados los hijos en torno del padre,
sus vestidos bañaban en llanto, y estaba el anciano
solo envuelto en un manto allí en medio de todos; cubiertos
la cabeza y el cuello de barro abundante tenía

que del suelo tomaron sus manos cuando revolcábase.
Y las hijas y nueras gemían por todo el palacio
al recuerdo de tantos valientes varones yacentes
en el llano y a quienes los dánaos quitaron la vida.
Y detúvose la mensajera de Zeus junto a Príamo
y en voz baja le habló y al anciano los miembros temblároнle:

—Ten valor, ¡oh Dardánida Príamo!, y no temas nada,
que no vine para presagiarte ninguna desdicha;
por tu bien he venido y de Zeus llegué a ti mensajera,
puesto que se interesa por ti y a piedad lo has movido.
El Olímpico ordena que tú a Héctor divino rescates[327]
y al Pelida le lleves los dones que aplaquen su enojo;
pero debes ir solo; no lleves ni a un teucro contigo,
solamente a un heraldo más viejo que tú, y que él se cuide
de las mulas y el carro de ruedas hermosas, y lleve
a la villa el cadáver de aquel a quien dio muerte Aquiles.
Que el temor a morir u otro miedo no turbe tus ánimos,
pues tu guía será y compañero el alerto Argifontes,
quien habrá de dejarte muy cerca de Aquiles divino.
Que una vez en la tienda de Aquiles te encuentres, no temas,
pues no te matará, e impedirá que los otros lo hagan
porque no es temerario, ni loco, ni es hombre perverso
y respeto tendrá a quien acude como un suplicante.

Así dijo, y se fue la de pies ligerísimos, Iris.

[Príamo se prepara para partir]

Ordenó preparar a su hijo los carros de mulas
y de ruedas hermosas, y ataron en él una cesta.

327. Iris, parafaseando las palabras de Zeus, transmite la orden a Príamo. El aedo se servía de este recurso mnemotécnico para localizar el pasaje que recitaría a continuación. Cfr. nota 39.

Bajó luego a su alcoba aromada, de tablas de cedro
y elevada techumbre que muchas riquezas guardaba.
A Hécuba llamó entonces y dijo con estas palabras:

—¡Infeliz! Un olímpico heraldo de Zeus ha venido
a que de los navíos aqueos rescate a mi hijo
y al Pelida le lleve los dones que aplaquen su enojo.
Pero ¿qué piensa tu corazón de todo esto que digo?
Porque mi corazón y mi mente me instigan ahora
a ir allá, a los navíos, al real de los hombres aqueos.

Dijo así, y la mujer respondió con amargos sollozos:

—¡Ay de mí! ¿Adónde fue esa razón que te ha dado la fama
de prudente entre los extranjeros y los de tu reino?
¿Cómo solo te atreves a ir a las naves aqueas
a presencia de quien te mató a tantos hijos valientes?
Ciertamente de hierro será el corazón en tu pecho.
Si te ve con sus ojos y llega a apresarte, ese hombre
cruel y pérfido no te tendrá la piedad más pequeña
ni te respetará lo más mínimo. A solas llorémoslo
en palacio sentados. Un hado potente esta muerte
cuando yo lo di a luz para ti le tejió con la vida:[328]
que los perros veloces habrían de hartarse en su carne,
de sus padres muy lejos, al lado del hombre violento
cuyos hígados me comería si fuera posible
a mordiscos, y así vengaría a mi hijo. No ha muerto
como un vil; que a los teucros y teucras de talle delgado
defendió, sin pensar en huir ni evitar el combate.

Y repúsole así el viejo Príamo, igual que los dioses:

—No te opongas a lo que deseo, ni seas en casa
ave de mal agüero, pues tú no podrás convencerme.

328. Cfr. nota 52.

Si me diese la orden alguno que vive en la tierra,
adivino o arúspice o ya un sacerdote cualquiera,
la creeríamos falsa y menor confianza tendríamos.
Pero como yo mismo he escuchado a la diosa y la he visto,
iré yo y no serán sus palabras entonces inútiles.
Si mi hado es morir junto a las naves de los aqueos
de broncíneas corazas, que Aquiles me mate en seguida
que haya dado un abrazo a mi hijo, y llorado y gemido.

Así dijo, y alzó de sus cofres las tapas hermosas,
de los cuales al punto sacó doce peplos espléndidos,[329]
doce mantos sencillos y doce tapetes y doce
piezas de blanco lino y a todo añadió doce túnicas.
Una vez hecho esto pesó diez talentos de oro;
sacó luego dos fúlgidos trípodes, cuatro calderas
y una copa magnífica, don de los tracios el día
en que fue de embajada a su patria, un soberbio regalo,
pues no quiso dejarla en palacio, de tal modo ansiaba
rescatar a su hijo. Y volviéndose al pórtico a todos
los troyanos echó, pronunciando injuriosas palabras:

—¡Idos en hora mala, hombres viles y vituperables!
¿Es que ya en vuestras casas motivos sobrados de llanto
no tenéis, y os alegra que Zeus de pesares me abrume
con la muerte de un hijo valiente? También en vosotros
lo sabéis; les será a los argivos más fácil mataros,
puesto que él está muerto. Mas antes que con estos ojos
pueda ver la ciudad asaltada y en ruinas deshecha,
descender a la lúgubre casa del Hades prefiero.

Así dijo, y echó con el cetro a los hombres. Salieron
estos por el anciano apremiados. Colmó de reproches
a sus hijos, a Paris, a Heleno, a Agatón el divino,

329. El doce era considerado un número especial en honor a los doce dioses y diosas del Olimpo.

a Pamón, al de grito potente Polites, a Antífono,
a Deífobo, a Hipotoo y también al magnánimo Dío,
a los nueve increpó y les dio de esta manera sus órdenes:

—¡Malos hijos! ¡Daos prisa, cobardes! ¡Así todos juntos
en lugar de Héctor hubieseis muerto en las cóncavas naves!
Pero a mí, ¡desdichado de mí!, que engendré hijos valientes
en los campos de Troya, ninguno a estas horas me queda.
Méstor, que era lo mismo que un dios, el que en carros luchaba.
Troilo y Héctor, un dios entre hombres, que no parecía
hijo de hombre mortal, sino haber de un eterno nacido.
A estos Ares dio muerte y me quedan los que son indignos,
los falsarios y los danzarines, que solo en los coros
y en robar a su pueblo corderos y cabras son hábiles.
¿Qué esperáis que no está ya mi carro dispuesto en seguida
y en él todas las cosas, a fin de emprender el camino?

Dijo, y se dieron prisa temiendo las iras del padre.
Le sacaron un carro de mulas, de ruedas muy bellas,
muy hermoso y recién construido y ataron la cesta;
descolgaron el yugo mular de la percha en que estaba,
[de madera de boj, con sobeo y provisto de anillos,]
y le dieron también nueve codos de tira de cuero.
Ajustaron el yugo en la parte anterior de la lanza
y el anillo metieron en su reluciente clavija;
el pezón con tres vueltas ataron y con ligereza
apretaron los nudos y encima dejaron la tira.
De la alcoba llevaron entonces al carro labrado
los presentes innúmeros para el rescate de Héctor.
Enyugaron las mulas de tiro de cascos potentes,
buen regalo que antaño los misios hicieron a Príamo.
Dos caballos uncieron al yugo, a los cuales el viejo
en persona ofrecíales pienso en labrados pesebres.

Cuando estaban unciendo los dos en el alto palacio,
Príamo y el heraldo, sumidos en sus pensamientos,

acercose a ellos Hécuba con corazón dolorido.
Una copa de bronce llevaba en su mano derecha
con un vino dulcísimo para libar antes de irse.
Se detuvo ante el carro y le habló de este modo, diciéndole:

—Toma y liba a Zeus padre ahora mismo, de modo que {puedas
regresar desde el campo enemigo a tu casa, pues tu ánimo
a partir a las naves te obliga contra mi deseo.
Ruega, pues, al Cronión, la deidad de las nubes sombrías,
el que desde la cumbre del Ida ve toda la Troya,
y suplícale que haga surgir a tu diestra la rápida
mensajera, esa amada ave con cuyas fuerzas a todas
vence, y tú con tus mismas pupilas la veas, y vayas
confiado a las naos de los dánaos de raudos corceles.
Y si el longividente Zeus no manda su mensajera,
a ti yo desaconsejaría que fueras ahora
a las naves aqueas, por mucho que así lo desees.

Y repúsole Príamo, igual que los dioses, diciendo:

—¡Oh mujer! En verdad que haré cuanto me dices. {Es bueno
levantar a Zeus padre las manos para que se apiade.

Así dijo el anciano, y mandó que su esclava intendenta
le vertiera agua pura en las manos. Llegó la cautiva
[con el aguamanil en las manos, con una jofaina].
Ya lavado, tomó a su mujer de las manos la copa;
oró en medio del patio, de pie, y libó el dulce vino
y, elevando los ojos al cielo, rezó estas palabras:

—Padre Zeus, rey del Ida, señor gloriosísimo y máximo.
Haz que grato le sea yo a Aquiles y se compadezca,
y te ruego que me hagas surgir a la diestra la rápida
mensajera, esa amada ave con cuyas fuerzas a todas

vence, y yo con mis propias pupilas la vea, y que vaya
confiado a las naos de los dánaos de raudos corceles.

Así dijo rogando, y el próvido Zeus oyó el ruego;
y la más segura ave de todas le envió al punto: un águila,
esa a la que se llama *percnón*, cazadora sombría.
Y tan ancho como es el portón de cerrojos provisto
que se abre en la alcoba muy alta en la casa de un rico,
era su envergadura, y pasó a la derecha volando
por encima de la gran ciudad, y de verla sintieron
gran contento y en sus corazones tuvieron confianza.

[Príamo se encamina
al campamento aqueo]

El anciano a su carro subió y se marchó presuroso
a la calle, a través del vestíbulo y porche sonoro.
Las dos mulas tiraban del carro de las cuatro ruedas,
conducidas por el sabio Ideo, y tras ellas seguían
los caballos que el viejo azotaba con golpes de látigo
para que atravesaran deprisa la villa. Llorando
cual si él fuera a morir, iban todos sus buenos amigos.

Cuando hubieron dejado la villa y al campo llegaron,
todos, hijos y yernos, a Ilión dirigieron sus pasos.
Y Zeus longividente advirtió a los dos héroes cruzando
la llanura, y al ver al anciano sintió de él gran lástima.
Llamó a Hermes, su hijo, y le habló de este modo, diciendo:

—Hermes, puesto que te es grato siempre prestar compañía
a los hombres, y escuchas los ruegos de quien te parece,
ve y a Príamo lleva a las cóncavas naves aqueas,
de tal modo que nadie se entere de que él ha llegado
y ni un dánao lo vea hasta que se halle con el Pelida.

Dijo, y el mensajero Argifontes cumplió lo mandado.[330]
Se calzó en un momento los áureos talares divinos,
los que sobre las ondas del ponto podían llevarlo
y la tierra infinita, lo mismo que un soplo de viento;
y tomó la varita con que le adormece los ojos
a los hombres que quiere, o despierta a los que están dormidos.
Con la vara en la mano voló el poderoso Argifontes
y llegó en un momento ante Troya, junto al Helesponto,
y se puso en camino en figura de un príncipe joven
al que apunta la barba y graciosa la edad le florece.

Cuando atrás los viajeros dejaron el túmulo de Ilo,
a caballos y mulas hicieron beber en el río,
y entretanto, ya sobre la tierra se hacía de noche.
Al momento el heraldo a su lado advirtió la presencia
de Hermes, y de este modo le dijo al rey Príamo entonces:

—Ve, Dardánida; el caso requiere actuar con prudencia.
Veo a un hombre. Y me temo que habrá de matarnos al punto.
Vamos y en los caballos huyamos, o bien abracemos
sus rodillas, a ver si nos tiene piedad, suplicándole.

Dijo, y se le turbó la razón al anciano, y el miedo
en sus miembros flexibles el vello erizó y quedó atónito.
Pero entonces llegose a su lado el benéfico Hermes,
lo tomó de la mano y le habló, preguntando estas cosas:

—Padre mío, ¿a qué sitio estas mulas y potros diriges
en la noche sombría, si están los mortales dormidos?
¿Es que acaso no sientes temor de los bravos aqueos
que te son enemigos terribles y se hallan muy cerca?
Si uno de ellos te viera en la noche veloz y sombría

330. Hermes es el dios mensajero, que protege a los viajeros, a los comerciantes y a los ladrones: es «hermético» por cuanto es «de múltiple ingenio» (*polytropos*), esto es impredecible, según el himno homérico.

ir con tantas riquezas, ¿qué plan llevarían a cabo?
No eres joven y quien te acompaña es también un anciano;
no podéis defenderos de nadie que quiera atacaros.
No te haré daño alguno; antes bien, he de darte mi ayuda
porque te encuentro muy semejante a mi padre amadísimo.

Y repúsole así el viejo Príamo, igual que los dioses:

—Sí, hijo mío, así son esas cosas, tal como me dices.
Pero alguna deidad sobre mí me ha extendido su mano,
puesto que semejante viajero ha salido a mi encuentro
como así, con tu aspecto, belleza y prudencia demuestras;
en verdad que eres hijo de padres que son muy felices.[331]

Y repúsole entonces así el mensajero Argifontes:

—Oportunas, ¡oh anciano!, son todas las cosas que has dicho.
Pero dime y respóndeme a ello con toda franqueza.
¿Mandas a unos extraños tan grande y precioso tesoro
para que de esta forma lo puedas tener bien seguro,
o bien es que dejáis asustados a Ilión la sagrada,
porque muerto está ahora el varón más valiente, tu hijo,
que ante ni un solo aqueo cedió ni un instante en la lucha?

Y repúsole así el viejo Príamo, igual que los dioses:

—¡Oh muchacho excelente! ¿Quién eres? Y di de qué padres
has nacido.[332] Mencionas la muerte infeliz de mi hijo.

Y repúsole entonces así el mensajero Argifontes:

331. La felicidad pertenece a los dioses en primera instancia, en tanto que exentos de preocupaciones.

332. El origen y el linaje denotaban el rango de un mortal o de un héroe, así como la categoría del interlocutor.

—Me deseas probar, pues por Héctor preguntas, ¡oh anciano!
Muchas veces lo vieron mis ojos durante el combate
y también cuando junto a las naves llegó dando muerte
a los hombres argivos, que hería con bronce aguzado.
Lo admirábamos todos inmóviles, pues la pelea
nos prohibió Aquiles porque el Atrida lo había irritado.
Su escudero soy; vine en su nave tan bien construida.
Formo parte de los mirmidones; mi padre es Polictor,
que es un hombre muy rico, y anciano tal como tú eres.
Tiene seis hijos más; soy el séptimo. Echadas las suertes,
me tocó a mí venir hasta aquí acompañando al ejército.
De las naves aquí vine ahora a explorar la llanura,
pues mañana los hombres aqueos de fúlgidos ojos
lucharán cerca de la muralla. Inactivos se irritan
y los reyes aqueos no pueden frenar su impaciencia.

Y repúsole así el viejo Príamo, igual que los dioses:

—Si de Aquiles Pelida eres tú servidor, como dices,
con extrema verdad a lo que te pregunto contéstame:
¿cerca de los navíos está todavía mi hijo,
o bien lo hizo pedazos Aquiles y lo dio a sus perros?

Y repúsole entonces así el mensajero Argifontes:

—Ni los perros ni buitres, ¡oh anciano!, aún lo han devorado.
Todavía yacente está junto a la nave de Aquiles,
en su tienda. Hace ya doce auroras[333] que se halla tendido
y ni el cuerpo se pudre, ni aun los gusanos lo comen,
que devoran a todos los hombres que han muerto en la guerra.
Aunque Aquiles, en torno a la tumba de su compañero,
cuando apunta la aurora divina lo arrastra implacable,
no logró lacerarlo; tú mismo, si a él te acercaras,

333. Cfr. nota 329.

lo verías lozano; la sangre le ha sido lavada
y carece de manchas; las llagas cerráronse todas,
y eran muchas, que muchos guerreros lo hirieron con bronce.
De tal modo los dioses eternos a tu hijo han cuidado,
[aun después de su muerte, que a su corazón era caro.]

Dijo así, y alegrose el anciano y repuso diciendo:

—¡Ah, hijo mío! Es muy bueno ofrecer los presentes debidos
a los dioses eternos. Y mi hijo, si tal hijo tuve,
no olvidó en su palacio jamás a los dioses olímpicos,
y por esto, en el trance fatal de su muerte, acordáronse.
Vamos, pues; de mi mano recibe esta copa bellísima
y defiéndeme y guíame con el favor de los dioses
hasta que haya llegado a la tienda de Aquiles Pelida.

Y repúsole entonces así el mensajero Argifontes:

—Porque más joven soy tú deseas, ¡oh anciano!, tentarme,
mas no quiero aceptar tu presente ignorándolo Aquiles.
Tengo miedo y de forma ninguna me atrevo a robarle.
No quisiera acarrear sobre mí ningún daño por esto.
Pero yo te guiaré aun cuando vayas a la Argos famosa
en la rápida nave o a pie, y te daré amable ayuda.
Nadie te atacaría teniendo en desprecio a tu guía.

Así dijo, y al carro subió el dios benéfico Hermes.
Al instante tomó con las manos las riendas y el látigo
e infundió un poderoso vigor a caballos y mulas.

Al llegar ante el foso y las torres que las naos guardaban,
comenzaban ya los centinelas a hacerse la cena
y los adormeció el mensajero Argifontes a todos;
descorrió los cerrojos y abrioles la puerta al instante
y pasó con el carro los bellos regalos y a Príamo.

Y llegaron al cabo a la tienda en que estaba el Pelida,
suntuosa, que los mirmidones con troncos de abeto
construyeron al rey y cubrieron con techo inclinado
con las cañas que habían cortado en el húmedo valle.
Una cerca muy grande de muchas estacas rodeábala;
mantenía la puerta cerrada una tranca de abeto;
tres aqueos se necesitaban para echar la tranca,
y otros tres precisábanse para que se levantase.
Solo Aquiles podía moverla sin que lo ayudaran.[334]
Al anciano abrió entonces la puerta el benéfico Hermes
y pasó los regalos de Aquiles el de pies ligeros.
Y, apeándose al punto del carro, así dijo al anciano:

—Soy un dios inmortal, buen anciano, que vine a ayudarte;
Hermes soy, y mi padre me dijo que fuese tu guía.
Mas ya debo marcharme; a los ojos de Aquiles no puedo
presentarme, que a un dios inmortal no resulta correcto
ayudar de este modo a un mortal a la vista de todos.
Entra tú, y al Pelión las rodillas abraza y suplícale
por su padre y su madre la de los hermosos cabellos
[y por su hijo, que su corazón tus palabras conmuevan.]

Así dijo, y el dios Hermes fuese al Olimpo anchuroso.
Un momento después saltó Príamo al suelo del carro;
al cuidado de Ideo dejó los caballos y mulas,
y una vez hecho esto, el anciano se fue hacia la tienda
en que Aquiles, amado por Zeus, se encontraba sentado.
Lo vio dentro, y estaban con él sus amigos aparte;
dos allí, Automedonte y el vástago de Ares, Alcimo,
le servían tan solo; la cena ya había acabado,
la comida y bebida, mas puesta seguía la mesa.
El gran Príamo entró sin ser visto, acercose al instante

334. Cfr. nota 228.

y abrazó las rodillas de Aquiles, besó aquellas manos
homicidas y crueles con que le mató a tantos hijos.
Como atónito queda el que, estando en la casa de un rico,
ve llegar a un varón que llevado de la Ate terrible[335]
en su patria mató a otro varón y emigró a tierra extraña,
así Aquiles atónito estuvo ante el divino Príamo.
Los demás se admiraron también y miráronse entre ellos.

Y habló Príamo a Aquiles y le suplicó de este modo:

—A tu padre divino recuerda, ¡oh Aquiles!, que tiene
esta edad que yo tengo, y ya está en el umbral de ser viejo.
Quizá sus circunstantes vecinos le estén oprimiendo
y no tenga a quien del infortunio y la ruina lo salve.
Pero al menos cuando oye decir que conservas la vida
siente júbilo en su corazón y a diario él espera
ver de nuevo a su hijo cuando haya llegado de Troya.
Pero a mí, ¡desdichado de mí!, que engendré hijos valientes
en los campos de Troya, ninguno a estas horas me queda.
Cuando aquí los aqueos llegaron tenía cincuenta;
diecinueve me habían nacido de un vientre tan solo
y en palacio los otros parieron distintas mujeres.
A los más el colérico Ares quebró las rodillas.
Y al que para defensa del pueblo y la villa quedábame,
lo mataste hace poco al luchar defendiendo a su patria,
a Héctor; y ahora por él he venido a las naves aqueas
para que lo redimas; te traigo un inmenso rescate.
Mas respeta a los dioses,[336] ¡oh Aquiles!, y a mí compadéceme
recordando a tu padre, pues de tu piedad soy más digno;
me he atrevido a lo que no hizo nadie en la tierra: a llevarme
a los labios la mano de aquel que ha matado a mis hijos.

335. Ate es la diosa de la fatalidad, consecuencia de los actos irreflexivos, que llevan a dioses y a mortales a cometer pecados de *hybris* (insolencia). Según Hesíodo en la *Teogonía*, es hija de Eris, la diosa de la discordia.

336. El respeto a los dioses es poder enterrar un cadáver para que viaje al Hades, y honrar a los ancianos.

Dijo así, y él sintió un vivo afán de llorar por su padre
y al anciano tomó de la mano y llevóselo aparte.
Recordando los dos, él lloraba sin tregua por Héctor
homicida, postrado a las plantas de Aquiles divino;
por su padre unas veces Aquiles lloraba, y las otras
por Patroclo, y llenose la tienda de entrambos gemidos.
Cuando estuvo ya Aquiles divino saciado de llanto,
[de sus miembros y su corazón se alejó este deseo.]
De su trono se alzó, y levantó, de la mano, al anciano
y mirando su cana cabeza y sus barbas nevadas,
con palabras aladas le habló de esta forma, diciendo:

—¡Infeliz! ¡Cuántas penas en tu corazón soportaste!
¿Cómo osaste tú solo venir a las naves aqueas,
a presencia de quien te mató a tantos hijos valientes?
Ciertamente de hierro será el corazón en tu pecho.
Pero siéntate en este sitial y, aun estando afligidos,
en el pecho, dejemos que se nos aduerman las penas,
pues de nada aprovecha verter el tristísimo llanto.
A los pobres mortales los dioses dejaron el hado
de vivir afligidos; solo ellos de pena carecen.[337]
A la entrada, en la casa de Zeus, dos toneles se encuentran:
uno lleno de males, y el otro está lleno de bienes.
Al que Zeus que en el rayo se goza se los da mezclados,
hoy encuentra la dicha y mañana la pena se encuentra,
pero aquel a quien da solo males será siempre un mísero;
perseguido por un hambre atroz pasará por la tierra,
despreciado de todos los hombres y todos los dioses.
Nobles dones hicieron los dioses, no obstante, a Peleo
desde niño; que a todos los hombres él solo aventaja
en fortuna y riquezas, reinando entre los mirmidones,
y aunque es hombre mortal, por mujer a una diosa le dieron.
Mas los dioses un mal le han impuesto: que nunca tuviera
hijos que en su palacio reinaran pasados los años.

337. Cfr. nota 331.

Tiene un hijo que está destinado a gozar breve vida,
y no puedo cuidar su vejez, de la patria alejado
porque a Troya llegué para mal de ti mismo y tus hijos.
También dicen, ¡oh anciano!, que tú fuiste antaño dichoso
y que desde el lugar en que Mácar reinó, desde Lesbos,
hasta donde la Frigia se encuentra y el gran Helesponto,
por tu prole y riquezas a todos ventaja llevabas.
Pero cuando esta plaga trajeron los dioses celestes,
hay en torno a tu villa batallas y grandes matanzas.
Mas consuélate y en tu corazón no eternices la pena,
nada vas a ganar con el llanto que por tu hijo viertas,
ni podrás levantarlo; antes bien, sufrirás otros males.

Y repúsole así el viejo Príamo, igual que los dioses:

—No hagas que en esta silla, ¡oh alumno de Zeus!, yo {me siente[338]
mientras Héctor se encuentra en tu tienda insepulto. Cuanto antes
dámelo, para que lo contemplen mis ojos, y toma
el cuantioso rescate. ¡Ojalá lo disfrutes de vuelta
a la tierra paterna, pues tú me dejaste primero
ver la lumbre del sol al dejarme, a tu lado, la vida!

Y con torvo mirar dijo Aquiles, el de pies ligeros:

—¡No me irrites ya más! Ya tenía dispuesto, ¡oh anciano!,
darte a Héctor, pues Zeus me envió, mensajera, a la madre
que me dio a luz y que del Anciano del Mar es la hija.
También, Príamo, entiendo y bien sé que no puedo engañarme
que algún dios te ha traído a las rápidas naves aqueas;
ni un mortal osaría, aun estando en la flor de los años,
venir hasta la hueste sin que un centinela lo viera

338. Aquiles honra a Príamo en calidad de huésped, al ofrecerle asiento o comida, como era costumbre.

ni mover fácilmente el cerrojo que atranca la puerta.
Así, pues, no remuevas en mi corazón los dolores,
no sea, anciano, que te haga ahora echar de la tienda aunque vengas
suplicante, y entonces yo viole de Zeus el mandato.

Dijo así, y el anciano temió y se ajustó a lo que dijo.
Saltó como un león el Pelida y salió de la tienda;
pero no salió solo porque lo siguieron dos hombres,
que eran Automedonte y Alcimo, los dos compañeros
más queridos de Aquiles después de haber muerto Patroclo.
Desuncieron caballos y mulas al punto; al heraldo,
el vocero del viejo, le hicieron entrar y sentarse
en un banco, y sacaron del carro de ruedas pulidas
el rescate sin par dado por la cabeza de Héctor.
Una túnica muy bien tejida y dos mantas dejaron
para que, envuelto el cuerpo, pudiera llevárselo a casa.

A sus siervas llamó para que lo lavaran y ungieran,
apartado de Príamo para que así no lo viese
y afligiérase al verlo, y al no contentarse en su cólera
irritárase Aquiles en su corazón, y la vida
le quitara, y la orden de Zeus quebrantara con ello.
Cuando estuvo lavado y ungido con óleo, las siervas
con la túnica y el bello manto cubrieron el cuerpo;
lo tomó luego Aquiles y lo colocó sobre un lecho
y en el carro labrado después los aurigas dejáronlo.

Gimió entonces el héroe y, hablando, invocaba a su amigo:

—No te enojes conmigo, ¡oh Patroclo!, si, estando en el {Hades,
sabes que yo entregué a Héctor divino en las manos del padre,
[pues a cambio me trajo un rescate de mucha valía.
De ello habrás de tener tú también, como es justo, tu parte.]

Así dijo, y Aquiles divino volviose a la tienda.
Se sentó en una silla de rico labrado, adosada
contra el muro y, volviéndose a Príamo, habló de este modo:

—Tu hijo está rescatado, ¡oh anciano!, tal como pedías.
En un lecho se encuentra. Mañana, a la luz de la aurora,
podrás verlo y llevártelo. Ahora en la cena pensemos.
Hasta Niobe, la de hermosas trenzas, pensó en la comida
cuando sus doce hijos perdieron la vida en palacio;
sus seis hijas y seis hijos que eran mancebos floridos.
Con el arco de plata la muerte les dio a ellos Apolo
contra Niobe irritado; y Artemis flechera a las hijas
porque se comparaba con Leto de hermosas mejillas
y que a innúmeros hijos parió, y esta a dos solamente.[339]
Sin embargo, estos dos le mataron a todos los suyos.
Nueve días yacieron en sangre y ninguno acudía
a enterrarlos, pues Zeus hizo a toda la gente de piedra;[340]
pero al décimo día los dioses celestes lo hicieron.
Y ella entonces, rendida de llanto, pensó en la comida.
[Y ahora en los peñascales y cumbres peladas de Sípilo,
donde, dice la gente, se muestran las grutas de aquellas
ninfas que bailan junto al Aqueloo, y aun cuando de piedra,
aún está devorando el dolor que los dioses le dieron.][341]
Por lo tanto, ¡oh anciano divino!, en la cena pensemos
y más tarde podrás a tu hijo llorar cuando lo hayas
transportado ya a Ilión, porque te ha de costar mucho llanto.

Dijo, y el raudo Aquiles salió, y una oveja muy blanca
degolló, y una vez desollada por sus compañeros,

339. Atentar contra una divinidad en todas sus formas era considerado un pecado de *hybris*. Cfr. nota 114.

340. Zeus transformó a los habitantes del lugar en piedras, prolongando así el sufrimiento de Niobe: nadie enterraría a sus hijos, hasta que los mismos dioses lo hicieron al décimo día. Cfr. nota 336.

341. En la mitología griega son frecuentes los episodios de sufrimiento eterno, así como también lo son en la tradición judeocristiana.

la partieron en trozos que fueron clavando en espiches,
los asaron y, luego de asados, del fuego apartáronlos.
En bellísimas cestas el pan repartió Automedonte,
y fue Aquiles después repartiendo los trozos de carne.
Y ellos fueron tendiendo la mano a las cosas servidas.
Cuando ya de comer y beber estuvieron saciados,[342]
admirado de Aquiles quedose el Dardánida Príamo,
porque el héroe, por lo alto y hermoso, era a un dios semejante.
Del Dardánida Príamo Aquiles quedose admirado
a su vez, ante el noble semblante y al oír sus palabras.
Cuando de contemplarse uno a otro ya hubieron gozado,
habló así el viejo Príamo, igual a los dioses, primero:

—Ahora, alumno de Zeus, haz que pueda acostarme
{en seguida
para que el dulce sueño gocemos estando dormidos.
Todavía mis párpados no me han cerrado los ojos
desde el día en que mi hijo a tus manos murió. Sin descanso
he gemido y estoy devorando incontables congojas
revolcándome encima del barro del patio vallado.
Hoy por fin he comido y rociado con vino sombrío
mi garganta, pues nada, de entonces, había probado.

Así dijo, y Aquiles mandó a sus amigos y esclavas
que pusieran las camas debajo del porche, con bellos
cobertores de púrpura y luego tapetes y encima
túnicas afelpadas por si requerían abrigo.
De las tiendas salieron llevando en las manos antorchas
y con gran diligencia dejaron dispuestos dos lechos.

Y el de los pies ligeros, Aquiles, habló bromeando:

—Duerme afuera, ¡oh anciano querido!, no sea que alguno
de los jefes aqueos acuda a mi tienda a sentarse

342. Cfr. nota 338.

y a charlar de cualquier cosa como ellos suelen hacerlo,
que si alguno te ve en esta noche veloz y sombría
lo dirá a Agamenón en seguida, el pastor de los hombres,
y quizá esto difiera el poder entregarte el cadáver.
Mas responde con toda franqueza a lo que te pregunto:
¿cuántos días para hacerle a Héctor divino las honras
necesitas, que me estaré quieto y conmigo el ejército?[343]

Y repúsole así el viejo Príamo igual que los dioses:

—Si deseas que las honras de Héctor divino celebre,
haz lo que he de decirte, ¡oh Aquiles!, y estaré contento.
Sabes que en la ciudad nos hallamos sitiados; la leña
hay que traerla de lejos, del monte, y los teucros se asustan.
Nueve días por él lloraremos en nuestro palacio;
luego, al décimo, celebraremos su entierro, y el pueblo
el festín funeral, y al undécimo haremos su túmulo.
Si es preciso entraremos en lucha otra vez al duodécimo.[344]

Y el de los pies ligeros, Aquiles divino, repuso:

—Viejo Príamo, todo se hará como tú lo deseas;
pararé la batalla ese tiempo que tú me has pedido.

Dijo así, y estrechó por el puño la diestra del viejo
para que no sintiera en su alma temores algunos.
Y en el atrio muy pronto quedaron dormidos, inmóviles,
Príamo y el heraldo con sus pensamientos prudentes.
En la sólida tienda quedábase Aquiles durmiendo
y a su lado Briseida, la joven de hermosas mejillas.

343. La nobleza reside también en el respeto a los funerales por el enemigo caído antes de reanudar la lucha.

344. Cfr. nota 329.

Dioses y hombres que llevan los sólidos carros de guerra
bajo el sueño dulcísimo toda la noche durmieron.
Pero solo el benéfico Hermes estaba velando,
pues pensaba en qué forma podría apartar de las naves
al rey Príamo sin que los sacros guardianes lo vieran.
Puesto sobre la frente del rey habló de esta manera:

—No te turba, ¡oh anciano!, el peligro, pues duermes en medio
de tu propio enemigo porque te respeta ahora Aquiles.
Rescataste a tu hijo y por él diste muchos presentes;
pero tres veces más esos hijos que allá se quedaron
por ti mismo tendrían que dar, si descubren que te hallas
ahora aquí Agamenón el Atrida o los otros aqueos.

Dijo así, y despertó asustadísimo el viejo al heraldo.
Enyugó entonces Hermes caballos y mulos y al punto
los guió, sin que nadie lo viera, por entre el ejército.

Cuando hubieron llegado a la orilla del voraginoso
Janto, el río de hermosa corriente que Zeus ha engendrado,
al altísimo Olimpo partió entonces Hermes de nuevo.

Con su velo azafrán se esparció por la tierra la Aurora
cuando aquellos, gimiendo y llorando, a la villa llevaban
los caballos, y, tras estos, con el cadáver, las mulas.
No los vio ningún hombre o mujer de cintura delgada
antes de que los viera Casandra,[345] que a la áurea Afrodita
semejábase. Reconoció desde Pérgamo al padre
en el carro y también al heraldo, vocero del pueblo.
Y vio a Héctor detrás, en su lecho arrastrado por mulas.
Y al momento gimió y fue clamando por toda la villa:

345. Hermana de Héctor y sacerdotisa de Apolo. Fue maldita por este al negarse a mantener relaciones con él después de haberlo pactado, con lo que no gozaría de crédito en sus profecías. Predijo la derrota de Troya.

—¡Venid, teucros y teucras, a ver el cadáver de Héctor,
si estuvisteis contentos al verlo volver del combate
otras veces, que gloria fue para la villa y el pueblo!

Dijo, y no se quedó ningún hombre o mujer en la villa.
Todos ellos sintieron al punto una horrible congoja.
A las puertas corrieron, por donde el cadáver pasaba.
Las primeras, la esposa y la madre angustísima al carro
de las ruedas hermosas corrieron, mesándose el pelo,
y, rodeadas de gente llorando, su frente tocaban.
Todo el día, hasta que el sol se hubiese ocultado, así habrían
a las puertas gemido por Héctor, sumidas en llanto,
si el anciano en el carro no hubiera gritado a la turba:

—Apartaos y que pasen las mulas, que tiempo sobrado
en palacio tendréis para hartaros de llanto y gemidos.

Dijo así, y se apartaron y al carro le abrieron camino.
Dentro ya de la espléndida casa pusieron al muerto
en su lecho labrado, y en torno sentáronse entonces
los aedos, y al punto empezaron los trenos, cantados
con acentos dolientes y les respondían, llorando,
las mujeres, y entre ellas Andrómaca, la de albos brazos,
comenzó, sosteniendo la frente de Héctor el homicida:

—¡Ay mi esposo! La vida dejaste muy joven, y viuda
quedo en este palacio. Y es aún muy pequeño ese hijo
que tú y yo, ¡desdichados los dos!, en el mundo hemos puesto.
Dudo que llegue a mozo. Caerán antes las altas torres
de la villa porque has muerto tú que sabías guardarlas,
protegiendo a las nobles esposas y tiernos hijuelos.
Pronto a todos se los llevarán a las cóncavas naves
y con ellas yo iré. Y tú, hijo mío, te irás a mi lado
y tendrás que pasarte la vida en oficios serviles,
trabajando para un amo cruel; o un aqueo, agarrándote

de la mano, desde una alta torre, te arrojará un día,[346]
¡muerte cruel!, irritado porque Héctor dio muerte a su hermano,
a su padre o su hijo, pues muchos aqueos mordieron
esta tierra anchurosa, perdiendo a sus manos la vida.
No fue nunca tu padre muy blando en la lucha funesta
y por este motivo en la villa lo lloran hoy todos.
Mucho llanto y dolor indecible causaste a tus padres,
Héctor, pero me aguardan a mí las mayores angustias.
Ni siquiera al morir has podido tenderme los brazos
desde el lecho, ni dulces consejos me diste que hubiese
recordado día y noche yo sola con llanto en los ojos.

Así dijo llorando, y lloraron también las mujeres.
Y Hécuba comenzó de esta forma la fúnebre queja:

—¡Héctor! Hijo el que mi corazón más amaba de todos.
Si los dioses te amaron en tanto gozaste de vida,
no se habrán olvidado de ti en esta muerte funesta.
Me ha quitado otros hijos Aquiles, el de pies ligeros;
a los que no mató los vendió al otro lado del ponto,
bien en Samos o en Imbros o en Lemnos la tierra sombría;
pero a ti, ya matado por él con el bronce aguzado,
te arrastró mucho en torno al tumbón de su amigo Patroclo
a quien tú le mataste, y con ello no le ha dado vida.
Fresco, como recién muerto, ahora yacente te encuentras
en palacio, lo mismo que aquel que el del arco de plata,
Febo Apolo, derriba al lanzarle una flecha suave.

Así dijo llorando, y afán de llorar puso en todos.
Y a su vez la tercera fue Helena en la fúnebre queja:

346. Andrómaca profetiza la muerte fatal de su hijo Astianacte, que fue arrojado desde una torre por el griego Neoptólemo, para que los troyanos supervivientes de la guerra de Troya no lo proclamaran rey.

—Héctor, tú mi cuñado, el que mi corazón más amaba.
No me olvido de que mi marido, el deiforme Alejandro,
hasta Troya me trajo, ¡ojalá antes me hubiese yo muerto!
Veinte años ya van transcurridos ahora del día[347]
en que vine a esta tierra y dejé abandonada a mi patria,
y jamás te escuché una palabra ofensiva o grosera.
Antes bien, si en palacio llegaba a decírmela alguno,
un cuñado o cuñada, o mujeres casadas con ellos,
o la suegra, que el suegro fue un padre muy dulce conmigo,
tú solías calmar con palabras amables su enojo,
persuadiéndolos con tus prudentes consejos y juicios.
Y por esto por ti y por mí lloro, afligida en el alma,
porque ya no me queda en los campos de Troya un amigo
que me sea benévolo. Todos a mí me detestan.[348]

Así dijo llorando, y la turba gimió amargamente.
Y habló Príamo el viejo a su pueblo con estas palabras:

—Traed leña a la villa, troyanos, y no tengáis miedo
de ninguna emboscada secreta debida a los dánaos,
porque junto a las naves Aquiles juró, al despedirme,
no hacer daño hasta que la duodécima Aurora nos llegue.

[Los funerales de Héctor]

Así dijo, y la gente del pueblo unció mulas y bueyes
a los carros, y fuera de la gran ciudad se reunieron.
Nueve días sin tregua acarrearon montones de leña
y en el décimo, cuando la Aurora da luz a los hombres,

347. Pasarían diez años entre el rapto de Helena y el inicio de la guerra de Troya.

348. Después de tantas desgracias en el bando troyano, Helena es claramente odiada por sus conciudadanos y considerada fuente de males, que culminarían con la derrota en la guerra y con la destrucción de Troya.

el cadáver del ínclito Héctor sacaron llorando,
en la pira dejáronlo y luego encendieron el fuego.

Al mostrarse en el día la Aurora de dedos de rosa,
se reunió todo el pueblo rodeando la pira de Héctor.
Y una vez encontráronse todos reunidos en torno,
con el vino sombrío apagaron del todo la hoguera
en el sitio en que el fuego reinó, y acabado ya esto,
recogieron los pálidos huesos hermanas y amigos,
que gemían surcados los rostros de innúmeras lágrimas.
Los reunieron después en un cofre de oro y, cerrado,
lo envolvieron con un fino velo de púrpura. Luego
colocaron el cofre en el hoyo, pusiéronle encima,
hacinadas, muchísimas piedras de grandes tamaños.
Y erigieron el túmulo.[349] En torno pusieron vigías,
por si los de las grebas hermosas los acometían,
y partieron, alzado ya el túmulo. Luego, reunidos,
el glorioso festín funeral celebraron sentados
en la casa de Príamo, el rey de realeza divina.

Se honró de esta manera a Héctor, el domador de caballos.

349. Se combinaba la incineración y la inhumación en el rito funerario homérico. Además, erigir un túmulo posibilitaba que los caminantes que pasaban cerca del lugar rindieran culto al célebre personaje enterrado allí.

ÍNDICE

ESTUDIO PRELIMINAR 7

CARTA A ALFONSO REYES 33

ILÍADA

CANTO I 37
[Invocación] 37
[La peste] 37
[La querella] 39
[Aquiles ofendido] 48
[Criseida en Crisa] 52
[En el Olimpo] 54
CANTO II 60
[El sueño] 60
[El consejo] 62
[La asamblea] 63
[Antes de la batalla] 73
[El ejército griego] 77
[En Troya] 87
[El ejército troyano] 88
CANTO III 92
[Ofrecimiento de Paris] 92
[Helena en la muralla] 96
[El pacto] 101
[Singular combate de Paris y Menelao] 103
[Paris y Helena] 105
[Requerimiento de los aqueos] 108
CANTO IV 109
[En el Olimpo] 109
[Violación del pacto] 111

[Agamenón revista a sus huestes] 117
[Primer combate] 123
CANTO V 128
[Hazañas de Diomedes] 128
[Muerte en Pándaro] 134
[Afrodita herida] 138
[Apolo detiene a Diomedes] 143
[Contraataque troyano] 144
[Sarpedón y Tlepólemo] 149
[Intervención de Hera y Atenea] 152
[Ares herido] 157
CANTO VI 160
[Continuación de la batalla] 160
[Héctor abandona el frente] 162
[Glauco y Diomedes] 164
[Héctor y Hécuba] 168
[Hécuba en el templo de Atenea] 169
[Héctor y Paris] 170
[Héctor y Andrómaca] 173
[Héctor y Paris vuelven de la batalla] 177
CANTO VII 179
[La oferta de Héctor] 179
[Singular combate entre Héctor y Ayax] 186
[Negociaciones] 189
[La tregua. Construcción del muro] 193
CANTO VIII 196
[Se prohíbe la intervención de los dioses] 196
[Se reanuda el combate. Derrota de los aqueos] 198
[Vanos esfuerzos de Diomedes] 199
[Vana indignación de Hera] 203
[Contraataque aqueo] 204
[Los aqueos vencidos] 207
[Hera y Atenea intentan intervenir] 208
[Zeus afirma su voluntad de apoyar a los troyanos] 211
[La noche detiene a los troyanos ante el campo aqueo] 213
CANTO IX 216
[Asamblea nocturna entre los aqueos] 216
[Ofrecimiento de Agamenón] 220
[La embajada de Aquiles] 222
[Discurso de Ulises] 223
[Respuesta de Aquiles] 226
[Discurso de Fénix] 230
[Últimas réplicas] 235
[Regreso a la embajada] 237

CANTO X 240
[Los jefes aqueos son despertados para un nuevo consejo] 240
[Consejos en las avanzadas] 246
[Diomedes y Ulises de reconocimiento. Oración a Palas Atenea] 249
[Dolón, el espía troyano] 250
[Sorpresa y muerte de Dolón] 252
[En el campo de Reso] 256
[Regreso de los héroes al campo aqueo] 258
CANTO XI 261
[Los dos ejércitos se preparan para reanudar el combate] 261
[Hazañas de Agamenón] 263
[Agamenón, herido, abandona el frente] 269
[Héctor conduce a los troyanos al ataque] 270
[Ulises y Diomedes rechazan a los troyanos] 271
[Diomedes herido y Ulises en peligro] 273
[Ayax restablece la situación] 277
[Victoriosa ofensiva de Héctor] 279
[Aquiles envía a Patroclo en busca de Néstor] 281
[Charla de Néstor] 283
[Patroclo junto a Eurípilo herido] 288
CANTO XII 290
[Combate ante la muralla aquea] 290
[Los troyanos se disponen a atacar la muralla] 291
[Asio choca con los lapitas] 293
[Héctor se niega a oír a Polidamante] 296
[Los Ayax animan la defensa] 298
[Sarpedón al asalto de la muralla] 299
[Los troyanos derriban la muralla] 303
CANTO XIII 306
[Posidón acude en socorro de los aqueos] 306
[La defensa aquea] 310
[Hazañas de Idomeneo] 313
[Intervención de Deífobo y Eneas] 319
[Hazañas de Antíloco] 323
[Hazañas de Menelao] 325
[La resistencia de los Ayax] 328
[Héctor reagrupa a los troyanos para un nuevo asalto] 329
CANTO XIV 334
[Los jefes aqueos ante la derrota de los suyos] 334
[Posidón impulsa a los aqueos a resistir] 338
[Hera se dispone a dormir a Zeus] 339
[Zeus se duerme en los brazos de Hera] 344
[Posidón reanuda la resistencia aquea] 346

[Héctor herido] 347
[Los troyanos son rechazados fuera del campo] 349
CANTO XV 352
[Despertar y cólera de Zeus] 352
[Obediencia de los dioses] 354
[Zeus socorre a los troyanos] 359
[Héctor reaparece en el campo de batalla] 361
[Los aqueos rechazados tras la muralla] 362
[Patroclo vuelve a Aquiles] 365
[El combate ante las naves] 366
[Último asalto de los troyanos a las naves] 372
[Heroica resistencia de Ayax] 376
CANTO XVI 378
[Aquiles permite a Patroclo ayudar a los aqueos] 378
[Héctor incendia las naves] 381
[Patroclo y los mirmidones se preparan para la batalla] 382
[Hazañas de Patroclo] 387
[Derrota de los troyanos] 390
[Muerte de Sarpedón] 391
[Combate en torno al cuerpo de Sarpedón] 396
[Persecución de los troyanos por Patroclo] 400
[Muerte de Patroclo] 403
CANTO XVII 407
[Menelao defiende el cuerpo de Patroclo] 407
[Héctor se apodera de las armas de Patroclo, pero no consigue llevarse su cuerpo] 409
[Héctor vuelve al combate vestido con las armas de Patroclo] ... 413
[Violento combate en torno al cuerpo de Patroclo] 416
[El dolor de los caballos de Aquiles] 421
[Prosigue el combate con ventaja para los troyanos] 425
[Antíloco es enviado a Aquiles] 429
[Los aqueos se llevan el cadáver de Patroclo] 430
CANTO XVIII 433
[Aquiles se entera de la muerte de Patroclo] 433
[Tetis acude a consolar a su hijo] 434
[Grita Aquiles y siembra el terror entre los troyanos] 438
[Asamblea de los troyanos] 441
[Aquiles llora sobre el cadáver de Patroclo] 444
[Tetis en el palacio de Hefesto] 445
[Hefesto forja las armas de Aquiles] 449
CANTO XIX 455
[Aquiles recibe las armas forjadas por Hefesto] 455
[Reconciliación de Aquiles y Agamenón] 456
[Duelo de Briseida y Aquiles ante Patroclo] 464

[Aquiles se viste las nuevas armas] 467
[El caballo de Aquiles le predice la muerte] 469
CANTO XX 470
[Se da libertad a los dioses para intervenir] 470
[Combate de Aquiles y Eneas] 472
[Hazañas de Aquiles] 481
CANTO XXI 487
[Aquiles a orillas del Escamandro] 487
[Aquiles y Licaón] 488
[Aquiles y Asteropeo] 491
[La cólera del Escamandro] 494
[Combate del fuego y del agua] 498
[La guerra entre los dioses] 500
[Aquiles delante de Troya] 504
CANTO XXII 508
[Príamo y Hécuba suplican a Héctor que entre en Troya] 509
[Vacilaciones de Héctor] 511
[La persecución] 512
[Intervención de Atenea] 514
[El combate] 516
[Muerte de Héctor] 519
[El duelo de Troya] 522
CANTO XXIII 526
[El duelo de Aquiles] 526
[Los funerales de Patroclo] 530
[La carrera de carros] 535
[El pugilato] 547
[La lucha] 549
[La carrera] 550
[El combate] 552
[El lanzamiento del peso] 554
[El juego del arco] 555
[El lanzamiento de jabalina] 556
CANTO XXIV 557
[Aquiles ultraja el cadáver de Héctor] 557
[Asamblea de los dioses] 558
[Aquiles y Príamo reciben la orden de los dioses] 561
[Príamo se prepara para partir] 563
[Príamo se encamina al campamento aqueo] 568
[Príamo ante Aquiles] 573
[Regreso de Príamo a Troya] 581
[Los funerales de Héctor] 584